



Francisco Martín

el caníbal castellano en la conquista de Guata

Ce Gómez & Gómez



MONTE AVILA
EDITORES. LATINOAMERICANA

IV EDICIÓN
DEL PREMIO INTERNACIONAL
DE NOVELA, 2020
CARLOS NOGUERA



COLECCIÓN CONTINENTES

FRANCISCO MARTÍN,
el caníbal castellano
en la conquista de *Guata*



Ce Gómez & Gómez

FRANCISCO MARTÍN,
el caníbal castellano
en la conquista de *Guata*

IV Premio Internacional de Novela
Carlos Noguera



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021

Francisco Martín, el canibal castellano en la conquista de Guata

© Ce Gómez & Gómez

IMAGEN DE PORTADA

(detalle) «Method of setting an enemy town on fire at night;
How sentinels are punished for sleeping on their posts»,
ilustración de Theodor de Bry, en *Grand Voyages*
[*Grandes viajes o América*], 1596.

DISEÑO DE PORTADA

Javier Véliz

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

Sonia Velásquez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2021

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2021001202

ISBN: 978-980-01-2219-8

VEREDICTO

IV PREMIO DE NOVELA CARLOS NOGUERA

El comité evaluador designado este 2020 para la IV edición del **Premio Internacional de Novela Carlos Noguera** estuvo integrado por Mirla Alcibíades, Luis Britto García, y Eduardo Gasca. En cumplimiento con la responsabilidad asumida, manifestó su decisión el día de hoy, miércoles 11 de noviembre de 2020, en horas de la tarde. Después de examinar y evaluar los noventa y nueve (99) manuscritos que acudieron a esta justa, y realizadas las deliberaciones que son de rigor, tomó la decisión que se expresa de seguida.

Por mayoría de votos, se otorgó el PREMIO ÚNICO al manuscrito titulado ***Francisco Martín, el caníbal castellano en la conquista de Guata***, presentado con el seudónimo «Ce Gómez y Gómez». Abierta la plica correspondiente, resultó ser el ganador **Carlos Gómez Gómez**. Varias razones sirvieron de soporte a esta decisión.

Antes de enumerar los aciertos a destacar, es propicio señalar que esta novela constituye un ejemplo modélico de la vieja y noble novela histórica, de la mejor cepa. Tomando esa caracterización como punto de partida, debe decirse que tiene la virtud, como corresponde al género, de convertir la Historia —sometiéndola a una hábil reconstrucción y reelaboración ficcional— en apasionante novela de intriga que gira en torno al proceso de conquista adelantado por los Welser en Venezuela y Colombia.

En esa exploración elabora, a su vez, una reconstrucción ficcional de las culturas originarias de esa geografía en términos de plena reivindicación y valoración cultural. Salta a la vista que la materia prima la aporta también una exhaustiva investigación, más que histórica, enciclopédica. No puede dejar de mencionarse su escritura de altísima calidad. Digno de tomar en cuenta es el trabajo que hizo posible el procesamiento lexicográfico para una convincente reconstrucción y reelaboración literaria, con licencia de la estricta rigurosidad que cabría exigirle a un tratado filológico académico. En igual medida, las voces y los escritos de narradores y personajes recrean, remedándolo en el sentido menos peyorativo del término, el habla y la escritura en castellano del siglo XVI (incluidas una multitud de variantes locales e idiolectales). Otras asociaciones tocan la puerta: estas de aventuras y desventuras, amores y desamores, odios viscerales, ambiciones y codicias, miserias y relativas virtudes de personajes que actúan en ese contexto europeo y americano del siglo XVI, regido por la geopolítica imperial con el acontecer actual de nuestra América del siglo XXI, en especial de Venezuela y Colombia. En el caso del «caníbal castellano» es también denuncia, protesta e indignación. Es decir, el texto da pie también para una lectura ideologizada. Y, como cierre transitorio, es preciso acotar que con lo expresado quedan en evidencia solo algunos de los muchos méritos que se actualizan en *Francisco Martín el caníbal castellano en la conquista de Guata*.

Firman la presente acta en prueba de conformidad, en las ciudades de Porlamar y Caracas, a los once días del mes de noviembre de 2020.

Mirla Alcibíades

Luis Britto García

Eduardo Gasca

*Sea este mi legado para Juan José, mi mejor amigo,
y Rosario, Martina, Antonia y Juanita, mis grandes amores*

*En memoria de Luis Lloreda Parra,
piloto de Las naves inventoras de regiones*



FRANCISCO MARTÍN,
EL CANÍBAL CASTELLANO
EN LA CONQUISTA DE *GUATA*

Compendio de los epítetos del seso y pluma
de Francisco Martín,
ajustados en la poblazón de *Suesca* del Nuevo
Reino de Granada, por su amanuense

Ce Gómez & Gómez



EXORDIO

Desde cuántos años, Madre mía, me habréis llorado por muerto, y cuántos de sospechar que olvidé el aroma del limonero, alminar del patio donde tordos y gorriones evocaban las alegrías hogareñas.

Desde cuándo andaré extraviado en vuestro recuerdo, Padre mío, viejo padre encajado en mi memoria con menos edad de la que ahora tengo.

Muerto soy de mi primera existencia con haberse deshilado los recuerdos de mi niñez y juventud, los vuestros y los míos, los de Castilla la Vieja, donde crecí retozando entre olivares y granados, descubriendo un universo no más grande que la aldea. Mundo que luego fui ensanchando hacia atrás y despejando por delante, cuando en la Ferrería mantuve el seso ocupado entre libros y las manos afanadas en hurgar ingenios, sin sospechar siquiera que habría de tocarme otra realidad, esta en que me metió el albur con empujarme a cruzar la mar Océana a descubrir lo más recóndito de la Tierra Firme de los *caribes*.

Mundo Nuevo. Terra Incognita. Terra Ignota. Ámbito de *Gua: Guata*, que vine a conquistar y quedé conquistado en él, peregrino dentro de mí, metido en una existencia nueva que, por más que estire, nunca me alcanzará para vivir y, menos, entender este orbe alucinado, donde a diario revientan las más antiguas profecías de las Sagradas Escrituras y de estrelleros alquimistas, al igual que de *mohanes* y *chipuyes* destas Indias. Enormidades donde los espíritus cabalgan los vientos, se asientan en las rocas y trastornan el juicio a los intrusos; donde los hechiceros sacan los morbos con salmodias, bailoteos y sahumeros, y realizan conjuros con cenizas de sus muertos; y sus herbolarios curan desarreglos de ánimas y cuerpos con zumos de ortigas y *bejucos*. Espacios de dioses ajenos, donde nuestros santos no han ahorrado sus milagros para mantenernos con vida. Tierras prometidas, las de mayor exuberancia, donde los más de nuestros muertos fueron por hambre. Donde por ir cargados con enormes tesoros y riquezas tantas, y por tanto fundir oro y separar perlas y contar esmeraldas, se ahogaban las ansias de El Dorado; fortunas, algunas de ellas, las más cuantiosas, abandonadas en la *manigua* por no poder cargarlas; que fue castigo del Cielo por sustentarnos con semejantes, impudicia que, con haber sido por fuerza, nunca dejará de ser atroz desvergüenza.

Mundo original en que anduve perdido y fui esclavizado, y para resistir me sobré de aindiado: casado por amor con una joven hechicera y dado a mascar *coca* y sahumar *tabaco*, me adentré en su lengua y en los saberes de sus antepasados; pasé por curandero y terminé de su adalid en acometimientos contra sus enemistados; y aún estaría en su parcialidad de no haberme sacado por fuerza los cristianos, encadenado.

Ámbito simple, irrumpido por simples campesinos y villanos que, bajo la vara de capitanes ociosos de las guerras de correr fronteras y sin que faltare algún letrado, nos fuimos

transformando en los conquistadores más bragados, los que dimos las gestas más sufridas y heroicas de la historia; y las más olvidadas con ser que harto hincharon las arcas de don Carlos, relegadas por el mismo relumbre con que atiza su imperio, que allá todo es fausto y derroche en las Cortes, mientras los del común siguen apretado más su hilado. Tropel encandilado por un Dorado que se asoma y se refunde en todas partes, por el que aún seguimos asolando desde las costas donde nos embelesó la desnudez, hasta las altiplanicies de señoríos engalanados con exquisitas mantas y esmeraldas, poniendo sus naciones en cenizas y despoblando a nuestro paso, más que por fierro y por fuego, por contagios de viruela y morbo galo. Avasalladores aturcidos, dentre los cuales alguno compone rimas después de las *guazábaras*, y otro intenta una oda con hervores de selvas y fragores de batallas, mientras algotros nos esforzamos en referir novedades para las que nos falta la razón y las palabras.

Tierra mestiza, la del germinar de una raza nueva que habrá de renovar el Orbe Novo. Mestiza de culturas, de sangres y ambiciones. Amasijo de gentes desnudas, unas bellas y fornidas cruzadas con iberos, otras enanas cual pigmeos apareadas con acaudalados alemanes en busca de dónde asentar un Nuevo Reich. Patio de hijos de cobrizas emplumadas, de bermejas o renegridas cual demonios, bautizadas por barbados ilusos en busca de un solar donde refrendar el nombre de su patria, para presumir bizarrías y enterrar las hambres y nostalgias.

Tierra de hollar en todos sus rincones, para desde adentro engrosar los portulanos, y desvelar un continente tan largo y ancho que, con tantas mares por domar, ocupa el medio globo que teníamos entre sombras.

Mundo Nuevo de saberes muy antiguos, que no fue la India del Naciente, sino la *Quica-Gua*, la mama grande de los *guanés*.

De esto y más trata esta historia que no aspira al cobijo de Alteza tan distante ni a la venia de su Cámara, ni suplica un imprimátur a los Canes del Señor, porque desta solo saldrá un par de manuscritos, sin prefacios doctos ni sonetos de alabanzas: el original de mi pluma para cumplieros la palabra, Mi Condesa, y una copia de amanuense, la de rejuntar para mis deudos los pedazos de mi otra vida en esta misma encarnación; sin que mi crónica vaya a la prensa, porque bien sé cuán poco ha dejado contar la imprenta de lo acaecido en la conquista.

Cierro este primer relato, yendo para viejo, con juramento de lo dicho ser verdad en mis recuerdos, a mediados del año de mil quinientos y cincuenta y ocho, en mi refugio de *Güita*, de la poblazón de *Suesca* del Nuevo Reino de Granada.

LIBRO PRIMO

Desde tanto tiempo que el mundo ha comenzado,
no se ha descubierto la grandeza de la tierra
ni lo de que en ella se contiene.

AMERIGO VESPUCCI, *Mundus Novus* (1501)



NOTICIA PRIMA

DE LA TRAVESÍA DE LA MAR TENEBROSA,

en que se narra cómo y por qué fui a dar a Sevilla; de la armada alemana que me embarcó a las Indias; y del cruce de la mar Océana hasta las islas Antillas, donde aparejamos el curso hacia la Tierra Firme de los *caribes*



CAPÍTULO I

DE LA FERRERÍA DE CASTILLA,

donde fui aprendiz de metalurgias y de alquimias;
y del encargo de un Conde, del que salió ocasión para
enredar mi sosiego en los encantos de la Condesa,
y dio razón a que me forzasen a una misión
en un mundo ignoto

El Conde irrumpió en la Ferrería embozando bajo su albornoz el encargo más peregrino de cuantos jamás me hayan sido encomendados. Se dio un respiro para aquietar los bofes, preguntó por el quincallero y me aguardó lejos de la lumbre de las fraguas, de tiznes y fumaradas, acullá del estrépito de porras contra yunques y del ronco resoplido de los fuelles. Destapó un extraño objeto de fierro que, no obstante haberle sido refregado el cardenillo, tenía el rigor del olvido en un chiribitil.

Contestó mi pregunta antes de salirme de la boca:

—Es un cinturón de castidad. Hace poco más de un lustro, mientras viajaba en el séquito enviado por nuestra Majestad a tratar con el Papa León X una alianza secreta contra Francia, la Condesa engendró su segunda hija, su pequeña bastarda, el escarnio que la ciudad entera rumia a mis espaldas.

Tomó una pausa de alivio, tras haber forzado este nudo a pasar por su garganta, y continuó:

—Acabo de soltar varios doblones por este cinto habido en el Saco de Roma, la más reciente desvergüenza de nuestros

tercios, atrevidos hasta la osadía de prender a su santidad Clemente VII. Debéis revisar el cerrojo, modificar las guardas y acomodar dos, solo dos, llaves nuevas. Una de ellas quedará en manos del maestro Juan, por el azar de mi muerte; la otra irá conmigo a las Indias, que por ello me encuentro poniendo orden a mis asuntos y aparejando lo de partir en la armada de García de Lerma, quien está intrigando en la Corte la gobernación de Santa Marta en la Tierra Firme de los *caribes*. Debo asegurarme de que ni linaje ni hacienda vayan a sangres ajenas que puedan inmiscuirse durante mi ausencia, que como preveo no será corta... Lo dicho ya es más de lo que necesitáis saber. Debéis ajustar esta armazón al cuerpo de la Condesa y para ello cuento con vuestra habilidad y, en especial, con vuestra discreción y silencio: total mudez, reserva sellada.

—Señoría, ¿cuándo vendrá vuestra esposa? —pregunté con torpeza, solo por ganar espacio y alcanzar a razonar la turbación que me sobraba.

—Ya está advertida de mis imposiciones y, con su dama de compañía, os esperan mañana a la media tarde en mi estancia... Id solo y por las sombras.

Hacia dos años, por una confidencia en voz baja, mi Padre había confirmado sus recelos de que los encargados de llevar herejes a la hoguera andaban atisbándole desde las sombras de sus caperuzas y de nuevo le asediaron las escenas que le habían aterrado siendo mozo, cuando un populacho aupado por la prédica de fray Tomás de Torquemada prendió fuego en las librerías de árabes y judíos, signadas como fuentes de ocultismo y nigromancia, de cábalas y gematrías contrarias a las propensiones de nuestra Santa Fe Católica. Y aunque el reseo dominico contaba ya cinco lustros de muerto, mi Padre sintió su resuello de mulo escaldándole la nuca, resoplándole que estaba obligado con mujer y seis hijos, y de poco le escudaba ser preceptor de las hijas del Conde. Comenzó a percibir

olisqueos de los canes del Señor en la solana de las callejuelas, en los desafectos de algunas miradas y en los pasos de sandalias furtivas rasgándole sueños y vigiliás. Y no le quedó otro atajo que pedir dispensa en la Hermandad de la Magia Natural, una logia de adeptos a las ciencias nuevas, para dejar de asistir a sus reuniones secretas. El Conde, además de militar en la cofradía de Santiago, era tesorero de la Hermandad. Aceptó interceder por mi Padre ante el gran maestre Juan, testa regente, depositario de los legados sufíes a través del tamiz de la Orden del Temple en hermetismo, cábala y esoterismo; docto en cosmografía y astrología; seguidor de las doctrinas y preceptos de Pico della Mirandola en lo de aunar el saber antiguo de turcos, árabes, judíos y cristianos para el renacer de la universalidad del pensamiento.

Días después, con la barbilla en alto y afectando el tono para marcar que mi Padre le quedaba debiendo un favor más grande que su vida, el Conde le trajo la respuesta:

—Se os ha concedido la gracia. Debo recordaros que vuestro silencio sigue siendo obligación, cuyo rompimiento podría sacaros el ánima del mundo. Y en prenda de este jurado compromiso, vuestro hijo, Francisco, el que habéis ingresado desde los diez años como oblato en la Ferrería de nuestra cofradía, permanecerá en ella como forjador de quincalla y aparejos, que es en lo que más habilidades ha mostrado; si bien su obligación substancial, y secreta, bajo tutoría de dos ilustrados alemanes enviados de los Fugger, será acudir al Maestro en su gran empeño.

Mi Padre no pudo estar más agradecido y así lo expresó mientras añadía el adorno de una reverencia. En algo conjuraba aquella amenaza de que tuvo aviso por el monje con quien compartía el interés por la gramática latina, «que al monasterio ha llegado noticia difusa de un rebrote de alquimistas, de una cofradía de Magia Natural que no es más

que un foro del Demonio para ventilar cismas y apostasías, por lo que tres dominicos quedaron puestos en pesquisas». Asumió mi Padre que de ser descubierto, por ya estar apartado, podría aseverar haber abjurado de toda herejía, un mero resquicio para aflojar las inculpaciones del Santo Oficio y arañar la única posibilidad de salvar su modesta hacienda de la confiscación, la familia de la ignominia y el destierro, y su pellejo de suplicios y prisiones. Asimismo, quedó complacido de que yo, apenas raspando el bozo de los dieciséis, resultaba con ilustración asegurada, habilitado en labores provechosas y de rédito, afianzado mi porvenir con ocupación en aquella factoría de finanzas vigorosas, que congraciaba a sus adeptos e iniciados con privilegios y acomodados, por lo que no tendría que regalar mi vida a las armas ni a los claustros religiosos.

—No comprendo —dijo de pronto, como para sí, el Conde—. ¡Cómo es que vuestro hijo ha logrado saltar tan alto a tan corta edad!, en tanto yo, ni vuesamerced, a lo largo de sobrados años de pujos y buenos servicios, nunca hemos podido traspasar las crujías reservadas de la Ferrería.

—Tal vez porque nuestras manos no fueron bendecidas con la habilidad con que mi Francisco maneja las tuyas —respondió con mansedumbre mi Padre—, acaso por valorar nosotros las destrezas de artesanos como ocupación de villanos.

El alzamiento de la Ferrería, a extramuros de la ciudad, tenía cabida como de un gran castillo: por delante un taller de fundición para purificación y aleación de metales, para recubrimiento de azófares bajos con acabados nobles, donde igual se afinaban diferentes tañidos recoletos de campanas. En el centro, lo del obraje de fragua en el que aprendí a caldear, forjar, endurecer y pavonar desde clavazones, herraduras y mascadas de corceles, hasta armaduras, escudos y morriones; a depurar los aceros para que ni se abollen ni se salten los filos de mandobles y tizonas. Sobre la nave derecha estaban

siempre encendidos los hornos para derretir arenas de vidriería, tanto las de factura de cuentas de Castilla y las del soplado de ampollas de marcar el tiempo, de damajuanas y redomas de boticario, como los casquijos de cuarzo para espejos y cristalería de palacios. Más allá, la sección de los artífices de vitrales, logrados a base de escorias refinadas y mixturas de colores minerales, y otra más secreta para el ingenio de joyas de simulación y de esmaltes para emular con gemas semipreciosas. Sobre el mismo costado, los molinos, cocinas y filtros de tintes y colorantes, obtenidos a partir de calcinaciones y digestiones de mercurio con sales y óxidos cifrados. Al lado izquierdo, entre muros dobles y rejas de restringir el paso, la orfebrería acreditada por la Casa Real de la Moneda, para certificar la calidad del oro y la plata provenientes, casi siempre y en cantidades gruesas, de mercantes judíos; y las prensas y punzones para acuñar monedas con caras soberanas y reversos de blasones. Al final, después del salón de amanuenses y contadores, de la librería con cientos de manuscritos, los más en latín, griego, hebreo y árabe, el taller personal del Maestre, donde él y dos eruditos de los Fugger construían ingenios secretos, sin que más nadie se atreviese a entrar sin su autorización y presencia.

Para evitar que la sorpresa me hiciera cometer alguna de las imprudencias a las que era dado, después de amonestarme sobre la gravedad de los secretos que debía guardar, mi Padre me puso al tanto del sacrificio de su renuncia y de los tratos a que ambos quedamos obligados. Luego me confió del gran proyecto del maestre Juan, tomado como fiebre de sus muchas lecturas en añejos manuscritos impenetrables, entre los que se consumía indagando:

—Le obsesiona saber cómo el Papa alquimista y estrellero, Silvestre II, el gran iniciado de los califas de Córdoba de quienes introdujo en Europa los números arábigos, mientras

dirigía la construcción de un reloj cósmico en la catedral de Magdeburgo, a finales del milenio, creó una cabeza mecánica que, con signos afirmativos o negativos, respondía las preguntas que él le formulaba a distancia. Igual inquiriere sobre otra cabeza de artificio que poseía Alberto Magno, algunos dicen que fabricada por el santo y otros la creen rescatada de remotos faraones, conectada a un alambique puesto sobre un atanor que le hacía de tronco, la cual, ya no con señas sino con palabras egipcias, como gárgaras burbujeantes, daba respuestas adivinatorias; ingenio que fue arruinado a golpes de bordón por Tomás de Aquino, su discípulo, porque aquel parloteo incesante perturbaba sus meditaciones. También se empeña el maestro Juan en encontrar indicios de otro homúnculo artificial del iluminado catalán Arnau de Vilanova, médico de varios reyes y papas, quien para esquivar los reparos de la Inquisición se hizo misionero y murió apedreado por los musulmanes. Con paciencia imperturbable escruta el método del beatífico Ramón Llull, basado en combinaciones geométricas y letras latinas sobre discos giratorios concéntricos, arreglo con que representó la forma posible del universo y explicó con analogías sus ideas médicas y las facultades mentales, y hasta los principios y virtudes. Nuestro sabio se espolea en la búsqueda de los elementos del minúsculo ser gelatinoso del médico maldito, Paracelso, un embrión de una pulgada metido entre fluidos en una redoma, creado con fermentos de la putrefacción de simiente y sangre menstrual, por el tiempo en que lo conoció, cuando ambos experimentaban con sales y alumbres en los obradores alquímicos y en los talleres de metalurgia de Sigismund Fugger, en la Selva Negra alemana, y descifrabán el secretismo angélico de Venus, la estrella mágica de cinco puntas. Igual rastrea el maestro Juan, por tenerlas más a mano, las últimas invenciones de uno de los consejeros de nuestro Emperador

Carlos V, Corneille von Nettesheim Agrippa, maestro en la Sorbona del fundador de la orden de los jesuitas, y a su vez discípulo del abad benedictino, Johannes Heidenberg, de quien también recibió profundos conocimientos de ciencias y astrología en Würzburg el segundo Jacobo de los Fugger, quien es hoy el principal soporte de los fondos de la Hermandad de la Magia Natural, de la cual me abate separarme.

Mi Padre hizo una pausa, viendo en mis ojos pasmados que en tan poca cabeza no cabían más deslumbramientos ni tantas conexiones.

—Todos estos empeños del Maestre —continuó después de inquirir con el arco de sus cejas si tenía preguntas—, no son más que la búsqueda de fundamentos y claves para comprender y farfullar los artificios que el franciscano Roger Bacon, antes de los finales del siglo XIII, anunció en su epístola *De secretis operibus*: pequeños ingenios que pueden remontarse por los aires; carretas propulsadas por muelles que funcionan sin tracción animal; naos sin remos, gobernadas por un solo hombre, al igual que otras que avanzan por debajo de las aguas de la mar. Artificios que, desde las publicaciones del dicho «Doctor Mirabilis» hasta nuestros días, atraen el interés de la casa Fugger. Bien sabéis que desde dos siglos atrás son los banqueros más importantes del imperio; los mayores prestamistas del Papado y la Corona; concesionarios, por la mismísima mano augsburguesa de don Carlos V, de la mayor explotación de plata en Guadalcanal y de mercurio en Almadén, el que reparten en recipientes sellados a los todos los rincones de Europa para la extracción de metales preciosos y beneficio de aleaciones bajas. Ahora, con el descubrimiento de un mundo apenas presentido, han tomado mayor empeño en ponerse a la cabeza de la hechura de ingenios portentosos y, tal parece, han dispuesto a nuestro Juan, su mente y manos en los reinos hispanos, a emular con

el florentino Leonardo da Vinci, ¡nadie menos!, el mayor y más completo de los sabios, quien bajo el mecenazgo de Médicis, Borgias y Sforzas ha creado, además de sublimes obras de arte, profusos diseños de maquinarias con que los ítalos podrán sobreponerse a las demás naciones, en milicia e ingenierías y, en especial, en aprovechamientos de las primicias que se habrán de encontrar en la Terra Ignota de las Indias Occidentales.

El temor de mi Padre y mío cambió a que, de llegar a olerse algo de mi nueva ayudantía, fuese a mí a quien los inflamados de la oscuridad le descoyuntasen los huesos en las cámaras de tortura y después los calcinaran en la hoguera. Y como lo que se hereda no se hurta, esta agitación se me encajó en el cuerpo, en veces como onda encendida subiendo hasta la cara, cada que veía una mirada torva desde el fondo del capuchón de un dominico, y en otras como estremecimiento que ahuyenta pesadillas y a cambio deja un sudor frío; sobresaltos que me rondaron dos años, hasta que los cambié por uno nuevo, cuando el Conde vino a la Ferrería a demandarme el más peregrino de los encargos que me haya sido encomendado y volvió la espalda diciendo:

—Ella y su dama de compañía están prevenidas de mis imposiciones, y os esperan mañana a la media tarde en mi estancia. Id solo y por las sombras, que este asunto es quisquilloso para todos.

Me recibió una dama fina, de ademanes desabridos bajo una mal disimulada picardía, entre acongojada y risueña, escoltada por un babazorro mastín de oído atento y mirada ausente. La seguí a la sala de labores donde la Condesa leía el *Trionfo d'Amore* de Petrarca, sentada de espaldas a un ventanal abierto, mientras el viento le animaba las sedas y el verano le delineaba la silueta, creando una visión que, sin poder precisar de dónde le emanaba tanto encanto, me dejó pasmado

en el marco de la puerta, hasta cuando me tocó su voz con un dejo displicente:

—Adelante, Francisco Martín, a lo que habéis venido.

Desamparó el libro en la rinconera, entre el *Ars Magna* del doctor Llull y un tomo del *Diccionario de los muertos* de Paracelso, mientras yo contemplaba sus manos sin más adorno que la gracia de sus líneas.

—A vuestros pies, Señora... —dije con una reverencia cuando estuve frente a ella y al enderezarme, torpe e inerme, tuve la mala crianza de quedarme embelesado mirándola fijo a la cara, que había dejado de ser silueta al perder el áurea y ahora era de oropel, porque la luz sesgada le esclarecía los pómulos, la nariz mediana y algo curva, y le encendía una mirada profunda y lejana, como de hurí de los desiertos. No se inmutó. Y en la sonrisa con que fue enmarcando despacio los labios, leí venir un desafío, que pronunció en ese tono afable con que una mujer puede doblegar un imperio:

—No podía suponer que mi carcelero fuese tan joven y, menos, con tanta chispa en esos ojos oliva —dijo y al tiempo se puso en pie, e hizo un mohín a su dama para que le recibiese el manto.

Quedó en una simple camisola blanca, una fina seda transparente contra el sol, que bien dejaba adivinar un cuerpo demasiado brioso para sus treinta y cinco años. Y por primera vez pude apreciar la radiante «dame nature», no la intuida en los grabados de los tomos con que se extasían los adeptos sino la verdadera, una hechura de perfección rotunda.

De la bolsa saqué dos cordeles. Anudé uno al contorno del talle y en la espalda lo lié con un cabo del segundo, dejando caer libre la otra punta. Giré frente a ella, rodilla al piso para tomar la punta del bramante, pasando el brazo por medio de sus piernas, muy contra la alfombra, cuidando no rozarlas, mientras ella iba subiendo lenta la camisola. Cuando el cordel

no subió más y alcé la vista, tenía su pubis justo a la altura de mis ojos. Sin gobierno alguno, un resorte me izó y quedamos frente a frente, recibiendo su aliento quemante como el viento del Sahara, mientras mis manos trataban de anudar el cordón que venía por entre los muslos con el ceñido a la cintura.

—Reparo que ante vos una mujer no puede correr sus velos —me dijo, al tiempo que los cordeles fueron a dar a la alfombra y yo caía de rodillas a recogerlos, exclamando sin pensar:

—¡Válgame el Cielo!... La señora Condesa sabrá disculparme... porque estoy cumpliendo un mandado en que no tengo maña...

—¿Y cómo esperáis cumplirlo a cabalidad —me increpó con aspereza la doña de compañía desde su distancia—, si con vuestra torpeza habéis malogrado las medidas?

—No os preocupéis por ello, Beatriz. Os aseguro que le han quedado grabadas de por vida —la atemperó la Condesa, y volviéndose hacia mí dio por terminada la reunión con un nuevo desafío en su sonrisa—: En una semana os haré saber dónde y cuándo debéis probarme los fierros, porque no los podréis dejar maltratar mi cuerpo, cuando su sola mención ya me ha llagado el alma. ¡Cuánta humillación y silicio tendré que soportar a cambio de reclusión en el Convento de Santa Clara!, para que la clausura no me separe de mis hijas. Id con Dios, Francisco, y que Él os ilumine para que no sea tan dura mi afrenta.

El suplicio fue mío en los días siguientes: en momento alguno podía sacar de mi caletre la escultura tibia de su cuerpo ni el brillo de miel en sus ojos, ni la jactancia en las comisuras de sus labios y su vientre, ni la sugerencia de sus fragancias, y menos la suavidad y el desprecio con que me llamó su «carcelero». El rígido cinturón, pesado y frío, daba vueltas y ruedos en mi mente, repasándolo por curvas y aristas. Cavilaba cómo suavizarlo para disminuir la tortura, para sentirme menos verdugo de una morbidez hecha solo para sedas, encajes y

ataujías. Me roía cuánto aprisionaría tan burdo correaje los rebajos sensibles de la Condesa mientras cabalgaba, dormía, danzaba, asistía a los oficios religiosos y eventos sociales, o sonreía desde su carroza. Tuve pesadillas desoladoras: en una, arreos metálicos iban zanjando los ijares de una yegua blanca que, hinchados y bermejos, se descargaban a borbollones de pétalos de rosas rojas. En otra, una damisela etérea había criado laceraciones en su vientre de las que salían gusanos roñosos que, en medio de una fetidez insufrible, trataban de cubrirla con capullos, como ajuar de futuras mariposas. Más grabada me quedó la desazón por una náyade desnuda y humillada, encadenada a una galera por carlanca salidas del execrable cinturón, sin poder escapar del remo que con el oleaje la golpeaba inclemente por pechos y vientre, mientras se desangraba en un menstruó como de metal fundido.

En la Ferrería, menos me abandonaba la obsesión: rodaba en mis manos aquel talabarte de castidad forzada, talante violento de la desconfianza, y sopesaba la brusquedad de su factura y la sevicia de los estorbos angulosos que parecían hechos para contener a Vertrola, el súcubo diabólico que rivalizó con los más putos de Sevilla. Estuve tentado a buscar ocasión para hablar con el maestre Juan y argüirle que, si dentro de la Ferrería de la Hermandad no cabían instrumentos de tortura, tampoco me obligaban las órdenes del Conde; pero este asunto era solo dentre cuatro, no para comidillas por Castilla. Y tenía por delante la imposición de silencio de aquel caballero de iras afamadas, capaz de desaparecerme sin rastro en mitad de una misa mayor. El encargo era abusivo con la Hermandad por ser a sus espaldas y yo tenía que aceptarlo como pago a cuenta del favor a mi Padre, cavilación que me trastocó el aprecio por aquel noble que había admirado desde niño.

Me propuse rediseñar aquel supuesto cerrojo de lujurias, a la vez que llamador a extravíos contra natura. Rebajaría el castigo

antepuesto por una o mil faltas supuestas, que podrían o no cometerse, para que con menos martirio de peso, filos, mohos y cardenillos asegurase la castidad del cuerpo, que al desenfreno del pensamiento no hay cómo ponerle cercos ni taponés. Revolví los libros de la Ferrería buscando aleaciones livianas, oricalcos sin herrumbres, fusiones factibles de laminar y grabar con arabescos y alegorías, para que el artefacto fuese como aderezo oculto, acorde con el primor y la tersura de la Condesa. Podría ser una ligera malla de cota enconchada sobre el monte de musgos, sostenida por cadenillas ligeras, unas rodeando los muslos y otras repartidas por bragadura y rabel desde el talle, donde se afianzarían en un cinto metálico con fiador de llavín sesgado; un atavío discreto asentado sobre cachemires removibles, de ajuste ligero para permitir las evacuaciones naturales y el aseo íntimo. Buscaría al Conde para pedirle aprobación de los esbozos y un poco más de tiempo. Sin acentuar ironías ni martillarle su tosquedad despiadada, su obcecación y rudeza, le explicaría las ventajas y finezas a conjugar con señora tan delicada, como la suya.

Agoté dos días haciendo, deshaciendo y rehaciendo cálculos y dibujos. Y tres más tratando de encontrar al Conde para presentarle la aturdida insinuación, hasta que lo supe ido a la Casa de Contratación en Sevilla, a encontrarse con García de Lerma y con Hieronymus Sayler y Heinrich Ehinger, factores de la casa Welser también germana, la mayor banca competidora de los Fugger en el dominio del comercio y en favores al Emperador a cambio de canonjías. Lerma y los alemanes comenzaban a disponer una armada para partir a domar por dentro la tierra de las Indias Occidentales, allende las islas Satanazes y de Antilia, en la mar de los *Caribes*, la de las perlas y los *juracanes*.

Fueron días de espejismos con la Condesa, reviviendo sus medidas y contornos, imaginando pruebas y ajustes con el nuevo artefacto, que solo se podía calzar desde abajo, por los pies. En mis desvaríos ya la llamaba Mi Condesa y más la

ensoñaba para despertarme en medio de sudores y ardores de potro cerrero. Ora la pretendía en la terraza contemplando atardeceres, adivinando de dónde le llegaba una trova de juglar cautivo, a declararle mi pasión desbordada entre la morriña del laúd y los aleteos de gaitillas, atabales y jabegas. Ora mi ilusión la espiaba en medio de jardines secretos, refrescándose en fuentes de verano, donde el viento le susurrara mis agonías. La imaginaba ensimismada ante la relumbre de una chimenea, en el invierno de un castillo desamparado, tratando de adivinar lo que su trastornado anónimo le enviaba a decir en el crepitar del fuego. O escondida en lo alto de una atalaya, bajo albornoces protectores de los vientos de otoño, esperando encontrar el fantasma de su enamorado en el horizonte. Y así se me fue entronizando en mis verijas y fantasías, sabiendo que un pollo como yo nunca podría osar a volar cual águila señorial. Ansiaba su llamado, pero no sabía dónde meter el temblor de recibirlo. Al octavo día, muy temprano, camino de la Ferrería, un rapazuelo me dio un tirón del bombacho y desapareció después de soltar a toda prisa «que la dama trinca al perro mañana a la misma hora, en el baldaquín del jardín». Allí estuve puntual, el pelo recortado, de baño completo y con ropa prestada de mi hermano mayor: jubón de paño verde oscuro, con tahalies de ante y aderezos de lo mismo. Llegué de espada y daga al cinto, con sudor y tiritona en las manos, y disimulo del miedo al mastín que vino a olisquearme. La puerta estaba abierta.

—Doña Beatriz... —llamé, para localizar la cortesana entre los muebles del salón aderezado con tapices berberiscos.

—Soy la Condesa y estoy sola —dijo al tiempo que se levantó de la poltrona, dejando el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita—. La urraca de Beatriz, que no es más que otra amante y espía de mi esposo, está con él en Sevilla. Así, los restos de mi honra están en vuestras manos. Entonces, sed gentil y probemos mi prisión.

Traía los cabellos sueltos, tan lisos y negros que, no obstante, su limpieza de apellidos, no dejaban duda de un antepasado moro. La figura de mis sueños, plantada enfrente, me retaba de nuevo desde las esquinas de sus labios. Otra vez quedé lelo, pero no tanto como para dejar de notar que se había ungido con fragancias de albahaca y el perfume más suave de Samarcanda; que estaba toda desguarnecida bajo una camisola azul de ataujía, anudada con una cintilla justo debajo de los senos, también desafiantes.

Mientras juraba que ella solo podía ser obra de un escultor iluminado, le alargué mis bosquejos. Y cuando vio que nada más traía que papeles enrollados, subió la voz sin descomponer su apostura:

—No me digáis ahora que es de pergamino, lo sabido ser de fierro. ¿Qué os pasa? No puedo estar dilatando citas humillantes, para que os quedéis como de piedra, mirándome.

—Señora, Condesa mía, es que soy incapaz de aprisionar la belleza dentro de un burdo tormento. Mirad lo que os propongo, con la ilusión de que mi trabajo sea digno de vuestra sensibilidad y hermosura.

Revisó el dibujo general con detenimiento. Por igual los bosquejos de los detalles con adornos y filigranas, las sugerencias de recamados en oro y engastes de pequeñas piedras preciosas. Su sonrisa ahora fue amable, casi amorosa.

—Francisco —dijo devolviéndome los esbozos—, esto no es un cinturón de cruzados ¡Es una joya persa de lujuria! Un bello aderezo que el Conde no aprobaría, aunque lo creyese fiable, porque aún después de seis años tiene el corazón emponzoñado por una venganza reprimida y unos celos que no atina a dónde dirigir. Vuestro arte es bueno y más vuestro corazón, el que desde ya tiene mi gratitud; pero no os esforcéis en un trabajo vano, que mi esposo nunca consentirá.

—Realizaré el encargo del Conde y a la vez, en secreto, el que diseñé para vuestra finura —insistí con desatinada ingenuidad—. Podéis probar ambos y el que menos os plazca haré que se funda en la fragua como por descuido. En una semana tendré el primero. El segundo en dos más, disculpando lo de los adornos en oro y piedras, por aquello de los reales. Esperaré vuestra señal para acudir a presentároslos en este mismo lugar.

Esta vez fui yo quien dio por terminada la entrevista, alargando la inclinación y sin dejar de mirarla con limpieza, como fue siempre donaire en mi familia, que solo ante el Rey baja la mirada. Me alargó su mano que no acaté ni a rozar con los labios. Correspondió tal torpeza con un beso fresco en la mejilla, muy próximo a la boca, y luego me dijo con afecto:

—Por sobre todo sois iluso. No os enredéis en problemas ajenos.

A la semana volví allí puntual, a la hora del Sanctus cuando las aves comenzaban a volver a sus refugios, con la aseguanza de los desesperados en un fardel del que no quitaba los ojos el viejo dogo, o así me pareció. Traspasé la puerta y esperé de pie minutos eternos. Ella entró por detrás y me llamó con un dejo juguetón, juvenil. Me volví al tiempo que llegaban sus bálsamos de albahaca y la vi esplendorosa, vestida toda de negro, engalanada de joyas y con el cabello recogido en un moño alto coronado por una diadema de rubíes.

—Quise que me conocierais como la Condesa que, con algo de polvos y rubor, aún puede ser tan bella como las mozas de vuestra edad. —Dio un giro lento y otro resuelto para mejor desplegar sus ropajes y perfumes.

—Lo sois más que todas juntas —dije sin poder agregar más porque cuando buscaba las palabras estas huían y no quería perseguirlas para no distraer mi deleite.

Ella cubrió mi turbación con una sonrisa lozana, desenvuelta como de enamorados que ya saltaron diferencias y barreras.

—Os ofrezco un vino de una buena reserva de los benedictinos, para que mientras lo degustemos me confeséis por qué os cambia el color de los ojos.

—No viene de mí, sino de la luz que les llega. De la que vos les dais, cada vez con un dominio diferente.

Volvió a sonreír con la sencillez con que se regala el alma, dejando entender que las galanterías la atrapaban cual notas íntimas de música de cámara. Seguimos conversando y sonriendo, sin tomar en cuenta el tiempo, hasta vaciar una botija que nos puso más chispa en las palabras y aproximación en las miradas.

—¿Y el cinturón? —dijo de pronto, dejando libre la risa.

Entonces lo saqué de la funda, haciendo alarde de mi trabajo:

—Miradlo: lo he purificado al fuego para evitar cardenillos; está bruñido y lograré darle varias pátinas con sales y aceites. Si os fijáis, las uniones son por calda para no dejar cabezas de roblones. He desgastado los dientes de las aberturas bajas. Mucho empeño puse en rebajar el peso, laminándolo muy delgado y angostando las correas. Quedó sin filos, redondeadas las aristas y suavizados los quiebres. Reduje las medidas a las de vuestro cuerpo, porque la anterior víctima debía ser más gruesa que un teutón. Por lo que habéis sugerido de vuestro marido, respeté la marca con la cruz de Malta sin agregarle blasones ni monogramas heráldicos, para que nunca nadie pueda enterarse quién fue su presa.

—¿Qué tan frío puede estar? —dijo mientras dejaba caer, uno a uno, sus atuendos y, cuando quedó como Dios puso la primera doncella en el Edén, remató diciendo:

—Ahora tenéis ante vos a la mujer.

—Que es aún más bella, tanto que encandila —respondí, mientras abría el cerrojo del martirio y luego, con la audacia que me regaló el vino, lo ceñí sin timidez y giré la cerradura. Un estremecimiento la recorrió toda, no sé si por el contacto

del metal o porque se sintió vulnerada, pero de inmediato se recuperó y con un movimiento fiero me arrebató la llave, aferrándola en su puño. Yo traté de recuperarla y, sin saber cómo, terminamos abrazados, besándonos con pasión. En el primer respiro me dijo:

—No iréis a violentar a una dama... no si está sellada. —Y alejando la mano con la llave, agregó—: Esta ya es mía. Usad la otra para destrabarme y podréis pasar la noche conmigo.

Yo era un péndulo entre el embrujo y el disgusto por el ardid:

—No la traje conmigo y el Conde...

—El Conde seguirá en Sevilla por un mes o más. Todo está dispuesto para que esta noche se os haga la más corta.

—Volveré para que me señaléis los ajustes por hacer.

—¿Nunca os había vencido una mujer? ¿Es el orgullo mal esgrimido lo que os hace perder esta ocasión? Os espero mañana aquí a la misma hora, sin que vayáis a esquivar el compromiso, para los acomodados que pueda pillar en un día, aunque vislumbro que a la larga algo más apretará por acá o por allá y la prueba final os requerirá todo esmero —condescendió mientras se cubría a medias con una estola de armiños. Luego se desprendió de su aderezo de rubíes y me lo tendió:

—Tomadlo, para que engarcéis algunas piedras en vuestro diseño, al que no habréis renunciado tan fácil como acabáis de declinarme y algún día usaréis con otra moza con deleitable provecho. Vended algo más para lo que os haga falta en ello.

—No puedo aceptarlo: al advertir mi desvarío, he quemado los bocetos. Además, se crearían preguntas que nos... —y de inmediato corregí— me dejarían en descubierto.

—Francisco, admitid mis disculpas porque, tal vez engañada por vuestra mocedad, os he menospreciado en talento y temple. Contad en adelante con mi gratitud y reconocimiento verdaderos.

Salí al sereno de mi noche más larga, confundiendo mi sombra entre la oscuridad, como me previno su marido. Como lo hice en las noches sucesivas desde cuando fui a retirarle el cinturón y nos atrapó la lujuria que la Condesa intuyó cuando le mentí haber puesto en escorias los bosquejos, mentira que mantuve para, en el frenesí, jugar entrambos a crear nuevos esquemas, que mis dedos dibujaban por su vientre y muslos cálidos, ora con suaves orlas, ora de arabescos moros.

No fueron tantos crepúsculos y madrugadas cuantos quisimos que fueran, pero bastaron para que nuestros cuerpos, ánimas y espíritus quedasen fundidos, caldeados y templados con pasiones y caricias, con alientos, afanes y ternuras. Y fuimos un solo ritmo, sin pretérito ni mañana, en el que sobraban las palabras porque bastaba la luz de las miradas, cuando vino por delante la noticia del regreso del Conde.

Tal vez porque no pude sostener llano el encargo cuando vino por su encargo, o porque me atreví a sugerir que podría ser mejor otro diseño, con mejoras y ventajas sabidas de un artificio novelero para las penurias secretas de otro cofrade de la Magia Natural, sentí su rescoldo de amargura cuando el aristócrata se limitó a decir mientras revisaba el encargo:

—Ha quedado mejor de lo que alguien podría esperar. —Y después de vuelto en sí, agregó—: Hasta diría que es otro, si no fuese por tener grabado el sello de Malta. No veo necesidad ni entiendo tanto empeño con algo que permanecerá oculto, cuya importancia no está en la forma sino en el fin. Dadme vuestro juramento de que solo hay dos llaves y os haré llegar pronto la paga.

—Juro por el honor de mis antepasados que no hay sino dos llaves en vuestra mano —dije al depositarlas en su palma.

Y como algo le quedara girando en el caletre, insistió con furia:

—Confirmadlo ante Dios.

—Ante Nuestro Señor Jesucristo y su Santísima Madre, ratifico y confirmo que ninguna queda fuera de vuestra casa —y para alejar el acoso, en el mismo paño de lana en que lo había traído, envolví el artefacto y lo puse en sus manos.

No envió el estipendio. Vino en persona a mi rincón de la Ferrería, con una bolsa bien henchida de maravedíes. Los alargó mientras me incrustaba una mirada en la que entendí todo lo que no quiso decirme. En seguida, en cambio, me soltó:

—Ya no iré a las Indias. Causas nuevas me retienen y la Hermandad así lo ha aceptado. Quedó dispuesto que seáis vos quien vaya en comisión, por lo que debéis presentaros ante el Maestre a recibir sus órdenes e instrucciones.

Me sentí flotando en un vacío que de inmediato me llevó a la Condesa, a su ausencia. Todo giraba a mi alrededor. No había duda de que el Conde sospechaba la infidelidad y había encontrado la manera de desaparecerme sin que le quedaran remordimientos por la falta de certeza, que de tener tan solo un soplo, ya estuviera yo partido en dos de un solo tajo. Y antes de que volviese en mí, dijo con tufillo vencedor:

—Os acompaño. Nuestro Maestre nos espera —y marchó adelante hasta el salón privado en la biblioteca.

Nos recibió sentado cerca de una mesa abigarrada con mapas en pergaminos rascados, cartas de marear cruzadas por directrices en diferentes colores, cálculos de ángulos entre planetas y estrellas con nombres egipcios, gráficos de combinaciones de engranes y correas, libros abiertos, recetarios descuadrados, tinteros destapados y mil trastos más en aparente desorden.

—Francisco —comenzó el Maestre sin preámbulos—, mucho habréis oído de lo relatado por Antonio Pigafetta al regreso del primer viaje alrededor del mundo, en la correría de Magallanes con Sebastián Elcano y los impares pilotos Serrano, Gómez y Gomes; de las noticias venidas de la Hispañola

sobre las maravillas de la Nueva España, de Castilla del Oro, del *Pirú*, de la Tierra Firme del *Darién* y del paso a la mar del Sur... en fin, de lo que está develando el Mundo Nuevo, tan basto como el conocido, que estaba en nuestras narices porque ni siquiera es antípoda, y solo Dios sabrá lo que contienen tantas aguas de más hacia el poniente. La Hermandad de la Magia Natural no puede desestimar ninguna de las realidades de la Terra Incognita, la que apenas emerge como por entre la neblina para ser comprendidas en un nuevo Todo; novedades que, sin duda, entrarán a reformar y ampliar los planos físico, mental y espiritual; porque de este caos advenedizo surgirán las nuevas maravillas del conocimiento, una mayor sapiencia y mejores técnicas, es decir, un incalculable progreso del intelecto y material. Por ello, desde la debelación del Almirante iluminado hace siete lustros, el Consejo Supremo de la cofradía abrió otro capítulo, el Círculo de la Ciencia Nueva que, afirmado en la sabiduría e inventiva tradicional, ya está copilando, clasificando y empezando a ponderar la información recolectada por nuestros enviados secretos o, si queréis, espías de nuevos horizontes, corógrafos disimulados en exploraciones financiadas por los Fugger, oficiales unas y otras por interpuestas personas, en parte o del todo, como las sabidas de Magallanes, de Sebastián Caboto y las del sur de las Indias Occidentales.

Sirvió tres jarros de vino y nos invitó a brindar levantando el suyo. El Conde buscó con los ojos una silla, sabiendo que el Maestre iba para largo. Yo estaba tan rígido, tanto, que casi no pude alzar el vaso. El maestre Juan continuó calmo, para que nada me perdiera del discurso:

—No menos importante es el encargo que nos hace la comunidad sefardí y varios conversos prestigiosos que han tenido acogida en el Círculo, de quienes hemos tomado muchas maestrías. Como habréis sabido, algunos judíos de linaje y convicción, avivados por el sueño mítico de encontrar la

Tierra Prometida, que ahora la sitúan al otro lado de la mar Tenebrosa porque en este ya no le queda cabida, reunieron los fondos que le faltaban al almirante Colón para su descubrimiento de lo que, según parece, otros ya tenían noticia; que por ello el escribano de ración y ministro de la hacienda de los Reyes Católicos, el mosén Luis de Santángel, también aportó buena parte de su fortuna personal y en menos de una hora le obtuvo permiso y aval de doña Isabel, de quien el converso era muy próximo, siendo que esta expedición ya había naufragado en sus manos reales mucho antes de zarpar. La comunidad hebrea, que por generaciones se había esforzado en servir a las Coronas para ganar su protección y no ser maltratada, logró tolerancia de los ibéricos mientras costeara la guerra contra el estado musulmán. Bien recuerdo cuando nuestras Altezas Católicas recibieron de los sefarditas un donativo de treinta mil ducados para los gastos de hacer rostro a los islámicos y fray Tomás de Torquemada, blandiendo un crucifijo, recriminó a Fernando e Isabel, recordándoles y maldiciendo al judío Iscariote que vendió a su Maestro por treinta monedas de plata, sin que por ello dejaran de tomarles los ducados al tiempo que firmaban el edicto de expulsión de los judíos de los reinos de Aragón y de Castilla, que fue promulgado tres meses después de que los cristianos vencieron a los moros en la toma de Granada; destierro, más que por fe, por autodefensa de los capitales de nobles feudales y órdenes religiosas contra el crecimiento de los comerciantes e industriales sefarditas. Pocos meses más tarde, cuando los inquisidores aún no acababan de repartirse los bienes de moros y judíos, don Cristóbal soltaba amarras llevando a bordo, a la par de las insignias de las Católicas Majestades, de la cruz verde del Santo Oficio y de la cruz encarnada de los caballeros del Temple y de Malta ondeando en las velas, al fingido converso Luis de Torres, con pretexto

de hablar árabe, caldeo y hebreo para bien entender si daban en el reino del preste Juan, o en las «Eretz 'akereth», las otras tierras, donde podría estar refugiada alguna de las diez tribus israelitas rebeladas contra la casa de David. No fue casual que a la primera persona a quien Colón escribió dando cuenta de su triunfo fuera al ministro Santángel. Y cuando en su tercer viaje tocó la provincia de Cumaná en Tierra Firme, que él suponía cercana a Cipango y a Catay, no ahorró palabras para afirmar que había dado con el Paraíso Terrenal, por no decir la Tierra Prometida, la del clima suave y eterna primavera, donde aseguró desembocan los grandes ríos de las Sagradas Escrituras, que no eran otros que el delta del Orinoco frente a la isla de la Trinidad, isla que también dejó ajustada en todo a una de las Fortunadas reseñadas por los zahoríes antiguos, aun sabiendo que sus maestros, los conversos portugueses validos de Henrique el Navegante, ya las habían topado y bautizado en Las Canarias. No es de extrañar que haya desaparecido sin dejar rastro el diario desta navegación, el que día a día trazó don Cristóbal, con rutas y ribetes detallados, haciendo carta y pintura, para con el hallazgo del Paraíso justificar los cuantiosos gastos, por los que los avaros ya acosaban duro al Almirante. Seis años después, por intriga de los astrólogos consejeros del Rey, se logró que un sabio, botánico y astrónomo, micer Codro, fuera admitido en la armada de Pedrarias de Ávila que salió en 1514 a poblar la primera colonia de Tierra Firme en el *Darién*, poco antes de tener noticia del camino hallado por Vasco Núñez de Balboa para salir a la mar del Sur. Codro fue asesinado en aquellas tierras y sus valiosos escritos deben yacer en los archivos vedados del Santo Oficio, marcados bajo el sello de la Inquisitio Eretice Pravitatis, donde nuestra Hermandad nunca tendrá acceso.

El Maestre llenó de nuevo su vaso y el del Conde. El mío estaba casi intacto. Bebimos los tres y continuó:

—Los más holgados hebreos, tanto para disimular sus fortunas como para ponerlas al servicio de sus intereses en los estados que los aceptan, ya que no tienen uno propio suyo, las han venido colocando en las casas prestamistas de los Greletteroth, Formari, Vivaldis y, en especial, de los Welser y Fugger. Por intermedio de estos últimos nos han encomendado recuentos corográficos, detallados y veraces, no solo de recursos y riquezas de todo tipo, sino de alguna provincia donde puedan asentar la nueva Sefarad, toda vez que, en años corridos desde la hazaña de los Pinzones y Colón, las noticias son dudosas: mientras unas vienen fabuladas, muchas llegan mal intencionadas y no pocas censuradas. Al tiempo que unos afirman, otros contradicen o desmienten. Los escritos se desvían en los caminos y casi nunca llegan a su destino, tal como acontece con los asientos de los tesoreros reales.

El Conde parecía hastiado, tal vez por saberse el discurso de cuando la misión era suya, o porque tenía su cabeza puesta en otro asunto. De nuevo había agotado el cazo y se sirvió de la jarra. Yo, no obstante estar embebido en los relatos, alcancé a advertir su displicencia, su distancia tensa. Sin saber por qué, la llave del cinturón me dio vuelta en la cabeza y pensé que el Conde nunca le habría confiado la copia al Maestre, ni a más nadie. Que más que por celos, por orgullo escarmentado había renunciado a la misión en las Indias.

El Maestre remojó su garganta en vino. El silencio se sentía cargado y por no saber qué más hacer me atreví a terciar:

—Si me dispensan vuestras señorías, creo que la resolución de los judíos está aupada por sentimientos religiosos, que en ellos se confunde la necesidad de encontrar un nuevo asiento. Están exasperados con la interpretación de las cábalas de sus rabinos que, por además, coinciden con la de los caballeros cristianos del Templo de Salomón, en cuanto a la profecía de Ezequiel sobre las tribus de Gog de Magog.

—¿Qué es tanto desvarío, muchacho? —interrumpió el Conde.

—Bien decís —me respaldó el Maestre—, continuad.

—Me refiero, con vuestra venia, a la predicción de que, poco antes de la venida del mesías de los judíos, habrá una gran guerra de Gog y Magog contra Israel. Profecía que los rabinos afirman comenzó a cumplirse cuando los Reyes Católicos, asumiendo el papel de Gog, los expulsaron de sus reinos en el mismo año del descubrimiento. Conjetura que juzgan seguir su curso con el actual acoso de igual saña por don Juan III de Portugal, haciendo de Magog. Y con este convencimiento cerrado, los sefardíes ordenaron a quien se encubrió bajo el nombre de Cristóbal Colón, según sostienen algunos letrados, poner proa por las rutas abiertas por los nautas de don Henrique el Navegante, los protodescubridores que nuestro maestre Juan acaba de mencionar.

—Como forjador no lo hacéis tan mal —volvió a interrumpir crispado el Conde—, pero con presumir de letrado, se os están fundiendo los sesos.

—Si la comunidad sefardí, por mano interpuesta de los banqueros, nos encomienda información, no cabe duda que siguen afirmados en sus cábalas —rematé escanciando del cazo.

El Maestre levantó de nuevo el codo proponiendo un nuevo brindis y tras un largo trago, festejó:

—Francisco Martín: desde hoy, sin dispensa del secreto y obediencia con la Hermandad, se os acrecientan los deberes porque seréis la sangre más joven del Círculo de la Ciencia Nueva ¡Brindemos por ello! —Empinó de nuevo el vaso y continuó—: Vuestras obligaciones en adelante estarán en el Nuevo Mundo, como relator discreto de cuanto recojan vuestros ojos y oídos, de lo material, mental y espiritual. Partiréis con los últimos vientos favorables de la segunda mitad del año próximo de 1528, en la armada que está conformando en

Sevilla el acaudalado García de Lerma en liga con los Welser, los más fuertes émulos comerciales de los Fugger a quienes les tomaron delantera en las islas y Tierra Firme de los *caribes*. Lograron que el Rey les otorgara la gobernación de la provincia de *Coriana*, lindando con la de Santa Marta que es el destino del De Lerma. Dadas así las cosas, la única forma de obtener información de tan dilatada tierra continental es infiltrando a alguien, vuesa merced, que se confunda en las filas competidoras. Tenéis algunos meses para comenzar a borrar vuestro paso por la Ferrería, para meteros en el manejo de las armas y haceros imagen de aventurero. Luego debéis trasladaros a la Casa de Contratación de Indias, en Sevilla, donde tendréis ocupación que os familiarizará con gentes de todas las pulgas que se está alistando, con la ciudad, su acento y costumbres. Así será más fácil disimular vuestra cuna, educación, parentela, amigos y, lo más importante, toda ilación con la Ferrería y el Círculo, con los cuales todo contacto será a través de una dama, puesto que las mujeres despiertan poca sospecha de terciar en cofradías de hombres. Ella, una de las muy pocas excepciones femíneas, es adepta meritoria y discreta en alto grado.

Apuré los restos del vino para bajar el trote del corazón. Al terminar, ambos estaban esperando mi respuesta:

—Señorías, no podría yo aspirar a honor más alto ni a misión de mayor compromiso: vigía de nuevos horizontes, encubierto como el Almirante de la mar Océana ¡Jamás lo hubiese soñado! Pero cómo lograrlo si adolezco de grandes limitaciones en las ciencias y las artes; no siendo más que un ávido lector, no he escrito arriba de dos cuartillas; la gramática y la retórica no son mi fuerte; salvo algo de latín del vulgo, no domino lenguas; apenas alcanzo a comprender la filosofía hermética; escaso mi roce con astronomías; nada sé de medicinas; corto en leyes; la milicia flota en mí entre

la aversión y el desprecio... En fin, no sé cómo merecí que hayáis puesto la mirada en mí.

Con este cabo quise enviar al Conde un dardo de ironía, pero no se inmutó y entonces percibí su triunfo en la fingida indiferencia.

—En uced hemos reconocido una chispa de iluminación —respondió el Maestre—. Además, tenéis juventud. La formación y habilidades recibidas en la Hermandad y lo que os han dado vuestros padres, todo suma. Sin conocer lo que se va a encontrar, difícil es anticipar la ilustración que alguien deba llevar. Sabéis leer y escribir, aptitud que acaso tiene uno de cada dos docenas de los que allí pasan. Vuestras anotaciones serán base para luego enviar otros más preparados y ajustados. Estas son vuestras instrucciones, devolvedlas cuando las tengáis memorizadas.

Me entregó un legajo de papeles, cuya cubierta estaba marcada con un círculo y un punto gordo en el centro: el símbolo alquimista del sol, foco de nuestro sistema astral, el Ra de los egipcios y signo de la vida de las civilizaciones anteriores a los israelitas; del oro dúctil y duradero, y de la pureza y plenitud demandada en el toque filosofal. Me dio un abrazo franco y cerró diciendo:

—Se han reunido bienvenida y adiós en este mismo momento. Id con Dios, para que os ilumine y proteja.

No sentí traicionar el voto de silencio al contar del Círculo y de la misión a mi Padre, puesto que él seguía ligado a la reserva. Entre los dos acordamos decir a mi madre y hermanos que iba a las Indias a buscar fama y fortuna y, con suerte, un título de hidalguía, por canonjía o privilegio, que era por lo que se embarcaban todos los más.

Ahora debía encontrar ocasión para enterar de mi partida a la Condesa, a quien hacía semanas no veía. Pasaron días antes de que en el atrio me abordara doña Beatriz para anunciarme

con discreción que «la Condesa os recibirá en secreto, hoy a la hora del Sanctus, en su salón de labores». Tuvo buen cuidado de que notara sobre su escote una gargantilla de filigranas de Toledo, con un pendiente de ágata en el que estaba labrado aquel signo del sol.

Durante el encuentro con la Condesa, sabiendo que el Conde rondaba cerca, mi desazón giraba sin parar, mientras la apostura de ella fue neutra, cordial pero distante, fría como de funcionario de alto rango. Alargó su mano derecha, más que para la etiqueta del besamanos, para que advirtiera el anillo de oro blanco con una semiesfera del mismo metal y sobre ella, incrustados, el redondel y el punto en oro muy amarillo. No podía creer lo que comenzaba a entender.

—Ya tendréis claro que soy vuestro contacto con el Círculo. Soy la única mujer admitida en muchos años, gracias a mi interés por la medicina y las leyes de la materia, ciencias en las que aventajo a varios cofrades. Mi relación con vos será recibir los escritos y extractar dellos lo de sustancia para los adeptos y para los fines de nuestros mecenas. Como una salvaguardia más para la espalda de todos, Beatriz servirá de eslabón entre nosotros dos. Es la función que han dado a cortesanas que, como ella, poseen mucha información y poca sujeción entre las sábanas para guardarla. Ahora le obliga el voto de silencio, pero más el temor a las consecuencias si lo rompe. En cuanto a nuestro pasado, debe quedar allí, sellado con vuestra ausencia.

—En lo que a mí concierne, no puede ser así de raso, porque lo que comenzó como un encargo y luego se deslizó por curiosidad, deleite, placer y dolor del sentimiento, maduró como el más abrasador amor cortés que, si bien es adúltero porque sois casada, jamás será pecado porque jamás habéis abrigado tal apego por vuestro marido, con quien os obligáis por lealtad, sin entrar en ello la fidelidad. No habrá fuerza que

pueda cambiar lo que siente todo mi ser y dejar de amaros sería como andar muerto en vida. Aunque hayan llegado al término las pasiones carnales que me hicieron hombre, la fuerza del amor continuará en la cima hasta donde habéis transportado mi espíritu y sentimientos, pues solo con esta gran sublimación podré llenar el vacío de vuestra distancia física. En adelante será con vuestros ojos que recorra los caminos, porque será para vos, Mi Condesa, más que para ilustrados, banqueros y hebreos, lo que escriba...

No pude continuar y decirle lo que me había desvelado aderezando para la despedida porque, si bien apenas tenía humedecidos los ojos, sentía ahogada el alma. Detrás de sus pestañas vi escondidas un par de lágrimas, tal vez de compasión por un mozalbete a quien, sin proponérselo, había empujado hacia lo desconocido, un vacío que poco dista de la muerte.

—Tengo para vos dos presentes y dos peticiones —dijo mientras me anudaba al cuello un retorcido cordoncillo de tripa de gato con una medalla grabada con el símbolo del sol, algo menor que una moneda de un real—. El primero, este símbolo acuñado en la Ferrería con una rara aleación que no se arruina, vuestra amalgama supongo, encontrada entre deshechos. Es la filiación que ahora distingue a los miembros del Círculo.

«No la colgaréis también del pescuezo al Conde», pensé con el humor negro que me aflora siempre que tengo rota el alma y no sé cómo recoger sus pedazos.

—El otro es devolveros esta llave, la que codicié solo para nosotros, para nadie más, para que no carguemos más el peso de un perjurio; menos cuando el cinturón desapareció desde hace días de las alacenas del Conde, presiento que para usarlo de juguete con sus barraganas y concubinas —remató con una sonrisa amarga, en la que descubrí que el humor la usaba igual que a mí.

—Hacedme la merced de anudármela en el mismo cordón. ¿Cuáles son vuestros deseos?

—Sabéis que los sabios alquimistas mueren duplicando y en veces triplicando la edad promedio de los hombres sanos... Una rama de su ciencia enseña a exaltar la salud y a prolongar la vida tanto como lo permitan las leyes naturales... El doctor universal Alain de L'Isle con su elixir pudo superar los cien años. Tiempos después, Arnau de Vilanova fue el primero en destilar aqua ardens del vino, para disolver la quintaesencia que sacaba de hierbas y plantas, y así recetó su licor, el de Arnau, famoso en toda Europa para rejuvenecer y reparar toda clase de afecciones, como lo prescribió en su tratado *De la detención de la edad y la recuperación de la juventud*, cuyo estudio os recomiendo. Han llegado noticias de que el desatinado Juan de Ponce de León acabó de enloquecer buscando un agua de juventud eterna en la Nueva España. Nada pudo encontrar de conformidad y menos de felicidad, porque, lejos de ser un iniciado, lo corroía la fiebre de conseguir la potencia del macho cabrío para asaltar doncellas indias y salió cortado en lo que ambicionaba perpetuar: la vida. Francisco —continuó—, os consta que no me cabe la energía que me habita y necesitaría muchas existencias para consumirla: Amo la vida con pasión y la pasión con toda mi vida.

—Escudriñaré y os relataré lo que de ello encuentre —la interrumpí—, todo lo que pueda dar a la vida la gracia de que permanezcáis mucho en ella. ¿Cuál es vuestro segundo deseo?

—Un pacto inviolable de que, poco antes de que me sepáis vieja, tengamos un último encuentro para poder palparos la piel curtida por los vientos de otros mares, y recorrer las cicatrices que os marquen y los pliegues que traigáis en las entrañas, y ver otras estrellas que se os hayan metido en las pupilas y me contéis al oído lo que no le hayáis conseguido cabida en el papel y, así mismo, yo os confiese de mi vida lo que hasta hoy no he

sabido referiros, para que podamos medir qué tanto es el amor que nos perdura, y saber cuánto viven las promesas que se dan sin pronunciarlas...

Y esta vez no hubo maña para evitar que las lágrimas se nos liberaran descaradas. Después solo un beso salado, impío, quemante, que hasta hoy, treinta años después y con medio mundo de por medio, no he podido arrancármelo del alma.

Porque los recuerdos que más aprietan, aquellos con que nos atenaza la nostalgia por la felicidad segada, son los que menos podemos contar, he cambiado los nombres que había de cambiar y omitido los lugares y borrado las señas que os puedan aludir. Este capítulo deberá quemarlo vuestra mano para dejarlo guardado solo en vuestro sentimiento. Forzoso me fue escribir vuestra evocación porque sin ella no hubiera podido comenzar mi historia. Y porque quiero que sepáis que después de media vida y con medio mundo de por medio, estéis donde estéis, siempre estaréis dentro de mí.

CAPÍTULO II

DE LA CASA DE CONTRATACIÓN EN SEVILLA,
donde logré acomodo en la armada del De Lerma
y los Welser, y trabé amistad con una gitanilla
alucinada con ir a las Indias a dar sosiego
a su espíritu errante

Una luna preñada despabiló mi primera noche fuera del hogar. Escondió su fanal cuando atravesé por Ávila, para recoger un padrinzgo de empuje en el Convento de Santo Tomás. Y sacó de nuevo su espejo dentre los rescoldos cuando me descolgué de la sierra, a dos jornadas de Sevilla.

Puesto que no acerté con cabalgaduras ni mozos de alquiler, hice todo el camino a pie, cargando mis pertenencias en dos fardos cruzados, con el peso más grande apretando el corazón, donde había instalado rotunda a Mi Condesa, sin dejar más resquicio que la grieta por donde se coló el adiós de mi Madre, con ese «¿Cuándo os volveré a abrazar?» que más me arrugó el ánimo al destapar la certidumbre del nunca jamás. Pero por fortuna, en mi garganta se tupió la desesperanza y no dejó salir el «Creo que nunca, Madre», mientras mi Padre con el dorso de la mano me acarició el mollete, por primera y única vez, y me dijo en despedida:

—Quien va y retorna, descubre; pero si conquista y no vuelve, se pierde.

El maestro Juan había esquivado mencionar lo del retorno y el Conde lo esperaba más allá de nunca. De mis tutores ninguno aventuró un término, para no apoyarlo en incertidumbres y aguardes. Yo traté de conjeturar por oidillas, de tamizar algo entre tanto aspaviento de los pocos que volvieron y el olvido del sin número que nunca regresó, y terminé haciendo ovillos de fábulas y confusiones, de mutismos y desconocimientos, de temores y ansiedades. Por ello, Padre mío, aunque se malogren mis huesos, descubriré con mis escritos. Por lo mismo, Madre mía, no alcanzo a vislumbrar si algún día nos volveremos a abrazar.

Engarcé los caminos a Sevilla. Por primera vez me vi afuera de lo que había sido el cerco de mi niñez y juventud, más con el aturdimiento del desarraigo y el azore del salto al vacío que con embeleso por las primicias. Anduve solo, aunque no distante de caravanas ocasionales. Debí procurarme y tasar las comidas del camino, regatear el hospedaje en las fondas, escabullirme de asaltantes y ladronzuelos que, en cualquier recodo, apostaban mocillas como cebo invitando a galanteos y ternuras de ocasión; incluso hube de zafarme por fuerza de barraganas insaciables que de posada en posada van exprimiendo los alientos de los clientes al final de las jornadas, para luego limpiarles lo de valor y entregárselo a sus chulos. Nadie me advirtió cómo escurrirme de los mendicantes de las órdenes menores que, formando gavillas amenazadoras, avenan para sí limosnas más forzadas que piadosas, invocadas a nombre de sus abadengos. Tampoco sabía de peajes a cada tramo, de pontajes al cruzar los pasaderos de los ríos, ni de barcajes cuando había que acudir a las chalanas. A cada paso había mengua honda en la bolsa que sufragó la Hermandad, como si los fondos fuesen arena fina fugándose por las costuras. Con razón un plebeyo nunca pudo conocer más allá de su solar, a no ser que lo llevasen a morir en las guerras casadas

por los patrocinados con el trabajo del pechero exangüe y del esforzado comunero, únicos soportes del dragón insaciable de los tributos para apuntalar en las Cortes a políticos extravagantes, costear plagas bélicas y engordar conventos que, a cambio, recalientan los sesos con las ascuas del Infierno.

Sevilla, la principal ciudad hispana, es un hervidero a orillas del Guadalquivir. Soporta el comercio más grande del Viejo Mundo con las Indias, aunque los navíos atraquen en los puertos de Sanlúcar, de Palos, o en el de la Santa María. Sus mercaderes provienen de familias conversas, como las de Fernán Ximénez, Alonso de Burgos, Diego de Rojas, Fernando de Sevilla, Gonzalo de Baena, Pedro de la Palma y la de Juan de Córdoba. Tratan, embodegan y remesan harinas, vinos rojos y blancos, garbanzos, aceitunas y aceites portugueses, miel griega, nueces y dátiles marroquíes, velas de cera, camisas bordadas en Holanda, calzones de lienzo, paños y sombreros flamencos, botas y zapatillas de cordobán, alpargatas, papel y hasta, cosa de poco creer, *hamacas*, *enaguas* y taparrabos para vender a los nativos de la Hispañola. Esta floreciente burguesía, por contender con las esferas de la Corte, fue la responsable de la magnificencia del vestir, de esa pasión por el lujo que nada tiene que ver con buen gusto, sino con la ostentación y el fausto que han llevado muchos a la ruina. Porque nada pudieron evitar las leyes que buscaron refrenar lo suntuario en favor de las arcas oficiales, y siguieron cayendo en las garras del crédito de los mismos conversos que terminaron haciéndose con tierras y ganados, con paños y brocados, vajillas de plata, joyas y armaduras, con obras de renombrados artistas.

De todo este frenesí estaba advertido por mis mentores. Por tanto, tan pronto como conseguí albergue y deshice los fardos, me aderecé con ropas majas, sombrero emplumado, espada y puñal bruñidos bajo capa de forro carmesí. Esta nueva

estampa cumplió el cometido de abrir las puertas del empleo y enrolamiento; y habré de confesar, para no disimular la verdad, que también me facilitó la proximidad con sevillanas del malecón, viudas temporales de marinos o abandonadas de emigrantes, más interesadas en mi juventud y en lo de por dentro de mis calzas estrechas que en mis saberes y modales, más útiles para cosechar entre hijas de burgueses con esgrimir algo de intelecto en conversas tiesas, o en ensayar la pluma con acrósticos y versos galantes para las virginidades atadas a sus dotes, vigiladas por solteronas encapirotadas, mientras las de la escollera sueltan su rienda en los jolgorios.

Con la hiel del desasosiego de quien enredó su vida en la ventura por haber sido empujado a dar el tranco, me presenté en la Casa de Contratación de las Indias, el sombrero en una mano y en la otra la esquila lacrada recogida en la abadía de Ávila, dirigida al excelentísimo señor don García de Lerma, escribano mayor de la Casa, designado dos años atrás por la mismísima mano del Rey. La enseñé al portero salido al encuentro que, luego de sopesar mi facha y tantear la carta, me ofreció asiento en el recibo.

Por lo que había escuchado en la Ferrería sobre el influente escribano, contador y consejero, este no me recibiría en persona. Rememoré que había sido comerciante en Burgos y ayuda de Cámara en el palacio del Emperador, hábil en accionar la lengua y traficar influencias, con experiencia en las Indias de cuando fue alguacil y lacayo de Diego Colón en Santo Domingo...

Antes de rematar mis cavilaciones, el portero anunció que el señor De Lerma me requería en su escribanía. Tenía presencia de cortesano maduro, ampuloso, con una sonrisa agradable que usaba para cubrir cualquier debilidad. Su mano izquierda descansaba sobre la carta de Ávila, mientras con la otra me indicó dónde sentarme.

—Por estas referencias, Francisco Martín, os hacía más hecho —dijo con inflexión engreída—. Si es que tenéis criterio recio y sabéis manejar la espada con pericia, tal vez podríais hacer de alguacil del agua, para controlar las raciones mientras dure la travesía por la mar. Ya en tierra seréis forjador, o armero, o hasta fundidor de la Caja Real si os quedáis conmigo en Santa Marta; pero si os enrumbáis con los Welser a *Coriana*, seréis lo que ellos dispongan. Aún no doy cuál podría ser vuestra ocupación en esta Casa, para lo de pagar el sustento de los seis meses hasta el día de partida y lo de vuestros avíos particulares en los dos de navegación.

—Excelencia —respondí con la seguridad de que el favor no venía de él sino de la mano larga de la Hermandad—, mi propósito es ser testigo y relator de los hallazgos y conquistas en los reinos ignotos aún no penetrados ni dominados por cristianos. Tendré en mucha honra servir a Castilla escribiendo cartas de relación, que podrán valer tanto o más que el oro para quienes tengan interés en entelequias desconocidas. Quedaría muy beneficiada esta aspiración, si los quehaceres que me asigne vuestra excelencia pudiesen ir de la mano con asentar notas de lo que vaya topando y aprendiendo.

—En la mar os sobraré tiempo y faltará espacio. En Tierra Firme podéis redactar todo cuanto quepa en los pocos trechos que os dejen las acciones de conquista, porque en ella igual marcha a sudor y nervio el capitán que el fraile, el cirujano o el ballestero que el escribiente. En esta Casa, ya que os gusta la tinta, ensayaré nombraros agregado del amanuense Juan de Villegas, mi coadjutor para el asiento de los registros del buen gobierno en el alistamiento, aduana y desatraque de mi armada. Presentaos mañana ante él, a quien debéis arrimaros y seguirle hasta estar sabido cómo funciona esta Casa, las ordenanzas que la rigen y demás detalles, para que logréis cumplir bien el dicho encargo. Venid con vuestras pertenencias, que

allí mismo se os indicará una posada decente que podáis soportar con la paga, la que se os reconocerá después de un mes, solo cuando aprobéis el proceso de instrucción y formación.

Cuán lejos estaba de saber que el escribiente que me instruiría, seis años después sería quien me tomaría un acta juramentada cuando mis propios compañeros me aprisionaran por sobrevivir aindiado en una provincia de *pemones*. Villegas, con ser largo de escritos y corto en habladas, siempre que tuvo el ancho, no dudó en ilustrarme sobre la Casa de la Contratación. Por él supe que la fundó doña Isabel, la Católica, tan solo once años después del primer viaje de Colón, para poner orden y cedazo al tropel de la conquista. Encomendó su funcionamiento a una terna de factor, tesorero y contador, imponiéndoles cometidos substanciales desde los inicios, como intervenir toda navegación hacia las nuevas colonias mediante otorgamiento de contratos y capitulaciones, inspección de embarcaciones y mercancías, control de viajeros y expedición seguros; hacer de aduana y a la vez cobrar rentas; regir las propiedades de la Corona en las Indias y fungir de banco para compensar valores reales y privados. Además, la Casa cada vez ha venido asumiendo nuevas funciones mercantiles y manejando aspectos políticos. Así, al tiempo que provee de armas y víveres a las colonias oceánicas, sirve de tribunal de cuentas, sostiene escuelas de marinería y traza mapas y fronteras. Instruye y califica pilotos, establece códigos y ordenanzas de navegación, y controla la construcción de naves.

Con el ascenso de Carlos V al trono de Alemania, también ascendieron sus deudas en todos sus reinos. Desde hace diez años, el Emperador tomó esta Casa como su hijuela directa para apropiarse de los tesoros y rentas de las Indias y pasarlos sin extravío a sus acreedores, como les enfiló todo el oro de los *mexicas*, enviado por Cortés desde la Nueva España. Es don Carlos en persona quien nombra a los altos funcionarios

de la sede de Sevilla y coloca ojos veedores por todos los rincones de las Indias. Aunque en la Casa no hay coto para la venta de influencias de todo tipo, pocas veces se han descaminado valores de la Corona. En cambio, con la mar de por medio, lejos de la mirada de su Majestad, los funcionarios delegados y los mismos veedores andan como cabras sueltas comiéndose todo y cagándolo a cuentitas, pues con el gato acá por allá hacen fiestas los ratones.

Tuvo razón Lerma en que antes de un mes no estaría yo orientado en lo concerniente al ordenamiento de la Casa. Para reconocer decretos, mandatos, cédulas y ordenanzas, tuve que llevar legajos a la posada y pasar noches en vela escrutándolos. Porque se hizo ley para todo, ¡hasta para cómo lucir en los desfiles!, creedme. Desde el descubrimiento, viajar a las Indias fue un negocio particular de usufructo, al que hubo que reglamentar en todos los tenores, para que la Corona no siguiera viendo flacas sus arcas mientras los mismos señoríos que, en concepto de los legisladores, de siglos atrás amasaron fortunas con pillajes, asesinatos y explotación inmisericorde del trabajo ajeno, siguieran llenándose las manos sin escrúpulos. Igual habrían de proteger las regiones descubiertas, porque con solo tocarlas pertenecen a Castilla y entonces los bárbaros naturales se tornan en súbditos, libres ante la ley, aunque nunca parejos con los cristianos.

Entre tanto jaleo jurídico, fue hueso duro saber cuáles condiciones corrían vigentes y cuáles derogadas. Las novedades de las Indias siempre atropellaron y lo que un soberano estimuló, otro, o el mismo, restringió. Y se hizo trabazón con tanta normativa prohibiendo y tanta cédula autorizando, que los embarazos dieron para ganarse la vida a cuanto pica-pleitos de gorguera armase una querella. Me limité a estudiar los preceptos de don Carlos que más corrían en uso, legajados por el paciente Juan de Villegas con lo que tenía de leguleyo.

Aun así, casi copan mi caletre las solas regulaciones de navegación, las que tocan desde la sobrecarga de las naves y del valor de la quintalada, hasta las prohibiciones de juegos de azar, obscenidades y blasfemias en las travesías.

Aún circula una cédula de Fernando de Aragón aflojando los controles para poder enrolar colonizadores, que a la letra dice «E a los que quisieren pasar de aquí en adelante a las Indias non les apremiéis como fasta aquí en querer saber quienes son, especialmente siendo trabajadores». Pero su nieto y los administradores de Dios siguen taponando el paso a todo tipo de indeseables, con mayor señalamiento para los enemigos de la Fe Verdadera: judíos conversos reconciliados, moriscos islámicos y cualquier otro infiel; a los herejes, apóstatas y nigromantes, a los protestantes de la Reforma, aunque se hubiesen recompuesto con la corte pontificia y, para mayor seguridad, a quienes no puedan demostrar linaje limpio con práctica del credo durante los dos últimos siglos. ¡Válgame el Cielo!, doscientos años de limpieza para tantos que nunca supieron el nombre de su padre, ni les asentaron fe de bautizo por hijos de madres violentadas; para tantos que tomaron cualquier sobrenombre por apellido y lo mismo les dio llevar el alias de Tapias que Paredes, o ser Vaca que Becerra. ¡Como si no supieran de qué están hechas las Españas! Atajan los gitanos por descendientes del judío errante, por dados a la picardía, la holganza y el jolgorio, por apegados de adivinaciones, hechicerías y ritos heréticos a que se entregan en dialecto propio, como del mismo Satán. Objetan el embarque de abogados y litigantes por su afición a pleitos y trácalas, por su mala influencia en emigrantes y naturales, por dilatar las pendencies para engullir las fortunas y los bienes de quienes invierten toda su hacienda con tamaños riesgos. Sellan el paso a quienes han sido, son y serán el relleno de todas las expediciones: delincuentes, deudores marrulleros

y meretrices. Prohíben la salida a mujeres solteras sin protector masculino y de esclavos negros sin sus amos. También quedaron imposibilitados los extranjeros de Castilla y Aragón, aunque sea el mismo Rey extranjero quien venda licencias a quienes puedan comprarlas. Y en esto no son Fuggeres y Welseres las únicas excepciones, que también las hacen con súbditos genoveses, venecianos y portugueses si son de provecho o acomodo.

Las leyes siguen estorbando para más enriquecer funcionarios venales a mayor cantidad de obstáculos en los puertos. ¡Qué poco olieron los legisladores no ser la fe ni la gloria de su Rey, sino el mero afán de salir de la miseria lo que impulsa la plebe a meterse en la mar Tenebrosa sin saber dónde ir a parar! Porque han sido los segundones de menos futuro en sus pueblos, los primeros en ir a rebautizar poblaciones con el nombre del solar natal. Y los iletrados más desconocidos, varios de aquellos que hasta cambiaron de nombre para optar por licencia de embarque, son quienes más gloria vienen dando al imperio de don Carlos, muchos dellos embarcados sin saber siquiera manejar una espada ni embrazar una rodela, porque a los campesinos y plebeyos les están negadas las armas militares, las de acero y las de pólvora por no poder ganarlas ni pagarlas, y las defensivas por temor a que las levanten contra sus opresores. Y así entraron en las primeras refriegas: de picadores y lanceros, luchando con ofensas tan rudimentarias como de indios. Pero ante el peligro y desespero, por miedo y no dar pie atrás, se tornaron en bragados guerrreadores, colosales e invencibles, porque les hirvió la mezcla de sangres sojuzgadas por tantos siglos; y después se convirtieron en hordas cegadas por la avaricia y, aupadas en nombre de un inocente enclavado en una cruz por codiciar amor y desprendimiento, ensañaron su venganza en miríadas de inocentes que viven, sin saberlo, como predicó

Aquel crucificado. Estos hombres, casi todos anónimos antes y muchos aún después de las jornadas, a la par que algunos pocos soldados fundados de carrera son los héroes que siguen fraguando los capítulos de la invasión más grande de la historia: la asolación de la mitad desconocida del mundo para añadirsele y ensanchar su esfera.

No hay que ser agudo para percatarse que las trabas solo atajan a pobres y a honrados, puesto que los más compran los permisos a los parásitos de la Casa, tal como supe de dos comerciantes acaudalados que debiendo presentar aquiescencia de la esposa para ausentarse de Castilla hasta por tres años, al tiempo obtuvieron licencia especial eximiéndoles de comprobar que las mancebas con las que se embarcaban eran sus desposadas legítimas. Funcionarios que se dicen tolerantes y por ello reciben sus buenos gajes, arguyen que si se llevan mozuelas es para no cometer bestialidades con las indias, que son como animalillos silvestres, sin ánima. Es común que capitanes y oficiales de marina y tropa, lo mismo que algunos mercaderes que se declaran solteros pasen mujeres públicas y es corriente que terminen casados con ellas y, al mismo tiempo, amancebados con las indias que despreciaron al comienzo, con las mismas a que poco después y de por vida quedan harto aficionados.

Mar adentro, si se lleva mujer propia o ajena, resguardarla es cosa imposible y el hombre que la asiste habrá de ignorar su cornamenta, siendo que el mayor pasatiempo a bordo es urdir cómo fornicarlas. En las noches nadie duerme ni dejaba dormir y todo se lo llevan los vientos y lo borra la sal de la mar. Las más de las pasajeras son de conducta floja, divididas a la par entre las arrogantes mancebas de los hijosdalgo y las vulgares y bulliciosas rameras. A las Indias poco pasan señoras, desas que se hacen acompañar de criadas moras, de amas de llaves y camareras castellanas. Las casadas son

menos que puñados, acompañando a sus esposos hortelanos, mineros o artesanos a fundar asentamientos.

Ya la había visto rondando un par de veces por las esquinas de la Contratación, tratando de pasar desapercibida sin lograrlo, con ese andar garboso de potranca andaluza y cimbreo de palma, la piel como de perla morena y la cabellera azabache en cascada de marco para unos perturbadores ojos negros. En el anochecer en que me cortó el paso a la posada, se me hubiesen pasado los siglos mirándola, si no suelta su voz cantora con la cadencia de Granada:

—Puedo adivinaros la buenaventura en la palma de la mano, o en brasas de la lumbre.

—¿Sois acaso quiromántica? —pregunté asombrado porque, aunque era de algo menos de mis años, no supe si su ofrecimiento era súplica de rapazuela o atrevimiento de mujer enredadora.

—Soy gitana y paso por moruna del al-Ándalus —dijo adornándose con un abanico torero de la falda—: gente de caravanas que anda de pueblo en pueblo, hilando por la vida.

—Pero andáis las calles más sola que acompañada...

—Os vi desde la carreta, no hace mucho, cuando cruzamos caminos a dos días de Sevilla. Me quedé aquí, apartada de los míos, porque mi sino no será seguir midiendo senderos trillados. Una noche os tropecé buscando albergue y también os he visto en la Casa de la Contratación, en mis rondas de acechar cómo puedo hacerme a una carta blanca para embarcarme.

—Sois resuelta. ¿Qué dicen las brasas de vuestra buenaventura?

—Las he consultado varias veces y, aunque en el libro del destino de las mujeres con frecuencia se corren las palabras, en el mío nunca se desvían: muestran un comienzo de aflicciones y aprietos, y luego la calma ansiada en medio de solo primaveras. También muestran la cercanía de un hombre que, aunque con fierros al cinto, mantiene desarmado el corazón.

Es el hombre que necesita una mujer harta de vejaciones, de los acosos que se han venido hinchando contra las gitanerías después de la derrota de los islamitas en Granada. Acaricio pasar al Mundo Nuevo en busca del sosiego no hallado por mi gente en reino alguno, desde que, en los orígenes, se regó el peregrinaje salido de las Viejas Indias, las Orientales, por todos los caminos del mundo. —Luego, dejándose traicionar por su frescura vivaracha, agregó—: Por habernos tropezado varias veces, algo nos sugiere el destino.

—Si esperáis en las Indias tal transformación, más que un cambio de vientos, vuestro hombre debería ser también gitano. ¿Cuál es vuestra gracia?

—Mi nombre es Adelfa, como la flor de verano en el desierto, de tersura y colores llamativos, pero un tanto pringosa, según dice mi madrina.

—El mío es Francisco, con el que me encomendaron a la protección del Santo de Asís, el del *Cántico de las criaturas y del Hermano Sol*, sentimientos en que me le acerco más que en lo ermitaño. Pronto marcharé a las Indias a tratar de hallar, ¡Voto a Dios!, un mundo como el que le pedís al destino. Decíme, ¿cómo espera licencia una flor del desierto, siendo gitana y pareciendo mora, quiromántica, acaso soltera, sola y sin monedas? —Y como se quedó mirándome con alguna desazón, agregué—: ¿Dónde y de qué vivís? ¿Qué hacéis y cuáles son vuestras habilidades? ¿De dónde toma esa apostura altanera vuestro cuerpo y qué os pone tanta alegría en la mirada?

—Los gitanos de todas las naciones presumimos conseguir el pan sin empeñarnos mucho en el trabajo. Quienes nos difaman con todo lo que de nosotros se ha tejido, también han aceptado nuestras artes. Las mías son la música y la danza. Me han procurado camastro y sustento en la Taberna de Los Poetas, donde aprecian mi cimbreo, aunque temo que los asiduos se cansen

de tanto repetir la zambra o llegue una que me supere y entonces me larguen por la callejuela de la amargura y no quiero terminar de puta, manoseada por monedas, ni de barragana de ninguno de esos melancólicos muertos de hambre.

—¿Así que, bailáis?

—Venid mañana a la tasca para que seáis vos quien lo diga.

Ningún mozalbete pierde invitación de hurí con tanto gancho. Pasé frente a la catedral y al Alcázar; crucé el río por el puente de junto al palacio de la Inquisición y seguí hasta la vetusta barriada de la gitanería, la de Triana, donde esparce su bullicio la taberna. Llegué con anticipación para hacerme a un puesto cerca del tablado. Ya estaba bien picado con dos cazos de vino, cuando comenzaron los atabales a repicar su ritmo, sumado con tintineos de castañuelas, panderetas y cascabeles, apretados por palmas llamando al guitarreo. Tal vez ya me había visto, porque salió muy garbosa con la mirada fija en mí, oculta la cara con velos blancos por abajo de los ojos, esos que no podían ser sino de Adelfa, destacados con líneas negras y sombras de añil. Los pantalones anchos de seda carmín, bombachos, con largas cuchilladas por donde quería entrar toda la curiosidad de la cantina. La blusa, en seda negra, se notaba que era de cuando aún no le habían acabado de crecer los pechos que, si no es porque estaba tan sujeta por cordeles, terminarían por liberarse. Dio tres taconazos rítmicos. Paró la música. Dejó volar las manos y perder los velos. Con meneos y agitaciones de cadera comenzó a repiquetear las colgaduras de campanillas y monedas, y le dio entrada a la melodía que le fue metiendo euforia en todo el cuerpo, llevándola a donde indicaba el azote de sus bucles en guedejas. Ella insuflaba su nervio a la música y la música le metía las notas en la piel, llevándola a un éxtasis de posesa por los dioses de las dunas que también dominaron a los músicos que parecían estar ajenos con ella en la misma dimensión de ritmo, armonía y movimiento.

Y danzó hasta cuando los ejecutantes dejaron decaer la fuerza. Entonces ella corrió a esconderse, como avergonzada de no poder continuar por siempre.

Se acercó una mesonera con más vino y recomendación de que lo asentara con algo de chorizo de bofes, cuajarejos de cordero, sardinas en cazuela o chanfaina de buey, porque no quería borrachos que siempre terminan en coces y puñetes.

Después del descanso, Adelfa volvió a salir, cambiados los bombachos por un gran volante de velos variopintos, sostenidos con enredos de monedas tintineantes, dejando descubierta la cintura hasta bien abajo del ombligo. Esta vez la armonía la imponían varios vientos de maderas y a ratos se sobreponía un coro que daba, más que voces, notas largas y vibrantes. Entonces el vientre de Adelfa, con un lenguaje de contoneos y pausas, de giros y trémulos, de zambras y alegrías, comenzó a transmitir toda la sensualidad de su ser con que me arrobó el respiro. Fijo solo en ella ignoré el sopor del vino, el calor y el bullicio de la taberna, el olor ácido de resudores y la falta de aire, por creer que estaba bailando para mí, como si yo fuese el brojeró de alguna caravana de nómades calés. Al final, alguien le alargó un rabel pastoril, de los de tres cuerdas. Con el arco le fue sacando notas agudas, entre alegres y nostálgicas, las enlazó en tarantela con las de otros músicos, en un acuerdo letárgico que comenzó muy quedo y fue creciendo, como contando una historia de amores dulces y luego contrariados, o tal vez la evocación de algún dolor distante, que me levantó de la banquetta y me envolvió la razón. De pronto interrumpió el hechizo, hizo una profunda venia ante los asistentes que la aupaban y, enredada en el retintín de sus atavíos, vino directo hacia mí a interrogarme con su sonrisa ufana.

—Si podéis crear un mundo de fantasía con solo verbos del cuerpo —le declaré con alborozo—, si podéis animar quimeras

con un pequeño laúd, nada podrá impedirnos llegar a una tierra de ilusiones.

—Ninguno de estos que se precian de letrados y poetas ha logrado decir algo semejante para loar mi arte. Y si con emociones nos hemos penetrado ya los ánimos, va siendo hora de saber mejor quiénes somos.

—Sentaos y acompañemos las confidencias con un buen vino.

—No en medio de tanto bullicio. Invítadme más bien a vuestro albergue, que primero debo ojear vuestra palma de la mano y lo que nos revelen las brasas.

—¿Abrigáis algún temor aquí?

—Acá hay ojos y oídos que me conocen y después os ligarán conmigo. Si el destino nos ha cruzado y nos gobierna de alguna manera invisible, ya no somos extraños que se tengan temores. Ardo por descifrar en vuestra palma si andamos enlazados por acechanzas paralelas. Vamos a vuestro hospedaje, que si aquí me ven leyendo futuros lo de menos es que me corran por quiromántica, que lo de más es que me hiervan por bruja.

Mientras recorríamos las callejas casi a oscuras, le conté la pretensión de ser cronista de un Mundo Nuevo para separar fábulas de verdades ajenas, que más que hombre de milicia y conquistas, iría en busca de reflexiones. En mi entusiasmo no me di cuenta de que, bajo el ropón, ella aún llevaba el atavío de bailarina y me estremecí cuando sus manos enjovadas me tomaron del brazo. En la posada todos dormían. Entramos en la buhardilla sin hacer ruidos, encendí el mechero y cerré la puerta. Nos sentamos en el borde del camastro. Y como quien dice «a lo que vinimos», ella tomó la vela y pidió escueta:

—Vuestra mano izquierda.

Se quedó averiguándola con detalle, la cerró entre la suya por unos minutos, la abrió y leyó de nuevo. Bajó la luz y también el

ánimo, mientras con descuido aprisionaba mi mano dentro de las suyas y en ese nudo tibio se fueron alzando hasta su pecho.

—Siento pena por vos —comentó entre un largo suspiro—, por tanta agitación que veo, porque tan solo al final de los años os llegará el reposo.

Y conmovida dejó mi mano dentro de su blusa para que con ese nuevo temblor olvidara el de meterme en un galeón hacia el inmenso vacío de lo desconocido y fabulado.

—Quedaos esta noche conmigo —le imploré.

—Entre nosotros, Francisco, impera una traba para que seáis mi hombre y yo vuestra mujer: nuestros corazones tienen cerrojos que no nos dejarían entrar como amantes. Nos queda el apego de amigos, que es como más nos necesitaremos.

Abrazado a su espalda, aspirando un aroma de limonero en su cabello, me adormecí con los ojos abiertos para no perder la luz de la luna en su tez morena hasta que la reemplazó el albor de la madrugada, cuando me regaló su sonrisa fresca, que correspondí con enredar los dedos entre los cabellos revueltos y le susurré al oído:

—Os conseguiré el paso a las Indias, así: cuando se enliste algún capitán o hidalgo con esposa, buscaré un trueque de favores para declararos su mucama. Este será el puente para entrarle de frente al destino, que sueños y destino son los cabos del ovillo de la vida, y como no podemos quedarnos en la punta de las ilusiones y fantasías, así sea mordiendo un poco las reglas, presionaremos la ventura, para en algo barajar el tiempo en que transcurre la existencia que llamamos realidad.

El escribiente mayor había dispuesto, desde un comienzo, que mi trabajo era hacer relación de lo por embarcar y lo ingresado: tripulación, soldados, funcionarios, mujeres, clérigos, matalotaje, armas, animales de guerra, artificios de marinería, cédulas, cartas, mapas... Y por ello estaba enterado en detalle de todo cuanto se movía en torno a nuestra armada.

De los emigrantes, los que daban agitación eran los que se estimaban en más y en poco o nada cumplían los requisitos: comenzaban exigiendo favores a voces para terminar comprándolos. Los que en nada figuraban se mantenían a la sombra, para saltar en el momento en que se entreabriera una rendija.

A quienes aspiraban alguna dignidad o cargo importante, sin excepción había que abrirles expediente de «Limpieza de sangre probada», con declaraciones juradas, testigos pagos y reiteraciones noveladas. Casi siempre la limpieza terminaba lavada por unto, después de interminables discusiones y componendas con los revisores que cardaban lanas por debajo de la mesa.

Por estos tiempos, ya son pocos los hijosdalgo cabales, de los que con código de honor y esfuerzo en las guerras habían ganado el respeto en su comarca. Sobrevivientes de la nobleza pobre, segundones que cuando jóvenes buscaron notoriedad en los cercos de Italia y lograron alguna riqueza con el filo de las armas, ahora rehúyen cualquier operación manual para darse tono aristocrático, aunque sea en el más bajo peldaño, comidos con los ojos de la sociedad castellana por lo donde más se engarza la envidia: por nunca pagar tasas a la Hacienda Real porque, como de ello tanto se jactan, en nada trabajaban.

El puerto está lleno de toda clase de pícaros luciendo hipócritas, ropajes y miramientos de comedia para esconder sus negocios e intenciones, sus antiguos nombres y el de sus villas, y hasta tratan de borrar los callos de sus manos frótándolas con guijarros, ya que a lo que más aspiran estos castellanos es ir a las Indias a vivir sin dar golpe ni pagar impuestos. Hubo dos que en ello empeñaron sus flacos haberes para comprar credibilidad a su farsa, sin saber que unos meses más tarde tendrían que pagar un precio mayor, cuando la Casa les exigió el permiso de la esposa para ausentarse o llevarla con ellos. Entonces, tuvieron que acudir a toda

prisa a un burdel elegante a concertar matrimonio, también de comedia, en que la dote de los unos era su hidalguía de oropel y la de las otras fue un baúl con vestidos brillantes para completar la falsa utilería.

Otros de estos trepadores de aristocracia se embarcaron más reposados y seguros, por soportar sus pretensiones en algunos méritos y servicios, con que exigían ser puestos a la cabeza de las conquistas. Fueron los capitanes más sufridos e insufribles durante las jornadas porque, siendo de cobre, querían relumbrar como oro ante los ojos de sus gobernadores, a costo de esfuerzo propio y de quienes nunca vieron posibilidad de acceder a la crema, por más que la sudaran. Se conformaban con las prerrogativas ofrecidas para atraerles a dar cimientos a la invasión, que no eran pocas: a más de meter en su bolsa repartos de botines y rescates, de pillajes en templos y cárcavas funerarias, reparto de tierras e indios que deberían trabajarlas, y explotación de minas, y, para no pocos, condonación de tributos, deudas y condenas.

De lejos se olía a quienes eran reales hijosdalgo, porque nunca acudían a la Casa a inscripciones ni declaraciones, ya que los cagatintas lo hacían por ellos. Además, eran los únicos que tenían asignado un estipendio como gobernadores, tesoreros o veedores de la Corona, pagas altísimas que salían de las arcas reales, o sea, del quinto del Rey que se lograba con el nervio de los demás, de los endeudados desde el alistamiento. De los que anoté en el registro, eran hijosdalgo Pedro de San Martín, factor de la Hacienda Real; el licenciado Fernán Pérez de la Muela; y Juan Cuaresma de Melo, quien fuera por muchos años mayordomo de los duques de Medina Sidonia, casado con Francisca de Samaniego, doña animosa y suelta, a quien el Emperador hizo la merced de regencia perpetua de la primera ciudad que poblase su marido. Si bien con la armada de los Welser llegó a Tierra Firme una veintena faroleando hidalguía,

en realidad, además de los nombrados, no la tenían más de cuatro. Estos se asentaron más tarde en las ciudades que fundarían los castellanos entre *Paria* y *Carora*, donde transplantaron la primera oligarquía de repelencia por las cargas propias y empeño en las ajenas.

Cuando asentaba el legajo de don Juan Cuaresma de Melo, encontré una pequeña quebradura. Sin levantar la vista, dije al paje que llevó las conformidades y relaciones:

—Por donde entra una oveja, suele salirse el rebaño. Habéis inadvertido que está enlistada como criada de doña Francisca de Samaniego una fulana de pierna floja, bien conocida en los cuchitriles del puerto. Harto trabajo tendréis para que la colada no salga al viento a importunar a tan empinada pareja, siendo que el yerro no es dellos, sino de quien la contrató sin verificar referencias... Mas, para subsanar el embrollo, os propongo que, así como una mano lava la otra, habiendo otro gran señor requerido el paso de una joven honrada y de su mucho aprecio, podríamos reemplazar la servidora de doña Francisca por esta, que ¡vaya coincidencia! también se llama Isabel. El asunto no hará correr maravedíes ni tendrá que salir dentre nosotros dos. Si aceptáis, queda hecho; si no, tomad vuestros documentos y volved cuando quede remendado el pasado jaranero de la consolataria.

Aceptó sin reparo y salió murmurando que «más temprano que tarde habrá de enterarse don Juan, porque me pidió que la servidora de su esposa también debía solazarle a él».

—Adelfa, desde que piséis el embarcadero hasta el fin de tus días os llamaréis Isabel —le dije esa misma noche en la Taberna de los Poetas—, Isabel Martín, porque quiero que llevéis algo de mí.

—Las ascuas nunca mienten. Menos las de tus ojos —dijo, y me entregó un beso en plena boca, salido de lo más tierno

de sus entrañas. Y agregó—: Isabel es nombre que me agrada, por el de mi madre ser Jezabel.

—Hay otra buena noticia: estoy afirmado como alguacil del agua de la nao Capitana, por lo cual no tengo que pagar pasaje y recibiré media ración sin costo. Con algunos ahorros podré ayudaros en algo los gastos de vuestra travesía. En lo que falta para desplegar con los vientos de agosto, debéis proveeros de camastro y frazada, y de algotros matalotajes que ya os detallaré. —Y para aflojar otro nudo, en seguida le solté—: ¡Ah! Y no olvidéis conseguiros vuestro gitano, porque hay ocasión de pasarlo como un tal Martín Tinajero, un soldado andaluz que se inscribió en la tropa del capitán Juan de Rivera y que, sin haberse presentado a su oficial ni en la Casa, apareció ayer muerto en una zanja a extramuros, con dos puñaladas en la espalda y un corte en la garganta. Puesto que nadie le lloró ni reclamó su cuerpo, los campesinos lo cubrieron con tierra sin más que rezar un credo, descuidando dar noticia a los alguaciles del puerto, por ser corriente en sus verbenas eso de toparse con difuntos aún manando sangre.

—¿Entre vos, Francisco Martín, y yo, Isabel Martín, cuál trato deberemos justificar: primos, hermanos, paisanos...?

—Seré vuestro ángel guardián, porque nada es un paladín sin dama a quien resguardar. La fuerza de nuestra amistad es aliento nuevo, que os debe agradecer mi soledad.

Y vino un segundo beso tan cariñoso como el primero, al cual me salió corresponder con un abrazo, que es como un beso extendiendo el cariño reclamado por los cuerpos. Luego, con su voz de rabel, me dijo con firmeza:

—Lo derecho es que Yago, mi marido, sea el Tinajero. Tuve que separarme de él al echar a caminar la determinación que llevo dentro, la que, para aclarar verdades, fue presionada por una delación arrancada con tormento por el Santo Oficio a otra gitana, falsa adivina y agorera, luego de esquilmar a un

obispo que buscaba filtros amorios para seducir a una de sus feligreses de quien era confesor y, al no lograr su propósito, se vengó con denunciar a la embrollona; y esta, para aflojar su retención, señaló nombres de quienes estamos iniciadas en vislumbrar lo velado, que no es «magia negra de profetizar para torcer el futuro» como dice el cura, sino facultad de advertir las infinitas fuerzas naturales entrelazadas en esa telaraña circular que nos teje la vida. Mi marido hartado está sufriendo por esta rotura y se ha quedado a la espera con nuestro pequeño hijo, para el que también deberemos encontrar la maña de pasarlo, aun bajo el riesgo sabido de que pocas criaturas han salido vivas del cruce de la mar.

Calló por un largo rato en que la sentí ida por los andurriales con su caravana y no pude menos que respetar su aflicción con mi silencio, mientras pensaba en lo poco reconocido a mujeres como ella, que sobreponen el mandato impenetrable de una estirpe perseguida por siglos, al riego de la maternidad truncada. ¡Cuán enraizados sentía ahora sus valores y cuán diferentes sus motivos!



CAPÍTULO III

DE CUANDO SOLTAMOS LAS AMARRAS DEL MIEDO,

después de enlistar señores y factores, soldados y
avenidos, putas y todo tipo de indeseables con
que se rellenan las naves; después de misas, purgas,
confesiones y testamentos, de agotar lágrimas
y adioses, para atravesar livianos la mar de los Atlantes

La Taberna de los Poetas se convirtió en la rinconada forzosa de mis anocheceres. Después de las presentaciones de Adelfa, alrededor de una mesa franca cuyo extremo permanecía reservado para ella, algunos asiduos nos juntábamos a exorcizar miedos e hilvanar fábulas con ilusiones, a repasar supersticiones y mitos que, de tan retorcidos por los navegantes de las mares ya domadas, ondeaban como verdades salobres de la mar Tenebrosa, calcos desflecados por el trapeo de la imaginación, mutantes y etéreos, hasta poner el pie en las Indias y sentir en el rostro el puñete de la realidad insospechada.

Quien más tenía para entretener era un andaluz que estuvo por las selvas del *Darién* con la expedición de Pedro Arias de Ávila, el mismísimo Pedrarias, y volvió llagado por las picaduras de un bicho que llaman *pito*. Jurando por la devoción a la Santísima Virgen que le había repuesto la vida, contó que «llegando a las islas Antilias, la mar es de color verde oscuro y tan caliente que se le siente el hervor. Allí se crían unas sierpes encarnadas, tan largas como el lomo de un asno, de cabeza como de gallo y con dos pares de alas escamadas,

de las que se sirven para desprenderse a tramos del agua y caer a matar con su veneno ponzoñoso a los *caríbales* que se meten en sus *canoas* a pescar. Aunque ningún fuego puede quemarlas, ellos las conjuran con la furia de sus dioses, que es como dicen ser unos hachones de resinas encendidas, con que las huyen a embocarse por un gran remolino al que los indios no pueden acercar sus *canoas* sin perecer». Todos quedamos en silencio, yo pensando en solo ser esta sierpe un trastorno del mismísimo dragón de uroboros de los alquimistas, símbolo hermético de la sustancia indómita, desencadenada y sin forma, y del caos de donde surgen las maravillas de la naturaleza. Y cuando el andaluz nos tuvo con las bocas y los ojos bien abiertos, agregó para más que «esas sierpes no atacan a las mujeres porque, cuando están menstruando, toman sus pequeñas crías y las guardan dentro de su natura para que, si los maridos las cogen cuando aún están con el período de la luna, les masquen la polla». Adelfa se apartó de la mesa riendo:

—Será por estos recelos que vosotros, los viajeros, queréis dejar todo vigor con las putas de Sevilla.

Un rimador, con la envidia de quien hace suyos los sueños de los aventureros porque nunca tiene el arrojo de meterse riesgos graves, terció repitiendo que «fueron los cantares de Roldán los que sedujeron a los hispanos prometiéndoles tocar tetas de doncellas en vez de acometer trabajos, ofreciéndoles ocios y abundancias para que se olvidaran de sus hambres, cansancios y vigiliass. Pero no a todos los argonautas les fue dado desembarcar en la orilla quimérica y muchos perecieron sin remedio». En este punto, otro bardo que siempre esperaba lucirse con quien le brindase un cazo de licor, levantó su vozarrón para marcar que fue el cordobés Séneca, ministro de Nerón, quien predijo que «vendrían, en los años tardos del mundo, ciertos tiempos en que la mar Océana aflojaría los atamientos de las cosas y abriría a un marinero iluminado

una tierra inmensa, un Nuevo Mundo, y ya no sería Thule la isla postrera de la tierra».

Otra noche, un alemán amable, maduro y ponderado, de mirada distraída y pecho como de galeón, se unió a nuestro bullicio. Dijo llamarse Frederic Ehrlich, sin que nadie volviera a recordar su nombre, porque en adelante le dijimos el Oso, por sus imperturbables facciones. Se esforzó para exponer, en un castellano lento y apenas entendible, que «según antiguos textos de mucho crédito, en el siglo VIII unos obispos de los reinos ibéricos, en huída por la invasión musulmana fueron a dar en las islas Antilias de la mar Tenebrosa y allí resolvieron quedarse junto con todos los monjes emigrantes. Con el tiempo asentaron siete ciudades admirables y bien defendidas, siendo Cíbola la capital de ellas. Como esta tradición fuera conocida por los hombres de Fernán Cortés, les recalentó la cabeza el haberse enterado que los más remotos antepasados de los *mexicas* salieron de siete cuevas en la gran Antilia, la Cibao, rebautizada por los castellanos como la Hispañola». Esta historia resbaló en la algarabía de los demás, mas no para mí. Y, por algo de cortesía, enhebré que en ello podía haber relación con las creencias de Platón sobre la atlántida, o continente sumergido en la mar Atlántica, evocado también en la memoria arcaica de los alquimistas de Catay. Entonces el Oso se quedó mirándome y añadió que también «Aristóteles afirmó en su libro *De las cosas naturales* que los cartagineses habían navegado por la fertilísima mar de los Atlantes, hasta donde los portugueses ponían en sus cartas el calificativo de Antilias, o sea antiilias, para señalar lo que estaba en el lado opuesto de las islas. Pero fue san Brandán, en un siglo remoto, quien después de haber partido de la isla Aranmor al sudoeste de Irlanda y navegar en un viaje visionario hasta la mar Atlántica, en busca de la tierra prometida a los más santos de este mundo, refirió

haber visto muchas maravillas y mencionó dónde estaba la isla de las Siete Ciudades pobladas por portugueses, desde el tiempo en que los moros le ocuparon la Hispania al Rey don Rodrigo, por el año 714, cuando se embarcaron los obispos con sus gentes y cada uno fundó una ciudad, y después no supieron volver. Siglos después, en tiempos de don Enrique de Portugal, el Navegante, una tormenta arrastró un navío a las Antillas y, desembarcados, fueron a ver si eran cristianas las gentes que tenían allí templos y ceremonias que parecían romanas, pero temerosos de que los despojara y quemara la nave, lograron dar vuelta a su patria, donde don Enrique les ordenó retornar a la isla, lo que no acataron por el gran temor que tuvieron, y el patrón huyó sin que jamás lo encontraran».

Como los demás comenzaron a desafinar romanzas, me senté junto al Oso para abonarle que algo sabía del dicho monje irlandés, de cuando se metió en la mítica isla de Ávalon en busca de la Tabula Smaragdina, la pizarra sobre la cual Salomón grabó la manera de alcanzar la piedra filosofal, según dicen los herméticos, la quintaesencia para reducir todas las cosas a una misma sustancia, al principio de la vida, o espíritu universal. Y aunque no se supo si halló la tabla, apuntan que tropezó con la revelación de que siguiendo la voz con que los sobrevivientes de la Atlántida marcaron su ruta por las Antillas, daría con el continente de Mu o Gu, de Agúa o Agau, «el Primero», que sobresalió cuando se sumergió el de los Atlantes, en busca del cual san Brandán se atrevió a navegar por la mar desconocida y, algunos no dudan, fue de los primeros y más remotos europeos en hollar las Indias Occidentales, y en ellas se perdió, porque nunca más se escuchó de él.

El Oso me miró fijo mientras preguntaba:

—¿Recordáis el indicio de los Atlantes? Con la dicha voz podríamos dilucidar si el continente resurgido es el mismo mal llamado «de las Indias».

—Dicen que a un erudito curioso, muy próximo a los consejeros del Emperador, le bulle y rebulle haber encontrado muy repetido el término «atl» entre los vocablos nativos que Fernán Cortés menciona en sus extensas cartas enviadas a doña Juana y a don Carlos; mas no ha podido atinarlo en las relaciones de escribientes y conquistadores de las demás latitudes indianas. Por mi parte, harto he buscado en todo cuanto ha estado a mi alcance en los anaqueles de la Casa de Contratación, sin hallar señal alguna. Mas, si tal ligazón existe, ya habrá ocasión de topar el rastro en las mismas Indias.

Avanzada la noche, entre tufos se disolvió la velada. Salí al tiempo con el Oso y en la puerta hizo como que el nudo del capuz se le trabó con el de la camisa y, al desenredarlos, vino a sacar un colgante del cuello: era el pendiente del Círculo de la Ciencia Nueva. Dejé pasar algunas noches antes de que, también como por descuido, descubriera mi pescuezo. De inmediato quedó consolidada una confianza tácita que nos avino a conversas sobre los saberes antiguos, entre las que se nos metió una sobre los símbolos de las civilizaciones pasadas, en especial del más común dellos, el del «todo en uno», que no es otro que este emblema de la Ciencia Nueva, aunque de dicha mutualidad ni el uno o el otro desclaváramos palabra alguna. De sí mismo me contó que durante varios años fue «soplador», o iniciado informal que estudiaba números y ciencias sin maestros, e investigaba al azar, trabajando por su lado, aparte de las sectas de artesanos. Señalado desde sus años mozos por un signo circular, la «rodella» encarnada, con que los descendientes de israelitas desde mucho antes de la Inquisición fueron obligados a marcarse en la ropa, vagó perseguido por varios reinos hasta que, enterados los Fugger de sus conocimientos herbolarios y de las propiedades de los metales, le ingresaron en sus talleres hasta ahora, cuando, haciéndole pasar por minero villano, se había logrado cabida entre los enrolados por

los Welser, a quienes conocía por también ser de la provincia de Ulm. No tenía mujer y se metía a las Indias con tan solo un baúl, en busca de los escritos del astrólogo y corógrafo Codro, refundidos en las selvas del *Darién*.

La conquista de lo apenas descubierto cogió a los reinos de los Católicos sin un peso en las arcas reales y sin manera diferente para fortalecerlas que echar mano a empréstitos de banqueros y comerciantes, incluso a empeños con algunas órdenes de caballería más solventes que las mismas Coronas, para apalancar las de Castilla y Aragón, donde, por además, poca cosa entendían de la mar abierta, porque don Fernando y doña Isabel, en su empeño por fortalecer las marinas de sus puertos, habían estorbado a los armadores extranjeros para estimular a los oriundos, hasta cuando llegó el día en que tuvieron que prohibir el paso por la mar Océana en sus barcos, porque con haber llegado a aparejarlos con pino verde o talado fuera de menguante, se les aflojaban los pernos en el viaje y se iban a pique. Tampoco fuimos expertos en comercio, por haberlo dejado a los musulmanes y a los judíos que, a diferencia de los católicos, manejan por igual la impía invención del crédito con réditos. Y no obstante ser tan duros y avezados en lo de guerra, por haber vivido desde siempre entre invasores y nunca dejar de batallar con los vecinos, tarde supimos de la pólvora y del manejo de arcabuces, que no por otra cosa embarcaron al sargento Uldarico Schmidt como técnico arcabucero en la expedición al Río de la Plata y a otros varios lombarderos alemanes en la de Magallanes. Y como tampoco somos expertos en minerías, de todas estas carencias salió sobrada razón para que los Welser —banqueros, mercantes con factorías hasta en Constantinopla, ferreros y hasta boticarios, y, por sobre todo, compatriotas de don Carlos por su ascendencia paterna— logran entrar a varios de sus factores y gentes en las carabelas del De Lerma.

La Corona, por carencia de recursos y exceso de adeudos, abrió su conquista y poblamiento a particulares, concediéndoles la exploración de cada provincia de tierras nuevas, aunque manteniendo para sí los títulos de posesión de los suelos y adjudicando tan solo la tenencia, la explotación y goce a los financiadores. De igual modo, se reserva la jurisdicción civil y criminal, reclamando el quinto real del botín que se haga en las entradas o conquistas como «derecho de guerra», impuesto al que no le he podido encontrar dónde le asiste la justicia, sino un corretaje más a la sin razón que azuza a la violencia y la rapiña. Así, por medio de capitulaciones, la Corona da licencia y facultad a los nacionales cristianos para, bajo su Real nombre, poblar, hacer granjerías, criar ganados y explotar minerías, consintiendo confinar naturales de una comarca, en la misma o en otra, en beneficio de los colonos y en servicio del quinto de tan Católicas Majestades, que es el doble del diezmo que reclaman otras católicas potestades, eso sí, reiterando en el buen trato a los indios, en el mucho cuidado con que deben ser obrados, como vasallos libres e ilustrados en las cosas de la fe. Los beneficiados, por su parte y como bien les parezca, pueden repartir entre los nuevos pobladores el usufructo de aguas, pastos y solares, lo cual hace indispensable el paso de herreros, artesanos, albañiles y labradores que no sean moros, y como de estos escasean en las Españas, hubo de conceder permisos para contratar brazos en Portugal, extranjeros que no entran en los repartimientos, por no ser más que fuerza de trabajo.

Después de tanto enredo fino y apretado de Diego Colón y tanto pleito gordo con Fernán Cortés; después de las noticias del atentado mortal perpetrado por los capitanes de Santa Marta contra su legítimo gobernador, don Rodrigo de Bastidas; después de una sarta de conquistadores levantados en continua rebeldía contra la autoridad legal, contra factores,

gobernadores y demás justicias que intentaron limitar las ambiciones de quienes irrumpían a desordenar un mundo del cual no entendían su equilibrio y a demandar para sí el derecho de explotar según sus intereses, por haber puesto en ello a total riesgo su vida y su fortuna; después de interminables querellas de casi todos los gobernadores, oficiales y conquistadores con la Corona y entrellos mismos; después de tanto desgobierno, por fin vino don Carlos a entender que la intención de los españoles que pasaron y pasan ahora ni fue ni será asentarse y permanecer en las tierras, sino explotar y esquilmar a los naturales de las mismas. Y entonces le vino a parecer aconsejable nombrar administradores de ultramar a gentes nuevas, no ligadas al extenuado y lamentable enroque de las primeras colonias.

El banquero García de Lerma parecía el más ajustado para que averiguase ciertas infidelidades y desangres que habían tenido en las arcas reales de Santa Marta, como para cauterizar lo de la insubordinación contra don Rodrigo de Bastidas, castigando a instigadores y alzados, y para allanar y pacificar los flecheros belicosos de la región, inquiriendo con cuidado dondequiera que desta gobernación hallasen naturales tenidos por esclavos y los tornase a sus tierras, a costa de quienes los sujetaban, valiéndose para ello del poder de la Audiencia de Santo Domingo.

Se le previno de que, para no dejar calvas las armadas de las islas ni de las provincias de Tierra Firme, no les podría sacar gentes para llevar a Santa Marta, por lo cual hubo de reclutarlas desde Sevilla, muy en orden, junto con las armas, municiones y abastecimientos. Y como todo esto lleva a grandes gastos, se le concedieron al gobierno del De Lerma tantas ventajas, preeminencias y exenciones en tributos, como antes le fuera concedido al fundador Rodrigo de Bastidas. El Rey señaló por factor oficial de aquella jornada al licenciado Grajeda

y por defensor de los indios al dominico fray Tomás Ortiz, por ser baquiano y harto práctico en cosas de *taínos* y *caribes*, venia que aprovechó el religioso para, de paso, enlistar a varios dominicos de más.

Don García puso en la armada toda su hacienda, que no era poca, y se dispuso a partir como un príncipe. Para sustentar su asiento, concertó con el lusitano Sebastián Bello Cabrera reclutar veinticinco portugueses casados, con sus mujeres y familias, entre albañiles, carpinteros y ferreros bien pertrechados de herramientas, y labradores con toda suerte de semillas de frutales y hortalizas. Mas como los alientos del De Lerma no dieran para sobre sus espaldas soportar tal destacamento de gentes, ni siquiera para asentarse él con tanto acomodo, salió la ocasión acechada por años por Heinrich Ehinger y Hieronymus Saylor, los agentes en Sevilla de los Welser y muy próximos a la Corte augsburguesa, con quienes ya había tenido previsiones para procurarse el andamiaje financiero, soporte que logró al precio de cederles el gobierno de los territorios entre el cabo de la Vela y el de *Maracapana*, escindidos de la jurisdicción de Santa Marta, lo cual aceptó y capituló, Consejo de Indias de por medio, a finales de marzo de 1528, después de largos meses de regateos y aquiescencias, aunque todo aquello ya había sido concertado más arriba, ya que por otro lado, en el mismo año, los Welser aperaron la armada de Elcano y Loaiza que saldría hacia Oriente tentando rutas para la especiería, de cuyo comercio también anhelaban apropiarse.

Los Welser aguijaban su propósito de avanzar en el comercio hacia Constantinopla, donde se ofrecían alfombras, sedas, joyas y, sobre todo, especias, porque los genoveses, poseedores de inmensas riquezas y herederos de todo esplendor, ya se les habían adelantado con una agencia dentro esta capital turca, con banco cambista, bodegas y consulado, mientras en Roma

habían sobornado una silla papal para Inocencio VIII de la familia de Cybo, la más rica de Génova; en tanto Lorenzo de Médici, para más afianzarse, lograba casar a Magdalena, su heredera, con un hijo del Papa, el señor más rico de Florencia; y los venecianos ya habían hecho sus avances en las islas índicas que los acercaban cada vez más a Oriente. Porque, en resumen, si bien los hispanos emprendieron la busca de la mejor ruta para el comercio con las Indias Orientales y por demás financiaron otros viajes de circundar e mundo, se entretuvieron en la tierra que se les atravesó en el camino, para que luego los potentados italianos, que siempre estuvieron tras bambalinas, les madrugaran a los descubridores en la carrera por el lucrativo mercado del lujo y las especias. Mas los Fugger y los Welser, siendo nuestro Emperador tan augsburgués como su abuelo Maximiliano, estaban dispuestos a disputarle la supremacía a esas poderosas casas competidoras, porque de lograr amalgamarse, entre banqueros, con De Lerma, por además aprovecharían la oportunidad de también extenderse al Nuevo Mundo, asidero que venían fraguando de años atrás sin lograr esquivar los cerrojos puestos por los Reyes Católicos, también abuelos de don Carlos, para proteger a los castellanos de la previsible rapacería que les sobrevendría. Así, primero convencieron al De Lerma de crecer más su escuadra en armas y gente, en municiones y muchos bastimentos, que ellos bien se allegarían a financiarlo. También lo persuadieron de incluir técnicos alemanes en minería y en obraje de pólvora. Después se comprometieron a comprar y aprovisionar las naves, y a reclutar los castellanos entendidos en milicia y aparejarlos para asentar la conquista.

El Papa genovés Inocencio VIII, gran apasionado por la marinería, había transformado su despacho en un gabinete de estudio de navegación, a donde llamó a Henricus Martellus Germanus para que hiciera un mapamundi incluyendo

las tierras que los chinos ya habían descubierto y explorado, según unas copias ciertas que llegaron a manos del pontífice poco antes de su muerte, ocurrida en el mismo año del hallazgo de Colón. Un decenio después, Martín Behaim von Núremberg, uno de los más grandes matemáticos de Juan II de Portugal, confeccionó una esfera terráquea situando mares y continentes sobre el globo: el compendio geográfico más importante desta época, partiendo de los conceptos de Ptolomeo y respetando lo que Johann de Mandeville asentó en el primer tercio del siglo XIV, mapa que también conoció antes de su hazaña el almirante Colón, a más de su hermano cartógrafo, Bartolomé, y de su impar piloto, Vicente Yáñez Pinzón. Cartas de las cuales exhibían copia los Welser, con sus errores en aguas y tierras que después tanto nos dolieron, por ser causa de nuestros desvaríos por Tierra Firme en busca de la mar del Sur.

Los banqueros alemanes estaban en trato con los cosmógrafos estudiosos de los fundamentos copilados por los navegantes que se aventuraron por el globo, desde los más antiguos, como lo consignado en el primero de los diecisiete libros de la *Geografía* de Estrabón y en el segundo de la *Historia natural* de Plinio, que tanto releía Colón. Revisaban el cálculo que hiciera el alárabe Alfragano, en el siglo IX, sobre la longitud de la línea ecuatorial en millas árabes, cifra asumida por Colón con el traspíe de tomarlas como millas mediterráneas, con lo cual redujo el cálculo en demasía y, por no salir de su error de creer que la mar que estaba por medio era menos dilatada, empañó con guarismos errados su proyecto de navegación que le fuera rechazado en varios consejos, aunque con las millas cortas fue que logró venderlo a los crédulos asidos a la esperanza de hallar alguna isla o tierra de provecho, tema corriente en las charlas de los entre marineros mercantes portugueses y de Mallorca, varios dellos

falsos conversos, que traficaban en los mares occidentales de las islas Azores y de la Madeira, por donde también pilotaba Pedro Correa, concuñado del Almirante de la Mar Océana.

Los Welser, convencidos de que su alianza con el De Lerma podría captar el interés del Emperador que ya era águila de dos cabezas, una española y otra alemana, le solicitaron una audiencia para pedirle dividir la gobernación como lo traían urdido, partiendo por mitad la distancia entre *Coriana* y Santa Marta, justo por el extremo de una península señalada en el calco del mapamundi y mejor mostrada en extrañas copias agrandadas de aquellas costas bordeadas por navegantes del tercer emperador Ming que, según decía un secreto a voces, habían recorrido y cartografiado medio siglo antes del descubrimiento ibérico; portulanos adquiridos por sus agentes comerciales adentrados hacia el sol naciente. Capitularon con la Corona, sin esta quedar obligada a pagar ni satisfacer gasto alguno que hicieren los alemanes. Quien fuese en la expedición, Hieronymus Sayler, Heinrich Ehinger o, en su defecto, alguno de los hermanos del último, Ambrosius o George, quedaría nombrado gobernador y capitán general de por vida, con trescientos mil maravedíes anuales de salario salido de las arcas reales; además, recibiría del Rey la merced del oficio de alguacil mayor de las tierras que descubriesen y conquistasen, por vida de este, de sus herederos y sucesores, vale decir, ¡por siempre jamás! —concesión que no obtuvieron los castellanos en Santa Marta ni en otras colonias, ni siquiera en la Nueva España—, aunque no le fueren dado más porcientos ni escotes que el salario debido por derecho pertinentes al oficio. Además, el Águila otorgaría el título de «Adelantado en las dichas tierras», que es como decir su representante directo, a cualquiera de los dos, Ehinger o Sayler, con derecho a legarlo a sus herederos y sucesores. Los Welser pondrían trescientos hombres en la partida y luego, en dos

años, al menos cincuenta maestros mineros alemanes para, con su industria y saber, hallar minas y veneros de oro y plata y otros metales que hubiese en lo firme y en las islas de la dicha gobernación.

Pocos meses después de concertadas las capitulaciones con De Lerma, al perfeccionar las de los Welser, estos se sintieron descalabrados por sus propios ofrecimientos, porque como primera obligación se comprometieron a la pacificación y allanamiento de las tierras de Santa Marta, a lo cual quedó destinada la primera armada —esta en que fui encajado— montada toda a sus expensas, con cuatro navíos y doscientos hombres provistos y aprovisionados para un año de guerras, puestos bajo la disposición del emperifollado gobernador. Y hasta tanto todo aquello no se cumpliese a cabalidad, no entraría en vigencia durante el gobierno de los alemanes en *Coriana*. «Es un caso único y algo muy gordo habrá de llevar en medio —pensábamos muchos sin nadie osar abrir el pico—, si alguien se obliga a meter la mano al fogón para sacar castañas ajenas».

No obstante, los Welser estaban fascinados con esta empresa, en la que también tuvieron mucho interés los Fugger, mas no encontraron oportunidad por ya sus coterráneos haberles puesto un pie por adelante en la Hispañola, desde dos años atrás. Ambas casas venían manejando sus hilos políticos tras los cortinajes imperiales, para hacerse a la posibilidad de extender el comercio por el Oriente, sin tanta amenaza turca. Y donde mejor se podría apuntalar una avanzada, máximo si con gobierno, era en la Tierra Firme de los *caribes* donde, como sugerían los cosmógrafos, afianzados en viejos relatos que siempre engarzan colgajos de verdad, estaba un paso por agua a la mar del Sur, ruta más expedita que por la faja de selva cuajada y pantanosa abierta por Núñez de Balboa. El negocio pintaba excelentes réditos a largo plazo, así a las

volandas se viese pésimo, cargado de obligaciones tan onerosas como la de un remiendo colgado al final, que los comprometió a fundar dos ciudades y varias fortalezas españolas, cláusula aceptada porque en ellas montarían factorías de cabotaje y depósito. Nunca comerciante alguno había emprendido tarea semejante y no cabe duda de que sus factores en Sevilla, Saylor y Ehinger, como los ya establecidos en Santo Domingo, arrastraron la cautelosa casa a una aventura inimaginable al asegurarle a sus patrones poder adueñarse así del comercio del globo entero, y dejar soñar a los alemanes con un adelantazgo imperecedero en el Nuevo Mundo, algo que no podía soñar quien no fuere castellano.

Hasta no estar dentro de la Casa de Contratación, donde corría toda clase destos chismorreos, no vine a entender sin ambages por qué los Fugger me escogieron para tener mis ojos y oídos, y mi pluma, donde no les fue dado asentar un pie: porque de mí, con más catadura de seminarista que de espadachín, nadie sospecharía, mientras un Conde hubiere expuesto su pescuezo al filo de extirpar solturas. Fue entonces cuando me juré que, para no faltar al compromiso con el Círculo de Ciencia Nueva, solo informaría de cuanto considerare ser en beneficio de sus cofrades que no se encierran en consideraciones nacionalistas, aunque sepan que, en últimas, sus resultados siempre los aprovechan quienes sepan ilusionar con el capital, que no es más que el acomodo de cifras ideadas para apoderarse del lucro de suplir cualquier necesidad corpórea o de se mero lujo y boato.

A un mes de la partida ya me eran familiares las callejuelas de los comercios castellanos y vascos, encajados entre todo tipo de establecimientos flamencos, portugueses, italianos, ingleses y alemanes, donde tenía que ir a entregar órdenes, recoger facturas y revisar lo que ya estaba separado y listo para ponerlo en protección contra el salitre. Si bien me sentía

de alguna importancia en medio del barullo sevillano, no dejaba de recordar la advertencia de mi Padre: «Evitad las relaciones con príncipes y señores, que estos primero apresuran vuestros esfuerzos y luego os reservan los peores tormentos si fracasáis; porque si triunfáis os recompensan con el encarcelamiento para no pagaros».

Los que aún no habían conseguido cupo se apretaban cada vez más alrededor del atracadero. El factor de los Welser, Heinrich Ehinger, tenía bastante claro que a las conquistas no se iba con querubines ni se sojuzgan los imperios cantando «kirieleisón, gloria y aleluya», sino con gañanes curtidos, desarraigados y perversos, sin entrañas, que «por ser peores hombres eran mejores soldados», decía. Procuró atraer capitanes ociosos que se presentaban con pequeños séquitos, excombatientes de las lidias por Europa, de las que volvieron resollando glorias, aunque salieran derrotados, con sus almas reseca dentro de pechos aletargados por pesadas cargas de recuerdos, taciturnos, con la mirada opaca del pescado muerto, duros los rostros, remendados de cicatrices, enjutas las piernas de tragaleguas, con tenazas por manos y estómagos de camello capaces de digerir un leño.

En tanto, García de Lerma, aupado por los hijosdalgo varriopintos con los que soñaba formar su propia cortecilla, se aplicaba más a comprar sedas, ricos trajes, vajillas de plata, estandartes y tantos otros lujos a los que el aliento del trópico pronto les desharía el lucimiento. Igual sacaba buena tajada al negociar los precios de los pasajes y de la porción del agua potable, que no estaban reglados en parte alguna y de cuyo regateo sagaz encargó al capitán de cada nave.

Entre los banqueros alemanes y los cortesanos castellanos, hubo más desacuerdos que conciertos por cualidades, cantidades y precios de los aprovisionamientos comunes. Se levantaron ampollas y escozores en la negociación de las armas

para la protección de la flota, que incluían tres bombardas gruesas, sesenta culebrinas y una decena de falconetes, más lo de la dotación de los hombres: medio millar de ballestas y gran cantidad dardos; doscientos arcabuces de bronce de un solo tiro, hartas municiones, barriles y barriletes de pólvora, más los ingredientes para fabricarla y morteros de bronce para molerla y buena cantidad de plomo y hierro para balería; de a medio millar en lo de la defensa, como armaduras ligeras, coseletes, petos, rodela, perneras y capacetes; cinco docenas de garfios de hierro, varios centenares de grilletes y colleras, algunos para la justicia y muchos para los esclavos.

Fuerte discusión y casi agarrada, salió porque García de Lerma ya tenía palabreado los instrumentos de navegación con la Ferrería, a través del Conde, y lo más de la guerra con reconciliados castellanos, pero los Welser querían traerlo todo desde sus ferrerías de la Selva Negra. Casi se desanudan los acuerdos al encargar el De Lerma diez suntuosas tiendas de campaña como las que los moros usaban en sus guerras, alegando inflexible «ser las únicas que convienen a nuestra preeminencia», que en últimas fueron dar a Santa Marta, mientras los capitanes de *Coriana* se acomodaron con las usuales de lona de velamen.

De toda esta armería, a más de lo de un ciento de balles-teros, una vez puesto el pie en piso firme, los Welser dotaron a cada soldado profesional con mosquete, espada o sable, daga, pica, dos rodela, celada, peto, cota de malla y algunos repuestos. Y a la par que se las iban entregando, por ser expertos en acreencias e insolvencias, anotaban las deudas en el libro de avances, a los precios doblados en las Indias, a sabiendas que nunca alcanzarían a cancelarlas con su paga de setecientos cincuenta maravedís mensuales.

Con ser que yo aporté tizona y puñal, y que no entré como militar, igual me cargaron como a tal y quedé como los demás,

endeudado hasta el cogote, sin conciencia de que estaba vendiendo alientos, sudor y sangre a foráneos desconocidos, que más me valiese haber vendido el alma al Diablo porque este no carga rédito bancario, debe que seguiría aumentando cada vez que el boticario curara un par de heridas, por perder un arma en las refriegas o reponer la ropa desgarrada por una muda decente. Igual debitaron a los portugueses con los utillajes, los cientos de picos, azadas, herramientas de carpintería, albañilería y minería, casi todo procedente de Vizcaya donde dizque era más barato lo de hierro.

Se encajaron diversos árboles frutales jóvenes, ocho haldadas de trigo de tres meses, varias cimientes de cáñamo y lino, y muchas semillas de frutas y legumbres. Se juntó un sinnúmero de productos de farmacia, entre ungüentos y lancetas para sangrías y, no obstante estar ya pagas, por ver que no cabrían, se dejaron las camillas de hospital. Buen paquete hizo todo lo de la construcción y calafateo de las naves y barcasas de pesca, anclas de repuesto, bramantes para velas y muchas sogas y cordeles. Menor fue el menaje de cocina, como ollas, pucheros y espeteras, porque cazos y escudillas era de menaje individual.

Es cosa sabida que las conquistas, si bien se logran con las armas, se asientan con la dialéctica de palabras blandas y la astucia del agasajo y de la dádiva: para el «recaptare», o rescate, se embarcaron una tonela con cuentas de vidrio por nave, veinte mil cascabeles, un millar de espejos pequeños y un ciento de los grandes, cincuenta docenas de tijeras, otro tanto de anzuelos, cientos de vasos de vidrio, muchas camisas y túnicas, incontables metros de paños y sedas, y más de doscientos bonetes encarnados de cuatro picos, para aquellos indios que se viesan más importantes.

El defensor de los nativos hizo sumar algunas campanas grandes y varias pequeñas, muchas cruces y diez cálices de

plata, vestimentas litúrgicas y hábitos de muda para todos los frailes, misales, salterios, antifonarios, dos sellos para formar hostias y hasta cuatro incensarios que nunca llegaron a usarse porque, siendo las misas sobre cubierta o en campo abierto, el viento se llevaba los olores ácidos propios de las iglesias europeas; además, pasaron años antes de encontrar algarrobas indias y cañafístulas para reemplazar las gomorresinas persas y mirras de Arabia.

Al final embodegamos los alimentos que la tripulación y los de la soldada recibirían del balde como parte del pasaje. También contaban los aportados por cada pasajero, que cada quien cargaba y cuidaba. En total eran miles de libras de harina, de galletas y biscocho; más de cincuenta toneles de aceite y otros tantos de vino; salazón de res y de atún, tocino, queso, aceite de oliva, ajos, guisantes, habas, judías, garbanzos, lentejas, arroz, vinagre, miel, azúcar, dulces y frutos secos. Mucho de aquello para el consumo de un año, empacado en cajones para mofa de las ratas, todo lo cual casi llenó por completo las naves. Quedó el espacio justo para una vaca en pie para leche, y dizque para carne fresca según exigían algunos emperifollados, como si se la pudiera faenar por partes. También metieron, cuando ya nada cabía, pequeños corrales con gallinas, pavos, cerdos y carneros como simientes para reproducción.

Cada vez que repasaba tanta lista, me parecía imposible hacer caber tanto en escasas cuatro naves, pero los pilotos decían que cabía y ¡cupó!

Si he atiborrado aquí tanto detalle, aunque dejando las menudencias por fuera, es para que dar idea de cuánto hay que atender en una expedición, porque el menor olvido después es un sufrimiento grande, como lo hubo con haber descuidado la comida de los animales.

Después vendría la lucha de cada cual por encontrar dónde poner en buen recaudo sus efectos personales, que para el

vulgo eran solo un jergón, acaso una *hamaca* de las que ya se tejen en Castilla, una manta y un perol de cocina para cada quién prepararse lo del diente en el fogón de la nave. En el séquito del Lerma se sumaron ropajes, vajillas de plata y hasta sábanas y almohadas, con que más se enconaba la lucha por el espacio. Igual había que pujar por un par de buenos libros y hasta por una flauta de caña, que el mazo de naipes y los dados cargados los llevaba cada tahúr en su bolsilla.

Llegó el día de hacer el testamento en favor de parientes, obligación requerida por lo precario que era mantener la vida en las Indias. Y vino a ello a la Casa de Contratación, Adelfa, ahora Isabel. Después de cumplir se acercó a decirme:

—Declararé no tener pertenencias ni familiares, por lo que bien sabéis. Los bienes y solares que pueda conseguir en las Indias quedaron ofrecidos, de no muy libre voluntad, a la cofradía de Nuestra Señora del Rosario y a la de la Santa Lucía, para que los gasten en cirios, digan muchas misas y vigiliass cantadas, y salgan con responsos de acortar mi purgatorio; aunque guardo la esperanza de que, estando allá bien asentada, pueda cambiar el mandato y favorecer la descendencia que habré de generar.

Casi sin interrupción, tomó la mano de un hombre silencioso parado detrás de ella, alto y delgado, vestido como soldado, pero con cara de domador de potros, y agregó:

—Este es Yago, mi marido, o el mismísimo Martín Tinajero, como lo habréis imaginado. También irá nuestro crío, que no soportamos dejarlo, mas no junto a nosotros, sino que lo llevará como suyo una portuguesa, Inés, también gitana de Aljezar, mujer de João, uno de los agricultores enrolados.

—Estoy feliz de saber que iré entre amigos —les dije, mientras alargaba la mano al gitano—. Acabo de testar lo único que poseo: a mi Padre unos libros y un tintero de plomo, por ser suyos antes de habérmelos regalado. De lo que pueda

hacer en las Indias, será para mi Madre y hermanos, dejando aclaración de no saber hoy dónde están avecindados; y espero que al encubrirlos no los desproteja y, de revés, engorde las arcas de los recaudadores.

Porque a la mar se ha de entrar con estómago vacío y el cuerpo aliviado de malos humores, el día antes de la partida nos tuvimos que purgar todos, con cargo adicional en la deuda personal por miel rosada o rosa alejandrina, o jarabe de cañafistula y píldora bendita, lo más la mano. El mismo día, mientras unos ya evacuaban el cuerpo, otros se confesaban para también limpiar las ánimas. Mientras comulgaban, a varios les recorrían maullidos de gato por entre las tripas y algunos corrían a cagar a pocos pasos de la iglesia, porque los retortijones ya no daban media tregua para encontrar un solar.

Al anochecer, toda una muestra de las gentes de nuestros reinos estaba haciendo fila detrás de los aristócratas, de los oficiales y de los frailes, para pasar embarcados la primera noche en puerto y zarpar muy temprano al día siguiente, justo antes de la aparición de los vientos que frenan toda partida a fin de año. Ya puesto el pie dentro del maderamen, venía la tarea más dura: cada quién tenía que hacer su sitio en medio de tanta carga y apeñusque de gente, los primeros en la bodega, los demás a buscar un recodo o cualquier espacio sobre cubierta, que por más es descubierta y toca hacer cara al sol todo el día; todos apiñados junto a sus pertenencias para recostarse tronchados sobre ellas en la noche. Nadie durmió, porque apenas alguien conseguía un puesto, tenía que salir corriendo a mover del vientre lo poco que quedaba en las tripas y cuando volvía no tenía cómo desalojar a quien se lo había ocupado. Tampoco durmieron los pocos que habían pagado un precio exorbitante por las escasas cámaras de cada embarcación, que no tenían mayores dimensiones que un gallinero, casi como un ataúd con altura de escasos tres

palmas, porque como fueron quienes mejor comieron, más obligación tuvieron de descargar sus panzas del acoso de sus propios vientos.

Con gran aparato de artillería se hizo el saludo al alba del 6 de octubre de 1528. A las primeras luces comenzaron a llegar los parientes y amigos a curiosear y dar la despedida desde el muelle. En las naves había lágrimas bajando disimuladas por las cicatrices en los rostros de soldados viejos, rodando con el rocío en caras imberbes de los que se preparaban a regalar su vida. Tensas bajo pieles curtidas las angustias de no saber cuándo regresar, trémulas bajo las apariencias por curtir. Las zozobras agazapadas entre gritos de aparente alegría, entre maldiciones y blasfemias confundidas con rezos y cánticos de los sacerdotes. Escondidos todos los miedos de todos para no darlos a oler de los demás.

Salió adelante la carabela Capitana, en la que me embarcó la suerte bajo el mando de Pero Márquez, piloto mayor y maestre de la armada. En ella y en los tres navíos que nos seguían, nos metimos cuatrocientas ánimas expatriadas con rumbo a un destino que no cabía en ninguna imaginación. A poco de bajar por el Guadalquivir, con el trinquete al viento, quedaba la sensación de abandonar Sevilla en manos femeninas, por los tantos hombres que se le salían en cada embarque. Pasamos por el rincón de San Juan de Aznalfarache, en cuya ribera se habían instalado los gitanos y los moros, a bendecir y dar adiós a sus colados. Yo los sentí como míos, porque a nadie tenía para que batiera una mano o gritara un buen augurio, o al menos la mofa trillada de «hartos os van a añorar las putas».

En otro tiempo, hubo allí un puente para ir a Sevilla del que quedan solo dos columnas en el fondo del agua, por lo que la travesía de las naves se hizo con dos guías que conocían el lugar. Pasamos por un pueblo llamado Coria y por otros

pequeños que bordean el río, hasta llegar al castillo de Sanlúcar, propiedad del duque de Medina Sidonia, que es puerto para entrar en la mar Océana. Al verlo, de lejos reconstruí todo lo que sobre esta fortaleza me había descrito la Condesa, de cuando de niña pasó un verano con sus primos, embarcando sueños por la mar abierta, recién esclarecida.

Por orden del capitán, bajamos a misa en el amarradero de Nuestra Señora de Barrameda, cerca de Sanlúcar, mientras acabamos de abastecernos de anzuelos y algostras cosillas echadas de menos a última hora. Asistimos los hombres y las mujeres casadas porque, por respeto a los santos oficios, no dejé apeaar las féminas que con disimulo venían de barraganas de la tripulación. Pasamos la segunda noche igual que la primera y al día siguiente, estando ya la flota lista para soltar amarras, Ehinger hizo desembarcar todas las gentes, por diferencias de última hora con García de Lerma y más por el palpito de que este no honraría sus compromisos. Metidos en el castillo de popa de la Capitana, discutieron por dos horas nadie sabe qué y terminaron sudorosos, tras haber ajustado garantías adicionales, dándose un apretón de manos en cubierta, a la vista de quienes estábamos pensando ya concluida toda aventura. En el atracadero corrieron toda clase de rumores, unos decían que por haber encontrado falsedades en muchos embarcados; otros arriesgaban que el Emperador se había arrepentido de dejar salir a los alemanes simpatizantes de la Reforma, sin duda alguna. No faltó quién dijese que el consejero de don Carlos, el médico y astrólogo Simón de Pavía, sin cuyas predicciones nunca se embarcaba empresa alguna, había visto malos presagios en la alineación de los cuerpos celestes.

Yo aproveché la espera para encontrar a Isabel y al Tinajero que vinieron hacia la Capitana, porque en esta iba su crío como si fuera de Inés, la portuguesa. Todos estábamos

pálidos y tembleques, tanto por el sobresalto como por la purga. Cuando vio su hijo, sin atreverse a cargarlo, sin despegar los ojos de él, Isabel me suplicó:

—Francisco, por quien más apreciéis, proteged a Inés, quien a su vez protege lo que más valoro. —Y volviéndose a la portuguesa, le rogó—: Inés, poneos en manos de mi amigo, mi arcángel protector, que él sabrá suavizaros las inconveniencias.

—Estaré encantada de hacerlo —respondió mirándome a través de sus dos esmeraldas, con algo de picardía en el rostro sobrado de pecas y de gracia.

—Señorito Francisco, por vuestro acomedimiento, seremos los primeros gitanos en poblar en las Indias —comentó Tinajero, como para estrechar más nuestra complicidad.

—No los iniciales —le respondí—. Es sabido que, para completar las gentes del tercer viaje de Colón, una cédula real autorizó el paso de algunos delincuentes en conmutación por sus condenas. Entre tal escoria, entraron cuatro mujeres, las primeras llegadas a la Hispañola, y de aquellas, dos gitanas condenadas a muerte, Catalina y María, que desembarcadas llenaron la isla de hechicerías, embrujos y encantos, y de hartos gitanillos. No seréis los primeros, pero sí los mejores, porque para ello lleváis todo vuestro empeño.



CAPÍTULO IV

DEL CRUCE DE LA MAR OCÉANA EN UNA CÁSCARA DE NUEZ;

de la nao Capitana donde obré como alguacil del agua dulce, mientras todos devolvíamos las tripas en medio del hedor de las sentinas; y de la cicatriz ganada por solazarme con mujer ajena

Nunca había estado tan dentro de la mar como para no alcanzar a ver sus orillas y sentí que no hay diversas mares, sino una sola que se extiende sin atajos para unir los mundos. Patria de todos, nación de nadie, reclamada por el grito de las gaviotas y el vuelo de las golondrinas, mientras deslizamos sueños y ambiciones tras las bandadas de pelícanos y alcatraces amodorrados por la inmovilidad de la lejanía. Recordé que cuando niño le preguntaba a mi Madre cómo era la mar y ella me respondía que «estaba hecha con las lágrimas saladas de tantas despedidas». Y ahora, estremecido por este silencioso llanto azul, unas veces calmo y otras embravecido, le junté un par de las mías, de las pocas que solté en la vida, para que nunca se fueran a secar.

Expuse franco el pecho contra el viento de cubierta para recibir su caricia salobre desde el amanecer hasta el ocaso, para sentir la bendición del sol y curtir mi piel mayólica, y comenzar a parecer como todo un conquistador cetrino marcado con el trajín de los caminos. Mas pagué por tan bisoña

presunción con el precio de quedar como langosta hervida, con el tronco en ascuas, sin poder soportar el peso de la almilla.

Al final de la primera jornada, por los mareos de que nadie fue salvado, vinieron los desvanecimientos con vomitonas que rehilaban cual coro de arcadas, de los de cubierta quebrados sobre la borda, mientras los de bodega hacían devoluciones en bacines y almofías; los más sobre la tablazón, agriando los resquicios del maderamen con babazas, esparciendo olores ásperos de bilis, con lo que más vómito y mala disposición nos venía y más nos ponía desabridos y fuera de sí. Y así, por varios días. Qué tan pocas millas se necesitaron para saber que un navío no es más que la más estrecha, inclemente, perversa y nauseabunda de las mazmorras, de donde nadie se puede huir, aunque no lleve cadenas ni grilletes, donde para sobrevivir hay que perder el gusto, el olfato y ojalá hasta la vista; donde todos quedamos igualados a penar el «Purgatorio adelantado».

No fue solo la estrechez para dormir o descansar, sino que casi no hubo lugar para permanecer de día sobre cubierta, casi siempre sentados, sin poder hacer un poco de pie por el zangoloteo de las olas. Y, como nadie respetaba orden ni concierto, había que esperar por horas con los trastos a la cabeza hasta lograr unos minutos en el único fogón, que no era más que una capa de arcilla sobre arena, dentro de un arcón para amparar la llama del viento, y encajar olla propia con lo poco de yantar a medio hervir, si es que no había lluvia o ventarrón. Y al volver al sitio inicial se armaban las perpetuas disputas porque, en un pestañar, matalotaje y equipaje ya habían sido saqueados.

A más de alguacil del agua, en la Capitana quedé encargado del cuidado de las diez semanas de ración común para funcionarios, clérigos, marineros y militares de carrera, pintanzas que lo más eran biscocho, tocino, cecinas de reses y de pescados, queso, miel, aceite y vino, todo perseguido por ratas y rateros, sin nunca saberse cómo resistían los mineros,

hortelanos y sirvientes. Mi sitio estuvo en la bodega y, para no descuidar la vigilia, hube de tender un jergón en medio de toneles, después de acuñarlos y atarlos para no quedar triturado con el oleaje. Allí llegó Inés con el crío de Isabel, en medio de la oscuridad de la quinta noche, a suplicarme:

—De mi asignación de agua, haced la merced de socorrer al chiquillo, que está desecándose y no para de berrear.

—La sacaré de la mía.

Tuvo dificultad para hacerle pasar un par de sorbos porque no le dejaba el llanto, pero al fin dio la paz, tal vez porque la misma sed le apagó las fuerzas. Lo arrulló para asegurarse que dormía y, al tiempo que lo acomodaba sobre mi pequeña almohada de lanas de perro, dijo con una voz que no quería parecer cansada:

—Francisco, tendremos que apretarnos esta noche porque, por los berridos, arriba me dejaron sin lugar.

Y diciendo, se me fue encajando más encima que junto, por lo estrecho del lugar. Al rato se alzó los faldones y se acaballó justo donde algo de mí se había encabritado. Lo demás lo hizo el meneo de las olas, que las fuimos creciendo hasta quedar como náufragos tirados en playa yerma. Antes de sumergirnos en el abandono de los solazados, me susurró:

—A las obras de misericordia habrá que agregar la de fornicar al menesteroso.

—Que es más pía que dar de comer al hambriento y de beber al sediento —le respondí—, porque con ella se comparte y aumenta la caridad, sin que la dádiva disminuya la bolsa de misericordioso. Es como consolar al afligido, de mayor virtud que visitar al enfermo o al cautivo.

—Y al final, hasta se termina vistiendo al desnudo —rió.

La cantinela de la hora prima irrumpió las neblinas:

Bendita sea la luz
Y también la Santacruz

Y el Señor de la Verdad
Y la Santa Trinidad.
Bendita sea el alba
Y el Señor que nos la manda.
Bendito sea el día
Y el Señor que nos lo envía.

Y con un rezo de avemaría y padrenuestro, otro paje bendijo a grito limpio la jornada naciente, justo cuando desapareció Inés.

En las doscientas cincuenta leguas de la travesía hasta las Canarias, todas las noches volvió por agua para la criatura y a que nos adormeciera la ración de querencia, la única ternura que había entre las carreras de ratas, el crujir de toneles y el entrechoque de bastimentos con bagajes y cordajes y lavazas y mercancías, mientras el paje volteaba las ampollas y entonaba la salmodia pertinaz de fraccionar los sueños, voces al viento para conjurar las sombras, como plegaria del almuédano desde el alminar lejano, que reavivaba nuestro arrullo:

Bendita sea la noche,
Bendito sea su manto,
Venid con vuestro encanto
A cubrir gozo en derroche.

Cuando la armada arrimó en la isla de la Gomera, bajamos tambaleantes cual marionetas a los encantos del piso quieto: aire mondo, agua limpia, ropas lavadas de salitre, frutas y quesos frescos, un bocado jugoso de buey asado y espacio, mucho espacio para durante dos días desentorpecer los huesos y botar los malos humores. Hubo fregado de barricas y reposición del agua viciada, provisión de leña y negociación de los bastimentos por añadir.

Al atracar, Isabel buscó su hijo y como lo encontró inanimado y casi seco, no pudo desprenderse de él. Con la caridad de los isleños, se dedicó a bañarle con hojas de llantén y verdolaga, a ponerle ungüentos de enjundia tibia y sobijos con sebos de testa de res, a darle leche de cabra y jugos de frutas, y arrullarlo entre sus pechos. Y se lo llevó a su galeón, sin importarle lo que podía sucederles.

Cuando llegamos a la Española supe que el crío murió en plena mar y ella lo ocultó por tres días envuelto en su manta, hasta cuando el olor hizo estragos y los marinos, casi que con los brazos de la madre, lo tiraron a la mar donde lo vieron flotar por unos instantes antes de que lo desaparecieran las bestias marinas, que también devoraron la alegría desbordante de Adelfa, sin siquiera tener cerca el hombro del marido, que iba en otra nave con la tropa del capitán de Rivera. Me lo contó sin lágrimas, porque ya no las tenía, que por ellas estuvo más amarga y tibia la mitad oceana.

La portuguesa no volvió a bajar a la bodega porque el hedor subido de la sentina la estaba poniendo verde. Bajo cubierta es donde más hieren las pestilencias que manan del fondo de la nave, del ahogo agua infiltrada y podrida entre las piedras del lastre, colmada del escurrido de orines, vómitos y suciedades, por más que dos o tres veces por día sean bombeadas por la borda, donde igual se esparce esta ligazón nauseabunda por todos los rincones de la tablazón de cubierta, aunque algo della barra el viento. ¡Alabado sea el Señor! por no llevar bestias la Capitana, salvo los seis fieros mastines de guerra atados al palo mayor.

Yo también estuve descompuesto, sin tener cómo negociar un cambio de lugar, porque me obligaba velar ochenta toneles renovados en la aguadaja de la Gomera y a racionar el líquido de a medio cuartillo por boca al día, escaso el cazo para compensar las mermas por las fugas de las barricas por encrespase

el roble talado fuera de menguante, por lo que también tuve que hacer de tonelero, apretando de continuo las correas. Es secreto de marinos poner piedra de azufre en el fondo de cada barrica para mantener algo viva la tonelada, porque nada más hay de sufrir que pasar aguas enfermas por garganta seca.

Mis noches se hicieron interminables tanto por la falta del encuentro con Inés como por las punzadas de las plagas y los miasmas que prosperaban día a día y, sin la portuguesa, más me atormentaban. Aguanté el desvelo una semana hasta que en una media noche de luna plena subí a buscarla en la cubierta, levantando broncas de reclamo entre los que iba tropezando, en tanto un grumete adormilado daba vuelta a la ampolleta de escurrir su arena durante otra media hora, y entonaba la tabarra de rigor:

Buena es la que se va,
Mejor es la que viene,
Una es pasada ya,
En dos aún se muele;
Molerá si Dios quiere;
Que quien cuenta y pasa,
Es quien buen viaje fazá;
Ah, el de proa, ¡Alerta!,
Buena guardia, ¡Despierta!

Sosegada de nuevo la noche, avisté a Inés tumbada debajo de unas *hamacas*, sin la escolta del marido. Me eché junto a ella en un resquicio que me abrió al haberme visto. Aún no amanecía y el sueño me estaba tomando con las manos entre su blusa, cuando vino a dar de bruces sobre nosotros un fraile que se anudaba el cordón del hábito, al tiempo que la vecina organizaba sus faldas. En la tremolina, hui a perderme entre los toneles de la bodega.

Con la cantinela del alba, la del cambio de la guardia de morderra, abrí los ojos para ver con sobresalto que sobre mi cara tenía un sieso que soltaba ventosidades sonoras, podridas como de lego que vive de castañas y judías: la peor ofensa entre villanos. Sin manera de coger mis fierros para cobrar la afrenta, con toda mi fuerza y enojo le agarré de los compañeros, y cuando nos destrenzamos sentí el hilo tibio de un tajo en el cuello, que pudo más, no quiso ser degollamiento, pero marcó mi segunda cicatriz —siendo la primera, aunque invisible, aquella que aún quemaba mis labios desde aquella despedida—. En la silueta que huía creí reconocer a João, el labrador.

Ya entrado el día, el boticario me cauterizó con algo de solimán y, para guardar la herida de la corrupción, le encimó un poco de unguento de Aparicio, que es mezcla de aceite y vino blanco añejo, trementina, incienso, trigo limpio, hespérico, valeriana y cardo bendito. Para los días siguientes me dejó una untura de belladona. La curación tuvo buen efecto, como duro fue su cargo en el cuaderno de cuentas, y la marca tan solo fue el inicio de mi cambio de catadura que, como se verá después, no fue de espadachín farolero que presume de sus barbaries, sino un imprevisto trasluz marcado la mudanza habida desde adentro. En cuanto a la magulladura por el agravio, sin modo de trabar un duelo, hube de esperar por si la pomada del tiempo me bajaba lo tanta calentura de mis humos, por ser injuria más ofensiva que abofetear un hombre en época de cruzados, que solo podía hacerse a quien no tenía yelmo ni cota, es decir, a quien no fuese caballero, por lo que, si un mero ultraje con guante suave en la cara se tornó en insulto intolerable entre los que pretenden civilidad, qué decir cuán vergonzoso e imperdonable fue lo deste bellaco, tan humillante por ser con suciedades de la cintura hacia abajo.

Tanto para proteger estima y estigma, como por evitar una gresca mayor, me retraje en la bodega de la que no salí en

un par de días sino a buscar aire y evacuar el vientre que, no obstante la poca comida, era necesidad de una vez por día en la letrina de proa, que no era más que un boquete en la cubierta, donde había que sujetarse de las jarcias, vergas y cordeles en posición colgante y vulgar, con riesgo de caer al vacío, y luego, para un poco de limpieza y no escaldarse, había que valerse de una soga batiente embadurnada de alquitrán. Las mujeres que al comienzo sintieron vejado su pudor, poco a poco supieron acurrucarse como en la floresta: iban al «jardín de popa», que así llamaban una tabla sobresaliente con un hueco en la que se colocaban en cuclillas, cubriéndose el culo con sus faldones atormentados por el viento, mientras daban gritos de susto, sobresaltadas por el cabeceo de la carabela. Fueron pocas las señoras distinguidas que, llenas de melindres, recurrieron a bacines en algún lugar recoleto, de cuya limpieza ocupaban a sus criadas; y señoras y criadas harto tuvieron para disimular sus efluvios reglados por la luna. Así que en un par de semanas pusieron en sordina las vulgaridades y no prestaban ojos a las señas obscenas; ya a ninguna la cortaban en sus urgencias los mirones, sino que se volvieron descaradas y mostronas por abajo, y con ello se vengaron de los más alebrestados, con provocarles más de lo que no tenían cómo cosechar.

Quise saber la suerte de Inés, a quien cabía suponer estropeada a puñadas por el marido. Me aventuré a salir del escondrijo y con alivio la vi recostada en la baranda de estribor avistando el horizonte, como buscando dónde bajar sus pensamientos. Hacia babor pude ver también la cara de João surcada de arañazos, que no fueron míos porque lo enfrenté por sus molletes más gordos. De tantos jaleos y malos ratos se me fugaron las ganas de comer, aunque tronaran mis tripas, cuando con voz de campana el paje anunciaba almuerzo a las primeras de la noche:

Tabla, tabla, señor capitán,
Maestre y demás compañía.
Tabla puesta, es vianda presta.
¡Viva nuestro Rey de Castilla!
En la mar y por toda tierra.
Y a quien le diere la guerra,
Que le corten la cabeza.
Y quien no dijere amén,
Que de beber no le den.
Tabla está en buena hora,
Y quien no viniere, no comiere.

Mientras la tripulación respondía con padrenuestro, avemaría y salve, Inés llegó hasta mi madriguera con un pedazo de biscocho mojado en aceite de olivas y un pequeño cazo de oporto avinagrado.

—Las desolaciones porfían más en estómagos vacíos —dijo con dulzura.

—¿Qué ha sido de vos?, que os he visto aquejada... —le correspondí mientras cedía al obsequio.

—Lo que João os hizo fue de advertencia para los dos. Poco alcanzó a ver, que de tener certeza estaríais flotando bocarriba, solo por acallar su orgullo. A mí en nada me ha reñido, porque bien discierne que con tanto verraco confinado en un carabelón poco queda sin hocicar y cualquier mujer termina asediada y tocada de cabo a rabo por incansables pretendientes. Bien supo al embarcarse con pareja que debía dejar los celos en el muelle, o terminar solo o difunto. No es bruto y, como ya no traigo el crío, se ha hecho a una solución bien simple: se mantiene encima de mí todas las noches, porque, según dijo, «aguja enhebrada nunca se pierde». —Y desta intimidad pasó a otra confesión:

—Mi congoja es por no haber podido cumplir con el hijo de Isabel, al que me estaba apegando, tal vez porque nunca he florecido y no dejo de pensar cómo es que voy a poblar alguna tierra si no consigo ser madre. Por ello rozo la ilusión de germinar vuestra simiente.

A pocos días la mar estuvo en calma chicha, sin soplar vientos por tramontana ni por mediodía, sin los de empuje por levante ni los encontrados del poniente. El contraмаestre anunció que bajarían un batel para cuidar a quienes se bañaran alrededor del navío, para que nos sacásemos ese apestoso olor a queso bernés. Allí se supo cuán pocos sabían nadar y quienes lo hacíamos era sin destreza alguna. Tuvimos que echarnos en cueros, en peladura natural, igual frailes regordetes que pajecillos salidos de la pubertad, porque el contraмаestre enfatizó que la ropa metida en agua salada, salada quedaba y no duraría lo que necesitábamos. Las mujeres lo hicieron en camisola para disimular su vergüenza, pero a unas las telas les flotaron y a otras, una vez mojadas, les resaltaron lo que querían ocultar a ojos de tanto mirón engolosinado. Fue así como Inés me reveló aquel cuerpo blanco y firme con el que holgué en lo oscuro, adivinando apenas la rosa dulce de sus pezones. Cuando volvimos a secarnos en cubierta, caímos en cuenta cuánta hacía falta una lluvia para sacarnos la sal que cuarteaba la piel y, por ello, no volvimos a bañarnos hasta llegar a la Hispañola.

Por aquellas noches quietas, de las que hubo varias seguidas, para barloventear el ocio nos juntábamos unos sobre otros frente al castillete de popa, por donde se corre la vara del timón para virar o se la fija con espartos gruesos para mantener el rumbo. Casi asfixiados en una mazamorra de resudores y hedores fuertes, sin que faltaran las descargas de las tripas, se abría el silencio para escuchar declamaciones y relatos de quienes mejor sabían recordarlos. En una velada

en que salieron varios romances, doña Francisca recitó los de «La rosa» y «La niña fresca», de los cuales se me grabaron dos estrofas que sentí como traídas por el viento de muy lejos. Añoraba en la primera:

Cuando vos tuve en mis brazos,
No vos supe servir, no;
Y agora que os serviría
No vos puedo haber, no.

Con la segunda, apenas suspiraba:

Dormidla, Señor, dormidla,
Desarmado sin temor,
Que el Conde es ido a la caza
Por los montes de León.

Como la doña percibiese mi transportación, pensándola ser por su arte en la declamación, me azuzó pidiendo que la dejase saber algo mío, y como le dijera que no tenía tal habilidad, me insistió que recitase lo que más me embelesaba, pedido que respondí entre gusto y a disgusto:

—Con vuestra venia, recordaré el más bello soneto del *Cancionero* de Petrarca, el del «Primer Amor»:

Fue el día en que del sol palidieron
Los rayos, de su autor complacido,
Cuando, hallándome yo desprevenido,
Vuestros ojos, señora, me prendieron.
En tal tiempo, los míos no entendieron
Defenderse de Amor, que protegido
Me juzgaba; y mi pena y mi gemido
Principio en el común dolor tuvieron.

Amor me halló del todo desarmado
Y abierto al corazón encontró paso
De mis ojos, del llanto puerta y barco,
Pero, a mi parecer, no quedó honrado
Hiriéndome de flecha en aquel caso
Y a vos, armada, no mostrando el arco.

—Os salió de las entrañas —alabó la dama—. ¿Acaso algún amor cortés os trae flotando por entre las estrellas?

Iba a responderle que «por arder mi corazón tanto como el de tan portentoso poeta, había tomado su canto como epígrafe para el resto de mi vida», pero un soldado quiso lucirse a gritos desde la proa con el «Romance de la constancia», popular entre las tropas, porque desde cuando el Mio Cid, se decía, ya les daba sustento en sus vigiliass:

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar...

Cuando decayeron las declamaciones, Pero Márquez, el piloto mayor, se dirigió a don Juan Cuaresma de Melo, aunque con intención de que todos le oyésemos:

—Tengo certificado, don Juan, que el llamado Cristóbal Colón no fue genovés sino nacido en Espinosa de Henares, ciudad de algunos de mis ascendientes, y por ellos y otros muchos marinos se echó de ver que su madre fue doña Aldonza de Mendoza, señora de Cogolludo y duquesa de Arjona, media hermana de Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, quien para apoderarse de la hacienda della, tuvo que negar la existencia del fruto de los ahogados amores de la fogosa duquesa, estando ya viuda, con don Diego Gómez

Manrique, un piadoso noble inclinado por la marinería y devoto del patrono de los navegantes, que por su tanta devoción le avino el nombre de Cristóbal, el del gigante que pasaba al Dios niño sobre sus hombros, cuando las aguas eran profundas o de peligro.

—¿Y qué pruebas os certifican tal desatino? —le requirió el De Melo.

—El propio Almirante dejó constancia de su linaje materno, en clave secreta, como fue su costumbre para confundir, en el nombre de una isla que visitó; e igual dio el nombre del padre a uno de sus hijos. Es sabido que siempre escribía en castellano, incluso cuando se dirigía a un genovés, porque casi nada sabía de toscano, lengua de trato entre los itálicos de estados diferentes, que llenaba de errores cuando procuraba escribir en ella a letrados y cosmógrafos, y su escritura la asentaba con grafía catalana. Además, doña Aldonza en su testamento dejó bienes a un Cristóbal Genovés, por mano de un Colombo, marido del ama a quien entregó el secreto y crianza de su hijo en aquel puerto. En la familia de crianza se hermanó con dos Colombos, que no fueron tan humildes como mal se ha dicho, sino de los más acaudalados e instruidos del lugar y, para más, algo parientes suyos. Cuando ya estuvo crecido, Bartolomé, el más esclarecido de aquellos, lo llamó a su lado en Lisboa donde se desempeñaba haciendo cartas de marear, para instruirlo en las cuatro ciencias más principales: astrología, cosmografía, geometría y navegación. Con aquel mismo navegó a San Jorge de la Mina de Portugal, en África, en un viaje en el que ambos concibieron cómo poder ir a las partes que el Almirante descubrió, sin ser tan buen piloto como se ha dicho, que si lo hubiese sido nunca hubiera descubierto lo que topó, porque un buen marino nunca se hubiese metido en tan pequeñas carabelas a recorrer una distancia tanto grande. Tan solo tuvo éxito porque

se le atravesaron las Antillas, que ya estaban señaladas en las cartas de los portugueses, antes de un continente. No por otra cosa los astrónomos de varias Cortes, descalificaban su proyecto temerario y oscuro, al que, para sostenerlo sobre mapas, falseó las distancias conocidas por los marinos de don Henrique y del segundo Juan de Portugal.

—Son habladurías —replicó con desgana el Cuaresma—. Tampoco falta quien asegure haber sido un converso portugués. Cierto es que los valedores de Colón fueron cristianos nuevos, tal vez falsos conversos, juntados en un último consejo a examinar el proyecto: el duque de Medinaceli, el ministro Luis de Santángel, un Sánchez y un Coloma, recién vueltos de Santa Fe, donde estaban reunidos con la nobleza de Aragón y Castilla para asistir a la rendición de los moros. Apoyaron y financiaron la expedición porque necesitaban encontrar con toda premura alguna «tierra prometida» donde tuviesen asiento los judíos, por cuanto el Rey y la Reina acababan de firmar la expulsión de sus reinos; tan cierto como que al mismo Almirante después le tocó demorar unas semanas su salida, porque el puerto estaba echando a los proscritos. Y para dar más pruebas, se sabe haber dejado don Cristóbal en testamento parte de su fortuna al secretariado de los hijos de Judea, que, digo yo, era para devolverles parte de lo costeadado por aquellos.

—Yo juro que más que descendiente de Judea, lo fue del mismo Judas Iscariote —le atravesó un viejo marinero desdentado—, porque a Juan Rodríguez Bermejo de Triana, quien por ser compadre con mi padre, le confesó que por haber dado el grito de «tierra a la vista» en aquel doce de octubre, le correspondían diez mil maravedís prometidos por los Reyes y un jubón ofrecido por el Almirante al primero que avistase suelo. Pero Colón, no obstante que en su diario convino en que el De Triana avistó la tierra a eso de las dos

de la madrugada, declaró que la recompensa real era suya, de él, porque dizque horas antes había percibido una luz, pero que, habiendo neblina cerrada, no quiso afirmar que viniese de la playa. Por varios años permaneció aquel Juan en Sevilla menesteroso y afligido. Amargado renegó de la fe de Cristo y hace tres años se embarcó para las Molucas, y se quedó a vivir en el África, entre moros, convertido a la fe de Mahoma. Conozco de trato a quienes aseguran que poco después ahogó su aflicción en la mar, atándose una piedra al cuello...

La conversación quedó interrumpida por la cantinela de la primera guardia, la del anochecer que va hasta la media noche, que estaba a cargo del grupo del piloto, y con ella entraban las horas del silencio.

Apenas bajando el sol del siguiente día, las gentes se apretaron contra los flancos de la cubierta para hacer parodia de una corrida de toros, que terminó pronto porque el remedo del bicho rodó mareado. También se trabaron choques de aceros, a pie descalzo para no resbalar en la tablazón, unos para exhibir destrezas, otros a medir avances y algotros irse haciendo a la empuñadura, todos por no dejarse pudrir los cuerpos ni las almas, tal como la inactividad pica el agua en los toneles.

João se llegó hasta mí con el pecho inflado. Traía un par de varas largas sacadas dentre los leños de la cocina, para retarme a una «justa de bolillos», que en nada es retozo blanco, porque después del primer lapo siempre se torna en combate de moler huesos:

—¿Aceptaría el señorito un retozo de medir sus pericias en los palos con un labriego?

Y sin aguardar respuesta me fue alargando el madero más corto y delgado. Ambos esperábamos cobrar afrentas secretas. Asentí gustoso, pensando para mi colete que «si supiera el putito follón que en esto pocos me han apaleado y que me está regalando la oportunidad de amaratarle el sieso»...

No sopesé que tuviera tal fuerza, que a cada golpe que le aparaba parecía que los palos iban a volar en astillas. El erizo buscaba atinarme en las manos, para dejarme desarmado, pero le resulté más ágil y cada vez que me atizaba, antes que volviera a levantar la guardia, ya estaba a sus espaldas y le soltaba tres garrotazos, uno a las costillas falsas y dos por el culo, para dejárselo batido en cardenales. Boleó un golpe directo a partirme el cráneo y, al pararlo, mi leño se hizo añicos dejándome indefenso y, cuando venía zumbando el trancazo de gracia, el Oso le gritó «¡Basta ya!» y de un empujón me sacó a un lado.

Inés se adelantó por el portugués y se lo llevó sobándole los lapos de la espalda, henchidos de sangre oscura. Yo me puse compresas con agua de mar. Y así ambos matamos las iras a palos y nos ahorramos las estocadas. Los demás se fueron de apuestas con cartas y dados que, en estas lejuras, ya ninguno escondía ni nadie condenaba.

Desde la espera en Sevilla, mientras les llegaban bregas propias, los soldados entretenían su sed de gloria narrando una y otra vez hazañas ajenas, hasta dejarlas flacas de tanto ser contadas y oídas, como igual otros las iban creciendo y torciendo con cada nuevo relato, por lo que en esto de las anécdotas es mejor ponerlas en tinta cuanto antes, ojalá ante el testigo de vista, así la pluma carezca de buen corte.

Esa misma noche, que nos cayó pelona de vientos, sonó de nuevo la voz del viejo desdentado que le apasionaba oírse, tanto como hacerse oír:

—En tiempos de Balboa y de Pedrarias, un grupo partido de la Hispañola a reforzar el asentamiento del *Darién* zozobró en la costa de *Veragua*. Con los restos del naufragio construyeron una barcaza y se embarcaron de vuelta catorce dellos. Estuvieron a la deriva por varios meses, tres o cuatro, ¡imaginaos!, sin alimento ni bebida, ¡imaginadlos!, sostenidos

con echar suertes para determinar cuál dellos debía morir y servir de sustento a los demás, aguardando a que llegara la noche para acometer un acto del que no eran capaces en el día. Cuando quedaba la mitad de los infortunados, fueron recuperados por un carabelón enrumbado hacia el *Darién* con más de un ciento de colonizadores, un fraile de ayuda a las misiones franciscanas, cincuenta indígenas esclavos para minerías y doce yeguas con su garañón, y muchos aperos y vestidos. El día del rescate, la huesuda había señalado a Álvaro de Aguilar para alimentar esa noche a los perdidos. Poco después, Aguilar se volvió a salvar de una peste de morderra pernicioso que casi acaba con la población de la colonia, cuando ya los restantes seis naufragos habían muerto entre delirios y vómitos de sangre y sin recobrar el conocimiento, como castigo divino por haber comido carne de prójimo. Aguilar fue de los pocos que resistió la hambruna que les sobrevino y algunos años más tarde fue recopilador y auxiliar del primer cronista de Indias, el letrado Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, que con él estuvo en el *Darién*. Dicen algunos que Aguilar había logrado hacer alianza con los demonios de Tierra Firme, pero el Fernández no quiso hacer mención de ello.

Hizo una pausa que nadie interrumpió, porque sabíamos que el hombre tenía más historias. Carraspeó, escupió, y volvió por los recuerdos que le palpitaban de aquella la primera colonia en Tierra Firme:

—En la recién fundada Santa María la Antigua del *Darién*, para ocultar ciertas mermas en la bodega de provisiones, una facción de los conquistadores produjo un incendio al poco de haberles abrasado otra quema por disimular otros faltantes. Un soldado de Cuenca aprovechó el desbarajuste para robar un jubón de algodón, que no alcanzaba a costar un ducado. El gobernador Pedrarias, cuya lista de picardías y atropellos no

cabría en esta flota, le descubrió y le mandó descuartizar en la plaza de armas por cuatro caballos. Luego ordenó a su cirujano y sacamuelas que le practicara la autopsia en cada miembro arrancado, como en el tronco del que fueron separados, para certificar la total defunción.

—En vez de habladas de lavanderas que enlodan bizzarrias y avivan tirrias —le atravesó el contraamaestre—, voy a referir una tramoya que espero sea del tono y agrado de doña Francisca de Samaniego, dama tan dilecta e ilustre como ninguna otra que se haya dignado a poner su pie en estas tierras por domar, tramoya cierta aunque de muchos nudos, que comienza en *Veragua* durante el cuarto viaje del almirante Colón, entretenido en ir y venir por las costas de *Nicaragua* hasta *Nobanamá*, a la que los castellanos decimos Panamá, en busca de un paso secreto por donde esta mar hace liga con la Índica, para poder navegar directo a las Indias Orientales, entrada que él no encontró por agua, sino Vasco Núñez de Balboa por tierra once años más tarde, casi al tiempo en que, sin salir de sus bufetes, Contarini y Waldseemüller señalaban en su mapamundi haber un istmo por dónde atravesar hacia esa mar, sin saberse de dónde y cómo lo dedujeron Ojeda, De La Cosa y Vespucci, los primeros cosmógrafos que costearon por donde los *caribes*, pero sin ver si el istmo era gordo o estrecho, y por ello no le asentaron su grosura en sus cartografías, de las cuales, dicho sea de paso, hoy obran copias en manos de los de los Welser, sin saberse, os decía, de dónde les llegó la noticia, a no ser que como Ojeda estuvo en el segundo viaje de Colón que fuera financiado por los Médici, quienes también eran allegados y patronos de Vespucci, cuerda por donde pudo salir la idea del franqueo que Colón también buscaba con insistencia, por tenerlo desenterrado de fuentes antiguas, decía, y entonces no fue casualidad que después Balboa se haya metido por donde Colón marcó en una de sus cartas el

nombre de *Americ*, voz oída de los indios, justo por donde, y esto sí parece coincidencia, Martín Waldseemüller encontró marcados los portulanos de Vespucci con «Amerigo», dizque por ser el apelativo del cosmógrafo que dos lustros después del hallazgo de Colón aseveró que las dichas costas no eran de Catay, de la India o de Cipango, como insistía el Almirante, sino de un continente diferente, y puso allí su nombre porque en mucho se pareció al *Americ* de los naturales, que luego fue el mismísimo Puerto Gordo donde Colón ancló sus naves por los días de la Natividad, mientras su hijo mayor, Bartolomé, con sesenta hombres se subían en barcasas por el río *Veragua* y trabaron amistad con el *cacique Quibián*, de quien un converso llenó su bolsa con casi veinte onzas de oro fino, que dizque el *cacique* le entregó como «muestra de alianza», pero que por mala traducción o torcida ambición entendieron ser «muestra de tesoros», por lo cual Colón se instaló a rescatar las riquezas que en los viajes anteriores no le habían resplandecido como codiciaba y, desde allí, en pequeños piquetes, comenzaron a hostilizar a los indios y los indios al asentamiento en que estaba Diego Méndez de Segura, uno de los pocos amigos verdaderos del Almirante, que no era soldado ni marino sino un converso aventurero, alucinado y algo poeta, en busca de un nuevo Sefarad o Tierra Prometida, que tuvo la osadía de meterse con disimulo río arriba en la carabela Santiago con el mozo vizcaíno Rodrigo de Escobar, para conocer las intenciones y disposiciones de guerra con que los del *Quibián* amenazaban romper la paz, fingiendo los dos que iban con un unguento a curar al *cacique* de una llaga en una pierna, pero un hijo del indio se les interpuso fiero al llegar a un cerro cercado con trescientas cabezas secas de enemigos con las bocas, ojos y oídos cosidos para que sus espíritus no se les volvieran a entrar, mas Diego le suavizó el temple con un peine y unas tijeras para sus trasquiladas

como de fraile, y así pudieron pasaron a espiar y, en un descuido, apropiarse de trescientos ducados en adornos de oro, atrevimiento que hartó ofendió a los de *Veragua*, como tampoco les gustó que después Colón resolviera apresar al *cacique* dizque para llevarlo a Castilla, pero el indio se fugó y les atacó el asentamiento, defendido gracias al milagro de un mastín irlandés que les arrancó las vergüenzas a varios de los desnudos y permitió la huida de los cristianos; mas como el río había vuelto astillas la otra nao, La Gallega, Diego Méndez improvisó una balsa en que bogaron él y Bartolomé Colón con sus gentes hasta *Americ*, donde los estaban aguardando don Cristóbal con los demás, y estando reunidos aguantaron hasta abril cuando ya no pudieron más y zarparon apiñados en tres navíos, tan carcomidos por unos moluscos con valvas en las mandíbulas con que perforan la madera, a los que llamaron «la broma» por ser cosa pesada y seria, porque no paraban de achicar con jofainas y bombas el agua que casi alcanzaba tanto la borda de la Capitana como de la Santiago, por lo que el Almirante resolvió encallarlas en *Jamaica*, donde recordó que había agua dulce, y echando fuera todo lastre, las subieron a la playa con cabos y cabrestantes porque allí poco ayuda la marea, e hicieron toldas de las velas para montar su real, donde atrajeron en amistad algunos indios que sabían cómo cavar en la arena unos huecos que se llenan de agua dulce, y les llevaron huevos de tortuga y también pescaron para los castellanos, porque estos tenían mucha flojera para ahuecar, recolectar y echar las redes. Mas como cada uno de ellos comía en un día lo que un isleño en una semana, los nativos se cansaron de soportarlos y ya se estaban alistando para echarlos, cuando Colón, que sabía de astronomía y llevaba su almanaque, les anunció un eclipse de luna entera para el día siguiente y les dijo que para devolverles la luz debían seguir alimentándolos, como lo hicieron mientras Diego Méndez

y Bartolomeo Fieschi de Génova, otro amigo fiel de Colón, se ofrecieron para ir a buscar socorro a la Hispañola en dos *piraguas* grandes que cambiaron a los naturales por una bacinilla, *canoas* a las que les pusieron quilla, vela y borda de tablazón para escudar la entrara el agua, y con la boga de un puñado de indios, después de un primer fracaso, orzaron y remaron un ciento de millas hasta la punta de la isla, acompañados de otras *canoas* que allí les despidieron, y se metieron mar dentro, en donde a la segunda noche se les murió uno de miasmas en los bofes y otros dos se echaron por la borda, y sin embargo, al quinto día divisaron la Hispañola, donde era gobernador Nicolás Ovando, quien, por no ser de la cuerda de los Colón, retuvo a Méndez siete meses y entretanto envió a los varados un emisario con tan solo un pernil de cerdo y la falsa promesa de regresar, jamón que llegó a *Jamaica* cuando los cristianos se rompían en dos bandos y se abrían heridas nunca vistas allí, de las cuales tuvieron que enterrar a cuatro, mas luego el Almirante controló el motín con promesas de perdonar a los rebeldes, para después de un año, próximos a perecer de inanición, ver aparecer a Méndez en un carabelón fletado dentre las naves de Sevilla llegadas a la Hispañola meses después de ser puesto en libertad, carabelón en el que retornaron moribundos a Sanlúcar, donde Colón se retiró al Monasterio de la Cartuja de Cuevas en Sevilla, desde donde, agradecido, encomendó su salvador a su hijo Diego, pero estando este en las mieles del matrimonio con doña María de Toledo, dama de la Corte, y como tal, enredada en cortesías, a más de sus obligaciones en la ínsula donde su padre le nombró gobernador, pasaron los años de sumir al salvador en el olvido en que murió testando a sus hijos su único tesoro, el *Elogio de la locura* recién escrito por Erasmo, el holandés, el de Rotterdam, a cambio de tan solo la condición de poner en su tumba una lápida de piedra con una *canoa* grabada en

ella y debajo, en letras muy gruesas, la palabra *taína* «*canoas*», y si todo esto lo cuento delante de tan respetable señora y de su muy enterado marido, es para que sepáis que estas conquistas no solo se logran con las armas, sino con la generosidad y el respaldo de pulso poderoso con visión hacia el futuro, que así nunca vengan nunca, desde sus despachos son nuestro mayor favor de Dios Nuestro Señor.

El defensor de los indios y otro dominico que venía en la Capitana, a diario celebraban una misa de pobre a bordo tanto por lavar cuanto desliz hubo en la noche como para implorar la protección divina durante el día. Después de la primera en la Gomera invocando al evangelista Lucas, las de la singladura las imponía por el santoral: una a los apóstoles Simón y Judas, otra por la festividad de todos los Santos; la de recordación de los Fieles Difuntos y la del patrono de los alquimistas, san Alberto Magno; no faltó la de exaltación a Cristo Rey, en el primer domingo de Adviento, y después la ofrecida a la Inmaculada Concepción la Virgen, la milagrosa preñez habida sin varón, sin deseo ni culpa. Cuando llegaron los días largos, sin un viento de ayuda por gregal ni por garbino, sin soplar por mistral ni por siroco, celebraron otra de muchos cantos y rogativas a nuestra Señora de Guadalupe, porque las raciones ya comenzaban a escasear y, según cálculos, nos vendría un mes de marear en ayuno hasta Santo Domingo. Mas la patrona de Extremadura no se conmovió, y el desasosiego que comenzó entre los pasajeros, pronto cundió en grumetes y marineros.

Para escurrir las angustias, las damas leían a toda garganta uno que otro libro de caballería y los frailes obras religiosas; los soldados se sumían dados a los dados, a tresillos y tutes, de donde salían no pocas grescas. ¡Cuánta falta nos hizo Adelfa!, la de antes de marchitarse como Isabel, para que hubiese echado a volar su música y sus danzas frente al telón

azul donde no corría una nube. En las tardes, el Maestre seguía aparejando luchas cuerpo a cuerpo para medir fuerzas en que los hombres purgaban sus bríos y sus miedos, y orearan el ocio que carcome a los guerreros, más si son castellanos que no pueden vivir sin tirrias ni capoteos, haya o no enemigos.

En una de aquellas noches, oscura y calurosa, después de una tempestad con descargas de rayos y de muchos ramalazos que empaparon hasta los fardos envueltos en lonas impregnadas de betún, cuando recién había pasado el coscorrón y nos acomodábamos a escurrirnos, unos rulos de luces resplandecientes dieron en el palo mayor y de allí pasaron girando y saltando por mástiles y vergas en fulgores azulados, como antorchas de resinas espectrales encandilando con su mucho resplandor, cruzando como fantasmas por cubierta y castilletes, con amenaza de poner todo en cenizas. En veces las flamas bajaban de la nao, tropeliaban por la mar, trasponían a iluminar las otras naves que se nos habían juntado a pasar la tormenta, y rebotaban para arrancarnos más gimoteos y temblores, promesas y oraciones. En esto estuvimos unos minutos que nos parecieron horas, que bastaron para reblandecer hasta los marineros más curtidos, incluso a quienes algo habíamos oído de los fuegos fatuos del cuerpo de san Telmo.

Y cuando, por fin, las luces se alejaron dejando un olor como de osarios entre las gentes segadas, dentre el tumulto surgió Inés dando voces, diciendo que eran entes del Infierno atraídos por ella con su proceder lujurioso y pedía confesión, mas nadie tomó en cuenta sus palabras porque en la confusión no se sabía quién las daba, ya que todo era un coro de locura pidiendo misericordia a gritos. Y mientras en las tinieblas se fueron calmando los abatimientos, a Inés se le crispaban, hasta que se topó con fray Tomás Ortiz, el dominico que había caído sobre nosotros aquella noche, al que reconoció por la voz con que le dijo «confesadme vuestro adulterio para que

el Señor os perdone, como acogió a la Magdalena» y ella le protestó soltándole que «ante el Señor ya estoy espiando; pero no pediré perdón a uno igual de pecador que, muy seguro, por penitencia me impondría alzarme las faldas, para santificarme la causa de mi perdición», descarga que la sosegó por el resto de la noche.

Cuando llegaron las luces del nuevo día, nos sentimos resucitados y poco a poco comenzamos a hablar de lo que vimos, mas no de lo que oímos, tal vez porque los que menos se vaciaron fueron soldados y labriegos que, por su baja condición, nunca se atrevían a meterse con la mujer del prójimo, aunque fuese en barraganía, puesto que con tan escasa paga no podían aspirar más que a busconas con las cuales nunca hay remordiscos de conciencia; porque mancebas, mocillas y barraganas son holganza y derecho de señores, que entre iguales las intercambian, con acuerdo o sin él, para no dejar caer el placer en monotonías ni abrir campo a que amores de gallo se deslicen a ligazones firmes con queridas y concubinas de baja condición y mucha desvergüenza, que más ayudarían a enfriar sus matrimonios de solo ligazón de estirpes y alianza de haciendas. Las raciones de cada pasajero ya estaban terminadas y, aunque las miserables provisiones de bodega padecían adobo de gusanos, gorgojos, orines de ratas, hongos y podredumbres, el Maestre decidió reforzar con varios hombres el resguardo, día y noche, en especial para protegerlas de grumetes y pajes que, por andar entre los catorce y dieciséis años, más les penan las tripas vacías. Aunque yo también debía mantener el ojo abierto con los nuevos veladores, el redoble de guardia me permitió acercarme al gabinete del timón, casi como una gruta, debajo de la habitación del capitán en el castillo de popa, donde reposaban los instrumentos de navegación que me atraían con fascinación, más que todo, por los pilotos cubrirlos de misterio para que nadie aprenda su manejo.

Desde la partida comencé a ahondar en lo de las señas con luces, que a estas no podían ocultarlas: lo más sencillo fue saber que la antorcha grande, siempre colgada en la popa y protegida por vidrios en farol, se enciende cuando se requiere que las naves se mantengan en flota unida, como lo ordena el código de la mar abierta, y la prudencia cuando aparecen corrientes o tormentas; también es aviso de corsarios franceses, tan diestros en destripar marineros como en violar mujeres, dados a señorear las aguas que los hispanos van abriendo. Con un estrenque, que así llamaban un trozo de cuerda de esparto remojada por mucho tiempo en agua y secada luego al sol o al fuego, se hacen luces de linterna para, mediante acuerdos entre naves que navegan juntas, dar órdenes y respuestas de la misma manera: si se encienden dos estrenques sin encender el farol, hay que cambiar a otra ruta de viento más favorable, o de lo contrario navegar lento; con tres linternas encendidas, si se avecina una tempestad, se debe arriar a prisa la pequeña boneta para no estorbar la vela mayor; cuatro luces, son para amainar todas las velas y si después de ello se enciende una sola linterna es para detener toda marcha. Si se dispara una lombarda sin carga de bala, es porque se avistan bancos de arena o de corales, o ¡tierra!

Años atrás, para medir la velocidad echaban desde la proa por la borda algo que flotara, así fuera un esputo grueso, contaban los segundos hasta que pasara por la popa y con ellos dividían los pies de las tres quintas partes de la eslora y el resultado daba la marcha. Ahora lo hacemos con una corredera, o tabla que flota atada a una cuerda con nudos espaciados por igual y la cantidad de estos divididos en el tiempo de carrera, dan la velocidad medida en cantidad de nudos.

En veces colaboré a sondear la profundidad de las aguas en los pasos desconfiables, en cercanía de islas. Con la nave al paio y las velas bajas, se echa un escandallo de una arroba de plomo, con un hueco en la parte inferior relleno de sebo para

que se le adhiriera lo del fondo, conchas, arena o barro, atado a la sondaleza, o cuerda de doscientas brazadas, marcada a cada veinte con nudos, para poder ir anunciando «fondo a las tantas brazas», o de irse hasta el final «no hay fondo», porque si bien los navegantes temen a las grandes profundidades calladas y frías, pobladas de criaturas impensadas que nunca siquiera se han dejado ver, mayor es el desasosiego cuando las aguas se hacen tan llanas como para varar la nave en medio de la inmensidad.

La brújula de apuntalar caminos en la mar me era conocida, porque en la Ferrería construíamos destas agujas cebadas con piedra imán o calamita. Las montábamos sobre una base circular con las marcas de los ocho rumbos, o vientos principales, y treinta y dos subdivisiones de la caja de bitácora. Dicen los portugueses que este ingenio lo halló por primera vez Vasco da Gama, hace algunos lustros, cuando navegaba por las costas de Mozambique entre nautas marroquíes, que no supieron decir de dónde la habían aprendido. Pero en la Hermandad leí que hace más de dos siglos la tropezó Flavio en Amalfi, en el reino de Nápoles, igual en manos moras. Y dicen aquellos libros que en el polo norte está la causa oculta por la cual un fierro ennoblecido por el frote con la calamita, su cabeza siempre mira fijo hacia allí y pone los pies al sur, por lo cual algunos hasta le agregan pequeños brazos para mostrar con el derecho al oriente y con el siniestro al poniente, sin que alguien sepa cómo gobierna la causa del norte estas agujas en cualquier parte del mundo. Y lo que más extraña es que el Santo Oficio no haya condenado este hechizo como cosa del Demonio, porque nunca aceptarán ser misterio de Nuestro Señor para ayudar a los navegantes que van a propagar su fe en las Indias, ni les pasará que brújula no deriva de bruja sino de bussola, o cajuela, en el idioma común de los marinos mediterráneos, y no demorarán en anatemizarla, azuzados por la prédica del obispo de Toledo, con la perorata espetada a los dados al

ensanche de las ciencias nuevas, de que «no debéis buscar la verdad en la naturaleza si no queréis caer en brazos de Satán; creed solamente en el dogma y ganaréis el Cielo». Si bien desde tiempos remotos los marinos se han orientado por el sol y las estrellas, y de hace tiempo se ayudan con astrolabios, ballestillas y sextantes, nada hay tan sutil para señalar derroteros, en especial al sur del ecuador, donde desaparecen las constelaciones sabidas y surgen numerosas extrañas: sin la brújula muchos habrían perdido su camino de regreso.

Al lado de la bitácora está el derrotero, o marcador de las derrotas o rutas, para ceñir el curso seguido por la nave. Es un tablero con una gran rosa náutica, o círculo dividido en treinta y dos rumbos, con ocho agujeros a lo largo de cada radio, uno para cada media hora y, colgando del centro, igual número de clavijas, para insertar en los agujeros correspondientes la dobladura hacia donde apunta la brújula cada que se voltea la ampolleta de arena, que para ello las cantinelas no dejan distracción. El recorrido se copia en la pizarra, para dejar limpio de clavijas el tablero al siguiente cambio de guardia. Las ampolletas son solo para acompañar el derrotero, porque «el tiempo de navegación solo lo marcan los vientos», como bien insisten en sus despedidas los viejos marineros.

Para que no me fuesen a acosar con preguntas, fuerza me costó disimular que, sin apestar a gamba rancia, también conocía de los instrumentos de la nueva marinería, los que se forjan y graban en la Ferrería. No pude tapar el interés por aprender la maña del manejo, que atisbaba siempre que podía. En los claros de las noches, afianzado sobre el castillo de proa con amarres por la cintura, el piloto toma un cuadrante de un círculo metálico con escala de cero a noventa grados y, alineando las dos pínulas de uno de los bordes rectos con la estrella Polar, o Tramontana que está en la cola de la Osa Menor, en tanto el timonel la mantiene hacia la popa, el

piloto lee el punto en que la plomada, colgada del vértice, corta la escala para señalar la latitud, o sea la altura sobre el horizonte, puesto que en el polo norte la dicha estrella está justo encima, a noventa grados de latitud, pero si se le observa en el ecuador se le ve en el horizonte a cero grados. Razón por la cual, los que pasan al hemisferio sur pierden la Tramontana y tienen que guiarse por Canope y las de la Cruz del Sur, según fue aprendiendo de unos escritos chinos que además indican cómo ir corrigiendo el declive de la brújula con respecto al polo norte señalado por la Polar, desfase que parecían conocer siglos antes de que lo supiesen los moros.

Solo he visto en grabados, mas nunca en cuerpo físico, aquellos hermosos astrolabios que enseñara en los albores del medioevo el filósofo Gerberto de Aurillac, el mismo Papa Silvestre II. En la travesía solo conocí el simplificado de los marineros, el de tan solo un círculo metálico con dos escalas de noventa grados, colgado de un anillo en la parte superior y con una reglilla aliada girando en el centro y, sobre ella, dos mirillas para alinear y leer la altura del astro y calcular la hora diurna, arte simple del que se valía el piloto de la Capitana porque no disponía del bellissimo, pero enrevesado, nocturlabio. Tampoco traía ballestilla, o bastón de Jacob o cruz geométrica, por ser también de manejo complicado. Conocí una en la Ferrería: es la reunión de cuadrantes, sextantes y astrolabios, con dos reglas, una más pequeña que se desliza sobre la mayor, marcada en grados y minutos, para por la tangente medir la altura de la estrella, lectura que en la mar resulta algo imprecisa por los cabeceos de la nave.

Durante mi instrucción en la Ferrería, supe que los astrólogos árabes fueron los maestros de los portugueses y de estos aprendieron los españoles. Aquellos legatarios de los egipcios calculaban la declinación del sol en el hemisferio norte, restando su altitud al mediodía, para marcar la longitud del

lugar; podían calcular las horas de la noche en la mar, según la posición de las estrellas guardianas de la Polar, porque sabían que giran en torno de un círculo de un grado con respecto a la Polar que marca el norte astronómico. Ahora los navegantes mediterráneos aprecian en mucho todos sus propios aparejos de ayuda al ojo, con los que ya están harto familiarizados, en especial los catalanes que se afianzaron en un razonamiento natural que al final del primer milenio ya germinaba en el fondo de los conventos, donde Silvestre II enseñó cómo su reloj, el primero accionado con pesas, inventado por él, era manifestación de la capacidad de igualar los cuantificables movimientos mecánicos con los inmateriales del tiempo, y cómo se podían seguir los infinitos movimientos celestes sobre una esfera sólida, con las intersecciones de los giros mecánicos de los anillos engranados de un cosmograma, demostrando las energías del ecuador y las fuerzas de los círculos ártico y antártico con las doce casas del Cielo, centro del universo del sistema de Ptolomeo; sabidurías con las que tres siglos después, en el XIV, Abraham Cresques y otros judíos de Mallorca perfeccionaron las cartas celestes de las constelaciones, crearon los calendarios de mareas, fijaron en mapas todos los puertos conocidos y redondearon el mundo en su *Atlas catalán*, sumando lo sabido de los nórdicos, los griegos y los egipcios con lo narrado por Marco Polo e incluyendo los confines recorridos por cartagineses y fenicios, ya olvidados, como Madeira, las Azores y el cabo de Non o del Miedo, que no fueron redescubiertos hasta un siglo después por los portugueses; calcos preciosos del mundo conocido, que ayudaban a la doma de la mar Tenebrosa, pero poco a la inmensa Océana, sobre la que hasta ahora comienzan a trazarse las experiencias de Colón, los Pinzones, Ojeda, Bastidas, Juan de la Cosa, Cristóbal Guerra, Vasco da Gama, Vespucci, Magallanes y Elcano.

Se aproximaba ya la Natividad sin señales de la Hispañola. La Galante, en que iba el gobernador, y también Isabel, comenzó a hacer agua por la quilla. Mientras avanzaba lenta, oían entrar el agua como de fontanería a la sentina sin que pudieran encontrar por dónde. Los hombres se turnaban con las dos bombas y las que les pasaron de las otras naves, día y noche, mientras desde las acompañantes nos hicimos al agua con los botes para aligerar el peso, descargándole mercancías. Así fueron a dar a la Capitana vajillas, muebles, vestuarios, dos toneles de vino y todo lo de estorbo que se arrumó a medio amarrar sobre cubierta, para estrecharnos más y más aumentar las incomodidades, estando ya al borde de no poder sufrirlas. El piloto ordenó a tres buenos nadadores entrar en las aguas con el cabello suelto, para que, deslizándose por donde podría estar la vía del agua, lo dejaran arrastrar por la corriente, maña antigua que mostró el defecto y en seguida los calafates se dieran a lo suyo con estopas y breas, con cuñas y a golpes de mazo, hasta cerrar la entrada. Dos días más trabajaron de continuo las bombas hasta lograr subir la flotación, con la ventaja impuesta por la presencia del gobernador, para que no les volviesen lo aligerado, así en las demás naves todos quedásemos como *loro* en la punta de la estaca.

Las sumisiones se tornaron en agruras y los aguantes en pependencias. Ya nadie hablaba si no era para desatragantar tanto agobio:

—Capitán, el agua de los barriles apesta —le dije serio, como si en la nao tan solo yo lo supiese—. ¿Cuándo habremos de tropezar alguna isla en que recompongamos este aguaje de mierda?

—¿Podéis pensar que no saltaríamos por mieles y ambrosía si supiésemos dónde sacudir los panales? —Respondió irri-tado y agregó subiendo la voz delatora de sus apremios—: ¿No os apetece también una sirena y un serrallo de salvajes desnudas? ¡Puto cabrón!

Fue sosería de hablar por hablar, por escupir la hiel y rascar la comezón, por tocar el violón de las tantas contrariedades, como creíamos distraerlas destripando los infinitos piojos que nos comían vivos, buscándolos en las cabezas vecinas, en los pliegues de las ropas, en las mantas de lana y en los colchoncillos a retazos de pelos de cabra; reventando pulgas en el ahogo de calor y de olores nauseabundos bombeados del fondo del casco cuatro veces por día para más revolverlos; todos hambrientos pero sin gana de comer del biscocho amargo y lleno de gusanos, ni de las roñosas salazones resacas que más nos encendían la sed, pues las raciones de dulce ni las recordábamos. Ahora había caza y comercio de ratas ladronas, de las que abundaban en la bodega, que llegaron a valer lo de un carnero en Sevilla, porque destripadas y sin más que una enjuagada en agua salobre daban al fogón a ser tostadas, sin ascos de nadie, menos de quienes en Valencia o en Mallorca acostumbraban a comerlas fritas, del jardín o del campo, con ajos, puerros y pimientos.

La salud de todos estaba resentida: mientras a unos les dolían las coyunturas de brazos y piernas, otros estaban resacos y marchitos; algunos con retortijones de tripas, punzadas en los riñones, amarillos y sin aliento, y algotros con toses, mocos y la garganta en brasas. Pero los que más aquejados estaban eran los que tenía hinchazón en las encías, que nada podían comer porque les sangraban y con un dolor tan fuerte como si se les fuesen a caer los dientes. Así venían los de la tripulación desde la mitad del camino, haciéndonos la suerte en la mar ver peor de miserable lo que nos esperaba en tierra. Pero todos, los pocos sanos y los muchos aquejados, en la cuenca profunda de los ojos, manteníamos la fiebre inquebrantable de los soñadores, la resolución de no dejarnos morir por escorbutos ni penurias, sino guardarnos para lo que viniese por delante.

Para conmemorar la Natividad, los frailes armaron un altar sobre el arcón del capitán y oficiaron una misa. Más que ofrenda religiosa parecía unción de óleos y reparto de bendiciones a moribundos en campo de guerra después de una derrota asoladora: no hubo devotos que la oyeran de rodillas y pocos lo hicimos de pie; los más la siguieron acurrucados en sus rincones, buscando abrigo del sol que retostaba los pellejos. Otra igual fue ofrendada para recibir del Señor el año de 1529, con canto de letanías a san Cristóbal suplicando su intercesión para encontrar las Antillas, con la cruel ironía de invocar para ello al gigante más perdido en la historia del santoral, tanto como la misma Atlántida, la que en silencio muchos escudriñan en esta mar, sin ninguno acertar noticia.

Al finalizar la advocación vi cómo Inés apuntaba su nariz pecosa al sudoeste, como oteando el viento.

—¿No os llegan hálitos vegetales? —me preguntó sin mover su vista de la lejanía.

—Mi nariz está atollada de pestilencias. En el amanecer creí ver en el Cielo un par de golondrinas marinas... pero pudo ser pura ilusión.

Por salir de dudas, pedí licencia al gaviero para tomar puesto en la cofa del vigía y me respondió con resquemor:

—¿Qué podrán ver unos ojos señorcitos, que no vean los de un viejo marinero?

—Cuatro ven más que dos —le devolví—, pedid alistamiento de lombarda, que ya os diré cuándo disparar la salva.

—Subamos —me dijo, en son de camarada, y agregó cuando ganamos la cofa—: Son varios los signos a que debéis estar atento: nubarrones en banda espesa, que no se deshagan ni se corran. Si se divisan flotando maderos, yerbas o frutos que los ríos botan en sus avenidas y las aguas sacan de las playas. Si hay bandadas de aves marinas, debéis atisbar hacia dónde vuelan, que en la mañana vienen y en la tarde

vuelven y si se recogen más temprano la tierra está menos cerca. Si los pájaros fuesen piqueros, patros, gaviotas, gallaretas, estopegados, tiñosas, gavilanes, alcatraces, flamencos o silóricos, buena señal. Si en la mar hay manchas de agua parda, es señal de peñascos entreaguados; si aguas blancas, indicio de arenas a poco fondo; si negra, es por lamas y sargazos; si colorada, señal de barro; y si verde, es por lecho de yerbas. Si entre los vientos se notan algunos cruzando en diferentes direcciones, como refregones secos, o con aguas o granizos, también traen su mensaje.

Estuve en la cofa hasta el atardecer, con lo cual limpié los bofes. Entre las brumas saladas con miasmas de algas, comencé a percibir unas rachas sutiles como a fragancias de selva, ¡las anunciadas por Inés!, pero como me entretuve en descifrarlas, me ganó el grito del vigía del carabelón más cercano:

—¡Tierra a la vista!

Por más que escrutaba, yo no veía franja alguna, pero me uní al entusiasmo que ya cundía en toda la armada y, por estar tan alistado a darlo, no me quedé con el grito y lo repetí con tal fuerza de casi romperme la garganta. Y me descolgué a unirme al alborozo que ya había echado de lado a no pocas hambres y dolencias.

El primer tercio de la noche se nos pasó en tratar de acertar si tocaríamos en la isla de Todos los Santos o en la Marigalante —la de la clave secreta de la madre de Colón— como apostaban unos; o en la Deseada, la Martitino o la San Cristóbal, como conjeturaban algotros, mientras los pilotos se dividían en tener por delante la Guadalupe, la Dominica o la Caníbali y, para más afirmarse, decían que en sus cartas contaban ya las novecientas leguas desde las Canarias y solo faltaban las ciento y cincuenta de cabotaje seguro hasta el puerto de Santo Domingo, en la Hispañola, que restaba poco para volver a sentir el placer del agua fresca y a dejar escaras y humores en un baño

dulce, y probar los frutos dulces de las Antillas, que ya los indios habían aprendido a cambiarlos por hachuelas, anzuelos y demás cosas de rescate. Unos y otros nos equivocamos: en realidad íbamos por el pasaje de San Vicente a poner pie en las arenas de la isla de la Santa Lucía, que no contaba con tantas ventajas como sus vecinas más grandes.

Al alba revivieron los ánimos. Los marineros, a pie descalzo, halaron de las jarcias, treparon los obenques, se ocuparon de las amarras. Los grumetes tiraban por la borda lo podrido, lo descompuesto e inservible, mientras los pasajeros corrían las ratas a escobazos, aunque apenas caídas al agua enfilaban nadando hacia la playa.

Por una semana estuvimos saltando de isla en isla, tocando costas en la Martitino, Dominica y Guadalupe, hasta celebrar el día de los Reyes Magos en el poblado de *Guayama* en la de San Juan. En unas aprendimos a comer *cazabe*, una especie de torta asada de cernido desamargado de *yuca* brava. En otras saboreamos *ananás*, que son piñones dulces y muy jugosos, con los que también hacen una forma de vino. Hubo fruto de *mamey* y otros muy variados cuyos nombres no recuerdo, no obstante habernos saciado con ellos. De lo que no se sació ningún hombre, ya fuese de crucifijo, espada o azadón, fue de ver indias desvestidas de todo, en pura almendra, salvo un pequeño pañete de algodón no mayor que la cáscara de media naranja con que cubrían su natura las casadas; sin asomos de turbación las maduras, ni tampoco las lozanas, siempre curiosas y sonrientes, sin atisbos de penas ni dolencias, a quienes les resbalaba nuestro descarro de seguirlas con las bocas y los ojos bien abiertos. Igual se deleitaron nuestras mujeres en la contemplación de los cuerpos de los hombres cobrizos, apretados y cimbreantes, repelados y sin onza de grasa, parejos en sus cueros como sus madres los parieron, sin más atuendo que un cordel sujetando su colgajo de otro cordel

atado en la cintura. Ellas y ellos devolvían las miradas, también sonrientes, con figoneo y asombro ausente de licencias y deseos.

En aquella semana nos tornaron los semblantes a los cuerpos y las ánimas. Yo me rapé la cara que por aquellos años era de pelambre rala, mientras que los de barba al pecho se la recortaron como si fueran a su boda. Las mujeres lavaron y trenzaron sus cabellos, se despuntaron las uñas y pulieron los dientes con cenizas en la punta de ramitas blandas. Todos nos despiojamos y no dejamos saltar pulga sin aplastarla. Y así quedamos listos para entrar al muelle de Santo Domingo en el día del Bautismo de Jesús, el nueve de enero, las armas relucientes y luciendo nuestros atavíos venteados desde el día anterior, tan limpios y emperifollados, aunque demacrados y hambrientos, que nos reconocíamos unos a otros porque parecíamos los padres de cuantos salimos de Sevilla, a la vez que los hijos de quienes estuvimos en alta mar.

Cuando alcanzamos a divisar en el puerto personas como hormigas, la lombarda alcanza-lejos disparó tres salvas. Fueron contestadas desde el fuerte con descargas de fogueo para congregar sus gentes. Los pasajeros alistamos fardos y pertenencias para pasar a los botes que nos dejaron en una playa de luz transparente y extrañas frescuras, donde comenzamos a acomodar la nueva realidad en los mismos cajones en que traíamos las esperanzas, de donde, sin notarlo, se vaciaba lo vivido en la mar para dar campo a la nueva vida en piso quieto.

Mientras los oficiales reales de nuestra armada —factor, tesorero, alguacil mayor, contador y veedor—, más los factores alemanes y fray Tomás Ortiz y demás clérigos de tonsura, presentaban sus credenciales a las autoridades locales y se refrescaban con zumos de frutas disgustosas por desconocidas, yo no tuve mucho campo para tanta perplejidad deste bautismo, porque me ocuparon en un trabajo bien

atareado: pluma en mano, tuve que registrar todo el buque de la nave. Después vino el conteo con los oficiales de aduana en la Hispañola y, una vez tasada la alcabala y autorizado el desembarco, en el muelle vino el recuento de cuanto se iba bajando de cada nave, primero de la del gobernador De Lerma, luego de la que capitaneó Heinrich Ehinger y después de la que trajo a Uldarico, el hermano de Hieronymus Sayler, porque no se metieron en la misma embarcación para dividir los riesgos y multiplicar los controles. De última le correspondió a la Capitana, cuyo descargue hubiese sido más rápido de no ser por las pertenencias de gobernador, redobladas en cuidados. De los mastines irlandeses, tres murieron en la travesía y faltaron diez gallinas ponedoras pasadas a platos de la tripulación y de los frailes. Nada se disminuyó de ganados ni de otros animales de guerra, acomodados en las otras naves, ¡gracias al Cielo!, porque en la Capitana venían las semillas de granos y hortalizas y retoños de frutales, y no hay cómo juntar gato con ratón, ni ratón con queso. Ya puesto todo en el muelle, menos podía entender cómo cupimos casi cuatrocientos cristianos con cantidad tan gruesa de animales y cargas en cuatro cáscaras de nuez de no más de treinta brazas de eslora, diez de manga y cinco de altura, con un buque de carga de escasas ciento veinte toneladas.

Por entre el barullo del atracadero se abrió paso la comitiva de indios sirvientes y de esclavos negros rodeando al factor de la casa Welser en la Hispañola, el ostentoso Ambrosius Ehinger von Thalfingen, apuesto como un dios nórdico pero con un sello de patán, a quien los españoles de la colonia llamaban D'alfinger y sus paisanos o muy allegados decían micer Ambrosio. Después de abrazar a su hermano Heinrich y a Uldarico Sayler, dio disposiciones a sus pajes popeles para que hicieran trasladar a la factoría todo lo que no estaba destinado a la gobernación de Santa Marta.

Los alemanes pidieron dos días de reposo antes de presentarse ante la Real Audiencia de Santo Domingo, aduciendo la fatiga de la travesía, aunque en realidad, reunidos en la factoría, no perdieron un minuto para revisar la situación de sus intereses. Como las capitulaciones con la Corona no mencionaban a ningún Welser por la fundada sospecha de ser partidarios de la Reforma protestante, daban nombramiento de gobernador de la provincia de *Coriana* en Tierra Firme, tanto a Hieronymus Sayler como a Heinrich Ehinger, este último con facultad de ceder cargo y honor a uno de sus hermanos, Ambrosius o a George, el que entrellos decidiesen. Los Ehinger no eran de la aristocracia ni del gremio de los comerciantes; provenían de familias de la clase media, del círculo de los artesanos que formaban el meollo de la burguesía en el vecindario de Thalfingen, en la provincia de Ulm, también solar de las familias de los banqueros Fugger y Welser. Aunque un tío, su padre Juan y su madre Úrsula, eran partidarios declarados de la Reforma, a ninguno de los hermanos Ehinger se les tildó de luteranos hasta muchos años después, cuando se ventilaron las agrieras destos alemanes.

Traían en secreto el nombramiento de Ambrosio, por su mayor experiencia en el comercio de las Indias y estar informado de todo lo que allí acontecía. En su reemplazo en esta factoría quedaría Heinrich, el primogénito. Por la misma concertación secreta, dentro de dos años, los Sayler y los Ehinger traspasarían la gobernación y demás beneficios de las capitulaciones a sus patrones Welser. Así estos mercantes alemanes, que desde un cuarto de siglo atrás también estaban concertados con la Corona portuguesa para participar en el comercio de Oriente, entraban en la conquista castellana mediante su particular conquista de entregar mercaderías y tomar beneficio y ganancia, conquista que, aunque no se

note, hace más dependientes a los dominados que cuando la imposición llega con solo armas y credos.

Con capitulaciones, ordenanzas, credenciales y sellos a mano, para bien encajar los goznes legales de los acuerdos entre la gobernación del poniente y la del naciente del cabo de la Vela, se reunieron castellanos y alemanes con los oidores de la Real Audiencia de Santo Domingo, instancia regente de las provincias de ultramar. Si bien los conciertos estaban despegados entre quienes los habían orquestado, los oidores veían con preocupación algunas concesiones demasiado anchas para los extranjeros y, no obstante entender la necesidad del Soberano de ser socorrido con los dineros que aquellos tienen, les alarmó que este mundo, predestinado por la Providencia para los defensores de la Santa Fe de Cristo, fuese a caer en manos reformistas. Leyeron y releieron donde el Rey aceptaba, «he acatado por bien lo suso dicho», y revisaron la firma de su escribano en el mismo título, que era como si lo hubiese firmado el mismo Rey. En el caluroso salón, los alemanes, aprovechado el concurso del De Lerma, esclarecieron que no solo eran los armadores de la flota como se creía en las calles de Santo Domingo: dejaron bien allanadas todas las contrataciones y estipulaciones que aderezaron con la Corona, asentaron los cimientos y pulieron el cause de las relaciones con la Corona, que desde ahora tendrían el filtro de la Audiencia en la Hispañola, a la que desde el primer encuentro le montaron la pierna porque, con las nuevas de que ya estaban aquietados los ánimos de los cristianos alzados en Santa Marta y doblegados los indios de las comarcas vecinas, se eximieron del compromiso de allanar los terrenos de García de Lerma.

Ahora venía el reparto de los chapetones inexpertos acabados de bajar de las cuatro naves, apenas deshaciendo los meneos de la mar, ociosos en *bohíos* pajizos, haciéndose a las calores y sudores del trópico, recomponiendo fuerzas que

nunca sobrarán en la exploración de provincias por hollar, velando la suerte de quedar con el gobernador más aventajado en genio y ventura para exprimir las grosidades al naciente o al poniente del cabo de la Vela. También estaba el reclutamiento de baquianos ya curtidos en Tierra Firme, ansiosos de salirle a lo que viniera, sin importarles quién fuese su patrón, porque ya habían visto el relumbrar del patrón que ambicionaban.

Al final de las jornadas pasaba largos silencios junto a Isabel y al Martín Tinajero, aleladas sus miradas sobre la mar donde desapareció su hijo. Estando con ellos, topé otra pareja de gitanos que coló García de Lerma entre los suyos, él como su mozo andaluz de caballos y ella con cobertura de cocinera, para que pudiera presagiarle los pasos que debía dar o no a cada día. Recordé haberlos visto una vez con Adelfa y pensé que mi amiga movió más hilos de los tejidos entre los dos.

Entradas las noches, antes de rendirme sobre una estera de eneas y espadañas, tornaba siempre a la playa, a escribir sobre la arena el nombre de mi pasión anudada en la otra orilla del mundo, a entregarlo a las olas más encrespadas para que lo devolviesen a su dueña y dueña de mis añoranzas. Y en uno de aquellos abatimientos, sentí la voz del Oso a mis espaldas:

—No es bueno arrastrar melancolías a tierras de vida nueva. Fatigan tanto como lo dejado de vivir. Vacían como haber matado la ilusión. No es bueno añadir plomos en las cargas que nos esperan.

—Por eso estoy aquí —le respondí—, para entregar mi pesar a las olas, por si pueden arrancármelo y aligerarme el ánimo.

—Muchacho —me dijo después de dejar pasar un largo diálogo entre la mar y el viento, y verme algo recompuesto—, pronto nuestros caminos se abrirán. Mi quehacer me lleva a Santa Marta y vuestro cometido está en *Coriana*, con muchas

leguas de por medio. Esta es otra separación de las que está llena la vida, en que por cada encuentro hay una ausencia.

Después me estrujó con un abrazo y reímos cuando le dije que ahora sabía por qué lo llamábamos el Oso.

SEGUNDA NOTICIA

DEL ARRIBO A LA TIERRA FIRME DE *CORIANA*,

a tomar asiento y repasar las costas asoladas por armadas esclavistas; de cómo saltaron chispas de sedición del pedernal de la arrogancia alemana a la yesca del vilipendio castellano; y del primer tanteo por el ruedo del lago *Moracaibo*



CAPÍTULO V

DEL PASO DE LA MAR DE LOS *JURACANES*,

de cómo en la Hispañola logré enfilarme entre alemanes y con ellos arrimé a *Coriana*, donde se alzó el desconcierto inaugural de perpetuas desavenencias

El De Lerma nunca se lució de militar, pero se las supo todas en lo del manejo de embrollos. Encontró forma de remolinear por algún tiempo en la Hispañola, para no perder puntada de los alemanes. Y cuando ya se iba la luna llena, sin la cual nunca se zarpa de Santo Domingo, despachó adelante los dominicos con fray Tomás Ortiz, el recién nombrado protector de indios gracias a sus compasivos oficios prestados en la Nueva España, acompañando al factor Grajeda para que a nombre suyo tomase posesión del gobierno de Santa Marta, villa salada por múltiples desgracias desde su fundación dos años atrás, y le pidiese cuentas al capitán Badillo por los desfalcos que le achacaban en las cuentas reales y por haber fundido harto oro por fuera de los crisoles reales. Así, García de Lerma puso en manos del licenciado Grajeda el trabajo de limpieza de su gobernación y, solo cuando estimó estar Badillo ya asegurado con grilletes, arribó a la bahía bordeando la península *Guajira*, en un viaje que le tomó diez días porque no fue de vientos sino de grandes calmas. Y apenas llegado, para quitarse estorbos, su primer gobierno fue enviar el preso

a Sevilla, donde nunca entró porque la nave se fue a pique con todos los que la navegaban.

En la Hispañola los colaboradores de Lerma hicieron un trabajo notable, aunque muy en contrario a lo ordenado, al acomodar entre sus filas a mejores baquianos que allí se encontraban en vacancia, a capitanes esforzados como Lorenzo de Aldana quien después se fue a conquistar en el *Pirú*, a Escobar y Juan de San Martín, a soldados de temple probado, como Cardoso, Juan de Céspedes y Gaspar Gallego, esforzados y lucidos más tarde en el Nuevo Reino de Granada; baquianos mañosos que fueron su mayor suerte, puesto que sin su concurso no hubiese podido dar paso alguno la gente que juntó en Sevilla, toda chapetona como su sobrino Juan de Lerma, capitán de los de a caballo, o Arbolancha, comandante de los de a pie; u otros capitanes de oropel como Ponce, Benavides, Escobar y Carranza. Porque ni los que venían con miras de crear cortejos en las selvas ni los que se armaron para invadir pueblos mondos, ni el medio centenar de agricultores y hombres de oficios varios que se arriesgaban a emprender en templanzas desconocidas, y menos quienes venían de relatores, escribanos o catequistas, ninguno dentre todos ellos sospechábamos siquiera esa realidad retorcida desde tan lejos. Apenas puesto el pie, cada quién dibujó su vidorria en ajeno, y con apenas correr una primera mirada se imaginó cuán difícil sería poder hacerse a un mundo propio, y cada cual imaginaba lo que creía ser su modo de conquista, aunque a todos nos rebosara la ignorancia. Tozudos por sangre y por bisoños, tuvimos que moler y ser molidos por muchos caminos de asombros y confusiones, de penalidades y barbaries, antes de quienes pudimos salvar la vida, quedar ajustados en cuerpo y ánima a lo que se dice ser «baquiano de las Indias».

De los del pequeño y melindroso cortejo de Lerma, entre los que se contaba a mi futuro suegro Juan Muñoz de Collantes,

hijosdalgo de mucho meneo de lengua y buena esgrima con la espada pero sin temple alguno para soportar el trópico y la selva, elegidos unos por influencias y los otros por untos para oficios que aquí, además de saber mandar, piden destrezas y aguante para salvar el pellejo propio, porque ni siquiera entre los rústicos que venían a soportarlos con su trabajo y sudor, ninguno hubiera podido al comienzo abrir caminos, rastrear indios y fieras, velar sin parpadeo día y noche, ni distraer hambres y sed, a pleno sol y enterrado en un pantano; tampoco sabían espiar porque nada conocían de las lenguas que toparon, ni echar emboscadas, ni procurarse comidas, ni vestirse con lo que encontraban, ni ganarle a la corriente destos grandes ríos o hacerles puentes; ni siquiera cómo sustraerse al encogimiento que nos meten por las verijas los gritos hostiles de invisibles guerreros emplumados.

Fueron los hombres del saber práctico, los de albaquía o baquianos, quienes ajustados como puntas de acero en cañas verdes, nos enseñaron a vestir sayos de algodón para detener flechas y dardos enyerbados; a tender tarabitas de *bejucos* sobre los abismos; a no pasmarnos con el súbito tronar de caracolas de guerra, de *fotutos* y de griterías reventando sin saber de dónde salían; a distinguir dentre las frutas silvestres las de veneno letal; a sahumar las nubes de mosquitos y los ejércitos de hormigas gigantes que escupen su veneno a distancia; a protegernos de mordeduras de murciélagos y de sierpes, de la ponzoña de escorpiones y de arañas; a entrar por estas tierras pringosas que no por floridas se allanan cual jardines. Los más destos baquianos fueron enrolados para la gobernación de los alemanes y marcharon con ellos a *Coriana*, más el De Lerma, tal vez por castellano, logró atraer a los mejores. A unos y otros les había sido prohibido sacarlos de las islas, pero una cosa dicta la ley en España y otra decide la necesidad en las Indias.

Yo debía enrolarme entre los alemanes, pero no sabía cómo aproximármeles ni de qué maña valerme para soltar el lazo con el De Lerma. Encontré una punta dese ovillo luego de entregarle en orden los legajos con los inventarios a Pero Márquez, el patrono de la Capitana que alistaba para su devuelta a España y entonces le confié mis primeras anotaciones, lacradas y dirigidas a manos de confianza en Ávila. Luego me di a rondar la factoría donde los Welser recontaban las mercaderías arrancadas de las Indias para enviar al Viejo Mundo. La edificación, construida con la grandeza gótica permitida por la limitación de materiales, era copia de la de Sevilla diseñada por masones instruidos en arquitecturas de templarios; factoría que fue la única construcción alemana en las Indias, porque las ciudades y fortalezas a que estaban obligados nunca pasaron de rancherías de indios, sin cimientos ni armazones duraderas. Allí me topó D'alfinger cuando volvió satisfecho de la Real Audiencia, rodeado de un estrecho grupo de alemanes y con su inseparable manceba *caribe*, a quien, señalándome, dijo a los gritos, como siempre hablaba jurándose el ombligo del mundo:

—Este debe ser Francisco Martín, el referido por el minero Ehrlich, mi paisano. Dizque sabe de letras, números, metalurgias y otros oficios más. —Y sin dejar de señalarme con su mano de uñas roídas, más de labrador que de banquero, me preguntó—: ¿Qué tanto de ello es cierto y qué tan amarrado estáis por compromisos?

—Cierto es que puedo ser de utilidad tanto de ferrero y fundidor como de amanuense o asentando cuentas. Tengo deudas corrientes, no muy crecidas, con don García de Lerma y no dispongo de más recursos que mi voluntad y nervio en el trabajo. Desconozco por igual de las dos gobernaciones, aunque más me gustaría, si vuestra excelencia lo permite, quedar ligado en esta Compañía más dispuesta a exploraciones que

a vasallajes, a tratos y comercios de utilidad que a despojos por fuerza y sujeción.

—¿Qué pensáis vos, mi Juana de Castilla? —tronó el de las barbas rojas, pesado y bullicioso, a su acompañante cobriza, vivaz como un cervatillo, a quien hacía año y medio había dado bautismo y nombre de cristiana para barrer de su conciencia cualquier pizca de reproche. Ella era ahora su sombra y sin su opinión no tomaba decisión de importancia porque, a más de traerle embrujado de amores, la creía adivinadora y agorera, como parece que lo era, aunque más por perspicaz y buena lengua en varias hablas *taínas*, a más de hacerse valer en castellano y entenderle sus gritos en alemán.

—Joven, mirada limpia, hombros y piernas fuertes; pero iluso —dijo, ensartando sus ideas.

—Tres bondades y una flojera que es lunar poco inquietante, porque, aunque los fantasiosos critican mucho, siempre terminan acatando. ¡Ihaá! Francisco, nuestra casa comprará vuestra deuda y se encargará de dispensar toda obligación con García de Lerma. Contaos ya entre nosotros, que en tanto lleguemos a Tierra Firme vuestro oficio será el que traíais en la Capitana y allá lo fijará quien sea vuestro capitán. Si tenéis reparo decidlo ahora, porque si no, quedáis jurado entre los nuestros, hasta que yo lo disponga ¿Ihaá?

Y sin esperar respuesta siguió su camino, arrastrando a sus áulicos, como los ventarrones de verano van rodando zarzas secas por dunas y planicies. Así son estos alemanes, contrarios a las rigurosas formalidades castellanas y al cúmulo legislativo. Se apoyan en su olfato. Se ciñen entre lo necesario para no contravenir las normas y lo suficiente para no afectar los tratos, como entre ahorros y equilibrios en el filo de una daga, para recortar sin herirse.

Tuve la esperanza de que, con la partida de los de Santa Marta, mi deuda se fuera en uno de esos costales que suelen

refundirse, pero se quedó sentada bajo el sistema de partida doble, dizque ingeniado por algún tenedor de cuentas de los Fugger y copiado por los tesoreros de los Welser, como igual copiaron de los judíos la perversa invención de dar todo al fiado para engordar con intereses las deudas desde el desembolso, con lo que hundieron a no pocas congregaciones de la Iglesia, debilitaron hartos reinos y arruinaron hacendados y comerciantes poderosos. Hasta mucho después supe cuánto iba a ser mi estipendio, cuáles mis condiciones y obligaciones concretas, porque así era D'alfinger: asentaba que lo bueno para él y su Compañía, debía serlo para los demás y, por lo tanto, sobraban explicaciones. Él era el orden y su palabra hacía justicia en las tierras concedidas. Era un César, pero con dos patrones, por obligado con la Corona y con la casa comercial a la que debía procurar negocios y proteger sus intereses. Dos fuerzas que presionaban y fiscalizaban parejo aunque, las más de las veces, en sentidos contrarios, por lo que debía tener nervios y tendones de acero para no dejarse escindir por los conflictos permanentes, sin dejar entrever en sus actuaciones tan siquiera una inclinación en contra los castellanos, aunque para nadie era difícil adivinar hacia dónde remaba, si fungía cual representante de los Welser que le reconocían un estipendio anual de doscientos mil maravedís por el cargo de gobernador, más cien mil por el nombramiento de capitán general, suma que dobla el aporte que los mismos Welser dieron tres años atrás a Sebastián Caboto para su gran expedición por las costas atlánticas del sudeste; esto sin contar la participación adicional, confidencial, sobre los beneficios obtenidos en las entradas y expediciones que D'alfinger emprendiera a nombre propio, a su cargo y bajo su riesgo, en ocasiones parcial y en otras total, según lo pactado en cada caso. Por lo tanto, para asegurar la quintada del Rey y la ganancia de los financieros, a ambos debía rendirles

cuentas detalladas que no siempre mostraban iguales resultados, terreno muy delicado que nunca era de su agrado y que lo llevó a trabajar en círculo muy cerrado.

¿Acaso sería esta la malaventura que marcaría a micer Ambrosio y demás funcionarios alemanes que le sucedieron?, porque estando tan bien pagos como soportados por los más ricos banqueros, después de concurrir con toda su capacidad y esfuerzo a favorecer la expansión del imperio y del emporio en las Indias, todos murieron pobres y empeñados, atormentados por la Corona española, más no por don Carlos de Gante, águila de muchos reinos pero sin nido, porque si en manos de él hubiese estado la decisión de la explotación de las Indias, ya en ellas se hablaría alemán por doquier, salvando tal vez lo conquistado por Cortés y Pizarro, porque las habría entregado a los Fugger y a los Welser, sus benefactoras sanguijuelas, a quienes sobrándoles fortuna nunca les faltaron ganas ni arrojo para más multiplicarla, así no les acompañaren los astros, siendo tan dados a la astrología.

Al Carlos I de las Españas, poco después de conseguir su elección como el Kaiser Karl V de Alemania para redondear el título de Emperador, le tocó aplacar las revueltas que levantaron los españoles del común, los comuneros, apretándolos y desbaratándolos con ejércitos de sus mismas sangres, porque no querían que los extranjeros gobernaran su tierra, ni que desta sacaran los dineros que los castellanos raspaban de las Indias partiéndose la crisma a nombre de un Rey que no sentían su monarca, motivo para que los de la plebe, aupada por uno que otro cortesano, le tomaran ventaja haciendo proclama del testamento de la Reina Católica, su abuela, en lo de «España para los españoles», y solevantaran ciudades para tornarse el gobierno en manos propias, y pusieran en disertación quitar al Emperador el nombre de Rey suyo, que por ello casi nadie le dice Carlos Primero sino Quinto, y procuraran asimismo

ocupar y tomar todas las rentas reales, con lo cual mucho se asustaron los nobles e incluso reaccionaron algunos. Y vino el forcejeo y los incendios hasta la derrota de los comuneros, con la muerte de Juan Padilla y el degollamiento de los alzados, por traidores, según lo ordenado por el condestable y demás gobernadores españoles en nombre de su Majestad, quien se refugiaba en Alemania con una innumerable cantidad de sirvientes, guardado por tan solo cuatro mil soldados teutones malmandados por sus favoritos flamencos. Y no repuesto aún destas refriegas, el Emperador se puso a echar y ahuyentar a los franceses, y después a defender el estado de Milán, de donde le vino tal rotura de su banca que solo podían salvarlo los prestamistas tudescos, acuciosos a socorrerle con los dineros que necesitase a cambio de que les diere conquistas y pacificaciones en las Indias para extender su agio y su comercio. Con necesidad tan grande del Emperador de ser socorrido y de los banqueros dilatar sus factorías por todo el mundo, hubiesen juntado en capitulaciones hasta sus almas, y las hubiesen ajustado si no es porque de lo de los comuneros quedaron rescoldos, como la prohibición de dar a extranjeros el comercio interno de las Indias, ni soltarles repartimientos de resguardos y encomiendas.

Mas una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmando, porque de un poco atrás, al tiempo que al Rey se le vencían los plazos para abonarles gruesas sumas de dinero, corrió la fama de a los Welser haberles llegado grandes ganancias de la esclavitud de negros y venta de indios, a más «de algunas abundancias de la Tierra Firme», porque se habían dado maña para pedir que les dejasen escoger tan solo doce leguas en cuadro de la tierra que descubriesen y conquistasen para fundar un pueblo nuevo con puerto y factoría, o agencia. Y al ir concretando unos términos destas capitulaciones, con mucha discreción las iban aumentando hasta lograr enfundar

allí un gobernador de su escogencia y bajo su rienda, quedando recibido como si fuese nombrado por el Rey, lo que les fue concedido a condición de que para la pacificación y población no trajesen gentes de otra nación, salvo españoles, y que todo el oro y la plata sacado fuese llevado a las Españas. Diéronles el cuatro por ciento de todo el provecho que al Rey le saliese de aquella conquista, más la seguridad de que, con el mismo provecho, don Carlos iría tapándoles sus acreencias. Y ambas partes tan contentas como para, poco a poco, ir entrando en muchas otras estipulaciones, posturas y exigencias de lado y lado, hasta los prestamistas quedar obligados a armar los cuatro navíos en que vinimos con García de Lerma; como igual pactaron darse ayuda y aviso entre una y otra gobernación, cuando fuese menester para defender sus intereses, convenio que solo vino a salir a la luz muchos años después, cuando el Nuevo Reino de Granada buscaba escindir-se de las tres gobernaciones que se lo disputaban. También se obligaron, dentro de los dos años después de llegados, a fundar dos ciudades y tres fortalezas en la gobernación agrandada, porque ya no era de doce leguas sino más de cuatrocientas por las costas al este, que iban desde los límites con la de Santa Marta hasta *Maracapana*; y hacia dentro, desde la mar de los *Caribes* hasta dar con la otra del Sur, con un largo donde cabían unas mil doscientas leguas, según las últimas estimaciones del Consejo de Indias. Y en los dos años siguientes debían proveer cincuenta alemanes maestros de minerales que, repartidos, se ocuparían de reconocer y avaluar los yacimientos de oro, plata y demás metales que se hallasen en las dos gobernaciones. Y de las islas de Barlovento ya podrían sacar caballos, yeguas y demás ganados para animar su jurisdicción, porque allí ya tenían sus propios criaderos.

Tal vez por la prolongada invasión de los moros, los castellanos no habíamos sido muy negreros, pero la conquista

nos abrió los ojos de cómo enriquecernos con el trabajo de los cobrizos. Aunque los ingleses son quienes ahora más explotan el maldito tráfico en África, desde años los alemanes fueron esclavistas, por lo que al tiempo que los Welser firmaban un contrato con el Rey para llevar cuatro mil prietos a la Hispañola, los Fugger insistían en que se les concedieran los mismos privilegios para la conquista de *Chile*. En las capitulaciones de los Ehinger a nombre de sus patrones, consiguieron autorización para comprar indios que otros indios tuviesen por esclavos, y facultades para tomar por esclavos a los indios rebeldes que no cedan en obedecer o no se allanen a la fe del único Dios verdadero y sigan en sus bárbaras costumbres caníbales, o en sus repulsivos hábitos de sodomía, así como en algotros criterios en que, sobre materia tan grave, tenía llave y manejo el dominico fray Antonio de Montesinos, a quien desde hace un año el Rey dio el título de Protector de los Indios, con instrucción de pasarse a ejercer su apostolado en la provincia de los alemanes. Esclavos fue la primera mercancía de los Welser sacada de Tierra Firme, antes que maderas y minerales, o animales sorprendentes como *quetzales* y *jaguares*, que también fueron esclavos por extraños y no tener alma, como tampoco la tenían los negros ni los *caribes* desnudos, como si en los ropajes residieran las facultades de la esencia. Y cómo decir que no hubo indio que no diese lucha por su gente, así fuese huyendo; tampoco se halló voz para desmentir que eran nigromantes dados a ritos idólatras de adoraciones a fetiches y demonios; caníbales y borrachos; y sodomitas desvergonzados porque, la verdad pelada, es que si bien tenían piernas y brazos para trabajos viriles, también se adornaban como mujeres con toques y colores, con collares y figuras de oro colgadas de narices, orejas y pechos.

Estando todo listo para atravesar por aguas *caribes*, los *taínos* sacaban de la mar sus grandes *canoas*, *curiaras* y *piraguas*, mientras otros se daban a reforzar con *bejuco*s los amarres de

los *bohíos*. Preguntados del porqué de sus alborotos, dijeron que los *sailas*, o sabios y hechiceros que también son sus señores, leyeron en los vuelos y gritos de las *guacamayas* y en los soplos de oscurecidos nubarrones que venía el *juracán*, que es un encrespado demonio metido entre torbellinos de vientos, para trocar en noche al día, arrancar árboles y arrasar sembradas. Venía embravecido a castigarles porque sus mujeres se habían acomodado a vivir con los cristianos. Y con su furia les sacaría las barcas de las aguas lanzándolas tierra adentro, devastaría las labranzas, sacudiría sus cobijos y tomaría algunas de sus gentes y las estrellaría contra las rocas.

Los cristianos también sabían temer a estos demonios porque ya en dos ocasiones les mataron ganados y les desbarataron sus casas luego de quebrarle los pernos y saltarle los clavos, lo que no pasa con *bohíos* amarrados con *bejucos* trenzados, que crujen y chirrían pero luego se enderezan a su sitio. Huyeron los malignos después de dejar todo revolcado y en gran calamidad, y con la calma volvieron a solazarse en su destrozo, porque en ambas ocasiones fueron vistos retozando con los fuegos de san Telmo.

Tanto imploraron los *sailas* lanzando salmodias y cenizas de palma a la ventolera, como los dominicos con eucaristías y exorcismos con cirios y reliquias y aguas benditas, cánticos, trisagios y procesiones de rogativa, que el Señor Jesucristo les oyó y se apiadó, y desvió las turbulencias del Infierno y, con su poder infinito, las conminó a aplacarse después de hacer berrear los entrepuentes y castilletes de las naves a medio cargar, que luego de ajustes y cuñas quedaron listas para el paso a Tierra Firme, calculado entre cinco y siete días por derrotas sabidas y sin riesgos grandes, saltando de isla en isla por los rumbos de los *caribes*, sin más bastimentos que su *cazabe* de *yuca* brava, y sus *yucas boniatas* para asar al rescoldo de las brasas, y *mamey* y *ananás* más los pizcos sacados de la mar.

Por no haber sufrido de estos huracanes, o *juracanes*, en la mar del Sur, fue que Magallanes y demás marineros y cosmógrafos sacaron razón para llamarla La Pacífica.

Me cayó embarcarme en una gran nao, La Vascaña, capaz de almacenar casi trescientos toneles en su vientre, tan fácil de gobernar como una carabela con la mitad de su buque, de polea y bauprés que bien permiten armar la cebadera, aunque de penosa labor en el despliegue y recogida de las gavias sobre tan largas vergas. Por ser de manga ancha, sobre del castillete de popa llevaba un camarote que trataba de ser digno de micer Ambrosio y la bella Juana. Por la gana del ensayo, me hice a una *hamaca* y la guindé cerca de la escotilla de entrada a la bodega, porque con librarme de la mugre del piso, de cucarachas y otras sabandijas, aspiraba a tener sueños más sueltos en los vientos destas latitudes, donde sofoca la calor y la humedad. ¡Cuán poco sabía cuánto multiplica la mar sus zarandeos en una *hamaca*!, aunque, cuando las olas embravecidas entran a lamer la cubierta, se le gana mucho aprecio por no ser barrido por el agua.

—Isabel, ¿habéis notado que las naves, si no es con nombradía de santo comprometido en su protección, las más de las veces ostentan nombre de mujer para con su dulce encanto meterse los patrones a dominar la mar, también hembra por fascinante e insondable, de golpe encrespada y furiosa la hasta hace poco suave y cariñosa?

Nada respondió a la pregunta hecha solo por retraer de su ensimismamiento a quien fuese torbellino de alegría, hoy Adelfa marchita por la muerte de su hijo por mordedura de ratas, creo. Le había prometido hacerme su padrino desde el día en que recalamos en las primera isla y me contó con sofoco del «manoseo del Juan Cuaresma de Melo, quien no es hijodalgo sino algo hideputa, porque no ha encontrado más solaz que zanganear con las zarpas listas a palparme por debajo de la ropa, incluso una vez frente a su dama que lo

increpó, pugnándolo con chillidos que “Habréis de ver que ni con la buena moza podréis templar vuestra floja cosa, que nunca os ha servido conmigo como necesita una casada, que si no fuese virtuosa ya estaríais ataviado de cornamentas”. ¡Cuánto daría por una pócima negra!, desas de secar ardores y desaguar malcontentos». Entonces había tratado de confortarla diciéndole que «Esto no pasará más allá de la Hispañola, donde encontremos acomodo para poner al Cuaresma en desayuno de cuaresma, a calentarse solo su merienda».

En los alistamientos de Santo Domingo, lo urdido por los gitanos se fue a dispare, porque de un lado el capitán Juan de Rivera no dejó descompletar un solo soldado de su piquete, «porque harto costo heles metido ya», dijo, y arrastró a Martín Tinajero, o Yago, a Santa Marta. Del otro lado, fue imposible sacar a Isabel dentre los alemanes puesto que, con tan buena labia, el meloso del Cuaresma no dejó disminuir su coto de monterías.

Algo tenía que ocurrírseos y cuando me llegó el soplo, Isabel lo aceptó porque no hubo otro:

—Haced como que os está interesando un amancebamiento con el hideputa. Asediadle delante de su esposa con los melindres y meneos que sabéis de las danzas, con sonoros suspiros y lánguidas batidas de párpados, con sonrisas que parezcan ajenas a vuestra voluntad. Si la dama pensó que vuestra juventud y belleza solo atraen para revolcones de asalto y barraganías de brincos, sin alcances para trasponer diferencias de linaje, bastante irá a cavilar al ver a su don Juan encendido y babeando ilusiones, soñando ardores y con fiebres de primavera. Y entonces será tarea de la esposa no dejarse encajar en el cuarto del olvido.

—Y vos, mi arcángel guardián, ¿dónde estaréis cuando me asalte el desenfrenado?, si es que la lunareja lusitana no os tiene entretenido. —Después de una pausa se atenuó—:

Perdonadme, que no es de mi incumbencia, pero por como os mira no hacen falta las confiancias. Disculpádmeme si, por haberos comportado conmigo como espíritu celeste, he olvidado que sois mozo terrenal y, para más, de Castilla.

—Nuestros amigos portugueses vinieron ligados con los de Santa Marta, a donde irá ella con su hurón. Así que, en cuanto pueda, seguiré siendo vuestra sombra como espero que seáis mi farol. Y a propósito, ¿no irá siendo tiempo de volver a consultar las candelas?

—Por doble partida las he invocado con Inés. Ella y João labrarán en las riberas de un río que baja por entre montañas nevadas; pasada la mitad del año recibirán su primer hijo que tendrá ojos color oliva, «como las que cultivaba en mi fundo», dirá amoscado el marido; luego les vendrán otros críos que, con los de otros colonos, engrosarán el germinar de una nueva nación. A Yago, le esperan luchas sangrientas durante algunos años; después se evadirá para encontrarme y traer un poco de sosiego a nuestros corazones; aunque de nuevo le arrastrará la guerra y de súbito le llegará un gran alivio que, sin poder aclarar la razón, se revela entre mieles y aromas de flores.

—¿Qué hay de vuestra estrella? ¿Qué será de la mía? —le pregunté ofreciendo mi mano izquierda entre las suyas.

—Si el destino acaba de arrancarme el hijo sin haberme anticipado una señal, porque de entreverla no le hubiese traído, y ahora me viene apartando el marido sin que pueda disputárselo, ¿qué más podré averiguar que no sea el resto de mi vida vacía? La guardaré para compensar a Yago por haberle arrastrado hasta aquí y seguirme queriendo; para premiar su regreso así sea en un corto encuentro, para consumirnos en el amor que nos tenemos y quedarle debiendo menos, para empañarme de él y cumplirle a mi raza, para de poca semilla buscar buena cosecha de gitanos, que irán metiendo sus

cantos y esperanzas por estos caminos nuevos por donde los empuje la casta que nos ha empujado por siglos.

—Entonces dejemos también velado mi destino, que lo revelado en Sevilla es suficiente. —Dije en solidaridad y luego le sumé—: Creo que en vez de esforzarnos por trasplantar nuestras naciones como calco en las colonias nacientes, separados cristianos de gitanos, los conversos por otro lado y los machacones reconciliados por el suyo, debemos razonar cuánto los azares de la mar y la estrechez de las naves, durante la travesía, nos borraron las diferencias que no tienen sustento. Veo este Mundo Nuevo, más que una tierra de reubicación de burgos y reductos, como el crisol para amalgamar razas y lenguas, creencias y pensamientos, virtudes con yerros, noblezas con villanías. Isabel: volved a ser Adelfa para que podáis entenderme que no es por el mareo de altamar que os aseguro que hemos venido a refundirnos en una generación nueva que cubrirá medio mundo: ¡Vinimos a crear una raza nueva y un amasijo de culturas!, para por fin dejar atrás la mar Océana, la maldición de Babel.

Cuánta morriña y pena me produce ahora recordar este discurso salido de la mocedad de quien aún no se había puesto frente a los cuernos del toro. Porque si bien fue cierto que por momentos nos igualó la atenaza del confinamiento y el desvelo, del miedo y la sed, y hasta el olor de la mierda, más cierto fue que pasado cada percance nos volvíamos a distanciar más. Cuánta tierra se arrasó, cuánta amargura envenenó y cuánta sangre se vació por afirmar unas diferencias, sobre todo con los dueños naturales, con la inconsciencia de nadie percatarse dónde estaban las distancias ni cuáles las disparidades, porque en la carrera de asolar poco se alcanzó a valorar debajo de las apariencias.

En pocos días el sainete de la seducción al Juan Cuaresma cuajó, porque micer Ambrosio mandó llamar a Isabel con la

excusa de que, por recomendación de su patrona, doña Francisca de Samaniego, la necesitaba para mucama de su querida y, cuando la tuvo al frente, le dijo «habréis servirla en todo a la usanza europea, instruirla en nuestra fe, tradiciones y costumbres, sacarle sus restos de comportamientos y maneras bárbaras, pulirla como a dama, que en esto no tengo disposición ni ocurrencia, para ver si algún día podré sentarla a la mesa con mis amigos».

—¡Oxte, hermana! —me alegré cuando me lo contó—. Estaremos juntos y entrambos ganaremos la voluntad de la Juana haciéndola más ladina en castellano, para nosotros ir a la par haciéndonos lenguas en los dialectos *caribes*.

—Habré de entenderlo y tomarlo desta manera —me respondió levantando un poco el ánimo y las cejas—, porque así como sur y yugo se equivalen, en la memoria de los siglos está ordenado que los del norte nunca deberán servir a los del sur antes de que llegue una nueva era, en el fin de los siglos.

Isabel encontró su lugar cerca del fogón de cubierta, donde se mantenía preparando comidas para micer Ambrosio, entre quesos asados, tocinos, jamones y garbanzos rociados con aderezos, porque no había cómo llenarlo y apenas estaba bajando una comida cuando ya debía adobarle la siguiente bien cargada de especias, no solo de las finas que acostumbran los perfumados, sino con viles ajos y cebollas, nada dello del agrado de Juana; y como de ello se percatara Isabel, se prestó a la complicidad de rebajar en las ollas tales aderezos y crecer la sazón con ají, el aliño de las Indias.

En La Vascaña también quedó embarcado, con algunos de sus viejos soldados, el capitán Íñigo de Gascaña, a quien casi mata Vasco Núñez de Balboa por los acometimientos que se hicieron los conquistadores entre sí después de divisar las aguas de la mar Pacífica. D'alfinger retuvo al vascuence a su lado porque con sus noticias del camino de mar a mar y los

desvaríos de tanto oro por recoger, le fomentaba sus desvelos. Gascuña era un hombracho impresionante, leñoso y mirada arisca, de quien no podía sospechar que algunos años más tarde me tocaría ser el último en verle mal morir, cuando metido bajo su mando me acaeció la más trastornada historia que le haya sucedido a soldado alguno metido en estas conquistas.

Al segundo día de levantar velas en Santo Domingo, en un anochecer cargado de bochorno y poco viento, el gobernador D'alfinger se mezcló con la gente de cubierta por no poder sufrir el sofoco en la cabina. Tropezó con el capitán Gascuña y le pidió:

—Íñigo, contadnos algo de vuestras tantas hazañas por los caminos de *Urabá* y del *Darién*, a donde andabais en busca de la mar del Sur. ¿Ihaá?

—Excelencia, mayor provecho saldrá en este corro, si en vez de mí, cuento del misterioso messer Codro, un viejo sabio que se allegó a las dichas exploraciones, sin que bien se sepa de dónde —respondió de manera que todos pudiésemos oírle sobre los parloteos e irlos bajando con su vozarrón—. De esto hace ya quince años, cuando el gobernador Pedro Arias de Ávila, el mismísimo Pedrarias Dávila, nieto de judíos y falso converso, arribó con la mayor armada vista en las Indias a colonizar el *Darién*, allegando con su propio peculio más de un millar de soldados, doscientos cincuenta dellos de a caballo, una veintena de mujeres de linaje y otras tantas putas, tres sacerdotes y una docena de llovidos con falsos nombres. Debería haber traído a messer Marrunio, un italiano versado en ciencias naturales y saberes ocultos, quien, no obstante ser recomendado por los alquimistas y astrónomos del Rey, no logró el permiso a las Indias porque más pudieron los señalamientos del Santo Oficio y las trabas a los extranjeros. Empero, sin saberse cómo, entró en su nombre otro latino, Codro, quien luego de haber conseguido renombre en astronomía, ciencias

físicas y metafísicas, tanto en el reino de Aragón como en las islas Baleares, ganó allí el título de messer. Ya viejo, después de haber visto mucho del mundo conocido, vino a estas partes en comisión secreta para hacer observaciones de todo género, sin que se supiera quién lo mandaba y sustentaba, sino que, en el convento de Santo Tomás, en Ávila, lo recogió el Pedrarias. Y habiendo llegado a Santa María la Antigua del *Darién* se hizo buen amigo de Balboa, en cuya compañía se pasaba examinando unas cartografías, que no mostraban a más nadie en aquella conquista que tuvo casi más capitanes que soldados, más facciones que banderas y más ambiciones que riquezas, aunque estas fueron muchas.

El capitán hizo una pausa larga para catar si le seguíamos y, como nos vio a todos expectantes, se acomodó para largo y reanudó:

—Messer Codro, en prosecución de sus pesquisas por aquellas tierras desbordantes de pasmo, alucinación y novedad, se le juntó al Pedrarias cuando trastornó por el golfo de *Urabá* en tres carabelas y un bergantín, en la rebusca de un grupo de cristianos que, según unas informaciones, bajo el mando del capitán Becerra, dizque habrían encontrado la muerte esperándoles cuando pasaban un río muy cargados con figuras de oro machacadas y unos flecheros del *saila Careta* los emboscaron; mas, según otras versiones, los del Becerra vivían en *Acla*, que en lengua nativa quiere decir «huesos humanos», amistados y acomodados en los aposentos del *saila Chima*, hermano del anterior, entre quienes mantenían una guerra que en dos años rentó los tales montones de osamentas. Pedrarias, que ya era viejo, con un brazo lisiado y cargado de dolencias, se quedó donde desembarcó y se limitó a incendiar *bohíos* en las colinas cercanas, con lo que se huyó la gente del *Chima* dejando desenmascarados a los supuestos perdidos. De tanto tomar chicha, que es un vino

fuerte de *maíz*, al Pedrarias se le abrió una fístula en el hígado que nunca más le cerró, por lo cual nombró capitán de la expedición a Gaspar de Espinosa, no sin antes tomar dos herederos del *saila* de trece y siete años para educarlos con los franciscanos, y como sabréis, el mayor dellos ha vuelto hecho fraile con la armada del De Lerma. El capitán Espinosa, junto con Bartolomé Hurtado que era el más diestro de los del Pedrarias en armar chalanas y chalupas grandes, exploraron las costas del golfo de Montijo durante tres meses, los de mayor cantidad de muertos y saqueos que se hicieron en esa provincia para poder juntar gran suma en perlas y oro. Después de dar tortura a dos indios principales, acertó a encontrar, escondido en los escombros humeantes de una mansión del *saila*, el inmenso botín que Gonzalo de Badajoz había hecho antes y luego lo perdió a manos de otro *saila* erizado porque además les habían tomado sus mujeres e hijas. El botín superaba los ciento cuarenta mil pesos de oro fino, según denunciaron cuando lograron estar de vuelta en Santa María la Antigua llevando apenas, cosa de recelar, treinta mil pesos salvados y unos dos mil indios esclavos. Preguntado al capitán Espinosa por qué había hecho despedazar por los perros al *saila Chicacotra* estando ya cautivo, respondió que «porque había quedado sin valor alguno luego de aplicarle tormento y porque invocaba espíritus malignos para que emponzoñaran a los españoles, de lo que vimos morir a varios de llagas y fiebres, y porque seguía dando mayores amenazas, conminándonos a que debíamos alejarnos de sus tierras porque los demonios las abrirían para tragarnos», profecía que se cumplió dos semanas después de desgarrado *Chicacotra*, porque hubo un violento terremoto que dejó sin alientos tanto a salvajes como a cristianos, por lo que Espinosa, dando crédito a sus magias negras, ordenó varios saqueos y la muerte de varios rehenes, lo que afligió mucho

a messer Codro, que por ilustrado era contrario a hacer las conquistas por la fuerza, porque no se detienen en asolaciones, muertes ni despojos, como las tantas infamias hechas allí, que no alcanzaría la noche para nombrarlas, tantas que al viejo le hicieron ver con malos ojos a los castellanos y desear salirse dentre ellos, pero como no encontrare la forma, se encaró con un capitán apellidado Valenzuela para exigirle «piedad con estas gentes, menguad el baño de sangre, que el Dios Supremo habrá de cobraros en la vida eterna», de lo que el capitán se le rió y bromeó diciéndole, como a un ganapán cualquiera, que «como en estas guerras no me entretengo en duelos de lengua con ancianos, daré poderes a mis padres y abuelos para contestaros en la otra vida», a lo cual Codro le respondió, con despacio y voz muy firme, que «no habréis de esperar mucho ni de encargar a vuestros abuelos, porque si bien pronto moriré, vuestra merced, ¡oidme, Valenzuela!, moriréis un año más tarde, sin que se cargue un día de más o de menos», como en efecto se cumplieron ambas muertes, según podemos atestiguar todos cuantos allí estuvimos.

—Contadles también lo del asno, capitán —sugirió a voces uno de los soldados que lo acompañó en el *Darién* y, como Gascaña se quedara como tomando el recuerdo, el mismo hombre continuó—... del pollino ese en que iba caballero el mosquetero Bocanegra a conquistar en estas mismas entradas, que daba rebuznos el asno con tal fuerza que asustaba a los indios y viendo, el jinete, que tenían al *jaguar* como dios por sus rugidos, los convenció con facilidad de que la extraña criatura de voz tan terrible era otro dios que menos podía ser desoído y con ello consiguió que por cada roznido le diesen honores y regalos de oro y frutas como *chirimoyas*, *mameyes*, *anones* y *aguacates*, y algunas semillas como *maní* y *chícharos*, en tan buena cantidad, que en lo de comer yo también llegué a suplirme, mientras lo del oro...

—Aún falta de mi historia, menos vana que vuestros rebuznos —le cortó el De Gasuña —... Lo del oro... Era tanto su deslumbramiento en aquella provincia, que por ello acuñamos llamarla Castilla del Oro. Hubiese alcanzado y sobrado para llenar todos los sacos de los castellanos, a no ser por la ambición; porque lo que esperábamos sacar crecía más con lo que íbamos topando y por llenar esa avaricia sin fondo andábamos todos con la diestra en el pomo de la espada y la otra en la tarasca del saco, haciéndonos más estragos entre nosotros mismos que los recibidos de los garrotes y palos con que aquellos mondos, a más de bramidos y pinturas de guerra, querían figurar ser fieras... ¡Ha!... Pero antes he que contar del Pedrarias, de cuando andaba en Ávila orondo en sus cincuenta y donde no era más que un cortesano ajustador, de familia conversa: Un día, creyéndole muerto, le llevaron a enterrar y estando en velación en el monasterio de las monjas de Torrejón, al alzar el féretro para embutirlo en la sepultura, uno de sus criados le oyó quejarse dentro del cajón, el mismo cajón que después llevó por todo el *Darién*, porque en ese ataúd viajaba cargado por cuatro indios, dormía dentro todas las noches y sentado encima recibía sus visitantes, a más de que cada año se hacía celebrar misa de difunto a la que asistía desde el fondo de un hoyo, arrodillado en el cajón. Si llegó trastornado, más enloquecido de voracidad quedó después, recalentado por insolaciones, afligido por nuevas enfermedades, podrido por la ruindad que le aumentó con los años; zafio él y zafios sus hombres desde que llegaron a cosechar donde Balboa ya había explorado, sin más excusa que la rapacidad para tanta ferocidad que allí desataron, porque asaron vivos a los indios, los aperrearon, los robaron, lancearon, decapitaron, partieron y ahorcaron, les sacaron las grasas para usar de unto caliente con qué curarse las llagas y colgaron los cuartos desmembrados en perchas para cebar perros de

guerra, que también adiestraron correteando y desgarrando pequeños indiecitos; y él siempre con la negra capa de la parca, desde su ataúd grasiento, aupando a sus soldados a ejecutar mortíferas matanzas, horda de asesinos, peores que los hashshashins de la recalcitrante secta musulmana soliviantada por el Viejo de la Montaña desde su fortaleza en Alamut, más enceguedidos por su rapacidad que aquellos hassasins excitados con hasis de cáñamo; soldados nuestros que, no obstante su sangre agriada, fueron los constructores de las primeras naves de navegar las pacíficas aguas de la mar del Sur, mar que el Pedrarias pretendió desprendérsela a Balboa, siendo que era suya por el derecho de haberla descubierto. Y para ello, primero se dio a enredarle y atraerle con ofrecerle en matrimonio una hija suya que aún estaba en Castilla, y después, habiendo orquestado la boda por poder, lo invitó a reunirse para hablar de asuntos de interés común, con cartas engañosas como la que le envió a la isla de Tortuga cuando estaba alistándose para ir tras los rumores del tal *Pirú*; y el impávido yerno, no obstante tener todo dispuesto, obedeció sin reconocer los verdaderos sentimientos del siniestro suegro, sin acordarse de que entre sus legajos mantenía un dibujo de una conjunción de astros, trazado de años atrás por messer Codro, apunte que había guardado, aunque nada creía de astrologías y predicciones, porque su sabio amigo así se lo había pedido diciéndole con solemnidad que «cuando estas estrellas estén con esta alineación, estaréis en peligro de ser destruido sin piedad; mas si escapáis de la traición, llegaréis a ser uno de los más grandes capitanes y el más rico de las Indias», en lo que estuvo acertado Codro, porque hubiese sido el conquistador del *Pirú* en vez de Francisco Pizarro, el mismo Pizarro que con un pelotón, por orden de Pedrarias, escoltó a Núñez de Balboa al presidio en el mes de diciembre, el día siguiente de que las estrellas se alinearon como en el dibujo

del que se había reído diciendo que «solamente los tontos y faltos de determinación dan crédito a los estrelleros, y donoso estaría yo si creyese en adivinos, menos ahora que aquí me veo con cuatro navíos y trescientos hombres en pos del *Pirú*, por la mar del Sur de propincuo para navegarla», por donde le había mostrado el indio *Panquiaco*, orgulloso de ser bautizado como don Carlos —nombre de Emperador que nunca tuvo conquistador español alguno—, cuando señalándole al sur le dijo que «allí se encuentran riquezas que hartan de ver tantas y no poder cargarlas; reinos son de señores poderosos, descendientes de antiguos que navegaron las aguas y los vientos; y, aun para ir a saludarlos como amigos, deberíais alistar más hombres y armas», como ya los estaba congregando Balboa sin saber que el licenciado Espinosa lo había acusado de traición, de tramar una rebelión contra el Rey y contra su suegro, con quien el licenciado había hecho pacto secreto para que le diesen los barcos y hombres de Balboa una vez eliminado; como igual había testificado Garavito, bajo promesa de inmunidad y compensación, dada la inquina que le tenía por haberse embelesado con la concubina del De Balboa, la magnífica hija del *saila* de *Careta*, ahora llamado don Fernando, que le había obsequiado siendo niña y de la cual se enamoró mientras crecía, joven a la cual el Garavito trató de quebrantarle la resistencia diciéndole que pronto la repudiaría su señor porque se había casado con la hija del gobernador y ya la había mandado llamar y venía en camino, y que siendo castellana le exigiría monogamia a su esposo, pero como de monogamias no entendía la india se lo preguntó a Balboa y este de inmediato increpó a Garavito sin pasar de las palabras, como sí se pasó Fernán Cortés en la Hispañola cuando acuchilló a Espinosa por por la misma razón; pero el Garavito con la gran lascivia que le provocaba la belleza desnuda de la india, escribió al gobernador previniéndole del insulto y mal

augurio que, como esposo de su hija, era la conducta amatoria del yerno, que fue otro cargo más para mandarle a prender y tras un juicio atropellado, a ejecutar con solo señalar la artesa de recoger la cabeza cortada en plaza pública, en el primer mes de 1517, sin dejarle terminar su proclama de inocencia y buenos servicios al Rey, miseria que por fortuna no presencié su amigo, el sabio Codro, puesto que ya había muerto en *Cebaco*, en medio de incomprensión, desafecto y olvido, sin que nadie se preocupase de saber a dónde fueron a parar sus huesos, ni sus dibujos y estudios sobre las plantas, el clima, los animales, los minerales y las constelaciones, aunque no falta quien asegure que con mucho de todo esto se suplió tanto su adepto Martín Fernández de Enciso, como al licenciado Fernández de Oviedo para que, con la cartografía del hallazgo de la mar del Sur y varias otras postillas, se valiere para que don Carlos le nombrare cronista oficial de todas estas conquistas y se diere a nutrir una *Suma de geographia* que sirviere de guía a los navegantes, y a relatar un *Bestiario* y demás novedades maravillosas destas Indias.

—Ahora entiendo por qué estos viejos conquistadores son taciturnos —le comenté a Isabel, que estaba a mi lado—. Casi todos guardan el peso de sus recuerdos y encierran pensamientos apagados bajo su semblante de baúl de cuero curtido, igual a como esconden el *pucho* de oro que les queda en los repartos de grandes botines, el que nunca saben cuándo y cómo se les escurre, acrecentándoles la sed de riquezas y demás ansias ilusas, con que se sienten más empobrecidos. Mirad la cara de Íñigo, como de oveja, sin asomo de sentimientos, alegrías ni dolencias: máscara perfecta de atavío militar. Esta jácara le ha salido al Íñigo de confesión, para alivio propio y de sus compañeros, con ilusión velada de que alguien entienda por qué no quiso retornar al *Darién* y se avino con los alemanes.

Durante la travesía D'alfinger se percató, sin que le moviese a encomio ni a desagrado, que a la par que Isabel y yo nos aplicábamos en afinar el castellano de la Juana, poníamos mayor interés en aprender su lengua *caribe*. La *taína* lo intuyó desde el comienzo y nos la enseñaba con gusto y vanidad porque, con la viveza de su natura, comprendió que en las tierras desconocidas a donde la llevaban necesitaría de más de un aliado. No se cansaba de repetirnos mil veces cada palabra, mientras aguzábamos el oído y nos fijábamos en las movi­lidades de sus labios. Isabel fue más aprovechada, tanto por su desenvoltura como por el contacto continuo. En Tierra Firme, pudimos reconocer algunas dicciones comunes en dialectos disparejos; como también voces iguales que, con otra entonación, significaban diferente, si bien en la construcción del habla seguían la regla de cada sílaba expresar algo y, uniendo estas, una palabra redondea una idea, necesitando pocas voces para armar una oración. En varias ocasiones posteriores en que traté de comunicarme con naturales de lengua desconocida, aunque en nada nos entendiésemos, oyendo ellos una cadencia algo asociada, bajaban su ofuscación y se ayudaban con gestos y señales, que siempre fueron apertura y distensión. Son tantas las novedades de las cuales no existe noción en el mundo conocido, que no pueden nombrarse más que como aquí quedan señaladas. Y por estar tan avizor a las voces nuevas comencé a percibir que en todas las lenguas de las Antillas y Tierra Firme hay una voz común, *Gua*, con la cual he tenido no pocas confusiones por sus tantos significados, ya que de ella se sirven para nombrar los objetos, plantas y animales que les son sagrados, para señalar a sus señores más principales, como para resaltar sus lugares cardinales de aguas y de tierra. *Guanahani* fue la primera isla que vio el Almirante, la que le sacó de apremios y por ello la renombró como la de El Salvador. *Guagua* llaman al que llega

a la vida, por ser *gua-gua* la primera voz que sale de su boca, y *guaca* es la sepultura de los grandes señores.

Al día siguiente de mezclarse entre la gente a escuchar el relato de Gascaña, D'alfinger reventó un piojo que le iba manga arriba y entonces le dio por cambiarse todo el atuendo cuatro veces por día para que Juana, con ojo de gavilán y manos de mono, despiojara la vestimenta y la venteara atada en de las vergas. En estas estaba la india cuando se volvió hacia Isabel y señalando hacia el sur gritó: «¡Guata!, ¡Guata!» —o Tierra de *Gua*—, con lo que se avispó el vigía y repitió «¡Tierra!... ¡Tierra!... ¡Tierra a la vista!», aunque nadie la viera sino hasta en el alba del día siguiente, el 24 de febrero del año 1529, y entonces reventó un alborotó de salva en la bombardá.

Pasamos la noche anclados a fondo bajo, sin poder dormir con la excitación por las fábulas que traíamos de haber allí pesquerías de perlas, «tantas que los indios colman sus *canoas* labradas con hachas de oro», afirmaba alguno, o «para que sus mujeres las muelan en finísimos polvillos con que cubren su desnudez, y competir con las estrellas en las noches de luna», soñaba algotro.

Desde el alba estuvimos acicalando el desembarque, aun en la oscuridad, tratando de recoger y liar las pertenencias, ataviándonos para lucir como en verbena de vecinos.

El piloto llevaba buenas señas del lugar. Bordeó la playa por el levante del golfete de la península que más parecía una cabeza, casi una ínsula, y arribó a un puerto llamado la Vela de *Coriana*, si es que se le podía llamar puerto a una simple costa de desembarque, sin escollera ni amarradero, distante tres leguas de la propia ranchería de *Coriana*, que es el bello nombre del viento, según nos indicó Juana.

D'alfinger, con su cerco de funcionarios, quiso ser el primero en poner pie sobre las arenas de su gobernación. Ya en tierra, echó por delante un piquete de soldados engalanados,

para improvisar un desfile que debería encontrar otro que, de seguro, vendría con etiquetas y protocolos a su reconocimiento. Pero como pasaba la media mañana con el sol sobre los hombros y nada veía de comitivas, trompetas ni jaranas, resolvió esperar mientras aparecían las pocas mujeres con sus mejores galas, la Juana de Castilla asfixiada dentro del corpiño y de faldones a usanza castellana.

Por fin aparecieron una veintena de hombres pasmados, macilentos, cubiertos apenas por liencillos raídos, que se vieron españoles solo por las barbas y las espadas envainadas en cueros de venado sin pelar ni curtir; seguidos por seis mujeres, esposas percutidas y harto flacas, con sus críos en los brazos. Sin salir de su asombro, Ambrosio D'alfinger les soltó:

—Soy Ambrosius Ehinger von Thalfingen. Entro a tomar el gobierno desta provincia, en nombre del Emperador Carlos V y por mano de la compañía de Bartolomé Welser. Conducidme ante el factor Juan de Ampués para acreditarme ante él y recibir su vara de mando. ¡Ihaá!

—Yo soy —dijo entonces uno de los desarrapados de aspecto maduro, fuerte y zumbón, cuya cara casi no asomaba entre barbas y pelos revueltos, se puso al frente subiendo un poco el pecho y ajustando la barriga.

Se redondearon todos los ojos recién llegados. Hubo desconcierto de lado y lado. Los moradores comenzaron a sonreír, como con vergüenza, y, con alguno que soltó una risotada, en carcajadas terminaron todos, hasta que volvieron a alargárseles las caras, a unos por ver a los otros en tanto desaliño y en aquellos por advertir en los llegados tanto desencanto.

—¿Es que no sabíais que veníamos? —preguntó D'alfinger.

—Excelencia —respondió don Juan—, en esta mar las noticias tan solo vuelan en las velas empujadas por los vientos: es que no somos más que los que aquí estamos y no tenemos mejores galas que estos harapos. Sed bienvenidos y pasad

a refrescaros que para ello hay dispuestas *guanábanas*, *guayabas* y *guamas* entre frutas y algunos zumos frescos de badeas y pomillas desta tierra.

—¿Y de pitanzas?

—Se os asarán algunas tortillas de *maíz*, que son mejor cuando recién hechas. Esperamos que alcancen para tantas gentes. Ya sabréis que acá el hambre y necesidades son crecidas y mucho esperamos de vuestro concurso y generosidad para superar nuestras penurias, excelencia.

—¿Acaso no es este el país de las perlas y del oro, don Juan?

—De ello y aquello ya no hay tanto como quisiéramos y a lo poco juntado no hay cómo hacerle digestión, señor gobernador.

—¡Ihaá! ¿Y dónde están los indios que van a descargar las naves? Que no los veo y deberán ser muchos, porque mucha es vuestra fama de esclavista, capitán.

—Señor gobernador: aquí las cosas harto han cambiado. Ya habrá espacio para relataros dello. Las más de mis gentes se encuentran enfermas y pocas son las bien dispuestas. El grueso adelantó la partida para dejaros ancha la tierra. Algunos indios amistados andan cosechando *yucas* y algotros bastimentos con que os soportarán los primeros días. Otros indios vecinos están huidos hasta no afirmarse en si los nuevos cristianos los tomarán por aliados o por siervos. Igual han enmontado su chusma de mujeres, críos y ancianos. Así que el acarreo de vuestros matalotajes habrá de atenderlo vuestra gente.

—Ihaá! ¡Ihaá! ¡Ihaaaaá! Pues si no hay más con quién, ¡capitán Gascuña, disponed a todos por parejo para el desembarque!

—Con vuestra venia, excelencia —dijo con paso al frente el desdentado del *Darién*—, nosotros los soldados hemos venido para las armas y algunos pocos oficios especiales, pero no de negros carboneros...

—Pues negro os van a quedar de azotes el sieso y morado el pescuezo, que así habré de escarmentar a látigo y garrote

a tanto perezoso, que por andar de putas sus madres no les enseñaron a trabajar, sino que por malparidos tomaron falso orgullo y levantaron su arrogancia de nada hacer más que follar. Capitán: para dar a probar la disciplina con que haré grande esta gobernación, disponed de veinte azotes para este maleche, atado a un palo aquí mismo. Y que nadie pida clemencia, porque se tomará por rebelión y duplicaré la pena. ¿¡Ihaá!?

Como se hizo un gran silencio y nadie se movía, D'alfinger primero giró hacia Ulderico Sayler, tieso, y luego a su Juana sudando bajo tantas telas, y tomándola del brazo la apartó del grupo. Con un movimiento de cabeza la interrogó. Ella, inclinando al piso la mirada y en voz baja, como era la pauta que ya le había metido, le contestó:

—Estos son los hombres cuantos gobernará mi señor.

Pero como el alemán no entendía lo que le decían, sino lo que quería escuchar, se devolvió hacia Íñigo de Gascaña y le ordenó:

—Reunid todos nuestros hombres, capitán, sin distingos de rangos ni clases, frailes o soldados, que todos comen y cagan por igual. Haced dellos tres grupos: uno que vacíe el buque de las naves; otro que de la Vela carguen hasta la ranchería y otro que desde ya construya allí un amparo provisional para la factoría, que ya llegará el tiempo para edificarla como debe hacerse, porque aquí llegará de mi mano el esplendor de los puertos que moverán el comercio del mundo ¡Ihaá!

—Así se hará, su excelencia —respondió Gascaña—, tan pronto como asienten el vaivén que aún traen por dentro.

—Capitán, mis hombres os indicarán dónde conseguir maderas, *bejucos* y palmas para levantarle cobijo no solo a las mercancías, sino un alojamiento algo cómodo para vuestras gentes —le ofreció solidario Juan de Ampués, para darle a ver al iracundo cómo entenderse con españoles, a los que se les notaba el hervor en cómo apretaban la empuñadura de la espada.

Y remató entre los dientes—: Ya irán aprendiendo los extranjeros de su gobernación insospechada.

Mal comienzo para los alemanes, porque si a los castellanos nos machacan el orgullo con imprecaciones, palos, azotes o con oficios viles y ruines, peor si es en público; nos queda una afrenta profunda que no podemos borrar del pensamiento hasta de alguna buena manera «limpiar la vergüenza»; mas si por fuerza hay que disimularla, la dejamos en la sombra que es donde más crece, hasta cuando podamos arrancarla. Mal comienzo para los castellanos que fuese con patrones foráneos con quienes tuvimos las primeras agrieras, porque para ello no traíamos preparados los ánimos, sino para batinos en las conquistas, aunque en ellas tuviésemos que dejar la vida, no el alma. Y como lo que mal inicia se quiebra, pero no endereza, para asentar cómo forjaría esta gobernación, el hombre de piedra, el micer que a sus espaldas ya llamábamos «micer-able», se dio a rebajar a casi todos los cristianos, aun por causas baladíes; y con verse injuriados y vejados, algunos bajaron tanto el sentimiento en sus ánimas, que después anduvieron por *Coriana* como infectos, sin certeza de bien saber quién era el enemigo.

CAPÍTULO VI

DE CÓMO SUCEDIMOS LAS ARMADAS ESCLAVISTAS

y empujamos las gentes de Ampués a la isla Curazao; de cómo les cambiamos vasallaje castellano por apretón alemán a indios amistados, mientras casi se prende el primer rebato que no fue con los naturales; y de la fundación de Santa Ana de *Coro*, después de asentada una casa de amores

Otra gran decepción tuvo D'alfinger al llegar a la ranchería y no ver plaza de armas, cárcel ni iglesia, ni trazado de calles y solares a la usanza castellana. Pero pronto le pasó, al recordar que lo de fundar ciudades era compromiso suyo a dos años. Ampués no había tenido asiento arraigado: trastornaba con su medio centenar de hombres por donde tiraban los trueques, ora con indios, ora con ocasionales tratantes esclavistas venidos de la Hispañola. A nuestra llegada estaba aposentado en la casa de *Todorequiba*, el señor de una parcialidad costera de *caquetíos*, mientras sus soldados, con seis casadas y sus críos, se habían repartido en los *bohíos* desordenados en las afueras de la ranchería, y las indias de servicio apenas se guardaban de noche en el tenderete de los enfermos. Nunca gastaron fuerzas en mejorar su asiento, aunque ya se contaban muchos días en que la aldehuela jamás estuvo desierta de cristianos, por el acomodo de estar cerca de un fondeadero de solo dunas y espinos, el llamado de la Vela, para la saca de sus colectas en el rebusque de nativos. El nuevo gobernador

dispuso algunos regalos para el *Todorequiba* y el mismo Ampués se insinuó para ir en embajada, con recados y votos por una paz duradera, con invitación a que viniese a presentarse a renovar las avenencias y conciertos ajustados con telarañas. Pero el indio estaba escurrido con sus hombres por temor de que los recién llegados los hiciesen cautivos para meterlos en sus naves, de lo cual tenían desgarró fresco en la memoria. Solo encontraron algunos viejos, mujeres y jovencuelos recogiendo frutas, *yucas* y *maní*, aunque no era tiempo de cosechas.

D'alfinger no dilató la orden de comenzar a construir dos bodegas contiguas a la ranchería: una tan grande como un *caney*, de esos en que los indios se acogen por cientos para sus reuniones comunales, y otra similar pero con divisiones por dentro, cual *maloca* o alojamiento comunal para los alemanes. Los demás nos fuimos acomodando como pudimos en los *bohíos* de los desbandados.

Al segundo día, Ulderico Sayler me echó mano:

—¿Cómo vos llamáis?

—Francisco Martín, a vuestro servicio, señor.

—Buena ocupación os tengo por recomendación del notario real, Juan de Villegas, vuestro mentor en Sevilla. Asistiréis al escribiente Álvaro del Castillo en lo de los asientos de mercancías y créditos de la nueva factoría.

De nuevo me vi dentre cuadernillas y tintas, llevando cuentas y recuentos en pesos de oro, ducados, tomines, onzas, maravedíes y ochavas, sin que por aquí circulara una sola de tales monedas, hasta algunos años después cuando ayudé a acuñar unas con el escudo del Rey en la cara y la W de los Welser por el envés, calderillas que corrieron para el reparto de botín y enseguida desaparecieron por el pago de las deudas.

Desde el comienzo, a cada quien se le abrió cuaderno de columnas, que comenzaba con la relación e importe de cuanto recibía, para sobre el total cargarle el costo de la deuda, un

sesenta por ciento cada año liquidado, por lo que pudiese pasar, al cinco por mes, rédito ordenado por Sayler al tiempo que fijaba la lista de precios en más de seis veces su valor en Sevilla, de manera que si un cabo de infantería se hubiese comido un pollo, le habría costado dos meses de paga. Una camisa de holanda quedó valiendo dos pesos, que son dieciséis tomines, igual a una arroba de vino, de aceite, o una fanega de sal. Aforó en seis tomines la arroba de vinagre o de harina de biscocho, igual que un puñal o dos hachas sin encabar. Una silla de espaldar para sala, o una de espaldas para andar por pies de indio, se vendía en veinticuatro tomines, que son dos ochavas o tres pesos reales. Un peine costaba un tomín, que igual alcanzaba para dos quesos de a libra o dos fanegas de *maíz* desgranado, o cuatro de *yucas* de a codo.

Casi dos meses les tomó a menestrales improvisados, con ayuda de indios avenidos por Ampués, la recolección de vigas, varas y *bejucos* de amarre, para el alma de los tabiques de sellar con barro al albareque, y para encañizar los techos de cubrir con hojas de palma, de tan solo para las bodegas y aposentos de los alemanes. Fueron los días de ir tanteando soles, sabores y olores, de ir perdiendo recelos y encajando en el paisaje.

Los factores y capitanes, para refrescarse de los sudores ressecados en los calores de la tarde, antes de recogerse a dormir se reunían alrededor de una fogata de hojas de *chaguaramo*, como sahumero para ahuyentar las nubes de mosquitos que parecían querer sacarnos toda la sangre para poder llevarnos por los aires. En una desas veladas, el capitán Gómez de Anaya se dirigió al depuesto factor con interés manifiesto:

—Don Juan, como están próximos los días de vuestra partida, mucho apreciaríamos que nos ilustréis sobre las memorias destas tierras, que nadie conoce mejor.

—Voy a intentarlo, comenzando por el comienzo: Cuando en su tercer viaje volvió por aquí Colón, Colom, Colomo,

Colombo, o como en verdad se apellidare, se metió por las bocas de *Iagua*, las que bautizaron del Drago, que son las límites hacia el levante, el delta de los tres grandes brazos de la desembocadura del *Orinoco*, frente a la isla de la Trinidad, donde el Almirante dio en creer, y hacer creer, que estaba el Edén. De ahí se pasó a *Cumaná* y a la isla de *Cubagua* donde halló pesquerías de perlas. Siguió costeando al poniente y fue a dar al cabo de la Vela, que es en la península de la *Guajira*, nuestro límite por occidente, donde también tuvo noticia de bancos de ostiones. Así, con ensueño del Edén y ambición de margaritas, redondeó que todo esto era la tierra prometida a los israelitas, tal como se lo reportó a Luis de Santángel y este a su Santa Hermandad aragonesa, que para tal búsqueda le había puesto por delante millón y medio de maravedís, que son como trecientas cuarenta libras de oro fino, las tres cuartas partes de lo estipulado en las capitulaciones. La noticia se filtró y agrandó tanto el interés entre los sefardíes como la avaricia de los Reyes Católicos, sin que estos hubiesen puesto caudales alguno para los descubrimientos, aunque, según sostienen algunos con sobrada razón, los hebreos no soltaron un maravedí hasta que doña Isabel lo afianzó con sus joyas. Como los soberanos eran dueños destas Indias por la bula «Inter caetera» del Papa Borgia, el «Decretum et indultum Alexandri sexti super expedicione in barbaros novi Orbis quos indos vocant», y además ya habían sacado de sus reinos a los judíos desde el mismo año del descubrimiento, y en seguida apretaban los cerrojos para que ninguno dellos se pasara a lo que aspiraban ser su Tierra Prometida, dispusieron que el capitán Alonso de Ojeda, el de Cuenca, partiera en el año de 1499 con el vizcaíno Juan de la Cosa por piloto, el mejor navegante en esos tiempos. En menos de un mes franquearon las bocas del Drago y la tierra de *Maracapana*, de donde se vinieron serpenteando al poniente, saltando muchas veces

a tierra para observar flujos y reflujos, los calados de las costas, vientos, aguas dulces y calidad de las tierras a lo largo de las trescientas leguas hasta el cabo de la Vela, haciendo el piloto demarcación de todos los términos de lo costeadado y así fueron fijando el primer mapa oficial de las costas del Nuevo Mundo, portulano con el que los siguientes navegantes pudieron marear más recto. Poco después trajinaron estas aguas el sevillano Cristóbal Guerra y su hermano Luis Guerra, quienes, teniendo licencia de los Reyes, pero sin contar con recursos suficientes para aparejar el viaje, se juntaron con Pero Alonso Niño de Moguer y le hicieron más demarcaciones y noticias individuales a las cartas de Juan de la Cosa, metiéndose por las tierras de *Paria*, sin ceñirse a lo capitulado de no allegarse a cincuenta leguas de lo descubierto por el Almirante. Allí llenaron sus naves con palo *brasil* y pusieron proa al poniente y después a la isla de las Margaritas y a la de *Cubagua*, en donde redimieron como ciento cincuenta marcos de perlas a cambio de brujerías de Castilla, margaritas que fueron las primeras de que tuvo su quintada la Reina Isabel, para sacarles tan lucida ostentación que les cogió tal apego por lo que deseaba que fueren solo della. Luego, siguiendo los pasos de Ojeda, costearon por esta provincia de *Coriana*, donde encontraron tanto conejo y venado, que les permitió demorar casi un mes en limpiar más perlas, *chagualas* y alfileres de oro, únicos lucimientos de estos indios mansos, guerreros flojos, aún aterrorizados por el paso áspero de Ojeda. Luego, más al poniente, como unos dos mil indios les amenazaron con flechas de no entrar en sus dominios, se fueron por las costas y pasaron por las bocas del *Moracaibo* en el golfo de *Coquibacoa* y siguieron por la punta de la *Guajira* hasta la boca del *Macomite*, desde donde se vislumbran las nieves perpetuas cerca de Santa Marta, de donde tornaron a las crecidas salinas de *Araya*, para de allí poner rumbo a Galicia, donde dos meses más tarde, en febrero del

año 1500, arribaron con sus tesoros que en parte lucieron sus Majestades Católicas, sin sospechar cuántos indios quedaron sin narices ni orejas donde colgar esos aderezos, porque Ojeda y los Guerra se las hacían cortar si no les sacaban el oro escondido, como tampoco se enteraron de que el mismo don Alonso un día le puso grilletes a un ingenuo *cacique*, diciéndole que así eran las manillas que llevarían sus Majestades con las joyas que él debía de mandarles y, cuando lo tuvo así maniatado, lo llevó preso en ancas de su caballo y después lo entregó a la horca, mientras se henchía por su agudeza e ingenio, hinchazón que le duró hasta que una flecha emponzoñada le caló una rodilla y con el fierro incandescente con que le quemaron el tósigo lo dejaron cojo, pero vivo, aunque también le quemaron la osadía y se tornó manso, y abandonó la conquista y se fue a Santo Domingo a morir dos años después.

—¡Ihaá! —tronó D'alfinger, sin que se supiera desde cuándo seguía el relato—. Qué manía la de vosotros los hispanos de enlodar todo logro ajeno: veo cuán poco aprecian a quienes, sean quienes fueren, os han dado la gloria de haber descubierto medio mundo, y os han encimado cuantas las riquezas hay en él. Por ello, don Juan, en vez de injuriar antecesores, que es maña para allanar máculas propias, os encarezco relatarnos cómo es que os habéis enriquecido en estas tierras.

—Como a nadie le luce hablar de sí mismo, ni afirmar que fue menos lo sacado que lo metido, cedo la palabra a fray Bernabé para que, siendo de los jerónimos defensores de los indios y el único que, frente a frente, ha señalado algunos reparos a mi comportamiento, sea él quien ilustre lo que me demanda el señor gobernador.

—Por los años trece —comenzó el religioso, tras escupir la pajilla con que se hurgaba los dientes—, don Diego Colón, hijo del Almirante, declaró inútiles las islas Curazao y *Aruba*, y las *Buinari* ahora llamadas Gigantes, frente a estas costas.

Comisionó al capitán Diego de Salazar para capturar aborígenes y venderlos en la Hispañola, para suplir a los colonos de mano de obra con más de dos mil piezas y no se cuántas de chusma, que hubiesen sido más si los *caribes* no se huyen de sus islas a Tierra Firme. Por entonces varias armadas esclavistas, haciendo escala en las Gigantes, saltaron al continente a la inhumana trata de humanos, dizque porque no les palpaban más ánima que a un animal de monte. Con esa cacería de indios estaban desabasteciendo las islas y a estas costas de los únicos que sabían sacar las perlas, inconveniente que quisieron atajar los oidores de la Real Audiencia pidiéndole a don Juan de Ampués que, siendo factor del Rey en Santo Domingo, a sus expensas se hiciese cargo de aquellas islas, prometiéndole como *naborías* perpetuas, o sea siervos más no esclavos, a los indios que se volvieren a instalar en ellas, atrayendo en especial a los huidos a *Coriana* por ser los más pacíficos y ricos en oro y aljófares. Entonces quedó comprometido en defenderlos, en hacer que cesaran tantas exorbitancias de los tratantes y en que unos y otros supieren que su dueño y gobernador era don Diego Colón. El factor capituló la ocupación de las islas en el año veintiséis, aprestó un navío en el que, al año siguiente, se metió con Virgilio García, Esteban Mateos y cincuenta y ocho hombres más, y con ellos atravesó y repasó la costa de *Coriana*. Habiéndose percatado don Juan que estos indios eran de más razón y habilidad que otros *caribes* y como además le dieron a entender que acogerían la fe de Nuestro Señor Jesucristo, lo hizo saber de los padres jerónimos de la Hispañola a fin de prohibir su esclavización, lo cual se asentó con ratificación del licenciado Rodrigo de Figueroa, el gobernador que tomó la silla de don Diego.

—¡Ihaá! ¡Pero si en la Hispañola es pan comido que el factor Ampués se enriqueció vendiendo millares de nativos! —insistió micer Ambrosio—, que en una ocasión salió a

hacer cautivos en lo más al norte de la cabeza de *Coriana* y allí encalló en un ancón y casi no vuelve con su nave rota y las manos vacías.

—Está bien enterado el señor gobernador. Como igual estoy de que, para lo mismo y con el beneplácito de nuestra Majestad, han sido autorizados algunos castellanos que aquí os acompañan y también algunos tratantes extranjeros. —Respondió el padre Bernabé, y continuó—: A poco de llegar a *Coriana*, los de Ampués atrajeron en amistad al *Manaure*, el señor más emplumado y de muchas riquezas entre los *caquetíos*, estimado y temido por todos los tributarios circunvecinos, porque además de ser su *cacique* y *piache*, o *saila*, lo tenían casi por divinidad, porque les metió el convencimiento de que de su mano salían los buenos tiempos, la salud de sus gentes, la abundancia en las cosechas y cacerías, que mandaba sobre truenos y rayos, granizos, heladas y sequías, por lo que bien le querían, aunque su arrogancia no le dejaba poner pie en el suelo, mucho ni poco, yendo siempre a hombros en su lecho de *hamaca* tejida, o en andas. Como por más que sea la grandeza de indio alguno, mayor es el ánimo español, se dieron traza para que el *Manaure* viniera a visitarles, que es como siempre se les señala tenerles en poca estima y ningún temor, para que por esta vía ellos les den mayor miramiento; y este se presentó con casi la suma de sus principales confederados, con más de ocho mil pesos en obsequios de oro, mantas y muchos bastimentos, porque, creo yo, aún tenían cicatrices de los anteriores conquistadores y temor de que se los llevaran en cadenas a la Española. Ampués correspondió su amistad con algunas dádivas de menudencias de Castilla, con lo cual quedaron asentadas las paces que nunca han roto los *caquetíos* ni sus vasallos, por estar sus gentes sujetas y en buena disposición con señor tan poderoso. Don Juan procuró tratos y comercio con él, y para no descuidar esa alianza,

determinó hacer ranchería en este mismo sitio, y por haberla terminado el día de Santa Ana, el veintiséis de julio, año y medio ha, llamamos Santa Ana de *Coro*, porque *Coro* dijimos a *Coriana*, talvez por rimar con oro. Y así quedó asentada esta Santa Ana, sin señalar regencias ni nombrar justicias para su gobierno, porque el factor no traía facultad para fundar ciudades, que hubiese sido lo ajustado para tomar respiro entre amistados, para fortificarnos y desde allí entrar a desmontar y hacer granjerías; a talar palo *brasil*, al que otros llaman palo' e sangre por el acreditado tinte que se le extrae, desmoche capitulado por don Juan con el Rey, para aserrar el palo en cuadrilla con Fernández de Castro.

—En buena hora hemos venido con todas las licencias y atribuciones, para hacer de este desorden una ciudad —le cortó D'alfinger—. Micer Ulderico, mirad si es defendible el sitio y si dotado de buenas aguas, las tierras son de granjerías y los bosques de caza. Luego armaos de cordeles, de estacas y paciencia para ir trazando calles y localizar plaza, iglesia, hospicio, cárcel, ¡Ihaá!, y también la horca.

Nos recogimos con el cambio de guardia. Varios se notaban taciturnos, como sintiendo un nudo apretando en la garganta. Un velador que dejaba la ronda, con un cantar en sordina, pasó sus morriñas a las ensoñaciones de quienes buscábamos reposo:

Si te vais a bañar, Juanica,
Decidme a cuál baño vais.
Si te vais a bañar al río,
O en algún rosal sombrío,
Decídmelo agora, amor mío,
Porque allí me hallarais,
Decidme a cuál baño vais.
Si te vais a alguna huerta,

O a alguna fuente cierta,
¡Ay! no me cerréis la puerta
Porque vea cómo estáis,
Decidme a cuál baño vais.

Bien entrada la noche otra copla entonada a media voz, sin sentimiento, con azoro o con rabia, se revolvió entre mis sueños:

Nunca hombre tan vivo
Hallose ya tan muerto,
Ni aparecer despierto
Quedándose dormido.

Pero con haber sido canto dentre gallos y medianoche, cuando la vigilia es solo de los guardas, volví a flotar entre ronquidos sueltos, hasta la madrugada rota por cuchicheos y agitaciones. Notando a Isabel inquieta, la inquirí:

—¿Qué ha sucedido?

—Que anoche, haciendo como que estaban de jarana, mientras unos distraían con la redondilla del vivo muerto y del despierto dormido, otros entraron con sigilo en la cocina del gobernador y vertieron sobre un pernil de venado un adobo de ponzoña desa con la que los *caribes* enyerban sus dardos. Cuando la Juana preparaba el desayuno del alemán, olió el veneno y echó a consumir la carne entre las brasas, por lo que el micer-able, pensando haber sido por descuido, le cruzó las espaldas varias veces con su rebenque y poco faltó para que el hideputa le hiciera comer del pernil carbonizado.

—Los castellanos son poco dados a envenenamientos, por estar acostumbrados a satisfacerse con estocadas y puñaladas, y los indios han asegurado la paz —dije como para mí—. Esto más parece ser de baquianos aindiados, de los salidos de *Urabá* o de los cebados de Ampués. ¿Se sospecha quiénes fueron?

—Lo debe saber Juana, que duerme con un ojo abierto y ambos oídos despiertos; pero por la hinchazón de los latigazos, nada sabrá el miserable. He consultado los tizones de su mismo fogón y quedé estremecida porque, si no ahora, dentro de pocos años el berraco sucumbirá ¡por ponzoña de indios!

D'alfinger tenía la sagacidad muy afinada y acrecentada la malicia. No obstante que Ampués lo reconoció como legítimo gobernador y lo aproximó con los *caciques* concertados en paz, a quienes hubiere podido confabular a resistirle y no dejarle entrar, acusó al factor de procurar sublevar sus soldados recién entrados con el tocino de llevárselos en ronda de perlas por las islas. Y «es pública voz que Ampués ha dicho a los indios que el gobernador ha venido a prender y hacer esclavos para llevarlos a Santo Domingo», sostuvo Íñigo de Gascaña cuando se supo que don Juan se dio a rescatar todo cuanto tenían de utilidad los indios de *Paraguaná*. D'alfinger, que apenas si había escrito un par de despachos desde las Indias, esta vez lo hizo en varias cartas a la Corte refiriendo confabulaciones del Ampués contra su gobierno, fueren supuestas o ciertas, al tiempo que lo prendió y mantuvo encarcelado, y le hizo firmar una «escritura de obligación, con juramento y señalando fiadores, de abandonar la provincia y jamás retornar ni enviar navío alguno de vela ni de remo, ni *canoa* ni cayuco sino, al contrario, dar aviso de cualquier persona que tanteara penetrar sin licencia en esta Tierra Firme».

Con el dicho documento y docenas de acusaciones y testificaciones, más el encargo secreto de traerse de la Española al menos media docena de consolatarias bien putas, el gobernador envió un delegado a la Audiencia de Santo Domingo, junto con un comisionado que hubo de admitirle al Ampués para que presentara los descargos y consideraciones en su defensa.

La Audiencia los devolvió con un emisario que debería tomar más testimonios e indagaciones de prueba. Llegaron

acompañados de seis marchantes en desahogos, para montar el lenocinio en el que el enviado quedó admitido en tercería a cambio de ponerse del lado de los alemanes y obtenerles el respaldo del Consejo de Indias, para conminar a Juan de Ampués a entregar todo lo sacado de los indios a los Welser, además de que ahora, con una nueva provisión en mano, podían prohibir a cualquier persona entrar en su gobernación a comerciar con los indios, salvo lo dispensado en una cédula antepuesta a favor de Ampués, de poder seguir exportando el palo *brasil* en asocio con Fernández de Castro.

No obstante el vocero del factor Ampués haber dejado bien sentado ante la Audiencia de Santo Domingo cuánto había gastado su representado en descubrir aquellas tierras, en sustentar la ranchería y pacificar los indios por varios años, dejando tan bien servida la Hacienda Real como allanando el camino para los alemanes, alegato que era copia de lo sostenido ante el Consejo de Indias por otros comisionados enviados poco antes, para que le fuere reconocido el costo de cuanto le estaba cediendo a los Welser, que tan solo lograron la merced de sostenerle a don Juan una isla que dista pocas leguas, a la que los naturales llaman *Guarazao* y los castellanos decimos Curazao, pequeña, pero con poblazón, donde desde antes de que se hiciera cargo de las tres Gigantes ya había gastado dos mil ducados en carpinteros, albañiles y en veinticinco indios para construir un fuerte de piedra contra los ataques *caribes*.

De nada le valió allegar la «carta de amparo» que obtuvo prohibiendo la esclavitud y saca de los indios, ni sostener que los naturales desde la costa de *Coquibacoa* hasta *Paraguachoa*, más los de *Sauca*, *Paraguaná*, por igual que los *caciques Manaure* y *Baracoica* le pedían que los escudara, tal como lo comprobó el emisario de la Audiencia, el capitán Gonzalo de Sevilla, el enviado a esta provincia a certificar lo que los oidores querían saber, pero como se entretuvo en tratar de explicar a los nativos

los fundamentos de la fe y a bautizarlos con nombres cristianos, entretanto arribó una armada de Martín de Baso y Zabala, que fue recibida por los *caquetíos* con bastimentos, a los que engañaron diciéndoles que los necesitaban de guía y compañía para hacer esclavos a los incómodos *caribes* de las montañas del sur, los belicosos *xidejaras* ladrones de sus mujeres, pero cayeron sobre los incautos matando e hiriendo a muchos y capturando a más de ciento veinte, entrellos una hija del *Manaure* con su marido e hijos, que llevaron para la venta en la Hispañola.

De tiempo atrás, don Juan había cometido su mayor error: el haber pasado la voz de que los *xidejaras* tenían mucho oro y piedras preciosas, por lo que nunca le dieron la jurisdicción sobre los indios de la costa y menos de los de más adentro. Nunca consiguió licencia para pacificarlos ni siquiera para construir un fuerte en *Coriana*, desde donde se podría acometerlos. De haberlo logrado tampoco hubiese encontrado cosa de valía, porque lo que les adornaba era mera fama.

Juan de Ampués sostenía que, desde el año veinticinco, se confederaron los principales *caciques* de Tierra Firme con el isleño *Aruba* por vocero, para pedirle amparo de los esclavistas, que si les trataban con afecto y rectitud, de buen grado le pagarían tributos por la protección, y que a ellos se agregarían los *caribes* que habitan las montañas y otras tierras adentro, porque el poderoso *cacique* de *Coriana* estaba coligado y casado con hijas de los dichos *caribes*. Por la amistad del *Manaure*, Ampués compró veinte indios de los que hizo esclavos Baso y Zabala y, aprestando una carabela, los liberó en sus costas, donde los indios le decían *guaneguá*, amigo de mis entrañas, con lo que le entró más desazón por evitar la esclavitud en esta provincia que, según lo dicho por los amistados, debería ir de mar a mar. Y así lo sostuvo ante el Consejo de Indias y pidió jurisdicción y que le nombrasen un justicia mayor, un alcalde, alguacil y tesorero, para ponerse

a rescatar oro, perlas y *guanines*, que son sus idolillos de oro bajo, también ropa de algodón y maderas preciosas, pagando la quinta del Rey, que hasta entonces nadie había pagado, para desta misma arca real y de la propia construir una fortaleza para la Corona de Castilla.

Por ello, cuando vio que venían las naves, pensó que por fin le llegaba respuesta del Consejo, con las cédulas confirmando los privilegios demandados, a más del permiso para fundir y quintar el oro, para traer ganado caballar y vacuno de Santo Domingo, y fundar la ciudad en *Coro*. Pero le sorprendieron los pendones de los Welser, de quienes apenas tenía noticias vagas, como lejanas las tenía de sus vecinos de *Coquibacoa* hacia Santa Marta, los más ricos en perlas de la Tierra Firme, mientras lo que él estaba pidiendo era caldo y boronas, pero de su antojo por la gran amistad ganada con los indios, de conveniencia, para animar a muchos otros a poblar en estas partes sin muertes ni robos; como ahora le recomendaba entrar a estos gordos mercachifles, que por demás le estaban queriendo torcer algunos de sus mejores hombres.

Por la Semana Santa quedó concluido el *caney* de los alemanes, con seis habitaciones amplias en un ala, sala de reuniones y comedor en el centro, y en el otro costado la cocina de fogones altos con despensa holgada, más una bodega para armería y todo tipo de aparejos. Los pisos de tierra apisonada, cubiertos con esteras de espartillos entretejidos; los techos en hojas de palma; las ventanas con lonas de velamen enrolladas para dejarlas caer cuando el sol amenaza a entrometerse. El aposento del gobernador, con cama doble empotrada al piso, de tablazón fuerte y acolchada con esterillas de atochas cubiertas con mantas de holanda y cuatro almohadas; y tres baúles, uno con sus brocados y ropas de seda, otro con lienzos y la vajilla de plata con jarros para agua o vino, y otro con libros y cuadernas de cuentas. Contigua, la recámara de la Juana,

con su camastro dispuesto para que allí se quedase a dormir cuando el gobernador holgaba con jovencuelas, ojalá doncellas; más tres *hamacas*, para Isabel y sus dos criadas.

Por fuera de los trazos con que Ulderico Saylor ya iba dibujando la villa, comenzó la construcción de otro *caney*, poco menos ambicioso pero con acomodaciones similares, para la casa de amores que debía estar terminada a la llegada de las seis fulanas sacadas del prostíbulo de Santo Domingo, el primero instalado en el Nuevo Mundo hacía trece años, clandestino por llegar al tiempo con fray Pedro de Córdoba, el primer «inquisidor provincial de todo lo descubierto y por descubrir», con más de una veintena de pupilas que al comienzo reportaron buen provecho para su cabrón, nadie menos que el secretario privado del Rey para los asuntos de Indias, el converso Lope de Conchillos, al que no pocos llamaban Cochinillo para mejor ajustarle su apelativo a lo marrano, que sin nunca haber pisado las Indias también se lucraba con otros sudores: los de ochocientos indios encomendados a la Corona. Estas fulanas fueron el corrillo más contemplado en la Hispánica porque «con su trata de amores con tantos solteros y casados solitarios entrados en las islas, preservaban la castidad de las mujeres destinadas al matrimonio», según sostenía el De Conchillos al tiempo que arreciaba los controles para no dejar pasar rivalidades. Mas allí les esperaba una dura competencia con tanta india destapada, de vibrante cuerpo lustroso, sin ataduras en sus conciencias y con más liberalidad en sus artes amatorias que las moriscas de Granada, con que traían tan embrujados a los cristianos, tanto que todos los que resultaron casados con ocho de las desamparadas del Cochinillo, tenían de a tres y cuatro concubinas *caribes*. A las restantes, las perseverantes en su oficio, y a las que luego llegaron a reemplazar a las que se fueron desposando, la aspereza del trópico les fue aflojando los vientres, ajando sus pieles blancas

y encaneciendo los cabellos, precipitándolas en el lastimero ocaso de las putas viejas. Qué diferencia tan marcada con la incomparable *Anacaona*, o Flor de Oro, poetisa y soberana de *Maguana* y *Jaraguá*, suma de encantos de mujer sensible y de hembra atractiva, apasionada e impávida ante el tiempo, que siendo abuela subyugara por igual a un feroz *cacique* como *Canoabo*, a un refinado capitán como Alonso de Ojeda, a un cosmógrafo letrado como Bartolomé Colón o a cualquier otro que se dejase tocar con la luz de su mirada, la miel de su voz y el menear de su desnuda hechura.

No obstante estar vigente la exclusión de pasar meretrices a las Indias, como el secretario real no oyera bronca alguna del inquisidor provincial, más dedicado a combatir la herejía desde su trinchera en el convento primo del Nuevo Mundo en la Hispañola, el Conchillos no dio su brazo a torcer e hizo asocio mercantil, a cambio de bendición moralista de los obispos de Canarias, de Osma y Ciudad Rodrigo, quienes sostenían que con las faenas de la putería se defendía la idealización de la mujer casada, casta y sometida a la pura función reproductiva, sublimada en María, la virgen madre de Dios Hijo. Así, tres meses antes de nuestra partida con García de Lerma, el secretario y los obispos tenían firmadas las cédulas para reinstalar el burdel de la Hispañola y abrir otro en San Juan, regentado por Bartolomé Cornejo. No fue otra la razón para que en nuestra armada entrasen camufladas algunas de las más reputadas de Sevilla, las que armaron su jolgorio en plena travesía y, aunque entre los vaivenes nadie olvidaba que la fornicación, aunque de goce pasajero, era pecado merecedor de la condena eterna, amparados por las ligeras teologías de los obispos, hubo poca contrición a la hora de las confesiones, tanto en los hombres por saber que los mismos frailes sucumbían en la tentación como en las mujeres, porque los confesores persistían en dar absoluciones bajo penitencias poco catequísticas.

En la dilatada carrera de las Indias, para evitar el paso de «llovidos» —que así se dio en llamar a los extranjeros y demás ilegales colados con marrullerías y sobornos—, se llegó hasta penar con la vida y confiscación de todos los bienes, si eran hallados en las naves. Dizque por dicho castigo se supo que los ahogados blancos flotan panza arriba, en tanto los moriscos flotan boca abajo, igual que los negros y los indios por ser de poca barriga. Si los llovidos logran alcanzar la tierra a donde van, los confiscan y expulsan y, como entonces no tienen cómo pagar el regreso, igual terminas flotando. Entre los ajusticiados o repatriados se conocen varios casos, mas nunca se recuerda de una puta o un judío, porque siempre con seducción y dádivas encuentran su acomodo. Tarde vine a saber que de las que entraron como criadas en las naos de nuestra armada, las más eran pupilas del Cochinillo y, por ello, tanto le incomodó a Isabel haber pasado por una de ellas, ya que por lo mismo la correteaba el De Cuaresma. Y para no dejar pastel sin destapar, Isabel me contó que Inés, la portuguesa, nunca estuvo casada con João: venía sometida a él para formar una familia en el Nuevo Mundo, porque en el Viejo lo tenían prohibido las meretrices.

Por estos años ya casi no se embarcan sirvientas castellanas, porque de las primeras casi todas salieron dañadas y, las que no, bellacas. Razón por la cual, si al principio se autorizó traer una esclava, ahora permiten hasta veinte, de las cazadas en Guinea o en Cabo Verde.

Si alguien creyó hallar su Paraíso de huríes al arribar a las Indias, fue porque así se lo hicieron sentir las venus bronceadas, las de miradas pichonas y rostros sonrientes que, por estar libres de creer que con regalar placer se puedan armar pecados y ofensas a sus dioses, fueron tildadas de «las mayores bellacas, deshonestas incontenibles, libidinosas insaciables y de muchos artificios para satisfacer su liviandad», dicho por

los mismos cristianos que no las hubiesen podido soñar de mejor disposición para aplacar el acoso de sus apetitos bajos. Nada se apuntó de los varones indios con quienes varias de las llegadas también se solazaron, porque, siendo españolas, se guardaron sus secretos y dellos nada más dijeron, sino que en nada eran celosos, lo que ya era sabido por lo oído de sus ritos nupciales, en los que la novia, casi siempre raptada de otras tribus, antes de la ceremonia, y nunca después, se echaba primero con todos los amigos del novio, achispados con licores de *maíz*.

Destas venus, que desnudas vestían su mejor gala, pocas vimos durante nuestros días en *Coriana*. La provincia estaba tan desolada por los anteriores esclavistas y las jóvenes se protegían manteniéndose enmontadas, que no quedaron sino tetas escurridas bregando en su *chacra*. Y a D'alfinger no le quedó otra vía para apagar a los solteros que hacer el encargo que hizo, con la recomendación de que «dentre ellas me traen a la Susana», aquella leonada con quien ya se había revolcado varias veces en la isla, por gustarle verla resudando su misma arrogancia, hablando a los gritos con que le decía «padrecito mío» en alemán, porque debía descender de teutones por lo rolliza y fuerte, aunque baja de estatura, pecosa y con ojos de un verde transparente, que siempre blanqueaba en sus múltiples arrobos fingidos. «Chiquita y tetona, si no es puta es ladrona», zumbó Isabel la primera vez que la vio pavonearse en Tierra Firme.

Con Susana y sus pupilas también llegó una muerte pestilente a entronizarse en Tierra Firme: bajo sus *enaguas* trajeron el mal de los putos, del que sucumbieron más inmigrantes y naturales que por las guerras que entrambos nos dimos, mucho antes de que asolara la viruela. Con ellas llegó el mal que castiga los huevos, en forma de póstulas malignas alojadas en las ingles de los aficionados a tales matronas, sin que

estos vieran gravedad por creer que se trataba de bubas, o mal de épián, del que ya se sabía ser común en las Antillas, donde *sailas* y curanderos conocen cómo vaciarlas. Si bien las bubas no se contagiaban por solo echarse las parejas, porque vimos muchos críos afectados por ellas, la confusión la armó desde el comienzo Miguel Díaz en la Hispañola, cuando contó que, por haber apuñalado en una reyerta a un paje de Bartolomé Colón, se huyó por un buen tiempo al monte donde se juntó con *Osema*, la isleña que lo pringó y, por estar cautivada de él le confió el secreto con que después se enriqueció en Europa, porque vendió el *Tratamiento de las enfermedades no operables* a un físico, o médico con bonete y vestidura larga, de universidad y latín. Le explicó cómo los *sailas* aislaban al infestado, le lavaban varias veces con el cocimiento de hojas de coralillo y *guayacán*, al que los agradecidos cristianos le llamaron «palosanto», que en pócima también le dan a beber. Luego le fregaban los bubones con las mismas hojas hasta que vertieran sangre y después tapaban las llagas con polvo de las mismas hojas secas machacadas y, si era civilizado, le cambiaban las ropas impregnadas de supuraciones. El médico difundió este procedimiento en el Viejo Mundo tanto para aliviar la sífilis o castigo de Syphilus como para la lepra o mal de Lázaro, sin que a ninguna pudiera reversar, porque siendo medicación para bubas no venéreas, no sirvió para atajarle la pudrición al Papa Alejandro Borgia ni a Francisco I de Francia, quienes yacieron con cuanta europea se les cruzó, mas murieron con la gana de al menos una india.

Lo traído por la Susana no fue carate ni bubas de indios, sino una peste algo parecida en tumores, dolores y calofríos, pero de agonía mucho más grave, que a los indios los lleva a la muerte y pocas veces perdona a los cristianos. El morbo entra sacudiendo el cuerpo con fiebres, luego comienzan a reventar las purulencias, no solo en la piel, pues parece apostillar también

por dentro del cráneo, creando desespero y hasta locura en los infestados. Esta terrible podredumbre que por acá no se conocía y menos tenía nombre, ni allá ni acá se pudo atajar con coralillo y palosanto. Hizo su primera aparición en el sitio de Nápoles, cuando Fernando el Católico libraba guerra contra Carlos VIII de Francia y en la contienda los itálicos la llamaron «morbo gálico» y los franceses le dijeron «julepe napolitano». Siendo como era una epidemia que se movía con los ejércitos, no faltó quién sostuviese que fueron los hombres de Vasco de Gama quienes comenzaron a sembrarla en las Indias desde 1498, cuando apenas comenzaba a ser estudiada sin fruto por físicos y maestros cirujanos dentro de las universidades, y paliada en las conquistas por los infaltables barberos-sangradores de vestidura corta, sobanderos y sacapotras, a quienes, por haber aprendido sus artes en medio de batallas, no les quedó grande recortar un pie o un brazo y luego sumergir un muñón en brea candente, cauterizar heridas ponzoñosas con grasa hirviendo de indio, extraer puntas de flechas con puñales, ni acomodar huesos rotos. Pero ninguno, ni los que recetaban en latín ni los que se bandeaban con lancetas, sabía algo de este morbo y no faltó quien dijera haberlo contagiado las esclavas negras para vengarse de los abusos de sus patrones.

Lo cierto es que la dicha epidemia llegó a Santo Domingo con los soldados y con las Cochinas, que así les decían por su cabrón. Pero fueron las indias las que más lo inficionaron, porque, unas por holganza y muchas por fuerza, andan revolcándose más con los venidos que con sus maridos, cambiando preñeces por chancros. Y en dos décadas ya no hubo calzas, faldas, hábitos, ropones o taparrabos que no ocultaran póstulas. Antes de ser tumbado a cama y luego a la sepultura, el infestado queda denunciado por no poder sostenerse en montura o por su andar doliente y oliente. Esta peste no ha parado

de henchirse desde cuando Colón en el fuerte Natividad rogó al manso *Guacanagarí* que protegiera a sus hombres, mientras él se devolvía al Viejo Mundo con los primeros bubosos que estaban moribundos porque no supieron como curarse; y cuando el navegante retornó a la isla, encontró que todos los suyos habían sido exterminados por orden de los *piaches* que no querían ver más de sus mujeres contaminadas con aquel padecimiento. Desde entonces y hasta hoy, el Diablo nos ha puesto a escoger entre las heridas por ofensas en las guerras y las dolencias por los cruces de solaz durante las paces, y en ambos casos el Diantre sale ganancioso.

Desde un año antes de nuestra llegada, por esta y otras razones, la Corona había ordenado que todos los españoles de sus colonias se casaran con sus mancebas indias. Pero, aunque mucho las apetecieron y usaron en lo oscuro, los linderos raciales impidieron encajarse con ellas en la luz y ante Dios, así les tocase enfrentar largos y costosos pleitos, y la tal ordenanza fue a saco roto. No así en el *Pirú*, donde algunos conquistadores se enlazaron con *pallas* y *ñustas* encumbradas de la casta dominante, muy agraciadas y mejor adornadas con el oro de sus dotes.

A las *caribes* se las prefiere de barraganas, como en la vieja institución de la «ingenua mulier», en la que, a una moza, aunque libre de servidumbre por naciencia, bajo leyes rancias, en la práctica se la sujetaba a su señor en vasallaje sexual. De ahí que, enredando la palabra árabe «barra», que para ellos es afuera, con la nuestra «gana», salió la ganancia marrullera de la «barraganía», la dulce holganza por fuera de los mandamientos de la Iglesia. Así, como la costumbre se hace ley, dieron facultad a todo hombre que no estuviese embargado, ni con orden de casamiento, para que pudiese hacer unión por afuera, sin temor de pena temporal, que de la eterna se encarga la conciencia, para tomando mujer de linaje o de hogar villano, donde más

ofreciera la abundancia y no estuviere mal de cuerpo porque entonces era caridad, solo que no estuviese virgen ni menor de doce años, ni que por la tal vida viviese con deshonestidad y que todo esto se pudiese sostener con un buen testimonio. Por esta misma institución fue sobreseído D'alfinger cuando en los años venideros, en un juicio de residencia, lo acusaron de permitir y no castigar el amancebamiento de sus gobernados, que, siendo cabeza, él mismo se echaba en su casa con la india que trajo de Santo Domingo, como era de público conocimiento, juicio en que se destapó su testamento, el que se estila antes de salir a las conquistas, y se encontró que mandaba que a su muerte «se diese a la dicha Juana de Castilla una buena cantidad de pesos en oro para su casamiento y no quedase como viuda». Gesto único del micer Ambrosio, que me obliga a concederle algo de afecto.

La construcción de la villa había desplegado gran actividad, aunque los castellanos seguían graduados de holgazanes y la paz comenzaba a sacar agrieras entre los hombres de guerra. Yo ocupé algunas horas largas en secar cueros de venado para dejarlos como parche de atambor y luego dibujar los naipes de una baraja corriente, para amparar otras setenta y ocho cartas con dibujos y signos cifrados que me iba describiendo Isabel, pero que, por el sigilo y escondrijo, no pude ajustarle más que veintidós, las de los arcanos mayores, dijo ella, con las que se hizo valer echando sus adivinaciones, porque dicha baraja no era otra que la del tarot.

—Cuidémosla del Santo Oficio —me pidió—, que por haberla prohibido desde años es que de ella nació la baraja de juergas, la que igual los gitanos hemos hecho servir para revelaciones, y por ello la Inquisición tampoco la ve con buenos ojos.

—Yo suponía que la proscripción de estos juegos era por las apuestas, que casi siempre saldan con cuchilladas.

—Igual dan estocadas al que pise una capa y no han prohibido los albornoces ni los capotes que los guasos extienden solo para torear broncas.

En el Viejo Mundo se hace mucha diferencia entre un castellano y un andaluz, entre un catalán y un vasco; más entre portugueses, napolitanos o genoveses. Aquí somos todos españoles, diferenciados de los alemanes, como los negros de los indios. No nos habíamos asentado en estas tierras y ya los chapetones empezaron a sentirse hijosdalgo: los bisoños recién entrados, caminando de chapín a saltitos por las picaduras de las *niguas*, tratando de falsear el estilo aristocrático y hacerse uno postizo, en que lo primero es no querer ir a pie por camino alguno, sino a hombros del desventurado que les caiga a las manos, o en *hamacas* como literas, con hojas descomunales para sombra y rapazuelos indios haciéndoles aire con abanicos de plumas grandes, con que también les defienden de la voracidad de los mosquitos. D'alfinger no cesaba de espolear por esto a los españoles. Pero podía más la inveterada apostura de pensar que el trabajo es cosa humillante e indigna para un hombre libre, y bien podían pasar de buena gana los mayores trabajos por una quimera o nadería, pero nunca abrigaban disposición para tomar un oficio. Otras actitudes tenían los alemanes, pensando siempre en hacer fortuna en el comercio o en la minería, que era su ambición inaplazable, la que les hacía desesperar por dar con vetas y veneros. Mas todos, alemanes y españoles, nos hacíamos servir de *naborías*, que es como los *taínos* llamaban a las mujeres y muchachos de servicio tomados por fuerza. No cesábamos de comer y cada uno engullía tanto como una familia de indios en tiempo de abundancia. Por igual, cada noche queríamos elegir una compañera de cama, como los aristócratas, las más de las veces forzando.

Luego de una jornada de caza, estando pasado del hambre y viendo que un indio traía unas *abuyamas* cocidas, Diego

Barahona lo asedió hasta lograr trocar algunas por un pedazo de fierro viejo sacado de una silla de montar, con el que el indio, a golpes de piedra, hizo una pequeña gurbia para ahuecar madera. Esto fue ocasión para que D'alfinger, habiendo prohibido dar artefactos de metal a los nativos, diera una vuelta de más a la tuerca de ajustar la inobediencia al sentenciarlo a pena de vida, por lo cual protestaron tanto sus compañeros hasta hacerlo aflojar y conmutarla por veinte azotes, que le dieron frente a todos y atado a un poste, a más de cargarle con cincuenta pesos castellanos de multa más cinco para gastos del proceso.

Para evitar más destas alteraciones y violaciones, el gobernador dejó prohibido que los cristianos entrasen en los *bohíos* de los *caquetíos*. Y como unos vecinos se quejaron de que les habían robado una *hamaca*, y el soldado Juan Delgado apuntara que Andrés de Quesada tenía una por *encabuyar*, el gobernador, sin más, por mano del capitán Juan de Ávila hizo atar a un palo al presunto ladrón durante dos horas de pleno sol, con la *hamaca* colgada del cuello. Estos y algotros escarnios fueron enconando el ánimo de los soldados, igual como se les fueron llagando a unos las piernas, por unas corrupciones que unos conjeturaban ser por sanguijuelas y otros por el morbo venéreo, de lo que, después de adolecer una semana sin que les valieran las sangrías, biznas ni clisteres, cuatro dolidos de morbo terminaron bajo tierra reseca y otros cuatro por mera cursera. «¿Qué más nos traerán estos bochornos?» —se preguntaban los chapetones y los baquianos les respondían—: «¡Lo que nos mata es la espera!».

Entonces D'alfinger comenzó a apresurar el alistamiento de salir a explorar los términos de su jurisdicción, pero antes debía dejar fundada la ciudad donde quedarían en cobijo los enfermos. Y así, en día consagrado a los padres de la Virgen María, dos años exactos después de don Juan de Ampués

haber encomendado esta ranchería a la abuela del Salvador, reunió a toda su gente en la plaza de armas y, subido en la tarima de la horca, con voz que se oyó hasta en la casa de jaranas, dijo:

—En nombre de nuestra Majestad, Carlos V de Alemania y I de España, amo y señor destas Indias, por cuya venia y poder conferido a través de los señores Welser soy vuestro gobernador, para honrar nuestro compromiso de erigir una ciudad en la provincia que nos ha sido confiada, doy por fundada la ciudad de Santa Ana de *Coro*. ¡Viva el Emperador! ¡Ihaá!

«¡Viva el Rey!», corearon todos y los alemanes agregaron en su lengua: «¡Viva largos años nuestro gobernador Ambrosius Ehinger von Thalfingen!».

Los castellanos quedaron súpitos porque no hubo los sabidos rituales de conseguir, limpiar y entronizar una gran piedra, ni cortar pajas para lanzarlas al viento, ni desnudar las espadas en correteo de caballero desafiando a quien se opusiere a la fundación. No hubo desfile, galas ni banquete, aunque de los Welser se hubiere esperado lo contrario, pero no estaba el cuero para hacer correas. La ceremonia pasó desapercibida para los herederos destas tierras, curiosos a distancia, mascando silenciosos hojas de *jayo*, de las que más al sur le dicen *coca*, sin los vistosos penachos de plumería que usan en solemnidades, sino como en un día cualquiera, desnudos, ellos con nada más que puntas de calabaza para proteger sus vergüenzas y ellas con su pequeño *bayoque* de algodón sostenido por un torcido ceñido a la cintura, sonriendo desconcertadas con sus dientes blanquísimos, perfectos, mientras los hombres enseñaban sus dentaduras negras, teñidas no por ostentación sino para preservación de los sarros del *mambeo*, con zumos de *pucurruquida*, yerba que masticada durante muchos días los esmalta sin que de por vida se les quite esta color que agranda, aunque entenebrece, sus risas.

—Después de la misa en honor de nuestra patona —acortó el gobernador—, para dar gracias a Dios y a su Santa Abuela Ana, y pedir su bendición de mantenernos con vida y ánimos para emprender lo que nos toca, pasaremos a la factoría para tomar juramento y dejar constancia del nombramiento del gobierno desta nueva ciudad, ¡Ihaá!

Que no fue sino uno, porque nombró a Luis Sarmiento como alcalde mayor y además como su teniente «para la tenencia de mis obligaciones y asuntos durante mi ausencia de *Coro*». No designó cabildo, que ni bien sabía cómo funcionaba, sino que encargó al nuevo alcalde de seleccionarlo entre quienes se quedaban: un par de funcionarios de la factoría, unos pocos vecinos para sustentar y no dejar caer la ciudad, una docena de soldados para la guardia, la mayoría de todos ellos con fiebre y afectados por llagas.

No hubo reparto de solares, «hasta no dar a conocer vuestros méritos». Ni siquiera aludió a las peticiones de los capitanes, hechas días antes a micer Uldarico, falta anotada por demás en el resentimiento de quienes ya tenían puesto el ojo donde plantar el limonero de refrescar sus años viejos. D'alfinger poco gastó de sus sesos y grasas en estos repartos, puesto que no tenía intención de colonizar con españoles, sino con los germanos que vendrían después. Estaba empeñado en ser, más que general de tropa alguna, conductor de la caravana que debía batirse hacia el poniente, hacia un gran lago del que se tenía noticia ser tan dilatado y de muchas riquezas y gentes, que podría dar sustento a su gobernación. A *Coro* la tenía vista como de respiro entre dos embarcaderos más a propósito para el gran comercio, uno por la mar de los *Caribes* y otro en la de Balboa, pues su misión era dar con la ruta para las valiosísimas especias de clavo, canela, nuez moscada y pimienta de las Molucas, pues por acá no se conoce más que el picantísimo *ají* de *caribes* y *taínos*, el putaparió para los chapetones, el mismo

uchu de los incas o el *chile* de los de más al sur, todos a cual más de escaldantes. Algo se ha oído de una vainilla tropical, fruto de una orquídea selvática de *Urabá*, como la mejor de las sazones, pero aún nadie la ha topado, salvo misser Codro, creo.

Aunque estos alemanes tienen titulada la gobernación, no piensan en enraizar sino en lo que pueda llenar la bolsa de los Welser, porque se sienten extranjeros en ella, peregrinos de paso. También los españoles se sienten forasteros en una provincia de patrones impropios. Y los indios son dueños sin noción de serlo, porque nunca han percibido propiedad, sino territorialidad sobre sus comarcas de posesión para sustento; son parte de ellas como ellas lo son de aquellos; pertenecen a donde moran sus antepasados, porque nunca cortan el hilo con sus muertos. Por eso se tornan extraños si les sacan de su ámbito y les meten en lugares ajenos; se vuelven melancólicos, como si les vaciaran la alegría y les cortaran el aliento. El alejarlos de su patio les aprieta más que las prisiones.

Micer Ambrosio nunca fue práctico en beligerancias militares y de ello dio varias muestras, era docto, y de los mejores, en previsiones y articulaciones. Primero ordenó a los carpinteros aderezar una de las naves en que habíamos venido, atracada en la Vela de *Coriana*. Al tiempo hizo construir a toda prisa dos bergantines, que no tenían más de ocho brazas de escora por dos de ancho y de escaso calado, dispuestos con dos velas, con banquetas para seis remeros en cada banda y cabida para una docena de soldados. Así metería por costas la mitad de los hombres hasta la boca del lago y de allí, con solo los bergantines al corso, entrarían a adueñarse de las aguas dulces.

Me ordenó que, siendo herrero, retemplara y asentara el filo de los machetes y las hachas para no quedar cortos en cortes, y que además, con los flejes de las barricadas construyera más colleras, cadenas y grilletes, porque los traídos los tenía en ocupación el capitán Gascaña, de quien se valió para ir

a recoger los indios de servicio por los alrededores de *Coriana*, porque con los pocos naturales de *Coro* no se podía dar sustento a la expedición sin despoblar las labranzas que mantendrían la ciudad. Como mi conciencia me apretara tanto como los herrajes atormentarían los cuellos de los cautivos, eché adelante lo del aderezo de herramientas, haciendo roña con lo de las yugadas. Cuando volvió a la fragua a apurarme a machacar sobre el yunque, me salió decirle que «estando tasado el fierro, que ya poco queda, si se me permite la insinuación, podríamos disminuir el peso de las prisiones sin que por ello pierdan seguridad», y como él gruñera que «Se harán como está dicho y ¡Ihaá!», yo me atreví a insistir que «asimismo si los cautivos sufren menos, rinden más», lo que fue como haber encendido una mecha de lombarda:

—Francisco, se os está saliendo lo roñoso y de poco fiar, mañoso, porque no soltáis palabra ni dais paso que no esté metido en cause. Además, os veo husmeando en todo. No dejaré en *Coro* ratón suelto a mis espaldas, por lo que iréis como peón del capitán Gómez de Anaya. Presentaos con él de inmediato.

En esto entró la algarabía de soldados arreando los prisioneros que juntó Gascaña entre los *arcabucos* y rincones del ruedo de *Coriana*. Recuas de cautivos a los que ahora no se les dice esclavos, sino «indios de servicio», por ya súbditos del Rey que se deben a su gobernador según les hizo traducir el rubicundo que allí representaba la Majestad, sin que siquiera supieran por qué les llamaban «indios». Eran cerca de cuatrocientos, entre hombres, mujeres y rapazuelos. Se sentaron haciendo corros sin que les aflojaran las férreas *cabuyas*. En varios, aún sangraban las heridas. Las indias de *Coro*, de su misma ascendencia, vinieron a lavárselas y ponerles cataplasmas de hojas con grasa de unas sierpes inmensas como boas llamadas *güíos*. Pero como algunos heridos las increparon con fuertes

significaciones, estas terminaron su caridad y los abandonaron a las severidades del sol. Hacia la media tarde, Isabel seguida de las indias con *múcuras* de agua fresca, los abrevaron con *totumas*, o cazos elaborados de corteza de una especie de calabaza cortadas por mitad. Juana miraba desde lejos.

—Estos *caquetíos* serán nuestros compañeros de viaje —me dijo cuando me acerqué a curiosear los despojados.

—¿Es que iréis?

—El miserable no se desprende de Juana y ella no quiere hacerlo de mí. Y cerca de ella, yo me siento asegurada. Además, el camino que lleva hacia el poniente acorta la distancia con mi Yago Tinajero.

Isabel siguió repartiendo agua entre los desventurados. El rostro de estos hombres es de buena hechura, aunque en algunos la cabeza es poco agradable, porque desde muy tiernos les atan el cráneo con tablillas, unas por delante y otras por atrás, o por los lados, para trastornárselos de una forma diferente en cada clan, con lo que entrellos distinguen sus linajes, con ostentación y jactancia. No lucían penachos de plumas largas ni estaban engalanados sus cuerpos con las pequeñas de pájaros variopintos, pegadas con aceite de *canaimé* para sentirse con el valor, vista y oído del gavilán, como se revisten para defender sus mujeres de los *caribes* de las islas que, sabiéndoles sosegados, les suelen robar las más jóvenes y bellas para cruzar sus descendencias. No estaban pintados para la guerra porque los cogieron en encerronas echadas de madrugada, mientras dormían en sus *hamacas*, que sirvieron para inmovilizarlos dejándolos dentro de su capullo. Solo conservaban las marcas de *bija* y *achiote* con que señalan su valentía para matar enemigos, que por el primero es una cinta en un brazo y al segundo la cenefa va por las tetillas, la tercera del rabillo del ojo a la oreja y, así, a más marcas más blasón y nobleza, porque nada se pintaban si el muerto

no había sido en lucha frente a frente, por lo tanto que abominaban la traición, que ni siquiera cazan venados ni conejos que estén descuidados o detenidos. Tampoco traían flechas, de las que no se separan desde que tienen fuerzas, porque se las habían recogido los soldados de las *barbacoas* dentro de los *caneyes*, donde las descansan cuando no hay caza ni guerras. Ahora eran hombres humillados, ayunados y doloridos, sin osar mirar la cara de sus captores, salvo uno mayor con una chiva rala, como perilla de mozuelo francés, que por ser muy raro entrellos criar algo de barba, lo tenían como elegido y le decían *Mecou*, que es como llaman a unos monos que tienen barba en el mentón, esmirriada y fea, a los que los cristianos les dijimos *micos*, que se crían casi tan grandes como los pigmeos de las selvas del sudoeste, por las riberas del *Tarra*.

Desde sus poblaciones habían apartado hombres de mujeres, porque separarlos era forma de ir rompiendo sus estructuras y hacerles sentir más desamparados. A los hombres los echaron por delante, como estrategia de ponerlos cual escudos, cargados con las comodidades y pertenencias de los capitanes y soldados. En la retaguardia enfilaron a las mujeres con los trastos y bastimentos de cocina y por las noches las dejaban separadas, para meter en las esteras a las más mansas, ya que a las enojosas las forzaban estando en la collera. Las indias fueron la segunda obsesión de los cristianos, después de metales y pedrerías, más en esta conquista en que no cabía codicia de tierras, porque, como fue capitulado, a los Welser no se les permitiría hacer repartimiento de fundos ni de indios. No les fueron permitidos como esclavos, pero ahí estaban encollerados los que más pudieron, como *yanaconas* de servicio, mientras les valían las fuerzas para seguir con vida en servidumbre, que para ellos le venía a lo mismo que presidio, peor que la esclavitud, porque el apretón de la collera no hacía tan sutiles diferencias.

Con la caída de la noche, cuando los cautivos calcularon que todo estaba dormido, de modo lento y quedo, las sartas se fueron enderezando y comenzaron a patear el suelo, como haciendo palmas, con un ritmo sordo y monótono. Luego fueron metiendo unos cantos, que más parecían lamentos, los de un lado respondiendo a los del otro. «Están llamando a sus ancestros —pensé— igual como lo hacen los negros en sus negras noches», solo que los africanos al final alegran sus encuentros y sus estrofas parecen gozosas, mientras que estos no salen de sus melancolías en tonos menores, como apabullados por las quejas.

Del centenar y medio de cristianos que entramos a *Coro*, para la marcha estábamos disponibles unos setenta peones, los más de nosotros chapetones, y tan solo ocho de a caballo. La suerte del micer fue haber ligado con unos capitanes bien curtidos como Gómez de Anaya, Pedro de Limpias y Esteban Martín. Sin ellos nadie hubiera podido hacer que los indios nos señalasen los caminos ya borrados por entre espinos y cardones, y «sin caminos ni labranzas las conquistas nunca avanzan».

Mientras los chapetones alistamos coseletes, morriones y hasta celadas, los baquianos andaban remendando escaupiles y sayos de mantas acolchadas con algodón, no del todo suficientes para detener ofensas de flechas y dardos, pero más frescos y livianos que las pesadas armaduras y cotas de acero. Los arcabuceros pulían sus pesadas escopetas y embutían los barriletes de pólvora en zurriones de cuero encebado. Los ballesteros ensayaban las flechas cogidas de las barbacoas de los indios para hacerlas servir como saetas. Con las piedras de asentar, todos repasábamos los filos de espadas, dagas y machetes, y aguzamos las puntas de picas y lanzas, primero que muerde la salobridad de la mar en estas latitudes. Hicimos alforjones de cueros de venado, apenas secos, duros y sin curtir, para nuestros atados de ropa que debían cargar

los indios desnudos. En uno quise meter varios pliegos de papel y frascos de tinta, pero, dado que al final andaba atareado con la forja y seguido de ojos vigilantes, no hubo forma de sacar más que un par de cuadernillas de la factoría.

En alistar la utilería mostrábamos alguna diligencia, cada cual según sus habilidades. Pero en los ánimos, en lo que cada quién esperaba o imaginaba, todos estábamos sellados y confundidos, porque no había comenzado el rebato y ya los valores andaban trocados: se miraba como a los más flojos a quienes pretendíamos las convivencias, mientras les iba creciendo la estima a los que voceaban y se preparaban para destrucciones, despojos, asolaciones y torturas, recordando que las conquistas no la hacen con canciones las meninas del costurero. Qué dirían nuestros padres y abuelos, que obtuvieron honor en luchar con iguales en armas y destrezas; qué no pensarían al vernos ensañados con gentes en su mero pellejo, sin más armas que palos y pedruscos, ni mayores ofensas que gritas y pernetas, sin más defensa que esconderse en los *arcabucos* y escabullirse entre las peñas.

D'alfinger no necesitaba ordenar sus pensamientos. Los tenía aparejados con las prioridades de la casa Welser, y la principal era hallar el paso para navegar su propia flota de mar a mar, para extender a Oriente el comercio que dominan, como el de la plata del Tirol y metales varios de Sajonia, de los paños flamencos y las telas de Friburgo, del azúcar y cáñamos de sus propias plantaciones en Madeira y de muchos otros trueques con que ejercen más dominio que si tuviesen un cuartel en cada pueblo. La segunda, escudriñar la provincia sin pretensiones de hacerle asentamiento de granjería, porque no era aquella su vocación y la explotación de maderas ya le había sido adjudicada al Ampués, sino para exprimirle oro y perlas que quedaran, y repararla reconociendo dónde podrían estar encubiertos los filones de plata, cobre, mercurio y demás minerales valiosos, algunos tal

vez desconocidos, para lograr su concesión. Y, de paso, sacar algunas piezas de indios, tanto para las necesidades propias como para vender en la Española, antes de que don Carlos cerrara la fisura que, a pesar de los muchos reparos que demandan los contrarios del «tráfico inicuo», había dejado entreabierto al condescender que «fuesen tenidos por esclavos los que hicieren resistencia, los que no se dejaren meter en la única Fe Verdadera, y los que de cualquier forma fueren contra natura»; salvedades hechas para abrirles camino a quienes veían traspuesto lo que se empeñó en probar don Juan de Ampués y por ello terminó en destierro y muerto tres años después, porque fácil era decir que resistían cuando solo huían, simple sorprenderles en sus cultos y hechicerías ancestrales, cómodo crecerles la fama del «caribalismo» —por confusión con canibalismo— sin nadie haber ha escudriñado en sus ritos y ofrendas de sangre, las de aplacar a sus dioses como las tuvieron muchos de nuestros pueblos conocidos en su pasado; porque era mondo y verosímil extender a todos las prácticas de unos pocos putos que, teniendo la aberración de Sodoma y sintiendo que esa es su condición, no la esconden, como sí la disimulan pajes y grumetes, y los capitanes que los meten en sus castilletes, y no pocos enclaustrados de quienes nada chisguetean sus correigionarios, los mismos alælados que, por no ver más que pecados y demonios entre los indios, dieron por aberraciones las lavativas que se hacen algunos embudándose con cañutos por el sieso, con *guanguayos* de medio brazo de largo, para meterse purgas de zumos de *coboba*, contra los parásitos que les inflan las barrigas.

Así en España los capitanes se hubieren ilusionado con que en esta conquista sus armas les ganarían más honra y respeto, al poco tiempo de estar aquí bien supieron que no hallarían más mérito militar que en una caza de jabalíes o de zorras y, por el contrario, porque una cosa es oír el cuento y otra ponerle el pecho, no habían imaginado cuánto sobrepasan

los peligros y los padecimientos, las hambres y las dolamas. Les quedaba lo de sacar cabeza a una vida más amable, con el oro y las perlas y, ojalá, con un par de esclavos sacados de *Coriana*; mas con lo visto, más los cuentos del Ampués, también comenzaban a juzgarla monda de tales ilusiones, después de rapiñada durante veinte años de otros haberse adelantado a barrerles las costas. Y les cundió el desencanto. Mas, con tener noticia del rasero haber escarbado menos al poniente, este afán hizo causa común entre los dos bandos que le echaron tierra a lo de la ponzoña en el pernil asado de venado para el gobernador, y se allanaron a hurgar hacia el lago. Los rasos de pata al suelo, así los ballesteros y arcabuceros como los de pica y adarga, se preguntaban sin atreverse a expresarlo, si en el reparto de recompensas los comandantes incluirían sus nombres tal como los asentaron en las cuadernas de adeudas, o solo comprometían sus propios egoísmos.

En el último día de julio me buscó el micer, con una varilla de fierro de una yarda de largo en su mano:

—¡Eha, forjador!, estamos a poco de partir y hay que asegurar los indios de servicio, tanto los recogidos como los que hagamos en la correría. Para mañana necesito el caduceo de marcar al fuego, con la uve doble. —Y como me viese el pavor en los ojos, agregó con sarcasmo—: Es que alguien no tuvo la buena previsión de suficientes colleras y cadenas.

Esa noche no pude dormir demandando las respuestas que aún no he hallado. Tampoco puede sosegar me en las dos siguientes, porque los vientos de *Coro* no quisieron llevarse el olor de las carnes quemadas, ni sus gritos cuando los herraron como a becerros, abajo del hombro izquierdo con la W.

Y así, esa W que ni siquiera es letra nuestra, sino tan solo un subterfugio para significar el sonido uve de la semiconsonante *u* germana, comenzó a marcar que esta conquista, hecha en tierras castellananas por manos castellananas, era bien ajena.

Capítulo VII

DE CHAPETONES POR EL *MORACAIBO*,

donde encaminados por los baquianos,
aparejamos una ranchería en la boca del lago y
bojamos su contorno probando el filo de las espadas
con buen logro para los alemanes y el recaudo de
las arcas reales, aunque no tintineara un
maravedí en las bolsas castellanas

Ni tan siquiera una mano de D'alfinger sabía lo que movía la otra. Mientras inculpaba a Juan de Ampués ante el Consejo de Indias por querer sonsacarle los hombres para las islas Gigantes, sobaba en amistad y atraía con promesas a dos caudillos del factor, Esteban Martín y Pedro de Limpias, para que con algunos de sus soldados se quedasen en *Coriana* porque, con haberse hecho baquianos con don Juan, harto de sustancia conocerían de la provincia. Entrevió en aquellos capitanes un guiño de disconformidad con Ampués por no dejarles sueltos en apañar esclavos y no tuvo más que presionar con un par de promesas, de las que varios querían oír para quedarse. Los alemanes decían no tener otra causa para hacerle ronda al lago que la búsqueda de un lugar apropiado donde escoger las doce leguas de tierra concedidas para su factoría. Otra cosa apuntaba el apronte de las cosillas de trueque, de colleras y cadenas, porque harto los animaba su porción sobre «los provechos de lo que los indios nos quisieren dar en las entradas», como llamaba con sorna al botín, obligado a ser cuantioso por lo crecido de la avidez y el número dentre quienes repartirlo.

Pocos ofrecimientos se necesitaron con Juan García y otros cinco que tenían esposa con criaturas ya paridas en esta tierra, y no se atrevían a dejarlas con los infestados en *Coro* ni, menos, a llevarlas de estorbo y embarazo a las islas, por creer que los *caribes* estaban alzados desde el paso de la armada de Baso y Zabala. Sayler les prometió admitirlos con mujeres y críos en las naves que comandaba, donde tendrían acomodo con las demás, salvo Juana y las del servicio de los alemanes que entrarían por tierra. Las pupilas de Susana fueron dejadas en su casa de amores, como únicas vecinas, esta vez dadas a otra misión: la evangélica de dejarse crecer el vientre para multiplicar los españoles en *Coro*.

Entre las de su servidumbre, el micer metió una nueva. Una joven *caquetía*, harto bella y tentadora, con la que se tendía Cristóbal de la Puerta, por lo que quedó muy atormentado dicho soldado que la tenía dispuesta para su solaz y servicio. Y como clamase y reclamase con voz dura que «cuál conquista de Indias es esta, si no se pueden rescatar indias, porque en lo demás hasta ahora nadie ha visto algo más que promesas; y esta india ya es muy mía desde más de dos meses» y, subiendo más el clamor, agregó que «voto por mi hombría que si este miserable me la despoja, no faltarán los veinte compañeros de mi escuadra para irme con ellos a Santa Marta, en vez de estar oliendo mierda alemana, que ni para criar moscas sirve», palabrería que llegó al gobernador, de buen oído para el croar de sus soplones, a los que llamábamos sapos por rastros y venenosos, por cantar escondidos sin saberse desde cuál pozo, y por cuya delación hizo acudir al capitán Bartolomé de Santillana:

—Siendo este sublevado de vuestro pelotón, queda confeso que entre los vuestros se está tramando un motín —le espetó—. Cosa deslucida para vueseñoría, señor de Santillana, en quien he venido pesando para hacerle mi teniente

y capitán general. ¿Estáis de acuerdo en que al De la Puerta le cabe pena de vida, para que, de paso, nos valga para ensayar la horca?

—El dogal es la pena que se ajusta a la traición y si no damos escarmiento a la tropa, pronto haremos carnicería entre nosotros mismos, excelencia —asintió el áulico con deseos de no dejarse deslucir por el encoñamiento de un soldado.

—¡Ihaá! —graznó y volteó su orondo trasero a grandes pasos, arrastrando los talones.

Le cortó el camino Sayler a sosegarle el ánimo, diciéndole en alemán que «están tan templadas las cosas con estos desbragados españoles, como cuerda de ballesta; no creo que haya tal motín, sino coces de potro entero porque le montaréis su yegua, y potras sobrarán en adelante para bajar todas las arrecheras, que igual se le pueden quitar al soldado capándole». D'alfinger dio su ánimo a sosegar, porque ya estaba apaciguado con pensar en relamer la *caquetía*, e hizo llamar a Santillana para aparejarle que con un buen escarmiento habría. Pero el capitán se había apresurado a no dejar sombras sobre la lealtad de su gente, y se le había ido la mano con tormentos recios en busca de confesión, con los que no le arrancó más que «a su frondia puta Juana se la holgó ya toda la tribu y, ¡voto a Belcebú!, que la habrán de fornicar hasta los perros», por lo que más torcieron las cuerdas hasta que lo dejaron manco de ambos brazos. Y así quedó el Cristóbal de la Puerta entre los desvalidos de *Coro* por más de un año, sin poder pasar bocado si no se lo daban en la boca y aún hoy no puede servirse sino del izquierdo. Y la joven *caquetía* quedó encajada en la servidumbre de su Juana de Castilla.

En el primer sábado de agosto, saldríamos de *Coro* los de a pie a escudriñar el lago por la orilla del levante y, en la semana siguiente partirían hacia la Vela de *Coriana* los que irían costeano hasta la barra donde se une el golfo de *Coquibacoa*

con el lago, boca ya reconocida por donde entrarían a dominios del *cacique Maracaibo*, que podrían ser una gran isla, antes de dar en un istmo del que no se conocía más que la costa trazada en las cartas de Bartolomé Colón y Alejandro Zorzi; y en los portulanos de Ojeda, Juan de la Cosa y de Piri Reis, cartas y mapas contruidos sobre la concepción de tres continentes en el globo, mostrando Asia a la altura de *Managua*, después de *Coriana*, *Canchiete* y el golfo de *Urabá*; de los cuales se dedujo la posibilidad del paso a las Indias Orientales, por creer todo un istmo hasta la *Guajira*, una prolongación de donde Balboa topó la mar del Sur, como lo puede atestiguar el capitán Gascuña, de oídas, porque en verdad nunca tocó sus costas no obstante haber estado muy adentro de *Urabá*. Aunque las triangulaciones de Vespucci publicadas por Waldseemüller aseguraban ser esta Tierra Firme otro continente, como lo dejó de a puño Magallanes y Pigafetta al circundar el mundo. Por allí debíamos encontrar un paso aún no marcado, porque así le entendieron los baquianos a los *caquetíos* en *Coriana* cuando les señalaban que «lejos hay infinitas aguas mansas», o «pacíficas», según aquellos lo escuchado a otros naturales del poniente y estos a los de más allá, todos de hablas diferentes.

Ese primer sábado, seis de agosto, día de la Transfiguración del Señor para los cristianos y en la antigüedad consagrado a Saturno, fue un día bien señalado, en especial para los chapetones, por ser nuestra primera incursión de conquista en las Indias. Al alba, los tres sacerdotes que nos acompañarían concelebraron una misa de petición para salir bien librados en travesías y acometidas, con eucaristía general, incluso de los teutones que con ello disimulaban sus simpatías luteranas. Luego hubo bautismo masivo para los de carga y servicio. Primero para las indias jóvenes que casi todas quedaron llamándose Juana, Isabel o Ana, sin que a ninguna le llamaren

María, como la Madre Virgen del Dios Hombre, porque por lo general estos acristianamientos se hicieron con advocación a las santas no vírgenes y antes de los desvirgamientos para evitar que el abuso y holganza con infieles, que era escandaloso y condenable por el Santo Oficio, como igual estaba prohibido desde siglos echarse con moras o gitanas sin mediar el dichoso sacramento.

El ambiente amaneció cargado del fervor que se rebose cuando se siente la necesidad de sustento divino, pero poco a poco fue barrido por el rigor reverberante del verano, más quebrantador bajo los faustos dispuestos para marcar la partida de tantear y señorear la gobernación. Cada capitán congregó su pelotón y recontó sus hombres, en entre una y dos docenas. Luego vino el desayuno de torta de *cazabe* con algo de miel silvestre y ración de carne de venado ahumada. Después la revista de catadura, para empezar a meterle disciplina a la tropa, comenzando porque nadie desabrochara las vestimentas con que deberíamos parecer militares, ni los bisoños se desbandaran a los *bohíos* a disimularse en la sombra, cual indios flojos.

El más hervido dentro de sus ropajes formales, los que nunca pudo abandonar por descender del gremio de sastres, fue el gobernador. Por ello no esperó a más etiquetas y ceremonias castellanas, sino que desde su cabalgadura, escuriendo espumas bajo una guarnición de mantas para evitar la ofensa de flechas enyerbadas, de chumberas y abrojos, tronó:

—A marchar ¡Ihaá!

De cara al sur, hacia las montañas de los *xidejaras*, partió la vanguardia del capitán Esteban Martín, el más entendido en la lengua de estos indios. Detrás cuarenta colleras de diez cargueros asegurados por el cuello, con los bultos escaldándoles la marca fresca del fierro, entreverados con los enlistados por Gómez de Anaya para guardar las fugas.

Luego el grupo del gobernador: unos pocos alemanes, su guardia personal y después la Juana de Castilla, como Reina en *hamaca* de ocho portadores, rodeada por Isabel y demás de servidumbre. Al final, arreada por la retaguardia, la chusma de indias *naborías* con sus hijos pequeños en los brazos o correteando a su lado los mayorcitos que no se les separaban, algo más de doscientas, unas con un pretal a la cabeza sosteniendo todo el carruaje de pucheros de hierro fundido, vajillas para los señores, barriletes de vinos, aceites y vinagres, carnes de cazas y pescados *muquiaos*, es decir, sahumados con leña verde para curarlos, y en envoltorio de grandes hojas para que las moscas no los llenen de cresas. Otras con sus *catumares*, o canastas de hojas de palmas entretejidas, atestadas hasta con tres arrobas de *yuca boniata*, de *cazabe*, semillas de *maní*, frutas y demás bastimentos para sus nuevos amos, sin que se viera lo de comer los cautivos, llevado a escondidas por ser cosas inmundas, como esos *mojojoi*, que son gruesos gusanos rellenos de grasa que se crían en las palmas y los engullen por vicio con grillos, hormigas gordas y toda suerte de insectos, siendo que en sus tierras tienen carnes de buen gusto, de dantas o *tapires*, de *iguanas*, *lapas*, *tinajos*, berracos, *borugos*, *picures*, *ñeques*, armadillos, venados y liebres, pero estando encadenados no pueden cazar ni traerlos porque los cristianos darían buena cuenta dello, por lo que nunca se supo con qué se alimentaron ni cómo calmaron la sed, yendo aherrojados por los cuellos y con cargas a las espaldas, imposibilitados de alguno agacharse a tomar de una fuente, sin que lo hagan en concierto los atados a la misma *cabuya*, bajo el chasquido de un látigo marcando el compás por piernas y nalgas. Por esto se van secando semana a semana, día tras día, hasta que a los dos o tres meses desfallecen y hay que reemplazarlos con los que se logren hacer por donde se esté pisando, trama desfavorable porque, siendo de diferente dialecto y dueños de su

provincia, en los mismos caminos van concertando emboscadas y huidas con las sombras invisibles de sus parciales que a distancia los siguen amparando, si es que antes no los otean y desgarran nuestros perros.

No obstante ir por terrenos llanos, no avanzamos más de dos leguas en el primer día. Los chapetones no encontrábamos la maña y mientras unos se apegaban al ralo refresco de arbustos de más espinas que hojas, a otros los desviaba un lagarto o una culebra. Una que otra *cabuya* de forzados intentó desbandarse con disimulo por entre los cauces secos. Varias indias trataron de saquear el *catumare* de la que iban por adelante, en busca de algo para yantar sus críos mocosos y desfallecientes por sed. Las filas se fueron alargando por los senderos de cardos, polvorientos y mal acomodados para recibir caballos, perros y tantas gentes. Hacia la hora del retorno de las garzas y *guacamayas*, cuando el azul limpio del Cielo comenzó a empastelarse con arboles amarillos y rojizos, mientras los desnudos *naborías* levantaban tiendas de lonas para los alemanes y los capitanes, y algún amparo de ramas para el resto de la tropa, nosotros nos atareamos a sacar las espinas de los sayos, para que no pasaran a nuestras piernas y brazos, donde de inmediato se clavan y fermentan los enconos que cabalغان en los vientos tórridos.

Apenas se oscureció la primera jornada de las tantas que ya no tengo cuenta, el indio de las barbas de *mecou* comenzó un canto que secundaron sus gentes, marcando con los pies un compás manso que semejaba goterones y, con urgirlo cada vez más, fue como lluvia franca, como lo fue el chaparrón que amenazó de pronto improvisado en el verano y de súbito se desgajó fuerte y corto. Fuera porque ya iba a llover y ellos lo sabían, o porque con el pataleo atrajeron el temporal, los cautivos refrescaron sus dolores dejando rodar por las pieles peladas el consuelo enviado por sus dioses. Cuando pasó el chubasco, se dieron a cantar suave y ameno un *mocoi*, que

según le explicó la Juana de Castilla a Isabel, es su himno a la lluvia, un reconocimiento a la entraña de la naturaleza por haberles compadecido, porque presos y sin la lluvia perecerían en la travesía por estas arideces. Isabel le respondió que «si algo voy entendiendo, es cómo dolor y canto, sol y lluvia, fresco y vida, siendo cosas distintas están todas en íntima ligazón» y Juana le reconoció que «con vuestra penetración de mujer, pronto llegaréis a entender cómo la trabazón que mantiene el ajuste entre lo palpable y lo que no se deja conocer, esa telaraña tan fuerte y sutil, es tejida por el aliento de *Gua*».

Nuestra derrota iba primero al sur para luego cargar hacia el poniente. Esteban Martín, haciendo valer su soltura de lengua, averiguó entre los indios que primero estaba una *mo*, o extensión de agua, por donde mostraban al ocaso con el brazo extendido; y más adelante y algo al norte otra gran *mo* que estos indios no conocían, que debía ser mayor, acaso alguna mar. Esta interpretación me sonaba discutible, porque Juana nos había enseñado que *mo* era agua dulce y, según la entonación y unión con otras voces, señalaba un estero, una laguna, e incluso un gran caño o un río. Pero el capitán se reafirmaba con certeza y, siguiendo las señales, pocos días después su avanzada llegó a *Coromuexi*, o boquerón de *Coro*. Entendió que pasando el enlace de montañas altas y siguiendo lejos al mediodía, estaba remota la entrada a un reino de gentes vestidas con galanura, con casas y alcázares de piedra, entre los cuales pacían animales grandes de carga, donde se decía haber llegado por la mar gentes de barba, no entendió bien si hacía pocos años, o cinco edades de a veinte. Noticia que, tres años después, nos pareció similar a otra oída cuando con Íñigo de Gascaña nos internamos en el valle de *Uniarari* y nos señalaron que, pasando las montañas hacia el sur, habitaban gentes ataviadas, que se decían los *guanés*, o sea, los verdaderos de *Gua*, que, a más de guardianes de los saberes

antiguos, eran diestros urdidores de mantas finas con figuras y arabescos de recordar sus tradiciones. Lo que no atinaron a indicar los informantes fueron las distancias a cada uno de estos reinos, que no eran el mismo, sobre los cuales por aquí apenas tenían vagas nociones, ya que poco se aventuraban más allá de sus vecinos.

Las siguientes jornadas fueron atolondradas, embarazadas, torpes. Los aherrojados y los de servicio, por ir demasiado cargados, a duras penas arrastraban los pies para no dar en tierra. A los *naborías*, de quienes se suponía estaban con nosotros sin otra imposición que la servidumbre a nuestro Rey, se los distinguió con algunas prendas españolas, unas calzas, un camisón o una *enagua*, mas, en vez de sacar vanidad de ellas, trataban de dejarlas en jirones entre los abrojos, porque le cocinaban a fuego lento por no estar hechos a este uso. Además, les machaba el orgullo venir sacados de sus parcialidades, arreados lejos de sus familiares, del lazo que más les aprieta, aun estando muertos.

Nosotros, por novatada de los alemanes y a pesar de la opinión de los baquianos, cual procesión de reos de Torquemada, enfundados en unos sayos como sambenitos, aunque más largos, casi a la pantorrilla, con la cruz de Santiago pintada sobre el pecho con zumo de *achiote*, además de que cuando se oliere el combate nos encimábamos el peso de unos acolchados de mantas de algodón rellenas con desas mismas motas puestas en orden hasta el grueso de dos dedos, provistos de flecos o cairos para anudarlos por los extremos a manera de puntadas y así unir pechera con espaldar, y agregarle las mangas y la babera de proteger la nuca y la quijada. Algunos venían acompañados de coseletes, morriones, celadas y hasta con arneses para los aceros, todo de tanto estorbo y acalamiento que a los pocos días terminamos por desecharlos. Los de la vanguardia, temerosos de las flechas enyerbadas de

los *caribes* de las montañas, aunque no estuvieran seguros de que allí la usaran, habían sido aprovisionados de cueros secos de venado o de danta para, reforzar su encofrado. Tampoco faltaron los baquianos llevando un morrión de acero colgado sobre su espalda, para protegerse de los *macanazos* y pedradas cuando se metieren a revolver los *bohíos* en busca de idolillos de oro y bastimentos. Tanto los de acaballo como los peones llevábamos unos alpargatones acolchados, grandes como zamarras, ajustados sobre las mediascalzas hasta por encima de las rodillas.

Después de las marchas iniciales, cuando ya estuvimos ciertos que por acá no enyerbaban las flechas ni sembraban estacas emponzoñadas en los pasos obligados de los caminos, cada uno fue haciendo atado con lo que más le estorbaba y el *bojote* iba a dar sobre los hombros de la carga. Porque de los peones tener todo ello puesto, casi no podíamos mover una coyuntura, difícil dar paso y menos hacer esgrimas si nos hubiese tocado darle uso a la espada. También iban pelmazos los jinetes, casi sin poder montar ni desmontar, como empalados, tiesos sobre sus cabalgaduras dobladas con el peso de sus testeras de lienzos y algodones, desde la cabeza, por el pescuezo y todo el pecho, a más de otras mantas desde el arzón delantero para cubrir flancos, ancas y piernas del jinete y del caballo, en un solo paquete exagerado del que además colgaban armas, cuerdas y alforjas, un espanto que mete terror al solo verle asomar cuatro ojos, un engendro del que salen espumas, pedos y relinchos, una turbación para las ánimas mondas de los indios, aun de aquellos que los habían ayudado a aderezar y les seguían temiendo aún después de desenjalmarlos, porque los espantajos les perseguían en pesadillas.

El barbero Albear, algo sabido en las cirugías de los moros de Granada, fue el primero en recibir lapsos de cañas, por pedirle a micer Ambrosio licencia de volver el camino a recobrar

algunas de sus lancetas olvidadas en *Coro*. Le molieron las costillas, pero se cuidaron de dejarle bien de piernas para que pudiese seguir, y de brazos y manos para lo de su oficio, para el cual le tocó afilar dos cuchillos de rufián.

Desde antes de la partida, el gobernador había dejado despejado que no consentiría malos tratos en los indios que fuésemos encontrando, ni rescatar con ellos siquiera una perdiz. En lo primero, los sueltos de lengua dijeron que ya lo habían ablandado los coños de la *táina* Juana, de la *caquetía* del Puerta y de cuanta *china*, o indiecita despuntando tetas, se cruzaba por su vista. En cuanto a lo segundo, era claro que quien habría de embolsar todos los pillajes era él, con pretexto de quintar lo del Rey y sacar lo de sus patrones. Mientras los soldados seguían sin saber de dónde iba a salir siquiera lo de saldar sus tristes cuentas, los capitanes remendaban en su conciencia lo concertado en secreto, pero ahora se olían que por más que sudasen ceñidos como crisálidas, de no avisarse, todo iba a ser para los extranjeros, nada para ellos. Por eso, apenas comenzaba la entrada y ya querían hollar hasta los más íntimos rincones, en busca de saciar sus codicias de opulencia y apetencias de varón, antes de terminar tragados por la *manigua*.

Trastocamos por las poblaciones de *Curimagua* y *Aragua* hasta llegar a *Churuguara*, ya en dominios de los *xidejaras*. Continuamos al sur, por donde el río *Tocuyo* serpentea entre montañas, por entre señoríos de *cuibas* y *cuyones*. Rebasamos la serranía de *Baragua*, dejando al levante a *Guari* y *Bucare*. Descendimos por las provincias *bobures* sobre las vertientes a la laguna, hasta *Xuruara* o *Xuguara*, el pueblo más meridional que tocamos, asentado en una región calada por las aguas que bajan de unos picos nevados, tierras de condición próspera para la agricultura, donde demoramos cinco días en explorar y juzgar las comodidades de fundar una ciudad,

con labrantíos, caballerizas y ganados de los que se crían en la Española, todo lo más por insistencia del capitán Martín, quien fue el que menos se estuvo quieto y en su avanzada fue a dar a la culata del lago, por donde le entran los ríos *Guamí* y *Chamá*, este último el mismo cuyas aguas habrían de salvarme la vida cuatro años más tarde.

Las menestras sacadas de *Coro* no ayudaron más que por una semana y a lo largo de la travesía solo acertamos con aldeas vacías de fogones humeantes, pero sin nada para la boca, y con labranzas peladas de toda cosecha. Revolvimos todo por donde pasamos y apenas si sacábamos lo de mantenernos al filo del desfallecimiento, porque hasta las lagartijas se huían con la bulla y el bulo de los setenta cristianos más los indios ya dichos. Duro la pasamos porque no hubo aldea en que siquiera cupiéramos tantos. Y más duro porque poca cosa de oro les topamos, por ser gentes pobres, de aderezos de meras semillas duras y conchas de mar, sin idolillos dorados porque, lo supimos después, lo de brillo iba a dar como ajuar a las sepulturas de sus señores, las del piso de sus ranchos, donde nadie sospechó y menos escarbó por ir arriando D'alfinger, obsesionado con que lo de sustancia estaba más adelante, según le señalaban por intermedio de Juana los pocos que pudimos apañar.

Al menor descuido, cada capitán con su tropilla entraba tanteando aldehuelas de cinco o seis *bohíos*, en los que se metían como hormigas a hurgar hasta en los rescoldos de los fogones, porque nunca nos quitamos de las molleras la ilusión de topár pectorales, manillas, narigueras y *chagualas* que, luego de majarlas, cada uno metía en su bolsa, a escondidas de los alemanes.

Poco rebusque pudimos hacer los del piquete del Gómez de Anaya, la docena impuesta a vigilar las cadenas de cargueros, en la línea central de la marcha. Sin proponérselo,

cada quien fue encontrando como un sitio; el mío cerca del viejo *Mecou* a quien algo podía entenderle de su hablar cansino. Me ganó la compasión cuando vi supurar la W llagada en su lomo huesudo, escarmentada bajo la canasta de cargar lo de las misas de los frailes. *Mecou* no entendió palabra, pero sí la discusión en la que por poco hay puñetes con el cirujano Albear, cuando le fui a rogar por una cucharada de aceite de Aparicio o de saúco, o un poco de trementina para cubrirle la herida y evitar la gusanera, o al menos algo de pomada de aliviar las peladuras de los jamelgos, y el práctico me despachó a los gritos de «si ya no hay pócimas para los cristianos, menos para engendros salvajes. Que se la tape con su mierda, como a las reses se las cubren con boñiga. Reclamad a los alemanes, si tenéis cojones, la burrada de ponerles la marca en el lomo y no en el culo, donde menos les hieren las cargazonas».

Entonces *Mecou*, aherrojado y dolorido, me fue señalando a los lados del camino algunas hojas de matojos, retoños de trepadoras y pencas tiernas y carnosas. Por las mismas señas me hizo cortarlas y entregarlas a los indios *encabuyados* en su misma cadena. Venida la noche, Isabel me ayudó a volver cenizas unas hojas de palmiche, a las que luego de aplacadas con agua les fuimos agregado otras verdes maceradas y la baba gruesa que salió de abrir y colgar unas pencas, como salvia. Del menjurje resultó un unto que se sentía refrescante. Lo apliqué en la herida de *Mecou* y al instante aparecieron las mujeres de servicio, tomaron lo sobrante y desaparecieron a sanar otros dolientes. Me acuclillé frente al viejo que me sonreía en correspondencia, mientras yo observaba sus dientes renegridos, su bigote de nutria y la rala barba como de chivo, la piel cobriza de tortuga vieja, el cráneo cónico como modelado en cera de abejas silvestres, alargado como dizque eran los de los antiguos astrólogos egipcios; desnudo, musculoso, enjuto y aherrojado por el pescuezo, que me hizo recordar

la paradoja que buscaba mi amigo Luis Vallejo de Vargas, a quien le habían encargado una escultura de la Virgen del Garrote para la catedral de Barcelona y no encontraba modelo para un Satanás humillado y encadenado del cuello por la Madre de Dios, aunque con la preeminencia y fortaleza del ángel caído. Al engendro, como le dijo el barbero, nada más le faltaban cuernos y rabo para cumplirle en todo a mi amigo. Mas al ver la llaneza y retrainamiento de *Mecou*, sonreí por mi candidez, ya que tal inocencia de alma en nada le hubiera complacido la aspiración del escultor. Y con devolverme la sonrisa se nos salió una media risa, con que sellamos un ralo entendimiento, que más parecía curiosidad. Mas al enderezarme y ponerme en pie, de mi jubón salió frente a sus ojos el cordón con la llave de los enredos y el emblema del Círculo de la Ciencia Nueva. Alargó su mano y tomó la medalla para palparla y cerciorarse de lo que le veía con tan poca luz. Entonces hizo una reverencia como mejor pudo desde sus prisiones y me aclamó con voz estremecida:

—¡*Chagua!*

«*Chagua, Chagua*», repitieron por lo bajo los demás prisioneros, con cabezadas de asentimiento. Juana le tradujo a Isabel que *cha* significa mensajero y *gua* el aliento de la existencia o semilla del universo, sin que mi amiga tuviese certeza de haber entendido bien.

—Vos, tan terrenal, ¿mensajero de un dios? ¡Qué desatino! Para creerlo necesitaría que me mostrarais vuestro Paraíso y mil milagros más.

—Si se me diesen dos milagros, el primero sería para volveros la alegría de Adelfa; después tendría que pensar mucho qué podría enderezar sin torcer lo que cada acción trae atado consigo. —Y como comenzaba a sentirme azorado, me puse la careta de bufón—: Si vos misma ya me habéis creído vuestro arcángel guardián, ¿por qué no puedo ser un recadero alado

destas gentes? Y en cuanto a llevaros a mi Paraíso... esperad a que salgamos destes purgatorios.

Con el acomedimiento de algunas *naborías*, la hechura y aplicación del bálsamo se multiplicó con los días. Y como *Mecou* no aprobaba el uso del unto hasta tanto yo impusiera las manos sobre cada *totuma* colmada, algunos camaradas tomaron cuenta de lo que pasaba y no diré cuántos gracejos me colgaron, que el menor fue llamarme engañabobos y sacapotras. Pero se les pasó la sandunga cuando comenzaron a ver curadas las póstulas de los herrados y acabaron por pedir con disimulo que les aliviara, ora una ampolla sacada por la alpargata, ora una canilla desollada contra un pedrusco. Cuando aportamos a *Xuguara* supe de unos soldados dedicados a rebuscar las yerbas, por orden disfrazada del capitán de los de a caballo, dizque para sanar las mataduras de las cabalgaduras. Entonces, con disimulo le hice saber a Enrique Sayler que, «según *Mecou*, de equivocar los matojos, se podría producir un efecto contrario. Que mejor era liberar al viejo, de cuya custodia yo me encargaría, para que con su medicina fuera curando las llagas a tanto infestado que ya no podía ni soportar el sayo». No pasó mucho tiempo para que *Mecou* fuese liberado porque, más que soldados y caballos, era el propio capitán quien llevaba una fístula en el culo, que lo traía cabalgando ladeado, soltando abominaciones a cada sacudón.

Entonces quedé como esposado con *Mecou*, él dado por señas a ser mi mentor en cosas de las Indias, sin cejar hasta dejarme bien aprendido. Con ayuda de la Juana supe que el primer *Mo* reseñado por los *caquetíos* eran los tantos estuarios que en épocas de lluvias crecen y se unen como uno solo por las crecientes de los incontables ríos que entran en el lago, que en verano se recogen a los cenagales del estuario de un río que llamó *Catatumbo*, a pocas jornadas por el poniente de la culata del otro *Mo*, que era este mismo *Moracaibo*, que en

su lengua significa «unión de aguas de las montañas», lago de recibo de más de las ciento veinte bocas de afluentes que le contamos durante el año en que lo bojamos.

Por *Xuguara* metimos nuestras manos en el *Moracaibo* el día de la Virgen de la Caridad, el ocho de septiembre de 1529, por lo que dimos en llamarlo Lago de Nuestra Señora. Lo primero que hizo la chusma de servicio, en tropelía y algarabía como de moros, fue purificarse en sus aguas, como venían haciéndolo en cuanto río y quebrada cruzamos durante la travesía.

De tanto ver nativas en cáscara, Isabel se dejó igual para meterse a retozar con ellas en el agua, dejando que deslizara mis ojos por sus ondulaciones y repliegues, y cuando le dije que «no tentéis tanto al Diablo, que el Diablo enciende los fuegos...», ella me respondió con una vieja copla de la morería, adornada con su pícara sonrisa:

Vanse mis amores,
Quiérenme dexar.
Aunque soy una morena
No soy de olvidar.

Y yo le pagué con otra estrofa de la misma canción, torciéndola un tanto:

Tanto quiere la niña,
Tanto y en buena fe,
Tanto me lo demanda,
Entonces se lo daré.

El gobernador estaba tan satisfecho de haber dado en el lago, que comenzó a sopesar la conveniencia de fundar una ciudad, bien allí en la culata como avanzadilla de la gobernación o sobre la entrada del golfo de *Coquibacoa*, como

atracadero de conexión con el puerto que tenía determinado fundar sobre costas Pacíficas. Por primera vez se le vio tan alegre que se metió a retozar con la Juana cual *manatí* lechoso y por señas nos pedía a los del grueso que le acompañáramos, que por la calor le fuimos perdiendo el recelo al baño y todos nos dimos al chapaleo en pelotas, salvo dos frailes que se aventaban el agua por debajo del hábito y quedaron oliendo a perro mojado. Al final, los capitanes permitieron sacar de las colleras a los cargueros para que se metieran al refresco, con aprovechamiento de lavar sus laceraciones antes de que los encajaran de nuevo en sus prisiones para que no se huyeran.

Un soldado encontró en la orilla una *piragua* con cabida hasta para una veintena de hombres. D'alfinger dispuso un cabo con cinco soldados para que, completando el cupo con improvisados remeros, pusieren proa al norte y fueren a dar y tomar relación de los que ya deberían estar en la boca de la mar, en el tal poblado del *Maracaibo*, *cacique* principal que desde allí señoreaba en el lago, con vasallos a lado y lado. Por no ser versados en la boga, les tomó veintidós días hasta la entrada del río *Aurare* donde encontraron fondeado uno de los dos bergantines salidos de *Coro* junto con una nao que en la barra se tornó de vuelta. Descansaron un par de días antes de cruzar al poniente en busca de las casas del *Maracaibo*, que encontraron junto a una ranchería recién establecida para los llegados con Sayler.

Por designio de la Madre Santísima, los venidos por mar entraron en el asiento del *cacique* aquel mismo ocho de septiembre, razón por la cual dieron en llamarla Ciudad de Nuestra Señora de *Maracaibo*, aunque, por capricho del escribano Juan de Navarra, en el acta la dejó titulada como Nueva Zamora, por ser Zamora donde había dejado a su amante. Ambos nombres se cayeron al poco tiempo y quedamos avenidos a llamarla *Maracaibo*, como igual nos avinimos a llamar al lago.

A poco notaron que la poblazón no estaba sobre una isla, como entraron creyendo solo porque sus aguas son medio saladas, por mezcla con las mareas en la boca del golfo, porque en las primeras entradas todo avance fue de tiento, de apenas ir haciendo y asentando descubrimientos, sin carta que sugiriera distancias exactas ni de aproximación hasta la otra mar ni indio que la supiera. Los cosmógrafos que marearon por costas *caribes*, dieron en suponer la existencia de un istmo largo, desde *Yucatán* hasta la *Guajira* y, sin poder señalar su anchura, dejaron lo inexplorado en blanco: un vacío largo que llenaron con las letras enormes de TERRA IGNOTA O TERRA INCOGNITA. A nosotros, por habérsenos atravesado las serranías de la grupa del lago y ver escurrir en este tantas aguas, forzoso nos fue creer que de aquí la tierra se estira hacia dentro, hacia el mediodía, por detrás de las cordilleras, donde se alcanzan a divisar unos picos nevados. Pero nada sabíamos hacia el poniente, salvo que estaba muy distante el punto por donde le había hecho travesía por tierra Vasco Núñez de Balboa.

Por ofrecer abundancia de lisa y de otros peces desconocidos, y mucha caza de *guatinajos*, armadillos, venados y otras monterías, parecía el sitio más acomodado, de buenos vientos, aguas sanas y abastecido de leña. Micer Ulderico Sayler no tuvo que pensarlo dos veces para comenzar a levantar *bohíos* con las varas más gruesas y menos torcidas, y techos de pajas; primero los de sosegar a los enfermos y acompasar a las casadas con sus hijos, al tiempo que cercaban con empalizadas, no tan bien fortificadas como correspondía a una guarnición de soldados en tierra desconocida, donde podría esperarse cualquier contrariedad. Construyeron dos almacenes para el fardaje y la comida, todo de mucho estorbo para avanzar y de impedimento para pelear, si ello viniere de bordear la laguna por el poniente, que era el primer paso, el de tantear los términos antes de adentrarse hacia el sur, por donde andan

vivas las nuevas de la grosidad y riquezas del *Pirú*, hasta donde los alemanes, en secreto, ya habían determinado allegarse a establecer los confusos límites con aquel imperio, que en alguna parte estarían, ya que, según lo capitulado, su gobierno se extendía hasta la mar del Sur, sin saber que mediaban ochocientas leguas mal contadas, o muchas más, por entre cordilleras más empinadas que las de todo Europa. Sayler no designó cabildo ni alcaide; tampoco se preocupó de las demás formalidades y a los españoles que le requirieron por tal desidia, les recusó que ya decidiría el gobernador cuando se les uniese, si fundasen allí ciudad, ranchería o fortín militar.

Los indios del *Maracaibo* no se descompusieron mucho con la entrada de los cristianos en sus heredades. Les dejaron ancha la tierra y se metieron a esperarlos en el agua, donde mejor se movían, donde eran más atrevidos y no conocían victoria de rivales. Ya antes habían medido fuerzas con otros castellanos de un navío de esclavistas, en el que se encontraba don Juan de Calatayud, obispo de Santo Domingo, que luego de sortear la barra de entrada siguió hasta el ancón de Iturre, donde anclaron a esperar la venida de los indios con la curiosidad propia de ver cosa tan nueva, para dejarlos meter en la nave y caerles por sorpresa a fijarlos en prisión. El obispo les daba grandes voces para que no se acercaran, pero aquellos no entendían, y a los castellanos les imploraba que «no les hagáis mal, dejadlos, que son ovejitas de Dios», mas en la primera redada hicieron como veinte piezas. Otros tantos se escaparon arrojándose al agua y, por tan bueno nadadores como son, en horas volvieron nubes dellos en sus *canoas*, bien aprovisionados de flechería empuntada con toda suerte de dientes filosos de pescado, con que dañaron bastante a los españoles, que de haber estado emponzoñadas las saetas, unas docenas más de invasores hubiesen muerto. El primer herido fue el obispo a quien una flecha le ensartó por donde menos le había dado el sol y, viéndose en tal

trance, comenzó a soliviantar a los suyos con voces tan grandes como las primeras, diciéndoles ahora «¡A ellos, hermanos, a ellos! ¡Que estos no son corderos de Dios, sino lobos del Demonio!». Al final, ayudados con mosquetes lograron imponerse antes de dar vuelta a la Hispañola, a velar por el obispo y demás perjudicados.

En el extremo de la culata, en un promontorio alto de *Xuguara*, los que íbamos con el gobernador dejamos una cruz de madera robusta, como de más de cuarenta codos, izada con cuerdas y palancas por una veintena dentre indios y soldados. Y en la base, dentro de un arrume de piedras, una botija embreada con un escrito adentro que, dictado del factor, decía: «CARTA AL PIE: con que se da aviso a todas las naciones y gentes, para que nadie pretenda ignorar de cómo estas tierras y aguas son de su Majestad Carlos V por posesión tomada para la Corona de Castilla y León y acrecimiento del dominio de la luz de Cristo, por los señores Welser sus primeros descubridores y exploradores, que desde septiembre de 1529 las nombraremos como De Nuestra Señora» y para dar más fe la signaron el gobernador, el factor real y su escribano, los capitanes y todos los demás alemanes presentes. Ante la imponencia del madero nos arrodillamos los cristianos, nos santiguamos y entonamos, al unísono, el Credo en Dios Padre. Cuando se enderezaron los religiosos, aún oliendo a perro, no podían creer que por sus pocas oraciones, sin haber empezado en forma la catequesis por la dificultad de las lenguas, se hiciera el milagro de que también los naturales reconocieran la gracia de Dios, porque igual estaban postrados, de manos y rostro en tierra. Fray Bernabé decía, para que todos le oyeran, que «es juicioso reconocer que tienen alma, aunque simple, abierta ya por el agua del bautismo dado en *Coro*. ¡Alabado sea el Señor!, porque la conquista espiritual comienza a florecer, ¡Alabado sea!». A su manera, *Mecou* me explicó la razón

del sobrecogimiento de su gente: por ver que los invasores adoraban este símbolo de sus más remotos antepasados, el que trazaban en la tierra los *sailas* para lanzar sobre él los huesillos de predecir las épocas de siembra y los lugares de caza, para designar los nombres de las gentes; signo solo invocado por los grandes, como el *saila Manaure*, a quien más le revelaba sucesos en sus muchas suertes de hueso, marcadas con extrañas artes con que desentrañaba las energías de la naturaleza y ganaba la voluntad de sus gobernados. Por ello, ahora su gente se estremecía viendo que, bajo el mismo signo, los invasores más les subyugaban.

—*Mecou* —le propuse—, enseñadme a adivinar con esos huesos y yo os revelaré todo lo que para nosotros significa este símbolo santo.

Isabel, que cuando no estaba con su señora india procuraba mantenerse a mi lado, intervino:

—Páreceme ser como los guijarros de adivinación de los navegantes nórdicos, en que acomodan tantas de sus runas cuantas son las letras de nuestro alfabeto. Sin ellos entre su bolsa nunca se meten lejos en la mar. De aquellos les aprendieron los marinos de otras naciones y por estos llegaron a servir de tarot en manos de varios linajes de gitanos.

—Ahora entiendo por qué —dije como para mí—, después de haber navegado por aguas septentrionales, algunos documentos del almirante Colón aparecen signados con seis runas en arrume, tres de ellas repetidas y la otra es una cruz, rúbrica que, según dijo mi preceptor, contenía la clave de su verdadero apelativo. —Y volviéndome a ella le pedí—: Los rasos no tenemos más ración que un puñado de *maíz*, algo de *cazabe* y con suerte unos granos de *maní*. Ayudadme a sacar huesillos de la cocina del gobernador, que yo me encargaré de pulirlos y grabarlos.

Mecou necesitó seis del mismo peso, para con un signo en cada punta, por cara y envés, para ajustar doce caras del sol y otras tantas de la luna, una baraja de runas o signos arcanos, o si se quiere, un alfabeto astral, un tarot. Isabel fue escogiendo las partes duras de un costillar de cerdo salvaje, un *saíno* o *pecarí*, los más planos para dejar más suelto el azar. Dejamos listos tres cuando íbamos en mitad de camino hacia *Maracaibo*, por las provincias de los *quiriquires* que descienden de las laderas de las montañas del naciente hasta la rivera del lago, dejando atrás las de los *enotos* o *emotos*, pasadas sus pequeñas poblaciones de *Arapuei*, *Isnotú* y *Sicarare*. Estuve puliendo los últimos con arenas de los ríos bravos que descienden de las cuchillas de los *cuica*, el *Misoa*, *Icotea*, *Tamare* y *Mene*, y quedaron listos cuando llegamos al *Aurare*. Tanteamos augurios durante las noches del resto de la marcha, entreteniéndolos muchas horas en echarlos y ojearlos hasta que en algo coincidieran Isabel con *Mecou*, él enfático en señalar que lo hacía solo por distracción, porque para que las cuentas descubriesen los secretos, primero había que purgar el cuerpo y purificar el ánimo con zumos de *bejuco*s de muy adentro de la selva, que producen los vómitos y diarreas, las alucinaciones y vuelos inmateriales, que dan libertad a la mano que lanza los huesos por el aire, para que en ese vuelo sea *Gua* quien los ordene sobre el trazo en aspa, o cruz, orientadas sus puntas con direcciones cardinales.

Mientras esperábamos que la avanzada diera con el bergantín del capitán Diego Martínez, para hacer el cruce por el cuello del lago y entrar a *Maracaibo*, *Mecou* allanó el piso y marcó la cruz. Lanzó los huesos, los observó con detenimiento y los devolvió a Isabel para que los guardara. En seguida estuvo muy ido y cuando le acosé para que nos contara lo que le dijeron los espíritus, me evadió:

—Faltó purga, la *jayaguaza* —dijo.

—No creo —le aseguré, poniéndole una mano en el hombro—, con tanto ayuno del camino ya tenéis desembarazada el ánimo.

Durante la espera en la ensenada del *Aurare*, la gente del capitán Pedro de Limpias se dispersó por los alrededores para evitar sorpresas mortales. Al caer la tarde, el capitán con un escolta, despojados de todo lo de estorbo, se arrastraron en silencio hasta cerca de unos *bohíos*, donde, amparados por unos matorrales de *ají*, estuvieron al acecho por si los indios preparaban algún asalto. Estos parloteaban animados con grandes *totumadas* de licor de frutas y uno de los más bebidos salió fuera a orinar justo sobre las matas del putaparió donde, aprovechando la oscuridad, escondía su cara don Pedro, que para no descubrirse tuvo que dejarse rociar las barbas hasta que el indio acabó. Vuelto el De Limpias a donde había quedado de encontrarse con los suyos y, como el escolta contara del tibio percance agregando zumbón que, si del *Pirú* salió aquello de «indio meado es indio destronado», aquí iría a decirse que «las barbas de don Pedro, De Limpias no tienen sino su perfume a meados», el capitán ordenó alistar un asalto por donde las matas de *ají*, donde acometieron esa misma madrugada haciendo una veintena de prisioneros entre hombres y muchachos, a los que después de haberlos hecho marcar con la W candente, meó cuantos pudo e hizo mear a todos los demás sobre la quemadura viva, sin reclamo alguno del factor real, porque en esta salida ninguno traía consignada la defensa y amparo de los naturales, y los capitanes ya tenían grabada al fuego la idea de que, como el oro ya había sido repelado, la esclavitud sería lo único que les habría compensar tanta intrepidez y esfuerzo. Entregó los marcados al gobernador, quien con su silencio afirmó lo acordado entre sombras con los capitanes sacados de las filas de Ampués. Y a partir de este día se desbocó la asolación por todo el ruedo del lago de Nuestra

Señora, tanto que, al decir de Isabel, «el miserable, más que espada, trae guadaña en la mano».

En la rada del *Aurare*, nos metimos en el bergantín pilotado por el capitán Diego Martínez. Esquivamos la isleta que él llamaba Providencia y al final del mismo día, arribamos directo en la ranhería de Nuestra Señora de *Maracaibo*. Martínez repitió varias veces el mismo recorrido, porque el otro bergantín había partido con los más dispuestos de Saylor a bordear la supuesta ísula y ver si el lago tenía alguna otra boca a la mar del Sur. A los cautivos los fueron pasando entreverados para evitar las fugas; y de últimos los caballos, con las cabezas cubiertas con mantas y bien maneados para que no desbarataran a coces la tablazón.

En la ranhería no estaban más que las mujeres, los críos, algunos enfermos y un piquete de soldados para la defensa del puesto. Los demás andaban buscando señales de oro de aluvión en las bocas de los ríos turbios y crecidos con las lluvias, porque poca colecta habían sacado del rebusque en los caseríos cercanos. El gobernador dispuso la construcción de una casa pajiza adicional, para darse reposo de los calofríos y diarrea que le estaban entrando. Llamó al barbero cirujano Albear, poco entendido en estos padecimientos, porque lo suyo tan solo eran las cauterizaciones y sangrías. «Nada tengo para calmar estos calvarios, excelencia», le dijo mientras ambos recordaban lo de las varas por las lancetas olvidadas, mas su ignorancia apenas le acarrió escarnios de palabras.

Albear, humillado, me abordó a pedirme en secreto que hablara con *Mecou* para requerirle medicina de indios, para fiebres tercianas y soltura del vientre. El viejo buscó la sombra del barbero, de Juana e Isabel para aproximarse al gobernador y, después de ojearlo, nos dijo que «para esos temblores y calores nada conozco. Es morbo nuevo». Para lo del vientre, pidió buscar en los alrededores hojas de *tabaco*, que por aquí

los naturales conocían con el nombre de *güeyo*. Puso cogollos y raicillas en infusión y le entregó el amargo bebedizo al cirujano. La primera dosis le paró las ventosidades inmundas y la segunda los chorretes; con la del tercer día le dio un desmayo.

Preocupados, aunque poco dolidos, los capitanes lo rodeaban en las noches y, para distraerle en algo sus espasmos y retortijones, se entraban en relatos de conquistas. Una vez el alguacil Álvaro del Castillo se adueñó de la palabra, sin que él mismo supiese cómo ni de dónde le había llegado la habladora:

—Habrá de saber el señor gobernador que, hace pocos meses, una armada de más de trescientos españoles hacía travesía en procura de *México*, después de haber tocado en la Hispañola. Costeando con proa a la *Guajira*, el último navío naufragó y fue aventado a dar en las costas frente de la isla de *Zapara*, puro en la salida deste lago al golfo de *Coquibacoa*. Los que no sabían nadar se ahogaron y los demás, casi medio centenar, quedaron diseminados por las playas donde se dieron a la rebusca de amparo y mantenimientos. Cuando vino la calma, por días, los de los otros galeones acecharon en vano. No encontraron seña de los náufragos, que deambulaban mientras los *cocinos*, merodeadores por estos arenales, les fueron tomando todas las mujeres, las profanaron y esclavizaron, dejando a los hombres errabundos por las costas donde muchos murieron de sed y hambre. Los últimos vinieron a dar de nuevo a manos de los mismos *cocinos* que los fueron matando, uno a uno, para comérselos, como también a las mujeres que se les resistieron, porque a las demás las tienen en sus rancherías sirviéndose de ellas.

—Si están con vida y no resisten, será porque los indios les cumplieron —respondió el afebrado—. ¿Cómo sabéis que los comieron, si nadie ha dado con ellos, si ninguno ha aparecido? ¿No habrá en esto exageración de los indios, para pretender amedrentarnos?

—Puede que con lo de las náufragas se estén inflando engañifas —intervino fray Bernabé—. Mas con lo del canibalismo, yo al menos sé de un caso soportado con testimonios jurados: el del caballero Cristóbal de Guzmán, acaecido al tiempo en que vosotros y los de Lerma arribabais a la Hispañola. En la vecina isla de San Juan, por la parcialidad de *Guaó*, a media legua de la costa, este acaudalado tenía cuadrillas de negros para sacar oro dentro de su posesión, a más de hatos de ganado mayor y cortijos cuidados por indios reducidos a su servicio. Un domingo, al alba, desembarcó en *Guaó* gran cantidad de *caribes*. Sometieron la defensa de domésticos y cristianos, dejando varios muertos y muchos cautivos, entre los cuales tomaron a don Cristóbal, procurando llevarle vivo, no obstante estar infestado por varios flechazos con yerba ponzoñosa. Le fueron haciendo tragar pócimas de otras yerbas para quitarle el miasma del veneno y llevarle vivo a sus tierras, para poder matarle con la crueldad de luego comer de sus carnes y beber su sangre, la que tenían en mucha estima por ser valiente aquel señor. Metieron en sus *piraguas* algunos prisioneros negros y negras y *naborías*, y con grandes algazaras comenzaron a navegar hasta llegar a un atolón llamado *Vique*, donde desembarcaron para celebrar la victoria. Allí tenían dispuestas grandes ollas para cocer la carne acopiada de los muertos que hicieron por las manos, no por flechas envenenadas. A un negro que tomaron vivo después de mucho defenderse, lo ataron a unos maderos en equis, con los pies y brazos extendidos, y comenzaron a bailar alrededor y cada cual le iba cortando el pedazo de carne que le apetecía y, así cruda, la tragaban como perros, como igual comían lo de las ollas a medio cocer, e iban con *totumas* a recoger la sangre del negro para beberla como si fuese *chicha*, de la que ya estaban henchidos. Al morir el crucificado, lo hicieron pedazos que también metieron en las ollas

y lo reemplazaron por otro negro y a este por un indio, mas nunca lo hicieron con mujer y, por lo mismo, creo que no se han comido las náufragas. En esto estuvieron una semana y luego partieron a otra isla llamada de la Virgen Gorda, en donde por otra semana se dieron a las mismas fiestas, sin que el Guzmán se curara del todo. Entonces lo ataron asgado y desnudo a un árbol, y sonando cuantos instrumentos de música llevaban, como caracolas, *fotutos*, flautas de canillas, sonajeros de semillas y ocarinas, bailaron en corro y cantaron en redondo, y le disparaban con sus arcos por todas partes de su cuerpo, no errando ninguno en donde querían darle, hasta dejarlo como erizo. Viendo tan cerca la salida de su alma, dio muestras de contrición por sus pecados y la entregó en medio de las risas y *grita* de aquellos salvajes borrachos. A las esclavas negras, que llenas de sufrimiento habían seguido al amo hasta la isla, no les permitieron enterrar sus despojos. Los dejaron colgados para las aves carniceras, que tenían por mensajeras de sus dioses. Después se volvieron a su isla, la Dominica, con los negros e indios reservados para las francachelas de cumplirle a sus mujeres e hijos, que los esperaban con abundancia de *chicha* para hacerles crecer las abominaciones de la carne.

—Excelencia —retomó el Del Castillo—, es parecer mío y de algotros capitanes que nos obliga ir sin dilación a rescatar, cuanto antes, a las náufragas atormentadas. Solo Dios sabrá con cuántas aberraciones las habrán vejado. Pido vuestra venia para recobrar estas mujeres y castigar las afrentas y muertes hechas, porque no podemos dejar sin escarmiento a los *cocinos*.

—Que vaya a ello don Álvaro con algotro caballero de su gusto y no más de veinte soldados, porque más que venganzas noveleras, se impone lo de la exploración y conquista. Y si es que encontráis las españolas, traedlas a poblar acá... aunque no sé si sea mejor llevárselas a la Susana, porque llenas de

atrevimientos ya podrán competir en descaros con las mujeres de la tierra —como su Juana, pensaron no pocos— porque ya habrán olvidado cómo los confesores aleccionan a las casadas para languidecer en deseos sin dejarlos entrever, a marchitar la lujuria... Vosotros sabréis si castigar o perdonar la vida a los *cocinos*, pero en todo caso vaciadles todo lo de brillo.

No salió palabra dentre los españoles, aficionados a ultrajar y denigrar de mujer ajena pero impedidos para pensar que a las suyas las pudiese mancillar y esclavizar un indio, o abochornar un deslenguado extranjero enfebrecido.

Del Castillo y Francisco de Santa Cruz amanecieron alistando provisiones, seleccionando soldados e indios cargueros y de servicio, entre los cuales metieron a los nuevos prisioneros, por ser de la misma lengua de los de este lado del lago.

Como no hay averiguación que no salga con tormento, descoyuntamientos y quemaduras, de esto les cayó a los llamados «cochinos» desde el cuento del Del Castillo, indios pobres y despreocupados que salían con presentes descoloridos a inclinarse ante los cristianos. Un lengua, más torpe que ladino, les interpretó que aún andaban perdidas tres cristianas por aquella provincia y, a fin de que se las trajesen, Santa Cruz ordenó pegarles fuego a sus *bohíos* estando los indios recogidos dentro. Como nada obtuvieron, continuaron adelante a lo mismo, sin alguno entenderles la demanda, descuartizado tres o cuatro *caciques*, hasta no quedar ya a quién más atormentar e inquirir. Entonces volvieron sin náufragas y sin oro, pero con docenas de *cocinos* para herrar.

Por esos días, algunos de los del teniente Sayler, encaminados hacia el sur, trastocaban por el poniente del lago, desabridos, contrariados y casi arrastrados a la fuerza por saber que nunca tendrían repartimiento de tierras ni de indios en esas márgenes tan promisorias. En parte se debió a que micer Ulderico, al navegar por la ribera e ir comprobando

que el agua era cada vez más dulce, al no encontrarle la vuelta de circundar la supuesta isla en el golfo de *Coquibacoa*, dicho litoral era la orilla que encerraba un inmenso lago, la opuesta a la desandada por los de por tierra con D'alfinger, y más se le trastornó el talante, ya de por sí de muy mala agrura. Así, lo unos descontentos y los otros alterados, por semanas hurgaron y asolaron todo cuanto toparon, sin sacar algo de provecho, sino ahuyentando los que con sus labranzas hubiesen podido proveerles el sustento de cortar tantas hambres; torpeza de donde salieron más desavenencias entre los alemanes, su maestre de campo y los capitanes, entre sí y replicando contra los soldados quienes, por ser lo más delgado del cordón, terminaron dos ahorcados y varios azotados y afrentados, y el resto con la única mira de volver a *Maracaibo* para de allí organizar la fuga de pasarse a la gobernación de Santa Marta, como le había salido gritar al De la Puerta cuando el miserable lo despojó de su pichona *caquetía*.

Entrada la segunda época de lluvias, que va de octubre a fin de año, coincidieron en la ranhería los biliosos de Sayler con los que fueron tras las náufragas cristianas, aportando ambos buena copia de esclavos. Encontraron al gobernador curado del desbarate de la diarrea y algo repuesto de sus fiebres. D'alfinger reagrupó las gentes en tres partidas: los más estragados se quedarían para mantener lejos al jefe *Maracaibo* que con sus guerreros se habían escurrido de sus ranchos, porque, aunque fueren de poco acometimiento por tierra, viéndolos menguados podrían resolverse a cercarlos por agua. Una segunda escuadra llevaría a Santa Ana de *Coro* los indios marcados, para desde allí despacharlos a la Hispañola con el primero que pasare; grupo en el que encontraron como colarse los más desavenidos con Sayler.

Los demás, entre los que resulté incluido, saldríamos hacia el norte, a explorar la península en detalle, a tantear sus

calidades y medir su anchura a las zancadas, hasta los términos de los de Santa Marta que están sobre la costa marina, en el mismo meridiano. Lo de estar *Maracaibo* en una isla, nunca tuvo asidero y ahora nadie supo de dónde salió tan enorme disparate, tan descabellada ilusión de unos factores, más banqueros y comerciantes que cosmógrafos, un supuesto inocuo en las bastedades vagas de aquel espacio en blanco de un nuevo continente, un vacío más dilatado que la misma Europa, que nosotros debíamos detallar sobre los mapas de ir completando el mundo.

Por no estar acostumbrada a los viajes largos, Juana de Castilla se quedó en la población con todo su séquito, salvo la bella *caquetía* que el aficionado gobernador acomodó en las ancas de su cabalgadura. Con la Juana se quedó Isabel, cansada del ánimo como nunca, según noté al despedimos.

—Hay diferencias muy grandes entre hacer caminos alegres con gitanos y andar detrás de guerreros rapiñeros, pisando la destrucción que van dejando —me dijo.

—Cada vez me lleno más de adioses. Y siento tristeza por dejaros, pero más sentiría la de arrastraros a otros muchos sacos y desolaciones —le respondí—. He logrado que el capitán Esteban Martín, a cambio de algunos apuntes para sus relaciones con que se propone documentar desta conquista, accediera a dejar a *Mecou* para que os acompañe y proteja. Apoyadle a él también. Y dejad de llorar, amiga mía, que me vais a exprimir lágrimas de donde no las tengo.

—¿Será cierto, Francisco, que los gitanos heredamos la culpa de la tribu castigada por el Dios Jehová con el perpetuo destierro, sin que siquiera sepamos cuál fue nuestro pecado?

—Pecado negro, no de vuestra gente, sino de quienes, con decirse ilustrados y sentirse predestinados a imponer la religión del amor, convienen la tortura como procedimiento para sacar verdades de donde no las hay. Pecado es aceptar que

pueda ser legítima la esclavitud de los seres menos ofensivos, marcarlos como a reses y encadenarlos como no se hace con el peor enemigo. Yerro grande es considerar que lo tomado por las armas es ganancia lícita, o que la fuerza otorgue derecho al cautiverio y violación. No podemos desfallecer, Isabel, porque aún nos falta mucho camino por hacer. No olvidéis lo develado en vuestras predicciones ni cuáles son nuestras verdaderas misiones. ¿Qué se ha hecho la llave de ese cofre de gracias y alegrías llamado Adelfa, apego mío?

Aún estaba rumiando pensamientos cuando fui a recogerme. Dellos me sacó Esteban Martín, deseoso de conversar, más para aclararme sus razones que para recibir consejo, sobre su proyecto de redactar el diario transcurrir desta conquista.

—Algo tengo escrito ya, Francisco; unas cuartillas dejadas en *Coro* al cuidado del teniente De Sarmiento. Son datos de nombres, fechas y lugares eslabonados para, cuando haya sosiego, narrar el trajín de la apertura destas tierras, desde las entradas de Ampués, de mucho valor y méritos, aunque al final el trópico le haya recalentado tanto los sesos, que morirá soñando una quimérica bondad, infinita, de estos salvajes. Mi recuento será castrense, del militar que soy, así como las crónicas de dominicos y franciscanos son de tinte moralista; relataré sin adornos porque aquí no hay grandes emperadores con quienes asentar diplomacias ni embajadas; tan solo una reseña de hechos despojada de animismos, una descripción de lugares y conductas de la expansión y asentamiento del imperio de nuestro bienamado Carlos V. Trataré de remarcar los abismos de nuestra cultura con la tosquedad de estos indios, tan simples y cortos en política, formas de gobierno y tácticas de guerrear, nada en ciencias que ni escritura tienen. Si puedo señalar cuanto que sé de sus dialectos, más rápido nos valdrán para sacarlos de sus idolatrías y acercarlos a la verdadera luz de Cristo. Ya los veo, en dos o tres generaciones,

mezclados sus rasgos con los nuestros, tratando de posar de señoritos castellanos: un puchero de la sopa española de godos, moros y judíos, surtido con recado de tanto indio diferente, y con adobo puesto por los negros africanos. Bien vale este guiso que por ahora están pagando los toscos, pero que después nos habrá a agradecer sus nietos y bisnietos, cuando se sientan más parientes de los vencedores y vivan vestidos en villas acomodadas por sus civilizadores, no como bestias domesticadas, sino como ciudadanos racionales, apartados de sus tosquedades y simplicidades, nutriéndose de nuestras artes y humanidades. Harto nos lo irán a reconocer, acordados de mí, por la mucha diferencia habida entre vivir como gentes decorosas y en buen gobierno, en vez de andar casi como animalillos salvajes. Y por ser este su único futuro posible, por ser inevitable la victoria de los cristianos, la historia tendrá que destacar el nervio hispano más que las flaquezas humanas, más nuestras victorias que la inútil resistencia dellos. Por el valor de nuestras letras, se impondrá unificadora nuestra lengua sobre infinidad de dialectos que hoy los incomunica de sus mismos vecinos, como aconteció con la maldición de Babel. Tenemos que seguir asentando notas, Francisco, para lo cual preciso vuestra ayuda, en esta singular conquista dada en títulos a una casa extranjera, pero hecha por mano y sudor nuestro.

—Escribir es trabajo perdurable que requiere una responsabilidad y madurez que aún no tengo asentada, porque las palabras escritas sobreviven a las pensadas o habladas que mueren antes de quien las cavila y dice, o escucha y cavila. Tengo el mejor ánimo para coleccionar las reseñas que nos interesan por igual, aunque en mi crónica me gustaría agregar vivencias y sentimientos propios y de quienes nos acompañan, y hasta de quienes nos enfrentan, para pasarle algo de lo que estamos viviendo a ese espíritu que toman los escritos, más

perdurable si logran la traza de la imprenta. Agradeceré al señor capitán surtirme de papel y tinta para anotar lo desta expedición y de algunos antecedentes, mientras tengamos a mano actas y registros tanto de los amanuenses reales como de los Welser, ojalá antes de que nos empiece a flaquear la memoria y nos quedemos sin testigos. Por prevención, sería mejor tener dos copias, la primera en los archivos de *Coro*, bajo el cuidado del teniente De Sarmiento, que del amparo de la otra me encargaré con alma y espada.

—Me agrada encontraros un ánimo mayor del que esperaba. Descansad por esta noche, Francisco, que cada día trae un nuevo afán.

Salimos hacia el norte por los caminos ya trillados por quienes fueron a castigar a los *cocinos*. Cerca de la poblazón de *Tamare*, se desmandó por delante el soldado Francisco de León y dio en un *bohío* abandonado, de donde sustrajo una mochila de pescado, con lo cual los indios se alborotaron y enmontaron, por lo ya sabido de los cristianos. El alférez y maestro de campo Juan de Ávila lo denunció ante el gobernador, quien ordenó cien azotes, dados en sus carnes, atado a un palo frente al rancho de los pescados. El afrentado no quiso ni pudo seguir caminando y se volvió días después solo y hambreado, con el riesgo de ser atacado por centenares de ojos que atisbaban desde las sombras, pero los *cocinos* le dejaron volver hasta *Maracaibo* porque en nada son «cochinos» y consideraron suficiente castigo verle así humillado.

Avanzamos al caserío de *Mara* donde se reúnen el río *Socui* y el *Cachirí* para salir a la mar como el *Macomite*. De allí, costeano por la boca de *Paijana*, seguimos a la ciénaga de *Guanana* y luego a las poblazones de *Paraguaipoa*, *Sagua*, *Cogua* —o Apoyo de *Gua*, al igual que otra del mismo nombre en el Nuevo Reino— y por último *Guarapana* y *Guaraguaro*, antes de atravesar como gatos por laderas rocosas de

la serranía de *Cojoro*, llena de cuevas inmensas e interminables, hasta la poblazón de *Irgua*, parajes nunca hollados por español alguno.

Dimos vuelta por calcular habernos ya metido varias leguas dentro de la gobernación de García de Lerma, y los alemanes ya tenían demasiadas fricciones con los españoles de este bando, como para no refregarse en levantarse ampollas con el otro, razón para que en cada jornada el gobernador hiciera que los de la retaguardia diésemos revueltas para asegurarnos de que nadie nos pisaba las pisadas.

De ida, el oro encontrado fue una nadería, así que de regreso fue mayor la cacería de indios, con la infalible táctica de entrar por las noches a enrollarlos en sus *hamacas*, por ser descuidados en poner vigías ni tener perros, y así, en sus mismas redes eran llevados a marcar con el fierro ardiente que se volvió el bastón de mando del gobernador «para que no haya equivocaciones en los lotes de gentes a embarcar a Santo Domingo», decía, como si hubiese cómo confundirlos. De la venta destes esclavos, ya es sabido, salía la quintada del Rey que nunca pagaron sino cruzaban con los réditos, así que todo iba a la caja de los Welser. Nada para capitanes y soldados: flaco negocio para los españoles que se rasgaban el pellejo para atraparlos.

Alguien se preguntará por qué menciono tanto sitio y pueblo insignificante, que en nada se comparan con *Cosco*, *Quito* o *Potosí*, si es para llenar cuartillas teniéndolos enlistados para el capitán Martín. Una de las razones agregadas a lo de construir la geografía de lo desconocido, nos vale para señalar el rastro y coincidencia con muchos topónimos de los *guanés*, en el Nuevo Reino de Granada, valedero para cotejar raíces de quienes poca noticia se ha podido develar más allá de ser nación diferente en raza y costumbres con todos sus vecinos, cultivada en saberes, guardiana de herencias antiguas, asentada en las

montañas después de pasar las nieves perpetuas de la cordillera, gentes recias que comercian en paz sostenida con todos sus contiguos, como les prescribió *Bochica*, el más grande sacerdote remoto de las Indias, a quien por allí también llaman *Guatapabi*, el Gran Padre. Y baste por ahora con esta nota, para no distraer el hilo del relato.

De regreso a la ranchería, con la gente estragadísima de vientre y voluntad, encontramos en igual decaimiento a los quedados, salvo a Isabel que había levantado de nuevo su valía y se había dado a cultivar un parral y un huerto con semillas de Castilla canjeadas por huevos de su gallinero, iniciado con unos polluelos regalados por la señora De Samaniego, a los que juntó pavas *paujiles* que son como gallinas de monte, de las que mantienen los indios en sus casas para avisar visitas de extraños; corral y huerto defendido con arco y flechas cual guerrera *caribe* o amazona de *Omagua*. En cambio, a Juana se le veía más entristecida, sin saber si por la ausencia de su amo o por tanta ruina con que tropezaba. *Mecou* había desaparecido la noche anterior, tras haberle avisado a Isabel con alegría «Viene *Chagua*, yo me puedo ir». Unos indios dijeron que salió caminando sobre el lago. Otros que fue acortando el cuerpo sobre su misma sombra a la luz de luna, hasta quedar solo sombra zigzagueante, cual serpiente sobre los espejos del estuario.

Volvieron los carpinteros a la trinca de fabricar otro bergantín, porque el del Diego Martínez quedó asignado para el paso de solo esclavos camino a *Coro*. También aderezamos una *canoa* muy grande, la mayor vista en las Indias a solo fuerza de remos, en la que cabían treinta hombres o hasta cinco caballos, la más segura y la que menos aguas hacía; que había sido pillada de meses atrás en la barra de la laguna y se destinó al matalotaje y bastimentos de los alemanes, al poco oro rescatado a las muchas actas de los escribanos medidas dentro de un avinagrado tonel recién desocupado. Era

un almacén flotante, como urca portuguesa, arrastrado por el bergantín cuando los vientos favorecían sobre las velas de las dos arboladuras, o desenganchado y a remos cuando venían en contrario.

Si bien el sitio del *Maracaibo* no desagradaba del todo para fundar una ciudad, D'alfinger lo percibía más para fortaleza estratégica en el cuello del lago. Estaba determinado a fundar Ulma, en memoria de su Ulm natal, antes de que los Welser le ordenaran llamarla «Welserburgs», o «Welserei» para rivalizar con Fuggerei, la ciudad construida a todo costo al oeste de Augsburgo por el mismo Jacobo Fugger, con ciento seis casas a lo largo de seis calles, protegida por una robusta muralla de tres puertas monumentales con talladuras preciosas, donde las familias de sus empleados vivían seguras junto a las propias suyas, ornadas con el mayor lujo y esplendor para pasmo y pelusa de los demás banqueros, de los más ricos comerciantes venecianos y genoveses, del Emperador y hasta del Papa.

No conociendo de cerca a D'alfinger y a Sayler se podría creer que erigir Ulma era vanidad, ostentación y jactancia, por llegarles el dinero a manos rotas. Pero, por una señal recogida con recelo por los frailes, de que «sería para fundar un enclave luterano», enfoqué la memoria algunos años atrás y se me aclaró que la pretensión de los Welser tenía su causa profunda: Ulm, su ciudad, era más que un símbolo del renacer del imperio germano, era la esencia misma de la restauración de la libertad del intelecto, de la independencia de la Iglesia, ejemplo del manejo público y de la innovación privada. De tiempo atrás fue de las primeras ciudades en liberarse de los señores feudales, que en Ulm habían sido los monasterios y conventos. Mas Ulm fue inicial, con Augsburgo y Konstanz, en adquirir su propia autonomía como ciudades del Reich, bajo el estatuto del Reichsstädte, donde el desarrollo de la

minería y metalurgia, los tejidos de paños y linos, y también por el comercio con naciones lejanas, pudieron soportar el derroche de las Cortes y la sangría de las guerras, imposibles de resistir con el sistema tributario medieval que solo cargaba el pecho de los pobres.

A D'alfinger ningún sitio le pareció suficiente en los alrededores del río *Macomite* para la pretensión de extender su «Nuevo Reich». Ni lo tanteó más al poniente, para no entrar en litigio con los de Santa Marta. Debía buscar hacia el sur, por el ruedo del lago de Nuestra Señora, por donde ahora andaba diseminada su gente, después de haber dejado en la ranchería a Hernando de Beteta como su teniente y con poderes de capitán general.

Por intermedio de quienes negociaron los esclavos en Santo Domingo, solicitó a la Real Audiencia un arca triclave y un sello especial para marcar el oro, para independizar la administración de *Coro* y *Maracaibo* de Ulma, la futura capital imperial en las Indias así fuese en un cuadro de tan solo doce leguas, porque tanto el gobernador como Ulderico y Enrique Sayler que le acompañaban, pensaban ser de mayor beneficio las feraces tierras de alrededor del lago que las duras de *Coriana*. Entonces comenzamos a bojar desde *Maracaibo*, a medir el perímetro del lago, unas veces por tierra, otras por agua, haciendo cálculo de ángulos y estimación de distancias, con recuento de los ríos que le entran, de los que en total reconocimos más de ciento veinte bocas, sobre un ruedo de doscientas leguas de agua dulce aproximadas, porque se hubo de estimar una parte donde no alcanzamos a explorar en toda su extensión, tanto por los flechazos certeros en *guzábaras* y emboscadas como por ir dolidos, con calenturas y fríos alternos, con el rostro amarillento, con llagas y ciciones, por ser estas tierras viciadas de malos vapores y de plagas tan nefastas que a muchos, sin que hoy se recuerde cuántos

murieron dello, hicieron más daño que las rociadas de flechas y azagayas.

Entramos por oro en cuanto ancón, remanso y ciénaga tenían los indios poblaciones escondidas y fortificadas. Algo se encontró de mezcla baja en figurillas, que dieron para más llenarnos de angurria. Muchos de estos naturales viven tanto en agua como en tierra, sean de la margen del naciente como del poniente. Sus casas del estuario están hincadas sobre gruesos postes de madera, con tablazonas industriadas con el arte de ensambles y cuñas que no necesitan clavo alguno. Sobre ellas, con solo amarres, levantan sus albergues de varas y hojas de palma, tan sólidos como los fundados en tierra, libres de sabandijas y sierpes ponzoñosas, y sin que las aguas de por debajo o del Cielo les sean perjudiciales. Con sus *canoas*, que son como esquifes o bateles de todos los tamaños, van veloces a sus labranzas y retornan al atardecer para resguardarse del aire de las márgenes, cargado de humedades y de nubes de mosquitos. En la mayoría de las orillas el agua es de poca hondura, de no más arriba de los pechos; mas en la parte hondable pueden navegar naos de cualquier grandor, del calado de galeones. Cuando los vientos se embravecen, se crean los mismos géneros de tormentas que se dan en la mar, aunque casi siempre mecen olas tranquilas. No hay menguas ni crecimientos de mareas mayores a las de la mar de los *Caribes*, que son bien pocas. Los naturales son diestros en navegación, que extienden por todas las honduras tanto en busca de las mejores pesquerías como para el comercio de la sal. Son grandes nadadores desde niños, lo que acostumbran a hacer en grupo para protegerse de boas y lagartos *caimanes*.

Por estas condiciones han crecido más sus poblaciones lacustres que en la tierra, por lo que un soldado que estuvo en los tercios de Italia, le encontró un parecido con la Venecia del Adriático y tanto la ponderó con los demás, que dimos en

llamar Venezuela primero a lo poblado del lago, luego al lago y al golfo juntos, después fue dado a toda la gobernación y, en los últimos años, el nombre ya se va extendiendo hasta la provincia de los *caracas*.

Del mapa que levantamos salió un lago algo redondo, ahuevado, con desacuerdo en la culata que unos la creen circular, otros la dan algo alargada y algotros esquinada, triangular. La boca a la mar es angosta, de no más de dos leguas, peligrosa por un ancón bajo a todo su largo, que es perdición para encallar navíos. Por no haberse explorado aún la franja del poniente, dichas selvas siguieron en blanco en nuestra carta, un espacio bueno para las aclaraciones que el gobernador le hizo consignar, asentando su «certidumbre verdadera de haber por allí un estrecho que conduce a aguas mayores», sin atreverse a señalar ser la mar Pacífica, y dejar el interrogante como tocino para su próxima expedición, la de atravesar las montañas, que por ahora no debíamos enfrentar, habiendo perdido más de la tercera parte de los efectivos durante los diez meses en que rastreamos cuatrocientas leguas de manera empujada, y no dar lugar a que los indios se confederaran e industrialaran sus traiciones. Diez meses de pasar tantos trabajos impensados que, con ser agobiantes y desastrosos, no dieron para siquiera sospechar las dificultades y penas que nos vendrían en los años venideros. Casi un año con harto gasto humano y pecuniario para juntar un botín de tan solo siete mil pesos de oro, de los cuales se tasó el quinto real, aunque los capitanes mascullaran que fue mucho más lo escondido y enviado con cada cargamento de esclavos a *Coro*, y de allí a la Hispañola, a manos de Jácome Díaz, factor de los Welser, uno de sus hombres de más confianza, de años atrás.

La exploración tuvo fin la noche en que, estando Hernán Gallego de sereno en la orilla del lago, se quedó dormido sobre un pedazo de red que puso por cabecera. Al alba un

jaguar vino a tomar agua y se le abalanzó directo al cuello, mas en la refriega se enredó entre la red y la montera, y huyó. El soldado ileso, pero aún temblando del susto, atolondrado, comenzó a dar voces discordes, diciendo que «si me separé de don Juan de Ampués, fue por establecerme a colonizar, que por ello torcí a *Maracaibo* con mujer e hijos, a quienes debo sustentar; y de seguir entre estas selvas terminaremos muertos, yo por tigres y ellos por hambre». Las voces llegaron a oídos del gobernador que ardía de fiebres y, a no ser porque le entraron unidas con las de Juan y Bartolomé García, del maestro Diego y un Rivera, también casados y con sus mujeres en la ranchería, hubieren alcanzado para cincuenta azotes al Gallego, mitad por dormir la guardia y el resto por ventear desasosiegos. Mas, como no hay poder y ni autoridad que unas fiebres no doblen, D'alfinger ordenó meter los cautivos que cupiesen en la *canoas* reformada y a los alemanes y españoles en los bergantines, para dar rápido en *Maracaibo*.

Una vez más entró la estación de lluvias, poniendo gorgoteos en los pulmones de muchos. No obstante hacerse ensalmar por los indios de servicio y tomar sus cocimientos de yerbas, casi a diario un cristiano terminaba en una *hamaca* colgada de una vara, a hombros de un par de indios, en la que moría sin que nadie lo notara hasta el fin de la jornada, quedando abandonado a pocos pasos del camino, para cebo de *jaguas* y de avispas, de buitres y de hormigas carniceras.

El barbero ya diferenciaba entre las yerbas para llagas y las de poner en cataplasma para aliviar pústulas, las de curar heridas frescas y para las enconadas. Pero con nada dello acababa a parar la diarrea del gobernador que le seguía «reventando el culo», como decía cada que descargaba. Tampoco atinaba con algo para curar a D'alfinger y a la *caquetía* de una dolencia extraña en la parte baja del vientre, que les tenía a ambos con micción lenta, a ella con un fuerte ardor en la verija y a él en el

canuto, cuando estaba apasionado. Y como el gordo lo acosara con que «si me muero, conmigo os iréis mal yerbatero», me rogó casi con lágrimas que con mis manos le torciera el cuello a tan peregrinas dolencias, con segunda intención de que en vez del suyo quedara torcido mi pescuezo. Aún no sabía que aquel sufrimiento se curaba con cocimiento de hojas de *achiote*, pero se me iluminó hacer zumo de cuanta planta tuve a mano, todas juntas y, con sal y vinagre, darles baños de asiento y aplicarles pañicos de refresco. En pocos días les llegó algún alivio, no sé si por los extractos amargos o por defensa de su propia natura. Sin soltar agradecimiento alguno, D'alfinger me pidió:

—Francisco, manteneos en salud y cerca, porque también os necesito de metalista, para cuando levante una fundición en Ulma y acuñe mi moneda.

—Espero contar con vida, excelencia.

Tan pronto como llegamos a *Maracaibo*, aún preso de calofríos, hizo llamar a su mayordomo privado, Honorato Vicente Bernal, quien se encargaba del asiento de las entradas del oro rescatado y de la custodia de este. Se reunió con los dos Saylor toda una tarde, pesando, sumando y asentando cifras en sus libros. Después de guardarlos me hizo llamar:

—Francisco, ayudad a mi curador a cargar las porciones de las deudas del común que le corresponde a cada uno.

—¿Qué instrucciones tendré de su excelencia sobre las deudas de los muertos? —pregunté más que todo para no parecer tan borrego.

—¡Qué pregunta! Si están muertos, su deuda se cruzará con lo que les correspondía del botín, que como bien veréis no alcanzará. En cuanto a lo del común, ¡lamentable! si el faltante crece y disminuyen los vivos entre los cuales dividir... Total, Honorato ya tiene ajustadas las porciones.

Con cuadernas y pluma en mano, comencé a sumar la paga de los marineros que hacían el paso de gentes y abastos en la

laguna, con las soldadas de capitanes y de rasos. Después los estipendios de los funcionarios reales y de los factores de los Welser, cada uno mayor que la suma de todos los soldados. Entre los que se sintieron afectados estaba el propio Honorato. No cobraba soldada, aunque ganaba como mayordomo, porque estando más inclinado por la colonización y comercio, vino a ello con tres caballos a su costa y minción, pero como a todos nos tocó hacer de militar, estuvo de jinete hasta que perdió los tres jamelgos y, por fuerza, quedó de peón, encimado con la mofa de llamarle «peordomo» a quien con su hacienda ayudó a sustentar la provincia de *Coro* cuando tomó estado matrimonial con una de las de Susana, sin que se supiera en nada de aquello, porque aquella se quedó allá en lo suyo, mientras al muy Honorato, sin quererlo, lo arrastró el torbellino desta exploración y luego lo arrastró a las siguientes guerras desta conquista.

Por fin supe que mi paga, figurando de amanuense y sudándola como peón, era la misma de un grumete: seis mil maravedíes por año, un poco más de un peso por mes. No era tan mala, con ser tres veces más de la un paje y la mitad de la de un marinero: ¡sobreviviría! «¿Sobreviviría?» volví a preguntarme cuando vi que tal vez en un lustro terminaría de pagar lo que ya tenía cargado, doblado con los infames intereses, sin saber qué más irían a colgar en mi pescuezo. Creo que el haberme encargado de meter ojo en las cuentas, fue la forma disfrazada del ablandamiento repensado por el micer-able en sus febriles desvaríos, por lo que comencé a pensar que tenía sospechas de por quiénes había venido a dar en este destierro.

Durante las exploraciones, el gobernador poco se comunicó con sus patrones. Apenas si envió algunos despachos al Consejo de Indias, firmando los primeros como «Gobernador del golfo de Venezuela y cabo de la Vela» y después como «Gobernador de la provincia de Venezuela y cabo de la

Vela». ¿Qué pretendía? Bien sabía que la cédula real reconocía su gobierno a partir del cabo de la Vela, pero no estaba claro si aquella montaña que se dibuja como vela tarquina henchida de vientos, alta de baluma y baja de caída, pertenecía a los alemanes o a los de Santa Marta. Por alguna razón metió esta sagacidad. ¿Sería por estar pensando en que el sitio para Ulma debería estar en la cabeza de la *Guajira*?, donde era obvio serle mejor para su comercio como puerto, en vez de metido selva adentro, sabiendo ahora que *Maracaibo* no era isla, sino parte del continente ignoto. Dello nunca soltó prenda, pero se deducía, porque así durante todo su gobierno hubiere desplazado a *Maracaibo* el centro de las conquistas y el accionar de los Welser, nunca la ordenó como ciudad ni la precisó como capital de su gobierno.

Allí seguía, como si esperase alguna armada de alemanes e inmigrantes para su Reich en las Indias, en su determinación de machacar españoles por mano de Francisco del Castillo, un castellano cuña de su mismo palo que mejor fungía de esbirro que maestre de campo, sin alcanzar a entender ver que los pequeños desvíos de las gentes fueron por causa de pasar muchas hambres. Porque en vez de procurar sustento les daba azotinas, como la propinada a Martín de la Cama por alegar haberle sido robado un poco de *maíz* que le mandaron traer, que en parte comió y en parte escondió. O cuando afrentó feo al lucido capitán Sebastián de Almarcha y a Juan de Valdivia por haberse entrado a un *bohío* de indios a engullir tortas de *cazabe*. O al viejo De Valdés, supuesto hijodalgo, a quien por la misma causa hizo azotar como a Cristo y a poco murió del escarnio. O a Luis Cano, por haber rescatado bollos con los indios y a Diego de Barahona, en segunda vez por unas palomas. También hubo de a cien azotes para los soldados que obligaron a un indio principal a moler *maíz*, por el gusto de comérselo en potaje, no tostado. Y, para acortar este agrio recuento, baste con señalar los azotes al regidor Pedro de

Villegas, por haberle tomado un pescado a un indio y por el descuido de, por andar en ello, soltársele espantado un caballo.

Fuere porque a micer Ambrosio le indignaba que, siendo rústicos casi todos los españoles de a pie, le escurriésemos el bulto a los trabajos de villanos, como moler *maíz* o escamar pescado, o fuere por demostrar buen trato con los *naborías* con el fin de resguardar sus tripas de algún menjurje y su trasero de un dardo emponzoñado, aún no puedo entender cómo puede ser más grave quitarle a un indio unas perdices o un par de *abuyamas*, que arrancarles las figurillas de oro custodiadas por generaciones, de tanto significado para ellos como para nosotros el Cristo del altar; o secuestrar a sus familiares para servirlos como escudo o cual bestias de carga, o para herrarlos y venderlos como esclavos. No es fácil de aceptar la doble moral de ser punible una pillería de un raso hambriento y meritoria la rapiña de regentes de poco ayuno: Tal vez —pienso ahora— porque de la insignificancia de unos bollos, calabazas, *yucas* y caza no había quinto para la Corona, parte para los Welser ni pedazo para sus factores. Y por ello, en lo primero hay desobediencia a un mando medio, mientras lo segundo es acatamiento debido a la Corona.

El botín reunido en varios cofres tricegado fue enviado a hombros de los indios marcados hasta la Vela de *Coriana*, donde debían esperar el paso de los mercaderes que persistían en su trata. Este era un lote joven, ellos de buena disposición y ellas con gracia y hermosura, todos empelotas porque en ver esclavos desnudos no hay mácula alguna, como no la hay en mirar bestias de carga; eran la mercancía precisa para con el producido reponer las gentes ganadas por la muerte, más algunos descontentos fugados a las Gigantes y algotros a Santa Marta; para enganchar más soldados de refuerzo, y hacerse a caballos, armas, municiones y pertrechos para la próxima jornada de atravesar las montañas al poniente.

A pocos días, después de ajustar las cosas en *Maracaibo*, el gobernador partió para *Coro* camino a la Hispañola, en busca de médicos de allí, por si podían reformar su salud, que de no, tendría que atravesar la mar Océana. Iba con Juana, resuelta a quedarse en su isla y no seguir más a su señor, sino apartarse de él por siempre. Como mujer aguda que era, intuía que era el momento de cortar su amorío para no languidecer ni quedar sometida en una relación cada vez más desbalanceada, rígida, asfixiante. En esta decisión para nada entraba la bella *caquetía*, una concubina más de las que en ambos extremos de la mar están para el solaz natural de señores principales, *caciques* y caudillos, esparcimiento que allá es pecado y aquí un arreglo de gozo, el máspreciado entre los creados por el Gran Espíritu, el *puiquigua*, o el amor por voluntad de *Gua*, el arrobo pasional de los amantes, en el que prosperan los hombres buscando retener juventudes y hermosuras, las mieles con que la *caquetía* tenía engolosinado al gobernador.

Y estando encandilado, era el momento para Juana desgajarse sin que la retuviese, porque ella ya estaba despegada de días atrás, cuando entendió la razón de tener que llamarle siempre «mi señor», nunca por su nombre, y con ello le vino a la conciencia que, si bien la protegía y respetaba, jamás la había amado como los amantes intercambian solo amor. Ella le había dado todo, hasta desprenderse de su nombre consultado por un *saila* a las estrellas, el que siempre debía llevar atado a su ser dirigiendo su destino, para cambiarlo por un «Juana de Castilla», tan ajeno para ambos que ninguno, de corrido, podía pronunciarlo bien.

Las indias no vendían su amor para que les pagasen con lo mismo, les saqueaban de sus pueblos comida, oro, perlas o esmeraldas. De haberlo hecho, pocas riquezas hubiesen llegado a Castilla. Las cuentas y abalorios de rescate estaban dispuestas para comprar paz pasajera entre guerreros, no para

estos menesteres. Nunca las mujeres de la tierra fueron ni serían prostitutas. Intercambian placer por placer. Perciben al triunfador, reconocen quién detenta el mando y ese poder las seduce; y esta fue la única ventaja de los capitanes sobre los soldados, delantera inicial porque cuando confirman que ese poder no las protege sino las quebranta, bajan el embeleso hasta desaparecerlo, más cuando el notable resulta con esposa blanca unida por alianza y entonces ellas quedan solo para servicio de la señora y solaz ofuscado del marido, violadas por ambos en todas sus valías.

Las ligas entre las naturales con los soldados son más fuertes porque estos necesitan con quien deponer su rudeza, que no es más que carencia de ternura, por esconder y disfrazar sus miedos. Quizá nunca antes habían sabido que necesitaban de manos mimosas para acariciarles las heridas, de un contacto de piel tibia para sanar el ánimo derruida, porque una india en una noche de querencia levanta más el ánimo que muchas misas y trisagios, que mil arengas y sermones.

En algunos casos, las mujeres *caribes* acompañan solidarias a sus maridos en las batallas territoriales, aun a raptar otras mujeres, peleando como iguales. Varias de ellas, y sus madres y abuelas, también fueron cautivas, pero con el agasajo del buen trato y del respeto se quedaron hechas a vivir en el seno de los caseríos y labranzas de sus captores, generando y sustentando sus críos, como hembras que son. Ahora, cuando por fuerza son incorporadas en las avanzadas de conquista, arrastradas lejos de sus familiares, costumbres y dialectos, se sobreponen a toda vicisitud y tienden una puente frágil entre tan desiguales culturas de invasores e invadidos, sin comprender bien por qué lo hacen, sino por ese instinto de conservación de especie que tienen las madres.

Isabel tuvo claro que debía quedarse en *Maracaibo* y encontró guisa para hacerlo en compañía de la antes muy maja

y esclarecida Francisca de Samaniego, y ahora, suelto el moño, harto ajada y envejecida, aunada por el rasero de la desolación y el desamparo en estas latitudes sin límites ni cercanías, ayunada del hombro de su Juan de Cuaresma metido, más de estorbo, en las exploraciones.

Sin pensar en si nos volveríamos a reunir alguna vez, la noche anterior a la partida anduvimos tomados de la mano, purificados por la luna llena, rozados por la brisa, sin salirnos palabra alguna. En el borde de la laguna nos sentamos a contemplar la fuga de reflejos cabalgando pequeñas olas, con la añoranza de dejar en ellos nuestro abatimiento. Con el rocío del alba y aún bajo la caricia de una luna tan embrujadora como aquella vez en Sevilla, comprendí de golpe que, después de haber hecho un ruedo de diez lunaciones alrededor del *Moracaibo*, lo de más valía era estar allí esta noche, en los brazos tibios de aquella mujer que parecía conocer los resortes de mi destino, sin necesidad penetrar el final de camino alguno, sino de alargar el instante. Muy despacio abrió sus ojos y con ellos me preguntó:

—Lo que tenéis para contarme, decídmelo ya porque se está levantando el día.

—Es que... ¡he matado a un hombre! Por los lados del río *Apón* varios indios nos salieron en emboscada a cuatro que estábamos colectando *guamas*. De improvisó se me abalanzó un gandul membrudo blandiendo su *macana* y, como llevase yo desnuda la espada, sin pensar le separé la cabeza de un solo tajo dado para cortar el grito de guerra que traía en la garganta, que luego sonó ininteligible y ahogado mientras los ojos me miraban con furia desde el vuelo por el aire, al tiempo que del pescuezo me llegaba otro clamor, largo, gorgoteante y sofocado, como pidiéndome que le volviera la vida a su sitio, pero esta ya se había ido al lugar de los espíritus, y el cuerpo, por ser muy joven, la reclamaba con los estertores de sus miembros.

Entonces bajé hasta donde la testa seguía avistándome, para cerrarle los párpados y quitarle la pena de seguir ojeándome, pero, antes de tocarla, su quijada se cerró desatracando la cabeza que rodó por la pendiente hasta llegar a la corriente del río que tiñó con el color de las batallas.

—Era vuestra vida o la de él.

—Eso pareció, pero después de que con mis compañeros terminamos de arrojar en la corriente a mi víctima y a los otros cinco medio muertos, vinimos a consentir que la grita que nos dieron los gandules no era de guerra, sino para que no les hurtásemos las *guamas*. En el real, mi capitán nada mencionó de azotes por haber perdido las frutas: nos felicitó por la victoria sobre un enemigo traicionero y señaló que «en adelante ya no tendré que recomendaros mantener bien afilados los fierros»... Isabel, amiga mía, necesitaba confesaros mi yerro sin esperar absolución, para ver si con la expiación de vuestra separación puedo alejar de mis pesadillas el fantasma dividido, pidiéndome la parte del ánimo atrapada en la cabeza que la ayude a encontrar el completo que se fue flotando adelante con el despojo del gandul.

Entré de vuelta a Coro el tercer día de mayo, el del apóstol Santiago, del año de 1530. Y de nuevo me destinaron al brete entre los libros de cuentas.

LIBRO SEGUNDO

Viendo que no podíamos sacar nada de los guías
hice cotar a dos en pedazos para asustar a los otros;
pero de nada sirvió...

NICOLÁS DE FEDERMANN, *Indianiche Historia*



TERCERA NOTICIA

DE LA BUSCA DEL PASO A LA MAR DEL SUR,

cuando arribó Federmann cargado de mapas que nos acercaban a la mar de Balboa; de su ambición por suceder al gobernador dado por muerto; y de cómo nos enfiló en su busca, para después de tanto rebullir por selvas y llanuras, tan solo logramos volver con unos pocos moribundos



CAPÍTULO VIII

DE LA NOVÍSIMA CARTOGRAFÍA

que trajo atesorada Federmann, con demostración de que pasando una cordillera se da en la mar del Sur, por donde se puede entrar a las riquezas del *Pirú*, por lo que puso prisa en armar una expedición cargada hacia el naciente para distanciarse de las huellas de D'alfinger

Micer Ambrosio ya no podía sostenerse sobre su cabalgadura. A más de las calenturas tercianas que le habían apretado durante casi toda la marcha, ahora le había caído una modorra, una fiebre recia que le embotó el sentido sin poder hacer más que echarse a dormir. El gordo, que ahora lo era menos, volvió a *Coro* en una *hamaca* a hombros de cuatro cargueros. Lo acompañamos una decena, mitad peones y mitad de a caballo; otra iba por adelante con los esclavos y lo de las arcas del Rey, y otra quedó haciéndose fuerte en *Maracaibo*. Los demás estaban muertos o huidos. Tan solo persistíamos vueltos miseria la cuarta parte de cuantos habíamos salido con el pecho henchido por la retórica de «conquistar» y ni si quiera sabíamos si volvíamos ganadores o vencidos, sin casi fuerzas para pensar.

Faltando media milla, con bulla de atambor y trompeta nos salió al encuentro un nuevo gobernador, Hans Seissenhoffer, pariente y paisano de los Welser. El Alemán, como le decíamos para no enredarnos con semejante apellido, se

había posesionado dos semanas atrás ante el famélico cabildo de la villa porque, tanto en las Indias como en las Españas, a D'alfinger se le daba por muerto, aun por los de la vanguardia recién llegados del lago pensando, o deseando, que nuestra demora era por el miserable haberse muerto en el camino.

Entre la comitiva del Alemán, además de George Ehinger, hermano de Heinrich y de Ambrosius, del capitán Nicolaus von Federmann y del caballero flamenco Antón Requence, se encontraba el médico licenciado Hernán Pérez de la Muela, quien de inmediato revisó al afiebrado y le recomendó traslado apremiante a Santo Domingo, porque «la enfermedad es grande y no hay la botica de las islas para procurarle remedio». Junto a la tienda en que recostaron al gobernador, el agustino Vicente de Requexada cantó un Gratia Te Deum mientras hervía un cocido de monterías y tubérculos, de esos levantamuertos, servido luego sobre grandes hojas que por tanta hambre casi también nos comemos, mas don Ambrosio si apenas pasó dos cucharadas de sustancia. Pasada la canícula emprendimos el camino a recogerlos en los *bohíos* de Coro, llenos de caras nuevas venidas en naves propias de los Welser.

Al día siguiente, todos los alemanes se reunieron en el aposento de D'alfinger. Nadie oyó lo qué hablaron durante una hora. Por redoble de atambor, el Alemán convocó a los oficiales reales, a los capitanes y soldados españoles, y en ley de cortesía a todos los vecinos, para reunirse a la hora media tarde en el cabildo. Abierta la sesión, de manera sucinta para no fatigar al enfermo, retomó juramento de acatamiento colectivo a Ambrosius Ehinger von Thalfingen como gobernador y capitán general que era desta provincia, y a Nicolaus von Federmann como su lugarteniente y capitán general del ejército, toda vez que, según comunicó el mismo Seissenhoffer «su Majestad Imperial y mis señores Welser me estiman para otras comisiones, por lo que pronto retornaré a la Hispañola».

No hubo asombro en ninguna cara de los convocados, ni siquiera pasmo en las de los apretados y apaleados, quienes, creyendo estar el ratificado en sus alientos finales, no les quedó duda de que quien les gobernaría sería Federmann, idea a la que ya estaban hechos los nuevos chapetones, porque con ese aire había llegado.

Nicolás de Federmann era un lince en astucias para aventajar siempre, aun cuando pareciera tener todas las cartas en su contra. Vital, rozagante, cálido y amistoso. Nunca posó de militar, que nunca fue, ni se colgó más fierros que una espléndida toledana enjoyada, de mucho lucimiento y harto filo. Usó el ocio de los primeros días para ligarse con cada desconocido, que a los llegados con él ya los diferenciaba por nombres, mañas y argucias.

—Francisco, he sabido que sois industrial y agudo, más de pluma que de espada —le oí decir a una maraña de barba y cabello rojizo, sintiendo su mano sobre mi hombro, observándome franco con sus ojos berilos, casi transparentes—. No os pondré bajo capitán, porque os necesito en cerca de mí, para aderezar unos ingenios de hacer en grande la pesquería de perlas. Reponeos en estos días, que ya os detallaré mi idea para que busquéis los materiales y pongáis manos en esta ocupación confidencial, secreta por ahora para que nadie se adelante.

—Para mí es más gratificante armar artificios, que andar en desbarates, señoría.

En pocos días se conocía todo de micer Nicolás, como si lo hubiese publicado en bando, todo, salvo si tenía esposa alguna y era partidario de la Reforma, que fue lo único que mantuvo en reserva. Pisaba veinticuatro años, primogénito de Claus el Viejo, y muy unido a su única hermana Elizabeth, recién casada en la Selva Negra. Procedía de una antigua familia de comerciantes avecindados en Ulm que habían hecho nombre

y fortuna en el comercio de medicamentos y adobos de Calicut y Malasia, venida a menos cuando los Welser, por querer acaparar este negocio, llevaron los precios más abajo de los costos. Para evitar la quiebra, buscó acercarse a los monseñores Bartolomé y Antonio Welser a fin de unirse a sus flotas de viaje al país de las especias, y negociar los herbajes de la triaca, la nuez moscada y la casia, el ruibarbo y el jengibre, sin tanto intermediario tragón de las rutas secretas. Tomó contacto con el factor en Sevilla, George Ehinger, quien acababa de recibir la noticia de la supuesta muerte de su hermano Ambrosio, por los días en que nos encontrábamos bojando el lago, y estaba deseoso de sucederle y recoger su herencia. Ehinger no mostró interés en la alianza propuesta y, en vez, lo recomendó con sus patrones, quienes movidos por las competencias del paisano, tanto en contabilidad y algo de navegación, como en castellano e italiano, después de declararles, agrandado, su ingenio de negociante en remedios y condimentos, le dieron nombramiento de capitán de la misma nave en que iría Ehinger a continuar la misión de su deudo, a cambio de servirles durante siete años en cualquier actividad comercial provechosa para ellos. Sin dar tregua, apeló a la desenvoltura de su plática para demostrar la buena traza y orden que daba a los negocios, a sus maneras de señor muy principal, a su determinación y palabreo para lograr beneficio en los intercambios, ganándose una nueva cédula de los Welser nombrándole reemplazo, uno más, del gobernador desaparecido y dándole provisiones e instrucciones particulares sobre cómo debía actuar. Asumió de capitán y comenzó a hacer acopio de gente de mar y de soldados para pasar a la provincia de *Coro* y *Maracaibo* a fraguar nuevos descubrimientos.

Hacia finales de octubre, con retraso de veinte días, cuando ya desfavorecían los vientos, se embarcó en Sanlúcar de Barrameda con algo más de ciento veinte infantes españoles

y dos docenas de mineros alemanes, algunos con sus esposas. Luchando con el tiempo desreglado, la ventolera les arrimó en el deshabitado puerto, en el norte de Lanzarote, la más al levante de las Canarias, donde, por causa de la gran sequía, los árabes de la Berbería que viven en la costa frente a la isla llevan sus cabras y camellos a pacer y tienen su comercio de leches y quesos, pagando tributo. Casi un centenar de árabes tomaron por franceses a cuatro alemanes y diez españoles desembarcados sin armas, por agua y leña. A las pedradas con hondas lincharon a tres españoles y a un minero alemán, y lastimaron al resto. Al mismo Federmann le abrieron la cabeza de un pedruscazo y, mientras los demás heridos lograron huir en una balandra, acorralado con dos españoles contra una peña, le alcanzaron con una estocada y los pusieron presos, disimulados en una caverna. Después de mucho parlamentar y bajo palabra empeñada de no indicar el lugar donde estaban, Federmann logró permiso para escribir una nota pidiendo venir de su nave a un barbero, para que les vendase las heridas, y a un griego que sabía la lengua árabe y así poder tratar el rescate, fijado al comienzo en seiscientos ducados, que al final logró bajar a la mitad. Como en todo trato de salvar el pellejo, empeñar la palabra es puro enredo, en la misma nota metió instrucciones de levar anclas hacia el puerto de Lanzarote e informar al gobernador de su calabozo, argucia que disimuló a los moros diciendo que el viento fuerte había devuelto la nave hacia la mar, pero que pronto volvería. Y cuando volvió, la gente del gobernador apareció por detrás galopando en camellos que los sacaron de las manos de los berberiscos y los llevaron ante Sancho Herrera, hijo del conde de la Gomera, quien hizo pagar a los moros los daños, y además acogió y vendó a los heridos en su casa. En esta isla se detuvo tres días por leña y carne caprina para luego poner rumbo a la Hispaniola por diferente derrota, la de los portugueses, y sin escalar

en las islas Antillas, arrimó en Santo Domingo una semana antes de la Natividad.

Durante las dos semanas de reabastecimiento en la Hispaniola, Federmann acortó cuanto pudo las muchas reuniones con el factor de los Welser, Sebastián Rantz von Ulm, para destinar más tiempo a observar todo de la isla y tomar informaciones de hacerse criterio propio sobre lo leído en relaciones, sorprendido por cómo, en menos de cuarenta años de haber sido descubierta, la isla quedó sin aldeas y los pocos naturales salvados de los acometimientos y de la viruela eran esclavos de los cristianos, trabajando contra su voluntad y costumbre, por ser de natura endeble y poco laboriosa, tanto en solares, haciendas y veneros de oro, además de hacerles servir de acarreadores en la construcción de hermosos edificios, casas, templos y calles con que mucho se embelleció el puerto a la manera española, al tiempo que se vaciaban las poblaciones *taínas*.

Dejó los mineros casados en la isla y se reembarcó con casi ciento cincuenta hombres y diez caballos. Por el mucho peso, sin poder levantar la proa lo debido para afrontar las corrientes, con tan solo dos días de vientos favorables, al cabo de nueve pasaron por la isla de *Aruba*, que el piloto tomó por Curazao y otros juzgaron ser la *Buinari*. En la noche arribaron a Tierra Firme, pensando estar en la Vela de *Coro*. Distinguieron tres fogatas de indios que estaban pescando, lo cual asustó a los marineros por descubrirse tan cerca de las costas, y viraron hacia la mar hasta el despunte del alba. Entonces bendijeron a los indios creyendo que les habían avisado con las hogueras, pues de lo contrario estarían todos rotos contra las rocas de los bajíos donde revientan las olas contra la cabeza de la península de *Paraguaná*, donde años antes había quedado encallado Ampués. El viento meridional no les permitió acercarse al puerto y no encontraron otro remedio que soltar una chalupa con diez hombres para tomar por

sorprende a los pescadores, yendo esta vez bien armados, en tanto él se resguardaba en la nave; mas aquellos ya habían huido a atrincherarse dentro de su pueblo, pensándoles de los mismos que andaban esclavizando.

Entonces esa misma noche, mientras a unas dos leguas desembarcaban todos los soldados con los caballos y las provisiones para tres días, los de la avanzada resolvieron enviar dos espías, con el mayor sigilo posible, a calcular con cuántos tendrían que volver para hacer algunos prisioneros que los condujeran a *Coro*, husmeo en que descubrieron una aldehuela de apenas tres *bohíos*, que pusieron bajo vigilancia hasta en la madrugada lograr prender a una india que salió a recoger agua de un arroyo. La india les dijo en castellano que tiempo atrás había estado esclava en Santo Domingo, mas el factor Ampués la había devuelto la libertad con otros de los suyos para disponer a la amistad los naturales de esa provincia con los españoles y, por lo tanto, no comprendía por qué la hacían prisionera. Cuando estuvo todo el grueso de la armada en la aldea, sus veinte pobladores los agasajaron con gran cantidad de pescado, bastimentos y refrescos de frutas. Allí los condujeron durante tres días de pocas provisiones y sin gota de agua, a lo largo de los pedregales costeros de *Cumaragua*, *Miraca* y *Guacuareso* hasta *Guasate*, donde descansaron un día y, al mediar el siguiente, les abrazaron unas gentes de Luis Sarmiento, el lugarteniente de D'alfinger, avisado por unos de los mismos indios que se les habían adelantado. Habiendo entrado ya todos en *Coro* y confirmada la ausencia del gobernador, comenzaron a darse acomodo y a poner todo en orden, bajo el mando de George Ehninger.

Cabalgando a trote continuo durante un día con su noche, Federmann regresó a donde habían dejado el barco con la tripulación y con lo más importante para él, los mapas y anotaciones indispensables para sus proyectos y las exigencias de

sus patrones. Alzaron velas en busca del puerto de *Coro*, mas los vientos de enero lo impidieron por las tantas olas que amenazaban a volarlos en astillas. Entonces navegaron seis días de vuelta hasta la isla de *Xabona*, a veinticinco leguas de Santo Domingo, a donde sin saberse la razón no quiso continuar, sino que, en una *piragua* con dos remeros, envió un hombre a entregar una nota de auxilio al factor Rantz. Y aquel en persona vino a donde Federmann en un carabelón con toda clase de provisiones. Dos semanas más hubo de esperar el favor del viento para partir a *Coro*, no sin antes pasar por la isla de San Juan a embarcar tantos caballos, bueyes y carneros como le permitió el espacio dejado por las gentes apeadas en Tierra Firme. Por fin, el día ocho de marzo, cinco meses después de haber partido de Sanlúcar y dos antes de la devuelta de D'alfinger a *Coro*, entró en el fondeadero de la Vela, acompañado por el carabelón con las provisiones facilitadas por el factor de los Welser.

El cabildo de *Coro* no había aceptado a George Ehinger como gobernador, por temor de que fuere tan ácido como su hermano. Adujeron falta de claridad en la baraja de cédulas, que por igual facultaban en el cargo a cuatro nombrados por los Welser: a D'alfinger y a Sayler, refundidos por el lago, al Ehinger acabado de asomar y a un Federmann al que apenas si le vieron la cara, volvió grupas en galope hacia la isla. «Cada día aparece un nuevo alemán con una credencial en la mano y diciendo ser gobernador, pero yo no estoy aquí pintado, habiendo sido nombrado por el propio D'alfinger como su teniente hasta su vuelta, en que ya viene», dijo Luis Sarmiento en la sesión de los regidores, todos nombrados por él, más para enredar las discusiones que por favorecer a uno en especial, ya que siendo alemanes cualquiera le valía igual y «si tantas suplencias barajan los Welsares, será por prevención inmerecida y desmedida contra quienes en verdad los sostenemos»,

en tanto los concejales se sinceraban en que no les importaba quién de los alemanes fuere su gobernador, salvo que no los sujetara micer Ambrosio ni tampoco su hermano, igual de insufrible para los españoles.

Mientras en el Viejo Mundo, tanto por la parsimonia durante la travesía como por andar con descuido en tanta colecta de apostillas en la Hispañola y no enviarles informe alguno junto con los correos de Rantz, los Welser temieron que Federmann solo se ocupaba de sus negocios particulares y poco haría por ellos, y sin dilación alguna, aprestaron otros tres navíos y encargaron a Hans Seissenhoffer, el Alemán, que tomara el mando. Navegando en directo y a toda vela-dura, dos meses después de Federmann, llegó el Alemán sin cédulas a mano ni figurar su nombre en capitulación alguna, mas con las cartas de los Welser se hizo reconocer por sus colegas y por las tropas de estos, luego por los factores reales y, por último, el cabildo los colonos que le dieron juramento como gobernador; y como su teniente a Federmann, con quien antes había aclarado que en nada distraía ni distraería lo pactado con los patrones.

Micer Nicolás sabía esperar, sin presionar, el momento preciso, que bien atinó cuando, a las dos semanas, volvió D'alfinger y, reasumiendo de gobernador, le designó por su teniente, teniente de un gobernador moribundo que poco después, a finales de julio, encontró nave para pasar a la Hispañola a curarse, dejando a Federmann a cargo de todo gobierno, porque además le nombró de capitán general de todas las tropas y alcalde mayor de *Coro*, «con las más amplias atribuciones».

A diferencia de los cortesanos, que siempre arreglan este tipo de discrepancias a punta de magnicidios, los factores de la casa comercial y financiera sabían acatar y esperar las resoluciones de la cabeza invisible, la de Bartholomäus Welser, y así harto intrigaren entrellos, disimulando para los demás,

por los altos salarios y participaciones que podían legar a sus herederos, de los que no se supo tenerlos quienes fueron gobernadores, con excepción de Elizabeth von Federmann, hermana de quien, teniendo el nombramiento, nunca llegó a sentarse en la silla gubernamental.

En los meses anteriores a su primera expedición, Federmann no tuvo un instante de sosiego, aunque poco le requiriera lo del gobierno. Arrebujaado en un liviano pero resistente sayo de algodón, porque «igual matan las flechas como deseca el sudor», se internaba en las selvas vecinas averiguando las costumbres y creencias de los indios, por sus comidas, armas y defensas, de lo que sacó gran conocimiento de los alrededores, siempre buscando encontrar guiños de cómo llegar a la mar del Sur, confrontando unos mapas secretos, de los que no se separaba, siguiendo los trazos detallados de los pilotos alemanes de los Welser que, en el año siguiente al descubrimiento de Colón, fletaron naves y tripulaciones en la Corte portuguesa para que el cosmógrafo Hieronymus Münzer verificara la ruta por donde el Almirante esperaba llegar a Catay. También repasaba las confrontaciones de otros cosmógrafos de la casa con las rutas que ilustrara Vespucci para el Rey de Portugal después de su tercer viaje, el siguiente a las dos vueltas por las Antillas, cuando se le develó que la Tierra Firme era del continente mostrado en las cartas chinas, detrás del cual, aún sin definir las costas del poniente, Amerigo puso una nueva mar con increíble exactitud, mucho antes que algún europeo la viese, porque ahora, al ajustar sobre los dos hemisferios los cuatro continentes, esa mar le quedó del tamaño que era: más grande que la Atlántica. Y como llegaran copias destas cartografías a Florencia, una de ellas dio en manos de misser Codro, quien con sus correcciones enriqueció las costas y la Terra Ultra Incognita de Castilla del Oro, lo del *Darién* y del *Urabá*. Otro calco fue a Ulm donde, desde

la época de Henricus Martellus Germanus, los cartógrafos lusitanos y germanos añadían cuanto detalle allegaban los aventureros anteriores al almirante Colón, unos bajo auspicio de los Fugger y otros con tutela de los Welser, ambos siempre buscando expandir su señorío mercantil, mientras dejaban que los reyes se entretuvieren guerreando entrellos, guerras en que no participaban pero sí las financiaban, porque es bien sabido que, si entrambas casas le facilitaron ciento cuarenta y tres mil ducados a don Carlos para costear su nombramiento de Emperador, al ya Emperador, entrambas le prestaron más de ocho veces aquella suma para sostener las pependencias de su imperio, con que se empobrecían sus Coronas, tanto cuanto más enriquecían a los banqueros con los estrictos réditos, más jugosos que todos los botines de guerra juntos.

Don Nicolás igual traía copia de la ilustración que, para Solimán el Magnífico hiciera el almirante turco Piri Re'is, famoso por sus conocimientos lingüísticos, históricos y cartográficos, ceñido a todo tipo de fuentes, desde las añejas narraciones del monje irlandés san Brandán, de cuando siglos atrás, en una isla de la Atlántica septentrional descubrió la Tierra Prometida a los Justos; hasta el magnífico *Atlas catalán* del judío Abraham Cresques y las cartas marinas que trazó el almirante Colón, mapas que, en el quinto año de este siglo, de manera fortuita encontró una flota turca en una escaramuza cerca de Venecia, en manos de un marinero que había acompañado en los tres viajes anteriores a don Cristóbal. A todos ellos, Piri Re'is les consignó un crédito en sus dibujos, por igual que a los demás informantes árabes y portugueses que ya habían estado en la mar Índica rodeando por África, como también los detalles tomados de Ojeda, porque de todo ello se sirvió para confeccionar la más completa *Carta de la mar Océana*, engrandecida con vastos comentarios en su idioma.

También le fue facilitada copia de la delineación más reciente, muy completa y harto ajustada, del lusitano Doigo de Ribeiro, o Diego de Rivera para nosotros, realizada cuando estaba en Sevilla al servicio de España, luego de suceder a Sebastián Caboto como Piloto Mayor en la Casa de Contratación, y después del primer viaje a la India Oriental por la ruta de nacimiento de Bartholomeu Dias, seguido por los efectuados con Vasco da Gamma y Alburquerque. Ribeiro concertó su mapamundi con detalles dados por los supervivientes del viaje de circunvalación al globo, en especial con las observaciones de Esteban Gómez, piloto de Magallanes, con quien navegó descubriendo las costas al norte de la Florida. Usó sin recato los trazos de los pilotos que lograron tornar del fallido intento de colonización de Lucas Vázquez de Ayllón por las costas Floridas, que se conocen con los nombres de sus primeros exploradores: Garay, Ayllón, Gómez y Corte-Real. Se valió de los testimonios del francés Verrazzano, sin mencionarlo por la precaución de la Corona de contener datos del enemigo en mapas oficiales españoles. Incluso recogió las anotaciones del descubridor de la mar Pacífica y muy posible, por ser amigos, las de misser Codro, con las que pudo aproximar la grosidad del istmo en *Panamá*.

Con todo, si bien los perfiles de las costas *caribes* eran ciertos, los de la mar Pacífica fueron supuestos por algunos cosmógrafos que la estimaron más hacia el levante, arrojando en demasía sus aguas al sudoeste de la provincia alemana, cartas estas, anteriores a las grosidades encontradas por Pizarro y Almagro en su pasaje hacia el *Pirú*, fueron las que desrumbaron tanto a los Welser como a los de Santa Marta, porque en ellas se suponía estar más cerca el reino de los *incas*, lo que incitaba a intentar hacerse por tierra de los tesoros de *Atagualpa*, aunque los cálculos tanto más se torcieran o destorcieran en aquel vacío ignoto con las mal traducidas informaciones de

los indios; como igual quedaron trazadas las rutas nacidas en las averiguaciones de D'alfinger con los baquianos, mientras las fiebres aún le bailaban la cabeza, derrotas que igual bailaban ahora ante la mirada ida del Alemán y de Ehinger que nada entendían de geometrías en pergaminos ni de trigonometrías astrales y hasta ahora pisaban donde, siendo don Carlos de la casa Augsburgo, juraban que allí en un día no lejano se hablaría en su lengua, fuere istmo o continente esta tierra atravesada después de las Antilias.

Una tarde, me encontró Federmann embebido en asentar algunas anotaciones sobre las enseñanzas herbolarias de *Mecou* y del manejo que ya tenía de lo más corriente de las lenguas destas vecindades. Se las facilité por si le merecían valerse de ellas para sus escritos. En correspondencia me entregó un legajo con sus anotaciones hechas en la Hispañola, junto con lo que había alcanzado a registrar en la provincia de *Coriana* y, por no saber yo su lengua, se apartó de sus obligaciones de gobernante para ocuparse un par de días en traducírmelas. De la discusión sobre lo que cada uno veía y opinaba, salí más favorecido que por las referencias que don Nicolás le había pedido a mi capitán y desde entonces se le volvió costumbre confrontar conmigo antes de poner algo en sus cuartillas, siempre en letra muy cuidada, pero en alemán.

A nadie más comentó que también atesoraba unos traslados de cofrades de la secta fundada por Christian Rosenkreutz unos setenta años atrás, la Orden de la Rosa Alquímica, quienes a más de proponer los umbrales de la transmutación espiritual, decían saber lo que ocurría en lugares alejados y desconocidos, incluso en mundos de otras gradaciones. Atañían a disquisiciones sobre aquella historia de las siete ciudades fabulosas en las Antilias de la mar Tenebrosa, cifradas como todo lo de filósofos de encierro, los que no aprendieron navegando ni vagando a plena luz, sino meditando en sus

claustros oscuros, sustentados con citas bíblicas y de Platón, Aristóteles y Tomás de Aquino, que para valorizar y alumbrar la leyenda le agregaron cálculos y rutas astrales para dar con las ciudades de *Culúa* y *Cíbola* en aguas al este de donde Fernán Cortés entró al gran imperio de los *mexicas*, indios que relataron las tradiciones de una isla con las siete cuevas en la misma mar, de donde salieron los antepasados remotos de los *aztecas*, que se dijeron *mayas*, como Maya la hija de Atlante, de quien también tomaron nombre tres fortalezas en los Pirineos, entrelas la Maya demolida en el asedio del conde Minando, visorrey de Navarra, por haberle sido demolidos tres dientes de una pedrada. Por él supe que, a cambio de una dádiva para soporte de las obras de la Orden de la Rosa, los Welser se hicieron a un manuscrito destas leyendas de unión del Viejo y Nuevo Mundo, harto anteriores al descubrimiento, con la ilusión de encontrar minas de metales y otras fuentes de riqueza, las mismas que también estuvo buscado en la mar Pacífica, diez años más tarde y bajo el auspicio del visorrey Antonio de Mendoza, la expedición de los frailes dominicos Juan de Olmedo y Marcos de Niza, cuando este último juró haber visto entre brumas a *Cíbola* a la altura de *Guaimas*, por donde otros iluminados creen que se hundió el muy remoto continente de Mu, antediluviano como la Atlántida, percibida desde lejos porque las tormentas siguieron preservando el mito y la brumas envolvieron el desvarío del fraile.

—Francisco, cuando sepáis latín podréis estudiar el contenido de este cofre que, mientras tanto, habréis de guardármelo inviolable aun a riesgo de vuestra vida —y diciendo, me entregó los secretos de los de la Roseta y la Cruz, mientras me asentaba recio con sus ojos—. Parto mañana a la isla de las perlas, a *Cubagua*, donde cosecharon el almirante Colón y el factor Ampués hasta dejarlas repeladas. Debo hacerme a unos naturales de allí, buenos nadadores y expertos en sacar los

ostiones, para explorar por los bajos de las costas de *Paraguaná*, donde no ha entrado tanta rapiña de aflojares.

—Así lo haré, señoría. —Dije y luego agregué correspondiendo sus confianzas—: Algo he oído entre los *caquetíos* de una provincia de grandes riquezas, hacia el mediodía, que nombran *Meta*, que suena tal como la *Metba* tan mentada en nuestras antiguas leyendas. Como sois maestro el lograr confidencias, os sugiero que en esta y otras correrías hurguéis del asunto, antes de que otros se nos adelanten.

—Tantearé lo del *Meta*. ¡Ah!, recordad que a mi regreso espero lo del esbozo que os he encargado, del ingenio de arrastre para sacar las madreperlas, que de una en una nunca se sabrá si lo que primero se agota son los bofes de los indios o las conchas margaritiferas.

Con la misma armada que nos allegó de la Hispañola vinieron, sin estipendio de la Corona ni de los Welser, cinco religiosos de la Orden de San Agustín, a quienes los alemanes apodaban «cerveceros», la reconocida factoría de sus cofrades en Ulm. Con la única ayuda de cuatro *caquetíos* bautizados, durante el año que va corrido se dieron a levantar una iglesia y una casa cural, sin protestar ni mucho pedir, aunque dejaron notar su indisposición y recelo cuando supieron que, con ánimos desbordados, soldados y vecinos preferían acudir alegres y de regalo a la construcción de una nueva casa de amores de la Susana y sus pupilas. Por lo mismo, en menos de un año, los agustinos se hicieron diestros en maderas y cañas, *bejuco*s y cordeles, y demás materiales de la tierra. Comencé a frecuentarlos en merodeo de ideas para el arrastre de perlas y terminé metido, sin saber cómo ni cuándo, de escucha en las conversas teológicas que tenían al refresco de las brisas del anochecer, antes de recogerse a la meditación solitaria en sus camastros. En uno de esos crepúsculos, Vicente de Requexada, un hombracho animoso de poco menos de treinta años, con peladura

y recorte de cabellos como para que le entrara un casco de cruzado, dirigiéndose a los de su congregación y sin incomodarse por mi presencia, con la convicción de quien mucho lo ha rumiado, les soltó:

—Creo que es hora de pedir merced a los factores reales, al menos el tercio del diezmo que es de ley para la Iglesia, para con ello acometer de alguna forma nuestra trascendental misión, la de iluminar estos reinos con la única Fe Verdadera, misión que en todo debería estar soportada por los reinos cristianos, habidos sus compromisos con el Papa. Si bien los designios de Dios Nuestro Señor no siempre son claros para sus siervos y solo Él sabe el orden que pone a sus cosas, nosotros, sus ministros, estamos para allanar los obstáculos en que se entretiene el Diablo...

—En concreto, fray Vicente, ¿qué os preocupa? —se interesó el padre Juan Rodríguez de Robledo.

—Que siendo tan grande asunto el descubrimiento y conversión del Nuevo Mundo, haya permitido el Señor que fuesen los judíos despatriados quienes costearan la armada de Colón, para que les buscarse un espacio de donde no les echen, puesto que, así se crean los elegidos de Dios, son los más perseguidos de los hombres, lo cual les aviva su enorme su ilusión por la Tierra Prometida y, acaso también, su reencuentro con alguna de las diez tribus de Israel desterradas por Teglafalasar III y sucesores, perdidas cuando se internaron por diferentes caminos hacia el este de Asia y África donde, creen los avaros, encontraron territorios ricos en oro, platino y diamantes, y por ello se quedaron. Y ahora permite Dios que esta conquista vaya del cabestro de mercaderes y banqueros de peladas ambiciones materiales, ninguna espiritual, a quienes si poco les interesa la colonización menos les importa la evangelización, más siendo, como lo son en secreto, partidarios de la Reforma luterana. Entonces, no sé cómo irá

nuestra santa misión en estas provincias, si no es con el apoyo de las banderas de los reinos de España, adalides de la fe.

—No os afanéis por los alemanes —intervino Francisco Mateos, otro de los agustinos—, que don Carlos, aunque también tudesco, ha dado respaldo a la evangelización católica. Y de no darlo, nuestras congregaciones tienen tanta solvencia como los Welser y más que la Corona.

—Imposible ignorar que lo del descubrimiento por bolsa de los sefardíes es profecía en los libros sagrados —intervino el mosén Jaime Varón, a quien quitó la palabra fray Gaspar de Sevilla poniéndose de pie:

—Cierto. Bien presente tengo la profecía de Isaías: «Hay de la tierra a la que hacen sombra con las alas —las de las naves que arribarían—, que está más lejos de los ríos de Etiopía. Que envía mensajeros por la mar, en naves de junco sobre el agua. Andad, mensajeros veloces, a la nación de elevada estatura y tez brillante, pueblo temible desde su principio y después, gente fuerte y conquistadora —acaso los teutones—, cuya tierra es surcada por los ríos. Vosotros, todos los oradores del mundo y habitantes de la tierra, cuando se levante bandera en los montes, mirad; y cuando se toque trompeta, escuchad. Tiempo vendrá para juntar a todas las naciones y lenguas —lo que acá comienza a suceder—; y vendrán y verán mi gloria. Y pondré sobre ellos la señal —de la cruz, sin duda— y enviaré de los empinados dellos a las naciones, a Tarsis, a Fut y Lut que disparan arco; a Tubal y a Javán a las costas lejanas que no oyeron de mí, ni vieron mi gloria —sin duda, estas Indias—; y publicarán mi gloria entre las naciones». En esto ven claro los doctores de la Iglesia que quienes salieron salvados de Israel, irían a islas muy remotas y convertirán a muchas naciones de varias las gentes.

—Me refería a que Colón situó el Paraíso cerca destas tierras —continuó el mosén—, porque creyó con toda su fe en

los escritos de Enoch, de «estar el Edén en el fin del Oriente», el que perseguía en su navegación por el poniente; igual se le cumplieron las demás interpretaciones que daba a los vaticinios sagrados, que iba apostillando en su *Libro de las profecías*, presagios que le hicieron navegar por convicción de iluminado, no para escamotear a los conversos como sostienen los de mala leche, que si ambicionó oros y demás riquezas fue para poder llevar a cabo su segunda gran predestinación: la conquista de Jerusalén; y con ella redondear lo que sintió ser su misión divina: la de dar a los cristianos la ocupación de los dos únicos sitios en que se une el Cielo con la tierra: el lugar donde Dios creó la humanidad y el sepulcro de donde resucitó y se elevó el hombre que fue nuestro Salvador.

—Sea que Colón fuera judío o cristiano, igual da, iguales son la Torah y el Pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia —volvió a intervenir fray Matías—, y al final de sus viajes sintió cumplida la sentencia de Isaías: «Las islas vieron y tuvieron temor; los términos de la tierra se apartaron: congregáronse y vinieron».

—Para mí, es más claro el cumplimiento de la visión de Abdías —retomó Jaime Varón—, quien sentenció: «Cercano está el día del Señor Jehová sobre todas las naciones. De la manera que vosotros bebisteis en mi santo monte, beberán continuamente todas las naciones; beberán y engullirán y serán como si no hubieran sido. Y los cautivos de este ejército de los hijos de Israel, poseerán lo de los cananeos hasta Serepta; y los cautivos de Jerusalén que están en Sefarad poseerán las ciudades de Neguev» que, en metáfora, son las tierras apartadas sin vida conocida. Y esto, según los mismos doctores de la Iglesia, no es otra cosa que la trasmigración de los hijos de Israel: primero de los de Serepta o Sarfat que es en las Galias, a donde la ira de Dios los dispersó; y luego de los de Sefarad, que es en la Hispania nuestra. Así, en estas úl-

timas palabras, quedó escrito que los judíos sefarditas vendrían a estas lejanías a traer el reino de su Señor Jehová.

—Bien sabéis, las profecías de la Biblia hay que tomarlas en sentido espiritual —redondeó Vicente de Requexada— y así tomadas, los hijos de Israel se entienden como nuestra Iglesia. Y con ello queda claro que es la Iglesia, amparada por los Reyes Católicos y sus sucesores, quien está dando término al anuncio de Abdías e Isaías.

En seguida remató, encajonándose:

—Y vos, Francisco, ¿qué opináis?; bien nos hará oír el juicio de laico seglar.

Me cogió tratando de entender cómo es que «judíos y cristianos siempre han estado ligados y a la vez distanciados; cómo es que los cristianos odian a los judíos, pero celebran la circuncisión de Cristo», y para zafarme no tuve otra forma que soltando un proverbio y un par de preguntas que en aquel momento también me estaban rondando:

—«Ocultar las cosas, es gloria de Dios. Descubrir las es gloria de reyes». Fray Vicente, así como los sabios de la Iglesia han encontrado que Sefarad es derivación de Séfora, la esposa de Moisés, ¿alguna de vuestras mercedes, doctos en escrituras y palabras arcaicas, podría ayudarme a develar la relación entre las inescrutadas tierras del Neguev del profeta Abdías, que en alguna versión diferente a vuestra Vulgata aparece como Negua, retruécano de *Guane*, una provincia que dicen los naturales estar lejos al sudoeste, pasando la cordillera, mencionada como tierra de gentes diferentes y vestidas, que tal vez vez, por metáfora o alegoría, vendría a ser como «la tierra apartada y sin memoria conocida», o sea: la Tierra Prometida?

—Os burláis, o estáis dormido o pasmado, o acaso se os han contagiado las fiebres de D'alfinger —dijo con enojo uno de los de hábito. Y se disolvió la reunión.

Pasé buen rato pensando de dónde me salió esta conexión con la profecía, inalcanzada a entrever por los diletantes de la Iglesia por no saberse antes destas tierras ignotas, porque, tal como lo enseña la vida, solo se viene a entender una predicción del Espíritu Santo hasta después de cumplida, puesto que no hay talento que de vele con adelanto tan crípticas alegorías. Más que conexión fue iluminación, salida, como el vuelo de una mariposa que asoma detrás del follaje, de tenerme cogido la fiebre de mi formación alquimista, la de andar haciendo conexiones.

Y heme hoy aquí, casi treinta años después, ocupando mis ratos de *Suesca* entre los tantos libros del mariscal Ximénez de Quesada, en revisar las Santas Escrituras sin encontrar en ellas otro vocablo que incluya *gua*, como tampoco he podido hallarlo en los libros que fueran cabecera del almirante Colón: la muy detallada *Descripción de Asia*, del doctísimo Eneas Silvio Piccolomini, el mismo Papa Pío II; ni en el *Libro de las cosas maravillosas* vistas por Marco Polo en sus viajes por las provincias de Catay, desde donde los persianos que siguen a Martín Piñol, que es como allí llaman a Mahoma, hasta el reino de los tártaros, por donde algunos creen haberse refundido catequizando al Preste Juan. Y dentre tanto rebusque solo he dado con excepción: la mención hecha por Polo de «Cinanguarí», donde más crecen enormes árboles de cinamomo, de cuya corteza desprenden la más fina canela, aunque sigo tentado a pensar que la dicha ciudad, la más fabulosa en todas sus andanzas, no es otra que Scinamoguerí, confundida por alteración en la traducción de entonaciones y grafismos tan diferentes, similar a como aconteció con las palabras de nuestro idioma de Castilla que llevan *gua*, todas entradas de los moros con el trastoque de darle entonación busca al suave «ua» del árabe ancestral, como en Uad al-Hachara o Río de Piedras que convertimos en Guadalajara,

o en Guadalquivir al que antes fue Wuad el-Kebir o Río Grande; y otras por corromper el «qua» latino, convirtiendo «aqua» en agua; «equalis», o igual, a como la «wardfa» gótica devino en nuestra guarda o guardia; arcaísmos que tienen pocas las excepciones por develar, como las oleadas primitivas de *guanches* que llegaron a las Canarias sin saberse de dónde, aunque ahora sospecho haber sido de *Guata*, los Dominios de *Gua*; arcaísmos todos a los cuales me referiré en otra ocasión, si Dios me la concede, para demostrar que en el mundo conocido lo poco en que suena *gua* es por degradación, mientras en el Nuevo Orbe, cuyo corazón es *guane*, todo está ligado por tantos registros desta voz como estrellas tiene el firmamento, para significar dioses, personas, animales, plantas y sitios que les son venerables, de polo a polo, en todas y cada una de sus innumerables hablas diferentes, por lo que no me cabe duda que este no es el continente de Diogo de Teive y Pero Vázquez de la Frontera, ni de Bartholomeu Dias y Jean Cuosin, ni de Colombo y Amerigo Vespucci, ni de ningún otro visitante desconocido de la antigüedad que anteciediera a Marino de Tiro y Ptolomeo; porque por cara a envés, de principio a fin, ya estaba remarcado con el nombre de *Guata*, como le llaman los *guanés*, los verdaderos hijos de *Gua*.

Error grande es persistir en llamar indios a los *guanés* por haber cometido el Almirante un yerro mayor que medio mundo, al creer que lo que se le atravesó fueron las Indias, sin dejarle dónde caber a la mar Pacífica. Desliz grande el que hizo Martín Waldseemüller en su *Cosmographiae Introductio*, con que presentó en Estrasburgo el mapamundi del Gymnasium Vosagense, sobre el cual marcó como «Terra Ultra Incognita America», o de Amerigo, las costas atlánticas del Mundus Novus cartografiadas por Vespucci, tanto por haberlas copiado el cartógrafo lorenés tal como las dibujó el florentino, como para llenar todo el interior inexplorado que

iba desde lo más al norte conocido, la Florida del Ribeiro y del Gómez, hasta un poco al sur del Río de la Plata, espacio vacío donde para más disimularlo estiró la leyenda: «Tota ista Provincia Inventa est per Mandatum Regis Castella». Y de este relleno, desde 1508, se pasó al trastoque que regaron por Europa los copistas, asentando la enorme errata de marcar como «America» todo lo de por dentro, desde el *Guanahani* topado por Colón hasta *Puchachailgua*, *Caviguilgua*, *Xaultegua*, *Capitloilgua*, *Caycayxixaisgua*, *Alguilgua* y cientos más de islas y ensenadas con igual remate, por donde Magallanes pasó buscando la unión de las dos grandes mares, la Atlántica y la del Sur, similar a como tropezamos todos los demás conquistadores por donde quiera que fuimos desdoblado y estirando, penetrando y palpando, para hoy, cincuenta años después, poder echar de ver cuán dilatado es *Guata*, el mayor de todos los continentes.

Poco más de un mes duró Federmann en su fallida búsqueda de ostrales en el litoral de *Paraguaná*. Todos los días metía tres buenas canoas, hasta donde calculaba ser la hondura de cuatro o cinco brazas. Dos dellas con ocho indios buceadores más otros cuatro para adormecer cada embarcación en el sitio, y un capataz y un soldado que recogían los moluscos en una mochila. En la tercera se entraba micer Nicolás con seis indios remeros y otros tantos soldados de arcabuz o ballesta, para ir tomado las ostras de las otras *canoas* y abrirlas allí mismo.

Al alba, aún encadenados por los tobillos para que no se huyeran en la noche, a los cautivos de *Cubagua* les daban su ración de las ostras quebrantadas y, en veces, algo de pescado o pan *cazabe* y un cazo de agua dulce. En las *canoas*, mientras iban bogando adentro, les ataban ceñidas en el pescuezo unas mochilillas ralas, para meter lo que fueren pescando. Ya en el sitio, a fuerza de varazos, el capataz los obliga a echarse

al agua y bajar por largo rato, lo que resistan sus bofes a punto de estallar, porque si suben a resollar o a entregar la ostra, si es que han agarrado alguna, de nuevo les dan varazos para que se zambullan. Así están todo el día entre el agua salada, sin tocar piso ni borde del esquite. Y así todos los días, si no es que se los traga algún marrajo, o *tiburón* como lo llaman los *caribes*, o se mueren con el pellejo fruncido, por apretamiento del pecho, y flotan con hilos de sangre por nariz y boca, porque cuando no pueden más se dejan ahogar para que la muerte sea el alivio para su fatiga, y muertos acaban con el rostro entre las aguas como buscado en las profundidades por dónde se les escabulló el ánima. Al anochecer vuelven las *canoas*. La brisa les escalda y cuarteja la piel y les curte los cabellos quemados, como chamuscan las heladas los retoños, y los pone a tiritar toda la noche en sus camastros de hojas o hierbajos sobre la arena gruesa barrida por el viento, desnudos como han estado siempre, apenas pasan el bocado de la segunda ración, que casi siempre es de marrajo, de los que pescan con grandes anzuelos en cadena o, en veces, desde la *canoa* con arpones cuando asechan a los nadadores por estar cebados con los restos de cáveres que aún flotan desde el día anterior. Y son tan grandes estas bestias que para sacarlas tienen que darles cuerda hasta la playa y desde allí, entre todos, bracear la soga para en tierra poder caerles con hachas y garrotes.

Cuando Federmann volvió con unos puñados de perlas pequeñas y no más de cuatro pescadores, me dijo sin mediar saludo:

—Los rastrillos, Francisco, los rastrillos, que sin ellos reventarán todos los isleños.

Igual dijo a D'alfinger, pero este no le entendió porque no escuchó:

—He firmado la ordenanza ratificándoos como capitán general de las tropas, aunque bien sé que, como yo, no sois militar. También os nombro teniente gobernador por

mientras dure mi ausencia, que no será más larga de lo que requiera la restitución de mi salud y el aprovisionamiento de la expedición que emprenderemos para salir a la mar del Sur. Llevo buen acopio de esclavos para trocar en la Española por bastimentos, pertrechos, municiones y armas. Reclutar hombres, si los hay, no os será difícil con zumar la bolsa secreta del oro fundido de *Maracaibo*, debéis saberlo, por fuera de libros y arcas reales. Debo decretaros, hasta mi regreso, no emprender expedición de exploración, o por perlas, ni salir de las proximidades de *Coro*, por estar la villa necesitada de vuestra presencia y buen gobierno para poder cumplirle a los monseñores Welser y enderezar su satisfacción. Ayudadme en ello, que bien sabéis cuántos esperan ver cojear mi silla.

—Todo se hará como dejáis dispuesto, micer Ambrosio. Idos tranquilo a recuperar vuestros ánimos y energías.

Partió en la mitad del año treinta, sudando sus fiebres, sentado en sus baúles, apoyado en Juana de Castilla, apagada y taciturna, determinada a nunca regresar, como igual lo presentía el «Alemán» Seissenhoffer, porque las malarias acaso ni esperarían para enterrarlo en la isla. Micer Ambrosio partió sin la bella *caquetía* porque dizque se le huyó por miedo de meterse en la mar, se dijo, más luego la vimos buscando a su antiguo enamorado, a Cristóbal de la Puerta aún con un brazo tieso y el otro de poco manejo, al que se arrimó para cuidarlo y no se le desprendió durante ni después de la larga travesía que nos llevó al reino de los *muiscas*, donde le parió tres hijos.

De los pescadores de perlas que habían entrado exangües en *Coro*, atiné con uno harto despierto, llamado *Cara-vanicro*. Hablaba el dialecto de su madre *caquetía*, la lengua *caribe* paterna, y entendía del castellano más que los otros cautivos por haber puesto mucho oído cuando le forzaron de buzo. Lo destaqué ante Federmann para sus proyectos de perlería y este le regaló un jubón, que aceptó para cubrir sus símbolos

tatuados, a cambio de que no lo trasquilaran como a los del litoral, porque entendió que aquella prenda española lo diferenciaba de los cargadores sacados de las tribus con las que antes guerreaba, así estuviese en la misma cuerda que los aunara como enemigos de sus captores. Cambió la rabia cogida en la pesquería por un apego al teniente general, cuando este rapó las tijeras de las manos del cervecero Requexada, dispuesto a darle figura de cristiano luego de aplicarle agua, sal y óleo y decirle que «en adelante os llamaremos Fernando, como a los hombres insignes, civilizados, para que estéis más cerca de Nuestro Señor y amparado de ser llamado de nuevo por vuestros demonios». Si entendió o no, no lo sé, pero nunca se dio por aludido cuando le voceaban con nombre de reyes y siguió siendo *Cara*. Algún tiempo después me explicó que no podía cambiar la nombradía como no podía cambiar de piel, porque los *caribes* eran todos grandes, porque en su lengua *carib* equivale a hombre grande. Su explicación me coincidía con el hecho de los primeros exploradores haber llamado Las Gigantes a sus pequeñas islas cercanas del continente.

En *Coro*, sumados al arratonado puñado de primeros pobladores, quedábamos los vueltos a medio amansar durante el tanteo del lago, más los excitados chapetones recién llegados con Federmann, un total de muchos más bandullos de cuantos podían soportar las agotadas labranzas, abandonadas por los *naborías* desde cuando comenzaron a llegar las catervas de nativos herrados y echaron de ver que a los invasores, más que sus armas de varas afiladas, los hería el hambre y, más aún, el tener que conseguir las pitanzas por mano propia. Así que no quedó otro remedio que salir a arrasar sementeras vecinas, repelar los *arcabucos* hasta de caza de pluma y echar las redes más dentro de la mar, extendiendo cada vez más el radio de la desolación.

Los chapetones afanaron a sus capitanes y estos al teniente general para cargar hacia el interior, «porque ya las gentes del

Lerma deben estar repelando de perlas la *Guajira* y machacando oro al sur de nuestra provincia». Así de claro se lo sopló al oído Antonio de Requence, alias el Flamenco, llovido en la flota de Lerma y atascado en la Hispañola por cualquier desabrimiento, hasta cuando con trabuco y caballo se enroló en la tropa de Federmann, siéndole después de mucha utilidad por diestro en construir puentes y maromas, balsas y barcasas, buen nadador en ríos y en la mar, arcabucero acertado, duro con la pica y rápido con la espada.

Al teniente le pareció que haber desesperado más de dos meses era suficiente excusa para desoír al gobernador. Que de no saltar él, se le saldrían los hombres más briosos y duros que le estaban presionando con argumentos gratos a sus oídos, presagando hacer buena facción porque, aunque joven e inexperto, le apalabraban acatar su liderazgo. Los baquianos sugirieron no pisar los trancos de D'alfinger, porque era reparar lo conocido y ya pelado. Menos adentrarse por *Coquibacoa*, por donde más que desobediencia sería desafío a dos gobernadores. Hubo consenso en penetrar hacia el mediodía en rebusca de la posible salida a la mar del Sur.

Como en *Coro* no quedaban más alemanes que los buscadores de minas, Federmann señaló a Bartolomé Santillana como subteniente, o sea como teniente de teniente, a quien poco conocía, pues de saber que mascaba pero no tragaba extranjeros, a cualquier otro le hubiese dado el puesto. Y en *Maracaibo* reemplazó a Luis González de Leyva por el capitán Gómez de Anaya, por ser más de la confianza de su patrón y lo reforzó con algunos de los nuevos para sostener la ranchería.

Por fin, en el día del Dulce Nombre de María, el doce de septiembre, pusimos derrota hacia *Acarigua* doce de a caballo, un ciento de peones, una docena de alemanes para escarbar por minerales y, arreados, un centenar de indios cargueros

y doscientos de chusma entre indias de servidumbre y de solaz, algunas recién preñadas y otras cargando críos, de las que los soldados no se desprendían desde que las hicieron en el ruedo de *Maracaibo*. Tan solo un religioso, fray Vicente de Requexada con su sirvienta, una viuda *caquetía* que le metía estremecimientos debajo del hábito. Y Federmann al frente, bisoño en tropeles pero agudo como un curtido, enfundado en un sayo liviano de algodón para proteger un pecho henchido de ánimos de gloria y de riquezas, comandando su primera expedición por selvas alucinantes, de donde no sacó más que un destierro y muchos apuntes para componer su *Indianische Historia*, a la que hartos recortes y afeites tuvo que hacerle, y «limpiarla de las muchas telarañas que el Demonio tiene colgadas en esta *manigua* para enredar y secar las almas de los indios simples e ignorantes», porque, de no hacerlo, el Santo Oficio habría avivado sus braseros con estos manuscritos.



CAPÍTULO IX

DE LA MAR QUE FUE SOLO VERDE,

porque nunca conseguimos salir de los llanos de *Acarigua*; y después de muchas hambres y sufrimientos entre no pocas tribus disparejas, dimos con una de enanos que no se supo bien si eran hombres o monos, y otra de demonios renegridos; y casi a punto de perecer por morbos desconocidos, solo seis logramos ver un espejismo de la mar tan perseguida

Para esta parte del relato, como en algotras de más adelante, he ayudado mi memoria con escritos del teniente Federmann, del capitán Esteban Martín, y con actas de los escribanos reales que, como auxilio de Dios, han caído a mis manos. Con micer Nicolás y el capitán Martín, en buena hora, tratamos canje de información sobre hechos y fechas, con lo cual mi puño ganó permiso para hacerme a pluma y papel. Y así como yo me he aprovechado de tantas letras ajenas, relatores posteriores, sean seglares, franciscanos o dominicos, exprimirán cuanto haya en mis cuartillas para apoyar sus escritos, tal como lo hacen algunos cronistas sin cambiar una palabra ni agregar otra, sin mencionar la fuente ni conceder el crédito. En esto no veo ningún mal, ya que todos apuntamos a difundir nuestras gestas, para que no se releguen entre tantas otras historias y algo quede por sobre quienes tuercen los hechos para, una vez apagados los testigos, lavar vergüenzas,

congraciar superiores, manejar intereses particulares o justificarse. Así como yo he copiado de muchos autores, no sin antes tamizar con discernimiento y cotejar evidencias a dos manos, desde este mi retiro en *Suesca*, concedo plena permisión a quien desee utilizar mis apuntes, aun para que los rubrique con su nombre, porque con atreverse a ello honraría mi pensamiento. Entre más abunden crónicas indianas más posibilidad habrá que alguna llegue a la imprenta y deje de ser manuscrito en anaqueles rancios, ya que cada vez hay menos bendición de la Corona y más atajo de la Iglesia si algo se dice de costumbres, de creencias y realidades diferentes, más cuando las letras enojan la moral de los inmorales, o detallan abominaciones, crueldades y lujurias de cristianos, con lo cual la realidad va quedando sometida a la benevolencia de la censura, desajustada con lo que algunos consideran la mano de Dios, pero quienes vivimos estos torbellinos sabemos que no es más que la flaqueza de los hombres.

Mas dejemos tanto descamino y volvamos a donde dejamos el hilo.

Era substancial tantear el grueso de la provincia y apreciar los accidentes que la deslindan del vecino, para acomodarla en el continente que intuyó Vespucio y, sobre todo, explorar el lindero meridional que, según los cosmógrafos de la Casa de Contratación, es rayano con la mar del Sur, ojalá, porque entre más cerca esté, mayor calidad mercante tendrá el país, pues bosques, pantanos y montañas estorban para plantar aquí un nuevo Hamburgo, civil y próspero, ordenado y suntuoso. Federmann y los capitanes repasaron la delimitación trazada sobre un mapa con las deducciones del cosmógrafo Doigo de Ribeiro y releieron la nota declarativa al margen: «Esta es la gobernación de la gran casa y noble compañía de los Belzares —que es como algunos castellanos llaman a los Welser— hasta el estrecho de Magallanes».

Igual pasaba en casa de los de Santa Marta, desde cuando Rodrigo Álvarez Palomino, el gobernador interino que esperaba al De Lerma, creyó poder llegar primero a donde «se crían las ovejas del *Pirú*», donde ya habían madrugado los de Castilla del Oro con Pizarro; y emprendió un avance fallido por el valle del *Upari*, repasado algunos años después por gentes del De Lerma, empeñados en enarbolar una cruz en el límite sur de su gobernación. Casi al tiempo que don Pedro de Heredia, desde Cartagena, confiado en los mismos supuestos, convenció a la Real Audiencia de Santo Domingo de tener noticias de lo cerca que estaba el *Pirú* y la Audiencia convenció al Consejo de Indias y, como las expensas para las exploraciones no salen de la tesorería de la Corona, sino esta engorda con aquellas, el Consejo devolvió su eco para urgir a los tres gobernadores irse a descubrir las riquezas australes, como dando largada a una justa de quien primero pise el final gana la carrera, sabiendo todos —Consejo, Audiencia y gobernaciones— quiénes habían visto las desembocaduras opulentas de los ríos *Orinoco*, *Yuma* y *Atrato*, más quiénes tantearon la irrupción del *Marañón* y del de los *Guaraníes*, o de La Plata —cosa de no entender—, no podían sino pensar en un territorio hartamente dilatado que recogiera tantas aguas vertidas tan solo en la mar Atlántica, más que las de todo Europa, de Asia o de África.

Para sacar la verdad dentre tanto embrollo, no había alternativa: quienes andábamos pisando costas, debíamos meternos tierra adentro a confirmar o desmentir lo que otros habían hilvanado desde sus mesas atiborradas de cálculos y registros.

Micer Nicolás estaba al corriente de las travesías de Indias, desde la inicial desta carrera, hasta la emprendida por Sebastián Caboto al Río de La Plata, paga por los Welser. Conocía de la salida secreta desde la Coruña de un piloto curtido en el arte de navegar, Esteban Gómez, atrevido a escarbar con

una única carabela el paso a Catay, costeando desde las tibias aguas de la Florida hasta las heladas tierras de los Bacalaos, sin topar paso alguno. Con frecuencia citaba el esfuerzo de Balboa y los despropósitos de Pedrarias. Mucho repetía las proezas de Fernán Cortés y no quería que le sucediera lo que le pasó a Velásquez cuando, por esperar una licencia, perdió la oportunidad de taparse con oro y gloria en la Nueva España, mientras a Cortés no le importó la falta de permiso para adelantársele a explorar. Para lograr el monopolio del comercio de mercancías orientales, los Welser nunca se detuvieron a pensar si su acomodada amistad con Turquía molestaba a los cristianos, enemigos ancestrales. Bien sabía que sus patrones no le perdonarían si algún capitán español o de otra nación, desta u otra gobernación, se le anticipase con el derecho afirmado en cada sitio con la punta de la espada, acuñado por el código de ocupación de «tierra pisada, tierra ganada» y «de aquí no me muevo, menos si aquí me han de enterrar», que son ley desde que se sabe de conquistas. Además, D'alfinger había salido moribundo para la Hispañola y hasta los más optimistas dudaban de que llegase vivo.

Federmann dejó bien despejado que esta vez tampoco habría reparto de haciendas ni solares, y que de lo habido en botín primero sacaría la parte del Rey, la de los Welser, la del gobernador y, también, la suya de teniente. Con la quijada suelta, los chapetones vieron asentar su nombre en la hoja del «Debe a la compañía». Igual los baquianos que, con lo magro del reparto de lo pillado en el lago, descontado lo del común y sostenimiento de las dos rancherías, no cubrieron ni la rodilla de los réditos del empréstito, crecido ahora con un nuevo escaupil de algodón y dos pares de alpargatas. Ningún soldado pudo meter en su bolsa una perla, brazaletes, nariguera o idolillo alguno. Y el anuncio a nadie le dejó ánimo para fanfarrias ni ceremonias de partida. Hubo sí desconsuelo

porque siendo el día del Dulce Nombre de María, lo menos era celebrarlo con el fervor que corresponde y encomendarnos a su nombre y al de los patronos de las guerras, Santiago y Santa Bárbara, los que interceden ante el Supremo para decidir al ganancioso. Lo menos hubiere sido rociar los fierros con el hisopo del agua bendita, que con ello no se iban a oxidar más. Bien se notó estar gobernados por gentes de Ulm, donde los de la reforma de Lutero había ordenado el cese de las misas, el retiro de íconos en las iglesias, los bautizos públicos, los enterramientos en cementerios de conventos; a la vez que autorizaron el matrimonio de religiosos y dejaron a la Iglesia con una participación insignificante en las actividades ciudadanas. No era de extrañar el comportamiento de estos alemanes, pero siendo español todo el grueso de las gentes, sin un rey nuestro por quién pelear, no nos quedaba más que poner la vida en manos de Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre bendita, y conjurar las adversidades con el milagroso grito de ¡Cierra Santiago, por España, cierra! con que se espanta el miedo de meterse en las fauces de peligros infinitos. Por estas desconsideraciones y no atisbar las derivaciones por las que la mayoría cruzó medio mundo, estábamos entre avinagrados y ansiosos de aventura y gloria, entre alelados e impelidos por la sangre a no dar pie atrás.

Y peor fue que, como para reafirmar su impericia en avanzar por entre las tantas acechanzas en la selva, nos ordenó «formar en punta de lanza», como gansos en vuelo, en que con uno se pone por delante y los demás se enfilan en dos hileras esbozando una V que enguardan todo ritmo y compostura sin mediar orden ni señal. Mas con él ponerse en el vértice como a romper el viento y por atrás ir estirándose y abriéndose las filas hasta copar el ancho del camino, de no más de dos brazas en la salida del pueblo pero luego apenas si del ancho de un caballo, la procesión se fue extendiendo por casi media legua

para terminar en la baraúnda de indios que avanzaban como hormigas con sus cargas, nada parecido a los pelícanos y alcatraces en vuelo que inspiraron a nuestro rotundo chapetón en sus largas horas de ensoñación sobre la cubierta de las naves. Mas, como persona sabia, dio por aprendida su primera lección y convocó a los capitanes, se disculpó con «Tan solo quise intentar un desfile de partida, mas de ahora en adelante cada escuadra marchará como lo disponga su capitán». Y entonces reconoció la gran diferencia entre una escuadra de baquiano y otra de chapetón, los primeros desplegados como manada de felinos y los otros cual rebaño de ovinos que, hasta después de un par de sobresaltos, ya estarían igual de sabidos en cómo avanzar prevenidos entre tribus que si unas les aparecerían cual manada de lobos, otras cual cardumem de *pirañas* o como nube de abejorros, porque cada parcialidad tiene su sello, como por un instinto avenido con su contorno, mas todas lo hacen con mucho ardor y bravura aunque sin mayor concierto.

Poco después yo me atreví a sugerirle que «también nos vendría bien escuchar a los naturales consejos que no sobran, como el de que harto nos dijeron varias indias amastadas, que antes de dos lunas comenzará un diluvio que no cesará hasta morir el año», y él me contestó que «si tuviere tantas prudencias, no estaría aquí, sino pensándolo aún frente a mi chimenea en Ulm».

Ese era micer Nicolás de Federmann, cursado en caravanas y comercios, y ahora resuelto a estrenarse en la guerra si tenía que darla, marchando con la vanguardia a incumplirle a D'alfinger y cumplirle a los Welser en lo de abrir la ruta soñada por Colón, la que después de casi cuatro décadas de haberla emprendido el almirante y no atinarla en cuatro viajes, y seguirla rebuscando los mejores pilotos y cosmógrafos, después de cuatro décadas ya era hora de dar por descartada la existencia de un paso por agua. Marchaba confiado en su

buena estrella, en hallar una parte tan estrecha como el istmo de Balboa, ¡ojalá!, reseco como *Coriana*, ¡mejor aún! y sin aquellos pantanales que taponan el *Darién*, ¡quiera Dios!, para fundar una casa de comercio en el rompiente de cada mar.

Su obsesión secreta era entrar de alguna manera de socio en este negocio, aunque sabía que siempre prefirieron trabajar con subordinados de confianza en las casi cuarenta factorías que tenían por las principales ciudades de Europa, cuatro de ellas en los reinos de España donde, mediante alianza matrimonial, ya habían logrado sentar un familiar en la Corte, además de las agencias de ultramar en las Canarias, en Santo Domingo y la Nueva España. Esta obcecación se le entró desde que supo de una excepción hecha con otros alemanes e italianos, para explotar una mina de plata en Suabia y coligió que podría interesarlos con la mucha información, sobre todo lo que hallase y recopilara en el Nuevo Mundo, a cambio de una reciprocidad en el comercio de medicamentos y especias por la ruta que salíamos a destapar, algo de lo cual dejó adelantado en tratos de palabra, aunque sin capitular con sello de lacre y tinta de notario. No por otra cosa había metido en esta marcha a los mineros que ya poco escarbaban por *Coriana*.

Poco sabíamos de los indios del interior porque, no obstante colindar algunas de sus poblaciones de los *caquetíos* costeros, no mantienen mayor comunicación dado que sus dialectos son de la progeie de los *araguac*, emparentada con los de los *taínos* de la Hispanola y diferenciada de las jergas de los *caribes* de greñas largas de otras islas menores. Tan solo estábamos avisados, como comprobamos después, de que los de adentro levantan sus *yucayeques*, o caseríos, dentro de cercados de tres hileras de troncos gruesos de palma, las que tumban prendiéndoles fuego por la pata y, sin necesidad de elevadores ni poleas, sino sirviéndose de cuerdas y varas los reúnen, erigen y encajan con hachas de pedernales filudos,

dejándolos como defensa de darles brega a los «caníbales» (o *caríbales*, como les dicen ahora algunos castellanos dizque por comerse entrellos cual canes) que durante las estaciones de sequía, con sus cuerpos tatuados y ojos agrandados con tinta de *bija*, parten de la isla de La Trinidad en manadas de *piraguas*, atraviesan el delta del *Orinoco*, y se suben a repartirse por sus afluentes para arremeter en dichos *yucayequés* donde más abundan las jóvenes bellas, las de raptar para hacer generación con ellas, por lo cual en las islas los varones hablan su jeringonza y las mujeres y sus críos el dialecto del clan de donde «las ganaron», porque así lo creen si es que logran traspasar tan inexpugnables cercados, donde suelen exhibir empaladas las cabezas reseca con cadejos largos de cuantos antes lo intentaron, desde donde lanzan los avisos de convocar o huir los de otras aldeas, de día con humaredas y de noche con hachos encendidos en lo alto; aunque, si los *caribes* les ponen sitio por varios días, de una u otra manera los rinden y se alzan con las mozas más sanas y hermosas, no sin antes, para meterles más espanto, hacer un festín con uno de los muertos o dañados, el de más valor y resistencia, al que para ello han acometido con flechas sin ponzoña y para no inficionar sus carnes, de la que comen cuanto pueden fresca y la demás la curan al humo de *barbacoas*, para llevarla junto con los demás alimentos habidos en el saco, que otras cosas no pillan. Y llegados a donde dejaron varadas unas *canoas* con grandes vasijas donde más se fermenta un vino fuerte de frutas o *maíz*, arman borracheras y comilonas, bailando toda la noche al son de sus flautas de canillas humanas, de caracolas y *fotutos*. Castran los prisioneros jóvenes que no estén mal heridos, para tomarlos como esclavos en sus granjerías, ya que los *caribes* solo faenan con gusto en la pesca. En la mañana hacen reparto del precioso botín, tocándoles en veces de a dos y tres mancebas, después de montar disputas por las *chinas*, que son las que están

saliendo de la pubertad, las que les darán su juventud y vigor por más tiempo. Mas es justo agregar que no siempre salen festejando los de las islas, puesto que los de los llanos son tan fuertes y valientes como aquellos, acometiendo con flechas, algunas enyerbadas, y defendiéndose con escudos oblongos de madera liviana y fibras entabadas, embrazados por dos manijas, con el que se cubren de la testa a la rodilla, sin estorbar su accionar con el arco.

En el primer día, no obstante ir por caminos llanos y amistados, era como ir arriando gallinas y no recorrimos más de tres millas. En el segundo, debimos esperar por los capitanes que andaban cazando indios en cinco pueblos cercanos y no volvieron a *Coro* sino poco después de nuestra salida. Surtidas de nuevo las colleras de D'alfinger y muchos más atados con sogas por el gollete en largas *cabuyas*, recogieron los bultos alistados y nos dieron alcance para completar medio millar de cargueros.

Mientras Federmann recomponía la tropa y nombraba capitanes y oficiales, el mismo verdugo que había encaminado los prisioneros durante el ruedo del *Moracaibo*, sin más necesidad que mostrar su habilidad y pulso para ablandar cualquier temple en los cautivos, y afirmarse en el oficio durante esta salida, de un tajo helado cercenó la cabeza de un gordo que se mostraba congestionado porque la collera le apretaba su grueso pescuezo. La infamia fue cometida delante del contador Antonio Naveros, que venía como oficial del Rey y nada dijo porque estaba ocupado dictando al oído de su escribano, para que todo quedara en actas, inapreciables actas que, aun con disimulos y acomodados, bien me valieron para zanjar olvidos. Tal fue el pasmo que produjo la sinrazón del asesinato, que hizo postergar el fierro candente sobre el lomo de los que todavía no habían sido herrados.

Al final del día siguiente dejábamos la nación *caquetía* para entrar en otra reputada de hostil, la de los *xidejaras* de las serranías del sur, donde comenzaba la desconocida Tierra Adentro, la de las fábulas de hombres con rabo de podenco, de orejones con los lóbulos hasta el suelo, de enanos con barbas de chivo que parecían tener tres patas, de mujeres con tres mamas y la valva anidada por salamandras, de gigantes con piel de musgos, cabellos de lianas y un único ojo en la frente, otros con una sola zanca de pie con el talón por delante, de lagartos con llanto de niños para atraer a las indias acuciosas, de la Madremonte y demás alucinaciones venidas de polizones en los magines simples, salidas ahora a cubierta por la turbación de irrumpir en lo ignorado.

Antes de entrar en la aldea, Federmann envió de emisario y lengua a *Cara* con algunos *caquetíos*, con recado de venir con propósitos amistosos, táctica que surtió efecto y se puso en uso en cada nueva poblazón. El principal, rodeado de sus gentes, nos esperó con mucho de beber y hartó de comer sobre grandes hojas, en las que por los lados dispusieron algunas pepitas de oro, tal vez por entender que nuestro apetito era mayor por aquellos destellos del sol, chispas que, después dijeron, no se encontraban en sus dominios ni los trocaban con sus vecinos sino con los de muy lejos, para sus miramientos de engalanar adoratorios y regalar a los muertos. Así, más por espanto que por ánimo, a lo largo de seis leguas fuimos siendo recibidos en todas las pequeñas poblazones de estos *xidejaras*, cuyo nombre quiere decir «constructor dentro del agua», sin que pareciere tener fundamento por estar trepados en las serranías de *Curimagua* a *Churuguara*, terrenos tan escarpados que casi no los podían transitar los caballos. Más tarde supimos que también había parcialidades de su misma raza y dialecto por *Nirgua*, al sur de *Carora*, por el litoral norte de *Coro* y al poniente del lago de *Moracaibo*. Con

ser nación *caribe*, de disposición dispersa y tan valientes como los de las islas, no se salvaron seis años después del azote de Diego Martínez, el mismísimo capitán del bergantín de cabotaje en la boca del *Moracaibo*, tornado en el primer pirata de todo el lago, por haber tenido noticias de esconder idolillos y adornos de oro bajo.

Apenas salidos de *Coro*, fray Vicente le recordó al general «el deber olvidado por micer Ambrosio, siendo mandato real a más de obligación espiritual sin excusa alguna, de antes de allegar los indios a la paz o darles la guerra, exponerles el Requerimiento, o razonamiento de legitimación de la conquista de las Indias, redactado desde los comienzos destas gestas por relucidos teólogos de la mano del docto Juan López de Palacio Rubio, “para echar luz sobre la necesidad del protectorado a imponer en beneficio de las ánimas infieles...”. Federmann, sin dejarle seguir la perorata ya trillada, le contestó que «si la Iglesia de Roma os escogió para tan sacro deber ¡hacedlo!, pero asistido del lengua *Cara*, o de quien os pueda ayudar a que estos indios entiendan por qué una vez bautizados les reducimos a servidumbre». Y dicho y hecho, porque desde allí hasta *Hitogua*, la última poblazón de esa nación, y en todas las siguientes, el Requerimiento fue la primera formalidad, después del destemplado redoble de atambor. A *Cara*, por ser tan ralo en castellano, le quedó imposible tratar de atrapar y hacer versión al *bayote* de los *xidejaras*, palabra por palabra, menos poder hilar frase sin nada entender de fundamentos tan extraños, así estuviere bautizado. Yo tercié para pasar a lengua *caquetía* lo que fray Vicente leía en voz alta, pero no hallaba las voces, que no sabía si existían, ni había forma de inventar remedos y muecas para, por ejemplo, describir a san Pedro y demás papas. Más le faltaban a *Cara* cuando trataba de inventar en *bayote* algo entendible para el magín pasmado de los oyentes. Todo salía a conceptos crípticos imposibles

de entender, ceguedades sin sentido, a palabras risibles y hasta contradictorias; y si hubo alguna pregunta se quedó sin respuesta, porque mal iban como venían las transposiciones. Pero, como quien calla acepta, al final se daban por cumplidas las conformidades y suavizadas las conciencias.

Tantas veces oí esta oratoria y tantas la traté de introducir, que aún la tengo entera en la memoria, en especial lo tocante a que «Dios nuestro Señor dio poder a un hombre santo llamado Pedro para sobre todos los pueblos de la tierra ser su señor y superior, para que todos los hombres le obedeciesen como a cabeza de todo el linaje humano, donde quiera que viviesen o estuviesen, bajo cualquier ley, secta o creencia, porque le cedió todo el mundo al primer Papa por su reino, con señorío y jurisdicción para que desde su silla juzgase a todas la gentes cristianas, a moros, judíos, gentiles y de cualquier dogma que fuesen; porque este que llamamos Papa es padre y gobernador de todos. Y uno de los pontífices que después de san Pedro fueron elegidos para sucederle en aquella silla y dignidad como príncipe o señor del mundo, hizo donación de la Tierra Firme e islas de la mar Océana recién descubiertas al Rey y Reina defensores de los papas, don Fernando y doña Isabel que ya son muertos, a su nieto el Emperador don Carlos quien rige a la sazón y a sus sucesores en estos reinos, con todo cuanto en ellos contienen, según ciertas escrituras que sobre ello asentaron, las que podéis ver y leer si quisiereis. Así, su Alteza es amo y señor destas islas y Tierra Firme por virtud de dicha donación. Hasta la fecha casi todos los naturales a quienes estos actos han sido notificados han reconocido esta soberanía y aceptado la verdadera fe y su Alteza los recibió benigna y alegremente y los mandó tratar como sus súbditos y vasallos. También a vosotros os requerimos ahora a que reconozcáis a la Iglesia por señora y superiora del universo mundo, y a que rindáis pleitesía al

Rey de España como a nuevo señor vuestro. Mas si no lo hicieréis así, con la ayuda de Dios emplearemos fuerza contra vosotros y os someteremos al yugo de la Iglesia y del Rey, y, como es ley entre vasallos rebeldes, os despojaremos de vuestros bienes y os haremos esclavos con vuestras mujeres e hijos. Al tiempo declaramos solemnemente que las muertes y daños que de ello recibieren lo será por vuestra culpa y no de la Alteza, ni mía, ni de estos caballeros que conmigo vienen». Y la verdad es que yo bien entiendo todas las palabras, mas solo los muy doctos o los harto iluminados le hallan la lógica.

Y con todo, fray Vicente de Requexada se envanecía ante el general de cómo esta persuasión ya había tocado el juicio de los salvajes, porque no de otra forma se podía explicar que no nos hubieran aplastado desde lo alto de sus desfiladeros, donde el camino estaba proveído a propósito con hartas piedras rodadas para desbaratar a quien subiere encajonado entre las peñas y enterrados en el barro, sin el fraile llegar a pensar que tal vez fuera por no descalabrar la chusma ni a los indefensos de las colleras, que el milagro fue, en verdad, por el parapeto de llevar nativos en vez de mulas recias, las propias para andar firme en estos andurriales, como las que usan en el Viejo Mundo los reyes, los nobles y prelados. No haberlas embarcado fue por saber de la facilidad de encontrar tanto indio carguero, de espalda fuerte y pata ancha con que se aferran igual en la greda como sobre las piedras limosas, sin más costo que hacerlos por las manos. Las acémilas no hicieron falta, como tampoco se trajeron camellos, siendo aún más fuertes, por ser bestias de moros. Y los caballeros prefieren sus palafrenes de buenos bríos y cabriolas, los de romper filas enemigas y meter horror en las aldeas con entrar desbocados resoplando, pisoteando y sudando espumas. Mas como por aquel entonces fray Vicente poco se ocupaba de ardides guerreros, hasta mucho después captó por qué en los sitios de

emboscadas los capitanes echan los indios por delante, mientras en los desfiladeros los entreveran entre los cristianos.

Además, en cada poblazón, luego de la lectura obligatoria del Requerimiento en los términos inamovibles del doctor Palacio Rubio, Federmann hacía repetir los últimos renglones a su manera, utilizando la retórica breve y de más fácil entendimiento: «que de no entregarle oro, bastimentos y gentes, era por despreciar su amistad, y entonces les trataría como enemigo sañudo, quemando sus casas, arruinando sus campos y reduciéndoles a la esclavitud», dialéctica llana que siempre produjo resultados, en especial en *Hitogua* donde, sin necesidad de matanzas, se hicieron ciento cincuenta cargueros para acarrear los mismos alimentos que les fueron entregados, para poder continuar en camino hacia la nación de los *ayamanes* enanos.

Aún nos quedaban unos días sin lluvias. Durante dos jornadas nos adentramos por un territorio deshabitado, sin caminos, casas ni cultivo alguno; tierra de nadie, dispuesta por prudencia original para mediar distancia con unos vecinos reputados de pacíficos, aunque tan irritables como un alacrán, la nación de unos menudos que nunca habían visto hombres vestidos ni barbados. Los guías nativos nos advirtieron de no entrarnos más por ser ya estar pisando términos de los *ayamanes*, gente recia en el combate que vivía dispersa en las montañas, donde los capitanes advertían ser muy difíciles de acometer en formación o con caballos. Mas Federmann, empeñado en no dejar desviar su derrotero, tan pronto como dieron en un camino que debería llevar a una de sus aldeas, envió por delante a *Cara*, bien aleccionado y con uno de los últimos prisioneros que algo conocía del habla *ayamán*, a disipar cualquier temor y ponerlos en ánimo de paz, y para suavizarlos les llevaba anzuelos y sargas de cuentas de vidrio de Castilla. Mas los capitanes, sin esperar respuesta

a la embajada, concertaron asaltar dos horas antes del alba para, con la probada astucia de sorprenderles dormidos y amenazar con poner fuego en sus *bohíos*, hacerlos prisioneros.

Luego de quedar reducidos, en tanto fray Vicente voceaba el Requerimiento, tratando con el último lengua de saltar otros dialectos más en la cadena a traducir, entramos los demás de la avanzada en el dicho caserío de *Hitogua*. Federmann, descompuesto por la iniciativa asumida por los capitanes castellanos, no abrió la boca más que para ordenar llenarlos de regalos, con que sumó más desconcierto en estas gentes lelas entre unos invasores tan raros, algunos fusionados con raras bestias, que mientras unos les ponían en prisiones, los otros les daban amonestaciones y los otros les sobaban y endulzaban con dádivas, todo en medio de un enredo de jergas que nadie podía comprender, por lo que unos quisieron entender que los otros se someterían a la paz y, al contrario, estos entendieron que les era forzoso demostrar a aquellos su amistad. Fue entonces cuando Federmann ordenó permitir el regreso de los forzados *xidejaras*, «es diplomacia obligada, demostración de magnanimidad, por si nuestro retorno fuere por la misma trocha» se justificó ante los boquiabiertos, que entonces pusieron mejor sus ojos sobre los *ayamanes*, para mejor percatarnos que eran entre un palmo y palmo y medio más bajos que sus vecinos *caribes*, aunque nunca llegaran a ser tan enanos como lo escribió el teniente general en su «Relación indiana», para soliviantar la avidez morbosa de sus crédulos lectores.

Los guías revelaron que, a cuatro jornadas hacia el poniente, que para nosotros serían más de diez, habitaba otra parcialidad de *ayamanes*, todos dentre seis a siete palmos. Los antepasados de su nación, dijeron, fueron castigados con una mortandad permitida por los dioses del mundo subterráneo, *Sibatytí* y *Pipintú*, por haberse juntado en secreto el *cacique* con una de sus hijas y, al no saberlo su pueblo, nadie ayunó

cuando pasó la estrella que lleva una cola de mariposas. Quedaron tan diezmadados del azote, que hicieron alianzas con sus enemigos para hacer generación y entonces unos nacían bajos y otros altos. Los que nacieron bajos volvieron con sus padres a los peñones, donde los nietos nacieron de diferentes alturas, algunos con bigotes y barbas muy ralas, los únicos por estas latitudes con tan risible pelamen.

—Verracos enanos estos —soltó el sevillano Luis Caro, poco propenso a escuchar jácaras de naturales que para él no eran más que animales parlanchines—. Mientras los unos se cruzaban con sus enemigos, los otros de seguro copulaban con monas tan grandes como pigmeos, que así de grandes son los monos barbados, los *mecous*, que vimos en las arboledas del río *Tarra*, por la culata del lago, porque simios y bárbaros, siendo tan parecidos y, a la par, tan impúdicos y libidinosos, habrán generado esta nueva raza. Porque así es como debieron de haber surgido todas las gentes destas Indias, tal como es sabido de los negros etíopes y de Niari.

—Si es como decís —le contestó entre carcajadas su compañero Juan Corzo—, gracias al estorbo de vuestra panza que no os permite una habilidad como la de los indios para subir a los árboles, es que no os habéis quedado pelando frutas por el *Tarra*.

La siguiente poblazón, con los indios invisibles por las colinas, estaba recién abandonada pero provista de comidas, como las dejan para que nos alojemos y aflojemos en ellas y, cuando estemos en descuido, sorprendernos por rondas secretas, su traición más usada según los baquianos; mas nunca la de emponzoñar los alimentos ofrendados, por considerarla bajeza indigna, con la que harto daño hubieran dado, suficiente para liberarse de todos los invasores. Sus rayanos nos habían ponderado las riquezas de este señor e insistieron en que le anunciáramos nuestra llegada, mas el general sospechó estar

en conspiración, pues si aquellos estaban huidos era por estos haberlos informado. Ordenó una avanzada con instrucciones de que, si nada conseguían con el requerimiento y demás palabras blandas, les entretuvieran poco a poco para no meterles pánico, mientras llegaba el resto de la tropa. Encontramos cecinas chamuscadas en fogones aún humeantes, las *yucas* peladas, el *maíz* desgranado sobre las piedras de moler, tortas de *cazabe* listas en *barbacoas* de cañas, burbujeando la *chicha* entre las *múcuras*. No hubo una sombra fugándose, no se vio un par de ojos detrás de hojas de *bore*, ni un vigía en la copa de un árbol. Por la sospecha de tanto silencio no quebrado por *micos* ni por alas de pájaros, se dobló la guardia y nos metimos por sus ranchos a esperar, a reposar con calma azorada, crispadas las manos sobre el pomo de los fierros, hasta que una cima cercana expelió una grito, unos sonando sus caracolas y *fotutos*, otros salmodiando con grandes voces a sus dioses y demonios para que les llenaren de coraje y a nosotros nos agarrotaran, metiéndonos pavor. Luego vinieron rociadas de flechas sibilantes, inofensivas por estar fuera de distancia, hasta que las agotaron todas. Y nosotros sin verlos, sin atinar a disparar un arcabuz, sin soltar una ballesta, aún dispuestos a no ofenderlos para no hacer más penoso el camino de regreso.

Puestos los *caquetíos* a recoger el desperdicio de flechas, hicimos buen acopio desta munición para los arcos de nuestra indiada y, las más gordas y pesadas, de saetas para los ballesteros. Federmann les envió mensaje de querer ser amigos, con lo que solo logró que abandonaran la eminencia y no aparecieran más. Entonces una veintena de soldados bien armados nos trepamos a ocupar el sitio y desde allí divisamos, hacia el sur, muchos caseríos dispersos, los tres más próximos ardiendo por fuego dellos mismos, y sus indios encumbrando por las colinas de enfrente, emplumados y *embijaos*, unos enarbolados en las copas y otros escurriéndose como venados

por entre *arcabucos*, para emboscarse y caer de improviso sobre los intrusos.

Un puñado de *caquetíos* con presentes de anzuelos y tijeras fue en embajada a decirles que les perdonábamos los atrevimientos, porque queríamos ser sus aliados contra sus enemigos de más adelante, pero si nos rechazaban les reduciríamos sin compasión, violando sus mujeres e hijas. A la mañana siguiente nos vino un *cacique*, que parecía ser principal, con unos cincuenta guerreros desarmados, pequeños, aunque no tanto como los quiso el general en sus relatos. Hubo una nueva proclama inútil y esfuerzos de fray Vicente por transmitirles algunos fundamentos de la Fe Verdadera, antes de acristianarlos. No aguantando más aquel sainete sin razón, Federmann apartó de oídos peligrosos al cura, para decirle con firmeza:

—Todo esto no es más que para reír, porque de aceptar se convertirán en vasallos y de rechazar en herejes a combatir. Una conversión debe comenzar estando ellos chiquillos, no con quienes ya están empedernidos en las ceremonias y fidelidades idólatras, a las que siempre tornarán apenas les demos espaldas.

—Puede que para los propósitos de vuestra excelencia estas diligencias parezcan inútiles e innecesarias. —Le respondió Requesada y, sintiéndose sin testigos, agregó—: Tengo clara vuestra obligación con los banqueros: inventariar maderas, especias y plantas medicinales, piedras preciosas y minerales; y buscar rutas para comerciarlas allende, porque los que estén en las Indias, teniendo de esto a mano, no van a repararlo. Para ello no necesitáis ver almas en los indios, sino manos, piernas y espaldas para transportar fardos, y buenos bofes para no reventar pescando perlas. Pero mi obligación, y la vuestra con la Corona, bien claro la tengamos, es extender los dominios de nuestro Señor Jesucristo, porque ¡Él está primero que los Welser!

—Aquí todos hemos venido a tomar, ninguno a dar. ¡Ninguno! —le respondió alterado—. La fatiga ha perturbado vuestro discernimiento, por lo que harto mal juzgáis mis palabras encaminadas a no dejar en el desierto vuestra prédica de solo, sin nada de convicción. Mas lo que el agotamiento aún no os ha bajado es la insolencia, que manejaís cual monje de Ulm sermoneando ciudadanos partidarios de la Reforma, entre los que no me podréis contar. Y si tanto veláis por vuestra santidad, os recomiendo cumplirle a Dios con vuestros votos, o al menos sacar antes del alba la viuda que metéis al lecho, porque vuestros feligreses ven más en la poca luz que en las tinieblas.

—Vuestra excelencia deberá disculpar mi impertinencia, salida dentre el celo y la extenuación —dijo, asimilando el golpe bajo—. Permitidme volver a los bautizos, que aún no voy por mitad.

El *cacique*, regalado con dos sartas de vidrio enredadas en el cuello, quedó comprometido a ir por las demás poblaciones a especificar que veníamos demandando avenencias, que sus principales debían allegarse hasta nuestro real a asentar alianzas de paz, a reconocerse vasallos del más grande Rey del otro lado del mundo, de quien nadie osa ser enemigo. Y buena embajada hizo aquel señor, porque durante la semana siguiente hubo desfiles de caudillos con sus hombres y Federmann seguía agotando las baratijas de Castilla a cambio de idolillos y adornos que una vez separados de las piedrecillas negras y conchas de mar con que los entreveran en collares, para sosiego de los escrúpulos de fray Vicente, aunque fueren de oro pobre, los hizo machacar antes de meterlos en el arcón de triple cerradura, sin importar la destrucción de exquisitos símbolos del sol y la luna, de sus mitos y creencias; golpeteo más atroz para ellos que si los martillos les vaciaran los sesos y les reventaran las entrañas, porque el valor no lo tenía el oro

en sí, sino en lo que les representaba su formadura y brillo, y en cada golpe sentían que se les iba metiendo la noche anunciada por las profecías de sus adivinos y hechiceros, porque los venidos de donde nace el sol no venían a traerles más luz vivificante, sino que les robarían sus fuerzas con meterles las oscuridades del olvido, que era como irle arrancando pluma por pluma a *umpha*, el gavilán, para que nunca volviese a volar en sus dominios.

Con las lluvias de octubre llegamos al recóndito y espacioso valle del *Tocuyo*, donde para el paso de un río de buen caudal, construimos una balsa de troncos enormes, sobre la cual dispusimos los escudos a manera de cubierta y en varios viajes fuimos pasando a la otra orilla tanto a los cristianos como a los amistados, los de servicio, las cadenas de cargueros y todo lo de estorbo, halando el maderamen con cuerdas y muchos brazos desde cada borde para contrarrestar la fuerza de la corriente, de la misma forma como se ayudó al nado de los caballos.

Fue faena de mucho esfuerzo y en ella nos cayó la noche. Acampamos cerca del lecho, donde nos pareció más alto el piso, pero no fue suficiente, porque con las lluvias escurridas de las laderas se vino una barremonte de lodo empujando piedras, animales muertos, matorrales y hasta árboles completos, y el río se fue creciendo hasta en doce codos, dejándonos la media noche como en una isla a los que estábamos sobre la barranca, al tiempo que revolvió los indios que estaban acomodados en la playa, con la chusma y los de guardia junto a los acarreos de los equipajes, que robó cuanto bagaje no alcanzaron a subir a los árboles, de que se agarraron en la oscuridad y en el que duraron medio día, resistiendo hasta que vino el sol y bajó la corriente. Un día más estuvimos recomponiendo el trastorno y rescatando cuenca abajo lo que quedó enredado entre rocas y malezas, sacando dentre el barro dos caballos arrastrados un cuarto de milla. Harto se perdió de alimentos y vituallas.

Mucho hubimos de secar para que no se echase a perder. Casi nada se pudo recuperar de pólvora y sal. Se salvaron los mapas, algunas notas y las cuadernas de cuentas que llevaba un carguero de micer Nicolás.

Desaparecida quedó una brújula sacada de una de las naves, de caja con rosa cardinal en hilo de bronce, que por más había servido de estorbo, ya que las rutas se ordenaron por donde tiraban los caminos, por donde decían las luces y las sombras a las horas que yo cantaba con el reloj de manos que ingenié o recordé, poniéndolas verticales, extendidas y en cruz, una sobre otra, dirigida la de abajo hacia el sol y la de encima al través marcando con la sombra, que al dar en los quiebres de las falanges señala con precisión hasta de un cuarto de hora. Entre las neblinas nos orientaban las mantillas de líquenes de las piedras, los musgos en los troncos, los retoños más verdes, los frutos más maduros. En las noches nos guiaba el paso de Orión de este a oeste, para encontrar con facilidad la Osa Mayor de unir con la Cruz del Sur, en medio de tantos puntos luminosos.

La búsqueda de una garganta por donde franquear la montaña, nos fue desviando la derrota hacia el naciente, por cinglas en las que casi no podían trepar los caballos, varias veces detenidos en pasos donde más nos valía asegurarnos con las manos, lo cual nos obligó a retornar al sitio de la inundación. De allí partieron cincuenta soldados a cazar los *ayamanes* de reemplazar los cargueros ahogados en la crecida por estar atados. Pillaron bastantes prisioneros que, por unos quedar heridos muy feo y otros por ser muy jóvenes, se dejaron en libertad luego de bautizarlos y tratar de explicarles lo que no pudieron entender de cuánto los queríamos como amigos. Y aunque Ferdemann escribiese después que fue porque, por enanos, no podían con las cargas, la verdad es que a ninguno de los que quedaron en *cabuyá* les fueron reducidos los pesos de los bultos.

Antes de meternos en *Carahona*, uno de los últimos ca-seríos desta nación, hicimos gran caza de dantas y venados, para reemplazar y sobrepasar las provisiones de boca despo-jadas por el río. Los *papagayos* domesticados del pueblo, antes que nuestros centinelas, supieron que venían dos *caciques* con sus séquitos bien armados. A todos nos invadió la conmo-ción: a los de la poblazón porque venían muchos que no eran sus amigos, sino de los cruzados con *xidejaras*, y a nosotros por pensar que venían a cobrar retaliación por la caza hecha de su gente y en sus cotos.

Justo al salir a trabarles combate, *Cara* dio gritos de que venían en paz, porque traer los arcos levantados era señal, entrellos, de venir como amigos, lo cual no querían creer los capitanes hasta ver los presentes de oro puestos a sus pies y entender, después de muchas señas, que se habían atrevido a pasar por entre enemigos sin armas, mas no lograrían volver sanos a sus casas. Para más, el más viejo de los *caciques* le re-galó a Federmann una de sus jóvenes esposas, una hermosa enana de seis palmos, engalanada solo con un par de flores en el pelo y perfumada con bálsamos de monte, muy bien proporcionada, bella de rostro, y harto agraciada, de quien se subyugó el general desde la primera vista y no declinó el obsequio que hacía resistencias y dejaba correr llantos, tanto por creerse entregada a un demonio, como porque el *cacique* le retuvo su hijo, un varoncito que aún no caminaba.

Fue tanto el encantamiento desta hembra, imprecisa entre niña madura o madre verde, que el alemán no reparó en la repulsa y se dedicó a halagarla con todo tipo de requiebros y delicadezas, con aderezos áureos de otras tribus aún no ma-chacados, y en pocos días ya era su amancebada, su amante cebada, o manceba amada, sin que a sus oídos entrara cuanto volaba en la cantaleta de Requexada, como sacándose alguna astilla, refunfuñando que «si bien en esta expedición no dejó

traer mujeres propias, dizque por esquivar enredos, en medio de la selva le ha cegado el mismo Diablo con esta migaja que apenas le llega al ombligo. Pronto la veremos interviniendo en todo, como esa *taína* que gobierna a D'alfinger». Y el alemán, para darle a entender que no le oía, al recogerse contestaba con un romance a plena voz, dirigido con toda galantería a su perla cetrina, sin que ella entendiera siquiera la intención, intención que con uno y otro filo golpeaba al fraile porque este bien sabía que el canturreo era de judería:

Ni por cien navíos, ni por otros mil,
Noche como esta, no es para dormir.
Cien navíos ondean en la orilla de la mar,
Levadlos sin la novia, dejadme a mí folgar.
Le di un pellizquillo, la hice rebullir,
Noche como esta, no es para dormir.

Nunca, en los años en que estuve cerca de micer Nicolás, le conocí tanto apego por una mujer como el que tuvo por esa cervatilla azorada, tímida y discreta que era su pequeña, de la que no se apartó un instante sino hasta cuando después lo desterraron de *Coro* y él expresó «no querer sacarla desta provincia porque los indios viven poco fuera de su nación». Lo dijo con convicción y aflicción aunque también, creo, para no poner en descubierto la fábula que iría a divulgar unos años después en su *Historia indiana*, de su gran amor no medía más de cuatro palmos, sin que se pueda entender por qué a un hombre tan ajustado en apreciaciones, le dominó la obsesión de ser descubridor de un país de pigmeos, siendo que el ser enano en nada iguala ni sobrepasa otros exotismos y novedades topados a cada paso en cualesquiera de las naciones de *Guata*.

Estando en los últimos lindes de los *ayamanes*, donde comienzan los dominios de los *cuyones*, enemigos encarnizados

entrellos, el general dio escolta a los *xidejaras* para regresar a sus aldeas. Los largó sin pedirles tributo alguno a nombre del Rey, no obstante haberles obligado a reconocerse sus vasallos, escudado en que «por ser ellos tantos, no somos suficientes para exigirlo y que habremos de pedirles si poseen poco oro y nada de otras valías, que no es más que ver sus collares de semillas y dientes de animales, para saber que nada se puede sacar desta selva donde no discernimos cómo defendernos, donde como no podemos dejar enemigos ni nos sobra que sigan enemistados entrellos, porque confederados nunca lograríamos resistirlos». Pero fray Requexada opinaba, con no poca razón, que «ya el ensalmo de la enana empezaba a trenzar las buenas razones con no pocas imprudencias».

El trigésimo octavo aniversario del grito de «¡Tierra a la vista!», dado por el de Triana, nos cogió entrando en el *cacicazgo* de los *cuyones*. De allí también tuvimos que devolver los *ayamanes*, excepto al lengua, porque se resistieron a entrar donde sus enemigos. Dijeron que aún no estaban vengados varios de los suyos que les habían muerto hacía pocos días. En el día siguiente, antes del alba, nos descolgamos a una aldea de alguna consideración. Después de dominarlos, los sosegamos un poco con el lengua *ayamán*. Fuimos regalados con bastimentos y nos aposentamos en sus casas por tres días, hasta que poco a poco les fuimos sacando todo su escaso oro, escondido en la base de los árboles cerca de los ranchos. En la primera noche, sin creer nuestro discurso y viendo cómo deslizábamos los ojos por la piel de sus mujeres, todos los pobladores desaparecieron por entre los *arcabucos* de las laderas cercanas, desde donde era previsible que armarían un ataque mancomunado con las demás aldeas. Les fue fácil huir por habernos alojado en un extremo en las casas de los principales, agrupándose los *cuyones* en el otro. El general apostó un destacamento para asegurar el lugar y mandó a Esteban

Martín con el resto de los soldados, echando a los amistados por delante, por ser buenos para rastrear a los fugados, evitar sorpresas y poner el pecho al primer encuentro. Con palabras o por armas debíamos pescar a los huidos, pero era como ir con redes a atrapar humo disperso entre arboledas.

Por echar de ver que los caballos se despeñarían por laderas tan encajadas, donde nos darían lluvia de piedras desde las cimas de los peñascos, el general prefirió coger unos ochenta prisioneros en poblados cercanos, con la sola destreza de atropellar los jinetes por las callejuelas. Puso algunos en torturas de fierros candentes en las palmas de los pies y a otros con descoyuntamientos por cuerdas retorcidas con palancas y, así, en la noche siguiente ya teníamos en cadenas al *cacique* fugitivo, en medio de cincuenta soldados: cambió su cautiverio por los gritos de los martirizados. Los huidos se entregaron para que les soltaran el *cacique* y a los atormentados que, con los pies en ascuas, marcaban de rojo la trocha, atados junto con los demás prisioneros quedaron repartidos entre los soldados como sus bestias de carga, de refresco para los pocos amistados que nos quedaban, por haber visto cuán necesarios son en los pasos difíciles y de escudo para refrenar al enemigo que ya sentíamos venírsenos encima.

Destas refriegas salieron siete cristianos descalabrados y el minero Sommerfeld dejó su alma vagando en el camino y el corpachón a un lado, enterrado a escondidas por los compañeros, para que ningún nativo se diese cuenta de no ser inmortales los barbudos. Igual, para no darles idea de ser fácil sacarnos la vida, tratamos de no dejar ver los malheridos y disimulamos los enfermos y estropeados, metiéndoles en medio de la tropa. Con una venda como turbante de moro, me protegí una pústula en una oreja, afiebrada y roja como una ciruela, por la picadura de un bicho al que llaman *pito*. Apareció como una ronchita minúscula que se dio a crecer comiéndome la carne

hasta dejar ver el cartílago, y hubiese quedado cual pocillo si no es porque me aplico una cura desta tierra, que es haciendo cataplasma con tres hojas diferentes de aquellas que no comen las hormigas por los tóxicos que contienen y, según creo, son los que sanan esta lepra de montaña sin dejar casi cicatriz.

De haber tomado más cuidado en estos saberes, en vez de la sola busca de metales y piedras que adornan, pero no curan, no se nos muere tanta gente como se nos quedó en las trochas y más hubiésemos ayudado a los miles de infestados que sucumben en Europa por tantas pestilencias y plagas, sin que la dedicación de nuestros médicos y alquimistas de todas las épocas haya logrado prevenciones ni curas eficaces. De poco han valido sus elíxires para en algo retrasar el deterioro de los sufridos, mientras que en estas Indias, en medio de ámbitos y soplos insanos, sin amparo ni cobijo de sus carnes para tantas alimañas ponzoñosas, fieras ruines y peligros sin cuenta, la vida de los naturales es más larga y libre de enfermedad. No son gotosos ni padecen diarreas ni fiebres, envejecen con pocas arrugas, sin calvicie ni canas, sus dentaduras completas, sin excesos deformantes de gorduras; y se mantienen activos hasta morir, en sus trabajos, en nadar y correr, en la complacencia carnal, en agradar a sus dioses. Pocas mujeres mueren de parto, en los que no guardan cama ni dietas, y menos infantes sucumben que entre nuestros rústicos y campesinos. Entretenidos en la busca de fuentes fabuladas, milagrosas, que nos den vida eterna, hemos pasado por sobre los saberes de conservar el vigor y la lozanía, sin reconocerlos ni aprenderlos, resistiendo y acosando el acumulado saber de sus herbolarios, a quienes no bajamos de brujos, hechiceros y nigromantes por no vestir toga ni bonete, por su ciencia no estar seca dentro de frascos sino fresca en la naturaleza; que de haber estado escrita en libros, aun en latín culto, igual la hubiésemos vuelto cenizas, por esa raigambre

que arrastramos de tiempo atrás de creer que el conocimiento del otro va contra Dios, desde antes del Papa Honorio III, quien al tiempo que combatía a los albigenses excomulgaba a los monjes que «en alianza desvergonzada con Satán, estudiaban medicina y ciencias naturales»; por ensalzar desde antaño desatinos como el de santo Domingo al afirmar que «los perfeccionamientos alquímicos rivalizan con Dios» y, en tiempos recientes, las homilías endurecidas de los papas Julio II y del último Adriano, más que contra quienes inflaman lo invisible apoyados en numerologías, con quienes averiguan cómo las atracciones de la luna impulsan las mareas y marcan las épocas de siembra, de podas y cosechas, o con quienes tratan de comprender las vías incorpóreas por donde se propagan los sonidos y colores, o de cualquier otra razón etérea, que por no ser palpable, la dejan en terrenos del Demonio, siendo que los ámbitos impalpables son parte de la Voluntad Divina, la que aún no llegamos a comprender. Desorientados andamos los cristianos, porque no habiendo sino una la disposición celestial que mueve las fuerzas intangibles, no puede haber otra para poner orden cósmico en tierras desconocidas para nosotros, no para Él, porque para Dios no hay Mundo Viejo y Nuevo Mundo, sino uno redondo creado por Él, así en la antigüedad fuere llamado Elohim, el Elevado; o Eloi, el Padre invocado por Jesús agonizante en la cruz; o Yahvé, el que da la existencia; el mismo Allâh, Clemente y Misericordioso del islam; o el *Gua* aludido en estas latitudes, sea *Rucgua*, el principio creador de los *ugua*; o *Chimichagua*, el dios joven de los *pacabuy*; o *Chiminigagua*, la causa de toda divinidad entre *muiscas*. Y paro de enumerar destas incontables nombradías de *Gua*, para no cansar con tanto repique.

La expedición continuó por entre los *cuyones* durante otra semana, sin que de nada sirvieran los presentes enviados por delante con indios recaderos para invitarlos a hacer amistades

y alianzas, y en vez, se nos huyeron algunos de estos mandaderos antes de entrar en sus caseríos abandonados. Ni de lejos vimos sus gentes, salvo en dos ocasiones que nos acometieron boleando piedras y flechas desde las alturas, más que por herirnos, para espantarnos fuera de sus casas y labranzas. Si al general se le agriaba la estampa cuando los indios que íbamos topando no se desmandaban en agasajos y regalos, más le descomponía que no osaran darnos el rostro; le desencajaba en demasía que escurrieran nuestro encuentro, porque con la huida se nos iba la excusa legal del desacato al Requerimiento, para el despojo y la esclavitud. Por ello, en su crónica se resarcíó de los casi invisibles *cuyones*, asentando que «bien hizo Dios en darles poco valor, habilidad e inteligencia», sarcasmo que, no obstante estar rociado por su inquina, no los dejó tan bajo como los achicaron los cronistas de oídas, los inconscientes en el oficio de alisar tanto desmanden, perversidad y pillería.

Cuatro días estuvimos por el lecho de un río que corre entre montañas, un *sunamo* o camino de agua, según dijeron los guías, usado para dejar menos rastros los enemistados de dos bandos, cada uno asentado en las lomas de un lado, enfrentando al del opuesto. Por su cauce van desnudos, saltando y nadando como las nutrias y en día y medio recorren lo que a nosotros nos llevó casi una semana, por ir con sayos, caballos, cargueros, estorbos y chusma *encabuyada* por entre piedras limosas, las más de las veces con agua a la cintura para no ser devorados por nubes de mosquitos y otras sabandijas invisibles, saliendo solo al mediodía para algo embuchar y al atardecer para desarrugarnos, escurrir ropillas y alpargatas, y caer a maldormir tiritando, calados por aguaceros y por sentirnos atisbados desde uno y otro lado.

Los alimentos se nos habían terminado del todo mucho antes de llegar extenuados a *Cohari*, la primera poblazón de los *xagua*, donde nunca habían pisado hombres blancos ni

visto tal tropel oliendo a cadáver y con cataduras de muerto. Poco a poco se nos allegaron por curiosidad, guardando distancia, sin dar pelea por creernos demonios barbados. Tuvimos que apresar varios dellos, no por ofenderlos, sino para encontrar cómo comunicarnos a parlamentar acuerdos.

Por ventura supimos que dos de los prisioneros *cuyones* conocían la lengua de los *xagua*. Primero les dimos promesas de libertad y cascabeles; después les acercamos los mastines y entonces tradujeron nuestras zalamerías a los boquiabiertos y luego nos hicieron entender que aquellos se someterían. Retuvimos a su señor con un puñado de principales y liberamos los demás para que fuesen por las aldeas siguientes con cascabeles para los cogotes de sus *caciques* y ofertas de protegerlos de sus enemigos, a cambio de venir a nuestro asiento con muestras de querer la paz, signos que juzgaríamos mejor si llegasen acompañados de oro y bastimentos. Pasaron dos días más de ayuno antes de aflojarnos unas burlescas donaciones de un mazacote que, al pasar del gznate a la barriga, más nos sacaban maullidos implorando por algo de sustancia. Con cada olla dese cocido venía la demanda de soltarles un principal, dizque para disponer su gente a reunir lo poco que tenían para ofrecer; y hasta no liberarles todos, no aportaron lo de volvernos los alientos, justo cuando ya ni resuello nos quedaba y les hubiese bastado con estorbar un día más para detenernos a su antojo. Y también nos facilitaron hombres, cosa de no entender, hasta completar los doscientos cincuenta necesarios para aliviarnos de toda impedimenta. Buen negocio salió del retintín de unos pocos cascabeles y de retener al *cacique xagua*, al que no soltamos hasta rehacer la hilada de cargazón y proseguir hasta a *Zazaridi*, su último caserío en las montañas, a tres leguas de las deleitosas llanuras del río *Barquisimeto*.

Después de un mes de ir por entre parcialidades de cinco hablas diferentes, cuatro de ellas enemistadas entre sí, no

podíamos admitir haber dado otra vez con *caquetíos*, de los mismos de los alrededores de *Coro*. Ni siquiera *Cara* lo creyó cuando unos *xaguas* le contaron que los conocen por tener allí un puesto de trueques por sal traída de la mar, y nos dejaron avisados de ser guerreros fieros y en número que nos aplastaría, por poder reunir en un par de días una veintena de pueblos de la llanura.

Hubo junta de capitanes para cavilar si sorprenderlos o enviarles emisarios, de la que salió que yo, por algo entender de su lengua, tomara el riesgo de ir con presentes y en compañía de *Cara* más varios amistados y algunos de los *xaguas*, mientras la topa se reponía y daba refresco a los caballos para tenerlos dispuestos a apretar en aquel terreno, otra vez raso y destapado. Volví al día siguiente acompañado por cuarenta *caquetíos* cargados de carnes de caza, pescado ahumado y suministros de la tierra, y con respuesta de sus *caciques* que nos esperaban en sus pueblos, a lo cual se negó Federmann oliendo que podría ser una trama de emboscada, pero le saqué de su empecinamiento haciéndole ver que de querer aniquilarnos lo harían, yendo nosotros o viniendo ellos, que si no venían era por ser pueblo orgulloso y suficiente, y mejor nos sería fiarnos de la amistad que nos prometían, por haberla cumplido siempre los de *Coro*.

—Si esta embajada sale como decís —aceptó el teniente general—, en adelante os daré a *Cara* como esclavo, para ayuda de vuestras indagaciones.

—¡Oxte, excelencia! —dije sorprendido—, que nunca hubiera pensado valerme de un esclavo en la brega de la traducción, porque en esto de buscar entendimientos, siendo que por demás de tener que valernos de otros forzados donde quiera que vayamos arrimando, lo que necesitamos son aliados de buen seso. Si contando con buena voluntad, de cada veinte palabras vuestras, o fray Vicente, acaso una llega sin

torceduras a su destinatario, duro habrá de ser este trajín si no contamos con amistados. —Y volviéndome al *caribe*, le pedí en su lengua de madre—: Acompañadnos en adelante como escudero y aliado, que nuestro general os sabrá recompensar.

—Sea —dijo ladino, repasando con la mano su jubón hecho jirones como pidiendo otro nuevo y, para que supiésemos que había comprendido lo escuchado, agregó—: entre desconocidos, una palabra entendida vale muchas vidas.

En su primera aldehuela encontramos un gran regimiento de guerreros de buena hechura, fuertes, alertas y dispuestos en armas a resistirnos si nos dábamos a maltratarlos. Nos dieron una hospitalidad sorpresiva, inmejorable. Para más acreditar su avenencia, sin tener nosotros cómo exigir, mas en posición de ser compelidos, nos dieron sobre quince mil pesos en artes de buen oro y hubiese sido mucho más de haber tenido la agudeza de hacerles comercio por anzuelos, hachas o cuchillos, útiles de los que carecen en absoluto.

Por andar tan cansinos y con desarreglos de salud, nos afinamos por cuarenta días en una veintena de pequeñas aldeas a lo largo del río, a menos de media legua una de la otra. Para suavizarlos, les ofrecimos concurso por si querían acometer a los enemigos que tenían por los cuatro costados, incluso con los *xaguas* con quienes truecan sal por oro a la par, ya que para aquellos tiene el mismo trabajo recoger laminillas de aluvión en los ríos como lograr cristales de la mar y traerlos desde tan lejos, sal que en la tierra adentro es tan costosa como en Europa, donde por la Corona haberla dado en monopolio a los banqueros Fugger iguala el precio de la plata, siendo nuestro planeta más de agua salada que de tierra. En pocos días ambos bandos creímos tener ganada la confianza y entonces los capitanes se dieron a informarse de las naciones que deberíamos atravesar, todas tan duras en la guerra que tenían recogidos a los *caquetíos* en aquella parte del valle, unos

guardados tras baluartes de gruesos árboles plantados muy juntos, otros en palenques más amplios, de troncos largos y fuertes en tres hileras, con andanas altas sostenidas por cintas anchas de *bejuco*s entretejidos.

El general me pidió traducir sus interrogatorios sobre la mar que buscábamos al sur para pasar a la India verdadera, a Maluco y a Catay, imperios de los que refería riquezas para inducirlos a que nos condujeran. Ellos respondían que algo habían oído a sus antepasados que lo habían escuchado de antecesores más remotos, sobre unos que habían llegado de la mar del Norte cuando la fuerza del Gran Padre soltó las aguas para purificar a la Madre de la Savia, agotada por la mezquindad de unos magos de reinos que eran solo islas, unas muy grandes con magníficas ciudades, a las que se iba solo por agua. Dijeron que los antiguos habían oído de unos imperios al sur, grandes y opulentos, bañados por una mar muy dilatada donde ellos ni sus vecinos jamás habían estado, ni pensaban ir, por tener que pasar por entre muchas naciones de gentes diferentes, descendientes cada una de uno de los magos de las dichas islas, de los que recuerdan a *Chiquigua*, *Sailagua*, *Fogua*, *Ogquegua* y otros nombres que ya he perdido; naciones que habiendo aprendido que no pueden extenuar a la Madre de la Savia, no dejan entrar en su dominio a otras que les puedan desequilibrar el ámbito, el círculo de juego del sol con las aguas. En razón de cumplir este mandato es que los hijos de la tierra andan divididos en tantos cacicazgos, en retazos de suelo, y así quedaron encerrados estos *caquetíos* por los *xaguas* hacia el norte, por los *ciparigotes* al nordeste, por los *cuibas* por el sur y por otros *caquetíos* de la garganta del *Vararida* y cabeceras del *Iracuy* por el poniente; con los que no tienen más razón de decirse enemigos que el resguardo de lo que les mantiene la existencia, incluso cuando se roban unos con otros las mujeres indispensables para, con nuevas savias, regenerar la *chichaeba*, la sangre, o savia de la vida.

Hice copia desta leyenda con detalles para el Oso, mi amigo y cofrade alemán, por si la vida nos vuelve a cruzar antes de que nos tope la muerte, porque él sabrá desentrañar cuánto dese mito viene de la Atlántida de Platón y si la terminación sostenida en los nombres de los magos fue la marca que anduvieron dejando *Chiqui*: el Consagrado, *Saila*: el Antiguo, *Fo*: el Sabio y *Ogque*: el Enviado.

Por algunos *caquetíos* del litoral que aún quedaban con nosotros, los de este valle supieron del maltrato que les hicimos los cristianos, desde cuando los metieron en los galeones para venderlos en otras tierras; de cómo les tomaron las mujeres por la fuerza y agotaron sus labranzas; de cuántas deidades y símbolos de sus raíces les machacaron, y de cómo con unas fieras monstruosas les pusieron en servidumbre sin tregua y, por último, del rubicundo jayán entrado a sojuzgarles bajo colleras puestas por el pescuezo y con azotes, a humillarlos con marcas candentes y zaherirlos con motiladas; ese mismo que trajo unas hembras infestadas de bubas pestilentes que contagiaron a los demás barbados y estos a sus mujeres y estas a los maridos, de lo que salió una mortandad por la que ahora los naturales no se juntan con sus parejas y todos padecen de uno u otro morbo desconocido para sus curanderos, que solo acatan a apartarlos de los suyos dejándoles más quebrados de ánimos que tronchados en sus cuerpos, robada su *chijicha*, su alegría, y cargándolos de *chijichaza*, o melancolía.

También les declararon que quienes estábamos allí éramos enviados del gordo que se devolvió a la mar acosado por curseras; que decimos venir en busca de alianzas, pero obligadas con el filo de las armas, tan solo para aprovecharnos de su fuerza y concurso, por estar obsesionados con ir a otra mar a buscar perlas después de haber agotado las de la mar de *Coriana*; que por donde vamos pasando pelamos todo, al igual que las hormigas tragonas de hojas, pero sin que nuestro

rastro vuelva a reverdecer, por lo cual la Madre de la Savia se les puede descarnar de nuevo, como en los tiempos en que se les secaron hasta los recuerdos. Fue entonces cuando los del valle decidieron encandilarnos para alejarnos y perdernos, y comenzaron a decirnos haber oído decir que sus vecinos alguna vez habían hecho trueque por sal y algunas perlas con otros vecinos dellos de más al sur, pero que nada más sabían de haber por allá una mar y menos la conocían, porque no se atrevían acercarse para no levantar más pendencias innecesarias con extraños.

La treta acabó el marasmo en nuestras gentes y la holganza para recuperar las fuerzas, porque el general pidió al *cacique* principal que nos facilitare hombres para cargar el matalotaje hasta el dominio de los *cuibas*, bajo promesa de no encadenarlos y devolverlos. Este juntó como doscientos sacados de sus labranzas y cotos de caza, recelosos y encogidos por tener que pasar por entre opuestos intolerantes. Yo le confíé a micer Nicolás mis sospechas de estar urdiendo alguna martingala, por no haber visto repulsa ninguna sino deseos de ver volar lejos la langosta, como a encajársela a sus enemigos, con lo cual me gané una reprimenda de rayos y centellas porque «no habría yo de creer que tan pequeña escama os pueda arrugar más los cojones de cuanto los tenéis por andar entre ríos y aguaceros. ¡Lógico que nos quieran lejos!, pero mi determinación no es de bobo que se enreda en un torcido, sino soportada por las deducciones de los más sesudos cosmógrafos».

Fue prolijo levantar más de quince inficionados, unos enfebrecidos, mocosos y con silbidos en los bofes, otros con esos dolores por los costados que llevaban a echar sangre cuajada por boca y narices; pero había que ponerlos sobre *hamacas*, o subirlos y mantenerlos tiesos en las cabalgaduras de donde desmontaron a sus dueños y luego convencer a los indios de que no estaban al borde del reino de las sombras, sino que

así se les transportaba a los grandes señores, para que dese modo gozaran mejor de las selvas floridas. Algunos pensaban que debíamos dejarlos allí para su restablecimiento, al menos hasta que pudiesen tenerse en pie. Otros opinamos que no era de cristianos condenarlos a morir abandonados en la aldea, aunque de cargarlos se inficionaran algunos sanos. Muchos soldados y mineros se veían amarillos e hinchadas sus barrigas, o con ese mal de lomos que sale debajo de las coberturas de algodón, por no quitárselas de día ni de noche, ora sudorosas y recalentadas, ora hecha sopa helada. Éramos pocos los que aún podíamos comer sin devolver. También el general estaba achacoso de calenturas y flojera de tripas como las que tuvo el Miserable. Y el barbero sangrando a quienes más se quejaban y pidiéndome ir a buscar emplastos de paliativo, los de *Mecou*, para tanto moribundo. Fue uno de nuestros peores calvarios y, de haberse dado cuenta los *caquetíos*, hubiese bastado un puñado dellos con sus *macanas* para diezmar la tropa, porque la fingida amistad les hubiese acabado de advertir que, si no estábamos para defendernos, menos estaríamos para someterlos a ellos ni a sus enemigos.

Algunos de los cargueros tuvieron que prestar su hombro, y hasta su espalda, para apoyar a los enfermos. El general encargó que los de mayor peso fueran llevados por los *caquetíos* que parecieran ser más principales, y los echó por delante creyendo que, con ir más cargados, acortarían el camino en vez de darnos revueltas. Poco a poco, se fueron alargando las hileras de cargadores y, viéndose un poco sueltos, unos aprovecharon para abandonar tanto los fardos como los aquejados y darse a la fuga, que fue como de arena apretada en la mano, porque al final quedaron unos pocos, los menos capaces, dentre los que pudimos retener una mujer que, en la desbandada se volvió a buscar su crío llamándolo a en ambas hablas, *caquetía*

y *cui*ba, por lo que le puse el ojo para que nos sirviera de lengua aunque negara conocer el camino.

No se pudo repartir la carga abandonada entre quienes nos manteníamos en salud, porque hubiésemos quedado impedidos para resistir emboscadas. Convinimos en elegir lo más necesario y enterrar el resto fuera del camino sobre el valle del río *Coaheri* —al que ahora los cristianos le dicen *Cojedes*— grabándonos las señas que más podíamos, porque allí también quedaba mucho oro aplastado en cantidades aún no registradas por el contador real, don Antonio de Naveros, púa por donde comenzó su encono con el general, agravado más adelante por otros registros mal asentados que, como veremos en su momento, llegó a que don Antonio volviera a *Coro* cargado de acusaciones y cadenas, vociferando y dejando en actas, con firma de testigos, que «el teniente general no pasó por su veeduría todo el oro de los rescates levantados prendiendo fuego en los *caneyes*, asando a más de cuatrocientas ánimas».

Que los españoles hubiésemos quedado agobiados por la carga mientras las tripas se nos retorcían por falta de comida, desbordó la copa a vaciar de maldiciones y juramentos contra «estos alemanes agrios como la leche de sus putas madres, que siempre encuentran cómo agarrotar la gente crédula, venida a servirles sin que la soldada alcance siquiera a parchar su adeudo; banqueros arrogantes sobrados de monedas pero incapaces de sustentar tropa alguna, voraces con el botín de guerra sin dejar una sobra para los nuestros; y lo más inadmisibile, sin asentar lo conquistado porque solo van de paso fingiendo amistades para poder transitar de mercachifles, en vez de repartirnos y acomodarnos tierras e indios para nos poblar en nombre del Rey, que ni es Rey, porque ellos mandan sobre cuantos compraros para que les abriera el Nuevo Mundo, sin que haya quien vele por los castellanos que andamos aquí rayándonos las pelotas con los abrojos. ¿Para qué, ah, para qué?».

Fray Vicente, aplacado porque no se le huyeron sus tres indias de puchero y lecho, trataba de bajar los ánimos con una salmodia que hubiese exasperado al santo Job:

—No desalentéis, hermanos, con las duras pruebas del Señor, ni olvidéis que todos venimos de polvo y en polvo nos habremos de convertir.

A lo cual, desde su *guando* de *hamaca*, el Juan Corzo le respondió:

—Yo no vengo de polvo sino de simiente.

Simpleza que en algo relajó los ceños y cuadró para que, en adelante, quien buscare campo y coyuntura para saltar sobre una india a simple desahogo, lo anunciare con «dadme el ancho, que voy de apuro a echarle un polvo». Y bien pronto se corrió que quienes más polvos levantaron con las indias fueron aquellos que, como fray Vicente, llevando el cuerpo penado con ropones de mujer, consideraron excesivo este castigo en el trópico y no quisieron agregarse la castración, dejando los votos y recatos de castidad en los muelles Sevilla.

—Los votos de castidad solo tienen que ver con joder con amor, porque terminan en coyunda. Los polvoretos son para desembarazar la natura cargada por refrenarla —pontificaba después el fraile.

Para evitar los pasos dificultosos de montaña llevando los enfermos, nos desviamos al naciente por una región despolblada por acuerdo entre contrarios, hasta dar en otro valle ocupado por *caquetíos* en varios caseríos, rodeados por *ciparigotes* al poniente y *huitotos* por el este. Torcimos al sur por el collado del *Coaberi*, por donde no hallamos alimento alguno. Dos de a caballo subieron las montañas a ver si distinguían humos y divisaron una gran llanura atravesada por un río y allí donde podría haber campos cultivados y, por ello, hacia allí partió la tropa a establecerse y, una vez asentados, salieron los de a caballo a explorar a dos leguas en redondo en busca

de alimentos y, mientras lo hacían, vimos elevar humaredas en las montañas circundantes en señal de habernos notado, a la vez que descubrieron por dónde estaban sus poblaciones.

Esos humos, sin importar que nos estuvieren preparando un ataque, fueron mejor remedio que los azotes recetados días antes por el teniente general para los más alborotadores, cuando le abandonó su habitual buen temple con los soldados, tornándose áspero, no tanto por las fiebres como por el desespero que le entró por no ver camino, sino un infinito tapete de selva. Entre esos humos se borraron los crecientes cuchicheos de ir tras un país baldío, yermo y deshabitado donde pereceríamos por hambre, rumores con que nos veníamos enloqueciendo tanto los alicaídos como los sanos.

Cuando se nos juntaron los corredores de campo, los de avanzada, que andan siempre sueltos adelante de la tropa olfateando embarazos, avisaron haber encontrado unas aldehuelas de no más de cuatro o cinco casas, más algunos pequeños *bohíos* dispersos, recién abandonados, junto a sus campos de *maíz* aún verde, nos desmandamos a entrarnos en sus casas a devorar las mazorcas sin cocer, que fueron manjar de pasar con agua del arroyo.

Esa misma noche salió el capitán Martín con treinta hombres, con orden de apresar la gente de un poblado cercano, pero al llegar y verlos puestos en guarda y armas, sin poder servirse de los caballos por estar el pueblo sobre una ladera tupida de árboles, volvió a pedir refuerzo, aunque muy poco podía salir dentre tanto enfermo. Mas el general resolvió avanzar al día siguiente hacia otra poblazón del valle y establecimos el real donde se dejaron ver muchos venados que corrían menos que los caballos y los perros.

Mientras se reponía la gente, diez de a caballo y tres docenas de peones salimos río arriba, a buscar nuevos caseríos, con orden de, matando los menos posible, buscar forma de

hacerlos concurrir a tratar amistades. A una legua, dos espías de la avanzada encontraron un poblado rodeado de un foso profundo erizado con estacas, por delante de buena cantidad de indios aprestando flechas, templando arcos, ejercitándose con las *macanas*. La tropa se escondió tras una tupición alta y espesa de cañas gordas, o *guaduas*, mientras dos de a caballo avanzaron en descubierto hasta el borde de la defensa, torcieron riendas y partieron en galope, seguidos de una nube en grita y arrojando cañas emponzoñadas —las primeras atosigadas en todo cuanto llevábamos caminado destas provincias—, guerreros que persiguiendo los señuelos vinieron a dar en donde estábamos emboscados y allí les envolvimos y por aprisionar casi cincuenta, matamos otros tantos, herimos a muchos otros y pusimos en fuga al resto que, en verdad, fueron pocos.

Por la yerba o la ponzoña nos mataron un caballo que, tasado al precio de los Welser, tuvimos que pagar entre todos, al ser cargado en el Fondo del Común y, como siempre, nos saldría más costosa la muerte de un jamelgo o de un perro que la de un cristiano.

Entre nuestros hombres tuvimos varios heridos y, por carecer de brea de calafetear, les cauterizamos con fierro al rojo y, en partes delicadas, con grasa hirviente sacada por cocimiento de los cuartos de un *cuiba* muerto. Se les suavizó la chamusquina con cataplasmas de hierbas y vendaje final de hojas frescas para alejar las moscas que corrompen la pus benigna. Igual tratamiento dio el barbero a dos presos principales muy dañados.

Yo quedé con una herida en el ánimo, por las tajadas que les hice a no sé cuántos *cuibas*, la peor en la cabeza de uno que se me vino encima meneando una *macana* enorme y le quedó como naranja partida en dos. Qué largas fueron aquellas noches con la boca reseca sabiendo a hiel, cargando la ausencia de Adelfa por la necesidad de sentirla tomándome las manos

para quitarles el temblor, ahogando entre su pecho la palpitación de mis sienes. Qué largas son las noches tratando de encontrar cómo devolver una vida por donde la sacó el filo de la espada.

Soltamos seis prisioneros para que, con algunos obsequios, le llevaran a sus *caciques* los mensajes confiados a la habilidad traductora de la india retenida por medio de su crío. En la mañana siguiente liberamos dos más. Desesperamos tres días, sabiéndonos desbaratados en el momento en que nos cayesen a recuperar los prisioneros. Entre tanto, el general, para acompañarse en la caza de siervos, escogió ocho de a caballo, más una docena entre ballesteros y rastreadores, y a mí entre los tres de buen ojo. Siguiendo las presas, fuimos a dar al pueblo del foso, donde estaba concentrada gran cantidad de hombres armados en resguardo, no para ofender, por tener allí mujeres e hijos. Unos se dejaban ver y otros se escondían. Un jinete, Ortiz, que desde antes de la desbandada de los cargueros había polveado con la intérprete quedando entrambos aficionados, se volvió y a la media tarde tornó con ella a ancás, lívida y despavorida, cuando ya todos los habitantes habían desaparecido y nadie respondía al llamado por los gritos de aquella. Colocadas postas para advertir cualquier movimiento, el resto nos acercamos con precaución hasta veinte pasos frente de una gran *maloca*, donde dejaron de tocino unas joyuelas de oro junto a raciones de caza servidas sobre hojas de *bijao*. El Ortiz envió a la india a abrir la puerta de aquella enorme casa de festejos y esta, sigilosa, oyó la gente atrincherada adentro. Desde afuera se esforzó en traducir nuestras promesas de no querer hacerles daño, así como las exigencias de aquellos de que nosotros tomáramos los rescates de la entrada en cambio de la libertad a sus parientes, a lo cual hizo desprecio el general diciendo que nuestros presentes habían sido de mayor valor, que si salían no les dañaríamos y de no hacerlo les prenderíamos

fuego. Como no hubo respuesta encendimos las antorchas y eso bastó para que casi un ciento saliera a la luz, poco a poco, muchos dellos guerreros fuertes y bien armados. Federmann resolvió amonestarlos duro e intimidarlos con los caballos, mostrando los tres ciervos cazados y señalando que estos corrían más que sus gandules. Les aseguró que el daño que les hicimos fue por no poder contener la furia de los caballos por habernos resistido, que de mostrar amistad se apaciguarían las bestias y los trataríamos bien. Crédulos, se excusaron por no reconocernos antes, que ya se disponían a buscarnos en paz luego de que bajaran de los montes las mujeres y los críos a los ritos de todos llorar y enterrar sus muertos.

Como señal de aprecio y confianza, les volvimos todos los prisioneros con dos cuchillos de regalo, con invitación a otros *caciques* a visitarnos en el real, donde desfilaron con muchos presentes desde el día siguiente hasta el décimo, tiempo que fue de reposo para los enfermos, salvo el chapetón Miguel Cadenero quien no resistió los chorretes y quedó, con sus ambiciones y delirios, abonando la feracidad del trópico. Yo le tomé la daga en trueque por no dejar que grajos y carroñeros le pelasen los huesos; un soldado le heredó las botas, otro su alabarda y un minero su pequeño Cristo de plata sobre cruz de madera, a cambio de asumir parte de sus deudas.

Por estos días, agotados del todo los remedios de Albear, fueron más los cristianos doblados por calenturas y pústulas, porque a más de las comidas crudas que revuelven el vientre por desconocidas, de los humores de la selva que vive de la putrefacción de sus propios despojos, de las moscas perseguidoras, de las tantas alimañas ponzoñosas y de la humedad tórrida que infesta cualquier piquete o rasguño, estaba la fatiga y los serenos que calan más a los de a pie que a los de a caballo y golpean más al raso que a los de mucho sirviente y de mejor bocado en los repartos. Durante la semana siguiente las

marchas se hicieron más lentas, de a legua por día, que era lo de una poblazón a otra, halados por la alucinación de tropezar el olor salino de la mar, cuya existencia confirmaban los naturales a cada paso, sin que nadie entrara en sospechas por creerlos tan simples que nunca mentían, sin advertir que esta era su mejor arma para alejar intrusos, más efectiva que sus palos de caza.

Mediando diciembre, casi a rastras, arribamos a la orilla por donde el *Coaheri* se desparrama cerca de una planicie de poblazones diseminadas, unas de gentes *cuibas* y otras de *caquetíos*, ambas señoreadas todas por un dominador: el *Hacarigua*.

No obstante que nos recibieron bien, con oro, caza y provisiones de boca, estuvimos al arma por ser indios de flechas enyerbadas con ponzoñas, que unas veces matan con parar el respiro y otras por ir secando el cuerpo mientras la boca se llena de babazas, unas con rapidez y otras con demora, siempre entre grandes dolores, maldad despreciada por quienes sacan honor y bizarría con sus aceros en los combates cuerpo a cuerpo.

—La ponzoña —me participó Federmann—, es otra mancha nefanda de los *caribes* a sumar con la antropofagia, la sodomía y su arisca resistencia a recibir civismo y doctrinas virtuosas, lo cual ya es cúmulo de sobra para justificar una guerra santa con el fin de humanizarlos, motivos que estiran pero no alcanzan para legitimarla con el andamiaje de Tomás de Aquino «de ser justa una guerra siempre que tenga como fin la paz», porque ni los *caribes* ni los indios «buenos» fueron quienes iniciaron esta guerra. Y esto de la humanización de los bárbaros y salvajes no es más que un forzamiento pródigo, pero nos ha venido como anillo al dedo para remendar el melindre de quienes aún no han entendido la necesidad imperiosa de sostener comercio con todas las naciones, en especial con las atrasadas o recién descubiertas, quedando nosotros obligados a legitimar, despejar y asegurar una irrestricta

libertad de movimiento y comunicación, que así el comercio es beneficio mutuo y soporte de la paz. Es por ello que, sin ser caudillos ni militares, sino comerciantes y banqueros, nos hemos metido en la leonera desta conquista. ¿Vos qué opináis?

—Que, en el aparato de las guerras, el nervio lo pone la necesidad y la ambición, el empuje lo dispone la ambición y la política, y los muertos los depone la debilidad y la ambición. Es así como los Welser, por igual que los demás grandes capitalistas, de Oriente a Occidente tenéis tan bien encajadas las fichas jugadas con las por jugar, para luego dominar los estados armados por los mismos acaudalados, salvo que por acá se nos atravesase de improviso algún imperio tan fuerte o tan rico, que quienes tengamos que dejar el ancho seamos quienes les invadimos. Mas como, por lo visto hasta hoy, ya se vislumbra hacia dónde se inclina la balanza, somos nosotros quienes cargamos el deber con el futuro, y ello nos deja, como primera obligación, la tarea de cada quien defender su pellejo para no perecer en estas cerrazonas.

—Tanta vuelta para salir a tan monda simpleza.

—Así es como mi Padre me enseñó que debe ser la filosofía de la vida.

No obstante que la prodigalidad y buen recibo trajo alivio en sanos y enfermos, a dos los agotó la flojera de vientre y no pudimos ocultar sus cadáveres, porque habiéndolos entregado de noche a la corriente, por la mañana salieron flotando en un remolino del río, cerca de unas labranzas. Entonces la estrategia de los capitanes fue ofrecerle al *Hacarigua* nuestras armas para atacar unidos a los *cuyones*, sus enemigos de las montañas, y obligarlos a un apaciguamiento. Aceptó el *Hacarigua* y convocó casi un millar de guerreros, lo cual no dejó de erizarnos la piel como a gallinas, aunque el *cacique* se esforzaba con esmeros en levantarnos los ánimos y las fuerzas. Por seguridad, la hueste cristiana se instaló en los *bohíos*

a lado y lado de una única calle cerca del agua, metiéndose Federmann en la misma casa del *cacique* principal, diciendo que era para honrarlo, sabido de que estando juntos no se atreverían a atacarlo. Dos de a caballo purgaban de continuo por la callejuela, atentos al momento de verlos esconder sus mujeres y criaturas.

Después de celebrar la Natividad del Señor, de encomendar el filo de los fierros a Santa Bárbara y el nervio de nuestras personas a Santiago, tras una turba de unos ochocientos flecheros, se encaramaron por las montañas treinta peones y seis de a caballo bajo el mando del capitán Martín. En el poblado quedaron los demás jinetes para el atropello en terreno suelto, los convalecientes y los que cayeron en calofríos por aquellos días, con una pequeña escuadra de custodia, más los frailes preocupados por sembrar su doctrina, quienes me solicitaron que *Cara* les ayudara a traducir lo mucho que exponía el indoblegable Requexada y lo poco que preguntaban sus oyentes, extraviados en enseñanzas que ningún juicio les encontraban.

Al caer la noche, el capitán general me pidió acercarme a su aposento. Me hizo sentar a la entrada, junto al sahumero de ahuyentar los tropeles de mosquitos, mientras él permanecía recostado en un camastro de espartillos, acariciando la piel tostada de su enana para entretener el desaliento y disimular la fiebre. Con voz blanda, pero sin bajar un momento la dureza de sus ojos, me dijo:

—¿Qué os zarandea el seso en estos días?

—No sé a que se refiere vuestra señoría.

—Sí que lo sabéis. Lo noté desde cuando, traduciendo mi discurso de paz al *Hacarigua*, saltasteis lo de que «harto saldréis beneficiados con nuestra civilización más aventajada, que en nombre del Emperador hemos venido a prodigar».

—Es que no supe cómo decirles «civilización» y menos «aventajada», micer Nicolás.

—Esteban Martín os desborda en lengua *caquetía* y ni qué decir en artes militares. Por esto le tengo como mi mamo armada, siempre en la avanzada. Si estando él alejado por la brega os conservo a mi lado, es por haber visto cuánto hacéis valer cuatro palabrejas de salvajes, agregadas a gestos de cara y manos, a escenificaciones y gruñidos. Mas, cuando debisteis resaltar la gran diferencia de culturas, tal parece que se os vació el cerebro, como si os hubiese entrado un encogimiento de cólico de enamorados. ¿Qué mierda se os ha revuelto en vuestro juicio?

—Es que, señoría, en verdad no supe cómo decirlo. ¿Cómo hacerles razonar que nuestras armas y milicia, las más aventajadas de todo el orbe, entrellos no habrán de ocasionar desolación, dolor y muerte? ¿Cómo pensar que nuestros refinamientos musicales serán del agrado de sus oídos, acostumbrados a los silencios y voces de la naturaleza, a los sonidos propios de sus instrumentos? ¿Qué podrán admitir de nuestros pintores y escultores, si estas gentes están hechas a ver solo mitos y fábulas en los simbolismos de sus ofrendas y aderezos? ¿Cómo entenderían las galas de nuestras vestiduras, si a ellos les sobra todo lo que no sea su propio cuero? ¿Cómo explicar a quienes viven en colectividad igualitaria sobre nuestras diferencias de clases, condiciones y privilegios de los pocos que se ahogan en abundancias y los muchos reventados por hambrunas? ¿Qué ganancia pueden tener de nuevas viandas y alimentos, que tal vez ni puedan digerir, si la tierra y el agua les dan con suficiencia lo que necesitan? Aquí ellos nos aventajan en medicina. Nadie se orienta como ellos en la selva, navega sus ríos, ni conoce sus caminos. Nadie siembra y cosecha mejor según las caras de la luna, ni saca mayor provecho de maderas, palmas y lianas. ¿Cómo decirles que solo hay un Dios que habita en la hostia y en los templos, a quienes ven el suyo en la naturaleza, en la animada y en la inmóvil, en el sol, constelaciones y firmamento, en sí

mismos y en sus antepasados? ¿Cómo explicar a quienes no necesitan templos ni efigies, el por qué edificamos iglesias y las llenamos con santos, siendo que hasta ahora no les hemos visto más que símbolos, por sentir el orden de la vida está el círculo de creación y muerte, creyendo inmortal su especie, que para ellos vale más que el individuo, porque la esencia de la persona pasa y continúa en la descendencia? Aquí nadie exige matar por imponer una doctrina o buscar algún lucimiento: luchan por guardar el equilibrio de la gente con la naturaleza dentro de un territorio del que son guardas, sin ser propiedad de alguien, porque naturaleza y gente son de la misma condición divina. ¿Cómo meterles ambiciones por oro y riquezas para pudrirles el candor y la sonrisa? ¿Cómo cambiarles el conocimiento y la sabiduría de sus ancestros, que continúan a su lado en espíritu protegiéndoles, para...

—Harto tenáis por vomitar, Francisco, que parecéis llevado por las entelequias sobre la inocencia original de los salvajes, como si no os bastara tanta refriega para ver que esto no es el Paraíso. ¿Creéis que vivir en la simplicidad los hace felices? Que, de permanecer como animales, ¿no terminarán como aquellos, matando y comiendo de otros, o muriendo y siendo comidos? Frenad vuestra lengua, no sea que resulte ahora que tengamos que abandonar nuestra religión verdadera, para abrazar su idolatría... Rogad que no os oigan los clérigos y os manden la Inquisición a purificaros el cuerpo en una pira, antes ir a dar con el alma en el Infierno.

—También quisieran los del Santo Oficio purificar a todos los de la Reforma —respondí antes de caer en cuenta cuán lejos me estaba metiendo—. Pero bien sabe vuestra señoría que en el averno no habría lugar para tanto infiel y hereje.

Si no se alteró más, fue por la suavidad y tibieza de la enana y, tal vez, por compartir algo de lo tanto que me salió. Al cabo agregó:

—Bien claro me queda que en adelante ya no seréis cicerone mío, ni de los frailes si se enteran de vuestra dialéctica atolondrada. No sé qué hacer con vos, que tampoco tenéis pasta para militar. Desde *Coro* me rasca la pregunta de ¿por qué y para qué os embarcasteis a las Indias?

—Vine porque se me metió la aventura en el cuerpo —dije aparentando llaneza—, sin tener noción de qué aventura se trataba, porque todo lo que allá oía eran fantasías, ilusiones y engrandecimientos, sin reparar en ser muy pocos los arriba y casi ninguno de abajo que, habiendo ganado acá fama y fortuna, hayan podido volver a ostentarlas. Me embarqué, como los demás: sin reparar en ser de los que regala sus huesos de abono a estas tierras; sin que ahora mismo sepa dónde voy a dejar los míos.

—Sois hábil para resbalaros cuando os quieren concretar. No es usual que un aprendiz de oficios y ciencias naturales abandone talleres y librerías de donde podría derivar un porvenir asegurado, a cambio de una odisea incierta, a la que los más se regalan en busca de pan, perdón u olvidos... ¿no era esto, acaso, lo que os aprendíais en una Ferrería favorecida por los Fugger?

—Micer Nicolás —dije despacio mientras rebuscaba con rapidez cómo hacerme el liso, al sentirme descubierto—, usía es quien más puede entender mis motivos, por ser dado al conocimiento de lo nuevo, no solo en medicinas y especies de Oriente, sino por lo mucho que os viene de ser de familia ilustrada, como lo es, por buena muestra, vuestro primo Daniel, escribano en la Corte del Emperador don Carlos y primer traductor al alemán del *Trionfo* de Petrarca, con dedicatoria a Marco, Juan y Jacobo Fugger, los más grandes competidores de nuestros patrones...

—Sois fisgón y hurgador por esencia y más por gusto... Dejemos descansar nuestros huesos, que, llegada la hora, ya

habrá quién les busque catacumba para que no estorben ni hiedan. —Dijo volviendo a la cordialidad, al ver ir la conversación por resbaladeros. Y alargando una *totuma* de vino de *maíz*, agregó—: Tomad, brindemos por quienes sabemos cuál es nuestro empeño, sea cual fuere, aunque en perseguirlo se nos quede más de un jirón de vida.

Pasé la noche en vela preguntándome si, en dos años de trajinar por estas breñas, había forjado algo para sumar tan solo una brizna de significación ante Mi Condesa, para corresponder a la confianza del Maestro de la Hermandad y del Círculo, para enorgullecer siquiera en una pizca a mis padres y hermanos. Sin encontrar otra respuesta distinta a no haber sido simple la faena de mantenerme con vida, me cobijó la neblina, que no cedió hasta cuando volvieron a verse casi apagadas las estrellas y el capitán Martín salía con sus hombres detrás de los indios que, aun estando a oscuras, ya se encaramaban por las cuevas.

El *Hacarigua* y Federmann, aproximados por *Cara*, trataban de esconder el uno del otro sus temores. Como buenos cancilleres extendían las horas lisonjeando, examinando y preguntando. De tanta parla torcida, el alemán tan solo vino a entender que, más cerca de lo esperado, había dos azarosos caminos a la mar del Sur.

Entretanto, yo paraba oreja a lo que sin disimulo se hablaba entre los pescadores, y entendí que, a tres días en *canoa* por entre caños y ríos, que podrían ser unas veinte leguas, hacia el sur había una la gran extensión de agua que llamada *Guanare*, que se rebosaba en la época de lluvias, por lo cual deduje no ser más que cenagales. Con estas mismas palabras se lo participé al general, sin que me escuchara por estar reciente el vapuleo por la traducción de su arenga y porque en ese momento se metió el tropel del capitán Martín, trayendo unos seiscientos *cuyones* prisioneros, «puesto que desde el primer

poblado no quisieron acoger los recados de paz —dijo— y nos recibieron en batalla, atrincherados en sus casas dando una grita, de no dejar escuchar el Requerimiento. Hubo necesidad de prenderle candela a todas sus casuchas, quedando asados muchos indios, hartas mujeres y chiquillos, que prefirieron morir antes que entregarse», escabechina que, por coincidencia macabra, se dio en el veintiocho de diciembre, el día de la recordación de la matanza de los Santos Inocentes.

Después de conferenciar con los capitanes, el general entregó al *Hacarigua* más de doscientos esclavos, los peor dañados y avejigados por la candela, aquellos que estorbarían la marcha en vez de ayudar con las cargas, señalándole ser su parte del botín, que no logró quitarle una amarga sombra de la cara al *cacique*, porque fueron más sus flecheros muertos y otros tantos hartos dañados. Poco inquietó al general la convicción de los capitanes en cuanto los *caribes* comerse algunos prisioneros en rituales espeluznantes, porque aceptaba «haber oído mucho dello, pero nunca haber visto nada»; como igual pasó en la Nueva España, y con peor fama, siendo que el mismo Fernán Cortés certificó en sus «Cartas de relación» que «en todo el tanto tiempo en que estuve en la dicha ciudad de *Tenochtitlan* nunca se vio matar ni sacrificar criatura alguna a sus ídolos».

Tres de los nuestros que fueron abatidos y abandonados, volvieron a dejar en descubierto ser mortales. También varios flechados a quienes hubo que poner torniquete y cauterizarles los venenos, sin que les acabaran de salir del cuerpo hasta después de una semana de purgas de un pasto tierno que le vimos comer a un perro y así resistió la ponzoña. De los caballos alcanzados por los dardos, uno terminó de echar espumarajos después de nueve días y murió sin poder aprovecharnos de sus carnes; y otros durante largo tiempo para nada les valieron a sus jinetes. Los esclavos más sanos fueron

repartidos para cargar enfermos y heridos en *guandos* de *guadua* y *hamaca*, aliviados de toda carga salvo la espada desnuda.

Buscando la asignación de al menos una esclava, un balletero de la Gomera, entre horcajadas por la retentiva de las carnes chamuscadas, le narró al general que «la chamusquina se trabó cuando dentre los *arcabucos* salieron los salvajes, de pelotas al viento y plumas en las cabezas, tirando flechas desde lejos, igual a como les respondieron los *cuibas*, tanteando tiradas, perdiendo casi todos los disparos, que así es como pelean estos capones mientras no les maten o prendan su *cacique*, porque entonces paran las ofensas y se dan a los lamentos, y por eso en cada *guazábara* dentre ellos no quedan arriba de cinco finados. Ya sin flechas, hombres y mujeres con ramas verdes se metieron entre la candela a tratar de apagar las llamas que le pusimos para desemboscarlos con el favor del viento, mas con el mismo favor iban al encuentro de sus casas. Entonces les cayeron a galope tendido los de a caballo, de a tres, dando lanzadas con sus picas terciadas, atravesando de lado a lado a los brutos que alzaban ambas manos tratando de apartarles el arma, sin saber en qué momento quedaban ensartados y molidos por los cascos. Detrás entramos en carrera suelta los peones, a rajarlos con las filosas, a la lucha cuerpo a cuerpo en la que siempre les sacamos victoria, porque así nunca pelean, por no tener más que pequeños cuchillos de cañas. Les atizamos por horas, hasta cuando los brazos se nos cansaron de tanto tajar, sin perder un solo viaje de corte o estocada. Entonces nos enroscamos, rodela por delante, para tomar respiro y seguir partiendo a los que osaron acercarse con porras de piedra o con *macanas*, que no era sino que las alzarán para acomodar el golpe, dejando franco el costillar y la barriga, y por ahí les trozábamos. Bien entrada la tarde, cuando casi nadie se movía de puro cansancio, los escopeteros hicieron tronar la pólvora: se rindieron los salvajes casi paralizados de pavor, mientras su

chusma, la poca que se salvó de los incendios, huía en desbandada. También huyeron desfavoridos varios de los indios que nos acompañaron. Entonces descolgué la ballesta de la espalda, puesto que en el revuelo anterior, estando enredados los nuestros entre amistados y enemigos en medio de humos y llamas, no era fácil acomodar el tiro y menos darlo con tino. La monté cuando descubrí un principal rodeado de guerreros buscando retirada y, casi a la distancia de un tiro de mosquete y un poco contra el sol, lo ensarté por el pescuezo y antes de que cayera ya le había metido otra saeta entre el pecho, que más lo debió joder porque era de sus mismas enyerbadas, despegada de mi propia coraza».

—¡Buenas las tenemos ahora!, con habernos cerrado ese camino para ida y de regreso —les soltó preocupado el general a los capitanes—. Reompongamos la tropa en los dos días que restan del año y reanudemos por el otro curso mencionado por el *Hacarigua*.

En el tercer día de enero volvimos al traqueteo de los caminos. Adelante la mitad de los caballos, los sanos, y en la retaguardia los que casi no podían con su peso. En el medio los enfermos y heridos, y el fardaje a lomo de indio, los mosquetes metidos entre las cargas por estar mojada la poca pólvora que aún quedaba. Los ballesteros con de a tres juegos de cuerdas bien torcidas en hilo de Valencia aderezado con resinas, y sus nueces de repuesto, por si saltase alguna acomodar la otra. Todos los cristianos aleccionados de acostarse vestidos y calzadas las alpargatas, sin soltar las armas, readvertidos de haber pena de vida para quien se duerma en el puesto de vela, se vaya o salga del real sin permiso, o deje la batalla y huya. El redoble fue por ir entrando en tierra de enemigos, de los que conocimos su fuerza cuando aún no tenían el rencor que ahora les abrazaba por los destrozos del Día de los Inocentes. En una jornada llegamos a *Tohijara*,

última aldea *cuiba*. Avisados, nos recibieron sin alevosía y nos señalaron un derrotero, el más largo, por bordear inmensos pantanos imposibles para cristianos y aún para caballos, por el que en tres jornadas llegaríamos a *Itahama*, poblazón de los *guaicaríes*, o *guacaríes*, desde donde alcanzaríamos a ver la mar.

En busca de aquel sitio salieron cinco de a caballo y veinticinco de a pie, con provisiones para seis días, antes de los cuales deberían regresar. A la tercera jornada dieron con el río que marca otra nación, «tan ancho como el Danubio cuando pasa cerca de Ulm», rememoraría después el general. Se volvieron para no ceder la ventaja de atravesarlo al vado, porque fueron pocos los atrevidos a nadar, ya que casi nadie osaba hacerlo en corrientes fuertes y estas no estaban para abluciones judías ni retozos de chavales.

Unos de nuestros amistados pasaron a la otra ribera, donde se enteraron de que por allí andaban comerciando unos hombres barbudos, semejantes a nosotros, venidos en una casa flotante remontando las aguas del *Coaheri*. La nueva dio alegría a la mayoría, porque concurría al ajuste de los rumbos y a levantar la moral, mas descompuso de inmediato a Federmann.

—Deben ser los de Sebastián Caboto —les confesó a los capitanes, como enlazando cavilaciones—, de los que hace cuatro años salieron en busca de las quiméricas Cíbola, *Cuhúa* y *Meta*, alentados con ciento cincuenta y dos mil maravedíes aflojados en Sevilla por mano de Ambrosius Ehinger von Thalfingen, nuestro D'alfinger, cuando allí era factor de los Welser, para adelantársele a los Fugger, quienes para lo mismo ya tenían seleccionados tres pilotos. De buena tinta, hace poco vine a saber que los de Caboto sentaron colonia y comercio en el río Solís o de La Plata, sin que haya certeza de quién sea hoy su verdadero patrón, porque estando a punto de salir de Sevilla se andaba redondeando una capitulación mediante la

cual los Fugger se comprometían a conquistar, con derecho de gobernar por ocho años, todo lo que descubriesen desde el *Pirú* hasta el estrecho de Magallanes, incluyendo las islas de la mar Pacífica y contando hacia el interior doscientas leguas que, de llegar a ser tan angosto el continente como parece, les incluiría hasta muy cerca de las costas atlánticas, quedando así todo el continente al sudeste de Castilla del Oro, salvo lo de los portugueses, repartido entre dos banqueros alemanes —tomó una pausa obligada por el desencaje de las caras castellanas y continuó buscando un remate para lo que había puesto a rodar cuesta abajo—. Sea que andamos cerca del *Pirú*, o que por el río de La Plata se puede ascender hasta donde se le junte el *Coaheri*; sea que todo este continente no es más que el asentamiento de una larga cordillera separando las dos mares; sea que ahora el mundo no es esférico, sino una pera como lo garantizó Colón, y que todos los demás cosmógrafos anden errados; sea que estas gentes estén al servicio de los Welser o que Caboto en secreto se haya pasado al otro bando; cualquier figuración que sea, no podremos dejarlos hocicar dentro de nuestra jurisdicción y, por tanto, nos viene hacerlos retroceder, salvo que hayan sido arrojados por una tempestad o anden perdidos, en cuyo caso, serían bienvenidos a engrosar nuestra tropa —y como el pasmo se sentía tan pesado, no encontré otra forma de zafarse que pasarme el trapo de capearle al toro en los cuernos—. Francisco, ¿qué tanto desto habéis sabido cuando andabais ruñendo folios y parando orejas en la Casa de Contratación? —me preguntó a rajatabla.

—¡Ojalá lo supiere excelencia! Porque, aunque curioso pertinaz, nunca llevaría tan lejos mi atrevimiento. Mas cuanto me inquieta ahora no es quién venga bajo uno u otro pendón, sino que venga subiendo el Río de la Plata, que desemboca en la mar Atlántica, en contrario por la misma ruta por donde

apuntamos salir a la del Sur —se me soltó de riposta, sin que hasta hoy sepa si me ha perdonado haberle devuelto este gorgojo a incrustarse en la armazón de su anhelada misión.

Con muchas inquietudes y no menos quebrantos, pusimos premura hacia el dicho río. En las dos primeras poblaciones, *Curabi* y *Cazaradadi*, no hicimos a algunos víveres, mas los siguientes estaban abandonados y desiertos, sin ver siquiera uno de sus habitantes. También estaba desamparado el último, *Curahamara*, tal vez, en prevención de los desbordamientos, por estar cerca del río. Allí establecimos los enfermos y hurgamos por todos los rincones en busca de huellas en los caminos, de unas ramas tronchadas, de rescoldos de fogón entre *arcabucos* o, al menos, una cagada fresca. En la noche avistamos una fogata encendida y fue fácil sorprenderlos y hacer casi veinte prisioneros, entrellos su *cacique*, suavizado por el general con varios presentes, y más por la ayuda de la india de Ortiz, mediando un *cuiba* que conocía el habla de los *guaicaríes*, por haber trato entrellos.

En el paso del río tuvimos mucha harta dificultad, porque no hubo cómo montar las maromas e industrias del Corzo. En la otra banda se hallaba pescando una nube de indios tan oscuros como el carbón, como sus propias sombras de dientes y ojos blancos, que no parecían más que negros como etíopes solo limpios las plantas de manos y pies, con lo cual supimos que estaban pintados con tintas sacadas de cortezas y *bejucos*, para protegerse de sabandijas y alimañas, y como único atavío que se les había vuelto de orgullo y diferencia con las demás generaciones de estos lados, con los mismos *caquetíos* con quienes andan revueltos en el mismo territorio aunque en diferentes poblaciones. Antes de que fuésemos llegando, se huyeron a toda carrera de sus pajares de pesca hacia el poblado, a media legua. Nos establecimos en su sitio de pesquería para aprovecharnos del pescado abandonado en la

huida. Les enviamos un indio lengua con algunos presentes y recados mansos para el señor de estos tostados que, con haber tenido tiempo para alistarse, a poco llegó con gran número de los suyos, bien emplumados y armados de chuzos, *macanas* y flechas, repintados sus cuerpos y caras con líneas y puntos blancos que, en verdad, nos metían temor con solo verlos.

El general se dio a reprender al *cacique* por no dar demostraciones amistosas, por no ofrecer más que peces, nada de oro, y por ir armados. El bizarro *guaicari* respondió que «siempre iban así por donde hay fieras, igual a como venían los barbados que dicen tener intenciones fraternales, pero caminan con la mano en las armas, y que oro no podían dar por no tener ni comerciarlo, porque como su cuerpo es negro no necesitan adornarlo con brillos, y sus fetiches son de madera y sus vasijas mortuorias de arcillas de mucho valor para ellos siendo que nunca las habrán de trocar ni siquiera por sal». El general temblaba, no sé si por las fiebres o por comerse la altivez del renegrado. Le alcanzó su disimulo para ordenarle proveernos de mucho pescado, para los presentes y para los compañeros dejados en *Curahamara*, que «en cuanto sientan hambre vendrán a tomar lo necesario, de regalo o por la fuerza». Entonces el *cacique* le machacó más diciéndole que, «como el pescado de este lado del río es de *guaicaríes* y de nadie más, no tenía inconveniente en hacer trueque, sin ceños fruncidos, como se hace el canje entre vecinos, pero mejor debería comerciar los pescados en la otra mitad del río y además llevarse de allí sus soldados, que no le importa que sean tantos como dicen, porque él puede reunir en *Itabama* millares los guerreros, alentados y más valientes, como bien supieron los muchos muertos que subieron el río en la casa flotante, los mismos que dijeron ser vuestros compañeros y que seguro lo serán por estar igual de moribundos y alucinados por encontrar ciudades de oro».

El general fanfarroneó con que «también podía reunir su gran séquito, regado por ahora en las regiones pantanosas, esperando la orden de avanzar en bergantines por varios ríos más y por tierra con caballos dragones y mastines que pueden destrozarse un jaguar o a una decena de indios, con truenos en los arcabuces, con espadas que parten un hombre en dos, con saetas de ballesta que atraviesan diez en fila» y con tantas otras bravuconadas cuantas más le dictaba la fiebre, pero al final, recapacitando que en la selva las verdades tienen alas propias, mientras las mentiras son pesadas y se enredan, no tuvo más salida que pagar el pecado ¡en oro y al precio que pusieron!, diciendo ellos no saber de este trueque, además de exigirles un portazgo por el paso a sus heredades. Repostó el general, para los oídos de su tropa, en alivio de su posición y de la cara larga del tesorero real Naveros, que «si él no escatimaba por estar muy apurado de reunirse con los cristianos que le habían informado, menos escatimarían los Welser», mientras todos los demás pensamos que la forma más rápida de encontrarnos con aquellos sería trabando pelea con estos mismos diablos, para dar derecho en los infiernos.

Con las palabras del altivo *guaicari* también quedó muy tocado el indio que nos hizo puente en la traducción, porque entendió mejor lo que dijo su vecino que las razones y explicaciones del de la barba bermeja. Así se lo hice ver a micer Nicolás y, de inmediato, le dio un anzuelo de hierro al *Hacarigua*, diciéndole que, de hacer copias con aleaciones de chafalonía u oro bajo, cogerían más peces en su mitad del río, muchos más que sus vecinos. Le pidió volverse a su casa llevando otros cristianos que habían cogido nuevas llagas, encomendándole también cuidar a los enfermos quedados en *Curahamara*, que con los que llevaba sumaban unos treinta que, de tratarlos bien, nada debería temer a nuestro regreso. Y allí dividió la tropa, dejando cinco caballos que aún no estaban repuestos, medio centenar de infantes, los más chapetones y alborotadores,

recomendándoles no buscarles camorra a los diablos negros, a no ser que quisieren llegar pronto a los infiernos.

Los que continuamos la marcha no fuimos más de treinta y cinco peones y ocho de a caballo, más doscientos indios de carga y otras tantas indias de servicio y recreo, porque nadie anda en estas partes sin mujer de la tierra, y si tiene una, anhela tres y si goza tres, busca diez, por ser tan bellas en su rotunda desnudez, serviciales aun en cautiverios, no «tan ingenuas y siempre dispuestas como animalillos en celo» como las cree el conquistador para alejar la excitación de sentir cada día la muerte rondando por él, o de rondar él a su enemigo, que no encuentra otro resarcimiento que en el rebato carnal del instinto, seguido por la descarga del abandono y lasitud que viene después de follar sin amor, con que también se siente vencedor, o irracional, tanto como matar y asolar sin odiar al enemigo, y no volverse más loco en un mundo apabullante por incógnito y disparate, y amenazador por mágico y alucinante.

Desde la noche de los tiempos, matar y violar en la guerra ha sido un dictado de la natura imperfecta, como alejando la cabeza de la cola de la sierpe contraria o diferente. No es nueva esta ansia de los cristianos de convertir a las indias de las Indias en objetos de confiscación de machos dominantes. A cuento de un «derecho de guerra» aprendido de los cruzados, quienes a su vez lo emularon de sus antecesores, las mujeres ganadas en combate o en rapiña, son susceptibles de pasar de mano en mano, obsequiadas o vendidas, sin que quepan celos por no haber marco entrañable, salvo contadas excepciones en que si son defendidas es por el orgullo de su tenencia y usufructo. Mientras ellas, siempre orientadas en función de especie, buscan acomodarse al destino marcado por el nuevo amo que les atañe: el vencedor de sus hombres y abusador de ellas mismas, desarraigado y desorientado.

Porque así es como mejor se asienta una conquista: rompiendo las familias, dejando los padres sin hijos y las madres llenas de otros hijos, y a los hijos con un ánimo extraña en otra piel, con un Dios nuevo y viejos ritos, con unos bríos chocando sus silencios, la sangre bullendo en músculos reposados como buscando salida, con la ambición del vencedor desplazando la llaneza de los vencidos, con su estirpe india aborreciendo el abuso español y su raíz europea menospreciando la naturalidad salvaje que le dicta la tierra. Nunca tan pocos hombres y mujeres, en tan corto tiempo, lograron crear una nueva raza, la mestiza, demostrando desde del primer hijo entrecruzado, que la especie de la madre y del padre era del mismo género, que de no serlo habrían generado híbridos estériles, como mulos o cebrasnos. Hijos mestizos con alma racional por ligazón de espíritus diferentes que, con ser espíritus, son sustancia del mismo éter universal. Hijos de vencedores, precipitados desde el comienzo de su existencia al fondo del escalón grupal, por el desprecio de ambas sangres, odiados siempre y siempre odiando.

En los pueblos siguientes, por haberlo consentido en el río, tuvimos que pagar por delante los alimentos, sin recibir presentes ni rescatar oro, con resentimiento en la bolsa de los Welser y mayor encono del tesorero real, que bien diferenciaba entre gastos del mercader y derechos de conquista. El *cacique* de *Itahama*, señor de muchos confederados y de algunos *caquetíos* tributarios, no se dignó a escuchar las pretensiones de nuestros enviados. Nos esperó sentado en su banco ceremonial, majestuoso, sin intimidación ni asombro, rodeado de todos los de su pueblo. Ordenó pescado, *cazabe*, frutas y bebida de *maíz* en abundancia, sirviendo primero a los cargueros y a la chusma. Sin la presencia de los frailes, el general entró de lleno a inquirir por las gentes de Caboto y el *cacique* en pocas palabras negó conocerlas. En esas, oímos

cantar un gallo y el cacareo de gallinas no escuchados desde *Coro*, porque no las hay en las Indias, salvo unas como pavas parecidas a las descritas por Marco Polo de sus viajes a Catay. Dijo haberlas recibido como tributo de los *guaicaríes* de *Hammadoa*, a dos jornadas por *canoas*, en la orilla de las grandes aguas al sur; que aquellos las habían trocado a unos barbados venidos desde la mar y sin más habían retornado a su camino, sin admitir que sus gentes les hubiesen herido y menos matado.

No sacando mayor ganancia destos parlamentos, el general tuvo la idea de comprar una joven y bella *naboría* del *cacique*, suponiendo que como en Europa las siervas son confidentes con sus amos, la avendría a contar de la tal mar que los de Caboto hubieren encontrado. Mal supuso de los indios tener también la costumbre entre vender y comprar esclavas. Ignoraba que solo las hacen en combate y que el trato y relación con sus *naborías*, o cautivas que tienen por criadas, es integrarlas en la tribu casi como una de las suyas. El general ofreció el doble de los cuatro mil maravedíes que valdría en Santo Domingo, la mitad de lo de una mula de calidad mediana. Y a no ser porque el *cacique* cambió el diálogo, creo que hubiese llegado a ofrecer los treinta mil que le costó su garañón, o más, porque vi cómo clavaba los ojos en la muchacha, todo lo más por ir también teñida de negro para faenar en el río con los hombres, encaprichándose no tanto por lujuria, sino para juntarla con la enana y exhibirlas cual si fuesen *guacamayas*, *mecous*, *jaguares* o *tapires*, con que ahora se dan aires los opulentos de las Cortes alemanas.

Una vez más me valí de una india venida desde *Coro*, para indagar de la tal mar entre los desprevenidos de *Itabama*. Le dijeron que hacia el sur todo era *siegua*, o muchas aguas de montaña, dulces, por lo que allí igual podría señalar un meandro, una laguna o ciénaga; y que nunca habían ido más allá de donde llegaban en *canoas* a pescar y no se atrevían más lejos a ir por tierra; que, si el *cacique* les ordenaba, ellos nos llevarían hasta

allí para que nosotros, siendo tan torpes, no les echáramos a perder sus chalupas. Federmann rechazó la ruta por agua, para no darles la ventaja de su habilidad con los remos y perder la de nuestros caballos en tierra, porque ni cuadruplicando la tropa podríamos vencerles en su elemento.

En la madrugada siguiente pasamos el río y al anochecer acampamos en un poblado *guaicari*, donde el general sacó de su manga una estrategia que rumió por el camino: señaló dos jinetes, a Melchor Ramírez y Pedro Sánchez de Valenzuela, y dos indios lenguas. Me pidió hacerme a una cuaderna de papel, marcando en la primera esquina la parte en que deberíamos de estar parados, para de allí comenzar a trazar un mapa lo que tendríamos por ver. Dio las buenas noches a todos y a los señalados nos dijo:

—Id a descansar ya, porque nosotros, solo los seis, saldremos al alba.

Calados por el rocío aún dormido sobre las hojas, enfilamos hacia la cima de la una colima, a no más de un cuarto de legua, desde donde según nos habían señalado se divisaba la mar, con sus olas acercándose desde el lado opuesto. Topamos con el brazo de agua que pasa por *Itahama*, que es por donde su gente sale a sus pesquerías hasta los pequeños *bohíos* de limpiar y *muquear* lo faenado. Lo pasamos con el agua a la silla de los tres caballos, con los indios y yo, nadando afeerrados de las colas. Dejamos los jamelgos en la orilla, antes de pasar unos pantanos para después agarrarnos de cuanto pudimos para no resbalar en la subida por las faldas cubiertas de hojarasca sueltas. Casi sin resuello llegamos a lo alto, con la misma emoción que debió invadir a Vasco Núñez de Balboa cuando dejó de ver lo verde para llenar sus ojos con lejanía. Pero de lo cubierto por las aguas nada pudimos ver, porque todo lo tapaba una sábana de neblinas cuajadas y quietas, envolviendo el secreto de un horizonte que bien podía ser de

mar, de arenas desérticas, de anegaciones o de llanura. Pero fue la mar, porque Federmann lo dijo con el brillo de la fiebre en los ojos:

—¡He ahí la mar del Sur! ¡En adelante ya no quedará rincón sin descubrir y el mundo será nuestro! He corrido el telón que deslindaba la Terra Ignota. Dios es mi testigo ante la historia. Y Melchor, Pedro y Francisco lo seréis entre mis hombres. ¡Quedan abiertas por tierra las puertas que los grandes navegantes buscaron por mar!

Ninguno de nosotros, jadeantes y pasmados, dijo esta boca es mía, ni siquiera después de una hora, sentados en espera a que se fuera la niebla, sin que en nada se corriera. Todos callamos, aun después de ver el embozo de brumas perforadas por algunas columnas de humo salidas de diferentes puntos lejanos. Nadie se movió hasta cuando Federmann dejó de batir su espada como limpiando el horizonte, y la enfundó diciendo:

—¡Volveremos! ya que, siendo mar, no se vaciará.



CAPÍTULO X

DE LA DERROTA DEL REGRESO,

después de librarnos de los renegridos, con el tercio desbaratado por padecimientos desconocidos y Federmann herido y aporreado, poseídos por las noticias de una ciudad dorada y embelesados con la visión de tantas mujeres hermosas en un valle que por ellas nombramos De las Damas; y de la entrada en *Coro* a descargar cuentas con D'alfinger resucitado

Del silencio en que bajamos de la montaña nos sacó la grito de muchos indios pintarrajeados y emplumados para la guerra convocada por el señor de *Itahama*. Nuestra gente se apiñó en la orilla del río, a prevenirnos contra los muchos de territorios vecinos que llegaban a engrosar a los encabritados.

Sin nada alcanzar a comentar de la mar difuminada bajo la niebla, alistamos los caballos y recogimos en sus barriletes la pólvora tendida al sol para secarla. El general envió lenguas a preguntar al *cacique* por qué estaba alzando sus gentes y tornaron con aviso de que «se alistaba para agasajar la hija de un tributario, río arriba, del que iba a tomarla por otra esposa para ligar su casta y fortalecer la coalición», pero con por solo ver guerreros, ninguna hembra, notaron que los aparejos no eran de festejo sino para venir sobre nosotros. En lo alto de la noche comenzamos el descruce del río, metidos los que no sabían nadar entre el equipaje que pasamos

en los muchos viajes de la única *canoa* que encontramos a mano, hasta en la madrugada emprender a juntarnos con los dejados en *Curahamara*. Ya el *cacique*, sin que lo notáramos, había hecho pasar a nado un millar, contando por lo bajo, a colocarse emboscados en el desfiladero por donde debíamos avanzar, mientras el resto, que era una nube varias veces mayor, montó una muralla de gritas por la orilla, a empujarnos y cerrar cualquier devuelta. Con un ojo atisbábamos el camino y con el otro reparábamos de donde nos venían los aullidos y las malas señas, las pernetas y ostentaciones de sus vergüenzas exageradas con pescuezos de enormes calabazas, según algunos, aunque otros creímos ser lo de llevar la ponzoña y el *curare*, sostenido con un amarre a la cintura para que no se botara y les inficionara. Los del abucheo gastaban sus municiones de flechas, en un vuelo como de avispas que caían a morir ahogadas mucho antes de nuestra ribera, por no acercarse a los caballos y a los perros, mientras los emboscados nos acometieron por cabeza y cola, cayendo muchos de los indios de reventón y servicio, por falta de movilidad y defensa. Pingüe destrozo hizo la pólvora seca con el buen tino de los arcabuceros, al dejar sangrando a todo el que se ponía en descubierto, mientras los ballesteros apuntaban sus saetas a las barrigas y pechos de los que más querían ofender con las pernetas, cuando se quedaron sin flechas, dejando tantos muertos a uno y otro lado del río. Uno de los disparos tocó al *cacique*, porque lo sacaron alzado entre varios y de improviso se escurrieron todos en desbandada.

Nos apartamos a un altozano para atender los lastimados. El general porfiando a dos manos con una flecha, que en el desespero de arrancársela del hombro, la partió y dejó entre sus carnes una punta aserrada de hueso de pescado. Para sacarla, con el puñal ensanché la herida, sin que soltara palabra de queja ni de agradecimiento. Sus buenos astros permitieron

que no estuviera emponzoñada, como sí las de otros cuatro cristianos que, enjutos, fueron a extender por días la fila de los *guandos*. Peor suerte le llegó a un caballo flechado por una pata, de que murió al sexto día, mientras otro apenas podía tenerse en pie, echando babazas y sin pasar más que agua.

Vendadas las heridas, apresuramos la retirada a evacuar los de *Curahamara* porque, aunque muy españoles, a algunos ya se les zafaban las armas de las manos y los demás estábamos casi sin aliento de empuñarlas, mientras a los renegridos de las calabazas colgantes les sobraban bríos y arrestos para desaparecer y aparecer como liebres, para caer como tábanos de aguijón enyerbado, sobrados en número para aniquilarnos.

Nadie tuvo vergüenza de la huida, ninguno llamó a otro cobarde, porque no había cómo sacar honor destas batallas en las que nadie encuentra hombría en aplastar un abejorro, ni se acongoja por correr de su picada; porque por dentro todo guerrero acepta que el miedo es lo que nos salva la vida en las matanzas, así como es de natura que solo con asecho y sorpresa ganen presa los predadores, desde los más bajos a los más nobles.

Pasamos la noche en unos *bohíos* recién abandonados; con doble guardia porque sus dueños debían ser los mismos del acometimiento. En la mañana les pusimos fuego y después, apresurando tanto como dejaban los heridos, seguimos la marcha deteniéndonos para repelar restos de alimentos abandonados e incendiar todo lo demás que topamos, hasta salir de sus parcialidades. Al pasar por donde los *guaicaríes* nos tocó volver a pagar por las provisiones y disimular lo más posible los daños que traíamos, siendo mejor no detenernos, sino seguir con el rabo entre las piernas, sin otra estrategia de aprovisionamiento distinta a ir tomando lo tropezado en cada lugar, de mano de la benevolencia Divina ayudada nuestras con manos alargadas con tizonas y jinetas.

Por la primera semana de febrero, antes de allegar en *Carahao*, un poblado de *caquetíos* donde los hombres estaban dados a afilar sus flechas, topamos al frentero *cacique guaicarí*, el que mandaba en las pesquerías, a quien antes sobamos para amasar alianzas. Por las dudas de estar levantando preparativos contra nosotros, pasamos la poblazón sin siquiera detenernos a reanimar las paces. En la salida, a poco de caminar acompañados del dicho *guaicarí* y del principal de *Carahao*, nos llegó de frente un cristiano reventando su caballo, a informarnos que los quedados en *Curahamara* tuvieron que abandonar y pasar el río por falta de alimentos, porque los indios no les dieron el servicio impuesto. Sin pestañear, el general ordenó aprender los dos *caciques* y llevarlos a un *arcabuco* separado para aplicarles tormentos y sacarles cuanto tramaban. Comenzaron por darles con varas espinosas en la planta de los pies: nada descubrieron. Luego les untaron las extremidades con manteca y la prendieron con hachones: nada cantaron. El *guaicarí* se dejó descuartizar sin confesar nada. Cuatro de los caballos heridos, encabritados a fuerza del látigo, descoyuntaron con mucho esfuerzo al altivo que tan solo apretaba los dientes. Le estiraron los músculos hasta romperlos con piel y tendones, dejándole en cuartos separados del tronco con solo cabeza, cada cuadril sobre un charco bermejo. El de *Carahao* no aguantó tanto horror desconocido y, cuando se aprestaban a estropearlo por igual, confesó su alianza con el ya destrozado para deshacerse de los invasores. Le soltaron las amarras y lo metieron en collera, todo quemado y dislocado, sin que pudiera con el peso de su cuerpo y menos con los fierros, por lo que el cadenero resolvió cortarle la cabeza para dejar tropezando otro espíritu acéfalo, errante en medio del bosque.

El informante no perdió tiempo y espoleó a notificar a los cristianos de *Curahamara* salir a la orilla del río con armas

y caballos. Y vueltos a *Carahao*, donde la turbación por lo sucedido tras los *arcabucos* ensangrentados rebasó la huida de sus gentes y las congregaron a los llantos y lamentos, quiso Federmann distraerlos con promesas de volver a indemnizarlos con hartos regalos, promesas de un Federmann transformado no tanto por su hombro enfebrecido, dolorido e hinchado, sino por un rencor profundo salido de sus propias dudas de haber encontrado la mar, de no haber podido bajar a saborear sus aguas salobres. Falsas zalamerías, pensaba yo, para posibilitar el retorno a certificar su hallazgo y no dejar escapar su gloria. Dio por saldada su descalificación conmigo y me ordenó traducir las promesas a *Cara* y este a los otros lenguas, mientras la tropa tendía el cerco. Un ruedo silencioso de filos y rodela se fueron cerrando sobre el centenar que seguía en sus lloriqueos y quejidos, hasta que el capitán Martínez soltó el rugido de «¡Con Santiago, al ataque, que no quede uno!» y antes de que los sorprendidos pusiesen ojo y mano en arma, les cayeron sin hacer distingo entre críos, viejos y mujeres, sin que valiera hacerse el muerto debajo de tantos cadáveres, porque después de acometer la caballería salpicando barro y ensartando sus jinetas, se precipitaron los de a pie a degollarlos como a puercos, que igual chillaban los escondidos entre las hierbas al ser sacados para ahorcarlos uno a uno, por escarmiento, ya que de un tajo fuerte hubiese sido menos trabajo y más de cristianos, dejándolos colgados solo hasta que cesaban los estertores, porque había que bajarlos para hacer servir las cuerdas varias veces, hasta cuando ya no hubo de donde sacar más fuerzas, ni más indios, porque del centenar fueron pocos los que pudieron romper el cerco y más los quedados a fertilizar su valle feraz.

Mirando los pocos que cruzaban desesperados el río se nos aquietó el resuello y nos entró la vergüenza, a algunos, no a todos, porque a muchos se les hinchó el pecho y se les veía tan

calmos como agotados, como liberados de tanto miedo que no hacía mucho nos agarrotaba de la nuca a los talones. Un fraile escondió su sable ensangrentado bajo los hábitos salpicados, mientras su cráneo pelado transpiraba un sudor grasiento, que con la luz oblicua le creó un halo santiguado con un «Señor, unos infieles son poca cosa, escasa paga, a cambio de traer al mundo nuevo vuestra fe, obra que de ningún modo podremos esquivar», que se le oyó rezar a fray Vicente.

En el recuento, cinco cristianos y trece indios nuestros con nada más que raspones y sajaduras por abrojos, bien nos reafirmó cómo pierden el dominio cuando se les mata al líder, porque, si no, toca cogerlos por sorpresa, como a libres en su cueva. El resto del día lo pasamos entre la pestilencia de sangre cuajada y el hedor de nuestros resudores, esperando hasta el mediodía siguiente a que entraran las espirales de *gualas*, o gallinazos negros de cabeza encarnada, a limpiar los huesos de los muertos y liberar sus ánimas para que puedan fundirse con las corrientes cálidas de los cielos.

El paso del río se hizo de noche, cuando no vigilan los guerreros, echando adelante los caballos y halando las balsas con las cuerdas de los ahorcados, vueltas a unir para alcanzar el tiro de la riada. *Curahamara* estaba abandonada hasta de la luna, vacía de bastimentos y, por más que buscamos, a nadie encontramos en la vecindad. Respiramos en otro pueblo desierto, a poco más de una legua. Dos jinetes con varios de a pie se devolvieron a medio camino para, con la oscuridad, entrar de nuevo en *Curahamara*. Pasada la medianoche se hicieron con el *cacique* y diez principales, y encadenados fueron puestos como escudo de allí hasta *Coro*. La veintena de mujeres que también sacaron, la distribuyó el general entre los soldados más esforzados en el último destrozo. «Cosechad de los frutos ácidos de la guerra, que de ella estas son los menos amargos», dijo desde su camastro, porque ya las fiebres y la

herida no le dejaban levantar, con su enana acurrucada al borde, enjugándole el sudor con el pañito de taparse la nadura, mitigándole rociadas de agua con un hisopo de hojas frescas, cantando muy bajo una letárgica salmodia.

Para avanzar, así fuere con mucha lentitud y no acabar en estas selvas, amarramos a micer Nicolás sobre su montura. Poco antes me había hecho llamar para confiarme el legajo de notas que siempre mantenía bien guarecidas dentro de una manta ensebada, dentro de sus petacas de los trastos personales.

—Veladlas como si fuesen vuestras —dijo—, aun a costa de la vida. En mucho sois como yo y, por ello, en vos confío, porque con ellas ¡ya sabréis a qué he venido!

Pasamos por varias poblaciones abandonadas, hasta dar en *Catjari*, ya en territorio *cuiba*. Nos dieron alojamiento y algunas viandas para testimoniar la frágil lealtad lograda de ida, aunque más por aludirles lo implacables y agrios que venían los caballos y los perros. Reposamos dos días y tomamos más información de la otra ruta a la mar del Sur, la que nos previnieron que pasaba por entre *cuyones* y dejamos cerrada por haberles calcinado un pueblo. Según los guías, debíamos mantenernos sobre la base de las montañas, no por entre valles pantanosos, hasta encontrar más al sur el río *Tameri*, del ancho de dos tiros de ballesta, con poco fondo y sin raudales, pero de mucho arrastre.

—Señalad bien esa otra derrota sobre la carta de ruta, Francisco, para cuando volvamos repuestos —dispuso el general sin disimular su obsesión, destapando su duda de no haber estado la mar bajo la niebla.

—Pondré doble señal —respondí con intención de levantarle el aliento—, porque también les he entendido que este río se une al sudeste con el *Coaheri* y subiendo dos leguas más está varado en su ribera un casco de bergantín, cubierto ya de musgos y hierbajos, que no puede ser otro que el de los supuestos de Caboto.

—Razón de más para volver a *Coro* a recomponer una buena tropa y hacer valer los fueros de la gobernación alemana.

No era el mejor momento por lo desconcentrado que lo tenían las fiebres, pero sin saber si habría otra oportunidad cercana o lejana, rematé la conversación con una confidencia que me llegó, sospecho, con intención desviada:

—Excelencia, he sacado dentre los naturales que, en las llanuras que se extienden por el sur, cargando al poniente, mucho más acá del *Pirú*, hay una ciudad dorada, secreta, con espejos de oro colgantes en las casas para reflejar los rayos del sol y de plata para las noches de luna, con relucientes templos engalanados con piedras y pinturas fantásticas, los sacerdotes y señores ataviados con pieles, plumas y corales, las doncellas y señoras con aderezos suntuosos, las gentes servidas en vajillas muy pulidas. Todo esto, que puede no ser más que una estratagema fantástica, no lo referiría a vuestra excelencia si no coincidiera con lo que os revelaron en *Barquisimeto* y mantenéis secreto.

—Mantenedlo vos también así, que ahora nuestra urgencia es volver a *Coriana* a remendar fuerzas —me respondió con brillo en los ojos, aumentado el de las calenturas del cuerpo con las de sus ambiciones.

Con haber dicho atrás que por estas tierras todo desvarío recoge algo de verdad, valga una interrupción para señalar de dónde le salía asidero a las noticias de los naturales sobre el paso por agua de una mar a la otra, según he venido a saber poco antes de asentar estas letras: de unos de los primeros que en Castilla del Oro se metieron en *canoas* desde la culata del golfo de *Urabá*, que es en aguas *caribes*, y remontando el río *Atrato* hasta más delante de donde le entra el *Neguá*, cerca de *Quibdó*, cruzaron por caños de lluvias que por allí nunca escampan y empalmaron con el *Baudó*, cuyo raudal, corriendo en dirección contraria, los sacó a una playa de mareas dilatadas. En la vuelta, por otro afluente del *Atrato*, el

Chigorodó, subieron hasta *Itsmina* y también por caños dieron con el río *Naonamá*, que de la misma forma los llevó a la mar de Balboa.

Pero también debo decir que si Martín Alonso Pinzón en el viaje del descubrimiento y el propio almirante Colón en su cuarta travesía y, por los mismos años, el cosmógrafo Vespucci en su exploración inicial, calaron y repasaron las costas en busca de la unión de las mares, fue por traer muy declarado el paso que marcaron en sus cartas los navegantes de Catay, conocidas en Europa cuando, por la tercera década del siglo XV, el embajador Zheng He le regaló un globo terrestre al Papa Eugenio IV que pontificaba en Venecia por el cisma, y asimismo le obsequió copia de los mapas a don Pedro de Portugal, el padre de Enrique el Navegante. Así, ninguna otra sino esta, fue la verdadera fuente para que Paolo Toscanelli, Johannes Schöner, los del Gymnase Vosgien con Waldseemüller a la cabeza, ninguno dellos marinos, y el navegante Vespucci apalancado por los Médici, en 1505 publicaran un mapamundi, la «Esfera verde», y en 1507 el mapa en que dibujaba todo el continente, ambas cartografías con el dicho paso muy marcado por donde lo buscaron Pinzón, Colón y Vespucci, con el error en las copias de haberlo situado unos grados más al norte de donde en realidad las inundaciones de las lluvias hacen paso a naves de poco calado. Y siendo todos ellos del círculo florentino, que también se iluminaba con la genialidad de Alberti, Brunelleschi, Regiomontano, Cusa y Leonardo, marcaron estas tierras como de Amerigo, uno de los ítalos suyos, porque ni sabían que se llamaban *Guata*, ni iban a dejarlas con un nombre impronunciable escogido por «los hombres muy sabios» de Gengis Kan, menos a servir las a la gloria de Colón, siendo que les vendió el secreto a los hispanos, porque Colón sí sabía del continente descubierto por los de Catay, solo que nunca lo soltó hasta que tuvo capitulado

el nombramiento de visorrey de todo cuanto hallare, cuando, en secreto, logró venderle a los judíos su tierra prometida; y después tuvo que negarlo para no salir a descubierto en los pleitos con los Reyes Católicos que acababan de echarlos. También lo traía señalado Vasco Núñez de Balboa cuando se metió por el *Darién*. Y lo sabía Magallanes, al navegar directo a la «Cola del Dragón», estrecho que ahora señalamos con su apelativo. Y paro aquí esta disertación, que bien dará para una librería, para volver a mi empeño de contar lo que tengo fresco y con testimonio de vista.

Es Miércoles de Ceniza. Entramos de nuevo en *Hacarigua*, donde antes estuvimos acantonados dos semanas. El general escogió dos de las indias tomadas en *Curahamara*, las más jóvenes y bellas, para regalarlas al *cacique*, quien las retribuyó con bastimentos. La amenidad del *cacique* con las nuevas mancebas fue de provecho para establecernos por otras dos semanas a recuperar los enfermos con pócimas de diferentes *bejuco*s y cogollos, y otras curas nativas racionadas por los *jaibanás* en medio de canturreos, meneos, humos, sonajeros, sacudidas de ramas y rociadas de orines de *chinas*, directo desde sus fuentes. Entre vómitos y transpiraciones, en pocos días se fueron mermando los humores virulentos, desapareciendo los colores verdosos en los pellejos, cayéndose de las llagas los gusanos, bajando las inflazones y punzadas de las tripas y entresijos, siendo micer Nicolás unos de los más aprovechados destas taumaturgias, por no decir, brujerías de *jaibanás*.

Algunos prisioneros *cuyones* rogaron ser devueltos a las lomas vecinas de donde los sacamos, a lo cual accedió el general ordenándoles referir en todas sus aldeas cuántas gentes habíamos aniquilado por tratar de resistirnos. Fueron enviados con soldados prevenidos de verles algún cambio de disposición, pero su reacción fue huirse a los montes más escarpados, por donde andaban sus familias espantadas por tanto mal como les

habíamos hecho. Y si no bajaron fue por apreciar que «declararlos ser nuestros amigos y súbditos de un Rey poderoso, aunque lejano», no era recompensa por entregarnos sus menestras y fuerzas de carga, y percibir esta alianza como la del *tucán*, ese pájaro tragón que a quien le regala una gran fruta madura, le devuelve una enorme cagada. Federmann hizo soltar el resto de *cuyones* cautivos y, por igual, dejaron vacías sus aldeas y labranzas, escabullida que, por gracia del apóstol Santiago, nos favoreció para seguir con vida, porque se dieron a pensar serles más fácil acabarnos por hambre que por combates en sus despeñaderos.

Mientras algunos sanaban de heridas y dolencias, otros caían por flojera de coyunturas y calambres en las entrañas. De pronto, unos y otros fuimos atormentados por sopores que nos caían a cualquier hora, con visiones de indios reventando en llamas, de cuerpos pudriéndose colgados al sol, de niños sin cabeza y mujeres abiertas por el vientre, todos en grito por los aires, como alocados espíritus buscando los cuerpos que se les habían refundido por no haber sido vueltos a la tierra, sino arrastrados por los ríos, colgados de las ramas, devorados por carroñeros, o despeñados. Y al irse unas desas apariciones, entraban otras de hervideros de hormigas y alacranes que nos salían por las bocas, y salamandras entrando por las cuencas vacías y en las narices leprosas de los cadáveres resecos, pero con heridas palpitantes de gusanos y fluidos humeantes, acompañados por el zumbido de moscas y olores nauseabundos.

No podían ser pesadillas iguales para todos, sino conjuros de brujos, magia negra de los mismos *sailas* que nos curaban los cuerpos, estábamos seguros, porque también atacaron a los indios acompañantes no infestados y por igual llenaron al general con los gritos ahogados de los torturados resistiendo los tormentos con una fuerza desconocida. Y el alemán, a punto de enloquecer y viendo a los demás extraviados, despachó

a los dos jinetes que nos acompañaron en la ilusión de la mar, para que guiados por una docena de indios de las cercanías de *Coro*, bajo promesa de liberarlos luego, se metiesen por caminos más derechos a llevar noticias nuestras y buscar socorro para tan larga lista de necesidades.

—Nos han infestado con los serrines de sus muertos —me aseguró *Cara*—. Nos soplaron sus cenizas mientras dormíamos para metérselos a perseguir los sueños. Nos rociaron sus polvos en *cazabes* y los diluyeron en zumos de *moriches* para encajarnos su padecimiento. Y desto no nos libran purgas ni ensalmos: solo tendremos paz cuando sus espíritus hayan abrazado los de sus antepasados, después de que a la Madre Tierra la conmuevan los pagamentos y súplicas de recibir sus enjundias. Pero antes pasarán muchas lunas, porque casi no quedó quién los llore.

En esta desandanza nos cogió el fin de febrero irrumpiendo por la nación de los *cuibas*. Encontramos algunos caseríos desiertos y algotros habitados, aunque con sobrado azoramiento, por los liberados ya haber regado lo de la masacre. Los capitanes convinieron no perder tiempo en persecuciones y mejor darles confianza de no ir en pie de guerra.

Alguien debería acopiar algo para la gazuza y en ello, hurgando una labranza abandonada, con un compañero atinamos con dos *chinas* hermanas escondidas en un abrigo rocoso, temblando cual liebres acosadas por mastines fuera de sus madrigueras, los ojos de miel nadando en lágrimas y la tierra pegada sobre la piel sudorosa. Las llevamos al general quien dispuso de la menor para volverla a su *cacique* con los últimos presentes, una marmita de cobre colado y dos anzuelos, pidiéndole venir a concertad amistad. Al mediodía, con excusa de estar el *cacique* enfermo, volvió la joven trayendo un pectoral de oro laminado con una imagen diabólica repujada, y con pedido de liberar a su allegada. Pero el general no

estaba para tragar entero y retornó la *china* con exigencia al *cacique* de hacerse cargar y venir con los suyos, bajo palabra de no darles guerra.

Al día siguiente nos irrumpió un séquito de unos treinta indios por delante de un *guando* de *hamaca* de *cumare*, en que venía metido un supuesto enfermo. Se establecieron fuera de las casas que les habíamos tomado, mientras las mujeres llevaron las dos *chinas* al riachuelo a purificarlas del mortecino olor de cristiano. Por la noche se huyeron todos dejando guindada la *hamaca* que, por sus muchos colores vivos tejidos con primor, codicié para Adelfa y el general me la cedió a condición de cargarla sobre mis espaldas. El impostor era *naboría* del *cacique* y las hermanas sus parientas o favoritas, porque de ser del común las hubiesen dejado.

Sin guías, tanteando por cuanta bifurcación hubo en el valle, continuamos hacia *Bariquesimeto*, o *Barquisimeto*. Acampamos la primera noche de marzo cerca de un arroyo, por prudencia de no entrar en sus aldeas antes de pulsarles el ánimo, que nadie tiene suave si se le meten al rancho. En la mañana siguiente, de casualidad, los jinetes cercaron una docena de *caquetíos* que se acercaban a laborar en sus *chacras*. Les echamos mano para ponerlos de escudo y allanar la poblazón, pero, advertidos allí por uno que desde la copa de un árbol había atisbado de lejos los caballos, armaron una línea de siete piquetes de flecheros a punto de disparar, y nos fueron envolviendo con todo y chusma. A los gritos tratamos de persuadirlos de no querer dañarles, aunque sonábamos cual musaraña convencido a un buey de no aplastarla para no untarse la pata con sus tripas.

Mas seguíamos cobijados por los mantos de María Santísima y de santa Bárbara, por capa de san Jorge dominador de dragones y los albornoces del gigante Cristóbal y del apóstol Santiago, todos a una, porque con ir soltándoles los retenidos, se fueron calmado los flecheros y volviendo a sus hogares, en

tanto el *cacique* principal, metido entre el fardaje abandonado sobre la hierba, se entretenía escogiendo a su gusto y dándose regalo, hasta que la curiosidad le fue zanjando la fiereza de la cara. Nos pilló tres hachas pesadas, dos machetes de monte, una botija vacía, todos los bonetes y camándulas de los frailes, y cinco o seis mujeres de *Curahamara*, las que supo más distinguidas por llevar ceñidas las pantorrillas y los brazos con unas criznejas de cuerdivillas bermejas, muy parejo el trasquilado de la cabellera, finas las negras marcas geométricas de la cara y de las tetas, y delicados los pañitos de resguardo de la parte delicada, nada vergonzosa para aquellas.

Esa misma tarde estuvimos en otro pueblo donde los habitantes nos pusieron resistencia, tal vez por el *cacique* manilargo haberles anunciado nuestro paso y querer volver a hurgar en el carruaje, pero con tronar algunos escopetazos y aventar un par de antorchas encendidas sobre la techumbre de donde salía más grita, nos dimos el ancho.

A tumbos nos fuimos metiendo hacia el naciente por la abertura de *Vararida*, por entre las montañas de *Duaca* y *Nirgua*, salpicadas de aldeas de ocho a diez casas de los mismos *caquetíos* de *Barquisimeto* que, por fortuna, no están confederados, ni siquiera aliados en más de a tres, aunque muy seguro se unirían para resistir de verse atacadas, porque sin estar apegados tampoco andaban reñidos. Los hombres, bien proporcionados, se ven fuertes como jabalíes. Las mujeres, altas, hermosas y garbosas, que por tanta *gamisina ducaba*, o mocetona bonita, nombramos esta rambla como el Valle de las Damas.

Quiso el albur meternos allí a contemplar tantas y de tan bella hechura, como de las moras más agraciadas, a verlas tan sueltas y naturales en sus instintos, tan ajenas a la modestia, el recato y la vergüenza, que la mera visión de tan pulcras figuras era deleite sin par, como ensalmo de sirenas salidas en

estas recónditas soledades a deslumbrar la tropa y dar cura a la penuria que tanto aprieta a los toreros de la muerte, que hubiesen podido ser pillaje de uso inmediato, reconfortante y placentero, sin tener que dar cuenta ni parte a Coronas y banqueros, ni diezmo a curas y cofradías, porque en esto se desmanda igual el de a caballo que su escudero. Pero qué gran escarnio nos jugó la fortuna con haberlas topado de vuelta, no de ida, cuando ninguno tenía alientos para corretear y alcanzar alguna de aquellas fruiciones, sin arrestos para someterlas, ni vigor para follarlas como bragados españoles y, quizá aún por los serrines de los muertos, nada más pudimos ver pasar tanta desnudez provocativa, como un nuevo embrujo de muchas hechiceras a la vez. Y por esta frustración fue que las nombramos «las damas», por asequibles pero imposibles, pues de haberlas encontrado cuando comenzábamos la entrada, al valle lo hubiésemos signado «De las Zorras», porque el cristiano siempre denigra de lo que da o puede dar placer, tal vez para castigar lo terrenal que osa rivalizar con lo del Cielo.

Atravesamos tres de estos caseríos que, con ser acomodados y pudientes, los habían pelado de todo oro, mantas y bastimentos para disculpar presente alguno, sino mostrándonos rechazo con *guazábaras* y gritas, para después de repeler, sentarnos a negociar largo el pago previo de alimentos, en términos cada vez más agrios porque, como anotó Federmann, «ya les éramos como el granizo que preferían ver caer en casa del vecino».

—Micer Nicolás —le aludí como había comenzado a llamarle desde que se fue igualando en desasosiegos y barbaries con el micer-able Ambrosio—, ¿no habremos sobrepasado ya los términos donde dejamos enterrado aquel oro, que no debe pesar menos de treinta mil pesos finos, y el fardaje que tanta falta nos hace?

—¿Os creéis el único con retentiva? —respondió con amargura—. El tesorero de Naveros no ha dejado de aullarlo

en tres días. Todos los capitanes han venido a acosarme, pero ninguno se ha sentido con fuerzas para ir al desentierro y luego transportarlo. Francisco, esto nos queda como otra obligación para volver a repisar nuestras huellas.

Al general le habían arreciado las fiebres y hubo que volver a amarrarle al caballo, porque más que la comodidad del *guando* de *hamaca* prefería mantener la mirada en alto, así fuese nublada. Y por buscarle acomodo en un rancho, nos dieron combate en una poblazón desconectada de las otras del valle. Mas como pareciera nunca acabárseles las flechas, por fortuna sin ponzoña, se dejó conducir siendo de noche a otro pueblucho, aliado de los *caquetíos* según los guías *encabuyados*. Mas el tránsito nocturno y sin hachones fue todo trastabille y tropezón, por lo que entramos a las seis de la mañana, cuando estaban distraídos en su primera comida. Quedaron tan asustados que se atrincheraron en sus casas, de las que no salieron hasta hacerles demostración de quemarles las techumbres secas. Las mujeres y los niños se escurrieron cual gamos por los montes. El general hizo prender al *cacique* y a varios principales, para mostrarles las cadenas y coyundas surtidas con indios de todas partes, diciéndoles tenerlos así por tratar de evadirnos y atacarnos, con lo cual comenzaron a dar gritos a su chusma, sin distinguir nosotros si para prevención o de llamada. Federmann, que evitaba en lo posible untar sus manos de sangre y más ahora que las fuerzas no le daban para destripar un grillo, ordenó a un soldado que tomara su toledana de ostentación y atravesara y partiera a «este hideputa chillón» y después que la aseara como espejo, sin haber necesidad de tenerla limpia, sabiendo que se venía una gran matazón de no permitir fugas ni dar cuartel.

Pasada la carnicería, el general volvió a la *maloca* donde habían guarecido los cofres con el oro habido después de lo enterrado cerca del *Coaheri*, dejándolos colgados del fondo de

una gran troje de cañas gordas repleta de mazorcas secas de *maíz*, sostenida por cuatro postes altos, como de seis yardas sobre el piso, bien lisos y ensebados para protección contra ratas, *faras*, *ñeques*, *tinajos* y *picures*. Al entrar con los cargadores a bajar las arquillas y enderezar la marcha antes de que el enemigo recibiera refuerzas, dentre el *maíz* salió una docena de flecheros tirando sobre los nuestros, con la desventura de que le encajaron al general una flecha de hueso tostado en el hombro sano, que le metió más ira que dolor; y ordenó reducir todo con fuego, mas como no habían sacado aún las arcas, esperó a que los macheteros se metiesen a quebrar dos puntales y, como los soldados tardaran en madera tan seca y dura, él mismo se entrometió debajo de la *barbacoa* a apurarlos y, estando en esas, se vino al suelo la armazón con el *maíz* y los indios, uno dellos blandiendo contra el general su *macana*, del primer golpe le sacó un boquete al escudo hecho con el fondo de un tonel y lo dejó sin guarda, y con el segundo le atizó seco en la cabeza echándole por tierra, donde quedó sin conocimiento más de media tarde. Y allí hubiere terminado el alemán si no es porque una sombra de soldado salta detrás de la que alzaba el mazo para el remate y la degüella en un instante, el mismo en que un silbido de saeta atravesó la sombra por el cuello y durante la caída la fundió con el cuerpo exangüe de Miguel Castilblanco, el compinche que en más de una ocasión también había salvado mi espalda.

Me encargué de darle sepultura para no dejarle revuelto entre tanto cadáver desnudo, sino en una cárcava con otros cuatro vestidos que los del zarzo dejaron tiesos a *macanazos*, más otros tres que no respiraron al día siguiente, confirmando que, de enfrentarlos sin ayuda de perros ni caballos, los *caquetíos* nos podrían moler con mucho daño.

En la mañana siguiente, palpitándole la sesera dentro de vendas con hojas frescas en el testuz, el general ordenó poner

como guías y por escudo a cinco indios medio heridos, atados por cuello y manos. A otro que estaba moribundo, de un tajo le desprendió el hombro dejándole una bocaza bullente de espuma sanguinolenta por pecho y espalda, y así lo hizo atar a un palo para que terminara desangrado sobre una pira de cadáveres: un muerto por su mano en recado vivo de cuánta era su furia.

Federmann entró en las Indias con una comprensión ecuánime sobre los ocupantes naturales destas tierras, «que por potestad divina y azar humano, o por azar divino y potestad humana, lo mismo da, hubieron de quedar bajo el cetro de don Carlos», desde que fue flechado y aporreado los despreció, «por ahora conocerles bien, como a sujetos rasos de raciocinio inferior, sin tesón ni ambiciones, que nada saben de guerras ni del uso de armas que, de no ser por la ponzoña, parecerían de sainete», tal como dejó consignado en sus escritos, y en adelante los diferenció entre amigos y enemigos: amigos, los aliados necesarios sirviendo de guías y de lenguas, de cargadores y recolectores de vituallas. Enemigos, los que se huían, los que no soltaban rescate o afrentaban. Y con estos ya no le cupo piedad, ni tuvo descuido.

Pocos podrán entender desde el Viejo Mundo, cómo unos puñados de hombres comunes, que los menos habían sido de armas, con estar bajo el mando de capitanes de entrañas amargas, arrasaron montoneras que inquietaban de lejos con gritas y pernetas, que apenas daban para tibiarse la sangre. Nuestros donosos críticos deberían experimentar primero la agriera de la ambición frustrada, con el ardor de las tripas pegadas y, sobre todo, la cargazón de no saber cuándo, cómo ni de dónde, en medio de lo desconocido, llega silbante la guadaña de la parca.

Por no tener comercio los *ciparigotes* con los *caquetíos*, no había caminos trazados entrellos. Los guías nos metieron

por unos senderos por donde rebuscaban las maderas de sus construcciones, por donde al final de la primera jornada nos recogimos cerca de un arroyo a pasar con un cazo de agua el último puñado de *cazabe*. Para sacarles información de alguna ruta, el general ordenó darles tormento a dos improvisados guías tomados de la *cabuya*, pero por más que les quebraban los dedos y les aplastaban los cojones, seguían en silencio. Entonces, al primero le destrozaron un brazo poniéndolo sobre dos piedras y dejando caer en la mitad dellas otra que alzaron entre dos. Luego le fueron cercenando uno a uno los miembros, a machete, sin darle golpe de gracia. Del segundo amarraron cuatro caballos fustados a correr en direcciones opuestas hasta despedazarlo.

Al día siguiente, con la traza del sol, anduvimos por entre la *manigua* sin encontrar agua ni sitio para acampar, temiendo caer de súbito en emboscadas, pensando haber sido extraviados por los últimos guías, que avanzaban imperturbables y atolondrados, como si se les hubiese ido el seso, y terminaron uno pedaceado a machete y otros dos pasados a cuchillo después de despellejadas las plantas de manos y pies con fierros candentes.

No mencionaré el nombre del esbirro, por ser sus padres gente de bien; tan solo señalaré ser de Extremadura y estos tormentos haberle salido de su invención, porque ningún baquiano le asistió, ni los tomó de lecturas u oídas, porque bien se ve cuánto difieren de los dados por los inquisidores de Europa, siempre en orden estricto, siendo primero el del agua y los cordeles, después el de garrucha, de tercero el del sueño ideado por italianos y más pervertido por españoles; pasado el del ladrillo, llegaba el de las tablillas, con el que para salvar la vida casi todos cantan culpas, incluso aceptan las que no tienen, por saber que se acerca el final con los tormentos que siempre arrancan el alma entre alaridos. Aquí, el indio que confiesa

termina inútil o baldado; muerto el que calla por no entender las preguntas, por no saber las respuestas, por preferir volver al ámbito de los espíritus libres antes de seguir atormentado y preso.

Si para los peones nos era difícil avanzar o retroceder por entre tanta maraña, más trabados quedaban los caballos. No atinábamos la dirección que nos sacaba o cuál nos adentraba más en el monte. Desesperábamos por no encontrar agua ni algo de morder para entretener el diente. Los machetes se enredaban en lianas y zarzas a no dejar trozar las ramas. En unos árboles tan altos como campanarios, en los que algunos se esforzaron a subir para usarlos de atalayas, solo yo logré llegar a una copa con una cuerda en ballestrinque y trancando las resbaladas con un par de espuelas bien afianzadas; y pude descifrar la existencia de dos senderos hacia el naciente y otro enrumbado al norte. Ya en el piso, usando el don de orientación que nació conmigo, como si entre las sienas llevase una aguja cebada con calamina, estimé los ángulos y señalé los rumbos. El general escogió el de seguir al norte, por ya estar nosotros cargados hacia el este, camino por el que, mediando la tarde, dimos en una pradera acomodada para hacer estación.

Alguno de la tropa me cambió el alias de «ratón» que me tenían por andar metido entre libros y cuadernas, y me llamó «gato», en reconocimiento, dijo, por como trepaba árboles y saltaba por sobre las piedras de las quebradas y me escurría por entre las malezas y cazaba roedores, y estando en esas simplezas de distraer el cansancio, comenzaron a ladrar con tal desmesura los perros, que los soltaron por ver si daban con algún *pecarí* o venado y corriendo detrás dellos, los del corrillo nos vimos frente a un *jaguar* desgarrando y destripando dos mastines, tan fiero y grande que nos quedamos pasmados, sin acatar a cómo defenderlos. Por entre nosotros se metió

corriendo fray Vicente, la persona más animosa para la caza que haya conocido, tanto que siempre encontró más gusto en perseguir animales salvajes que en estar oyendo confesiones. Corrió directo hacia la fiera apuntando con una alabarda en media luna bien afilada, y la bestia, sin esperarle, se impulsó de un salto mostrando los colmillos de triturarle la garganta, pero el brío solo le alcanzó para derribar al cazador, porque entre uno y otro se interpuso un enredo de *bejucos*, que tanto el osado como los demás frailes juraron ser obra de su ángel de la guarda. Rápido despabilamos los demás y con lo que tuvimos comenzamos a doblegar la bestia. A uno que se acercó demasiado a darle un sablazo por la jeta, le quebró el metal de una dentellada. Era tan grande este viejo *jaguar* de pelambre leonada, que más parecía onza parda del porte de un ternero, el más grande que hayamos visto en la Indias, que casi no puede arrastrarlo un caballo a la pradera para desollarlo, trozarlo y meterlo en los calderos con harta leña, porque aunque su carne fue dura y poco gustosa, tanta hambre no opondría reparos como tampoco los hubo para un cocido particular con los despojos de dos perros, juntados a escondidas por los mismos que estaban en la busca de un pequeño manantial que después casi dejan seco los caballos que llevaban tiempo sin abrevar. Para cada cristiano hubo ración de tigre como del tamaño de dos nueces y de a pedazo de hueso para chupe de la chusma, ración que reforzaron a escondidas con carbonada de patas y codillos de los dogos, en tanto los nuestros lo hacían con las tres cabezas hervidas que en algo recordaban las de corderos de Castilla, sin reparar en la falta de aliños, nabos, zanahorias y tocinos. Ni tampoco los más estragados hicieron asco a los cuajarejos crudos.

Cuando comenzó a estrecharse este camino y casi no podíamos prosperar enredados entre matorrales, nos cruzó otro en descenso a la llanura. Por él se metieron cuatro exploradores

y avistaron un caserío que entró en agitación. Al llegar el grueso de la tropa ya estaba casi abandonado, aunque con lo de las ollas no alcanzadas a esconder y cuatro días de descanso, enderezamos nuestras fuerzas, que por ahorrarlas no les tuvimos su huida en rebeldía.

Cuando los indios se escurren en tropel, poco se preocupan por no dejar rastros ni huellas, y a los guías les resulta fácil dar con sus escondrijos y madrigueras, más llevando perros. Echamos mano a tres de estos que se dicen *ciparigotes*, sin lograr comunicarnos de otra forma que por señas. Uno fue devuelto con presentes para su *cacique*, quien luego nos dio rostro para liberar a los dos prisioneros, tras buenos rescates de oro y de alimentos que entonces nos valían más; y después de ver libres a los retenidos, juró una alianza que no pudo entender y ordenó a sus gentes volver a establecerse en el poblado. De tanto esfuerzo por amedrentarlo con estruendo de mosquetes al aire, con demostrarle armas y presidios, para por esa vía asegurar la alianza y obtener información, por los lenguas tan solo pudimos concluir que la mar de los *Caribes* estaba a cinco jornadas hacia el norte.

En tres días atravesamos sus territorios y salimos de los collados a los bajos del río *Iracuy*, según conjeturaron algunos, el mismo que tiene cabecera en el Valle de las Damas, aunque ahora más creo fueron los bajos del *Tócuvo*, por un caserío llamado *Yaracui*, que es el otro nombre que oímos para aquel río.

La planicie es territorio de *caquetíos* ligados con los que viven en las costas y, por ellos sabían de los atropellos de los barbados de las islas que los apresaban para llevarlos adentro de la mar. Al oler nuestra llegada abandonaron sus casas y labranzas, sin que alcanzásemos a echarle mano a uno. Una vez más, los indios que llevamos desde *Coro* fueron enviados a desencuevarlos y decirles que éramos aliados de los que vivían en los dominios del gran *Manaure*. Entonces regresaron

con presentes de boca y, ya más sosegados, contaron que en un tiempo atrás había llegado a la costa una casa flotante de la que salieron unos bárbaros barbudos que se metieron por los ríos hasta las montañas de *Nirgua*, secuestraron aldeas enteras, los sacaron por los torrentes, los apretujaron en la vivienda con alas, en la que flotando los desaparecieron.

Entonces la tropa se apegó al río en busca de la mar, hasta llegar a la poblazón de *Xaragua* en la desembocadura. Torcimos a *Martinico* donde, por ser de indios pacificados desde *Coro* por el capitán Bartolomé Zarco, nos facilitaron una *piragua* y doce remeros para que un mensajero se adelantara con las nuevas de nuestro resurgimiento, tanto para el subteniente en *Coro* como para el gobernador D'alfinger, si es que había tornado con vida, dándoles reseña y pedido de ir sobre manera quebrantados, todos escuálidos y el general con calenturas y muy aporreado, que aun así no quiso dejarse meter en la *canoa* por no apartarse de los cajones con los rescates machacados. El notario oficial entregó al mensajero los folios en que, siguiendo el mandato de su Majestad, iba llenando con anotaciones juiciosas de todo cuanto nos aconteció, paralelas a las del capitán Martín, a las de Federmann y a las mías que traía en la espalda, bajo la suntuosa *hamaca* que, de no encontrar a Adelfa, ya me había prometido hacerle llegar a mi madre.

Seguimos costeano por tierra, por entre poblazones de *caquetíos* amistados que nos resucitaron con lo mejor de sus comidas y varias *canoas* para meter por mar los más frágiles y dolidos. Los de a caballo más los que aún dábamos paso, con la chusma y la irrisoria impedimenta, nos fuimos pisando abrojos y cascajos por el ardiente litoral, templando los ánimos con el saborcillo de la sal. A una jornada de *Coro* tomamos un respiro cerca del fondeadero de la Vela, mientas el general y los factores discutían sobre el contenido de las arcas triclaves, de si las llevaban a asegurarlas en la villa o las dejaban en

el puerto para enviarlas a la factoría de la Hispañola en la primera nave que arribara.

La caída del sol me sorprendió atisbando el horizonte por donde se venía la noche sobre mi sombra, doblada sobre la arena para volver a escribir vuestro nombre cada vez que lo sacaban las olas para entregarlo a la mar, sobre las cuales también montaba mis cavilaciones hacia donde estaríais rodeada de esplendores, de congratulaciones y aspavientos cortesanos de agasajo por vuestros cuarenta años, que más sazonarían vuestros encantos y colmarían de sensibilidades, ensueños y erotismos, para más ennoblecer vuestras dotes de mujer.

Dejé pasar las horas tratando de adivinar entre el viento la fragancia de vuestro perfume de Samarcanda, los bálsamos de albahaca y el aroma de vuestra copa para el brindis con la reserva del mejor verano sazonado con rejalgar, y en filtrar dentre los efluvios tropicales barridos por la brisa el eco de la canción que deberíais estar susurrando, porque ninguna otra os encanta tanto desde cuando la escuchasteis en la boda de don Carlos de Gante con doña Isabel de Portugal, y Thoinot Arbeau os aseguró que, si bien la había compuesto para Nuestras Majestades, más lo hizo por percibir que en vuestra voz volaría muy lejos:

Belle qui tiens ma vie
captive dans tes yeus,
qui m'a l'âme ravie
d'un sourire gracieux,
viens tôt me secourir,
où me faudra mourir.

Y con la añoranza desta pavana lejana me envolvió el vuelo de vuestra negra cabellera entre diademas de brillantes, en retozo sobre sedas negras, tan engalanada como estuvo aquella

noche nuestra con reflejos de luna, igual a como ahora estaba
aquella en que un irreconocible mozo esperó la madrugada
canturreando en su lengua:

Bella que tienes mi vida
cautiva entre tus ojos,
que me ha robado el alma
con tan gracioso sonreír,
ven pronto a socorrerme
o me habré de morir.



LIBRO TERCERO

Vino a buscar la vida para volverse a su mujer e hijos
porque como a muchos nos acontece debía estar pobre
y como había visto tanta riqueza
y al repartir vio que no le daban sino cien pesos
cayó dello malo de pensamiento y tristeza
y como había sospechas que había mucho oro escondido
en adelante cada soldado escondió lo que más pudo.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia de la Conquista
de Nueva España*



CUARTA NOTICIA

DE LA EXPEDICIÓN A LOS *PACABUYES*,

en que se cuenta cómo micer Ambrosio nos metió por los términos de Santa Marta y asolando la tierra logramos gran acopio de oro, tanto que ya no se pudo transportar, por lo que dividió la gente, perdimos el botín y pasamos tantas ruinas que algunos nos convertimos en caníbales y a otros los cazó la muerte



CAPÍTULO XI

DEL SINÚ QUE OPACÓ AL PIRÚ,

por el que olvidamos del trajín de la mar Austral
y nos metimos en gobernación ajena a repelar
sus resplandores

Durante mes y medio, desde inicios de febrero, D'alfinger esperó en *Coro* la vuelta de Federmann para prenderle, no tanto por haber emprendido la expedición en contra de sus órdenes, como por creerle muerto. Micer Nicolás se dejó resbalar de su caballo, con las manos calientes se alisó las barbas, peinó los cabellos rojos y se encerró el resto del día con el gobernador a justificar razones que el gordo no escuchaba: «... Que al menos encontramos al sur una *paragúa*, que es como nombran los indios de esos llanos una gran extensión de agua, que si no es la mar supuesta, debe estar conectada con algo que nos lleva a ella, porque por ahí entró una avanzada de Caboto; que todo lo recorrido, antes virgen para cualquier cristiano, es ganancia de conocimiento para los Welser y crecimiento de su gobernación; que con lo pillado se pagarán los gastos y otro tanto quedó escondido a salvo; y, en fin, que en mucho se pareció a vuestra exploración, salvo por el número de esclavos y enemigos hechos».

Medio año estuvo D'alfinger en la Hispañola recuperando su salud y su investidura. Desde el primer mes se comenzó

a insinuar una fisura entre los Welser y la familia Ehinger, y tanto se ahondó, que pronto llegó a conocimiento del Emperador, ante quien micer Ambrosio quedó más lesionado, porque desde finales del noviembre anterior, por falta de resultados y entendimientos, Ehinger y Sayler habían declinado su designación en favor de Bartolomé y Antonio Welser. Y cuando D'alfinger supo que el nombramiento fue cedido a Federmann y comunicado al Consejo de Indias, movió la pluma desde la isla para hacer valer los derechos de su nombre, reasignación que logró, además con sucesión de su amigo Juan Casimires von Núremberg, en caso de muerte. Por ello, sin esperar las cédulas de revivir los títulos, creyéndose sano se volvió a *Coro*, porque le urgía, dado que el cabildo y los tenientes Bartolomé de Santillana, desde aquella villa, y Gómez de Anaya, desde *Maracaibo*, desentendidos de Federmann, hicieron oír en el Consejo de Indias su sin fin de quejas y necesidades. Ya le vendrían luego las dichas cédulas, pero por fuerza llegarían adosadas a ordenanzas de no dejar suelta la rueda de los alemanes.

Hacia poco más de un mes la nascente gobernación se había dividido en dos bandos antagónicos: uno, el del cabildo, aupado por Santillana, recogía el descontento de los colonizadores, a quienes nada les habían repartido de tierras, ni siquiera para un rincón de higueras en las arenas estériles, nada de semillas y menos de indios de labor. El otro, el tropel de capitanes conquistadores, casi siempre inconsultos por andar siempre en el repelo, allanados a una imprecisa retribución a su lealtad, agrios y de mala catadura por como pasaban hambres y les crecía la deuda con la compañía. Para no ahondar la fracción entre los asentados a poblar y alebrestados a pacificar, entre el gobernador y el cabildo trataron de hacer un acuerdo de gobierno, mientras llegaban aquellas ordenanzas orgánicas que, sin poder sospecharlo ni saber de la razón, demoraron cuatro años pasando la Atlántica, mientras

más les iba apretando el nudo del fisco porque prexistían las normas que prohibían al gobernador meter mano en las arcas oficiales para hacerse pagar y le obligaban notificar con antelación a los factores reales cualquier cabalgada, entrada o expedición, en incluir alguno dellos para que pudiese fiscalizar los botines habidos y evitar fraudes, o que se embolsaran los bienes de los muertos para tapar deudas con los Welser, como por igual les impiden inmiscuirse en funciones propias del cabildo y designar regidores interinos de dicha corporación. También se decía que en el Consejo de Indias estaban redactando que los factores de los Welser no podrían actuar al tiempo como gobernadores, normativas que no eran más que candentes restrictivos infamantes para los alemanes, como si fueren salteadores, como si antes no se hubiesen discutido y pactado por meses los términos de los acuerdos, en los que iba la palabra de don Carlos; como si no hubiesen soltado tantos caudales y, además, no tuviesen que prestarse al registro de los navíos y facilitar su rastreo para el aforo y pago de impuestos, y tasar la quintada sobre todos los indios extraídos de *Paraguaná* y los ciento siete *xidejaras* capturados sin que los pudiesen pasar por *naborías* por haberles herrado con el fierro, que por ello en adelante se salvaron de la marca varios miles más que llamaron «amistados de servicio» o «amistadas de solaz», sin que alguno dellos se sintiera *guaneguá*, amigo de verdad.

Y ahora llegaba moribundo Federmann, después de tanto dejar franco el gobierno al bando alzado, afirmando que toda su salida no aportó más que tres mil quinientos setenta pesos y tres tomines, apenas un tercio de la cosecha declarada por D'alfinger en el ruedo del lago, mientras el contador real aseveraba ser más de cinco mil pesos, descontado lo pagado por bastimentos y sin contar lo dejado enterrado en el camino, sin nada haber ido a la bolsa de los soldados, porque no se les permitió rescate alguno; recaudo que hubiese sido mucho

más con solo imponer tributo a los conquistados, tan solo como signo de sujeción, porque, como dijo con voz agria el veedor don Luis de Naveros, «ni siquiera quiso dejar vasallos tributarios del Rey, aunque tuvo cómo imponerse, sino que con ir buscando una sumisión por amistad para facilitar sus rutas de comercio, todo quedó en desprovecho de su Majestad, contra toda obligación de conquista dictada hace al menos treinta años, por lo que exijo del señor gobernador pena muy severa».

Con estos cargos más los atiborrados como gobernador, D'alfinger no esperó a que se mitigaran las dolencias de Ferdemann para luego de un proceso sumario, actuando de juez y acusador como siempre acostumbró, penarlo con destierro por cuatro años. Fue puesto bajo prisión, sin siquiera dejar que la enana le asistiese las calenturas, y esta se extravió, o se la birlaron, en el torbellino de la villa. Hasta comienzos de diciembre, cuando por fin pasó una nave de vuelta a España, fue embarcado en cadenas que tan solo podrían retirarle sus patrones Bartolomé o Antonio Welser. Salió escoltado por el agente de la casa alemana en Santo Domingo, Sebastián Rantz, aproximado en buena amistad con el gobernador, por intereses y acuerdos de entrellos.

Por toda *Coriana* había cosecha de indias pariendo hijos de cristianos, sin que padre alguno supiese ni reclamase cuál era suyo, porque los mesticillos solo eran hijos de sus madres, de *naborías caquetías* y de esclavas recogidas por el ruedo del lago, añadidas a las que llegaron preñadas durante la entrada por el sur. Si bien la única recompensa por los tantos trabajos para bien servir a Dios y al Rey fue echar cuantos polvos les permitieran sus fuerzas, la paternidad pesaba como arrastrar grilletes, como quedar conquistados por las indias de las Indias a las que se vino a conquistar.

Como estaba comenzando a suceder en *Coro*, así se vería cada ciudad a los pocos años de fundada: una Babel de lenguas,

creencias y razas nativas sumadas con las entradas de Europa, sin que desde la Corona se pudiese generalizar un esfuerzo especial para desnaturalizar primero y después culturizar las nuevas colonias, porque de seguir desbocada como va la mezcolanza de sangres seguirá en las costumbres ancestrales de sus madres, sin reconocer en sus padres más que a enemigos, opresores y explotadores, además del odio y desprecio que, como hijos de españoles, tendrán de sus parientes cobrizos, que por ello los mestizos, cual mulatos y muletos, se dan coces por igual.

Desde tiempos remotos, las *naborías taínas* sabían que dependían del hombre nuevo que les imponía la ventura. Sin traicionar la tribu de donde habían sido sacadas por fuerza, quedaban ligadas al clan vencedor y daban a su reciente compañero amores genuinos en el acto natural y placentero, igual a como le servían con trabajo en actividades fatigosas y menos gratificantes. Su universo, en cualquier lugar, estaba asignado al núcleo formado con sus hijos: parirlos, criarlos y pasarles su cultura, que luego les quedaba amalgamada con la paterna. En correspondencia, los hombres las respetaban y defendían, les daban su mismo sitio hasta viejas. Por ello, no se percibieron traidoras cuando los cristianos las tomaron. En los comienzos tampoco usaron sus yerbas abortivas, creyendo que la descendencia iba a tener mejor lugar si eran retoños de vencedores, de los dominadores señalados por añejas profecías, sin mencionar que sus hijos no serían también de aquellos, sino tan solo de las subyugadas.

Como no puede haber hombre ni casa sin mujer, y las indias que habían sido dejadas por los idos a conquistar ahora estaban acaparadas de a dos y tres por los que no salieron, a las nuevas compañeras de los recién vueltos, antes de meterlas en los ranchos de *Coro*, por quitar la duda del sacramento de afán, las volvieron a bautizar y a confirmarles sus nuevos nombres del santoral. Igual acristianaron y herraron unos

pocos indios de carga cogidos en los últimos revuelos y que no fueron devueltos, como se había prometido, por haberse juntado las dos ceremonias, las del agua y la del fuego, los nativos asociaron promesas de Paraíso eterno con fierro candente y llamas del Infierno.

Los huesos rotos soldaron con solo quietud, vientos templados y refresco bajo un techo de palma. Algunos revivieron llagas, hasta que uno de los amistados del lago reconoció en la *yareta*, que en otras partes llaman *tabaco*, las hojas con que *Mecou* hacía cataplasmas para fístulas, y aquí mismo las he usado en pócimas para bajar inflamaciones de articulaciones y en infusión para aliviar dolores de gota. El amistado se dio a recolectarlas para traerlas al *Chagua*, junto con un *catumare* lleno de *guácimas*, unas bayas duras y de buen sabor, que usadas en arropes sirven para sanar ronqueras. Con estas y otras medicinas nuevas, poco a poco, fuimos sanando escoriaciones, sacando fiebres, atemperando tripas y otros destrozos de salud. Pero no aquel aturdimiento del seso en el sopor del sueño, con apariciones tormentosas y alaridos de incinerados, con crujidos de miembros rasgados en medio de resoplidos de caballos forzados, por gruñidos de perros echando los bofes a romper vientres y desgarrar pantorrillas, con los gorgoteos de cuellos aprisionados por manos esforzándose por cerrar la salida de la vida, y los olores de sangre podrida y chillidos de niños aterrizados. Porque esas visiones no había cómo sacarlas del testuz, nadie sabía cómo exorcizarlas, así muchos intentarían follando y follando para que el desfallecimiento viniera a rendirlos, disculpa fundada aquí y en las demás gobernaciones para el hartazgo más licencioso del que tendrá noticia la historia, en el que el apetito no decaía por falta de represión ni por exceso de abuso, sino que más crecía como hervía la excitación de la tierra y sus penetradores, que de torbellino ya era *juracán* de cópulas y extinción: el círculo eterno de la vida y de la muerte.

Comenzaba la espera del matalotaje que vendría de la Hispañola para el aparejo de la segunda expedición de D'alfinger, que habría de salir tan pronto como finalizaran la temporada de lluvias que entraron desde comienzos del mes, jornada que ya no sería de averiguación y tanteos sino de dominación y colecta de oro, porque para ello, quienes antes no fueran más que pastores y labriegos acorralando cautivos, ahora se sentían curtidos para lograr alguna ganancia.

Los capitanes, soldados y frailes voltearon sus culos ante quien hacía muy poco inclinaban sus cabezas, que ahora no era más que un alemán que, aunque convalecía de calenturas, quebraduras y heridas, durante nueve meses de reclusión aplicó todos sus días y noches de asentar notas y perfilar mapas sobre la *barbacoa* de cañas aplastadas que le hacía de mesa en aquella cárcel que no fue más que su misma casa con dos centinelas pagos de su bolsa, de la que también le sacaron las costas del juicio; confinamiento que, para que le fuere más duro, incluía el distanciamiento con sus compañeros, a más de penar por su enana, que no lograba suplantarla con las tres bellezas que se había reservado desde *Barquisimeto*.

Por tener los brazos hinchados desde los hombros, a cambio de una copia de los mapas, logró que el gobernador permitiese que yo fuere su dibujante y amanuense. Más que de escribano, hice de revisor de las voces indígenas que habría de meter en sus relatos, y en los míos, de los topónimos asentados en los bosquejos de las topografías, y del cálculo de rumbos y distancias. Dibujamos mapas y fuimos coloreando con *achiote* y *bija* las provincias, porque, si aquí no se tiene la «sangre de dragón» preparada con las conchas púrpuras de las Canarias, menos las tintas de plomo y lapislázuli con que embellecen sus dibujos los cartógrafos catalanes.

Fuimos diferenciando los *araguac* y *taínos*, de los *carib* de las Antillas. Ya los había empezado a desemparejar el doctor

Diego Álvarez Chanca, cuando estuvo en el fuerte Natividad con el almirante Colón, para sus noticias a los padres de Juana la Loca, su paciente, que, según él, dizque no era loca sino cuando convenía a la Corte y a su esposo. Afianzamos los escritos del médico en que solo los *carib*, mas nunca los *taínos*, eran antropófagos, castradores de sus prisioneros y letales con la ponzoña de las flechas; que bien se distinguían por sus cabellos largos y sin trasquilar, por sus pinturas de ojos y cejas, por sus tatuajes en todo el cuerpo y ligaduras de las piernas. Desligamos los *carib* de las islas de los que pasaron a Tierra Firme, ya que estos no les son parejos en las maldades de guerra, como su antinatural costumbre de poner de cabestro a los prisioneros horadándoles por debajo de la lengua para pasarles cabuyas y anudarlos por la quijada. Harto iguales son en la preciosidad de la orfebrería y ambos de escasa industria en hilar algodón. Sus mujeres de aquí son aplicadas a la siembra de *maíz*, de *ají*, calabazas, *batatas* y demás legumbres, ajustadas a las fecundidades de las tierras, y pendientes después de, a sus modos, salvar las labranzas de las muchas especies de moscardones, arañuelas, gusanos trozadores, hormigas peladoras, gorgojos, comején y langostas que les arruinan los cultivos, sin que en ello ayuden los hombres, ni siquiera en el tiento del *hoyo* que se pasan *mambeando* a toda hora, como rumiando; pues salvo en desbrozar, mover la tierra y cosechar, tan solo se ocupan de buscar las tinturas de ennegrecerse los dientes, de exprimir *bija* y *achiotes* para sus pinturas y tatuajes, punzar tunas para que lloren leches curativas, raspar árboles que manan humores y gomas para sahumar a sus dioses, buscar maderas livianas y secas para hacer lumbre frotándolas, traer cañas y hacerlas tiras para que las mujeres tejan canastas, hacer teas de betunes y resinas para iluminar sus cercados y *bohíos*, y en recolectar ponzoñas de plantas y animales para que alguna vieja bruja cocine diversas fórmulas

de venenos, que van desde los adormecedores que usan en carcerías y los que llenan de tiña el cuerpo y la cara con manchas blancas y rojas, hasta los que no dejan santiguarse al flechado.

—Estas particularidades a muchos podrán parecer bagatelas —me confió casi adormilado por la modorra terciana—. Apenas dan para despertar la curiosidad de sesos inquietos y a estimular la busca de nuevos productos de comercio para las casas alemanas, que es en lo que han estado después de que Vespucci escrutó la mar de las Antillas y afirmó que la Tierra Firme era un enorme continente, detrás del cual intuyó con rara precisión la mar inmensa antes de que alguien la viese, a no ser por los exploradores de Catay que dicen haber recorrido, desde hace un siglo, toda la redondez de este mundo; aunque para nosotros, tan solo el éxito de Magallanes revivió las esperanzas de un comercio ultramarino por el agua en vez de por tierra, e hizo que tudescos y genoveses aunaran de inmediato sus alientos en una segunda expedición secreta para ganar conocimiento de las rutas y salir adelante a apoderarse de las riquezas de las Indias Occidentales, para con ellas mercar especias, medicamentos, minerales y sedas y en las Orientales, para luego dominar el agio y el comercio mundial, en lo que no quieren admitir competidores, ni siquiera exiguos como mi familia, que no son más que rémoras para aquellos que van en grande y por lo alto. No en vano Fugger y Welser financiaron la proclamación del Emperador de tantos reinos juntos y ahora vienen comprometiéndose en sextuplicar ese emolumento a cambio de dejarles esculcar y explotar las provincias oceánicas que les va concediendo, para abrirlas, domarlas y explotarlas, porque así, sin armar legiones, podrán rivalizar con imperios como el fundado por Gengis Khan desde Siberia hasta Polonia, ya en límites germanos, porque visto está que si tanto puede el filo del fierro, más consigue el brillo del oro, ese

viejo dios inmortal de todos los cultos: reflejo del sol para los primitivos y amo de las conciencias avezadas.

Desde antes de embarcarse exangüe para Santo Domingo, ya micer Ambrosio tenía sus pensamientos escorados hacia el lago. Nombró por su teniente en *Maracaibo* al bachiller Luis González de Leiva y pidió a Gascuña que guareciera la ranchería con un destacamento. Este capitán hurtó dos grandes *canoas* al *Manaure* para costear por los estuarios con sus hombres, lo cual levantó en rebeldía las provincias de *Cumari* y *Xuruara*, que se dieron a erizar los caminos con trampas de puntas filudas para contener caballos y peones, y a hostigar con flechas y dardos desde lejos, tanto en tierra como en agua. Rebasó la copa y coraje de los castellanos que los de *Xuguara*, a golpes de mazas de piedra, hubiesen derribado y molido la gran cruz de madera, la de amojonar la posesión para las Españas, por parecerles sombra y opresión sobrenatural de dioses ajenos. Y para sacudirse este ahogo de ira santa, los cristianos hicieron doscientos treinta esclavos que Íñigo apretujó en dos bergantines, primero hacia Santa Marta donde trató arriba de cincuenta piezas y el resto lo encaminó a la Hispañola donde esperaba ajustar un mejor precio. Pero como entre sus hombres no iba gente de mar y los pocos que sabían remar se excusaban de hacerlo diciendo ser tarea de reventón para indios y negros, uno de los navíos naufragó cerca de las islas y el otro no pudo con todo el peso y también se fue a pique en las costas de *Jamaica*, donde arribaron con aguas casi sobre el cuello, para, en últimas, lograr siete pesos y medio de oro por cabeza sobreviviente, y redondear la redada, después de recuperar lo de la nave encallada, en un total de unos mil ochocientos pesos para alivio de la deuda del común, entregados a D'alfinger que coincidía en llegar a la Hispañola arrastrando calenturas y delirios, y no encontró al factor de los Welser, su hermano George, por

haber zarpado poco antes hacia la Corte de España, donde andaba muy afirmado desde la juventud, a que le hicieren caballero, título con que volvió muy estirado cuando, poco más tarde, comenzaron las enemistades de los Ehinger con sus patronos, a que un fantasma lo asesinara en la isla.

Los Welser, y tras ellos los Ehinger, fueron los primeros ricos en trepar en las Cortes, por opulentos. Y como donde hay reales hay alianzas, Felipa Welser, hermana de Bartolomé, a cencerros tapados vino a quedar casada con el archiduque Fernando, hijo del rey de Bohemia y sobrino de don Carlos. Porque reales iban y venían en pesadas bolsas por las manos de los banqueros alemanes y de su Majestad, de lo cosechado en la cruzada concedida a don Carlos por el Papa Clemente VII, Giulio de Médici, el mismo a quien durante su pontificado las tropas españolas del condestable de Borbón irrespetaron cuando hicieron saco en Roma —saco del que afloró aquel suplicio frío para vuestro vientre, Condesa, y quemante para mi sosiego—, cruzada bendita para la cual el Rey obtuvo créditos de los de Ulm por más de seiscientos mil ducados, quedando consagrada una alianza en la cual, puesta sobre tabla rasa, el conde de Borbón puso el sudor, los banqueros recogieron los réditos y el Papa con los dichos dineros de los simpatizantes de la Reforma, financió la terminación de la Capilla Sixtina, donde Miguel Ángel llenó los domos con desnudos, como evocación de la inocencia y pureza de las Indias, virtudes esquivas entre banqueros y comerciantes, desconocidas en las Cortes reales y emparedadas en las cámaras purpuradas.

D'alfinger tomó la de renunciar porque se le revolvió el habersele dado por muerto con tanta presteza, sin esperar noticia cierta para nombrarle sucesores, a más del homicidio de su hermano, sin saberse de haber sido por mano castellana o por codazo de competidores y en complicidad con sus patronos. Cada que alguien deslizaba haber escondido él la mayor parte

del botín, esgrimía sus cuentas y seguía afirmando que «no fue un grano más de nueve mil quinientos ochenta y seis pesos y seis tomines, y dellos separé mil novecientos veintitrés pesos y tres tomines para el quinto real. De las siete partes que me entraron del reparto, no saqué más que trescientos pesos en oro, pero de chafalonía, o rebajado, casi inservible para fundir, lo cual no repone ni mísera parte de lo metido por mí». Y además de estar amargado con todo esto y de saber tener amargados a muchos, lo que más escaldado le tenía era el desaire de la Juana de Castilla, que estando en la Hispanola no dejó ver un asomo de querer acercarse a recibirle.

El capitán Gascuña, sin deponer su talante sombrío, como el rostro de la guerra que nunca se vuelve a mirar las desolaciones causadas por lo que ya jamás se puede recluir, se aburrió de escuchar y no entender los coloquios de D'alfinger y Seissenhoffer, en alemán, sobre cómo poner rienda a los españoles de su gobernación para poder fundamentar, con castellanos inatajables, un estado germano regulado, como el que tenían los genoveses en Constantinopla. Esperó a que acabaran su conversa, para abandonar el mutismo y vaciar el costal de oídas en Santa Marta sobre el *Sinú*:

—Por allí, que no está muy lejos de la Nueva Venecia, andan de nuevo sorbidos nuestros vecinos, porque aunque de allí ya salió mucho más oro que del *Pirú*, y aún saldrá mucho más, si solo en las sepulturas de *Camapamá* y *Caramarí* acopiaron más de lo sacado veinte años atrás por el bachiller Martín Fernández de Enciso en sus revueltas por el río de los *sinúes*, y con ser que aquella colecta fue muy cuantiosa, como lo afirmó él mismo en la *Suma de geographia* —de la que fijo habrán de tener copia manuscrita los Fugger y Welser—, pero sin precisar cuánto fue lo pillado por él y por los hermanos Pedro y Alonso de Heredia en los «*bujíos del Diablo*», como desagradecidos le dicen a los enterramientos en los templos, adoratorios y tumbas de

los principales; mas entre la soldada, que es donde hay más ojos y oídos, se anda desvariando que fue tanto como lo recogido por las gentes de Fernán Cortés, cuya quintada apuntaló los sobornos de la Corona alemana, frente a las pretensiones de las Coronas francesa e inglesa; no menos del enorme rescate pagado por el gran *inca Atagualpa* que, con ser tanto como ningunos ojos europeos habían visto junto, no alcanzó para redimirle la vida al indio, porque los hideputas igual lo mataron. No cuantificó el bachiller De Enciso —continuó Íñigo—, tanto por soslayar el quinto para el Rey como para no atraer las maldiciones de los siniestros espíritus custodios de *bujíos*, porque bien conoció de las desgracias caídas sobre todos los profanadores, llevándoles a muertes trágicas e inexplicables pobreza extremas, sin contar la maldición súbita de cada tumba a guisa de fétidos hedores de que murieron no pocos escarbadores, supercherías que no dejaban de atemorizar al Fernández de Enciso, aunque más temiese a las envidias y traiciones.

—He oído que lo salido de allí, es harto más de lo hurgado por Marco Polo en el Lokach, ese Dorado antípoda del Gran Kan —le redondeó Seissenhoffer.

Los alemanes bien sabían que Gascuña no hablaba para agrandar ensartes, sino con el testimonio de sus ojos, por haber servido en Santa Marta bajo órdenes del gobernador Rodrigo de Bastidas, con quien tuvo serias desavenencias en la época del atentado contra este, por las cuales el acuchillado quiso despoblar el puerto que él mismo había fundado, mientras Gascuña se negaba y se afirmaba en «querer morir aquí en servicio de su Majestad, como otros buenos», aunque el servicio que más le llamaba era el de su propia rapacidad.

Como en la conversación tanto se infló y redundó en las enormidades del saco a los enterramientos de los *sinúes*, y como toda palabra dorada es melodía en oído del codicioso, apaciguaron las amarguras de D'alfinger, que no volvió a mentar

su renuncia y reasumió su gobierno. En aquella velada pareció cuajar el dicho aquel de «se opacó el *Pirú*, cuando se descubrió el *Sinú*».

Nadie receló por aquel tiempo que, con vaciar las tumbas y adoratorios, y destruir las ofrendas, les quebrábamos el puente de los vivos con el ámbito inmaterial y los alejábamos los espíritus de sus antepasados, dejando insustancial toda su cosmogonía, quedando los nativos como muertos en vida, en total abandono sus ánimas y tronchados sus ánimos. Nadie tuvo conciencia de que con este despropósito los desbaratábamos más que con todos los ingenios de guerra con que les dimos para escarnecerlos y sacarles la valía.

En la Hispañola, más que los sudores cuartanos, a D'alfinger lo despabilaba cómo remitir de contrabando los cofres con los rescates y, cuando llegó la nave y los oficiales reales vinieron a requerirle quitar los sellos para registrar el oro y todo lo demás que embarcaba, no consintió en abrirlos. Y como los alcaballeros insistieran, alzando el vozarrón amenazó con «echarlos a la mar con una piedra del pescuezo». De nada le valió la vocinglería, pero se salió con la suya a punta de dádivas, aunque por sus amenazas le tocó acelerar las compras de pertrechos y menestras, de unas cuantas reses y muchos caballos, los más caros, y diez perros de guerra y cuatro perras para crías, hasta dejar seca su bolsa.

Sin el don de la diplomacia, porque nunca tuvo arte para encandilar a los hombres ni seducir a las mujeres, a D'alfinger no le fue fácil reclutar nueva gente. Se había escurrido la voz de que a conquistadores y pobladores en *Coro*, al aceptar el enganche, les era forzoso empeñarse y, sin poder raspar siquiera para lo de boca, quedaban presos de las deudas, mendicantes, trincados para el resto de existencia por los réditos de los Welser, que solo piensan en comercio y agio, y el gobernador trata los capitanes españoles como a peones

villanos, sin participarles beneficio en las tierras ganadas, porque de aquellas nunca hace repartos.

Entonces ordenó a Gascuña, igual de áspero, pero al menos hispano, quedarse a conseguir dentre mañosos y vacantes de diferentes capitanías desmenuzadas, mercenarios por solo la soldada y llovidos en busca de quién prenderse, engolosinados muy en sigilo con el tocino del tal *Sinú*, «a donde habremos de ir, no con cuentecillas de Castilla, sino con aceros bien filosos».

Además le demandó al capitán un favor muy personal: que «dentre los reclutados le busquéis marido a la Juana de Castilla, que para ello soltaré buena dote, y con aquella tornéis a Tierra Firme», porque la *taína* le había rechazado todas las promesas y sin ella se sentía como sultán sin augur, como flotando a la deriva en ámbitos desconocidos; porque deseaba hacerla su Reina en la sombra de su gobernación, no obstante, o tal vez, por haber sabido ser la Juana *tigüi* de varios hombres, pues alcanzó a comprender y así se lo dijo al capitán, que «entre las *caribes*, ser mujer de varios no es ser ramera que se vende en trueques baratos, sino pareja unida sin más compromiso de permanecer fiel mientras esté en ascuas la pasión, hasta cuando sobrevenga una vicisitud o la monotonía apague la exaltación, y entonces se desprende sin recriminaciones ni amarguras, con satisfacción de lo ganado y compartido, y se aleja del pueblo para llevar a otro su canto de vida, más crecida, como la cigarra después de haber cambiado de hollejo». Lo debió haber sabido desde que ella cortó su primera preñez de él con pócimas de plantas amargas, porque nunca quiso hijos de extranjero, para andar sin las ataduras de las indias que se dejan hinchar las barrigas, salvo cuando son forzadas porque esa es la ofensa más grave para una *caribe* de cualquier casta. «Qué diferencia con nuestras mujeres —masculló como para sí Gascuña, retrayendo algo del pasado—, quienes para no recibir la injuria de que las crean putas esconden sus

ardores, sabiendo que a muchas las hace meretriz ese disimulo de trocar yugo por posición y hacienda, mayor que entre las cortesanas los abrazos y tibiezas por favores, joyas y aguiñaldos, que comienzan con insinuaciones y coqueterías por vanidades y halagos. Por lo mismo andan llenas las mancebías, las del amor pago, que entre todos los amores es el más barato, y sin disimulos en el intercambio de unas monedas para tapar el hambre y el frío por arrebatos fingidos, los únicos hervores femeninos que no son recelados por los hombres». Y después de un largo vacío, remató: «Nunca podrá sospechar vuestra merced cuánto escuece a un español su amor por una mujer de varios».

Vuelto D'alfinger a *Coriana* revolvió de nuevo todo el ruedo cada vez más desolado. Ordenó batidas para sacar cargueros y recabar por indias mozas, puesto que muchas de las amistadas y cautivas estaban por parir o recién habían parido y a muchas otras, por andar revueltas con cristianos, sus temples naturales no les dieron protección contra las nuevas pestes, en especial contra esa que trajeron las bullangueras blancas, las de la Susana, quien después de perder las cejas y supurar por los ijares, fue a reventar sus hedentinas en un cobertizo de palma, sola, sin que ninguno de los que tanto la gozaron le acercara un sorbo de agua, hasta que los *guaras* le limpiaron los huesos, lo cual se supo porque la brisa volvió a correr limpia. Igual pasó con las otras dos pupilas que no quisieron escoger marido por buscar enriquecerse con el escamoteo de la conquista, con perlas y joyuelas que nunca pasaron por cofres triclaves, sino de lo que lograban embolsar a escondidas los soldados. Así la casa de amores se tornó en hospital y capilla de días terminales; donde antes se escuchaban palmas y castañuelas, ahora se oyen salmos y letanías de unción de sacramentos extremos, y latines de oficios de cuerpo presente, acompañados de clamores angustiados pidiendo confesión y perdón. Y nunca volvieron allí

los ecos de las coplillas y jaranas, porque, con el embeleso de las de la tierra, a nadie se le ocurrió reemplazar a las fulanas.

El capitán Esteban Martín hizo aherrojar unas treinta piezas en *Coderequiba* y juntadas con otras varias, en *Paraguaná* las metieron en *canoas* por mar hacia *Maracaibo*. A mitad de camino, la de más cabida se fue al fondo porque alguno de los cautivos sacó el tapón del desagüe, pereciendo todos los que iban *encabuyados* en varas largas, que eran los más sanos y fuertes, ya que, según lo aprendido de los portugueses con los bozales de Guinea, solo se dejan sueltos los que no se atreven a huir solos. Después de sobreaguar los cadáveres y rescatar los fierros de las prisiones, algunos se volvieron a hurgar los *arcabucos* para suplir los ahogados, porque no hay acomodo alguno en las Indias sin sus rústicos de carga.

Con las nuevas de que al poniente de la cordillera todos los indios ponen ponzoña en la punta de sus flechas hecha de canilla de enemigo, en la villa de *Coro* los más se dieron a obrar sayos de armas con petos de algodón, largos hasta la pantorrilla, colchados entre mantas dobles con almohadillado hasta el grueso dos dedos, y anudarlos con cairos para no dejar vacíos y unirles mangas y gorjal o babera, y adosarles papahígos o monteras de cabeza y cuello de cubrir todo salvo ojos y nariz. Con industria parecida de cueros de dantas y venados, reforzamos rodelas y armamos arneses para los fierros, coseletes y morriones, y antiparras o alpargatas grandes para protegernos pies y piernas hasta encima de la rodilla, lo mismo que testeras para los caballos. ¡Qué tropa aquella! Hecha de embozos y tapujos asfixiantes, cual bufones horrendos y fantoches remendados, que decíamos ser ejército del Emperador más grande de todos los ámbitos y tiempos: Rey por herencia de su padre, Felipe el Hermoso, de Asturias, Siria, Corintia y los Países Bajos; y por legado de la Loca, su madre, de las dos Sicilias, Cerdeña, los reinos de España y

demás posesiones en las Indias; soberano, también, de lo ganado a Francisco I de Francia en Navarra, Flandes, Nápoles y Milán por los ejércitos en que militaron los hermanos De Quesada, conquistadores del Nuevo Reino de Granada, quedándole a don Carlos por derrotar solo al sultán de Turquía, el poderoso Solimán, que apuntaba con sus huestes al corazón de los Habsburgo, aprovechando la rendija abierta por Martín Lutero en las puertas del castillo de Wittenberg, al clavarle los carteles de las noventa y cinco tesis de su doctrina rebelde.

En el alistamiento me tocó servir de nuevo en la fragua, dando temple y aderezo a las armas, depurando cardenillos y sacando filos, aguzando agujijones en saetas de ballestas, reformando azadas y forjando muchos casquillos y clavos para los caballos, hasta agotar todo el fierro de la factoría. Esta vez no forjé marcas de herrar, ni prisiones para cargueros, pues las cadenas eran suficientes para la intención de ir por oro y solo haríamos los esclavos de cargarlo.

Tanto por haber aprendido el saber del barbero, en cuanto a cauterizaciones y sanguijuelas en vez de lancetas, como por ya reconocer varias plantas para infusiones y cataplasmas, D'alfinger me ordenó entrar de herbolario en su guardia personal, porque si algo le producía angustia era volver a padecer de calenturas y curseras.

No me necesitó de amanuense, porque ya tenía demasiados: al capitán Esteban Martín, que reseñó la jornada en su *Declaración* de una lengua de tan solo once folios; al fraile Requexada y a Hernando Alcocer, cuyas notas fueron a parar todas a manos del soldado Juan de Castellanos, en el Nuevo Reino de Granada, como apoyo a su pretensión de algún día terminar el poema más extenso jamás cantado en todo el orbe, unas *Elegías de varones ilustres de Indias*, en las que yo también terminaré metido en esa tinta, porque mucho me ha inquietado sobre mi odisea; también le asentaba notas su teniente

Luis González de Leiva, vuelto a España a redactar con ellas su *Relación* desta andanza, justo en la misma nao en que me llevaron prisionero por lo que habré de contar más adelante, crónica que regó la noticia del tesoro escondido donde solo yo sé, mas no por mucho tiempo porque, con tanto acoso, ya se me está relegando al tiempo que la selva cambia de ropaje.

Amainaba la primera estación de lluvias. Justo antes de iniciar la marcha, el soldado José Merino se huyó con su manceba india que le tenía harto ensalmado, porque con haberla bautizado no se puso rienda ni freno a las pasiones y zalamerías con que extravió al chapetón en el placer que es impudicia para cristianos, olvido en que andamos todos con la soltura de carnes destas tierras. Lo alcanzaron los de a caballo dos días después, lo volvieron a rastras y, amarrado al palo, le aplicaron cien azotes sin camisa, de los que murió a los dos días según dicen unos, aunque otros creen haber sido por el sentimiento y pena de haber sido la joven destrozada bajo los cascos, estando en la octava luna de embarazo, a dos del alumbramiento. Así lo aseguró el machetero Iturrez y por decirlo le encimaron cinco latigazos a los veinte que sacó no haber revelado la fuga.

Con los primeros soles limpios de mitad del año, salimos de *Coro* por la ronda que bordea la costa, en un solo grueso los jinetes con los de a pie. Yo casi reventando con la ilusión de estrechar de nuevo a Isabel, sin cavilar en lo futuro, nada más ensoñando este encuentro para recibir de cumpleaños, mis veintitrés, la ternura de su piel y borrar con la mutua devoción tantos cuerpos conocidos de prisa y con azore. Y para esta dedicación tuve el ancho en *Maracaibo*, porque el gobernador no quiso seguir allí en espera de ajustar cuarenta de a caballo y ciento cincuenta peones con los reclutados por Gascuña en la Hispañola, casi todos chapetones, alegados

con todo lo de su encargo, salvo la Juana, que ya no fue más Su Juana, negada de nuevo y perdida para siempre.

Fueron tres meses encantados, en los que el tiempo no corrió para nosotros.

—¿Aún estáis sin marido? —pregunté a Isabel cuando cesaron los suspiros y aflojaron los abrazos.

—Ando sola por tres razones —contestó con su desparpajo de Granada—: la primera, porque no ha reaparecido el Tinajero. La segunda, porque hasta ahora volvéis. Y la última, porque los cristianos me han hecho el asco tras haberme encontrado follando con un bello gandul al que se le trancaba la respiración con solo verme...

—¿Un joven indio?

—Curiosidad de mujer, apetencias de mujer.

—¿Y qué fue de aquel?

—El teniente Leiva lo hizo ahorcar frente a mí, sin su taparrabo para obligarme a verle derramar por los aires la última simiente. Por su mala leche, lo dejó colgando tieso y vacío por ocho días, dizque «para que nadie, indio o cristiano, olvide que la fornicación constituye pecado, si bien venial en un hombre acosado por natura, grave en mujer libre de tales apremios, capital por haber sido con infiel y, por casada, yerro imperdonable para la salud del alma, redimible solo con las llamas de una pira en vez del fuego eterno... si acaso algo explicable, por andar las cristianas juntadas con tanta india lasciva y tanto salvaje con las vergüenzas al viento». Luego el Leiva, resucitando la saña con que años atrás les arrancaba las vestiduras a las moriscas humilladas en Granada, quiso lavarse forzándome, dizque para dejar sentado que «mientras los castellanos cumplamos los buenos garañones, ninguna puta necesitará de montaraces». Pero, como es bien sabido, más corre gitana con su faldón en volandas que acosador con las calzas por los tobillos.

—¿Y ahí paró con vos?

—Aquel sí. Pero la emprendió la Iglesia, porque de *Coro* me llegó una excomunión por un año, que aún no cumplo, plazo en que el castigo es solo por temor de morir, porque entonces la sentencia es de pena eterna, por estar vetados los auxilios de confesión, perdón y extremaunción; cerradas las puertas de un camposanto, como si por aquí lo hubiese, cerradas las de los cielos, las mismas por donde pasa franco tanto forzador y atormentador de mujeres de la tierra.

—¿Qué habrá dicho el teniente Leiva al capitán Venegas —pensé en voz alta—, cuando ante su narizota este cedió la hija del *cacique Caraocati*, con ribete de ropas bien avaluadas, a Sebastián de Almarcha en trueque por la *Coca*, otra joven más de su agrado, teniendo ambos varias indiecillas para aplacar sus naturas?

Mientras Leiva atisbaba en la boca del lago por el arribo de los refuerzos y bastimentos, D'alfinger, con los más allegados, salió unas diez leguas al norte, hasta la entrada del *Macomite* a la mar, donde encontró sobre el agua dulce tres pueblos de *onotos*, abandonados desde cuando habían sido pillados tiempo atrás. Subió el cauce hacia el poniente por cuatro días hasta donde le dicen el *Socui* al mismo río en los pies de una serranía de infinitas cavernas que habitan los demonios subterráneos del *Perijá*, los del insondable mundo simétrico del nadir, el que para los vivos solo está en el pensamiento, pero real para los espíritus y demonios alimentados por la idolatría de unos petizos, casi pigmeos, aspiradores de humos de *tabaco* en pequeñas hornillas de barro propias para sus bocas, a los que dijimos motilones por ridículo motilado en casquete, como de frailes de encierro.

Iba en busca del mejor sitio para fundar Ulma, a lado este de la serranía, porque al pasar la vertiente los ámbitos ya son de Santa Marta. Después de repasar varios parajes por

semanas, en una provincia de los mismos naturales de *Maracaibo*, marcó el de mejores aguas y vientos templados, de tierras poco cenagosas y mucha leña, apto para labranzas y ganados, «todo avenido para levantar el faro de la civilidad», dijo, aunque pensaba en el «Reich de las Indias», como puntal y honra de su Rey tudesco, de sus patronos, de su linaje.

Pero no era hora de dividir las gentes ni despoblar *Maracaibo*, «siendo más principal encontrar el paso desde el lago hacia la mar Austral a espaldas de las montañas nevadas que servirán de guía a los navegantes; porque antes de asentar ciudades en el interior debemos procurar que toda la tierra en derredor se conozca y domine», mintió a sus acompañantes sabiendo ya que por estas latitudes no estaba el cruce soñado, porque la Terra Incognita de los mapamundis se palpaba mucho más gruesa, tal como lo develara el *Cosmographiae Introductio* enviado por los Welser a sus gentes en la Hispañola, el pequeño libro estructurado sobre los aportes de los «Cuatro viajes» de Vespucci, con autoría a varias manos: las del clérigo que se firmaba con el seudónimo Waldseemüller, las del acaudalado canónigo Walter Ludd y las de los demás eruditos de la sociedad *Gymnase Vosgien*; tratado en cuya reseña, como atrás dije de paso, Waldseemüller concedió en llamar «Tierra ultra incógnita de Amerigo», la Tierra Firme que el navegante florentino señaló como continente después de costearlo por muchas latitudes y altitudes, rebatiendo ser una serie de grandes islas, las ulteriores de la India, como las signó el almirante Colón en conjetura errada, equivocación con que murieron su descubridor y otros grandes navegantes, sin que nadie hasta entonces acatara con un nombre nuevo para esa parte perdida del mundo.

Así, la verdad monda, el alemán, que para nada era bruto, no buscaba el paso mal conjeturado por agua donde se interponía una serranía, sino acercarse con disimulo a las tierras de donde salía tanto oro, según las habladillas de Íñigo de

Gascuña quien, por lo mismo, fue desde entonces nombrado comandante de su guardia personal. Y de rebote quedé en el piquete de Gascuña como soldado y yerbatero, sin ser hombre de armas y menos boticario, sin saber cómo llegué hasta aquí ni qué iba a ser de mi vida, pero con la desolada seguridad de que la sangre dictaría en su momento lo de improvisar en estas tierras inconcebibles, para las cuales no hay más escuela que desbravarse en ellas. Y para no cortar cabos con mi frustrada misión de relator, a cada uno de los escribientes le regalé dos plumas caudales de *guala*, el negro gallinazo carroñero, recibidas por todos con resignación y algo de agradecimiento, ya que no había forma para regodearse por las remeras blancas del ala izquierda del cisne, tan añoradas por los prácticos escribientes.

De regreso de donde dejara asentado el punto para Ulma, dando vista atrás en cada recodo para después reconocer la ruta —como siempre lo hacen quienes anhelan regresar—, el gobernador hizo revisar y precisar la geografía por donde discurre el camino, porque en lo medir distancias no es lo mismo carrera de zorro que vuelo del pájaro, y un sendero de indios en cueros, es casi invisible para un caballero de armadura y con carruaje.

Vuelto al lago, encontró la ranchería en alteración por no poder soportar tantas gentes como habíamos entrado, al punto que, acabando de parir una yegua, los más hambrientos arremetimos por la placenta, que hervimos y nos comimos con lo demás que echó afuera. Y estuvimos a punto de sacrificar al potrillo en aras de las ansias de todos los canijos, si no es porque el dueño, Honorato Vicente Bernal, enciende la mecha de su mosquete y nos abanica el tubo en las narices.

Para enderezar el asiento, el alemán adelantó la partida de los más ociosos. Señaló una veintena y los envió hacia la serranía, por donde alguna baya o castaña encontrarían para

sus buches. Apartó las mujeres casadas y los enfermos para dejarlos al cuidado de su nuevo teniente y alcalde, el capitán Francisco Venegas, grupo en que logró quedarse Isabel simulando mal de entrañas con una purga de hierbas de Santa María, o té de jesuitas, que le metió más palidez y tragedia en su talante desamparado, para seguir cuasi de esclava de la esposa del Cuaresma, despreciada por sus amos y demás vecinos por haberse dado al gandul, en vez de andar de barragana de un escuálido barbado. Y aun así, con toda la liga que nos teníamos, no se alistó a marchar conmigo por más que se lo pidiera, porque mayor fue su lealtad con la promesa al Tinajero.

Señaló un destacamento de cinco escopeteros sanos bajo las órdenes del capitán Hernando Beteta, para oficiar de gamonales en el acopio de las labranzas y defensa de la ranchería. Les dejó casi todos los arcabuces y la pólvora, por ser armas efectivas solo en escaramuzas de trinchera, de ninguna confianza en justa movida. Con Beteta quedó bajo su custodia el soldado Juan de Otomes, llevado hasta el rancho de la cárcel en *quando* por no poder caminar, ni casi respirar, después de cien azotes por haber hervido cuatro *guacamayas* que el capitán de Monserrate tenía encerradas en un *bohío* de *Aracai*, cintarazos que el mismo afrentado descargó con encono, después de haber hecho que el *cacique* Juan *Manaure*, para mayor vergüenza y escarnio, le diera los dos primeros lapsos. Tampoco pudieron salir Gregorio de Alcocer, otro resentido de azotina, por haber descalabrado con la espada envainada a Francisco Villegas; ni Diego Coca, surcado e hinchado con cien vergajazos por dormir durante la vela y dejar desaparecer tres indios.

Estaban afirmados por sello de la Real Audiencia, Juan de Sanmartín como veedor real y el padre Luis Rodríguez de Rebolledo como provisor de la Iglesia. El gobernador completó

la plana de la expedición con investiduras y acomodados de valor reconocidos aquí, en tanto que aquí se permanezca, pero sin peso en sus círculos de procedencias ni de trascendencia hacia el futuro, que solo sirven para levantar juicios de residencia; muy al contrario del relumbrón del oro, perlas y esmeraldas que saliendo destas lejanías es que dejan de ser estorbo y se tornan en ostentación y riqueza. Señaló a Francisco de Santacruz como alguacil mayor y a Francisco Castillo como maese de campo por conocer bien su cruel temperamento. Reafirmó como capitanes de infantes a Luis Gómez de Anaya, Francisco de Quindos y Luis de Montserrat, y les pidió que se repartiesen los peones según sus pareceres y proximidades.

Después de los juramentos de funcionarios y tropa, Gómez de Anaya con voz calmosa quiso allanar el piso para sí y demás adalides, ante el gobernador:

—Para esta salida tenemos renacida la ilusión de que, según las leyes de conquista, sobra decirlo, el botín no sea tajado por las codicias, sino en justa retribución, dado que el tema se ha quedado por fuera de acuerdo, sea esta la ocasión para dejar asentado el acuerdo de cómo dividir todo lo juntando, según costumbre entre acometedores, para antes del noveno día de librada cada acción hacer el reparto, porque con la bolsa de cada quien es que nosotros después nos asentaremos como nueva nación, plantando semillas, criando reses y engendrando nuestros hijos, metiendo nuestra civilidad, es decir, colonizando, pues de no hacerlo nada habrá de conquista, tan solo asolación.

—Sobre el reparto nada hay de discutir, menos frente a la soldadesca —respondió contenido, denotando en el tono que no quería descomponer la tropa—. Todo se hará como está negociado y aceptado por cada quién en su enganche, como podréis aclararlo con el factor Sanmartín, quien viene nombrado por la Casa de Indias para impedir injusticias. En cuanto a lo de colonizar sueltamente, debo recordar a todos

que el ruedo de *Coro* está dado a los alemanes. Y en cuanto a lo de conquistar, espero que lo consigamos... con vuestra ayuda, ¿Ihaá?

—Cuidaos mucho, mi ángel. —Me recomendó Isabel en la noche insomne de la despedida, más para romper un silencio alelado con chirridos de grillos y serenatas de ranas, en esa lunada de nuestro último encuentro secreto, sabiendo que nada queda secreto en una ranchería de cuatrocientos ojos despabilados.

Le respondí robándole la sal de sus lágrimas con besos lentos.

—Guardaos mucho, Francisco —insistió—. Que las brasas no muestran alegrías; sus brillos se apagan y estallan los tizones como en vuelo de luciérnagas, señalando solo muerte y desolación. Hoy han vuelto con graznidos espeluznantes los *guanús*, esos pájaros negros con pico de rejón, porque los vienen persiguiendo las horas marcadas por un sino. ¡Por la vida vuestra y la mía!, resguardaos, compinche, para que volváis a recoger lo que quede de mí.

—Si solo nos tenemos el uno al otro, ¿qué más podré hacer por mí que volver por vos?

Lo dije casi sin voz a mi mustia florcilla morena, mientras dentro de su blusa mi mano tibia buscaba cómo aplacar su desazón y robarle las sospechas. Y en medio de las palpitaciones, angustias y emociones de ambos, me afloró la copla chanflona redondeada en Sevilla poco después de que me descifrara el destino. Le pedí que la adornara con su voz, la acompañara con sus palmas o el retintín de un sonajero de semillas y, así aliñada con el alborozo de una Adelfa en florescencia, tuviésemos por siempre algo de los dos. Se la recité al oído sin liberar sus palomas, las que vuelvo a sentir en mi palma cual copa de vino tibio cada que canturreo esta estrofa por donde me empuja el destino, aún hoy, después de tantos años de jamás volverla a ver:

La mano quemada al fuego
O por el tremor de una piel,
No tendrá manera luego
De esgrimir la espada con hiel.

La cantó sin dejo de despedida, sino con la alborada de trinos con que se despierta la selva. Y la pegó con otra que, en la Taberna de los Poetas, se la había regalado en un arrugado papel:

Porque el amor verdadero,
El que da temple a la mujer,
Le roba fuerza al guerrero
Y lo empuja a fenecer.

El primer día de septiembre, poco antes de la partida, el gobernador pasó revista a la tropa y se puso a la cabeza. Allí encontró de palafrenero de Juan Casimires von Núremberg al soldado Sarmiento, a quien había ordenado custodiar en la retaguardia algunas de sus pertenencias, que el dicho escudero descubrió no ser más que cuatro cofres vacíos de doble cerradura. Sin dejarle explicación, desde su caballo le dio tantos palos de bastón por cabeza y espalda, quebrándole por tierra frente a los cascos de las cabalgaduras de treinta y ocho jinetes enmudecidos por el pasmo, frente a su capitán de la caballería, el silente Casimires, quien por más abarcar también dirigía la impedimenta de bagaje y bastimentos, siempre en la retaguardia harto alejada por ser de mucho estorbo, mientras sus jinetes trotaban a la vanguardia.

Cuánto orden alemán y acicalamiento castellano en los desfiles de salida, cuánto rango y fila queriendo copiar el vuelo de una parvada, sin reparar que en las avanzadas de alcatraces o rabihorcados, de loros o *guacamayas* ninguno va más alto que otro, sino iguales volando con un compás unísono que nadie

dicta. Cuánta etiqueta y sujeción, sabiendo que en media jornada ya estaríamos todos deslucidos y disgregados, marchando desplegados hacia un mismo empeño, nunca en un solo grupo sino en pelotones pequeños alrededor de cada comandante, siendo el perdigueo la mejor defensa contra celadas y trampas, porque aquí nunca nos dieron una guerra frontal y ordenada, sino guerrillas o *guazábaras*.

Después de repasar por el camino hacia el soñado Reich de Ulma, de salir por los nacimientos de los ríos *Guasare* y *Socui*, alcanzamos la vanguardia en los rastrojos de los *buredes*, gente de crecida estatura y bastante fuerte y animosa, diestros en figurar ídolos de oro, unos con hechura de animales y otros como diablos; de lengua y costumbres como los de la laguna, aunque protegidos de las crudas con mantas y *tutusomas*, o bonetes de algodón, ya que andan encaramados sobre ambas vertientes de la serranía, cediendo a los *coanaos* los valles ardientes por donde les entra la sal desde el cabo de la Vela, que ya es provincia de los *guanebucán*, a no más de veinticinco leguas.

El gentilhombre castellano Cristóbal de San Miguel, venido en la armada de Lerma con cuatro esclavos negros de los que nunca se apartaba, solía andar junto con Francisco de Murcia, caballero de alcurnia y blasón connotado, hecho baquiano en la pacificación de la Hispañola. Se metieron hacia la parte norte de la serranía, llevando por delante unos *buredes encabuyados* que los encaminaron por un paso alejado de los páramos más altos. Y por donde señalaron los indios a los negros, atravesamos, fuimos a salir al mismo meridiano del puerto del Río de la Hacha, nombrado así en una expedición posterior a la cual ya le llegará su turno de relato, fundado en la boca del río *Macomite* sobre la mar de los *Caribes*; río de igual nombre al del norte de *Maracaibo*, por lo que ahora llamamos Rancherías al del poniente y Limón al del levante, para poder diferenciarlos,

aunque con esto de cambiar todos los nombres para recordarlos fácil, no habrá expedición que pueda valerse de mapas y relatos precedentes.

De aquí torcimos hacia el sur unas veinticinco leguas por las tierras cálidas y llanas del *cacique Upari*, un valle rayano con las montañas nevadas de Santa Marta, sin que se viera alteración alguna en el semblante del gobernador por entrar tanto en ajeno. No le cabía disimular lo ya percatado por todos, de sus intenciones de adentrarse en jurisdicción de otra gobernación, que en secreto y haciéndose el extraviado, quería ver y escarbar los tales *bujíos* de oro que le traían levitando desde Santo Domingo. Porque de ser cierto tal brillo, estando tan cerca de la frontera, con influencias de unos y juntos a otros, bien se podrían torcer los límites en tanto mapa viciado por cálculos desatinados y toscas mediciones a zancadas, surtidos de topónimos iguales, como los ríos *Cachirí* y las aldeas *Coriana* sobre ambas vertientes de lado y lado; con el enredo de tanta denominación parecida, como *Cocui*, *Socui*, *Tocui* y *Tocuyo* por laderas de gobernaciones opuestas en la misma serranía, repartidas por un mojón en una playa, solo visto desde la mar sobre la costa, una bella colina desplegada cual vela triangular, sin nadie vislumbrar las quebraduras y accidentes del interior. Porque si nada más fuese trazar un meridiano desde el cabo de la Vela, con solo estirar las piernas en *Maracaibo* ya estaríamos tropezando los talones al De Lerma.

Quienes más andaban con pesadumbre eran esos colonos encubiertos tras los arneses de las armas, como ese capitán Gómez con alma de estanciero, contrariados por no ver posibilidad de reparto de tierras en solar ajeno, a quienes D'alfinger les prometió, sin mucho miramiento, cupo en la primera nave de regreso, para que «se os quite este hipo, con poder ir a ostentar lo que os entre de paga y a recoger vuestras esposas para volver con ellas a escarbar estas tierras, a ennegrecer, embrutecer y

empobrecer como cualquier campesino», a lo cual el Gómez de Anaya le replicó: «Igual estamos ya, sin necesidad de ser labriegos, los que soportamos a vuestra señoría».

La recua de flecheros de echar por delante a poner el pecho por escudo era toda de los cogidos en las llanadas calurosas. Andaban en cueros, igual que los cargueros, sin más que la calabaza de proteger el regalo de Marte, y ellas con aquel pañito de nada cubrir y más atraer miradas a sus cotos de Venus. Las fuerzas y los bofes no les daban más que para llegar hasta donde los mansos *bobures*, porque al treparnos más sobre de la serranía desos motilonos, por entre neblinas rasgadas por gélidos vientos que escurren el rocío de los musgos y lo tornan en barriales, se fueron quedando entumecidos, sentados en postura de *guagua*, algunos sin soltar las cargas, con la sonrisa tiesa de las momias, dejando vagar sus espíritus en la bruma de los páramos, donde ahora, dicen, existe un extraño siseo del viento extraviado entre peñascos.

Con el arrebató por los tales *bujíos*, el general no declaró cuál sería el derrotero y nadie hizo elección al echar mano a las gentes y en cada poblazón había que echar mano a quien cayera para reemplazar los desfallecientes ateridos que retrataban el paso, sin importar el surtido revuelto en las *cabuyas*, cada vez con menos indios de las costas y más *buredes* de las sabanas altas y *coanaos* de la otra vertiente entreverados con *cindaguas* y *temeos* del piedemonte, en *cabuyas* de cargadores sin nombre ni rostro, puyados para ir en trote corto como borricos sin distinguo, asumidos sin lengua ni buche, hombros ceñidos del pescuezo por la misma miseria, oprimidos por cargas de tres a cuatro arrobas que a unos hacían rodar atados por los precipicios, a otros quedar asfixiados en el vado de los ríos, o arrastrados los que no podían dar paso, palpitándoles las venas obstruidas, azotados, aperreados, y cortadas sus cabezas para descanso final de sus cuerpos.

Esta marcha siniestra dejó una mancha de sangre y destrucción, de humos y cenizas, tan alta como los montes del *Perijá*, tan ancha como el valle del *Upari*, tan larga como las veinticinco leguas atropelladas por las riberas del *Chétzar*, desde donde le entra el *Guatapurí* que baja de las cimas nevadas hasta la provincia de los Putos. Marcha escaldante de las heridas abiertas los de Santa Marta, que pocos años antes ya habían marcado estas sabanas con su impronta de espanto, como mojones de certeza de hasta dónde habían escarbado, de haber entrado hasta los dominios de los *chiriguanos*, donde Diego de Aranda y yo topamos osamenta de caballos, una asta más orín que hierro de lo que fue pica, un puñal sin empuñadura y pedazos de alpargata, cual señal del mal rato en que los del gobernador De Lerma fueron obligados a darse vuelta.

De la asolación del valle solo se salvaron los *arguacos* de la banda del poniente, de los que nos llegó prevención de ser guerreros de flechas ponzoñosas, tal vez comedores de hombres y emparentados con los *taironas* de la Sierra Nevada, a donde se subieron cuando nos supieron venir. No desviamos la derrota para ir a sacarlos de sus madrigueras y obligarlos a descubrir las ofrendas de sus sitios de pagamentos y enterramientos, que lo hubiésemos hecho sin pestañear, si entre la averiguación nos llegan luces de que *tairona* significa fragua, por ser grandes orfebres, a más de talladores de jade, coralinas y cuarzos finos que ligan con preciosas figurillas de oro pulcro, con que hubiésemos rebosado los cofres triclaves y las bolsas nuestras, con tan poco peso hasta entonces. Porque este vacío de arcas y faltriqueras, hinchadas de habladurías cuando hubo distancia de por medio, pero fruncidas al llegar y ver que todo ya había sido pillado, fue razón de más atropello, porque del magín del gobernador y factores reales, de frailes, capitanes y soldada se borró que «la conquista no se hace con ira, sino con maña».

Cuánta torcedura, vejación y ruina hubiésemos ahorrado con saber que estábamos a pocas jornadas de aquello por lo que habíamos venido.

CAPÍTULO XII

DEL ORO QUE NO SALIÓ DE LOS *BUJÍOS*,
sino de unas ciénagas, en tan grande cantidad que no
podíamos cargarla y unos debimos volvernos con ella
para que no nos aplastare en la selva

Que ninguno de los escribanos desta jornada haya consignado las atrocidades con que asolamos los valles de insuperables orfebres, fue por pacto de vergüenza, para esconder y borrar tanta degradación, para aplacar los pálpitos de conciencia por la mucha crueldad y saña al tratar de sacarles dónde tenían ocultos los atavíos y enterradas sus ofrendas. De tanto apretarlos con tormentos y tanto subir sus rescates para apañar hasta el último grano de los tesoros encubiertos a la carrera, no quedó sirviendo hombre ni mujer, tierno ni viejo. Encolle-ramos hasta los que solo mantenían un pedazo de vida, aunque lo hubieren pagado con bastimentos, porque, hartada la panza, ninguna comida distrae lo que embelesa media onza de amarillo reluciente.

Por más de treinta leguas al sur, desde donde comienzan los dominios del *Upari*, barrimos el ancho entre el río *Guatapurí* y el pie de la serranía de los *itotos*, la misma de *Perijá* que es remate de una incalculable cordillera. Con el hervor en la sangre por no ser los primeros en hollar y quedar sin

derecho de torcer los límites, machacamos por donde los de Santa Marta marcaron con mataduras sin cuenta, dejando más enemigos temerosos que amansados, más rencorosos que vasallos. Nos inficionó la depravación de asolar lo ajeno, la sevicia de pisotear la comida de otros, como cerdos. A muchos que apenas nos acopiaron un poco de oro y provisiones en la entrada de sus poblaciones vacías, en venganza por su huida, les redujimos chozas y labranzas a cenizas, sin temblar un hachón en nuestras manos.

Un año después, cuando por orden del doctor Infante, el capitán Cardoso atravesó el valle por *Casacará* para hacer repaso e informe a la Real Audiencia sobre «las tropelías de los de la gobernación vecina en territorios reconocidos a nos los de Santa Marta», no encontró aldehuela en pie ni reformada, sino rancherías dispersas de tres o cuatro *bohíos*, más escondites que acomodos para buen vivir, alejados de los árboles de los ahorcamientos de los que aún pendían chicotes de sogas desflecadas, sin trojes para guardar cosechas, porque sus labranzas eran de paso hacia las partes altas. Este informe fue a manos de los oidores para confrontar, como lobos sacudiéndose los ripios de sus carnicerías, un oficio acusatorio de nuestro capitán Esteban Martín, de cómo «tres años atrás bajo la vara de Pedro de Valdillo, partidas de Santa Marta entraron en sosegados pueblos de nuestra frontera y dejaron los naturales alzados y alborotados, sembrando de estacas los caminos, espesando ponzoñas y aprestando flechas, por haberles robado y destruido, muerto a los hombres y forzado a las cautivas, y raptado a más de medio millar de gentes», rematado con «que si algo incendiamos fue para no dejar atrás peligro alguno, para purificar ese odio al blanco que no podría extinguirse nunca, por habernos sido imposible atraerlos en amistad y avenencia».

Fray Vicente parecía haber perdido el habla. Tan solo aprovechaba los ratos de descanso para asentar sus anotaciones,

acomodado a las plumas de *guara*, salvo en lo de ser negras como de aves del Diablo. En trueque me facilitó una cuaderna de papel, sobre la que igual me doblaba para anotar todas las palabras de la tierra que iban atrapando mi curiosidad y la del cura. Durante los caminos y vigiliass las ordenaba en el testuz, y después las asentaba y devolvía al fraile para que las protegiera junto con sus escritos, dentre los cuales las separó años después en el Nuevo Reino de Granada, diciéndome que «como hartos os costó recopilarlas y puesto que por los réditos de la custodia ya les hice copia, os las vuelvo para la vuestra calentura vana de armar un vocabulario, como si no cambiaren los dialectos a cada cinco u ocho aldeas». Estaban en tan mala condición, por haber criado mohos, que tan solo quedaron sirviendo dos hojas de lo reseñado en aquellos tiempos: una copilando la voz *ata* y *cata* que pronuncian casi igual, como muchos de los deijos de Adelfa de su Granada natal, voz que aquí es sagrada entre muchas comunidades, desde los *cogui* del norte de la Sierra Nevada, hasta los *atairo* del piedemonte por el levante, como para los *businca* cuyo primer padre es *Cataquene*; vocablo infaltable en los ríos que se descuelgan de las nieves perpetuas, como el *Aracataca*, el *Curataca* y en tantos otros nombres que ahora no se dejan leer; voz que años después encontré en el habla de los *muiscas* de la Tierra Adentro, para significar lo primero o el inicio, representado con una rana, animalillo que también tienen para encarnar el soplo de vida tomado del agua; vocablo que hace poco vine a topas frecuente en la lengua *quechua*, para señalar el nervio de los puntos cardinales y, para no cansar, baste con decir que el nombre del gran inca *Ataguaallqu* —pronunciado por nosotros como Atagualpa— reunió tres palabras míticas, siendo la primera *Ata* el nombre de la gallina, y la final *allqu*, el perro de Catay que se cría sin pelambre en el *Pirú*, ambos animales llevados a su imperio por los navegantes del lado oscuro del mundo desde un siglo atrás.

De la otra hoja alcancé a recuperar que los *guanaos*, asentados en la garganta del valle entre la serranía del *Perijá* y las montañas nevadas, al agua le dicen *ché*, en un sonido suave que para nosotros vino a ser «ce». *Chéjui* es para ellos el agua que salta y *chétzar* el agua más calma, como la del *Guatapurí* cuando se aquieta en el valle, que por lo mismo allí lo llaman *Chétzar*, al que algunos de nosotros le decimos César, y algotros Cesare, así un lengua de este lado del *Perijá* también le decía *Xarare* al raudal aquel con el que aparejamos nuestro rumbo hacia el sur. Y esto lo asiento para mostrar cuán fácil es meter errores de oído en nuestros mapas y relatos, que habrán de servir a quienes nos seguirán por estos andurriales.

En los dominios de aquellos *guanaos* no solo se deslizan serpientes y alimañas venenosas, sino patrañas y extrañas figuraciones, como aquella que me soltara un vejete loco plantado delante de unos mortifios, dentre los que alcancé a percibir los jipidos de unos críos escondidos. Lo entendido, con ayuda del lengua que me venía reforzando para lo de mis anotaciones, fue «que una veintena de guerreros de la nación de las ciénagas y lagunas, pasaron en secreto hacia el sur cargando un *capacho*, o envoltorio de mantas en *guando* de lianas trenzadas, en que disimulaban su *Guaravancaba*, un *tunjo* o ídolo de oro dizque del tamaño de una persona, que los viejos conservan siempre oculto; que lo llevaban rumbo a los desfiladeros de *Xérira*, más al sur, para que, en las cavernas asomadas en sus precipicios, los sacerdotes *guanés* lo protegieran de ser derretido». Así se lo comuniqué a D'alfinger y esa misma noche le ordenó a su maese de campo que en adelante con el látigo apretara más el paso de los cargueros para no perder el rastro de aquel demonio dorado, una vez se aseguró de ser cierto por lo sonsacado a tres lugareños apretados para que, entre pujos y gemidos, desmintieran o ratificaran lo dicho por el anciano disparatado.

Entonces comenzamos a barrer la comarca, desperdigados por donde nos llevaran los caminos. Unos por entre los pequeños y atrevidos *itotos* de este lado de la serranía, donde la luna llena se empaña con el vuelo de miríadas de *chimbilás*, los amos de las sombras que según leyendas fueron los primeros en cruzar la mar Tenebrosa guiados por los *cocuyos*, o luciérnagas. Otros por donde los *camiuras* de las ciénagas atiborradas de ojos amarillos de *caimanes* en asecho. Los del capitán Gómez nos metimos por entre los *chimilas* del poniente, donde el *Chétzar* le entra al *Yuma*, al que los de Santa Marta le dicen el río Grande de la Magdalena, tan caudaloso como no hay uno en toda Europa y tan largo que, creen algunos, sus aguas vienen desde el *Pirú*. Todo cuanto anduvimos las tres escuadras fue sobre llano, que puede tener una cabida como el reino de León, lo hallamos despoblado de tiempo atrás, vacío de gentes, por haber probado ya los filos de los cristianos, tal vez de Santa Marta, que además de incontables vidas ajenas, dejaron varias propias, según los jirones de sayos, de arneses y alpargatas, encontrados entre herrumbre de armas quebradas, jáquimas, cabestros y huesos de caballos, como mojón de afirmar habérsenos anticipado.

Un par de jornadas adelante, por entre planicies encharcadas con la esorrentía de las serranías, avanzábamos con fangos y lamas hasta la rodilla por dominios de los *chiriguano*, los forzudos y de buena estatura, más blancos que cobrizos y las mujeres adornadas con preciosura por pechos, hombros y brazos con pinturas negras, indelebles, de *bija*, que dicen ser, como sus vecinos del norte y del sur, hijos de *Pompatao*, el señor de todas las aguas de los ríos y lagunas, que tienen a montón, desde las muy pequeñas unidas por caños hasta el enorme lago de *Sompatín*, al que los del sur le dicen *Zapatosa*, en cuyo derredor viven agrupados en grandes poblaciones como *Chimichagua* y *Chiriguaná*, de casi un centenar de *bohíos*.

Pompatao, que dizque fue un gran mago y muy fuerte, comenzó a defender a sus creyentes con enredarnos entre tantos humedales. Sin disponer de *canoas* para avanzar, mal decíamos ir por tierra sin casi pisar sobre seco, ni por días tener dónde prender un fogón, arrugados del culo para abajo y tostados lo de arriba, aguijados por nubes de mosquitos voraces, inmisericordes, sin importarles nuestras gritas y chapoteos para conjurar el asecho de los *caimanes*, de rayas de aguijón insufrible, de sierpes pudridoras, de pitones tan enormes como boas que en cualquier descuido enroscan un cristiano para asfixiarlo y engullirlo; sin saber qué es peor en tanto bochorno y humedad, si los parásitos invisibles que no respetan ojete ni mollete, o esas sabandijas silenciosas de la noche, los *chimbilá*, que igual nos mordiscan lo destapado como sangran los caballos por cuello y lomos a chuparles los bríos, los pocos que les quedan por andar con pedorreras y chorretes de comer yerbajos acuáticos, que les llenan las barrigas de gusarapos y lombrices.

Pero no hubo mal ni plaga que no remediaron las noticias de los resplandores dorados por delante y con ir creciendo el botín con lo sacado a tirones a los caídos en nuestras manos, moliéndolos más después de mentir que nada les quedaba, y con pasar el cuchillo por algunas gargantas para que otras cantaran. Porque esto de las invasiones siempre ha sido un trueque de vidas, fortaleciendo las desgastadas de los vencedores con las plenas de los vencidos. Y es que en lo de exprimir con saqueos o tributos, vinimos bien aprendidos, primero en la invasión musulmana cuando cristianos y judíos tuvieron que pagar para no ser perseguidos, y después con la reconquista cristiana apretando moros y judíos, sin que a nadie, fuere de la religión que fuere, le haya valido decir que «no hay razón para obligarme a pagar por mi libertad, porque eso es algo muy mío».

Bordeada una ciénaga de unas cuatro leguas a lo ancho por cinco de largo, nos aposentamos un poco más al sur, en *Mococu*, otra poblazón abandonada de prisa, donde percibimos estar entrando en otra provincia diferente. Dos jornadas después estuvimos en *Pauxoto*, asiento de innumerables *pacabuy*, de piel más blanca y lengua distinta, aunque en lo demás semejantes a los de atrás. Nos recibieron con presentes de boca y buena cantidad de oro, y se avinieron a concertar amistad, por lo que el gobernador decidió montar allí el real y esperar al Casimires que venía muy rezagado por la impedimenta atollada entre fangales.

Fingiéndose cordialidades, el gobernador, fiado en que conseguiríamos ordeñar bastante más, ofreció nuestras fuerzas al principal para ir contra cualesquiera vecinos enemistados, cosa en que bien acertó, porque los *hacaritamas* de la serranía, de la misma generación de los *arguacos*, los acosaban con flechas enyerbadas, y negoció a cambio de que el *cacique* convocare los tributarios a la redonda a cedernos sus pagos y contribuciones, que en menos de una semana engordaron los arcones en más de diez mil castellanos de buen oro, que fue tanto como lo rancheado a los tales *hacaritamas* cayéndoles por sorpresa, sin más costo que la vida de un soldado y una lanzada limpia en una pierna de Esteban Martín, porque lo grueso lo pagaron los *pacabuyes* echados por delante. El cobro nos lo hicieron al regreso del combate, erizando el camino con puyas envenenadas y granizadas sorpresivas de flechas, que nos dejaron atormentados a varios hombres, vomitando babazas y casi tiesos por dos semanas, hecho del cual cogimos recelo de los *pacabuyes*, por marrulleros de no darnos aviso oportuno de las trampas de los otros y así zafarse de ambos adversarios.

Con el *Yuma*, o río Grande, a la diestra, seguimos hasta, el asiento del *Tamalameque*, el *meque* o señor de *Tamala*,

el mayor pueblo visto en estas tierras de aguas, sobre un altozano de buenos vientos, de pocos montes y amplias sabanas con caza de perdices, venados e *iguanas*, con muchos árboles para sombra de sus casas de palma, algunos como madroños dulces y otros de *caimos*, de *zapotes*, de *guayabas* y de *guamas*, todo ceñido por ríos donde abundan los pejes de carnes gustosas. Pueblo de relumbrón, de labradores de oro con preciosura, que trabajan con yunques, cinceles, martillos y matrices de piedras negras más duras que las calizas, casi como de metal, validos de fraguas alimentadas con otras piedras negras blandas que arden como leña cuando las soplan con cañutos de dos codos de largo, ayudados con todo tipo de artificios y, para medir sus aleaciones de tumbaga, pequeños balancines de hueso y de palo *chonta* o *macana*, graduados desde uno hasta cincuenta espacios muy ajustados.

Con esto y con ser muy bellas y sueltas sus mujeres, cubiertas nada más que con un mandil de un palmo de ancho, con delicados dibujos imborrables por cara, nalgas y mamas, hechos con punzarse la piel con espinas y rellenando las heridillas con cisco de la piedra negra, nos acuartelamos allí por casi tres meses.

También sacan bizarría los hombres por tatuarse pechos, piernas y brazos, con los mismos polvillos sobre cortadas frescas con navajas de carrillos silvestres, como reseña de victorias en batallas, por lo que a más marcas más obligados quedan a ser esforzados y valientes. Por sus tantos adornos, no faltó quien los creyera adamados, amaricados, y por ello algunos cronistas señalan hoy sus dominios como «la provincia de los Putos», otra de las tantas liviandades de quienes por aquí nunca metieron la nariz y, por eso, por allá fácil meten los pies.

Como los de *Tamala* se obstinaron en que no tenían más oro, D'alfinger nos hizo construir un gran corral en la plaza

mayor y otro igual levantó Esteban Martín en un el pueblo lindante con *Ixará*, donde el general hizo encerrar dos centenares y el capitán uno de sus mujeres e hijos, sin nada de comer ni beber, a fin de que los hombres aflojaren por su rescate. En una semana había una hedentina de varios muertos, que en la siguiente fueron tres de cada cuatro presos, quedando el ruedo despoblado, porque algunos de los libertados, camino de sus casas o labranzas, fueron de nuevo apresados para sacarles más oro con el mismo tormento y, como muchos ya no tenían, murieron dentro de la jaula para, después flotar inflados, desaparecer río abajo en los hervideros de *caimanes*.

Quedó tan desierto y maldito aquel poblado, que cuando Lorenzo Martín, un aventurero poeta con quien toparemos más adelante, quiso refundarlo con el nombre del gran *cacique*, tuvo que cambiarlo de sitio a las sabanas de *Chingalé*, donde estuvo *Sompallón*, abandonado también desde cuando nos advirtieron llegar y se esfumaron para librar sus vidas, a esconder sus elaborados aderezos e idolillos en que personifican sus antepasados con sus mitos y principales historias, gentes salvadas por tener el raciocinio de ser mejor decir después «aquí corrió, que aquí murió», aun al costo de cargar por siempre la fama de pusilánimes y cobardes.

El *Tamalameque* tampoco nos esperó. Reunió una buena guardia entre los poblados vecinos y se refugió en una de las dos islas grandes de la laguna, donde tenían su despensa y resguardo, por estar amparadas tanto por apartadas como por la hondura de las aguas que mucho trecho ni en los varaderos permitía hacer pie en. Mandó recoger todas las *canoas* para que no las aprovechásemos en pasarnos. Y allí, sintiéndose muy seguros, los guerreros se dieron a la burla ingenua de lucir sus mejores joyas, tan vez por incitarnos a confrontarlos donde se sentían invencibles, y en verdad que bien lograron ponerle espuelas a nuestra codicia.

El gobernador, aguijoneado y resuelto después de varias pláticas con los capitanes, igual de azuzados, hizo echar al agua treinta de a caballo a dar contra la indiada que nunca esperó tal acometimiento, entrándoles unos a por donde tenían varadas sus *canoas* para así cortarles la huida, con la espada desnuda o la pica en ristre en la diestra y con la siniestra gobernando la rienda, en tanto los otros fueron directo a desbaratarlos con toda presteza, sin más contemplación que darle primero al más tocado de adornos brillantes que para esto más ayudó el desorden metido por los cascos que atropellaban en lo firme, mientras otra docena de jinetes entre el agua hicieron el trabajo de ir partiendo a los que trataron de ponerse a salvo nadando, que más fueron las mujeres y los niños. Por confiados, los guerreros tuvieron poco tiempo para sacar sus arcos y flechas de las *barbacoas* donde las tenían en reposo y de nada les valieron sus gritas y tronar de caracolas contra los filos del acero. Y así, en media jornada de atropellar y escaramucear, la caballería quedó señoreando la isla, tomado presos tan solo al *Tamalameque* con sus principales, sin que salieran lamentos ni súplicas, porque no había más quién las diera.

Puesto el inmenso despojo a los pies del general, por fin le afloró una sonrisa, cuando no alcanzó a ver los cristianos puestos detrás del montón dorado. En la noche comenzó una descerrajada holganza con las mujeres, un holgorio de tres días hasta agotar todas las arrecheras y las *múcuras* con vino de *maíz*, y el festín para despachar lo de sus despensas de caza y de labranza, todo ello cocido con el fuego de sus armas de madera. Después nos ocupamos en la industria de una enorme jaula de palos fuertes para el *Tamalameque*, sus esposas y principales, que se esperaba ser mayúsculo.

Una semana nos dimos para reparar las fuerzas dejadas en tantas *guazábaras* por caminos y pantanos, y en la misma jarana de la holganza. Bajo las miradas del factor, tesorero

y escribano, unos fuimos señalados para machacar adornos, ofrendas y *chagualas*, que son como platos o patenas doradas para reflejar los guiños del sol; porque, mientras Santiago nos diese fuerzas de hacerlo, debíamos asegurar el botín dentro de las arcas y salirnos antes de que se confederase la provincia o de que apareciera alguien de Santa Marta. Pero muchos no querían abandonar hasta después de una la barrida final y les fue fácil convencer al gobernador, prometiéndole no ser necesarios más de unos tres a cuatro meses. Entonces nos dimos a enderezar el asiento y alistar los asaltos.

Los de Gascaña y otros, hasta completar la mitad de la tropa, nos quedamos con el gobernador en *Tamala* a velar lo recogido y asegurar los cautivos. Los demás salieron en correrías por las poblaciones cercanas. Los *pacabuyes*, al sabernos divididos, comenzaron a convocar guerreros, hasta juntar una nube metida en *canoas* que fue tomando sitio para con su mejor arma, el hambre, agotarnos y recobrar a su *cacique* para después desbaratarnos. Pero cuando se acercaron, como vieses varios de nuestros cuchillos amenazando el pescuezo de los prisioneros, se les encogió el ánimo y no quisieron canjear vidas preciadas por las inútiles nuestras, y se dieron a porfiar a grandes voces que les entregásemos a sus señores. El gobernador, teniéndolos por espantadizos y apagados, ordenó que nos estuviésemos quedos, pero con más sujeción y amenazas a los cautivos, con lo cual los guerreros fueron abandonando las armas en un nuevo montón de leña para los fogones, rimero que tampoco dejó ver un hombre parado al otro lado.

Antes que los indios se devolvieren, el general me pidió explicar a un lengua que, si querían rescatar sus señores, debían traer tanto oro como para hacer un acopio que escondiera a un mastín de guerra. Lo repetimos tantas veces como respondieran que la provincia ya estaba esquilmada, que también estaban agotados sus bastimentos para hacer trueque con sus

vecinos de más al sur, los de la nación *Guane* donde sacaban el oro de los ríos, ni con los *laches* de las cimas de la cordillera donde se encontraba en pepititas y huesillos, noticia que terminó por ablandar al general y en últimas soltó al *cacique* por cerca de treinta mil pesos del fino, después de colgarlo de los pulgares para obligarlo a ordenar que nos trajeran *maíz*, calabazas y rizomas de la labranza de su *güi*, o esposa principal, por ya estar consumidos todos sus demás sembrados.

El botín hinchó a reventar los cofres y sobró para alegrar las alforjas de capitanes y demás jinetes. No hubo arcas para lo pillado por los de Montserrat que dieron con buena fortuna en otra isla habitada por el *Cumujagua*, por cuyo rescate lograron cien mil castellanos; ni para lo del *bujío* donde los del Gómez toparon un ataúd revestido con hojuelas de oro fino, que sumaron más de cinco mil quinientos castellanos; tampoco para lo traído por los del De Quindos del río *Singularare*, donde se les murió el *cacique* por apretarlo demasiado; menos para lo sacado de los tesoros del *Tamalaizaque* ni del *Simagua*. Tuvimos que hacer porciones que pudiésemos cargar a nuestra espalda en fardos de cuero de venado, y otras de peso doblado para los marrulleros encollerados.

Entre más engrosaba el botín, más escaseaban los bastimentos por tantos brazos muertos o huidos, por estarse alejando la caza, anegadas las labranzas por lluvias rotas y las trojes vacías por tantas bocas sumadas. No hubo otro remedio que destorcer los caminos desde *Ixará*, con el agua a los ijares, a fijar real en los ranchos vacíos de *Pauxoto*.

Por toda parte afloraba la escasez. El gobernador soltó «regresar a *Coro*, a marcar y echar capote sobre los tesoros que ya emulan con lo amontonado y escondido por Cortés y por Pizarro, tanto o más que lo arrancado por los de Heredia a los *sinúes*. No quiero renunciar a tanta suerte —dijo despacio—, sino volver con refresco a proseguir por tierras tan ricas»,

decisión que les supo a mierda rancia a capitanes y soldados, que bien sabían la polvareda que se iría a levantar por saquear en gobernación impropia, por lo que comenzó el cacareo de razones manidas, como que «dolencias y hambrunas ya las hemos padecido en expediciones de las que nada sacamos para nuestras bolsas, mientras desta es imposible que haya alguna de recompensa», o que «nos atrevimos a destapar olla ajena para luego no ser capaces más que para dejarla a medio vaciar, sabiendo que por aca no podremos volver». Escupíamos maldiciones por también dejar en el aire la noticia de las riquezas intocadas de los *laches* y los *guanes*, dando tregua a que las escondieran junto con el monigote de oro macizo. A ninguno se nos antojaba reconocer que ya tendrían noticia de nuestra presencia desde muchas lunas atrás y que nos tomaría otras tantas para acercarnos. En esta ocasión el más sensato fue el más ambicioso, el gobernador, que impuso prudencia y cordura.

No hacía falta oír los concilios de D'alfinger y Gasuña para saber lo que flotaba entrellos. Íñigo se sentía predestinado a señorear las riquezas que afloraban por el sur de Santa Marta, desde el momento aquel en que salvó su cuello de la ira de Rodrigo de Bastidas, teniendo tan cerca la soga y el garrote de torcerla, estando con las manos atadas por detrás y grillos en los pies, y quedar liberado en el último instante por la cortedad que poco antes le reprochó a don Rodrigo, la misma que les enemistó: el ser tan laxo en gobernar sus tropas, como blando con los *caribes*. No dejé de sospechar que entre los dos pulían su concierto urdido en la Hispañola, que buscaban atajos con los demás capitanes para ocultar de los Welser la mayor tajada de lo cosechado, que para lo de la quintada de don Carlos ya estaban cuadrados cuadernos y las conciencias de factores y veedores.

Los soldados, recelando que todo el oro sacado podría chorrear en manos alemanas, se dieron a porfiar a sus

comandantes por salir bien ajustados en la partición, que, así como estaban claras las deudas, se fijasen las porciones tanto de quienes aspiraban volver a sus mujeres e hijos, como de los que resolviesen multiplicar su caudal en estas tierras doradas. Los capitanes pidieron cabildo abierto para decidir la suerte de la expedición y ponerle números al reparto, pero el gobernador se afirmó una vez más y ordenó el envío a *Coro* de la mayor parte de lo recogido, «para con cargo al erario del común, a la mayor brevedad, juntar las más gentes que se consigan y reponer los muertos por guerra y enfermedades, y volver con socorro de armas y avíos para vosotros, que estáis más difuntos que vivos, delirando por ojear y tocar el brillo del metal en el instante final, ¡Ihaá! Si queremos ser ricos antes debemos dejar de ser burros, ¿Ihaá?».

De nada valieron algunas voces, que tildó de anárquicas y amenazó con disciplinarlas. Nada atajó la postura firme del Gómez de Anaya para exigir suma clara y adjudicación del reparto antes del envío a *Coro*, «para al menos saber cuánto dejaremos en herencia, si es que nos llegó la hora». Ganó inquietantes amenazas del general, quien en seguida señaló a Gasuña por comandante de los que volverían con el tesoro a *Coro*, por creerlo «el más capaz de encontrar a su vuelta los rastros y vestigios de los que continuaremos derrota del sur, despacio, pero de continuo, hacia *Guane* y el *Pirú*». Después anunció que el capitán Casimires von Núremberg con cuatro jinetes, por varias leguas guardaría la salida por entre tantos enemigos, de la veintena que escogiera libre su caudillo. Cerró la sesión Pedro de Sanmartín, veedor de su Majestad, con asentar sentirse impuesto a permanecer con los que continuaban y, por tanto, delegaba en don Francisco de Sanmartín, su hermano, la veeduría de la marcha a *Coro*.

Como baquiano curtido, Gasuña ya tenía escogida la gente que habría acompañarlo a plantar cara a la muerte. Esa

misma noche llamó, uno a uno, al cetrino capitán Portillo, para encargarlo de alguacil de la tropa; al licenciado Fernán Pérez de la Muela, quien valía por más de dos, por ir con su perro de guerra amaestrado en olisquear de lejos indios emboscados; al escopetero Cristóbal Martín, para poner pavor con su trueno y ayudar en la caza de ciervos y verracos. Entre los soldados señaló primero a Juan Florián, por incansable con la pica y la espada; al ambidextro Juan Ramos; a Antón Peligro por ser el de mejor oído; a los dos Cordero, padre e hijo, macheteros; a un Gámez que conocía desde su natal Arévalo; a Juan Montañés de Mañero, a Martín Alonso, Pedro de Utrera, Juan Vizcaíno, Gaspar de Ojeda, Juan Justo o Junco, no recuerdo bien, y a otros seis que acabaron más muertos que los demás porque también sucumbieron sus nombres y sobrenombres. Convidó a Diego de Valdés por entender varias lenguas. Y de postrer, cuando ya me creía destinado a descubrir *Guane*, me señaló «tanto por ajustar rumbos y trazar mapas, como por también comprender algo de dialectos», dijo.

Con un espaviento atolondrado le agradecí haberme escogido, a la vez que me sorprendía mi gesto, por no discernir qué me arrastraba más: si seguir tras las renombradas comarcas, o salir de tanta dureza y barbarie con la bolsa repicando, para poder arrimarme a Adelfa a exorcizar nuestras soledades y esperas engañadas, a confesarle cuánto me acosan sus presagios de las brasas; para tratar de salvarla de la servidumbre en que la metí con encajarla en el navío, por no habernos percatado a tiempo de haberse enredado mis sueños con sus fantasías; para tenerla en verdad y salvarme del embebecimiento que me traía enajenado, ido el seso, sobre todo cuando rebosaban las estrellas después de las batallas y buscaba la ternura de un abrazo, sin encontrar más que jaleos y jadeos tras los cuales se esconden azoradas las ánimas cobrizas; para que, de seguir delirándola,

no se me fuera a fundir con Mi Condesa en ese claroscuro que imponen las distancias, donde quedan como envueltos en capullos los amores muertos que se siguen exaltando, que ya no son recuerdo sino cicatrices, quimeras acuñadas por el tiempo y la ensoñación, amores refundidos que se acarician perfectos e inagotables, más templanza que chispa de pasiones, querencias filosofales amasadas con renunciadas y desganadas, selladas con esa piedra de toque que es el proceso de entender que en esa dimensión no hay distingos de linajes ni de razas, y ni siquiera le caben pelusas ni desengaños. El gesto de agradecimiento fue, tal vez, porque en mi caletre rehusaba perder la voluntad de querer y me oponía a que igual se tornase en amor zángano aquel afecto alzado del nervio y alegría de una gitana morena, ojo brotado en Sevilla que, aunque fuese capricho o aun si mero encoñamiento, debía mantenerlo vivo en este orbe turbador y feraz, quitando distancias de por medio, para que no se torne en más melancolía y más me lastre los bríos, sino que con el ejercicio del regocijo y la placidez de copar las apetencias, resucitar las energías y reconocirme y totalizarme en este cosmos ajeno. Porque ya no podía arrancarme del pecho estas fiebres encajadas por el Diablo para obligarme a desobedecer a san Agustín en aquello de que «si malo es mirar a mujer y peor hablarla, pésimo es tocarla», a lo cual agregaría «y letal añorarla», siendo que no nací para ermitaño. ¡Y que me perdone el santo!

CAPÍTULO XIII

DE CUANDO NOS CONVERTIMOS EN ANTROPÓFAGOS,

enloquecidos por estársenos royendo entre sí las paredes de las tripas, degradación por la que la Divina Providencia castigó a todos los de Gasuña con la muerte, dejándome a mí la vida para revelar lo que ningún otro se hubiere atrevido a confesar

Por ser deuda con el Supremo, que para esto me libró, juro en su nombre y por el amor a mi Madre, a quienes me debo por natura, que lo narrado en adelante es verdad a secas y nada callaré, así deje ofendida mi gollería de afinado en la Ferrería por iluminados preceptores del discernimiento humano. No encubriré vergüenza alguna, aunque bien podría taparlas todas por no quedar testigo para enrostrarlas. De las declaraciones que año y medio después me tomó el escribano Juan de Villegas, cuando me devolvieron dentre los indios, diré que algunas no las redactó como dije y otras hizo como que no escuchó, y algotras callé yo para evitar requerimientos y ajustamientos de la Iglesia y de autoridades reales*.

Después de tanto padecer en busca de un paso a la mar Austral y no encontrarlo, después de tanto meter dolor e ignominia en el pillaje del oro, creímos habernos llegado la buena hora

* Véase Apéndice, *infra*, pp. 735 y ss., en donde se reproduce el texto completo de esta acta, que reposa en el Archivo Geneal de Indias en Sevilla.

cuando lo sacamos a manos rotas; pero nos cogió la peor, tanto que no podrá ser entendida a la luz de la razón, sino por quien igual haya estado alejado del juicio, gobernado solo por el instinto, padeciendo el encarnizamiento de un mundo contrario y ajeno.

Mil quinientos treinta y dos años después del mismo día en que los astrólogos del levante presentaron sus tesoros al Dios Niño, un capitán, un veedor y veintitrés hombres marcados torcidos hacia el levante, cargados con las aplastadas ofrendas de dioses desconocidos.

Tal vez no me hubiese elegido Íñigo de Gascaña de saber cuán recalentada andaba mi cabeza; menos, de enterarse de lo despabilado que soy para las cuentas rápidas, en las que nada ajustaba el peso declarado en las arcas selladas, con tanto fardaje de tanto indio carguero. No se necesitaba un recuaje de medio centenar para cargar doscientas veinte libras que sumarían los sesenta mil pesos de oro legalizados en acta con mucho detalle, de los cuales hice asiento en tanto lo voceaba el tesorero al veedor de su Majestad: «1723 figuras de caracoles, ranas y *jaguares*, unas macizas otras ahuecadas; 1100 orejeras en filigrana, más 25 redondeadas y 18 de andanas; 2331 canutos gruesos para collares; 1453 manillas; 33 pesos en brazaletes; 17 pectorales en forma de águila, más una gran cabeza de rapaz como para estandarte; 9 figuras de bárbaros con catadura de *jaguar*; una magna imagen de mujer de oro muy fino; 4 coronas para encajar plumerías; un morrión grandote con diadema, y muchas otras cosillas», cosillas que no eran menudencias y que, por ya estar bien machacadas y empacadas en cueros, atadas a las espaldas de los indios asegurados con cadenas por cogote y tobillos, no se supo cuántas eran, sopesadas en más de arroba por bulto cuando nos tocó cargar nuestros lomos con lo de los que iban quedando muertos. En suma, la fortuna con que volvíamos era cinco veces mayor de lo afirmado en

protocolos, mucho más gorda que cualquier acumulación de tesoros metida en galeón alguno, sobrada para excitar las ansias de cualquier flota pirata de todos los reinos y de todos los tiempos.

Guarnecidos durante cuatro días por los jinetes del capitán Von Núremberg, salimos por donde alborotaban los *pacabuyes* del pie de la cordillera, sin casi probar bocado, por haber sacado del real muy poco, ni cruzar labranza alguna en los caminos escogidos para acortar la travesía, ni topar más alimentos cimarrones que algunas *guayabas* agusanadas, ya que las sanas y las bayas dulces son de pájaros y murciélagos, de insectos y alimañas.

Antes de voltear su grupa, Casimires von Núremberg entregó a Gascaña dos sobres lacrados con instrucciones secretas de D'alfinger, repitiendo que «debéis entregarlos a la mano de Bartolomé de Santillana», su teniente en *Coro*. En el primero, le otorgaba poder para convocar los cuatro pobladores más confiables para con ellos, previo juramento de cumplir fiel y ajustadas sus instrucciones, acometer la repartición de indios, en encomiendas, a los pobladores de la ciudad. El segundo, le autorizaba dejar un sustituto en *Coro* y trasladarse a *Maracaibo* a proceder allí del mismo modo.

Gascaña me pidió que, sobre un esbozo de mapa, le ayudase a estimar dónde caeríamos al pasar la cordillera en cruce obligado para no reaparecer, tan disminuidos y cargados, por donde no dejamos más que enemigos. Coincidimos en estar en latitud con la culata del *Moracaibo* y, por tanto, deberíamos torcer el rumbo inicial hacia el levante, para luego tomar por la parte llana del ruedo, o bien yendo por las montañas del sur de *Coriana* que debían ser ramal de las de los motilonos.

Tuvimos que tantear por entre montes de niebla, de malezas impenetrables y musgos esponjosos, en busca de caminos, sin poder estimar las dificultades y grosidad del macizo ni de las

llanuras donde no había puesto pie cristiano alguno, sin trazas de sospechar cuán duro sería avanzar por sierras despobladas, porque hasta allí no subían los *topeyes* a comerciar, dijeron, ni siquiera a cazar, porque parecía que los únicos animales de monte éramos nosotros, saltando de piedra en piedra por desfiladeros y ríos ocultos por hojas inmensas tramadas con lianas, espesuras desconocidas aun para los *pacabuyes* que de nada valían para la guía, por más que se les apretara.

Cuatro días duró la subida hasta ver la vertiente opuesta, en los que tan solo pasamos agua y unos cogollos amargos de palmas, tan duras que al cortarlas abollaban los filos. Cuatro días en que nada hubo para reforzar la recua de indios calentanos y se nos fueron muriendo uno a uno, sin mostrar dolor al salirseles el ánimo sino, en vez, descanso por quitarse de tanto sufrimiento.

A cada paso más nos metíamos en despoblado y los macheteros más se agotaban quitando infinitas cañas de *chusques* trenzados como redes, sin atinar por delante nada que no fuese más cañas y enredos. Y entre más subíamos más fríos y menos hallábamos palmiches, tallos de *bijao* y retoños conocidos; cada quien mordisqueando hojas tiernas y yerbas silvestres, de las que sacamos tantos retortijones por no poder digerirlas, ni vomitarlas y sacarlas fuera. Las neblinas nos hicieron dar tantos círculos entre sus telones, donde solo se escuchaban las quejas de unos por pensar que habríamos de perdernos y de otros de creer que ya lo estábamos.

Ya las fuerzas casi no nos daban para llevar las armas cuando Gascaña propuso partir por mitad los fardos de los indios muertos y distribuirlos entre los peones, porque los *pacabuyes* que seguían con vida no eran capaces dar paso al redoblarles la carga. Ante tanto desaliento, el alguacil Portillo propuso dar vuelta con algunos a buscar comida, pero el capitán insistió en aprovechar los restos para pujar hacia adelante y descolgarnos hacia los esteros del lago, por donde deberíamos dar con buenas

labranzas, no más distantes de las de los *pacabuyes* que dejamos repeladas. La controversia se zanjó cuando Cordero, el joven, ganó la copa de un árbol y gritó haber tierras llanas en el confín. Entonces Gascuña se afirmó y fue entregando a cada soldado una mochila con parte del botín, después de cotejo y asentamiento de don Francisco de Sanmartín, oro que terciado a la espalda ya no era tesoro, sino mero impedimento.

Tomamos a descender por un torrente, sin hallar nada más de comer que los cogollos amargos y uno que otro cangrejillo sacado debajo de las piedras, embuchado vivo y a escondidas para no repartir bocado tan pequeño.

Una cosa fue otear desde lo alto, desde donde las distancias se encogen, y otra subir y bajar lomas por entre *arcabucos* y espinos, para nada más ver aparecer otras por adelante, desespero que aumentaba el desfallecimiento de las tripas pellizcándose entrelas mismas.

No fue menor tormento tener roídas las suelas de las alpargatas, sin nada para repararlas, porque con la humedad y pudrición de los suelos, criamos pústulas irreparables, llagas hirvientes de gusanos, de humores y pus, por pies y piernas acalambradas por el peso. Y por carecer de trementinas y aceites de saúco para aplicarlos hirvientes, de solimán para revolver con miel de abejas, de un vinagre o siquiera un limón para entretener en algo las fístulas mientras se volverían a corromper, cautericé las mías con un palillo encendido y a otros drené con un pabulo de hilo desprendido de las ropas raídas.

Ajustadas dos semanas en que nada de sustancia habíamos pasado, recostados a la vera de un río, después de la hora del *jején*, ya entrada la noche y sin poder dormir por el reclamo de las panzas, salió una voz dentre los desvelados:

—Antón, que hay un indiecillo que de días atrás ha venido quebrado. Hoy rodó por unas lajas y quedó inservible. Mañana no se levantará... no pasará la noche.

—¿Y qué con ello? —respondió otra de las siluetas.

—Pues que, en vez de dejarlo de pasto para gusarapos, deberíamos entrarle por los molletes, porque si no, seremos nosotros la vianda de los gusanos.

Hubo un silencio largo, perforado por retortijones y maullidos de bandullos, hasta que lo arañó otra voz casi inaudible:

—¿Y si no se muere?

—Pues habrá que ayudar al bestia y ayudarnos nosotros en dejar de penar —soltó resuelto el de la primera opinión. Y entonces terció la mía:

—Hallándola muerta, dicen los teólogos, podría serle lícito comer carne humana a quien se encuentre en necesidad extrema, como la que nos acosa, pero nunca lo será matar para comer.

Nada a favor o en contra se escuchó del capitán, del factor, del alguacil, ni de algotro, y con la penuria del silencio quedó sellado el acuerdo. Horas después, de donde tiritaban atados los indios desnudos, nos llegó un resoplido ahogado, luego un «Ya está», seguido por otro más bajo «Hecho está».

Antes del alba me despertó el olor a chamusquina, la del pobre sacrificado hecho porciones sobre brasas, incluidas asaduras, pies y manos, salvo la cabeza tirada al perro del licenciado De la Muela que la rodó royéndola hasta la orilla del riachuelo, a donde yo llegué dando arcadas inútiles, por nada tener para echar. Cuando volví al corro de la tropa ya todos habían engullido y nada más quedaban huesos descarnados. Quien ejerció de guisandero zafó de las ramas, donde lo tenía apartado como cosa asquerosa y obscena, el miembro vergonzoso del indio, lo lanzó al gozque, que por andar entretenido con lo suyo me dio ventaja para, sin ver ni pensar lo qué volaba, atragantarme con los dos o tres colgajos crudos.

Pareció esto tan repugnante a quienes acababan de embuchar su porción asada, que les puso en conciencia lo hecho

y no hubo quien que no devolviera al indio en medio de bazas, quedando todos, salvo yo y el perro, más estragados que antes.

A los indios les entró mayor abandono y tristeza, tal vez por entender que, ya perdido el desabrimiento por sus carnes, iríamos a comerlos uno a cada día. En la mirada rabiosa de algunos soldados se podía adivinar que tampoco se fiaban de compañero alguno, porque con la locura del hambre nos mataríamos unos a otros, como corrían corrientes las delaciones de viejos conquistadores. También hubo mosqueo con los indios estragados, a quienes ahora veíamos con fauces de caníbales que, así no se les viese aliento para levantar una mano, ya encontrarían cómo entrarnos a dentelladas. Entonces las ojeadas repasaban los más enteros, los menos frágiles, pero fue de mí de quien más hubo recelos, tanto de indios como de castellanos, por la certeza de no parar mi instinto en ascos ni crudezas.

En la noche, varios indios se huyeron dejando sus cargas esparcidas, después de cortar sus amarras con piedras filosas, aunque los veladores dijese en descargo «haber visto sombras sacando un indio de la *cabuya* y al haberle pedido santo y seña se produjo una confusión encubierta por la maleza».

Por ser ya grueso el río, nos dimos a la industria de dos balsas o almadías para acomodar el oro y bajarlo por la corriente, gobernándolas con cuerdas desde la orilla. Liberamos nuestras espaldas por una legua, pero cambiamos al sufrimiento de llevar nuestros pies molidos por entre pedregales cada vez más rugosos, sin aliento alguno y con mucho estorbo de marañas de espinos. Cuando arreció el río, no pudimos allegar las balsas a tierra y el torrente nos las sacó de las manos. Bogaron un rato antes de chocar con varias rocas. Una quedó desbaratada, dando la carga al fondo. La otra, no suelta del todo, fue alcanzada por Juan de Florián, Martín Alonso, Pedro de Utrera y un indio buen nadador.

Treparon en ella y no la desampararon por legua y media hasta que la misma corriente los dejó en un vado. El capitán metió la gente a recuperar los fardos de oro del fondo del río, ya que por su peso no fueron arrastrados y los pudimos sacar en el resto del día, salvo el que cargaba Juan Montañés. Y por andar en este ajetreo descuidamos la indiada y la mayoría desapareció en un soplo, sin llevarse el oro para poder correr.

Muy de madrugada bordeamos río abajo en busca de la balsa, hasta el atardecer, cuando dimos en un quiebre encajonado por una loma de piedras, donde por fuerza tuvimos que valernos de pies y manos para encumbrarnos y seguir adelante. Allí estaba Pedro de Utrera agarrado de las peñas, moribundo por golpes y cuchilladas, sin casi poder ver y maldiciendo enloquecido a sus compañeros por haberle dejado así y darse vuelta a la balsa con el oro. Pasamos la noche en lo alto y al bajar salió muy agitado de su escondite el indio que se había trepado en la balsa. Por pantomimas nos quería devolver, señalando que muchos guerreros habían matado los dos cristianos.

El capitán esperó a reunir toda la gente que andaba dispersa buscando atajos para descolgar al agonizante y luego, con el indio por delante, bajamos a la ribera donde Florián estaba tieso, como un erizo, casi sin tocar el piso de las muchas flechas ensartadas por todo el cuerpo. La balsa con todos los fardos bien atados barloventeaba en un remolino, por donde la sierra metía una punta en el río. Buscamos a Martín Alonso, sin encontrar más que su sombrero ensangrentado, muchas pisadas por la ribera y un rastro de sangre, que seguimos hasta cuando lo impidió la oscuridad.

La proximidad de combate estaba tan clara como claro teníamos no poder soportar el más leve acoso. No valieron las protestas del dueño y se cumplió la orden del capitán de asar al perro, con lo que algo mitigamos todos, incluso De La

Muela que también le dio muela, salvo Pedro de Utrera que expiró antes del convite y rápido entregamos su cuerpo a la corriente para evitarle la suerte del mastín.

En la noche, para en algo reconfortar al médico licenciado, le solté:

—El ánimo de vuestro mastín debe estar más dichosa que las de los demás caídos en conquista, porque vuelta a su estado natural debe andar liberada, mientras las de los cristianos salen de sus cuerpos con la pena de no llevarse nada de lo que, por el mismo empeño, les hizo dejar la vida. La del joven indio, con haber sido muerto lejos de sus deudos, enterrado en nuestras barrigas sin funerales ni ofrendas, tampoco tendrá paz, menos cuando vuelto mierda lo tornemos de nuevo a la tierra.

—¿De dónde sacáis, burro blasfemo, que los perros tienen alma?

—¿Dónde creéis, licenciado, que les habita la fidelidad con su amo, así no reciban más que palos? ¿Qué le sostiene sus vigalias al sol o con lluvia y de dónde les nace darnos avisos de peligro, agradecimientos por cualquier piltrafa y expresiones de amistad, o soportar penalidades sin más recompensa que seguir al lado nuestro?

—De ser cierto tal desatino, que ni en vaniloquios lo puede ser, también los salvajes las tendrían y el ánimo de mi perro estaría gozosa con andar correteando ánimas en pelotas, para arrancar bolas y rasgar tetas, porque en su perra vida eso fue a lo que más ánimo le puso.

Mis comentarios no sirvieron más que para enardecer al licenciado y a quienes nos oyeron, así como los bocados de carne perruna tan solo agujonearon el hambre e hicieron principal hallar un sendero hacia algún caserío dónde merodear por sustento.

Parecía no haber más caminos que por agua. Y buscando por las riberas bajamos tres jornadas, de poco avance, más de sufrimiento y tanteos que de marcha.

—Capitán, aún hay mucho trecho hasta *Coro* y nadie llegará vivo. *Maracaibo* estará a menos de medio camino —le propuse.

—¡Ah!, bien razonáis de día, porque en las noches disparatáis de perros... —respondió socarrón—. Ya tenía pensado torcer al norte, por los montes de *Herina*, para no acabar atollados en los esteros.

Así lo hicimos durante otros dos días con el tesoro aplastando nuestras vidas. Casi en motín pedimos a Gascaña dejarlo oculto y seguir aligerados en busca de comida y gente de paz para volver por las riquezas, que con uno que escapase iría a dar aviso de dónde había quedado. Aceptó a condición de dejarlo en cobijo seguro y con buenas señas para después encontrarlo. Luego nos impuso: «Vamos a cargarlo todo, cada uno lo que le den sus fuerzas, hasta topar el lugar ajustado», sin que él, como siempre, llevase un tomín aparte de lo escondido en su faltriquera.

Doblados por el peso, seguimos casi arrastrándonos hasta que el calor del mediodía nos paró bajo la sombra de un gran *guacará*, la misma *ceiba taína*, árbol sagrado en estas Indias como lo fue también para los antiguos del Viejo Mundo. Antes de que saliera voz o seña del capitán, a una dejamos los fardos en tierra. Hecha la ronda por entre los *arcabucos* y sin haber visto huellas ni indio alguno rondando, pero con la impresión de haber varios ojos atisbando, comenzamos a cavar el hoyo en lo más seco. Con los arreboles terminamos de meter el oro con todo y *catumares*, o cestos, en que lo traíamos. Tapamos la boca, borramos las marcas del piso y, para más disimulo de nuestro gran *bujío*, dormimos encima, prendimos fogatas, esparcimos las cenizas como en rito de doliente despedida de lo que apetecimos con desespero, recogimos con ferocidad y cargamos con mortificación descomunal, para ahora desampararlo con desesperanza incurable. Cada cual se grabó un

mapa en su sesera después de haber hecho muescas propias en los árboles, por si era de los afortunados que volverían a rescatarlo. Con palmiches acres y fibrosos, sumamos la amargura del guargüero a la de los corazones lastrados por el metal resignado. De indios solo quedaba un par de viejas escuálidas, el buen nadador y un mozuelo. Nadie habló, pero todos lo pensamos: no podían quedar testigos contrarios. Los requintamos, quedando más aterrados de verse como caza en despensa para cenas venideras.

Hicimos otra jornada en círculos sin poder cruzar los manglares, sin topar indios, caminos, ni comida. Con tanto estrago íbamos soltando nuestras pertenencias, reteniendo tan solo las espadas más para servicio de bordón o de muleta. No encontrábamos salida. El capitán ordenó destorcer lo andado y después cargar hacia el norte, pero amaneció impedido para caminar, por habérsele agravado un grano en la rodilla y hubo gran discusión entre los unos esforzándole a seguir y él «que no puedo andar, que con esperar un poco moriré y entonces os podéis largar, pero, eso sí, dejadme bien enterrado en tierra, no en vuestras barrigas, ¡perros salvajes!». Al final concertamos esperar un día, mientras se reponía el de Gasuña.

Unos nos dimos por un lado a buscar comida y, entretanto, Juan Justo, Juan Ramos, Cordero con su hijo y otros tres, no pudiendo sufrir más el hambre, torcieron por otro y sacrificaron a una india y con ella se saciaron y dejaron carne para los demás, que el mozuelo Cordero llevó cruda a las espaldas hasta el asiento de Gasuña, donde el mismo capitán la porcionó, reservándose doble ración. Asada, nadie la rechazó, salvo los otros cautivos que, aunque más estragados que nosotros, nunca probaron de sus congéneres.

Al veedor le entró que en el enterramiento habíamos dejado rastros vivos para cualquiera que cruzara nuestros pasos.

Contagiados de su turbación, nos volvimos a sacarlo escarbando con espadas y machetes. Gasuña determinó retrocederlo a donde habían muerto los tres compañeros, por ser tierra harto escabrosa y desatinada para alguien hacer camino por allí, y los indios andaban por el agua. Pero los agotamientos no nos dieron para tanto y después de una lenta procesión, a no más de cinco tiros de piedra, terminamos enterrando todo al pie de otra *ceiba* del grosor del abrazo de tres hombres, cerca de una barranca colorada junto a un arroyo que dejaba descubiertos grandes pedruscos, sobre los cuales rasguñamos profundo y en cruz. Pelamos de árboles pequeños el rededor y dejamos encomendado el tesoro a las tres ánimas de los muertos sin confesión, para que redimiesen sus penas guareciendo pertenencias de cristianos.

El capitán pidió esperar a reponerse del grano purulento que le traía tiesa la pierna, hinchada y muy dolorida desde los ijares. Como algunos quisieron usar sus restos de fuerza en avanzar y él insistiera en quedarse con los más estragados, comenzaron a salir recelos de ser componendas para desenterrar luego el oro para sí. Nos quedamos todos y, sabiendo que nada más había para el diente que los últimos tres prisioneros, con dureza irracional desnucamos el indio y lo comimos asado, sin ascos ni recatos, salvo el aturdimiento de todos por haber yo preguntado si antes alguien lo había bautizado.

Algunas fuerzas cogimos del indio y con refuerzo de puchero de vieja, por dura, una semana más tarde, emprendimos de nuevo nuestra derrota incierta. El veedor De Sanmartín no podía ver de tan hinchada que tenía la cara y por más que le guiasen y empujasen, al día siguiente se sentó convenido a dejarse morir porque no tenía de donde sacar ánimos. Nadie tornó por él, porque nadie tenía aliento ni para sí mismo y, así, le llegó la muerte en forma de abandono.

Al mediodía siguiente, aunque hiciera intentos apoyado en dos soldados, el capitán no pudo más y también se sentó,

y pidió que antes de la noche recolectásemos todos los palmitos que pudiésemos encontrar y se los dejáramos. A su lado amaneció medio muerto Juan Montañés. Tampoco pudo continuar Juan Vizcaíno, sin reponerse de la corrupción por el flechazo que le habían dado los *topeyes* de la sierra.

Desde su *hamaca*, Gascuña llamó a la gente y pidió que le aguardásemos un día. Le aguardamos tres, hasta que se acabaron los palmitos del rededor. Y por más que les requerimos con voces de ánimo a que se esforzasen a caminar, aunque fuese un tiro de ballesta por día, que les prestaríamos nuestro hombro, turnándonos, y a él hasta lo llevaríamos en guando porque ya hallaríamos labranzas más delante, pero se quedaron abatidos los tres junto a un arroyuelo, amilanados por falta de un confesor, y más descorazonado Gascuña por no tener ropas limpias para morir con alguna distinción. Igual se resignaron a su lado Cristóbal Martín y Gaspar de Ojeda por no poder casi andar, más su fiel mayordomo Francisco Centrado de Gascuña. Y «para servirnos de él», retuvieron en cadenas al mocetón *pacabuy*, el único indio que nos quedaba.

Nombró por capitán de los que seguiríamos al alguacil Portillo, que andaba delirante por un dolor de muela, sin poder siquiera pensar, tratando de sacarse los pedazos podridos con la punta del puñal, por lo que dejó suelta la gente que comenzó a disgregarse por entre collados y *arcabucos*, cada uno a su albur, a que nos tragara la selva, uno a uno, sin nunca saberse más dellos, salvo los que nos agrupamos por estar más enteros o, tal vez, menos resignados: Antón Peligro, Diego de Valdés, Juan Ramos y yo. Nos enrumbamos hacia el río donde sucumbieron los primeros porque por fuerza debía entrar al lago, y toparíamos poblaciones donde hallar algún sustento.

Después de caminar un buen trecho nos percatamos de no llevar cómo encender candela, por haber dejado los pederiales y yesqueros con los impedidos de Gascuña. Se volvieron

Valdés y Peligro y encontraron a Cristóbal Martín abriendo al muchacho *pacabuy* que acababa de matar de un escopetazo. «No podían quedar testigos», justificó el capitán desde la *hamaca*, entre quejidos por las palpaciones de la rodilla. Regresaron los nuestros con su porción en la panza y, como buenos camaradas, con algunos tasajos medio ahumados en la mochila.

No sabíamos si aquel río que se torna manso, aunque cada vez más caudaloso, era el *Zulia* que luego engrosa al *Catatumbo*, o el *Chama* que se junta con el *Morototu*, y se meten en el lago por la pura culata. Estábamos tronchando palmitos cuando apareció una veintena de *canoas* con indios desnudos, emplumados y bien armados, bogando río arriba. Hubiésemos querido seguir en nuestro escondite por temor de quedar como erizos, pero pudo más la necesidad de remedio y los llamamos a voces y por señas. Nos brindaron comida, arcos y flechas con punta doble de caña abierta para caza de aves y de arpón de hueso para pesca. Diego de Valdés les entendió que estábamos cerca de la laguna y que pronto alcanzaríamos *Xuguara*, donde los cristianos de *Maracaibo* habían ido a rescatar las cosechas de *maíz*, razón que me tranquilizó porque no encontraba otra para que nos hubiesen entregado armas y raciones, cuando hubieran podido borrarlos con solo pasar de largo.

Por la figura que teníamos, los indios resolvieron dejar una *canoa* con siete dellos que nos surtieron de pesca, legumbres y raíces, mientras los demás remontaban el río a lo que iban. En la noche, Valdés siguió indagándolos hasta parecerle claro que su pueblo estaba cerca, que al aclarar el día irían por más bastimentos y volverían a bajarnos hasta *Xuguara* en sus *canoas*. Mas teniendo la conciencia tan cargadas con lo hecho a los naturales, Ramos receló que, por estar empenachados y pintados para las guerras, volverían a convertirnos en tasajos

ahumados para su correría; Antón Peligro dijo tener palpito de ser de los mismos que flecharon a Froilán y Alonso; y yo, agregué, no les encontraba en su dialecto mucha similitud con los del lago.

—Debemos tomar la *canoa* destes marrulleros antes de que regresen los demás —dijo Peligro—. Y aprenderlos para servirlos de escudo para salvarnos.

Con el silencio, aprobamos y a la media noche les caímos a cada quien atar el suyo. El primero en huir fue el que se me salió dentre las manos, por no dejarme forcejear las dos pústulas en la planta del pie izquierdo. Igual de fácil se zafaron los demás y se esfumaron en la selva, mientras entre los cuatro casi no podíamos dominar a uno. La *canoa* flotó río abajo.

Por temor de que los escabullidos regresaren reforzados, comenzamos a caminar por una ladera empinada para de allí tener visión de las *canoas* sobre el río. Subimos estorbados por la repulsa del indio atado y más por mi cojera, por lo que los compañeros, con el apremio por salvar sus vidas, me arrimaron su hombro hasta dejarme junto a un arroyo, como a Gascuña, con regalo de dos puñados de *cazabe*, sin medicina de blancos ni hierbas de indios. También me hicieron y encendieron una candela de espantar fieras en la noche, con buen acopio de ramas secas para alimentarla. Mas viendo el fuego como a propósito, mataron al indio, lo destazaron para ponerlo en *barbacoa* como a danta o a verraco, ensartando en varas largas, los trozos sazonados con cenizas apagadas en vez de sal, primero sus asaduras y menudos, manos y pies. De lo demás, apenas dejaron a mi lado un brazo entero ahumado y el resto se lo llevaron los tres para su camino.

Perseguidos más por los fantasmas de los engullidos que por los flecheros del río, retornaron por las laderas, tal vez a desenterrar lo que ansiaran poder cargar, o tal vez a enfrentar fatalidad de los demás que se tragó la selva muy cerca de

Xuguara, nunca se sabrá, porque nunca nadie volvió a ver ni oír de Diego, de Antón ni de Juan.

Me refugié entre las ramas bajas de un árbol, donde, aparte de hormigas, no trepaban demasiadas sabandijas ni alimañas de ponzoña. Durante cuatro días estuve retirando gusanos de mi llaga, sellándola con cenizas y cataplasmas de sus hojas machacadas. Sin más de comer, como carroñero, que finos tasajos del brazo del indio ya algo descompuesto, hasta que la horrenda cecina desapareció una noche. Entonces me entró pensar que, habiendo probado carne humana, el ladrón ahora vendría por mí y entonces por todas partes veía ojos acechantes, oía acezar y pisadas sigilosas en la hojarasca, como debió sentir mi Padre el acoso de los dominicos; sobresalto que, sumado a la sospecha de que los indios habrían visto el humo de la *barbacoa*, me hizo no solo abandonar la horqueta del árbol, sino alejarme del sitio de la fogata.

Por dos días arrastré mi dolor y somnolencia hasta que, riachuelo de por medio, me llegaron unos gritos, como salidos del Cielo:

—¡Oxte! ¡Cristianos aquí! ¡Por acá!

Era del escopetero, apoyando a Gascuña.

—¡Bendito sea Jesús! —les devolví—. ¡Y bendita sea su Madre! ¡Salvado soy! Estoy solo y sin mucho poder valerme porque los gusanos me comen un pie. ¡Bendita sea vuestra aparición!

—¿Solo? ¿Qué pasó con los demás? —se dolió el capitán.

—Todos andan trastornados por la selva —volví a vocear—, dispersos y perdidos, creo que locos por lo que hicimos. Deseo reunirme a usía, pero solo puedo impulsarme sentado y terminaría descalabrado entre las piedras.

—Igual estamos, sin casi poder movernos —respondió Cristóbal—. De nosotros, Gaspar está muerto y Centrado agoniza con vómitos y calenturas.

Y le remató Gascuña:

—Entonces que cada quien, por su ribera, se esfuerce hacia *Maracaibo* y quien primero encuentre a un cristiano, cuénteles lo acontecido. ¡Que Dios se apiade de nos y nos saque con vida!

Y así como el viento refunde las pequeñas nubes, desaparecieron entre las ramas, mientras más me agotaba alborotando:

—Esperadme tan solo esta tarde, capitán... que todos os esperamos varios días... que tres juntos valemos por más de treinta separados... Cristóbal, contestadme... ¡Hideputas!...

La desesperación me aventó a tumbos y rastras, ora rodando, ora de nalgas, hasta el riachuelo en el que, encomendado a Nuestra Señora y ayudado por el torrente, entre golpes y lamentos fui a salir a un río que parecía ser el mismo de los días anteriores. Encontré arremolinada una *guadua* como de dos brazas de largo por un palmo de gruesa, de la cual me prendí como rana hasta que la corriente me dejó en la rada de una poblazón de donde salían voces y se elevaban humos de hogares. Llegaron curiosos de ver tendido un hombre barbado, blanco pero ennegrecido, moribundo, sin más ropa que el calzón roído y sin más armas que un puñal. Me llevaron a la *maloca* de un *cacique* gordo y me dejaron a sus pies hasta que pude levantar cabeza.

Ordenó que ninguno de los suyos me ofendiese, que mostrasen hospitalidad con lavarme, darme comida y meterme en una *hamaca* a reponerme. Tuve gran sorpresa de entender mucho de lo dicho, por ser de habla emparentada con la de los *cumanagotos* vecinos del lago. Entonces di gracias a Dios Padre por no dejarme extraviado, por acercarme a estos que, al parecer, eran de los indios mansos que habíamos topado en el talón del *Moracaibo* cuando por primera vez nos colmó con su refresco, por donde nació la amistad con el viejo *Mecou*. Y este río debía ser el *Chama*, por cuya boca exploró el capitán Esteban Martín cerca de *Xuruara*, y D'alfinger creyó ver el primer acomodo para Ulma. Aquí, tal vez, era a donde

querían traernos los de las *canoas*, a empatarnos con los cristianos que descruzan los caminos a *Coro* o a *Maracaibo*, como apuntaban mis perdidas geometrías trazadas a mano alzada sobre el mapa de Gascuña.

Cuando desperté, sin saber cuánto había dormido, mi anfitrión, poniendo el índice sobre la medalla del Círculo de la Ciencia Nueva atada en mi cuello, me dijo con miramiento:

—*Chagua*, mensajero de *Gua*, bienvenido a mi casa.

CAPÍTULO XIV

DE LA VIDA DESNUDA,

cuando fui vendido como esclavo por unos
y acogido por otros que me hicieron *chipuy*
en medicaciones y capitán en acometimientos
contra vecinos enemistados, y de cómo fui casado
con una hija del *cacique*

Después de cuatro años de poner la muerte en nuestro bando para remarcar con osamentas los caminos conquistados, curtido con amarguras, sumisiones y desarraigos ajenos, sentí el estremecimiento de casi perder la vida, no tanto por tener que responder ante la justicia divina, ya que Él tendrá su razón para haberme metido en este *juracán*, sino por morir sin alcanzar a discernir lo acaecido, sin acertar a vislumbrar cuándo se huyó la medida y se asentó la pesadilla; sin poder separar qué fue ilusión o alucinación, qué locura o cordura, ni cuánta parte corrió como plan incomprensible del Dios Supremo para extender su reino de luz verdadera, o cuánta fue la urdimbre puesta por el Demonio para dilatar las sombras. Porque mientras atropellan los acontecimientos y espolean las acciones, no hay lugar para consideraciones de saber, en verdad, cuáles fuerzas ocultas e hilos de poder mueven nuestras manos desde otras orillas. Porque el ánimo del soldado, pareciendo de piedra sólida, es arenisca que se resquebraja con algo punzante, como un ardor de tripas vacías, una llaga

con gusanos o un mal reparto del botín, golpes pequeños que pueden sepultar grandes ambiciones de gloria y riqueza, dejando tan solo la bellaca preocupación del mendigo: sobrevivir. Son necesarias las pausas largas para entrar en raciocinios, metafísicas y amores dulces, porque quien está en la conquista no puede darse estos reposos: la quietud le muerde los bríos y los apegos le enfrían el temple y le sumergen en melancolías. El guerrero solo tiene un relámpago de lucidez cuando va en derrota, malherido o en agonía: en el instante en que depone su soberbia y altanería por sentir la angustia de escapársele la vida.

Mucajepe, el *cacique* gordo, entró acompañado de un viejo con cara de tortuga y cuerpo seco, un *chipuy*, que es como decir en otras lenguas *careca*, *saila*, *jaibaná* o *piache*: un sabedor y herbolario. Lo había hecho venir de lejos porque le atormentaba una pudrición en el mollete de una pierna, atravesado por el aguijón de una raya, llaga agravada por un aprendiz de curandero tratando de aliviarle con sus propias heces y orina.

Llegada la noche, el *chipuy* comenzó por barrer el piso con ramas verdes y a cada tanto las sacudía fuera del rancho en que cada dolido yacía desnudo en su *hamaca*. Después fue soplando fumaradas de humo de *tabaco* por todos los rincones. Sobre un brasero avivado en la mitad del *tambo*, echó unas hierbas con olor a albahaca, varias semillas resinosas entre hojas secas de *tabaco*. Separó tres pociones del cocimiento de un *bejuco* y varias hojas lechosas, dio una al *cacique* y a mí otra, que casi no puedo pasar por babosa y acre. Me repitió la dosis diciendo que «una amargura endereza otra amargura y tiene muchas por sacar de cuerpo y más por quitar del ánimo». Mientras las esposas de *Mucajepe* repartían *chicha* de *maíz* entre familiares y mirones, el *piache*, acompasado por sonajeros atados en los tobillos, entonaba una monótona e interminable cantinela enumerando la

naturaleza circundante, desde las estrellas y los vientos, las neblinas madres del agua, las voces de los animales, los calores y los cernidillos, hasta las pequeñas telarañas en las palmas del techo. Después de harto vomitar, en mi desvarío solo percibía colores mezclándose en forma lenta y pesada, como tiñendo lanas. El techo, las personas y las cosas desaparecieron, quedando la voz y barullo del *piache*, ora soplando con fuerza la parte lesa, ora chupando del ombligo los supuestos humores para escupirlos lejos.

Dormí uno o dos días seguidos, levantándome apenas para salir a aliviar las tripas en descargas fétidas, acres como aliento de dragón. Por la noche, el *piache* volvió con sus ritos solo para mí, porque «*Mucajepe* ya había quedado trabajado». Bebí otro par de porciones del cocido ofuscante y cuando todo volvió a desaparecer me sentí flotando en una selva celeste, de donde emergió una bóveda de fulgores como los destellos que flotan en las noches oscuras de la mar de los Sargazos, con la certeza de ser las luces de los grandes maestros, los reconocidos del Viejo Mundo y los ignorados destas tierras incógnitas, bujías que se fueron uniendo en una gran bola de luz, que se me fueron entrando por la boca y me iluminaron desde dentro como un fanal, como una luciérnaga gigantesca. De pronto, se fue desprendiendo todo aquel resplandor y se alejó como un fuego de san Telmo, dejándome en una paz abierta, sintiéndome parte de ese todo canturreado por el *piache*.

En los días siguientes estuve dado a la holganza y al descanso, a revivir mis fuerzas con frutos y semillas que me brindaba la comodidad de ser tratado como familiar del *cacique*. Las purulencias del pie comenzaron a sellar y en dos semanas me permití caminatas cortas. Primero por la ribera del río, con la esperanza de encontrar algún camarada, o al menos una seña. Luego, de madrugada, hasta una pequeña colina, acompañando a *Mucajepe* a ponerse en contacto con sus

dioses desde lo más alto, ya que no acostumbran templos ni adoratorios, porque no los puede haber mejores que la misma *Quica-Gua*, la *Pachamama*. Después estuvimos visitando desmontes y labranzas y, por último, detrás de los cazadores a recoger los monos paralizados con dardos de cerbatanas.

Aprendí el arte de hacer y sonar las flautas de hueso. Preparé varias aserrando fémures humanos con cuerdas untadas de grasa adobada con una arena de cuarzo durísimo. Con lascas puntiagudas perforan los huecos de marcar las notas y con las filosas marcan dibujos geométricos que, para más arte, resaltan con diversos tintes vegetales. La boquilla se forma con cera de abejas, unas con lengüeta de caña y otras con cañón de pluma. Después de pulidas y veladas al sereno, comienzan a sacarles notas melancólicas, entre canto y llanto que, dijeron, son la conversación con el muerto que cedió el hueso para recordar historias. Hice una para mí y la grabé con mis iniciales y del año que corría, para recrear tonadas de mi juventud, pero me faltaron las notas alegres, ya que no le cabían más de cinco en tono menor, de lamento. La guardé y comencé otra para Adelfa, sobre un hueso de mujer por ver si sonaba más alegre.

Mientras los hombres industrian armas, utensilios y cesterías, bregan en labranzas, faenan en pesca y monterías, se reúnen a sus mingas y festividades, o con solo ir andando, siempre están en *mambeo*, o sea, mascando hojas tostadas de *jayo*, *hayo*, o *coca* como le dicen los del sur, una manía de la cual no se pueden apartar, porque les entretiene la sed, la hambre, el cansancio y las meditaciones. Las hojas maduras son tostadas con delicadeza en un tiesto de barro y luego guardadas en mochilas. Se ponen un *pucho* en la boca y con un palillo le agregan un poco de cal de conchas marinas, que llevan en pequeñas calabazas a las que les dicen *baperón* o *poporo*, y lo mascan por horas, sin pasar más que lo que les queda en la baba. Las mujeres, por lo general, no las mastican, toman su infusión para sus desarreglos

de luna, para aliviar dolores del vientre y para bajar la leche de sus pechos. Yo comencé a beberla para templar mi baúl, tan revuelto después de las pócimas del *piache*, y pronto estuve dado al *mambeo*, tan aficionado como aquellos.

En ocasiones me puse a aspirar humo de *tabaco*, por un cañuto incrustado en una hornilla de arcilla cocida, pero no saqué más que toses, mareos y borracheras, que me hicieron apartarlo.

Sin otra responsabilidad que el cuidado de no dejar apagar el fuego, el ocio de casi tres meses me sirvió para conocer sus hábitos y usanzas. Me fui haciendo tan a su vida que no supe cuándo estuve vestido nada más que con el calabacillo de protección de mis vergüenzas, atado con un cordón por la cintura, lo cual me dio a pensar que este adminículo debería recomendarse para uso corriente entre sefarditas y moros circuncidados, ya que a los cristianos nos protege el estuche del bálano con que nos dota la natura.

La pelazón de mis barbas, hecha con afilados dientes de pescado, fue ceremonia que congregó a todos los habitantes de la docena de casas del poblado. Cada tercer día me raspaba con mi daga bien asentada para cada vez parecerme y comportarme más como uno dellos, para no ser diferente y atraer moliendas y chacotas.

Debería estar terminando mayo, el mes de mayor florecencia, cuando arribaron tres *canoas* de *quiriquires* en su oficio de ir tratando sal desde la boca de la mar hasta las últimas poblaciones de la culata del lago, y estaban próximos al regreso por la banda del naciente, no por la de *Maracaibo*. Nos topamos en la ribera del río y, no obstante estar mi piel curtida, peladas las barbas y cortado el cabello como el de los otros, me reconocieron como de los invasores de tiempo atrás en su provincia, donde le mearon la cara al capitán Pedro de Limpias.

Como pude les hice entender la urgencia de conectarme con cristianos y, con ser comerciantes, aceptaron una buena oferta de hachas y cuchillos y todo lo demás de Castilla que se me ocurrió, a cambio de llevarme hasta donde el capitán Diego Martínez faenaba el bergantín para el paso en la boca del lago. Concertamos esperarme a medianoche, río abajo, porque estando tan acomodado y amistado temí que en la despedida pudieren retenerme. Salí como ladrón cuando mis amigos estaban durmiendo. Escurrido por agua llegué hasta donde me aguardaban los de la sal y cuando nos alistábamos a partir en la madrugada, sentimos venir los de *Mucajefe* buscándome y entonces metieron sus *canoas* lago adentro, donde bogando por cuatro días llegamos a un pequeño poblado armado sobre las aguas que derrama en las ciénagas un río al naciente del *Guamí*, no tan distante de donde partimos, porque estuvimos barloventeando y pescando para despistar a los amigos, antes de asentarnos a esperar a unos *pemones* para trocarles sus cosechas de *maíz*.

Pasaron otros cuatro días y en el que debería estar ajustando mis veinticuatro años, nos vinieron de varias poblaciones de las riberas y hasta de adentro de la provincia de *Xuruuara*, con sus *canoas* llenas de *maíz*, *yucas*, *chícoles* y *bores*. Primero hubo saludos con intercambio de hojas de *jayo* y licores de frutas. Luego hicieron rimeros con sus productos cerca de donde estaba la sal en hatillos de diferentes tamaños. Después ambos bandos, *quiriquires* y *pemones*, pasearon largo por entre los arrumes, señalando lo que deseaban intercambiar hasta ponerse de acuerdo, cada grupo llevó a su *canoa* el bulto que había canjeado.

Los últimos en tratar fueron un pequeño grupo que llevó *tamallis* de mazacote de *maíz* cocido, envueltos en grandes hojas de *chisgua* y un bello surtido de plumas de todos cuerpos y colores, tanto para plumería de guerreros como para collares

femeninos, por el que pedían un alto peso de sal, que ya estaba agotada. El *cacique* de aquellos tenía dificultad en moverse por una llaga en la rodilla cogida durante el viaje, tal como la de Gascona. Y como uno de los *quiriquires* le dijera que tenían un esclavo de saberes exóticos, terminé siendo trocado por un águila de oro fino que llevaba en el pecho, tan pesada que no ajustaba menos de dieciocho mil pesos, precio muy alto por un supuesto esclavo *pacabuy* del otro lado de la cordillera, porque no se hubiese atrevido a comprarme de saberme cristiano. Así, cautivo en una *canoa*, sin *cabuyas* ni prisiones, en dos jornadas al naciente, hacia las sierras de los *comuneri*, fui a dar a un poblado del lago al que nombraban *Bobures*, al parecer, por ser antes de gentes de esa nación que después se aliaron y mezclaron con *pemones*.

Como persona al servicio del cacique *Ñapabiñe* fui conducido a su casa, donde me pidió comenzar la curación de la rodilla asistido de su hija *Ceyune*, una altiva moza iniciada en la *mohanería* del trato con los espíritus y en el arte herbolario. Salí con ella en busca de las plantas de *Mecou* y fue fácil dar con lo buscado, porque *Ceyune* conocía el sitio donde las criaban. Al sacar el puñal para cortar las hojas, señaló en su lengua:

—¡Es de invasores!

—Sí, pero soy *pacabuy*.

—No *pacabuy*, porque huele mal, a *saíno*, como dicen oler los invasores.

Escondí la daga para no dejarla ver del *cacique* y me valí de cuchillas de caña para abrirle la hinchazón y aliviarla de pus; después de lavada con zumos, le apliqué cataplasmas de los mismos follajes. Día de por medio le repetí la curación y pronto estuvo sano. Agradecido, ordenó a *Ceyune* que me adiestrara en su lengua, para que enseñara mis habilidades a los viejos *piaches* de la tribu y, a la par, yo aprendiera las que ellos me revelarían. En lo del dialecto tuve grandes progresos

por tener mucha similitud con las demás hablas del ruedo del lago, algo conocidas, pero más por tener instructora tan agraciada, de naturaleza coqueta aunque recatada y tan poco díscola, aunque desnuda, que no osaba sonreírme ni mirarme a la cara, siendo alegre, cortés y conversable, limpia como un armiño y tan aplicada a mantener peinada su negra cabellera, en adornarse con delicadas pinturas por cara y pechos, a rociarse con flores fragantes y a blanquearse los dientes con cenizas en la punta desflecada de un palillo.

Tanto me atraía su figura y compañía que andaba preguntándome por tanta belleza oculta, perdida entre las selvas, como las orquídeas y flores silvestres, como las aves coloridas que volando tan alto solo son silueta, como *Ceyune* en medio de paisajes tan íntimos como infinitos, revelando que la lindura lo es por sí, no porque muchos la vean y la pongan sobre estrellas. Ella no necesitaba de adornos, porque nunca sería más agraciada una cortesana vestida de galas que esta muchacha esplendorosa en su desnudez rotunda. ¡Cuántos pasaron la vida en estas Indias buscando la canela, sin ver que estaba en la piel de las indias! ¡Qué no daría mi amigo Luis Vallejo de Vargas por inmortalizar en sus lienzos tanto quilate salvaje!

Por aquellos días, *Ceyune* trataba que yo poco saliera del cercado de su padre. Se apoderó de mi cuchillo y lo usaba casi a diario para rasparme la barba y demás pelos, sin dejarme más que cejas y cabello, porque no quería que su gente me supiera ser de los cristianos. Pero no valió de mucho porque varios gandules lo calaron y, en tres ocasiones que el *cacique* se alejó del caserío, me ataron de pies y manos a un palo donde se allegaban en ruedo con hachones encendidos para hacerme confesar ser de los invasores, y las tres veces se interpuso *Ceyune* para libramme del tormento, y entonces me cogían de entretenimiento, usándome de muchas maneras de retozo burdo, con *cabuyas*

atadas de mis tobillos para, haciéndome saltar, en el aire tirar los cordeles y hacerme dar de hocico contra el suelo, lo cual les sacaba muchas carcajadas, mientras preguntaban si era de los que azolaban desde *Maracaibo*, y yo les mentía afirmando ser de los *pacabuyes* del otro lado de la cordillera, de los que no conocían porque no osaban ir tan lejos.

Ceyune no los denunció y, para no dejarme en descubierto, urdió la forma para apresurar mi encierro en una choza con cuatro *piaches* viejos, y también encerrarse ella allí, a perfeccionarse como *baucarvita*, en que *baucara* es «saber antiguo» y *vita* es «ámbito», porque habiendo sido señalada de niña por los espíritus ancestrales como receptora y trasmisora de sabiduría, desde muy joven la habían venido aleccionando, incluso por los *jaibanás*, *guerjayás* o *carecas* venidos de las montañas nevadas de los *cocuy*, los así apodados por cantar, bailar y alumbrar en las noches como aquellos insectos luminosos, que también se nombran asimismo *ugua*, el que piensa en *Gua*. Antes de los diez años pasó las pruebas de iniciación, después de estar apartada por veinte lunas en una cueva del bosque, en silencio y soledad, sin comer cosa de sangre, ni ver a sus padres ni familiares, tan solo a los maestros que iban de noche a enseñarle hechicerías de cómo adivinar lo de venir en el vuelo de las aves; y las maneras de aliviar las picaduras de arañas, de avispones o de escorpiones restregándolas con el morrillo de un sapo lechoso; de bajar las hinchazones con ventosas de su boca y escupiendo el miasma, o acomodar preñadas y parturientas pasándoles piedras calientes por sobre la barriga.

Sin más prendas que la mochila del *jayo* y el *poporo* de la cal, entré con mi protectora al encierro. Los *piaches*, para averiguar cuánto dominio tenía de sus mañas y oficios, que de ninguna sabía, se esforzaban por desplegar sus artes, ora mugiendo caracolas y sacudiendo sonajeros sanadores; ora con cantatas adormecedoras y rezos incomprensibles, o sus danzas y bailes

para alejar los desórdenes y padecimientos; o bajo arrobos en borracheras y purgas de *tabaco*, con sus vueltas y meneos para atraer la voz de los difuntos y saber si venían buenas cosechas, o guerras, o muertes de principales, o de revelar los nombres para los *guaguas* soltados de las tetas y entrados en la niñez; y demás *mohanerías* en que se consideraban iluminados e insuperables.

Competían en adivinar con las pedrezuelas de color, unas algo transparentes, otras lechosas como de mármol y algo tras con vetas aplomadas. Un *piache* las desenfundaba de un saquillo de piel de nutria donde las guardan cual reliquias, las lanzaba al aire como los huesillos de *Mecou*, y leían cómo quedaban en cada cuarto del trazo en cruz, e iban diciendo cuánto duraría la paz, si se acercarían los españoles a sus tierras, o si la caza aún estaba en sus cotos. Otro ponía unas larvas como caracolillos sobre la palma de la mano y les hacía preguntas, luego las soplabá, y si alguna bailaba la respuesta era sí, pero si todas se quedaban quietas la respuesta era no.

Por más que me empeñara, no era mucho lo que podía seguirles y pronto se percataron de mi rezago. Se dieron a repetirme sus invocaciones, canturreos y ceremonias. Y luego de dos meses, desilusionados de mis progresos, para tomar testimonio de lo cerrado en aprender, me pidieron que repitiera sus cantinelas y me salió hacerles un rosario de salmos, paternósteres, avemarías y credos en mal latín, diciéndoles que era lengua arcaica de *pacabuyes*, para rogar en terremotos y tormentas, en paso de cometas.

Me iniciaron en sus cocimientos de *yopo*, al que le decían *acgua*, o iluminación de *Gua*; en volar con borrachera de *chicha* fuerte de *maíz*; en mascar *tabaco* verde y en sahumar con el seco, para buscar otros conocimientos. Me purgaron con todo ello para que hablara con los espíritus de sus mayores y, no obstante tanto mareo y enervación, vómitos y curseras, apenas llegué a visualizar gentes desdibujadas entre manchas

de colores envolviéndoles el cuerpo, sin alcanzar a entender lo que querían decir sus espíritus y, en vez, topé vagando angustiados los espectros de los indios que nos cominos y se me extinguieron los trances tratando de ahuyentarlos.

Me demandaron echar sus piedrecillas de colores para saber cuán lejos trajinaban los cristianos y les dije que andaban perdidos al otro lado de la serranía, mientras ellos veían señales ciertas de andar rondando más cerca, unos por el sur y otros por las labranzas al norte del lago. Entonces quisieron sacarme del rancho, pero como *Ceyune* me escudara diciendo que mi gran saber era harto diferente, se retiraron y determinaron no darme más de comer, solo agua, por ver si era ayuno lo que me faltaba.

Una vez más, desde lo alto, me escuchó quien siempre me ha protegido: En esas llegaron seis enamorados con recompensas de frutas para los *piaches*, a ofrecerles la flor de sus futuras esposas, a que se las desvirgaran para el matrimonio y a que, durante tres días, las espolearan en las artes del placer carnal, que de lo de la generación se encargaba la natura. Entonces *Ceyune* corrió a donde su padre a convencerle de ser yo el marido para ella y volvió con las seis jóvenes, que eran de su misma edad, adornadas con *cenojiles*, o hebras coloreadas de algodón, ceñidas por debajo y encima de las rodillas, a que fuese yo quien la iniciase en lo que, de no haber sobrevenido como aconteció, de todas formas habría sucedido porque ya se estaban apretando los nudos de las redes tejidas por las estrellas.

Su iniciación pasó los tres días de rigor y nuestro encierro se extendió por dos meses en que tan solo volvían los *piaches* en las horas de las tardes a trasmitirnos su saber herbolario, el que por arte del amor absorbí sin perder nombre ni uso ni aplicación ni ceremonia. Asombrados de todo lo aprendido, los viejos le comunicaron a *Ñapabiñe*, que yo «era mal adivino, pero gran sanador, el mejor en generaciones. Y *Ceyune*

gran *baucarvita*, porque bien sabe llamar, atar y acariciar los espíritus», lo cual puso muy contento al *cacique* que muy en alto tenía a su hija y alto también había pagado por su esclavo.

Así, cuando su hija reveló no haber manchado en el cambio de luna porque no quiso beber cocimientos de mastuerzos contra la preñez, acordó casarnos y congregó toda la gente para comenzar la preparación de la boda, la cual no fue del agrado de los que me habían atormentado, pero nada dijeron por haberse corrido ya mi fama de curandero, a los que tenían miedo, porque los *piaches*, así como manejan las fuerzas de la sanación, igual pueden hacer maleficios a las criaturas, hinchándoles la barriga o secándoles las entrañas, de lo que mueren sin remedio.

Los hombres en *minga*, guiados por mi suegro, comenzaron a desbrozar un par de acres para labranza y a construir en el centro un *tambo* redondo, sin paredes, con techo de palma *chonta* y piso de listones de *macana* a una braza sobre el suelo, en un sitio venteado y más libre de alimañas de la selva, en las afueras del poblado por no ser propio sino esclavo. Al fogón de arcilla en el centro del *bohío*, le agregué un ingenio a modo de chimenea que hacía subir el humo y avivar el fuego, sacando de día la calor o calentando el hogar en las noches frías. También adicioné colgaduras hechas de *guadua* a la manera de Venecia para regular los rayos fuertes del sol y las salpicaduras de lluvia, ingenio que gustó tanto al *cacique* que me pidió unas más grandes para su casa, sobre las que hizo grabar al fuego representaciones de sus dioses por fuera y por dentro teñirlas de muchos colores. A cambio me dio tres *hamacas*: una para *Ceyune*, otra para mí y otra para que nos echásemos en pareja a los retozos del amor, como volatineros en cuerda floja, en diagonal, a lo largo o al través, hasta quedar vencidos en dulce sosiego, en ese abrazo que aún latidos rematados en sueños y ensoñaciones.

La más dura tarea, que era solo del novio, fue la de ir al bosque a sacar la madera, descalzo, que ya los callos daban para caminar en medio de pedruscos y espinos. Mi corazón estrenaba la felicidad de ir seleccionando y cortando con un hacha de piedra afilada las varas para, sin encerrar, crear el espacio donde tal vez me mantendría por el resto de mi vida, en más desahogo, acomodo y placidez que quienes habían quedado poblando las rancherías de *Maracaibo* y *Coro*. «Nadie vive la vida que escogió, ni escoge la muerte», pensaba, «y si me cupo en suerte este recóndito Paraíso y tan armónica coyunda, siempre me avendré a lo que deba hacer para gozar todas sus mieles y placeres». Salvo las columnas gruesas del centro y de los cuatro puntos cardinales y los palos durmientes para soportar el piso, que arrastramos entre varios, aporté las traviesas, las soleras y los entramados, fuere cargando, halando o empujado. Y en una semana quedó asegurada la armazón con solo cuñas y amarres de *bejuco*, por obra de la *minga*, o unión de la comunidad, animada con *cazabe*, carnes de monte y bebidas de frutas preparadas entre mi suegra y demás esposas del *cacique*, con algunas mujeres del poblado, las más parientas.

Ceyune, con una enorme espina de pescado, rascaba las heridas de mis pies hasta tocar las cabezas de las astillas enterradas y las sacaba en medio de mis quejas teatrales. En la semana siguiente en que, con la ayuda de vecinos, quedó entablado el piso y techada nuestra *güe*, para mí y mi *güi* y para cuantos *chutas* tuviésemos, también mis pies estuvieron dispuestos para los bailes de la boda. Y quedaron del todo negros mis dientes, con el tinte que *Ceyune* día a día exprimió y me aplicó con devoción, tanta que se me volvió costumbre hasta hoy cuidar mi boca como lo hacía ella con la suya, y a ella debo el ser ahora el único de los viejos conquistadores con la dentadura completa.

Las viandas calculadas para festejar el cierre de la techumbre fueron aumentadas para cuantas gentes más concurrirían al

casorio, adelantado para que no se nos fuere la luna plena de hacer más bendito nuestro ayuntamiento.

Ceyune radiante en su desnudez tocada con sutiles líneas sobre pechos, vientre y nalgas, a más de las usuales de la nariz y pómulos; envuelta en fragancias de flores frescas enredadas por su negra cabellera y en collares de muchas vueltas; y la luz plateada reflejando su felicidad descarada, su mayor adorno, en la más sublime visión de mi *gaicina-amia ducaba*, mi muchacha bonita, la de tan escueta belleza como el desahogo de las montañas nevadas. Sonreía frente a mí, todo empenachado con plumas verdes, alisado el cabello con grasa de *guatinajo*; perforadas las orejas y pasadas cada una con tres palillos de a palmo, horadada la nariz y colgada una nariguera con filigranas doradas; y los dientes negros y negro también un antifaz alrededor de los párpados pintados de blanco; todo pelado y pintado con líneas rojas en serpenteos y rayas; y por el pecho los dos círculos con el punto en el centro, que yo mismo me encajé con gomas amarillentas para unir lo pasado con lo por venir; terciado en un hombro un gran arco y una aljaba con flechas, y por el otro la mochila con el *jayo* y el *poporo*, y al cuello un collar con garras y colmillos de *jaguar* enredados con lo anudado por la Condesa; y en lado izquierdo del bramante mi puñal, y al derecho las flautas penamucha de hueso, la mía y la de Adelfa, colgadas del mismo cordel con que sujetaba una ostentosa caracola nacarada en reemplazo del gollete de calabaza. También lucía una risita para disfrazar mi temblor, porque me salió a chispear el pensamiento de verle las caras de mi madre y mis hermanas, y las vuestras, Mi Condesa y Adelfa mía, pasmadas y boquiabiertas si viesen estas mis nuevas galas.

¡Galas las del *cacique!*: de plumería larga engarzada en corona dorada con *chaguala* del mismo relumbrón y nariguera y pulseras y perneras de filigranas, con muchas sargas de caracolas y conchas sonando como cascabeles, pintado todo el

cuerpo, pavoneándose bajo pieles de *jaguar*, de venado y oso, y pecheras de pato, y con su bastón de mando labrado en palo de sangre, ahora puesto en alto para pedir atención a sus palabras:

—Iba a dar al forastero mi hija más amada para más cruzar más nuestras sangres, siendo ya ella de cruce con esposa ganada a los vecinos; para ir unificando linajes, lenguas y costumbres de todas nuestras provincias, y hacernos una nación fuerte, como fueron los imperios olvidados. Mas ella me salió adelante a pedir asentimiento de unirse con quien, como valedora de espíritus, cree poseedor de una mezcla de pujanza con moderación y ternura, merecedor de generar su descendencia. Entonces, daré mi hija al esclavo que la hizo mujer. A él pregunto delante de mis gentes si la amará y respetará como a esposa.

—*Eiabí*, sí, con todos mis ánimos —contesté fuerte.

—Entonces, sean pareja y así sean tenidos y respetados por mi pueblo.

Lo declaró en medio del vocerío de los hombres pintoreados y las emperifolladas mujeres que ya se asían por las cinturas para formar un corro, ora en arco, ora en círculo, a donde de pronto saltaba con gran presteza algún mancebo que se soltaba de la rueda para demostrar sus habilidades felinas, mientras los demás seguían marcando el compás con sonajeros de semillas atados a los tobillos.

Ché-áncayun, Rumor del Río, mi suegra, de un par de años menos de los vuestros, Condesa, una mujer *bobur* con el rostro más dulce de cuantas hembras haya visto en las Indias y fuera de ellas, de cuerpo muy firme salvo las tetas con enormes pezones oscuros apuntando algo abajo, me dijo con mucho comedimiento:

—Me corresponde enseñaros todo cuanto pueda dar placer a mi hija, para que no lo busque en otro hombre.

—Más goce tendremos en ir descubriéndolo entrambos —le respondí, sosteniendo con azoro su sonrisa y la de *Ceyune*,

por un sobresalto retraído de mi patria, pero entendiendo, a la vez, la sana intención.

Entonces la sentó en un banquillo, le acarició el rostro, le quitó las flores del cabello y comenzó a cortarlo con dientes de *piraña*, parejo, a la altura de la nuca y con los lados apuntando hacia delante, enmarcando la cara que ahora aparecía espejo de su madre. Con un manojo de flores le apartó las hebras esparcidas por los hombros y luego le ciñó un primor de pampanilla tejida con hilos coloreados de algodón, en señal de estar casada y deber honestidad a su marido.

Arreciaron los cantos con voces de unos y coros los de más, sin faltar armonía ni tono, ni el compás marcado con atambores para las cadencias de los cuerpos. En veces eran canciones graves entonadas por hombres para pedir bendiciones a los espíritus de los antepasados, invocados con recuerdo de sus proezas. Dominaban los coros alborozados, de más contento, volados de las gargantas femeninas a compasete y gallofado, en alabanza de la alegría, placeres y goces de la comunión de vida apacible.

Ya metidos en el *areito*, el vino de *maíz* hacía que los movimientos del cuerpo se fueran saliendo solos y los cantos subiendo en gritos, porque no atajan el regocijo con delicadezas ni cortesías, sino que lo dejan correr desmadrado. Tan desmadrado que las seis jóvenes desvirgadas, que aún no habían cumplido la cuarentena de encierro para saber de preñeces antes de ser casadas, terminaron la noche con libertad de entregarse a los amigos de sus futuros maridos, con un cariño tan especial que más los amistaba, que les purgaba los deseos que entran por fuerza en una poblazón que nada oculta, donde emociones y deseos están tan desnudos como sus cuerpos, sin que la conciencia acepte culpa alguna y estropee aquel disfrute, porque al no tener comprometida todavía la fidelidad con juramento de maridaje, el amorío no estaba acaparado por un solo ser.

Quien en la madrugada se iba moliendo, iba a sentarse en el suelo, acomodado sobre manojos de pajas, frente a grandes hojas de *bijao* bendecidas con asados a fuego lento de *chigüiros* y *guatinajos*; con pejes adobados con hierbas, empacados en hojas de *chisgua* y puestos sobre las brasas; con cacerías frescas de *gurrriatos* y *lapas*, de *tinajos* y *ñeques*, de liebres, *curies* y ratas de río, de patos y perdices; con bollos de *maíz* o de *yuca* adobados con *aji*, del putaparió, y otros condimentos; con acompañamiento de ollas hirvientes con pucheros de asaduras y menudencias guisadas con tubérculos y raíces, *iotas* y *guatillas*; y grandes tortas de *cazabe* suavizadas con mieles revitalizadoras de la fertilidad; y cestos repletos de *guamas* retorcidas, de *guayabas* y *caimos* y madroños y uvas de la selva; *guanábanas*, *chirimoyas* y frutillas de monte sueltas; muchas *múcuras* de arcilla con *guarapos* o *quildobares* de *ananaes*, vinos de *maíz* y de corozos de palma. Un sin fin de comistrajés, sin siquiera asomar entrellos uno de los dichos palmitos que me hubieren amargado el festín de pensar en tantas hambres pasadas, hambres que aportamos nosotros, como igual trajimos la modorra, el moquillo y la viruela.

Satisfecha la gazuza, los más viejos humaron *tabaco* mientras los demás hombres *mambearon jayo* antes de ir con sus esposas a las *hamacas*. Varios se quedaron dormidos sentados en su sitio, mientras el *cacique* se estrechaba con su *güi*, la consorte favorita, mi suegra, ahí donde les vinieron las ganas.

El sueño me venció tratando de sacar retintines de la flauta para *Ceyune*, recuerdos de Extremadura, de Castilla Vieja, de Granada, de la taberna de Sevilla, sin añoranza alguna porque no cabía entre tanto contento, sino por pretender poner algo de lo mío en el festejo, porque aún no se me había engarzado en el ánimo la música melancólica de estos parajes.

Al mediodía fuimos todas las gentes a refrescarnos en el río, a sumergirnos en la Madre de la Creación, en las aguas en que había sido bañada recién nacida y señalada por su

madre como *Chéjuine*, o «agua que corre alegre», a las que hoy volvía como *Ceyune*, o «sendero de luz», resplandeciente, a donar las flores ya marchitas del convite y los cabellos cortados, a dejar ir en ellas la mocedad sin retorno y a implorarle que nunca sufriera de sed su nueva familia.

La media legua que nos separaba del cercado había sido barrida para que los gandules más fuertes se soltaran en una carrera sin más premio que el reconocimiento de sus amigos y la admiración de las jovencitas. Volvimos rodeados de chucuelos con *fotutos*, pitos, atambores y caracolas, cabrioleando entre saltos de mil monerías y visajes. Uno flaco casi me convence de ser ciego y otro de tener en rigidez las rodillas y los tobillos, exagerando con quiebres de cadera. Varias mocillas se colgaron sobre la bragadura un cuello longo de calabacín y un par de *güiros* redondos, y tomaron cerbatanas para aparentar ser cazadores torpes, enredados con los racimos de la entrepierna. Otro anduvo de espaldas con unas máscaras de *totuma*, una por sonriente delante y otra horrible sobre la nuca y, por ir escamando con los críos, se espinó el culo al salir volando del camino. Era de ver cuán perfectos disfraces confeccionaron con tan pocos elementos quienes aún eran muy tiernos. Una era *guacamaya*, otro *caimán* y otro un animal desconocido de una sola pata. Hubo un racimo imitando como más pudo a los españoles, con nidos de oropéndolas como barbas, con palos que en veces alzaban como cruz y en otras amenazaban como espadas, sudando por arriar *cabuyas* de rapaces apresados por el cuello que se les desbandaban y les hacían pernetas y les hurgabán por detrás, cuando se volvían al acorralamiento de otros. Todos con intención de divertir y sacar carcajadas de quienes volvían del río a repintarse, a preparar más raciones y bebidas, porque la fiesta volvería en la noche y en las siguientes, hasta que la luna menguante desapareció por completo para abrazarse en secreto con el sol.

Amar a *Ceyune* nunca fue un acto de posesión de macho, sino la forma de robarle energía al universo, porque en verdad, como significa este nombre con que le señalaron los *piaches*, ella es como la luz del sol que encandila de mirarla con fijeza, no obstante, también ser como su madre *bobur* la llamaba, *Chéjuine*, con agua que corre alegre y alegrando. En amar a *Ceyune* nunca sentí pecado, menos delito inquisitorial, aunque, debo reconocerlo, cuando ella vino a mí por primera vez, rondaron en mí caletre los ecos de fray Vicente alertando que «echarse con las indias era arrojarse en las llamas del Infierno porque, siendo idólatras, era como revolcarse con adoradoras del Demonio, el pecado más vergonzoso porque, aun en el caso de jóvenes no dominadas del todo por el Maligno, siendo como eran infieles, sería contra el proceder de buenos cristianos», temores que a él nada atormentaban, tal vez por andar rezando.

Aunque las llamas que me abrazaban con *Ceyune* nunca las sentí infernales, sino de gozo excelso, me recorrió un escalofrío al recordar el Santo Oficio de la Inquisición. Y para curarme de cualquier recato que me pudiese mordisquear, habida mi sospecha de que ella tenía certeza de ser yo cristiano, le dije que debía bautizarla en la fe de mi Dios, para que nuestra yunta quedare tan asegurada ante su dios, como frente al mío. Y así, desnudos como andábamos, rompimos los espejos de un remanso del río y con una *totuma* vertí agua sobre su cabeza, diciendo:

—Por los méritos de la redención por la pasión de Jesucristo, Dios verdadero, os bautizo con el nombre de Leonor, para que os acoja en su rebaño.

—¿Qué significa Leonor?

—No lo sé, pero es el nombre de mi madre y de otras grandes damas de Castilla. Y quiero que, como ellas, seáis doña grande en esta nación.

—Si nada significa, nada puede hacer por quien lo lleva.

Entonces me aclaró que, cuando tenía seis años, a los iluminados de la tribu, volando sobre la selva con purgas y ungüentos, les fue revelado cómo nombrar su destino. Ya conocía yo del interés que ponían en observar con mucha atención la forma en que el crío se iba relacionando con la naturaleza, lo que les puede tomar muchas lunas, por ser de mucho cuidado el inspirarse y dar nombre a una criatura, porque con disponerlo mal pueden desgraciarla para siempre.

—¿Por qué es mejor Leonor que *Ceyune* o *Chéjuine*? —preguntó para comprender.

—En nada, pero tan solo se puede bautizar con nombre cristiano.

Después de una pausa me vino una luz y le dije:

—Mejor os llamaré Amor, esa alegría que cojo de vos y me hace grande en medio destas inmensidades aturdidoras, pasión que me dejaría vacío de perderos. Amor es nombre cristiano porque mi Dios es amor. Y no es atrevimiento dároslo, habiendo ya tantas mujeres llamadas María, como su madre.

—Entonces Amor es como decir nosotros *Ñaña*, la ternura en el abrazo, la plenitud del *puiqui*, la unión del cariño con el entendimiento, ¿cuál es vuestro verdadero nombre?

—Francisco.

—¿?

—No lo sé. Mi gente toma nombres de antepasados que han sido grandes gobernantes, de guerreros valientes, de personas sagradas. Así, nos bautizan Rodrigo, Baltasar, Juan o Alberto; Ximena, Margarita o Ana, solo por diferenciarnos; y, para mejor distinguarnos, agregamos un apellido o sobrenombre elegido de alguno de los cuatro abuelos, el de más valía o lucimiento. El mío es Martín. Y cuando ya hay varios vecinos con el mismo nombre y apellido, algunos suelen

agregarse el nombre de la región donde nacieron, o de donde se reconoce ser su familia.

Y dicho, me quedé cavilando que siendo don Carlos el más grande Emperador cristiano, tanto que a los milenaristas franciscanos les temblaron sus carnes por creerle el Dux Novus o el Emperador Final que nos acercaba al fin del mundo, nunca vi repetido su nombre en los listados de españoles en la Casa de Contratación, ni entre las armadas de la conquista, ni en asentamiento alguno de colonos y menos fue dado a los indios bautizados, salvo un par de excepciones, entre quienes repartieron repetidos por millaradas nombres de reyes y reinas. Tampoco recuerdo mujer o lugares nombrados aquí Carlina o Carlota, si bien abundan las islas, villas y hasta provincias enteras renombradas Fernandina; como igual se cuentan muchas fernandas, franciscas, juanas, luisas entre las indias bautizadas. ¡Cuán escaso anda de afectos nuestra Majestad entre clérigos y funcionarios reales! Y cuán olvidado igual se tiene lo tanto que le debe el Sacro Imperio al Carlo Magno.

—Con saber de *baucarvita* y sentimiento de *ñaña*, yo os bautizo con el nombre de *Mati*, o «dicha ajena», porque, así como un día llegó a mí, igual partirá —dijo, mientras saltaban los reflejos del río a sus ojos húmedos.

—*Mati* —repetí—, me gusta y es casi Martín. —Y volvió a mi mente algún aparte del *Libro de Marco Polo veneciano* leído durante mi formación en la Ferrería, donde el mercader contaba que, por donde reinaba la espada del Preste Juan, desde las provincias persas hasta las de los tártaros, los seguidores del profeta Mahoma le nombraban Martín Piñol, hecho insignificante pero que me dio a pensar si mi familia no estaría cargada con sangre del islam, como lo sugiere el entrecejo árabe heredado de mi padre y la emoción por la música y artes agarenas que me estremecen tanto como a mi madre.

Al tiempo que se abultaba el vientre de *Ceyune*, crecía mi fama de curandero. A los cauterios y sangrías aprendidos de Albear, sumé las pócimas y cataplasmas de *Mecou*, los cocimientos alucinadores y purgas de los *piaches*, más varias hechuras de *Ceyune*, como un arrope para sanar ronqueras con bayas de *guácima*, los brebajes y emplastos de *guayacán* para sacar las bubas de la entrepierna, los untos con grasa de *caimanes*, de sierpes corales y pejes *cucha*. Todo aplicado con dramaturgia para ser creído, exagerando desde soplar humazos de *tabaco* sobre el enfermo y en bramar latinajos de encantamientos tan oscuros y confusos que ni yo mismo entendía, entreverando paternósteres y avemarías para rogar a Dios que ayudase al aquejado, por igual que a mí, sin santiguar con el signo de la Santa Cruz para no ser descubierto, sino con bastón de *piache*, el de refregar coyunturas, gznates y estómagos sufridos en purificaciones de hacerles volver las tripas para echar fuera el mal. Extremé el patear y brincar como saltimbanqui sudando hilos por el pecho, en silbar mi flauta y sacudir calabazas rellenas de semillas secas, en chupar y lamer donde está el dolor y la hinchazón, ingeniando siempre nuevas tramoyas.

Así extendí mi nombradía en las comarcas, de donde acudían a mi *tambo* con cuantiosos presentes, aun los sanos para holgarse con mis ocurrencias. Lo único cierto es que, con el sostén de las oraciones a la Divina Providencia, casi todos los dolidos mejoraban o sanaban. Los que no, los pasaba a los sacerdotes mayores diciendo que sus desórdenes eran por habérseles medido soplos que no podía dominar por no tener comunicación con *Sira*. Ellos acudían a sus bebedizos de *acgua* y *jayaguaza* para fortalecer e iluminar el *aca-cambra*, la pujanza espiritual. Así los viejos *piaches* seguían en un lugar más alto, sin celarme, orgullosos de ser mis maestros, diciendo que, así como aun las piedras tienen un poder, yo poseía ciertas virtudes. Además,

eran ellos quienes repartían entre las gentes lo que me dispensaban los sanados, luego de apartar su porción y la mía.

Sin manejar nada de astrologías ni adivinaciones, pude sentarme alrededor de la candela en el corro del *cacique* con sus *piaches* cada que necesitaba dar riendas al gobierno, después de tragantonas y embriagueces, mientras se convidaban a chupar cañas encendidas con *tabaco*. Una noche se iba en repartir las fuerzas de las gentes, según fuese época de cosechas o caza; otra en calcular cuánto de la cosecha distribuir, cuánto almacenar y cuánto destinar al trueque. Y el tratar de pasar por principal me llevó a descuidar mi atrevimiento, a caer en muchas arrogancias y en la molicie del humo del tabaco, del *jayo* y del vino de *maíz*.

En la Ferrería fui disciplinado para obedecer siempre y estando bajo los alemanes nunca tuve la ambición de ser dominador de nadie. Mas ahora los indios rumiaban que, por ser yerno del *cacique*, parecía que aquel esclavo quería, poco a poco, supeditarlos de modo diferente al que tenían. Dos veces se confabularon algunos en secreto a tratar de matarme y lo hubiesen logrado si *Ceyune*, capaz de escuchar los suspiros de las piedras, no los hubiese destapado. A los primeros les gané de mano, con sembrar mi estancia con espinas impregnadas con *curare* de manzanillas, ranas y arañas venenosísimas, de lo cual tres murieron y otros quedaron tan impedidos y afirmados en ser yo un *curaca* del Averno. A los siguientes me fue más fácil ablandarlos con sembrarles el temor de agusanarles sus críos, por lo que desistieron del propósito, sin olvidar los recelos.

Entonces se ingeniaron cómo ponerme delante de sus enemistados: se dieron a mover rencillas de vecinos con meterse en sus cotos de caza, hundirles algunas *canoas* varadas en las riberas, echarles *barbasco* en los pozos para envenenar los peces, y ponerles fuego en varias labranzas. Y después que los acosados reviraron en el mismo tono, los conjurados fueron donde el

cacique a convencerle de nombrarme *tiba*, o capitán, y ponerme al frente de los guerreros, ya concertados en volver grupas y dejarme ensartado de flechas enemigas.

Aunque la treta también llegó a oídos de *Ceyune*, no me quedó otra salida que aceptar, pero logré imponer algunas condiciones: la principal, primero enseñarles una nueva milicia para lograr la victoria rotunda a mi manera, no con meros despliegues de mostrarse superiores para llegar a las manos cuando se sintieran acosados, o sin salida, y con un par de muertos de cada lado quedar en el punto inicial. Pedí la guardia del *cacique* como mi escolta personal, bajo cuyo cerco metí a los demás guerreros a entrenamientos de molerlos de sol a sol, por cuatro lunas.

Como ningún bando difería en emboscarse en la selva, ni tendría ventajas en sus *guazábaras* montaraces de dar gritas y tronar caracolas y *fotutos*, lo primero fue enseñarles a marchar en pelotón cerrado con sus varas tostadas apuntando hacia delante y embrazando sus rodela de cueros duros formando cercos impenetrables, empujando a dar la lucha en despejado, en plazas y callejuelas enemigas, por las madrugadas o en las noches, como bien lo apropié de los capitanes de D'alfinger y Federmann, para tomarles en descuido en las horas sin luz, las de la paz y holganza, que nunca antes las habían usado para sus pendencies.

No fue fácil, pero aprendieron a pelear en formación y bajo órdenes, poniendo en vanguardia cerrada uno de cada cuatro guerreros hasta agotar sus dardos y flechas. Entonces, volando como venados, otro pelotón entraba a reemplazarlos, después otro y otro más, y entonces volvía el primero ya refrescado y aprovisionado de armas surtidas por las mujeres, a las que también dejé el peso de atronar con grita y caracolas, para parecer ser el doble en número, que así cogeríamos al enemigo desgastado en armas, fuerzas y ánimos.

Con estas tácticas más de moros que de cristianos, los indios eran más eficaces que nosotros mismos en su terreno, por conocer las marrullas del contrario y, mucho más, por una poderosa ponzoña industriada por una vieja que se llevó el secreto de la receta al morir reseca de tanto respirar sus vapores. Bastaron cuatro ataques al alba, cerrándoles las salidas con cercos de flecheros a no dejar escabullir siquiera la chusma y así conjurar los posibles rencores de su descendencia, para con una saña antes desconocida dentro de mí, entrarles a poner fuego desde las *malocas* de los *caciques* hasta hasta sus escampaderos en las labranzas, para ahorrándonos el trabajo de prender esclavos, sembrar el terror en las comarcas de donde antes me enviaban sus enfermos.

Fue entonces cuando *Ñapabiñe* recapacitó de cuán lejos habían llegado mis manos por dejármelas sueltas y me ordenó aquietarme en todo, como si estuviere en prisión, y para reparar lo que parecía irreparable, mi suegro comisionó a los viejos salir de embajadores a remendar y fortalecer las anteriores alianzas hechas con los demás vecinos para enfrentar a los barbados.

Deste modo, sin proponérselo él ni yo haber medido las consecuencias, sino por el desasosiego que se levantó por la culata del lago, *Ñapabiñe* quedó alzado cual señor de una federación de poblaciones obligadas con tributo suave, ligazón que según explicaros los viejos emisarios «fue plantada para comprometerse a fortalecer su defensa y poder hacerles cara cuando volvieran los cristianos», rebote que nunca estuvo en mis cálculos, porque no premedité que lo enseñado se regaría, copiado con ardentía, por quienes acababan de pelear contra mi *macana*. Y con la rapidez con que vuelan las noticias por los montes, quedé con fama de arrojado, del único capaz de contener los invasores con barbarie semejante. Y fui aclamado capitán de capitanes, y todos los de los pueblos pactados me

tuvieron por principal, si no por amigo, los unos por reconocimiento y testigos de lo demostrado, los otros por ecos exagerados, con lo cual más se me empotraba el sobresalto de que aparecieran algunos compañeros de los moribundos extraviados, o los de D'alfinger reforzado, porque ya los cristianos no chocarían con piquetes de asaltantes emboscados ni de arqueros defendidos tras cercados, sino contra escuadrones fronteros crecidos en su patio, briosos y bien alimentados.

En poco tiempo se bajaron las mutuas ofensas y yo guardé el penacho de guerrero sanguinario y *tiba* despiadado para volver a curandero. *Ceyune*, sin reparar en su vientre abultado, preparaba lechadas de *tunas* y de gomas sangradas de los árboles que, revueltas con picadillos de hojas de *tabaco*, *barbascos* y *ají* se usan para suprimir tanto langostas, orugas, arañuelas, gorgojos y gusanos, como los mohos y carboncillos que corroen y destruyen los huertos de calabazas y legumbres, que igual arrasan labranzas de *maíz*, *batatas*, *yucas* y *ananás*, incluyendo los arbustos de *jayo* que, no obstante ser sacros, en algunas ocasiones son atacados por las plagas. Ella seguía su perfeccionamiento en las artes de manejar los espíritus, con un gran *saila* venido de donde el *Catatumbo* entrega sus aguas al lago, a no muchas leguas al poniente de donde fui salvado, donde de continuo hay cantidad de relámpagos sin la voz del trueno, portento grandioso de mucha admiración y reverencia de todos, por creer ser los mensajes del sol en destellos zigzagueantes, espectáculo sobrecogedor si está uno allí, fascinante para ver de lejos, como varias veces pude gozar aquellos fulgores desde donde el gordo *Mucajepe* y sus gentes reverentes, en no pocas ocasiones saludaron estos rayos mudos con antorchas de maderos secos untados de *orú*, un betún negro que, encendido, dura ardiendo toda la noche.

El principal quehacer del *saila* era predicar por los pueblos donde, para ello, convocaba las gentes al anochecer en la

maloca ceremonial, un *bohío* bien venteado y de mucha holgura, de más de cien pasos a lo largo por unos cuarenta a lo ancho, con dos puertas en un extremo y en el fondo varias *hamacas* donde de continuo se echaban los demás *curacas*. La del gran *saila* estaba guindada de las columnas del centro, rodeada de banquillos de acomodo para quienes entraban a escuchar su letárgica salmodia en la oscuridad disimulada con unos hachones, pocos, por temor de arder las palmas de los techos. Primero recitaba las noticias de su peregrinaje. En seguida, las pláticas morales de cómo debían comportarse las gentes, entreverando fábulas y mitos para enseñar la armonía debida con la naturaleza y entrellos mismos, recordándoles que *Rucgua* era el hálito creador, el padre del pensamiento y del conocimiento, el origen de la luz invisible, prestada a *Ratha*, el sol, para que la hiciera visible y con su calor germinara las semillas distribuidas por *Yagshogua*, convertido ora en pájaro, ora en *jaguar*, ora en danta, llevando de una nación a otra las semillas de *coca*, *acgua* o *yopo* y demás árboles que allí se crían. En sus últimas cantilenas, que parecían proseguir por siglos sin cambiar de tono ni subir ni bajar la voz, recordaba hazañas ancestrales y después entraba en enmiendas para inducir a los jóvenes a apoyar los ancianos, a los ancianos a sosegar los jóvenes, a los hombres a resguardar sus mujeres y a las mujeres a halagar sus hombres. Y durante este sermón, para que no se durmieran los oyentes, unos comisarios iban paseando lentos y sigilosos por entre los oyentes, y cuando encontraban alguno en cabeceos, puestos detrás, le asustaban con fuertes bramidos. Ya adelantada la ceremonia, varias mocillas ataviadas con flores entraban con *múcuras* de vinos de frutas y artesas llenas de bollos de *maíz* rociados de mieles salvajes. Se metían como gatas por entre los banquillos y a todos iban agraciando con lo que les apeteciese, mientras el *saila* remataba con celebrar nuestras pasadas

victorias, pero atormentado del dolor causado entre hermanos, por lo que, dijo, debíamos peregrinar a la pasmosa tierra de las centellas mudas para, en su silencio, buscar la purificación con el ayuno y a dejarle pequeños pagamentos en señal de nuestro agradecimiento.

Este *saila* se quedó entre nosotros por casi el mes en que me mantuve rehuido por estar seguro de que, con tan solo mirarme a los ojos, iba a saber quién era y, con rociarme un puñado de las cenizas de su bolsa, me podría secar poco a poco, hasta terminar dejándome cual mono sobre brasas. Al contrario, *Ceyune* no se le apartaba para aprenderle a captar los mensajes de la naturaleza como, por ejemplo, diferenciar entre el silbido de saludo y el chiflo avizor de presencias extrañas del *tucán*, ese pájaro de más pico grueso que cuerpo negro con vistosos colores por el pecho; o cómo distinguir cuáles telarañas son las de sellar heridas sin dejar casi cicatrices y cómo recogerlas ahuyentando la tejedora, tan grande como un huevo, de largas zancas peludas y dientes amenazantes; o cuáles gusanillos deben dejarse sobre las úlceras para que las limpien sin dejar cicatrices; o cuáles son las hojas urticantes que, hervidas y calientes, sirven para curar la mordedura del *chimbilá* y cómo tapar luego su bocado con cenizas de *guarumo* para evitar que se conviertan en llaga, y dónde conseguir las chumberas de almizcles que los ahuyentan de volver a morder a la misma persona, por la sevicia de sangre que tienen estos murciélagos; o cómo desencuevar dentro de las labranzas, sin tener que poner fuego en los pajonales y dejar medio chamuscadas las crías de *pecuríes*, o *picures*, que son unos roedores del tamaño de un gato grande y de mejor gusto que el del lechón asado, confundidos por algunos castellanos con perrillos mudos, porque se dejan domesticar por los indios. Aprendió del *saila* cómo hacer cuajadillas de los árboles que lloran gomas y leches, unas para fijar sus coronas de plumas, otras para aderezar los cebos de las

nasas y cestillos de pesca, y otras para sahumar a los espíritus. Conoció de las raíces de un árbol, más efectivas que todas las plantas conocidas para que las mujeres retuviesen y secasen la simiente del varón dentro del caño de la madre. Repasó el arte de entablillar con cortezas frescas los huesos rotos para dejarlos soldados como si nunca se hubiesen quebrado. También una nueva forma de hacer mala sal, para cuando falta la buena, con quemar cogollos de palma para formar lejías con las cenizas que, secadas al fuego, dejan un salitre blanco, un tanto amargo y desabrido pero fácil de mejorar con agregarle polvo de ají.

Si bien *Ceyune* siempre estuvo buscando conocimientos ajenos, jamás quiso hurgar en los míos, ni cuando me veía valiéndome dellos. Fue su tiento para zafarme del pasado, su presentimiento de no tener cabida en su mundo sencillo y equilibrado, afirmada en el mal augurio de que, por el mismo resquicio de entrada para nuestras maestrías, se vaciarían sus sabidurías ancestrales. Y por ello, para no embrollarla en cavilaciones distantes, nunca quise enseñarle la magia de la escritura.

Hacia una semana que no dormía conmigo en la *hamaca*, sino que se echaba en el piso sobre unas pieles de nutria, cerca de la tibieza del rescoldo del fogón. Al alba llamó a su hermana mayor, a la que había convertido en su *ogdjiabara*, su amiga y compañera, desde que, con dos críos, se había venido a vivir con nosotros al quedar viuda en una de aquellas mantanzas. «Ya viene *adacuara*», mi primogénito —le dijo— y se encaminaron las dos hacia el río, sin más que una manta y una cuchilla de caña.

Ceyune, puesta en cuclillas sobre unas yerbas, parió nuestro hijo, cortó la trencilla y lo entregó a su hermana para que lo purificara en las mismas aguas donde ambas fueron lavadas al nacer. Lo envolvió en la manta y dejó al lado de la parturienta durante unas horas de reparar los alientos. La madre cargó de regreso la algarabía de la nueva vocecilla remarcando el

camino del bosque, anunciando su filiación a la poblazón y la pertenencia al *bobío* que, de ahora en adelante, sería el hogar de arrebujar mi familia indiana.

—Se llamará *Matisashída*, el hijo de *Mati* —me dijo cuando salí a su encuentro—, mientras los espíritus revelen el nombre que protegerá y gobernará su vida, para no depender siempre se su padre y de su abuelo.

—Sea —asentí por pensar que «es como apellidarse Martínez, el hijo de Martín, aunque *Mati* no sea nombre castellano y, por ello, no existen apellidos como Francisquez, por el nombre de Francisco no ser nacional nuestro, sino de emperadores alemanes y santos italianos».

Tomé a mi hijo y lo destapé para escudriñarlo: era hermoso y se veía sano y fuerte, tan blanco como yo debí ser antes de andar más curtido que un moro, y por verle más claro que los críos *bobures* y *pacabuyes*, lo envolví de inmediato, y levanté la mirada para recibir la de *Ceyune* y, sin palabras, reconocer nuestros temores. Pero era tiempo de alegrías y las alegrías se reforzaron con licor de *maíz* repartido a cuantos vinieron a festejarnos.

Durante el día *Ceyune* llevaba a *Matisashída* colgado dentro de una manta cruzada por la espalda que, con solo girarla hacia delante le daba la teta, sin suspender sus labores. Durante las noches, por casi dos giros de la luna, se instaló con el crío en nuestra *hamaca* doble y no quiso recibirme, por lo que tuve que dormir en el *chinchorro* sencillo. Desde allí le oía tararear arrullos sin palabras para adormecer al niño. Después entonaba canciones de enamorados ausentes requiriendo ser consolados. Su hermana *ogdjábara* me explicó, cuando vino y se tendió a mi lado, que es la forma que tiene la *güi* de transformarse en *tigüi*, la esposa que canta, para entregar su amor durante la cuarentena de no estrecharse con su *sajaca*, o marido, y que con su mismo *ti*, o canto, la picaba a que se echara conmigo,

porque si la madre debía aplazar su contento, no había razón para negárselo al padre ni para no cederlo a ella que, siendo viuda y sin nuevo marido, con cuñado no cometía adulterio, ya que de hacerlo con otro sí sería castigada con obligarla a servir como esclava en casa del padre. Entonces yo, sin amor, pero con el ardor que asienta en los rincones la abstinencia, en tanto la mi cuñada dejaba esparcir temblorosos quejidos de entusiasmo por el tambo sin paredes, con risillas de satisfacción y pujos acompañando contracciones de los muslos, en contrapunteo con los gorjeos de mi *tigüi*, me debatía entre la excitación e hinchazón del instinto y la confusión de tan diverso universo de costumbres.

Después de las primeras destas noches, *Ceyune* me preguntó sonriente:

—¿Con cuál nombre cristiano bautizaréis a mi hermana?

—¡Oxte, que olvidé lo del sacramento! Tal parece que estoy mudándome a un credo universal.

—*Mati* ha enseñado a mi gente los secretos de la guerra. Yo estoy enseñándole los del amor.

Y con decir esto recordé cuánta confusión tuve años atrás, cuando no podía entender al filósofo que decía que «si en el sexo y la guerra hay algo más que una lanza clavada en el vientre del contrario, válida solo para conservar una especie, entonces ambas acciones se deberían engrandecer a través del amor»; porque siendo el amor la esencia de Dios, nunca podía empatarlo con placer y muerte, ambos instrumentos del Demonio, a no ser que fueran los extremos de la sierpe que se muerde la cola. Aún hoy me atasco en por qué si algunos se rinden a los deleites para no negarse un derecho natural, entonces luego les viene una zozobra y les azuza a buscar perdón de Dios con martirios, con ardersen las palmas con flamas de velas, o desgarrarse las espaldas con flagelos y los muslos e ijares con cilicios para lograr un desagravio por

un goce que a nadie dañó. Ahora ni siquiera discierno entre si este trópico está impregnado de lujurias, o si los cristianos entramos a contaminar estos paraísos apartados de la culpa original, con pecados falseados por quienes se abrogaron la regencia del pensamiento divino.

QUINTA NOTICIA

DE LA DESPEDIDA DEL PARAÍSO,

cuando los de la colilla de la hueste de D'alfinger, muerto por ponzoña india, me toparon de capitán de los *pemones*, me reconciliaron en la fe del Señor y me llevaron a padecer burlas y desconfianzas en *Coro*, donde, congojado por el apartamiento de *Ceyune*, urdí devolverme a la indiada; de cuánto presionaron en vano los españoles por el tesoro de los alemanes y, puesto que burlé revelarlo por tenerlo en mira para provecho propio, por mejor asegurarme, me cargaron con grillos a Sevilla



CAPÍTULO XV

DE LA RUINA DE LOS DE D'ALFINGER,

cuando empeñados en la busca de la *Xérira* refulgente de los *guanés*, los contuvo el cañón del *Chicamocha* y por falta de aliento giraron a mayor dureza por los páramos, donde le sacaron la vida al gobernador por la garganta

Ni el fragor de las marchas ni el sobresalto de las *guazábaras* dejaban ocasión a los clérigos, grande ni pequeña, para su trabajo de convertir idólatras. Sin siquiera existir las palabras desta tierra para los etéreos asuntos de nuestra fe, les fue imposible hilar un ideario católico, un catecismo al menos, para algo hacerles interiorizar. Sería sinrazón pensar en un esfuerzo de conversión en medio de tanta aflicción metida por fuerza. La evangelización no tenía cómo entrar en medio de la conquista: habría de esperar a la ocupación y asentamiento de colonos, a otra generación de mestizos hija de mestizos nadando entre dos aguas. Será labor para quienes vengan a predicar delicadezas, con caridad, después de cambiados los telones destas selvas y lavados sus rescoldos. Así lo vimos todos, pero nadie lo expresó, por no contravenir disposiciones de preladados y majestades, salvo Federmann, D'alfinger y algotros alemanes que, corriendo el riego ser marcados como acólitos de Martín Lutero, dejaron entrever que catequizar salvajes no era trabajo nuestro, sino preñar indias, llenar sus barrigas de

futuros cristianos, tarea acometida por todos sin necesidad de órdenes antedichas, sin distinción de rangos ni oficios, aplicados en ella por igual laicos que tonsurados, porque para officiar en esto nada más se requería lo que a ninguno le faltó: indias y cojones.

El celo de fray Vicente siempre le avivaba a ir más allá de dar absoluciones «in articulo mortis» y aplicar santos óleos en cadáveres tibios. De pronto, después de bendecir la cruz sobre el enterramiento de un soldado muerto por algo similar a un tifo *chivalongo* que le llenó la boca de costras negras, como esos morbos que en Europa se pasan con los piojos, se apoderó de la rodela, alabarda y tizona del difunto, «para arrimar el hombro a defender nuestras vidas» —dijo—, mas yo intuyo haber sido para sentirse cruzado en las Indias, aunque habrá de reconocérsele haber guardado las armas y la cota de algodón, y volver a su hábito y cruz de madera cuando le renació la vocación catecúmena durante los meses en que el gobernador ordenó acomodar de nuevo su real en *Tamala*, en espera de la vuelta de Gascoña con refuerzos, por ser aquel sitio de buen viento y acomodo, aunque las labranzas seguían exprimidas y huidos los naturales desde cuando los metimos en el corral de la plaza.

Repelado el oro, se decidieron que todo el tiempo de la espera sería para recomponer la salud y las fuerzas. De los cargadores, pusieron unos a la pesca y a la caza, y otros a rebuscar madroños, *caimos*, moreras, *uchuvas*, *guarapas* y demás frutillas de monte. Y por andar con estos, fray Vicente se topó con un puñado de pequeñuelos vagando sin amparo, tal vez huérfanos. Azuzado por un par de indias mansas a su servicio, se dio maña para entrarlos en la poblazón con la intención de darles doctrina cuando estuviesen aplacados. Los primeros días los mantuvo reunidos porque era como menos lloraban los mocuelos, llevados de la mano por los mayorcitos,

preocupados por repartirles las pocas sobras rasguñadas por la servidumbre. Para que fuesen tomando confianza, los dejó husmear de a pocos entre los nuevos inquilinos. El gobernador no se atrevió a enjaularlos para pedir rescate en alimentos, pero puso varios vigías en las afueras, mientras los de caballo recorrían las sabanas, más que por venados, en busca de quienes vinieren a recuperarlos, porque cada que alguien veía atisbos de estar escurriéndose como zigzaguean las serpientes, habría un indiecito menos en la doctrina, hasta quedar el fraile sin a quien enseñar lo «del Dios único, el espíritu divino que es una trinidad de entidades diferentes: un Espíritu Santo, un Padre y un Hijo encarnado en hombre, para en esa forma poder hablar y enseñar las verdades a los hombres que, por no entenderlas, le crucificaron; y de la Madre de aquel Hijo, que era virgen porque la simiente se la puso el Espíritu Santo, quien con esto vino a ser el padre, en vez del Padre» y a la par les metía en la cabeza lo de «un Demonio pérfido que vivía en un Paraíso y tenía forma de culebra que, por lo mismo, la serpiente no puede ser símbolo de vida y sabiduría como lo creen en las Indias, sino de tal maldad, ya que urdió guisa y tramoya para despojar de la inmortalidad a los hombres por haberse apareado los primeros padres a cumplir la orden del Dios Padre de multiplicarse, con lo cual habría habido muchos más inmortales como lo son Dios, los ángeles, los demonios y las ánimas de los muertos, que si son de buenos cristianos van a reunirse con Dios en otro Paraíso llamado Cielo que está donde vagan las estrellas; pero si son de cristianos malos, o de infieles sin bautizar, van a penar en el fuego del centro de la tierra, ese Infierno que en veces eructa demonios por los volcanes, que fue la manera como poblaron estas tierras haciéndose pasar por dioses».

Y anduvo tan alucinado con su misión que, al desbandársele los mocitos, la emprendió con los cargueros y las de

servicio, y como el traductor dijera que él nada comprendía, pidió al gobernador le asignara otro más ladino, y D'alfinger le respondió que, a estas alturas, quien mejor debía desenredar esas doctrinas era el mismo fraile. Y así quedó encajado fray Vicente a pensar en jergas indias lo que aprendió en latín y esgrimía en castellano. Vino a captar que nada le entenderían y, por acertar las palabras, se le fueron embrollando los preceptos y, antes de que su fe diera de bulto en el piso, se las arregló para aceptar entre creyentes y salvajes «que el Diablo me ha turbado las entendederas para no ceder su terreno en las Indias. Mas, saliendo de estos sopores y enervaciones, Dios me devolverá su gracia. En tanto, a Él imploro les insufla la fe, con la cual nada se necesita comprender, solo creer». A lo cual, una voz en claroscuro respondió que «esto de quedar atolondrado no ha sido cosa de Satanás, sino por tanto follar con hambre, porque entre pujo y pujo se os van vaciado las entendederas».

Tres meses de esperar y desesperar los refuerzos, y sin saber del oro despachado, ya eran demasiado. D'alfinger ordenó seguir al sur, con el tiento que exigía el andar tan reducidos y estragados. Pernoctaron a pocas leguas, en *Conapaz*, también abandonado. Traspasaron los umbrales de la provincia de los *cindaguas* en *Cimpachay* o *Zompachay*, una poblazón semilacustre en la ribera del río Grande. De sus gentes nada más alcanzaron a ver las siluetas de las últimas *piraguas* cortando, entre arreboles, el cuarto de milla hasta la otra orilla.

Al día siguiente, en una de sus *canoas* abandonadas en la carrera, un par de nuestros embajadores con dos lenguas traídos de *Tamala* se dieron maña para encontrarlos y buscar avenirlos a la paz. Volvieron con una docena de *cindaguas* desnudos, con las caras negras y tatuados por el resto del cuerpo. Traían de agasajo una buena provisión de bagres frescos e *iguanas muqueadas*, y, para más regocijo, unos doscientos pesos de

dieciocho o más quilates. Con buen tratamiento, les fueron preguntando dónde abundaba ese oro y les entendieron que lo lavaban de sobra en el *Nechí* y otros ríos descolgados de la cordillera del poniente y que lo laboraban en los pueblos del frente: *Coyandía*, *Zuandí* y *Zumetí*, o *Simití*, siguiendo por el *Yuma* a otra laguna enorme, sin más caminos que caños y cenagales, soplo que ancló las ambiciones en ambas riberas, al parecer sujetas a la poderosa nación de los *cindaguas*, o «alcoholados» como los aludía el fraile en sus notas por andar pintoreteados con tatuajes.

Sin *canoas* para poder cruzar todos en ristra el *Yuma*, la tropa se desperdigó atolondrada por donde estaba, con el único tino de ir con el agua a los sobacos hacia donde veían humos en la lejanía. En la barrida hicieron algo de oro, siendo mayor lo de cobre, porque toparon muchos obrajes deste metal pajizo: hachas, azuelas, escoplos, utillaje para orfebrería, anzuelos y arpones para pescar desde las *canoas*, aunque ninguna espada, daga ni pica de guerra. Como los soldados solo diferenciaban el brillo, poco de tonos y pátinas, Casimires von Núremberg lució sus conocimientos y separó a su albedrío las tumbagas de mezcla pobre, las aleaciones más ricas y lo de oro sin liga. Con lo de cobre hicieron un montón de mucho peso que hizo el gobernador enterrar él «para servirlo de lastre en los futuros navíos por la mar del Sur». Y por la ceguera del oro, a ningún indio apretaron para que dijera dónde estaban las minas de cobre que, hasta el sol de hoy, nadie ha topado ni buscado, porque a nadie, ni siquiera al Casimires, le superó el decaimiento y la fatiga.

Igual pasó con un bálsamo llamado *lupo*, usado por las *cindaguas* para ungirse los cabellos, tan exquisito como los más codiciados de Samarcanda, que por andar los castellanos apartándoles los folguillos de algodón, olvidaron preguntarles de dónde sacaban tal fragancia y dejaron pasar un comercio

de tanto precio como fuera el de los Polo de Venecia, que de haberlo sabido los Welser, cuando menos, le habría costado la hombría al gobernador y al capitán Von Núremberg, porque por la busca de metales, especias, bálsamos y panaceas fue que repagaron su presencia en *Coriana*.

Con la vuelta de las lluvias, los caminos se hacían imposibles. Sin *canoas*, se quedaron varados en *Zoncilloa*, soñando y haciendo refulgir en su mente los pueblos dorados de la otra orilla, sabiendo que los alcoholados, aunque en tierra fuesen mansos, en sus *piraguas* se tornaban animosos e invencibles. Abrumados, resolvieron tornar a los terrenos más firmes de los *pacabuyes*, aunque vacíos, a sostener la esquina mientras llegaban los socorros de Gascaña, rondando por *Xenmoa* e *Ixará* por algo para sus bandullos, a pocas leguas del punto de encuentro convenido: *Pauxoto*.

Corrían los días en que al otro lado de la cordillera yo estaba siendo vendido por esclavo, cuando el capitán Esteban Martín se resolvió ante el gobernador:

—Excelencia: seis meses sin noticias, dan a pensar que los de Gascaña están muertos, o extraviados, o... alzados con el tesoro.

—¿Qué discurrís?

—Ir con quienes a bien tengáis en seguimiento de aquellos para saber su suerte y de haber ocurrido lo peor, con el posterior acopio de oro, traer refuerzos y bastimentos para seguir con nuestra conquista y cosecha, que el relumbre está adelante por ambos lados, aunque dentro de gobernación ajena.

—Si con la poca zaranda que hemos dado, tanto empieza a brillar en esta tierra, ya untado un dedo, por nada debemos cejar en escarbar con toda la mano. Idos sin demora por refuerzos y lo más que podáis encontrar de clavos, herramientas y oficiales carpinteros diestros en chalanas de poder de cruzar el *Yuma* en prosecución por sobre la otra ribera. Y si Gascaña

no ha arribado por allá, disponed de cuarenta mil pesos de los que lleváis para encender los ánimos de los colonos y que nuestro factor fie y provea lo indispensable para fundar por acá una ciudad de asegurar estos territorios para nuestra gobernación. ¡Qué bien cabría aquí Ulma!, tan bañada en oro que ni las islas del mismísimo Rey Salomón.

—¿Con cuántos hombres puedo contar?

—Sois lengua y práctico. Bastarán diez escogidos, para no desproteger mi asiento. Sacad los indios que necesitéis y sea vuestra marcha lo más liviana, porque bien sabéis cuán importante es la prisa en volver antes de encontrarnos reventados.

El capitán Martín se comió el temor a los enemigos hechos en la venida y eligió el camino trajinado, en vez de buscar nuestras huellas desparramadas por una serranía tan basta como tupida, que en medio año ya estarían borradas. «Preferible lo ya trillado, así sea dificultoso, a lo de por ver», justificó cuando partieron en el día del Bautista, el veinticuatro de junio, con poderes y ordenanzas del gobernador para sus tenientes en *Maracaibo* y *Coro*, cargados de bendiciones y exorcismos de fray Vicente, y con las recomendaciones y esperanzas de todas las caras largas dejadas como en sangría, penando desde el fondo de sus entresijos.

Con marchar bien madrugados o, incluso, ya entradas las noches, evitaron emboscadas. Pero cuanto más les favoreció fue ir detrás de la noticia de la vuelta de los cristianos, con lo cual encontraron vacíos los *bobíos*, humeantes los fogones y abandonadas algunas provisiones. Y así, en tan solo cinco semanas, en el día de los santos Sansón e Inocencio, a finales de julio, alcanzaron a divisar los ranchos de *Maracaibo*.

Salió a recibirles el alguacil Hernando del Castillo, lugar-teniente de Francisco Venegas, ausente por haber saltado con algunos soldados a castigar a unos *onotos* que días antes habían matado catorce españoles. El capitán Martín envió una

comisión a *Coro* y, sin importarle estar ardiendo en fiebre, se lanzó con cinco voluntarios a reforzar el piquete que iba a vengar el honor de tantos difuntos, entre quienes oyó mencionar un par de viejos compañeros.

Ninguna noticia halló sobre la gente de Gascuña. Tampoco la tuvieron en *Coro* los cinco que en secreto llevaron el botín y luego lo ostentaron ante quien quiso verlo, antes de dejarlo en manos del factor de los Welser.

Ninguno de los devueltos tropezó con Isabel, mi Adelfa, ni preguntó por ella; ninguno la buscó; ni ella salió a curiosear por mi suerte o la de otro cualquiera. Un año después, cuando me toparon mis compañeros, nadie supo contestarme si andaba fugada en busca del Yago Tinajero, o perdida en amores con algotro gandul. O si era muerta.

No fue difícil reclutar casi todo el medio centenar de ociosos en *Coriana*, encendidos con los relatos de tanto pueblo dorado, siendo que ahora nada refulgía por allí, ni siquiera una perla. Bulló la sangre y en piquete armado a toda prisa por el teniente Santillana cazaron a casi todos los *caquetíos* que quedaban en el ruedo. En *Maracaibo* reunieron otros treinta soldados de la misma condición, otra buena recua de *onotos* cautivos y un carpintero que dijo saber algo de barcazas. Se hicieron a un par de sierras y varias azuelas; nada de clavos ni alcayatas, que saldrían de las colleras de los cautivos. Agregaron unos mosquetes, barriles de pólvora y municiones, varias tiendas de lona y herramientas de labranza. Nada más. Entre las mujeres recelosas de meterse tan adentro, todas criando y algunas además con barriga llena, no hubo disponibles para lo de la fundación de la ciudad en la Tierra de Adentro, por no despoblar más la ranchería. Las sacarían después de las islas y desde las Españas, quizás algunas tudescas de permitirlo la Corona.

La misma prisa en ir la pusieron en tornar al real de D'alfinger asentado en *Comizaca*, una poblazón *cindagua*

que comerciaba piezas de cobre machacadas cual monedas, con los *pemeos* del oriente. El saludo de Esteban Martín, sin palabras, fue alargarle la provisión en dos pergaminos ratificando a Ambrosius Ehninger von Thalfingen en su encargo de gobernador de la Nueva Venezuela. La contestación fue un abrazo anegado en lágrimas, sin dejar escapar ninguna. Con la llegada de los refuerzos, unos querían darse a la industria de las barcazas para cruzar ciénagas y esteros, y pasar cuanto antes el río grande en pos de las provincias doradas de *Cumujagua*, *Simití* y *Guamoco*. Otros pugnaban por seguir las montañas al sur en busca de alimentos y del oro de los *lache* y los *guanés*, que igual chispeaba en las ambiciones de todos.

Con los ánimos encharcados por la desaparición del tesoro, el gobernador no se decidía. Nombramiento en mano, levantaba el vozarrón repasando las nuevas de *Coro* y *Maracaibo* que hablaban de la mucha necesidad de su persona; y en silencio repasaba las quejas sobre el ejercicio de sus tenientes y validos, del desgobierno, de la falta de comercio y sin recaudo alguno. No ventiló su inclinación de volver a Venezuela. Pero alguien, también encharcado por haberle entregado ya la gobernación a un alemán, sopló haber oído a Casimires recomendando, ¡dizque en castellano!, a micer Ambrosio que «de estar perdido lo que parece estar, mayor cuidado debemos poner en no destapar todo, sin antes separar las partes nuestras, y sopesar qué tanto conformará a los Welser y cuánto habremos de dejar en caja del monarca». Y no faltó otro que jurara estar al tanto de su deseo de «tornarnos a *Coro* para, en mejor tiempo y más a su propósito, regresar con un ejército y colonos de solo alemanes».

Entonces Gómez de Amaya y Francisco de Quindos pidieron audiencia, no tan en privado, para decir el uno que «A todos nos corresponde saber de aquellas provincias tan ricas según lo notificado por los indios, siendo que, en verdad, las nuevas

provisiones y abastos se han hecho con fondos del común, porque repartos no hemos visto, ni para abonar los créditos...» y continuar el otro, que «Mientras los nuevos soldados han entrado con promesas de salir ricos, nuestras escuadras no hallan sustento en habernos expuesto por tantas leguas para aceptar estar desaparecido todo cuanto hemos hecho, para hasta ahora venir vuestra excelencia a decirnos que que estamos donde no debemos y debemos salirnos porque ya se sienten venir los pasos de los de Santa Marta tras los nuestros a...».

—¡Ihaa! —lo cortó ceñudo—. Si las aguas nos atajan por el poniente y las montañas se interponen al naciente, y como no hay quien quiera devolverse con las manos vacías, mañana enrumbaremos hacia el sur ¡por orden de vuestro nuevo gobernador!

En un par de jornadas estaban por *Sonico*, donde encontraron un lugar de culto nunca visto en cuanto habían pisado. Sobre la plaza se asentaba un gran *bohío* cuadro sobre cuatro postes enormes, orientados con la rosa cardinal, rematados en mascarones pintados de negro y bermejo, para más asegurar a fray Vicente ser casa de un demonio. Creían estar aún en la provincia *cindagua*, pero esto parecía aparejado por otras gentes, porque adentro había una recámara separada por finas mantas de algodón no vistas en estas tierras cálidas, los pisos cubiertos por esteras de espartillos y en el centro estaba guindada una *hamaca* donde reposaba una momia envuelta en sábanas blancas, con sus armas y muchas joyas de oro, que no dudaron en recoger por igual que las arrumadas en el cesto de las ofrendas, de donde también sacaron dos petos labrados por martilleo, un collar de canutos pesados, un peine, una taza, brazaletes y otras curiosidades que pesaron más de doce mil castellanos de oro fino, desendemoniados a golpes de mazo antes de embolsarlos, mientras el fraile maldecía el sitio y lo condenaba al olvido, encendiendo la momia y el *bohío* con el mismo fuego sacado de los braseros en que ardían sahumeros de resinas y cañafistulas.

Varios días estuvieron dispersos sin hallar más para machacar ni chamuscar. Los indios seguían señalándoles la otra orilla del río Grande, pero nadie se atrevió a cruzarlo. Y con jurar promesas de acometer cuando mermaran las inundaciones, el cuatro de octubre, día de mi santo Francisco de Asís, dejaron el *Yuma* en el punto donde le dicen *Guacayo*, la fuerza de *Gua*, desentendiendo el nombre que trae desde su nacimiento, en un nudo de cordilleras que marcan el linde con el dominio del *Inca* del *Pirú*.

Atiborrados de tantas penurias, determinaron continuar algo subidos por sobre las sierras, más sanas que aquellas llanuras bajas donde caballos y cristianos quedaban atrapados entre sedimentos viscosos, fruncidos de ombligo para abajo, a merced de sabandijas y mosquitos que les llenaban de llagas e hinchazones sus cuerpos afiebrados y de un verde desteñido por tanto cagar las tripas. Fue cambiar las tribulaciones de andar por entre los pantanos, por las asperezas de subir y bajar laderas, con igual flaqueza de fuerzas, por entre *arcabucos* cerrados de cardos y ortigas, embutidos de culebras y gusanos, asechados en las noches por *jaguares* y vampiros, la misma penuria de siempre ir por delante la noticia de su avance, para siempre encontrar las aldeas y labranzas en rescoldos, y los indios desaparecidos entre el monte.

Continuaron por entre *pemones* hasta dar en dominios de unos *xiriguanas* de los mismos de mucho antes y esta vez asentados sobre de la vega del *Sinugua*, separados por del río *Guane*, al que los de Santa Marta llamaron De Lebrija por también haber atinado hasta allí dicho capitán, el mismo que, algunos años después, los de Ximénez de Quesada bautizaron río del Oro por haberlo visto relucir en sus arenas, como igual llamaron dorado a uno de los tantos tipos de peces que abundan en sus aguas, por tomar del sol ese color cuando saltan al comienzo del crepúsculo, que asado en barbacoa es de exquisito

sabor, aunque peligroso de atollar con las espinas, como lo vino a saber un minero alemán cuando quiso matar solo el hambre y terminó atragantado por las mismas ansias, con lo que más les apretó a todos el puño del abatimiento.

Mas por las nuevas de irse acercando a la nación de los *guanes*, torcieron al oriente trepando por entre peñascales y estoraques a una planicie amplia y despoblada, donde, por suerte, encontraron una laguna con tal abundancia de caracoles, que dio para atenuar los quejidos de las tripas durante la primera mitad del mes de diciembre, sin aderezo ni acompañamiento alguno, ni hacer caso de ser algo sosos y un tanto amargos en puchero; milagro que fray Vicente encontró parecido al del maná de Moisés en el desierto y que sin saberse por qué atribuyó a san Mateo, el apóstol de su devoción, y por lo mismo bautizó la lagunilla con el nombre del antes recaudador de impuestos.

D'alfinger quiso descansar un par de días en aquella meseta de Los Caracoles que prometía tranquilidad por ser de pocas gentes, salvo las replegadas por la parte alta, en *Baucaramangua*, o «Sapiencia Antigua de *Gua*», debido a vecindades de peligrosos clanes *caribes* adentrados por los valles del río Grande, *Yuma* o *Guacayo*; aunque en lo de masticar no brindaba más que arrayanes, sarrapias jabonosas, corozos o *cuescos* de palma, a más de los babosos bocados de la lagunilla milagrosa.

El capitán Martín se decidió ante el gobernador:

—Excelencia, tengo dispuestos sesenta hombres, de los menos gastados, para explorar hacia *Guane*, en la busca de riqueza y sosiego.

—¿Qué tanto más nos distanciaremos de *Coro*?

—Solo sé que los pasos hacia el sur nos alejan sin remedio y los encaminados al naciente nos acercarían —le machacó—, mas a ninguna parte llegaremos si antes no encontramos con qué levantar nuestros alientos.

—Entonces, sea primero la busca de alimentos para todos y, hallados, disponed también de cuantos cargadores y de servicio creáis necesarios. Volved lo antes posible, pues pasadas dos semanas, con o sin vuestras noticias, decidiré si seguir vuestros pasos o regresar a retomar las riendas y recomponer nuestra *Coriana*.

Setenta cristianos avanzaron cara al sur sorteando las hoyadas de *Guatiguará*, por donde bajan las aguas refrescantes de los páramos a descargar sobre el río *Lato*. Por *Elmene*, al pie de las cuestas, toparon unas labranzas y, por estar entretenidos en coger *maíz*, *yucas*, *racachas* y *fríjoles icoraotas*, se dejaron rodear por gandules emplumados, unos dispuestos con lanzas de *macana* tostada de un largor hasta dos brasas y adornadas con plumería, otros con lanzaderas de dardos de media braza y hondas para aventar pedruscos acarreados en mochilas bajo sus mantas multicolores. Por la confusión de los manilargos y la bravura de los defensores, les tocó huir a ponerse a salvo arriba de los montes vecinos, donde dejaron escondidos cinco soldados vigilando en retaguardia, en tanto los demás continuaron, sin parar, sierra arriba. Pasaron la noche en descubierto sobre la cima, castañeándoles los dientes por el frío y les amaneció con toda la cuchilla cubierta de escarcha, que moja y hiela como la nieve. Entumecidos regresaron donde los compañeros y con estos volvieron a recoger lo tronchado en las labranzas. Cuando salían cargados, los indios les cortaron el camino a pedradas, con tal empeño y acierto que dejaron varios descalabrados y atolondrados. Martín, exasperado y delirante, ordenó bajar las cargas y acometer con dureza, como solo saben hacerlo los castellanos cuando les cierran toda salida.

Costoso, mas muy a punto, lograron aquel acopio, porque en la meseta acababan de pasar por las brasas a cinco perros de guerra, el arma más preciada para oliscar indios emboscados,

sacarlos de los montes y despedazarlos. Tomaron unos días para sanar los estropicios del camino y recomponer en algo las fuerzas, y resolvieron que, por entre indios tan bravos, no era prudente estar divididos y, reunidos, se pusieron por el camino a *Elmene*, no tanto para darles escarmiento, sino por haber avistado cosechas maduras en los sembradíos, que irían a encontrar en cenizas porque los guerreros los habían ardido después de las *guazábaras*.

Prosiguieron a *Cirivitá*, en dominios de los *lache*, mientras los de las montañas del sudeste se alistaban a bajar a cerrarles el paso y destrozarlos. Una veintena de hombres se abrió por donde vieron cultivos de *maíz* y, entrados, les surgieron unos ariscos que dejaron por el suelo a tres de los cristianos, a los que con cuchillos de caña les cortaron las cabezas y se las llevaron de trofeos para ponerlas en sus casas, donde acostumbran adornarlas junto con los cueros desollados de las piernas y brazos para rellenarlos con pajas, sin que castellano alguno haya entendido si esta costumbre tan macabra es de homenaje a la valentía del enemigo, rito de antropófagos, ostentación de sus victorias o todo junto. De los varios heridos, uno, con un tajo por abajo de la oreja, murió desangrado dos días después. Entonces D'alfinger, tanto por prudencia de que todos no bajaran allí su telón como por persistir en ser su deber llegar pronto a Venezuela para que no le sacasen la gobernación de las manos, ordenó dormir en despoblado y madrugar a buscar caminos hacia la soledad pavorosa de los barbechos yermos de la cordillera, por donde, diez años más tarde, repisamos quienes nos aventuramos a la fundación de Pamplona y después deambulamos en rebusca de los tesoros de la Casa del Sol con Fernán Pérez de Quesada, hermano del licenciado Ximénez de Quesada, repisando los mismos caminos marcados con herrumbres de armas caídas de las manos, de cadenas y calderos abandonados por no tener quien se los cargara. Senderos fantasmales

que, en cualquier momento, espero volver a acertar para ir por *Ceyune* y mis hijos y, desde luego, a recuperar lo enterrado con los muertos de Gascuña.

Regularon cuando alcanzaron a divisar la bastedad y profundidad de la hendidura del *Chicamocha*, que razón tiene la lengua de la tierra, porque en ella significa «río que defiende nuestras naciones», sin sospechar que de haberlo pasado habrían entrado en el misterioso reino de los *guanés*; y de allí, con haber tirado tres o cuatro jornadas de más, al sur se les habría abierto la tibia y luminosa altiplanicie de *Xérira*, la de la luz resplandeciente, el sitio de recreo del sol, donde tiene su casa de sosiego el gran *Guatacique*, señor de los nueve clanes confederados; meseta donde se instruyen en astronomía, artes y labores los *chipuis* más sabios, «los sabedores» de cabeza deformada para significar ser prosélitos del gran *Bochica*, el maestro confundido con el apóstol Bernabé y con otros arcanos predicadores de Jesucristo, según agudas deducciones de los numerarios de la Iglesia romana.

Por el páramo de *Comoguate*, en dominios de los *chitagá*, aunque arremetieron de madrugada, encontraron desamparados los ranchos de una aldea, dejando las ollas puestas como invitando a saborear cocidos de *yomi*, o turma de la tierra, un tubérculo al que ahora le decimos papa, porque el pontífice de Roma anda aficionado a ella desde que se cosecha en toda Europa.

Y válgaseme anotar que, según hace poco vine a saber, en casi toda la largueza del río Grande, tanto en la parte más alta como en la baja, lo llaman *yuma* por nacer en el macizo del mismo nombre, y que allá *yuma* es como por acá decir *yomi*. Y por esta también misma razón ahora nosotros, por mejor decir y mal pensar, señalamos en nuestras cartas y mapas al dicho macizo como Nudo de las Papas.

Poco se detuvieron a indagar por de los que viven más arriba, en los altos de *Cacota* y *Mogotocoro*, en los heladeros de *Servita* y por el nacedero del *Chinacota*, últimos dominios de los de *chitareros* sujetos a su señor *Roña*, porque nada más que bledos amargos se crían en tan desoladas inmensidades. Nada supieron de aquellos cosechar algo para trocar por algodón, sal y manducatorias, lo cual me deja en sospecha de tener veneros de oro. Entre esos musgos y líquenes llorosos no despuntan sino pajonales y coralillos de montaña y, de cuando en cuando, se topa un yerbajo silvestre de hojas pequeñas al que le dicen *lita*, del que se suplen todas las tribus vecinas para las esposas preparar una infusión de remozarles los bríos a sus maridos, pócima a la que hoy nos hemos aficionado los viejos en murria con ajos y vino, y se ha hecho famosa en todo el Nuevo Reino como la «litamurria» según los boticarios, el mismo «remoza'o perro» para los primeros conquistadores, que se paga en oro.

Allí son pocas las gentes y viven como liebres, metidas en sus casas de troncos velludos, la más de las veces cubiertas de escarcha. Visten mantas largas de algodón teñido de colores oscuros y los hombres encimados con unos gruesos bonetes de lo mismo, dando la impresión de ser nación más civilizada que las de los que andan en pelotas, siendo que unos y otros se ciñen a lo de más acomodado según los bochornos o las crudas de sus comarcas. De armas, en su carcaj llevan flechas de no más de tres palmos y los arcos de similar largor y muy recios para caza de venados enanos, torcazas y perdices. Son diestros en pelear con *macanas*, escudados en adargas medianas de cortezas de árboles y cueros de venado, aunque más se defienden remontados en los desfiladeros, de donde echan a rodar pedruscos sobre el enemigo.

A las pocas leguas, los indios le dieron *guazábara* cerrada a la escuadra de Esteban Martín, que siempre iba en avanzadilla explorando las cuencas de los ríos, por si eran más

fáciles de seguir que los limosos caminos borrados por las lluvias, insinuados apenas sobre los bordes de los precipicios donde se encabritan los caballos. Les impidieron avanzar durante la tarde, les mantuvieron en vela toda la noche y la mañana siguiente les cayeron reforzados, sin dejarles respiro hasta cuando arribaron los de la retaguardia y lograron abrir el paso hasta un miserable rancharío recién abandonado, donde se dieron dos días para curar a los heridos y reposar, en tanto una comisión se devolvió a recoger cuatro jamelgos que se les despeñaron en una saliente que cedió a su peso, con la fortuna de los jinetes irlos llevando de cabestro. Los cueros crudos los limpiaron para valerlos de amparo contra granizos, mientras doraban las carnes y metían en un puchero todas las asaduras. Y por la dicha de tan memorable comilona quedó bautizado el sitio como Páramo del Almorzadero, superado en elevación tan solo por las sierras nevadas de los *Cocuyos*, divisadas al sudeste cuando las nubes se bajan en los atardeceres hasta cuando al día siguiente la vuelve a calentar el sol.

No alcanzó a saborear deste convite el balletero Muñoz porque, con venir maltratado por los golpes de espada que el gobernador le ajustó por cabeza y espinazo, por no poder con el peso de la ballesta y haberla hecho cargar de un cautivo, cuando los *chitareros* les cerraron el camino no pudo ponerse la cota y antes de pensar en cualquier resguardo ya tenía ensartados tres flechazos por el pecho, que lo despacharon sin dejarlo pasar de «Yo pecador me confieso...» cuando ya estaba «ante Dios Todopoderoso».

Después de tanto dar revueltas por subidas y bajadas, buscando un mejor curso por entre las nieblas, mordiéndoles las carnes desabrigadas y humilladas, tomaron el camino que, apuntando al norte, se mostraba menos crudo y accidentado, mas resultó ser penoso en extremo, por lo que después de tan solo tres jornadas tuvieron que reposar cuatro días en una

cresta desde donde, a sus pies, alcanzaron a divisar por el poniente, soleado, el valle de los Caracoles: habían dado un enorme ruedo yendo al sur por las estibaciones bajas y regresando por los lomos de la misma cordillera, por lo que no les quedó otra elección que tirar a cruzarla por donde, tiempo atrás, nos enrutáramos los de Gascuña, ellos por sobre andurriales algo marcados sobre las crestas que, aunque fueren más venteados y gélidos, les daría una enorme ventaja sobre quienes, por no exponer el tesoro, no acertamos caminos.

Estando en estos oteros vieron abajo, en la lejanía, aparecer algunos humos de hogar, no de quemas para labranzas, y entonces se desprendieron en exploración diez peones bajo el mando del alguacil mayor Francisco de Santacruz. Al cabo de los cuatro días regresaron aguijando varios indios presos, que toparon cargados del *maíz* que llevaban de las tierras templadas para sus gentes en aquellas alturas, botín de la «tez de oro, el más valioso tes-oro» que le permitiría seguir en su empeño de llegar a las cumbres, así fuere desparramados, las caras reseca y los labios partidos, pesándoles más el sayo por las rociadas heladas, entumecidos los pies, hormigueándoles las manos, los bofes queriendo salirse, la cabeza dando voladas, los ojos cansados de tanto brillo desparramado entre neblinas, como sonámbulos, atolondrados y sin fuerzas para marchar, menos para pelear. ¡Y la sed!, mucha sed, porque el líquido del cuerpo se bota casi todo entre vahos y resoplidos. No hubo abrigos rocosos para disimular el granizo ni las ráfagas silbantes de viento; ni leña seca para una fogata de medio calentar las ropas, para el letargo de apretarse a dormir la noche y madrugar a bajar, porque ni captores ni cautivos aguantaban otra en esos filos.

Juan Casimires von Núremberg cabalgó la subida siempre en retaguardia, doliente, hinchado y abatido. Mas, tan pronto comenzó el descenso, con dificultad se ajustó entre la avanzada y se fue alejando solo, como a un encuentro perentorio.

En la madrugada siguiente lo encontraron «muerto de hielos», dijo un baquiano, aunque no tenía la mueca de morir sonriendo, esa con los dientes descubiertos por quedar retraídos hacia atrás los labios congelados. Nadie explicó, ni D'alfinger preguntó, por qué también esa misma noche pereció la yegua y el esclavo prieto que siempre acompañaba a su paisano. Fray Vicente insinuó en sus borriones que «si no fue por dolencias, no faltarían quienes reventaban por deshacerse de su hiel». Bajo el mismo montón de pajas y piedras quedaron ceñidos el rubio y el negro, al que solía pedirle que lo abrigara arrimando su corpachón. Los dejaron con todas sus vestimentas, que hubieren servido de consuelo para algunos de los tantos desarrapados que las reclamaban con voces carrasposas, pero «no hubiere sido de cristianos dejarlos empelotas en semejantes heleros», asentó el gobernador.

Micer Ambrosio se alojó en el único *bohío* a medio quemar en el siguiente pueblo que aún ardía, a esperar por dos días a los de la retaguardia que venían desmandados desde antes, «porque el Casimires ya venía medio loco», dijeron los primeros. Devolvió al capitán Pedro de Limpias con diez peones a recoger los rezagados, y tuvieron que darse al trajín de enterradores al encontrar tiesos seis dellos, además de unos veinte indios que fueron a dar encollerados con sus cargas al fondo de los precipicios y allá quedaron para *cóndores* y *gallinazos*. Por estos abismos también se descaminaron varios con y hasta un par de mastines, mas nunca un grano de oro, porque la impedimenta de los cofres iba sostenida por todos los ojos agrandados. Bregaron los de Limpias en liberar de las colleras el surtido frío y desgonzado, hechos por las tierras bajas que, por empelotas y ser su único abrigo el bulto en la espalda, fueron los más penados con las dentelladas del cierzo helado, que los dejó tan ateridos que no se sabía cuál estaba tieso o a cuál arrastraban muerto. Algunos se escabulleron

en el desconcierto armado en aquella comarca, cuando unos petisos emergieron de la neblina y cayeron sobre Mateo Sánchez, alcaide cadenero y verdugo por oficio, quien más cortó cabezas para no detenerse a abrir las argollas de los que desfallecían insolados o sucumbían agarrotados. Ante el pasmo de los demás españoles, le separaron la suya a macanazos y se la llevaron hecha masa arrastrándola de las barbas, dejando enroscado el cuerpo, recogido en convulsiones, y huyeron tal como vinieron. Por horas les llegó el estrépito de las bocinas y griterías de guerra con los ecos adueñándose de los montes calvos, como queriendo llegar a tantas partes donde aquel ministro de Satanás dejó escrita una de las páginas más negras de la conquista de *Guata*.

Antes de amainar los vientos y las lluvias, fueron a dar en el llano de *Rabuchá*, tierras de más acomodo sobre la cuenca del río *Chinacota*. La tropa se juntó en unos *bohíos* abandonados por no sufrir la langosta sisando sus cortijos, ya que para los naturales huir de asaltantes no es cobardía sino defensa y prudencia de poner a salvo la vida para, mientras los viejos recogen la chusma con sus bártulos en boscajes cerrados, los mejor dispuestos ponderan cómo componer un frente de lucha.

La mañana siguiente prometía ser soleada. El gobernador demandó a Esteban Martín y demás jinetes acompañarle a ojear el ruedo y subir una loma a tantear la derrota a seguir.

—Espere aquí vuestra merced, que en teniendo el camino visto y asegurado, devolveré postas con noticias —le sugirió el capitán.

—Esto se ve calmo y limpio de mocosos que pelean con palillos. Haced que los demás nos sigan muy de cerca. ¡Ihaá!

No cabalgaron más de un cuarto de legua cuando los emplumados saltaron enardecidos dentre los *arcabucos* y rociaron con flechas enyerbadas caballos y caballeros. Y antes

de que alguien pusiera el puño en espada, ya estaban desaparecidos en todas las direcciones, de donde les llegaba una grito tan enloquecedora que atrajo a los peones a meterse a la carrera en la misma emboscada, quedando encerrados bajo enormes rociadas. Les salvaron los dogos perdonados de la hambruna, metidos por entre la maraña a chasquear cuanto enmontado se dejaba alcanzar.

Volvieron a los ranchos llevando los heridos. Micer Ambrosio parecía estar pisando el ámbito de su paisano Casimires, agarrotada cada mano en un extremo de la flecha atravesada por el cuello a no dejarle salir palabra por la hinchazón y a taparle el resuello. El barbero Albear trozó la varita asesina y con tiento retiró los cuajarones infestados. Le cortó las barbas más enrojadas por la sangre y por entre la entrada y salida de la flecha le embutía y sacaba una mecha de algodón torcido, para en algo lamer de las carnes la ponzoña, sin medicina alguna porque de ninguna le quedaba. Cauterizó lo externo de parte tan delicada con la misma lanceta al rojo con que después trató la diestra de Esteban Martín, también ensartada con un dardo enyerbado. Al día siguiente, le encajó un par de cañutos por ambos orificios para deshincharle y ayudarle a respirar y no se le siguiera poniendo morada la cara. «Parece que el barbero, en vez de alivio, le está dando tormento», murmuró el fraile y Albear le replicó que «no es de cristianos dejarle morir de la peor manera, ahogado, así las cañahejas no den más abasto que para evacuar pus y humores sanguinolentos».

Al tercer día el gobernador abrió los ojos y buscó a Pedro de Sanmartín. Este creyó ser su guiño de súplica de leer su testamento ante los oficiales y demás curiosos. Así lo hizo y, al terminar, el factor real creyó que esos parpadeos apretados eran su gesto de aprobación, sin entenderle que faltaba la lectura de una cuartilla con un apéndice que le adosó pocos meses atrás, un otrosí con plumazos de su propia mano y lacrado con

el escudo de su anillo, escrito omitido por don Pedro por estar en alemán, que él no entendía y los dos mineros no sabían leer; lo hizo a un lado, sin olerse que el malicioso fray Vicente, cuando fue a exorcizarle con los santos untos extremos, lo escondió hasta cuando en *Coro* alguien se lo tradujo: «Si algún hideputa osare tocar lo legado a la Juana de Castilla, así sea para limosnas a cofradías o para misas por mi alma, saldré de los infiernos a cobrar tal bellaquería, porque de lo mismo que testo harto dejo a cuanto perro hambriento quiera morder en ajeno. Dispongo ser inviolable lo adjudicado a la dicha india, la única persona que me respetó, aun sabiéndome miserable».

Vueltos los que salieron a castigar a los salteadores, se pararon frente al camastro de su capitán general a decirle, por si los oía, que, como no los hallaron, les dejaron ardiendo cuantas rancherías y barbechos hallaron por donde atravesaron. Pero él no pudo paladear el escarmiento, porque dentro del corpachón hinchado y tieso ya no habitaba el adalid, puesto que, en ese momento del último día de mayo, día de la Visitación de la Virgen, acababa de morir el menos devoto suyo entre todos los desta tropelía.

En una corta homilía el padre Requexada rogó a Dios «que, siendo infinitamente misericordioso, recibiese a micer Ambrosio con más compasión de la él usada». Lo imploró sin convicción porque, viéndolo «in articulo mortis», cuando en tres oportunidades fue a darle la absolución por todas sus terribles atrocidades, se negó a pestañear en señal de estar arrepentido, perdiendo así la gracia impar de los moribundos de quedar limpios cuando ya no pueden cometer más yerros.

Dos mineros se esforzaron en levantar un montón de piedras sobre el cadáver para dejar señal y guardarlo de los buitres y alimañas, sin repasar en que, después de poco tiempo, nadie puede hallar un arrume en medio destas selvas que se nutren con despojos y muestran sus ganancias en cada

florescencia. Entonces Pedro de Sanmartín, como afirmando lo de «el muerto al hoyo y el vivo al bollo», en tanto encimaba el último pedrusco, se alzó por «capitán general desta expedición, en nombre de nuestra lejana Majestad, dado que, como habéis oído, en el testamento no dejó nombramiento de sucesor». No se escuchó réplica de Esteban Martín, doblado por insoportables calambres y amenaza de podrírsele la mano flechada; tampoco de Gómez de Anaya ni demás capitanes, reposados por quedar el mando en manos castellanas, aunque fuere en las tan debilitadas de don Pedro de Sanmartín, que era el candidato más probable a quedar apretujado bajo el siguiente montón de piedras.

Mas, el antes melindroso y refinado burócrata que no diferenciaba entre un sable y un machete, y ahora en los meros huesos por un perpetuo desbarate de tripas, bien pronto mostró su otra catadura con un soldado, al condenarlo a veinte azotes por desacatar su orden de quedarse en la retaguardia. No atendió sus pedidos de merced y misericordia dizque por «estar sordo por tantos fríos y serenos», siendo que antes se le vio bueno, comiendo *yucas* y —lo dijo bien despacio, sin desmontar siquiera— «por además andamos en guerra y del Juan quedar sin castigo, vendría mucho daño y perjuicio para todos en el campo». Cabalgó siempre delante, silencioso, con determinación, sin apartarse del *Rabuchá* aguas abajo, hasta dar en la provincia de *Cúcuta*, donde, con la templanza del clima y los variados frutos de la tierra baja, todos reencontraron sus ánimos. Y, restablecidos, los encaminó por el piedemonte de la cordillera hasta dar en *Acarigua* y proseguir por camino conocido a *Barquisimeto*, para terminar salvos en *Coro*, donde volvió a manejar con destreza sus viejas dotes en un juicio de residencia contra el difunto gobernador, en procura de rescatar el quinto real y meter en su bolsa algo del oro encubierto por los alemanes, así fuere a título de estipendios y costas del juicio.

Casi dos meses después de fallecido D'alfinger, cuando don Pedro de Sanmartín tuvo el tino de pasar por *Bobures* y me topó pelado, en cueros y haciendo vida de indios, y le di noticia de cómo quedó enterrado lo que traíamos los de Gas-
cuña, me trató con tanto contento, suavidad y esmero, que me dio a pensar que, de no develarle el sitio, tanta delicadeza con mi suerte y condición, terminaría trocada en insufribles apretamientos.

CAPÍTULO XVI

¿AL LADO DE QUIÉN ACOMETER?,

porque estando desnudo y *embijado*, con bastón
de capitán de la mesnada, hube de concertar
no chocar con mis anteriores compañeros
que volvían dolientes buscando *Coro*
y por fuerza me llevaron con ellos

En los días anteriores al nacimiento de mi hijo, *Ceyune* me enseñó a dialogar con el bosque y me afinó en la montería de los signos imperceptibles, para leer en los diferentes trémulos de las hojas o los parpadeos de una sombra, en la oscilación de una rama con el vuelo de la brisa, en la fusión del rocío al amanecer para dejarse caer en gota, a distinguir una onda desparramándose desde abajo o por sobre el agua; o la delación de presencias ocultas por el leve crujir de la hojarasca, si de un pajarillo recogiendo algunas pajas, de un lagarto en busca de solana, o la respiración queda de un felino y la detención del corazón de su presa. Y por andar en estos retrainientos comenzaron a aflorarme cavilaciones que había dejado dormidas, como en semilla, desde que las escuché canturrear a los viejos *sailas*. Empecé por sentir la presencia de una entidad desconocida, inexpresable para mí con palabras, una manifestación etérea e intocable con los sentidos del cuerpo, solo con los más sutiles del ánimo, como un dominio acompañante, vigilante, que venía y se iba como si viajara en los aires, vidrioso

a los rayos del sol, agazapado en las sombras, metido entre las rocas. Si hay que ajustarle un nombre, diría ser la entraña de la natura, esa armonía superior que los sabedores destas tierras llaman *Gua*, el hálito conformado por el soplo de todo lo existente, sea sensible o rígido, porque nada hay inanimado; una conciencia íntegra que es gobierno de lo etéreo que se junta con la sustancia material, tanto para generar vitalidad como para descomponer de lo que tuvo sensibilidad, en quietud o actividad, y retornarlo en hálitos y polvos a la madre tierra, y volver a resurgir en otras formas de vida; así como la humedad hace brotar los gérmenes y estos se nutren de minerales, y el calor del sol sazona los frutos con que se sustentan humanos y animales, que robustecen la tierra mineral al morir. Y para regir todas estas ordenaciones, *Gua* solo se vale del giro eterno de *Sua*, el sol y del beso de *Sie*, el agua, movimientos que también son de su sustancia, sustancia manifiesta por igual en el destello del rayo que en la inamovilidad de la roca: enredado al describir, como simple de sentir.

Con estos juicios vine a despejar que la existencia de los humanos no difiere de la del bosque que se perpetua en un intercambio incesante de agonías y renacimientos, donde todo devora y todo es devorado, donde unas especies subsisten de las rebañaduras de otras que se aniquilan entre sí. Me sentí como la hoja de una rama, parentela de otra próxima, que algún día debe desprenderse para que el gajo crezca y fortalezca el árbol. En el bosque llegué a la certeza de estar *Gua* reclamando que, con haberme metido a peregrinar en su reino, en su reino debía compenetrar mi sustancia. Y con aceptar esta verdad universal, olvidé mi angustia por la muerte.

Si de un brazo me halaban estas abstracciones del otro me arrastraba mi vieja condición y en este tire y afloje, me allané a proponerle a *Ceyune*:

—Juntadas vuestras corduras y comprensiones, en amasijo con las habilidades y conocimientos de mi origen, instruiremos a nuestro hijo para que, aun teniendo piel blanca y los ojos olivas, pueda adelantar a sus primos en la disputa por la sucesión del mando y hacerse el más avisado señor de los *pemones*, el más sabio y el de mayor fausto y esplendor con lo enterrado con mis compañeros muertos, de lo que buenas señas mantengo en la memoria por haber aprendido a siempre mirar hacia atrás en los caminos.

—*Matisashída* será gran hombre, padre de estirpe nueva, sin necesidad del oro oscurecido con muertes. —Me respondió adornada con su inseparable sonrisa. Y agregó—: También lo será *zizi*, el retoño que se está formando en mi vientre, anunciado por la luna en los dos giros pasados.

—Si es una *gamsino-amia*, una niña, quiero que tenga nombre de flor —le pedí y luego grité—, ¡*Zeize na zeni!* —Y volví a gritar—: ¡Estoy feliz!

La sonrisa de *Ceyune* y lo que chispeaba en el fondo de sus ojos cuando los miraba lelo sin verlos fue lo que más hizo fractura en mi ordenamiento cristiano: lazos de seda para sujetarme a su orbe infiel, raseros de allanar el abismo de sus tradiciones y usanzas para volver como míos sus ordenamientos y mañas, la desnudez y ornato del cuerpo, los *areitos* y celebraciones para afianzarme la adicción al *hayo* y al *tabaco*, y en la desgana por la propiedad individual, y fundarme sentimientos de familia y de grupo tan anclados como garfios, que no he podido romper siquiera con la pudrición de tantos años tapando todo lo que había de disimular para no cebar hogueras purificadoras del Santo Oficio ni látigos de regidores, dados por igual a suponer que todo lo del aindiado es metido con maleficio o por la pernicie del acceso carnal.

El regocijo fue interrumpido de súbito por el mismo *Ñapabiñe*. Venía con la nueva de cuán cerca estaban unos cristianos

en busca de algunos extraviados de los suyos, en especial de uno de quien tuvieron noticia de vivir entre *pemones*. Por el desconcierto, al comienzo negué ser yo. Después aseguré ser enemigo de aquellos de quienes me había huido. Y terminé confesando la verdad que corría por toda la provincia en versiones disparejas y encontradas. El *cacique* replicó «no ser ya tiempo de preguntas ni defensas sino de esconderse, porque vienen con armas y engendros pavorosos —los perros y caballos— con que duro les atizaron a los vecinos por osar resistirles el camino».

Necesitaba saber cuánta tropa era y qué intenciones traían para salirles en abrazo o en defensa, porque, fueren cuantos fuesen, me obligaba evitar un cotejo de estrago en ambas partes. Pero, con desbandarse el pueblo, no me quedó otra salida que meter mujer e hijo entre la chusma que se apuraba a disimularse en los poblados vecinos, acostumbrados a nunca desamparar indefensos, y sumarme en el repliegue.

Por los espías supimos ser unos *chivacocos*, o barbados, que bajaron casi desnudos de la cordillera por la vertiente del *Zulia* hasta dar con las aguas del *Catatumbo* y siguiéndolas llegaron a donde los *guebas*, o extranjeros blancos, tuvieron el contento de reconocer la culata del lago.

Bien sabían que de continuar por el flanco de la izquierda darían en *Maracaibo* y de tomar camino a la diestra podrían arrimar por tierra a *Coro*. Esteban Martín pugnó ir por el poniente, por donde se sabía de mejores labranzas y más se le facilitaba entender los dialectos. Pero el capitán Monserrate los inclinó a meterse hacia el levante, sobre el piedemonte para esquivar los pantanos de las serranías de *Mérida*. Y puesto en la vanguardia, en segunda jornada de andar sin guías ni caminos, de la *manigua* les salieron unos flecheros *arguacanes* que, con ponzoña, mataron al dicho capitán, a cuatro macheteros y otros tantos peones, más dos mastines.

El factor De Sanmartín se puso al frente y, en demanda de escarmiento, lograron asentar una veintena de aquellos. Con retorcerlos y tumbarles los dientes, confesaron haberlos atacado por saber de un curandero *gueba*, como ellos, que vivía entre sus vecinos *pemones* y bajo su mando, no hacía mucho los había afrentado y por ello creyeron que venían a matar a todos los de la provincia, como tenían noticia de venir haciéndolo por donde pasaban.

Al factor le entró la esperanza del tal *saila gueba* ser su hermano Francisco de Sanmartín y se dio a hurgar por más noticias. Mandó por delante tres de los prisioneros, que nunca regresaron no obstante ir advertidos de que la fuga costaría varias vidas de sus compañeros. Igual desaparecieron dos indias enviadas después. Entonces el alguacil mayor, Francisco de Santa Cruz, se dispuso el rescate poniéndose al frente de un solo grueso con todos los que aún podían valerse de a caballo o a pie.

—¿Al lado de quién vais a acometer? —me preguntó *Ñapabiñe*, poniendo voz a la pregunta que tantas veces me hice desde que fui su capitán.

—Alistaremos los nuestros, o sea los vuestros, en batallones como ya tienen aprendido, escondidos y sin que nadie suelte grito ni flecha sin mi señal.

Cuando los vigías pasaron la voz de que, con los perros y caballos por delante, estaban a menos de media jornada de indio, determiné salir a su encuentro con tan solo un puñado de la guardia del *cacique*. Iría a cerciorarme si los que venían eran de D'alfinger o de Santa Marta y, según fuesen unos u otros, darles grita de engaño y ponerlos a perseguirnos hasta sacarlos del camino hacia otro pueblo, para después ir en embajada a parlamentar con ellos.

Pronto sentimos el bullicio de su marcha, porque ¡cuánta batahola hacen los cristianos!, incluso cuando quieren dar sorpresa sigilosa. Mis acompañantes volaron como sombras

a confundirse entre los matorrales del camino. Yo me quedé plantado en medio, olvidado de estar emplumado, pelado, *embijado* y con barnices, los dientes negros, en una mano los dardos y en la otra la *mitiva*, o vara de capitán.

Los españoles al ver la temeridad de un indio solo, ataviado para la guerra, pusieron puño sobre puño para no dejar sin castigo tal atrevimiento y se fueron acercando con precaución, adelante el converso Santa Cruz, embarullado por los perros alborotados, olisqueando los vientos cargados con el olor de los camuflados.

—¡Viva Santiago y España! ¡Y todos vosotros, compañeros! —grité para que el perrero no soltara las traíllas.

—¡Mi madre es una puta si esa no es la voz de Francisco, el pasante! —espetó el alguacil, al reconocer la voz de con quien tanto había andado codo a codo.

Y todos avanzaron a cerciorarse de ser el que decía, a rodearme y darse a risas por verme en tal facha; a protegerme del menos convencido de los perros, que de un tarascazo despedazó la calabacilla que por fortuna me defendió de no perder el racimo genital. En la alegría de los abrazos lo primero que pregunté fue cuál día era, para enderezar mis enredados tanteos del santoral, en tanto que ellos preguntaban por la suerte de los demás hombres, uno por uno, y averiguaban y volvían a preguntar dónde había quedado el botín, mientras Santa Cruz se despojaba de su sayo para tapar mis vergüenzas.

Voceé a los *pemones* invisibles de estar entre amigos; que fuesen a donde el *cacique* con noticia y promesa de ser compañeros que no darían daño ni maltrato, y con pedido de agasajarlos como a tales.

Hasta casi la madrugada estuvimos reunidos nativos y cristianos en torno de viandas y refrescos dispuestos a las volandas; los *pemones* a curiosear y los castellanos a contar de sus hazañas y penalidades pasadas, cargándome yo en

enfaticar a los venidos que era esclavo, aunque consentido por haberles ayudado en sus guerras. Se pasmaron al verme hablar siempre con la boca llena de *hayo* y en la mano el *ba-perón* con polvo de conchas calcinadas, porque ya se me había encajado el *mambeo*, como igual tenía ya asentadas muchas otras mañas de los indios.

Antes de tumbarnos al sueño, Santa Cruz me indicó:

—Cuanto antes volveremos a donde el veedor Sanmartín y tengo el mandado de llevaros. De vos depende si con grillos o por voluntad propia.

—¿Por qué me habla así un amigo?

—Porque os veo acomodado aquí, sin nadie más saber cuán cerca o lejos del dichoso oro estemos pisando y porque... ¡Órdenes son órdenes!, y yo tengo las mías.

Ñapabiñe vio cómo los rostros se endurecían y me preguntó qué pasaba.

—Me llevarán con ellos —le respondí.

—¿También a mi hija con mi nieto?

—Volveré por ellos, lo prometo, en cuanto no haya tanto peligro. Encaminarlos a donde me llevan sería conducirlos a la muerte. Volveré, lo apalabro.

—¿Qué masculláis con el indio? —preguntó el alguacil.

—Tengo mujer e hijo. Dadme un día para despedirme.

—No disponemos de tanto. Tengo mis órdenes.

—Durante un año he implorado a Nuestra Señora por este encuentro y ahora, que me hizo el milagro, imploro a un camarada por tan solo un día, que además servirá para que los quedados con Sanmartín vengan a tomar el reposo y refresco del que vosotros bien habéis disfrutado.

—Francisco, no me compliquéis las cosas que, con otra insistencia, os pondré entre fierros.

—Al alba de mañana ya estaré listo para la partida, no por vuestro constreñimiento, sino por lo que pueda aportar como

faraute para volver todos a *Coro*, porque habréis de saber, sin que lo dicho suene a espantaflojos, que por delante las naciones están confederadas bajo el bastón de este señor, mi suegro, y no encontraréis otro intérprete más de fiar ni guía para esquivar ciénagas y anegadizos, ni mejor embajador para lograr fuerza de carga, hospedajes y llenar las panzas. Así que mejor vais colgando las cadenas de vuestras grandes pelotas, porque a un amigo no se ladra, no si con solo un guiño puede dejar a todos ensartados en patio ajeno ¡Mirad la oscuridad! ¿Podéis ver cuántas flechas ya os apuntan? A un amigo no se ladra, menos si es el único que sabe dónde está lo que sacará de penurias a cuanto desarrapado subsiste más muerto que vivo en Venezuela.

No hubo necesidad de palabras con *Ceyune*. Había entendido todo. Entremetimos en la hamaca grande a *Matisashida* y nos ceñimos sin poder dormir, el niño sin entender por qué brillaban tanto en la oscuridad los ojos de sus padres. El sol nos sorprendió enjugando con los labios toda la sal del cuerpo amado y cuando oyó el rebullir de los soldados, me susurró al oído:

Cuando *Mati* se haya ido,
Para podernos abrazar,
Nos metemos en un sueño
Y nos ponemos a soñar.

Sanmartín, al tenerme en frente, dio dos vueltas a mi alrededor. El hijodalgo segundón no perdía detalle de la hechura que tenía, porque no podía creerla.

—Limpiadle la *bija* cuanto más se pueda y así las demás unturas que trae encima —le ordenó al barbero Albear sin dejar de hocicarme—, cortadle el cabello y trajeadle como a cristiano.

—Cuando tengáis la presencia algo ajustada —me dijo por saludo— iréis a limpiaros el ánimo con fray Vicente, por si os otorga absolución.

—Mi corazón nunca ha dejado ser de Cristo —solté con temor por los afanes purificadores del oficial mandante—. Si estoy así fue por fuerza de salvar la vida, no para ofender a Dios que me la dio.

—Es difícil creer que ello os haya obligado a picaros las orejas, horadaros la nariz, ennegreceros los dientes y llenaros todo de tatuajes y dibujos.

—Me sobr  de pasar por *pacabuy* porque de saberme cristiano los captores estaría mi cuero templado de atambor y mis huesos de flautas para *areitos*. —Arg u  resuelto y, sin resuello, solt  mi resguardo para este trance y del resto de mis días—: Porque de no haber aparecido como me veis, no quedaría quien señale dónde qued  lo encomendado al piquete de Gascuña, aquello que inquieta por igual a españoles que a los Welser. Porque todos los demás están muertos y a mí, en cumplimiento de tan grande encomienda, me tocó vestir piel de camaleón para poder dar parte, como lo estoy anticipando a su señoría, de ¡misión cumplida!, de estar el botón a salvo, bien escondido en sitio tan confundido que solo yo podr  encontrarlo deshaciendo los pasos, nunca dando señas de lejos, menos bajo el sofoco de apretamientos, que llevarían confusiones de más echarle tierra encima.

Fray Vicente de Requexada tom  mi perorata por confesión pública y no escarb  mayor cosa cuando me tuvo arrodillado. Machac  más por las peripecias y acaecimientos de mi supervivencia, que en hurgarme por las sartas de pecados de idolatría, *mohaner a* o nigromancia que yo, recordando las lecciones de mi padre, esquivó mencionar envolviéndolo en otras pelusas del relato. Tampoco lo del canibalismo, ¡Dios nos lo perdone! Y para darme la absolución divina, me pen 

con pasarle dichos detalles en cuadernas, logrado negociarle que entrarían dentro del secreto de confesión, a más de que me pasare las tuyas, tal como apunté al comienzo deste capítulo.

El maese de campo, el curtido Esteban Martín, pidió testimonio oficial consignado en acta, redactada por mi antiguo tutor en la Casa de Contratación en Sevilla, el escribano Juan de Villegas, poniendo por testigos suyos al capitán Pedro de Limpias y a Pedro Prieto, aunque con firma a ruego, por no leer ni escribir.

—De mi parte no tengo declarantes más que aquellos por quienes fui salvado y estos por quienes fui esclavizado —me atreví.

Y don Juan me recordó:

—Los testigos de este acto no son declarantes de lo dicho ser verdad, que ella solo a vos obliga, bajo juramento; tan solo certifican que lo escrito es en esencia vuestro relato. Y ¿cómo pedir un testimonio a los salvajes, sin ellos digerir de qué se trata?

El sol de mediodía apuraba las puntualidades. Frente a todos los del real, el capitán Esteban me conminó a «en adelante no hacer ceremonias de indios ni a usar de sus malos hábitos de *mambear*, humar ni embriagarse con *chicha*, sino comportarse como buen cristiano, ajuste cuya desobediencia tendrá pena de vida» y así lo hizo asentar aquel 28 de julio del año 1533, como adenda a lo ya dicho por mí, sin mentir y con una que otra indiscreción atolondrada por el apretón de los sucesos, aunque sin soltar toda la verdad; acta que, por haberme deslizado para no firmarla, no leí y de una quedé como indio: sin saber qué tanto sorbió o torció el escribano. Mi curiosidad espera poder ojearla algún día en el Consejo de Indias, en Dueñas, donde reposa desde cuando un año más tarde fuera remitida por los veedores tanto de nuestra Majestad como de los señores Welser, y la radicara don Alonso de la Llama.

Acabadas las formalidades, los antiguos compañeros se acercaron en bienvenida mezclada con burlas y chascarrillos, y los más amigos hasta ofrecieron pagar trisagios y misas de gracias cuando entráramos todos en *Coro*. Pero yo no estaba tan seguro de querer volver allí a tomar el puesto de aindiado vil y herético entre blancos, de tosco renegado entre cultos y afinados. Aún recordaba cuánto le costó a Adelfa haberse echado con el gandul que la atrajo; aún oía los chasquidos de la azotina a dos que se enyuntaron con indias a colonizar por el lago, que poco faltó para que los caparan. Más me llamaba quedarme entre los *bobures*, como el extranjero encajado entre toscos; aunque me mosqueaba que hasta los menos suspicaces dellos podrían pensar que, con haberme mostrado tan amigo de los invasores, fuera su cuña y soplón, que dejando un pie en una orilla, haría puente para meter la mano en la otra. Pero no tenía alternativa: de allí me llevarían, aunque fuere entre una jaula.

Demasiados días gastamos al ritmo de los maltratados para arribar al primer *Xuruara*, el de los *xidejaras*, por donde hacía casi cuatro años nos habíamos metido por primera vez en el lago, donde Adelfa se dejó adivinar bajo sus ropas empapadas y *Mecou* me previno con sus runas de huesillos lo que acababa de vivir. Dije el primer *Xuruara* porque, para más confusión, topamos tres poblaciones distintas sonando con el mismo nombre. En esta nos tropezaron soldados de *Maracaibo* que, bajo el capitán Alonso Martínez, andaban rellenando dos bergantines con *maíz*, ya que las costas de su lado las tenían agotadas.

Por solicitud del factor Sanmartín, una de las naves, cargada a ras del agua, fue a traer al teniente Francisco Venegas para «conferenciar acá, en *Churuare*, que mientras le esperamos nos recuperaremos de tantas miserias y padecimientos».

Después de tratar en secreto Sanmartín con Venegas, resolvieron embarcarse ambos con el oro para *Maracaibo*, «por

ser más segura la travesía por agua». Al grueso nos echaron por la ribera del poniente, bajo la vara del Esteban Martín, con promesa de «reunirnos en *Coro* para el reparto del botín».

El día de los Fieles Difuntos, el segundo de noviembre, después de dos años y tres meses de ausencia, los de a pie entramos en *Coro*, que más era coro de moribundos y ánimas en pena, a engrosar la hambruna, a humillar su miseria con las ansias del reparto, sin dar más espera a lo del pillaje que para celebrar una de las misas prometidas, porque para las demás los frailes, desprendidos de sus ministerios, no quisieron fiar «y que después nos vayan a salir con un Dios se las pague».

La caja del reparto sumó treinta y ocho mil cuatrocientos noventa y seis pesos con cinco tomines, juntando los dos mil y diecinueve sobrantes de lo derretido antes por Esteban Martín en *Coro*, con el remanente de siete mil y treinta y un tomines de la caja del común en *Maracaibo* y los treinta mil novecientos seis pesos recién fundidos en esa misma ranchería. El tesorero retuvo siete mil seiscientos setenta y nueve pesos y dos tomines para la quintada del Rey, y pagó los estipendios de los funcionarios reales, incluido el escribiente y el barbero cirujano. El factor de los Welser reclamó como gastos generales los caballos y perros muertos. Al final quedaron dieciséis mil pesos para racionar a capitanes, caballeros y peones, escotes que nadie le valió media soldada, sin el gusto de siquiera pulsar algo en la mano, porque a cada uno le sustrajeron lo de la deuda individual, doblada con intereses surgidos dentre tintas cuando ya estaba olvidado su sabor amargo. Este reparto, o por mejor decir, el no reparto, fue el baldado de apagar tanta ilusión tejida en dos años de andar secándonos y rayándonos por acarrear tanto oro para quedar en nada, que hasta los clérigos reventaron en maldiciones y la tropa en juramentos de irse al *Pirú*, al *Sinú* o a otras ciudades doradas, pero lejos de estos alemanes randas y *chandas*.

Quedé cavilando si fueron sueños los arrumes hechos en las ciénagas y las márgenes del *Yuma*, aunque los sueños no pesan como pesaba lo que cargamos los de Gascuña, ni sacan sudores fríos como sacaron lo subido y vuelto a bajar por los páramos; que tantos pujos y resudores no podían ser engaños de todos, pesadillas por tantas hambres y horrores. Si fueron sueños para Von Thalfingen y Von Núremberg, dellos no despertaron porque quedaron muertos con la desesperación de no poder llevarse lo suyo, ni saber a dónde iría de tanto que lo escondieron, aunque hubiesen oído el postrer eco de sus testamentos; extraviadas quedaron sus ánimas buscando angurrias, deambulando en los vientos helados de la cordillera, tropezando con otras ánimas en pena, las desperdigadas de los conquistadores extintos rebuscando algún viso dorado entre brumas, hocicando entre tantos espíritus lelos de los despojados que, esos al menos, lograron atrapar el brillo del sol en los espejos con que los timamos.

El reparto mató todos los sueños, salvo los del botín enterado. Y entonces, con la ofuscación de echarle mano antes de que se lo tragara la selva, concentraron en mí todas sus miradas, como para arrancar con los ojos cualquier señal de lo encofrado en mi caletre, en el perturbado testuz del aindiado que, de seguir descarriado, extraviado dejaría por siempre el único fruto de tanto trajín.

Entre más trataba de soslayar el acoso, con más disimulo me hurgaban mis compañeros. No escatimaban ocasión para arrancarme indicios de dónde y cómo había quedado lo de salir de la miseria. Rehuía dar oídos a tanto que soltaban al paso de mis espaldas, pero cuando Escobedo me dijo de frente:

—El oro se os confió como a escolta, malparido, no como a único dueño. No cederé mi parte a ningún chalado al que se puede meter en cordura con quebrarle las piernas...

—Yo quedaría servido con borrar mi deuda y empeño con los Welser, porque de tener un tomín no hallaría en *Coro* cómo gastarlo, que ni un vaso de vino, una camisa, un queso o una chuleta de cordero; ni siquiera para prodigarlo a una meretriz o a un mendicante, quienes tampoco tendrían en qué usarlo —le respondí, con intención de hacerlo hervir.

Pero quien recogió el guante fue el capitán Gómez de Amaya:

—Si sois ya tan indio que no os seduce la riqueza, y aún tan castellano para no querer compartirla con vuestros camaradas, sabed que quienes luchamos por igual, por parejo somos dueños y, de no entregarla, nos estaríais robando.

Hernando de Alcocer le completó:

—Vaya el Diablo a saber cómo se descaminaron los de Gascuña, o si están redivivos y harto regocijados... pero siendo nosotros muy capaces para ir por aquello que debe quedar entre nos, porque ya bastante de lo suyo han sacado los extranjeros de nosotros y nosotros nada dellos, en vez de seguir maldiciendo ¿qué esperáis, Francisco, para poneros por delante a rescatar lo nuestro?

Parecía que en *Coro* no había más quehacer que acosarme y yo, en venganza de sus matracas por verme aún tan hecho a la usanza de los naturales, burlando la vela que me puso el cabildo temeroso de una fuga, me apartaba del poblado con excusa de ir de caza o pesca. Necesitaba aislarme de tanta ofuscación, escuchar los murmullos de la selva y del río, y encontrar paz dentro de mí para imaginar a *Ceyune* saliendo de nuestra *chacra* hasta la orilla del río, a entregarle a las aguas las figurillas que le tallé en un balso con mi puñal escondido, una de mi hijo y otra de ella con su vientre abultando, para que la corriente las condujera a las playas del lago donde placen los espíritus de sus antepasados, para que me las entregasen en sueños y que me hablasen de ella, de *Matisashída* y de mi *zizi Tutuaba*, mi Loto Silvestre.

CAPÍTULO XVII

DE LA DESOLACIÓN EN *CORO*,

penando por *Ceyune* y los cristianos agrandando mi desazón y apretándome para sacarme lo del oro escondido; de las veces que logré escabullirme y de las mismas que me prendieron; de cómo los españoles me encaminaron a recuperar el tesoro y, por no atinarlo, los alemanes me pusieron la mar de por medio

Tanto como glorié a Dios cuando me tropezaron los antiguos compañeros, parejo maldije al Demonio por haberme sacado del Edén a marchitarme en aquel peladero, donde, de no ser el único testigo de lo abandonado por lados del *Catatumbo*, mis compañeros me hubieran linchado por aindiado, el peor escorpión entre los renegados, como igual me acuchillarían a mansalva en el instante de soltarles alguna traza para encontrarlo.

Sofocados por el calor de aquellos meses de sequía, los cristianos andaban casi en cueros, sin más que un calzón crudo, en tanto que yo, el *enmaniguado*, sudando cual fraile en el Infierno, enfundado en calzas, camisola y capuz para solaparme las marcas y tatuajes del cuero. Me calé hondo un sombrero de palma, caído sobre las orejas perforadas, alón para más ensombrecer la cara. Dejé crecer barbas y bigote para disculpar la nariz perforada, «como de buey» me decían los zumbones. Con cenizas me di a pulir los dientes para volverlos madreperla, pero seguían manchados por intersticios y encías, cual

los picados de los marineros. Todo para demostrar haber sacado ya el corazón de la aspereza y vuelto al redil.

Al abandono por tanta pérdida se sumó la imposición del cambio, que es doble quebranto. Entre más esmero ponía en disimular lo externo —hoy casi borrado con la lija de los años—, más se me salían sin aviso ni permiso las improntas de por dentro, como sentarme en cuclillas, bañarme varias veces al día, dormir más suelto en *hamaca* que en esterillas, caminar más seguro descalzo que con alpargatas, sacar fuego frotando palillos en vez de golpear el pedernal, buscar refrescos retorciendo *guatijas* y *bejucos*, o masticar con descuido grillos e insectos ricos en sustancia, o no espantar moscas ni zumbones que poco me escarnecían mientras en los demás eran de gran tormento.

Este proceder escaldaba a mis compañeros y más les empa-chaba no poder constreñirme, por no alcanzar a contravención lo embutido en el acta. Que sí lo era cuando a escondidas usaba del *hoyo* y del *tabaco*, por vicio o necesidad, no por descuido, para relajar mis fibras a punto de reventar. Tres veces me di purgas nocturnas de *jayaguaza*, para soltar el espíritu del cuerpo y encaminarlo a otras anchuras, para acercarme a *Ceyune* como en espejismos y poderla abrazar entre los murmullos del viento. Y cuando volvía de los trances, las mismas veces enfrentaba a fray Vicente venido a exorcizarme, más para tranquilidad de los vecinos y serenarse él mismo, les decía que «tan solo está ebrio con *chichas*, salido de sí, padeciendo y llorando por echar de menos a su mujer y a su hijo, a quienes ama con tanto apego por haber colgado su vida de la telaraña licenciosa tejida por la moza».

Y creyendo sus propias razones, el buen fraile se dio a pulir ilaciones para sacarme del encantamiento:

—Esa india os puede perder el ánima: con tanto descarrío, el Diablo no precisa ayuda para volveros idólatra y tan desvergonzado como aquella.

—Su reverencia echará de ver que cuando Nuestro Señor Jesucristo nos dejó el mandamiento de amarnos los unos a los otros —le devolvía su enredo—, no puso condición de ser entre los de una misma disposición, lengua o piel; nada dijo de repudiar a los de otras usanzas de vivir. Al contrario: bien sabéis lo mucho que Él se acercó a María Magdalena, de quien nuestra Madre Iglesia dice haber sido ramera, casi puta, y sin embargo le consagró un día en el santoral.

—No os confundáis con herejías baratas —alegó en tono de sermón—, buenas solo para encubrir la repulsa de holgarse con casadas o con infieles, sean indias, moras, gitanas o judías; que por el mismo camino llegaréis a no ser abominable el pecado contra natura ni el nefasto —tomó respiro y agregó en son de padre—: no desconozco ser casi indomable la lujuria desatada por una joven desnuda, la más de las veces insinuante y tentadora. Pero ahora debéis asentaos en la realidad harto conocida: las concubinas indias guardan lealtad mientras están en yunta continua, pero ausente el cristiano, o apartado el marido por algún tiempo, en seguida consiguen otro aferrado, porque carecen del favor divino para domar su impudicia carnal y se absuelven con que solas no sobreviven ellas ni sus críos.

Las monsergas del fraile lograron efecto contrario de su pretensión. Pasé la noche en cavilaciones, rodando entre obligaciones y apegos, poniendo en desfile las desafinadas situaciones vividas en tan pocos años, que a cualquiera le confundirían el juicio y le quebrarían los dogmas inamovibles en la comodidad y quietud de academias y conventos. La oscuridad de la vigilia me dejó en claro haber pocas leyes para manejar los amores: mientras los clandestinos se fortalecen con las dificultades y los apartados con la idealización en la distancia, los enteros son para el disfrute íntegro. Y ninguno puede quedar en el olvido, porque el olvido es la agonía de la

verdad de lo vivido, del recuerdo, y olvidar un amor es secar un jirón de quien olvida. Porque los amores, aún más si venenosos y malditos, son alegrías y desgarres de muy adentro de las ánimas que habitan, chispas que encienden o queman las sensibilidades, que dejan cicatrices imborrables y tan solo nos abandonan cuando se nos va el espíritu con ellos.

En el alba ya tenía la resolución de volver con *Ceyune* para siempre, tan pronto como encontrase ocasión; y, para lograrla, debía ganar confianzas y sacudirme tantos ojos fijos en el menor de mis movimientos, como candiles, previniéndome, apretándome y amenazándome; pegados por la codicia de aquello que igual les pertenecía, debía reconocerlo, pero la fatalidad les había negado, para concedérmelo a un costo demasiado alto que ya tenía pagado.

Demosté arrepentimiento, mansedumbre y camaradería. Pero tampoco desaproveché ocasión para despistar rumbos y distancias; para agravar los padecimientos de andar por entre horrendos animales invisibles, desde ladillas carmesíes, casi incorpóreas, que sacan sabañones en los ijares, y enjambres de sanguijuelas que nos vacían la sangre, y sierpes que parecen hojarascas y pudren las carnes, hasta felinos horrendos de la noche que también almuerzan cristianos en el día. Les acrecenté de frutos, hongos y raíces que con solo probarlos sacan retortijones y babazas que terminan en locura, tan ciertos como esa maleza de copos violetas que, con tocarla, simula adormecerse. Les repiqué de senderos defendidos por estaquillas enyerbadas con la misma ponzoña que asfixió al gobernador. Quise espantarles con la enajenación de la *manigua*, con la gazuza, las tercianas y las curseras devorando las entrañas, con todos los padecimientos juntos, pero fue cotorreo sin beneficio, porque ya de aquello hartos habían resistido y todos tenían de lo mismo para contar y también exagerar, porque de iguales suplicios y peores desesperanzas eran redivivos. Porque con

haber palpado tanto brillo y nada tener en su bolsa, solo el oro les llenaba el entendimiento.

En alguno de aquellos baturrillos se nos fue encaminando el tema por las espeluzas del *caribalismo*, como le decíamos a comer semejantes. Varios repitieron los alborotos que siempre se escuchaban, tanto de lo que dicen ser usanza *caribe* en las islas y en el litoral, como de algunos conquistadores obligados por enormes penurias. Era tema que yo rehuyía por el peso que traía, sin aún poder conjurar ni desvanecer las cerrazones y visiones que me sobrevinieron a los bocados de indio. A veces me turbaba la necesidad de asegurarme si alguien tenía sospecha de la barbaridad cometida con los de Gascuña, delito asqueroso y maldad diabólica entre civilizados, tanto como el incesto, porque mal terminaría yo de ventilarse aquello donde no hubiese alguien con rabo de paja. Y por interés de saber cuántos podían lanzar la primera piedra y qué tanto debía apurar mi escurrida, me animé a torearles las lenguas:

—¿Cuánto habrá de cierto en que la carne humana es algo dulzona y con olor a vaca asada?

—Sería a buey, por supuesto —terció un guasón—, que los bárbaros no son tan torpes de asar sus mujeres por tenerlas para mejores menesteres, menos siendo sus hembras la mitad en número de los varones, por dados al infanticidio de niñas, a enterrar vivas la mitad de las que acaban de nacer.

—¿De dónde sacáis lo dicho? —le pregunté sin acoso.

—Vamos hombre, que sería lo único que no sabéis de los indios.

—Quienes conocen el sabor de india en barbacoa son los cristianos que las han engullido por necesidad extrema, no por gusto —señaló un minero—, desde la Florida hasta el Río de la Plata, tanto en la Hispañola como en el *Darién*, donde los salvajes casi se comen al cronista Fernández de Oviedo.

—Es que hasta hace unos años poco se creyó que tuviesen ánimo, sino ser animales con habla, como cotorras o cacatúas —volvió a intervenir el que se creía ocurrente.

Y comenzaron a salir viejos incidentes, algunos con nombres propios que no viene al caso recordar, porque en esto el encubrimiento entre camaradas debe ser compasivo, como lo fueron los compañeros vueltos de donde tanto nos apisonó el hambre y la locura, que nada soltaron de lo sucedido en las exploraciones desta gobernación. Y yo esperando con un nudo en la garganta que no faltaría quien me enrostrara «Vos sois, dentre nosotros, quien más debe saberlo». O «¿es que no os alcanzaron tajada de las tragantonas del escopetero Cristóbal Martín, Juan Ramos, Juan Justo Cordero y su hijo, del mismo Gascuña, del veedor Francisco de Sanmartín y demás compañeros?». Pero nadie, con ser que todos me miraban con odio sombrío, hizo alusión a mis desbarros; de los que algo saldrá, más temprano que tarde, por lo desnudado ¡con tanta simplicidad y torpeza de mi parte! en la declaración oficial y privada que por aquellos días iba rumbo a los archivos de Sevilla, donde aspiro quede sepultada, y ruego a Dios que así sea, para no matar de pena y desazón a mi Madre. Si hoy meto algo de esto en mis escritos, es para nivelar balanza con tanta falsedad y exageración sobre los rituales *caribes*, que ruedan y se repiten de oidillas, sin que alguien dé testimonio de vista.

Se aplacaron mis temores cuando el factor real, de cola pajiza él por su hermano difunto, aseguró:

—En ninguna provincia de las Indias, cristiano alguno ha sido acusado en juicio de residencia por matar y comer indios, y es improbable que por ello alguien sea condenado aquí, aunque otra cosa podría suceder en Europa.

Entonces mi recelo se fue reemplazado por la ofuscación de que se aparejarían armadillas para, so pretexto de reducir

caníbales, ir a esclavizar en las provincias de *pemones* y vecinas, y ponerlos a rescatar sus gentes a cambio de allanarse a la busca y recuperación del oro enterrado. Por ello, con discreción y aplomo, insistí en jurar nunca haber visto entre aquellos, por hambre, ni por rito ni por guerra, ceremonias de *caribalismo*, que les producía repugnancia saber que los de las islas las hacían.

La situación de *Coro* y *Maracaibo* había empeorado desde la salida de los más enteros a reforzar la infortunada expedición. Los quedados renacían cada amanecer con el invariable anhelo de ver llegar algún botín de la invasión, que nunca fue de guerra porque esta lucha la declaró un solo bando. Se recogían a distraer sus hambres buscando augurios de cambiar su suerte al día siguiente, que al pensar lo venidero no estiraban una semana. Y así, de amanecer a noche y de noche en alba, amontonaron dos años de muerte lenta.

Desde la factoría en Santo Domingo, los agentes de los Welser no sabían qué pasaba en su gobernación y «en sana previsión de no perder tan altos adeudos de los colonos cada día más endeudados», sin importar sus vidas, hambres y necesidades, les cerraron paso a toda importación, bien se tratase de alimentos, bestias o herramientas, armas y pólvora, hostias o medicinas. Con el último reparto, el mayor de todos, Pedro de Sanmartín tan solo logró que la deuda del común bajara de cincuenta mil a cuarenta mil castellanos.

Solo se disponía de lo poco que cosechaban los indios en *chacras* de pancoger y, como el trueque y el rescate con amistados lo había dejado prohibido, el gobernador, cuando salió, hubo que pagarles con su misma moneda, que son unas cuentecillas de caracoles tan menudos como cabezas de alfileres pequeños, ensartados dentre doce y quince por hilo, que pronto comenzaron a correr también entre cristianos, valiendo un hilo tan largo como un brazo por tres reales de oro,

u ochenta y cuatro maravedís; sargas obtenidas con apretar más y más a los renegados.

Más entraba la penuria, más se afianzaba la desesperación. De lo robado escondido y en anteriores expediciones, entre todos los pobladores no alcanzaban a juntar cuarenta pesos, que para nada servían porque lo único de comprar eran bienes de difuntos en almonedas públicas, en las que los manilargos nunca se descubrían; pertenencias que no pasaban de un yesquero, un cazo y un plato, un sombrero y unas alpargatas rotas, y las armas, si es que algo sobraba de lo tomado por los Welser para tapar los compromisos, porque moría el hombre mas no su acreencia, y los escasos bártulos daban en una bodega a terminar de podrirse y oxidarse, porque a nadie fiaban para no engrosar las deudas.

Cuando después de un año de ausencia volvió el capitán Esteban Martín con oro y por refuerzos, salió mucho revuelo por lo que vieron y oyeron. Entraron nuevos ánimos y del cebo dorado se engancharon los que pudieron marchar, dejando ambas rancherías como pueblos de leprosos, con más carencias porque barrieron lo poco que tenían. Fundido y desaparecido el botín, las ilusiones se derritieron como plomo y se cuajaron en desganas, más grises y pesadas.

Fue cuando Adelfa no aguantó más soledades ni desesperanzas, y con un pequeño fardo a las espaldas salió por los caminos ardientes de la *Guajira* a juntar su destino con el de Martín Tinajero, su Yago, dizque guiada por *Mecou*, más seco y encorvado, casi ciego. «Dicen que murieron de sed en el desierto», remató la india en confidencia, sin que yo admitiese posible que toda la aridez de aquellos pedregales fuese capaz de contener la determinación de mi gitana, ni quebrantar el paso de tortuga del curtido *jaibaná*.

La gobernación alemana no era más que dos yermas rancherías de a puñado de españoles desolados, donde se

hinchaban las tribulaciones, hervían las rivalidades y fermentaban las inculpaciones contra el mal gobierno. Oficiales reales y ediles, que más parecían náufragos andrajosos, redactaban largas recriminaciones agregadas a las ya hechas en años anteriores: «que los factores de la compañía actúan como señores y dueños absolutos, y mantienen un informador de su casa quien les avisa la llegada de navíos para atorar despachos de España y abrir y retener cartas particulares, así como evitar registros de sus navíos llegados a puerto, alegando que sus mercancías están exentas de impuestos»; «que pese a los requerimientos del cabildo se niegan a traer los aparejos para aquilatar el oro, llevándolo a Santo Domingo sacándole las águilas, pectorales y orejeras de los *sinúes*»; y «por demás continúan negándose al envío directo de muestras del bálsamo a España y las enrumban a Ulm con sus comerciantes secretos».

Harto le cargaron a «su lugarteniente Santillana, quien los secunda en los fraudes y esconde las provisiones reales y no las entrega a los oficiales; deshonra a los casados echándose con sus esposas, dando a estas dádivas y a aquellos palos por cualquier cosa; trata mal a los miembros del cabildo, no permite que este se reúna ni que el alcalde elegido tome parte en los debates, porque se erigió en señor absoluto, poniendo mucha gente en prisiones, con grillos hasta de quince libras y con la cabeza en el cepo; que se niega admitir la mediación de oficiales y regidores en la repartición de solares, como fue ordenado en una cédula nueva; y prohíbe a los vecinos rescatar directamente con los indios sus mantenimientos, otorgando licencias únicamente a su familia y a las de mujeres que le parecen. Impide a los vecinos la siembra de *maíz*, dando licencia solo a quien se le antoja; despoja a los indios de todas sus joyas, que no son más que cuentas de dos o tres suertes de pepas que llaman *boroida*, *querequereto* y *mamas*, las cuales utiliza para

comerciar con ellos mismos, porque acaparó la moneda de caracillos que corre entre los indios, de manera que todos, incluso los oficiales reales, se ven en la necesidad de comprárselas, ya que prohibió el trueque directo de unos artículos por otros».

En otros despachos agregaron que el Santillana «con pretexto de vigilar que los indios siembren y cojan *maíz* para los españoles, mantiene miembros de su familia en los pueblos de indios, tratándolos mal, por cuya causa se rebelaron y huyeron. El mismo Santillana reside mucho tiempo en las poblaciones indígenas, aprovechándose de las indias de buen parecer y llevándose a su casa a las más jóvenes y hermosas».

Salido el capitán Martín con los refuerzos para el gobernador, noticias ensombrecedoras volaron a la Hispañola: la pérdida del oro enviado con Gascaña; el alzamiento de los indios pacíficos de *Paraguachoa* y *Tocuyo* por haberles capturado doscientos para el refuerzo; y la muerte del capitán Luis de Saldaña y nueve de los veinte acompañantes que entraron bajo pretexto de infringirles castigo, pero más con ánimo de quitarles su moneda, de la que metieron más de mil castellanos en el saco.

Por tanta anarquía en la provincia y mutismo sobre el gobernador, a fines del año treinta y dos, la Real Audiencia de Santo Domingo suplicó a Rodrigo de Bastidas, obispo electo para Venezuela y hombre de confianza del Rey para remediar situaciones difíciles, trasladarse de inmediato a la provincia; pero ocupado en asuntos personales dilató el viaje. Entonces la Audiencia eligió juez de residencia al hermano de su presidente, quien también ingenió excusas para no acometer el encargo. Con las perturbadoras nuevas, la Audiencia nombró gobernador interino al dicho obispo, hijo del fundador de Santa Marta de igual nombre, requiriendo su paso lo antes posible; pero, por intermedio del factor de los Welser, el obispo trató con los alemanes la posibilidad de ser

gobernador efectivo, en cuyas conversaciones se embrollaron por año y medio.

Tanto enredo y pesadumbre más relajó los ánimos de acusadores y acusados, encajados solo en el desgobierno, sin más quehacer que maldecir y apretar mi custodia, porque en mí tenían colgadas sus hilachas de ilusiones, trenzadas y sostenidas con la ojeriza general.

Nadie tuvo indulgencia con mis abatimientos, menos saqué raja de cordialidad alguna, salvo la simpatía despertada en las indias de servicio por la facha en que volví. De ellas me valí para unturas de *bija* y *achiote*, collares y plumería, calabacilla y sujetadores, arco enorme con apero de flechas, *poporo* con cal y mochila con hojas de *hayo*. Esperé la ausencia total de la menguante de noviembre, la del estrellero vidente san Abdías, el más remoto profeta del encuentro y ocupación destas Indias. Corté mi cabello como motilada de fraile, repelé mi cuerpo y lo oscurecí con untos de carbones, entre los que alumbraron mis ojos como de *jaguar* y, por entre las sombras, como indio me huí de los cristianos, casi volando por los caminos, envidiando a tantas aves que no necesitan de mover sus alas, sino acomodar las plumas caudales a los sesgos del viento.

La luna plena avivó el alborozo de *Ceyune*. Por las piedritas de colores lo supo antes de que le anunciaran los espías de la frontera. Me recibió con refrescos de guindas y *guayabas*; con el cocido que más me deleitaba, ese sancocho de angulas con *batata* y *arracacha*, con *iotas* y *guatillas*, sazonado con *ají*, acompañado de *yucas* suaves y perdices rebozadas entre hojas de *bijao*. Recién barrido el *tambo*, dispuesta la *hamaca* doble. Ella acabada de bañar, el cabello aún húmedo y oloroso a orquídeas y *tohúes*.

—Ha vuelto mi alegría —me dijo con su sonrisa más amplia, su licor de mujer embrujadora, y ostentando el vientre abultado.

—*Ein nana yuni*, te amo —le respondí en medio del abrazo.

—*Zeize na zeni*, estoy feliz, *ein nana yuni*. —Susurró y luego cantó—: Mira a ver cuánto ha crecido el *guagua*.

Y fui a despertar a mi hijo para poder estrecharlo.

En el siguiente amanecer, el mismo sol que tantas agrieras despertaba en *Coro* vino a templar nuestra felicidad. Luego de estirarme y desperezarme, me entró la extrañeza por no haber venido nadie más a recibirme o a echarme.

—*Ñapabiñe*, mi padre, está agonizando —me informó *Ceyune*—. Los herbolarios han puesto todo su saber y los *piaches* han concertado a los espíritus para que no se lleven al *ca-cique*, pero parece estar decidido por los antepasados que debe acompañarlos.

—¿Fue herido?

—Padece una dolencia desconocida en los huesos, con fríos y calores en todo el cuerpo y una soltura de tripas que lo tumbó por varios días.

—Y con el saber que tenéis, ¿no podéis sanarle?

—Cada cual hizo lo suyo y todos fracasamos. Entonces lo sacamos del pueblo para no contagiar a los demás, al amparo de un árbol, con una calabaza de agua, unos puñados de *maíz* y algo de *cazabe*. Como no murió, al tercer día le volvimos a su casa entre el júbilo de las gentes, pero aún no se remedia.

De inmediato fui a ojearle y con solo verle tiritar entre el sudor de las fiebres, el rostro cerúleo y la panza inflada, supe que había cogido las mismas dolencias de D'alfinger, de Federmann y de la mitad de las tropas.

—¿*Tetidu pabi*, cómo está señor padre? —le pregunté con duda de si me oiría.

—*Nama zina zanii*, estoy muy enfermo. *Yena yuni*, tengo sed. —Balbuceó y pareció volver a dormirse. Más tarde agregó—: *Cou natine*, tengo frío.

—Si *Mati* aquí, ¿él será curado? —me preguntó *Ceyune* y sentí su reproche.

—*Ñapabiñe* tiene peste de blancos, por eso no pudieron sanarle. He vuelto para quedarme.

Ceyune le tomó una mano y él le correspondió con sus últimas palabras:

—*Gamsino-amia ducaba*, mi niña bonita.

Sus mujeres lo lavaron con esponjillas de mastuerzos tiernos y luego lo *embijaron*, emplumaron su cabeza y le emperifollaron brazos y piernas con joyerías de símbolos de vientos huracanados y de animales de espíritu valiente: águilas, serpientes y *jaguares*; con un pectoral del sol y la luna tras *Cuimicale avanzaba*, la gran montaña nevada. Le tendieron en su hamaca y sobre el pecho pusieron una pequeña *canoa* de unos tres palmos de larga, cargada con su *poporo* y hojas de *hayo* tostadas y algunas tortas de *cazabe* para el viaje que haría siguiendo el hilo continuo al que estaba amarrada, tendido hasta el brazo del río, para cuando saliera su espíritu en la noche se guiara a dejarse llevar por las aguas hasta el lago, a encontrarse con los antecesores, a gozar la armonía de volver a donde se refunde la esencia de todo ser.

En la mañana siguiente, *Ceyune* bajó revisando la ribera hasta dar con la barquilla varada entre raíces, «de donde partió el aliento de mi padre para seguir solo sobre la corriente mansa», dijo. La recogió, ofrendó su contenido al río y la entregó a nuestro hijo «para que juegue con ella y se avenga con el agua».

Caciques confederados, venidos a toda marcha, tendieron el cuerpo sobre una *barbacoa* alta de varas verdes de *guayacán* y por debajo prendieron un fuego manso de *guarumo* que ardió durante una semana, para ir secándolo mientras las gentes de la provincia venían a expresar su pésame a los guerreros, a sus mujeres e hijos, mientras mi suegra, su *cuati tigüi*, con un

canto triste recordaba sus proezas y valentías, alzando a cada tanto el gran arco, las flechas, la lanza y la *macana* con que defendió su pueblo. Las mujeres venidas, en junta con las anfitriónas, sin dejar sus labores de preparar comidas para tantos convocados, coreaban las evocaciones de la *tigüi* sobre los festejos y *areitos* de su señor que fueron de regodeo para todos, a fin de que nadie olvidase cuán grande fue.

Al octavo día apagaron el fuego y dejaron enfriar el cadáver tostado. Los *sailas* tomaron el cuerpo y con cuidado fueron raspando las carnes achicharradas, las amontonaron sobre una fina manta bermeja en que fueron empacadas. Las galanuras de oro y los huesos pelados los metieron en un *catumare*, tapados con el paquete de la manta y así fueron a dar a lo más alto del *bohío*, con la misma devoción dada por los cristianos a los relicarios de los tantos santos entronizados en iglesias y palacios de Europa.

La ceremonia quedó sellada con una gran comilona de caza y de liebres, *curíes* y *ñeques* de criaderos; variedad de pescados, mazamorras de granos y bollos insulsos; con bebida de *chichas* de *maíz* y vinos de *ananás* fermentadas, después de lo cual los invitados se fueron retirando a sus cobijos, borrachos y entre grandes lamentaciones.

Entre tanta aflicción nadie se percató de la asechanza de los de *Coro*, venidos a apañarme. Encontraron su mejor momento cuando andábamos dolidos y abandonados, desmontadas las centinelas y defensas, por lo que tan solo pudimos darles una horripilante grito de guerra, tanto para encrespar a los invasores como para disimular nuestra perturbación. Entraron por delante cinco de a caballo arrasando todo en galope tolondro. Detrás la jauría rabiosa y babeante, azuzada por el perrero De Arana, quien sacó contento en aterrorizar a los niños agarrados a las piernas de sus madres. Después los peones con sus ferros desenvainados revolcaron cuanto rancho encontraron

delante de sus barbas. Al final el capitán Esteban Martín con un hachón llameante, dispuesto a emprender la chamusquina.

Me planté frente a él y con las manos juntas por delante para que las cargasen con grillos, le encaré:

—Capitán, soy a quien buscáis. No es necesario dañar esta gente que tan bien os acogió en el pasado.

—Seré yo quien lo decida —respondió con altanería marcial—. Bien veo que hubo festín y comilona. Algo debe quedar para nosotros antes de partir. Mandadles nos agasajen pronto —remató amenazando con la antorcha.

En esas irrumpió el soldado Juan Pérez, con la manta terracota enfundando el pectoral y demás joyas del ajuar funerario. Corrí hasta la *maloca* principal, para ver por tierra un reguero de huesos y cenizas. Me volví iracundo y desafié al capitán ocupado en sopesar lo rapado:

—O el hideputa del Pérez recoge y vuelve a su puesto la osamenta, o usía tendrá que matarme aquí mismo para impedir que sea yo quien despache a este despreciable marrano.

—Me sobran fuerzas y ganas para empalaros, aindiado roñoso.

—Pero os faltan los cojones, como a cualquiera de mis perseguidores, porque no habéis venido a reconciliarme como cristiano, sino a recobrarne en razón del oro enterrado, que sin necesidad de artes secretas desaparecerá conmigo si el mala-leche no recoge las reliquias, o si en algo dañáis a cualquiera de este pueblo.

—¡Pérez! —ordenó descompuesto—, que este descaminado ya no distingue quiénes son los suyos y quiénes los contrarios. Poned la osamenta en lugar donde no la coman los perros. Lo de oro acá, porque algo habrá de soportar el costo desta salida.

Me encadenaron a un palo de la plaza, mientras llenaban sus panzas. Desde allí, en mitad de la noche, por entre la

estridencia de los grillos escuché a *Ceyune*, en su lengua materna, repetir con enorme tristeza aquella tonada que fue alegre cuando yo se la enseñé:

Porque el amor verdadero,
El que da temple a la mujer,
Le roba fuerza al guerrero
Y le empuja a fenecer.

Y su canto me fue llenando de un sentimiento confuso dentre odio y vergüenza por los cristianos, por lo que sin dudas supe ser ya mestizo mi corazón. Ella se venció al alba y yo la desperté con un grito jurándole volver, mientras me empujaban al suplicio de ir arrastrando cadenas por los caminos, sin otra compasión que la sombra de su recuerdo adherido a mi cuerpo, enjugando mis sudores, alentándome con su ausencia a no quebrarme para poder regresar.

Muchas componendas secretas andaban orquestadas entre veedores y capitanes, unas a espaldas de los apoderados de los alemanes y otras con su complicidad. Mi entrada a *Coro*, harto llagado por los grilletes, encajó por azar con el arribo del teniente Francisco Venegas, venido de *Maracaibo* con una veintena de baquianos expertos en ajustar indios. Siendo que antes no me determinaba más que como «el chulo que le brilla los cuernos al Tinajero», Venegas se dio a mostrar una caridad por mi condición que, de dientes para dentro, sonaba tan fofa como cántaro vacío. Ordenó soltarme los fierros y aliviar mis tobillos y muñecas con gordura de pato, en tanto que Esteban Martín se hacía el desentendido. Me puso bajo su techo y me vistió como a cristiano con unas calzas, jubón, sombrero y botas de mi talla sacadas de la factoría, todo con cargo al común. Con disimulo, porque dizque me las tenían prohibidas, me franqueó daga y espada de alguno de sus soldados idos al limbo de los conquistadores:

—Limpiadles el cardenillo y repasadles el filo mientras os reponéis en esta semana, porque en la próxima saldremos a lo del entierro, antes de que las lluvias se coman los rastros y la selva cambie las señales.

—¿Quién garantiza mi vida después de recobrarlo? —le pregunté frentero.

—Sacaos de la cabeza que ese botín es vuestro y meteos que tan solo fuiste custodio. —Recusó el cordobés, con ese tono paternal que siempre me pone en defensiva, y agregó—: Cuando reluzca aquel oro tolosano, que según entiendo es tan considerable como para hacer palidecer a genoveses y venecianos, todos estaremos tan contentos que seréis el héroe por desnucar nuestros infortunios. Hasta el Rey agradecerá de vos. Mirad que, como debéis sospecharlo, en actas solo quedó asentada una mínima parte, una buena tajada está concertada en partición entre algunos capitanes y quienes ayuden al rescate, salvando primero, desde luego, vuestra bolsa, bien gorda por enrutarnos; el resto irá al reparto del común.

—Lo de señalar el oro, lo tengo claro como obligación y gustoso espero guiaros sin errar punto. Pero más me fuerza la esperanza de hallar algunos de los compañeros extraviados que, tal vez como yo, hubieren sido acogidos entre indios mansos —le respondí desentendiendo su clara engatusada—. Mis desconfianzas son por quienes no aguantan verme como indio, siendo que por ello fui salvado y, conmigo, el tesoro.

—Si lo indio está tan solo en el pellejo no hay afán, porque sin que seáis cigarra o sierpe, el tiempo os lo habrá de restablecer.

—No podréis pensarlo en otra forma, porque tan solo viví año y medio entre indios, y por veinticinco me crie y cultivé entre cristianos. Además, tengo una deuda de honor: la de volver en busca de mis compañeros perdidos —le devolví gato por liebre, sintiendo que también hay apegos que, en cualquier instante, se meten y se aferran debajo de la piel.

Con promesas de reparto por debajo de la mesa, muy pronto se juntaron más de sesenta para aquella misión de ir a escarbar, todos de a pie y livianos de bastimentos, porque no había con qué ni de dónde mejorar los aperos. No llevamos más que un caballo, sin silla, para tan solo meter temor entre los indios, ya que nada llevaríamos de perros ni de pólvora. Con muy pocos *naborías* de carga y de servicio, salimos a fines de abril, después de misa de maitines con muchas bendiciones y ruegos de fray Vicente al santo de su devoción, por ser otra vez el día de san Mateo, para «obtener la protección del evangelista virtuoso en guardar tesoros, por haber sido recaudador de tributos antes de seguir a Jesús».

El Venegas me puso de guía y lengua desde el comienzo, no obstante los caminos ya haber sido trillados por algunos de su confianza. Tampoco puso objeción a que los entrase en la poblazón de los *pemones*, tal vez porque notó en mi semblante la pesadumbre que me invadía y bien dedujo que, sin levantar los ánimos, poco me empeñaría en atinar por dónde desandar.

Apremiado por el ansia de conocer mi segundo crío, que ya debía ajustar un mes largo, descuidé entrar con mi empaque de cristiano y barba en cerrazón. Cuando tuve la pequeña entre mis brazos, la dicha se me enfrió por la perplejidad de *Ceyune*: me miraba como ajeno y me repasaba como buscando alguna bizarría en mi extraño atuendo. No se dejó estrechar hasta en la noche, cuando despojado de las vestiduras y lavado de ese olor tan repugnante a los indios, nos metimos en la *hamaca* grande a simular ensueños, para encubrir el desvelo de sentir lo que habrían de sentir mis hijos mestizos en toda su vida de *pemones* con hervor castellano. No supe por donde andarían los sentimientos y pensamientos de *Ceyune*, porque entre aquellas tinieblas no nos salieron las palabras y tan solo a la hora de la despedida le dije:

—Volveré para no separarme de mi *Ceyune*, *Matisashída* y la pequeña *Tutuaba*, tan bella como su madre.

—*Eiguaná chucuaní*, hasta siempre, mi *Mati*, mi dicha ajena —respondió ella conteniendo un estremecimiento y dejando resbalar las lágrimas.

No habían pasado dos años de enterrado el oro y lo que tenía en recordación no atinaba a situarlo en el terreno. Con el enredo de tantos cenagales parejos y ríos similares y colinas repetidas, con el abandono de poblaciones borrosas y nadie a quién preguntar, más tanta presión de los compañeros resollando en mi nuca, no era sino que me encaminara por alguna cañada anticipada para desembocar donde nunca había estado y al volver a retomar la senda era volver a equivocarme, y más se escurrían los ánimos e hinchaban las iras infectadas con maldiciones. Nunca es igual un camino subiendo que bajando: ahora encontraba demasiados atajos por donde con los de Gasuña no vimos sino selva tupida y entonces organizaba piquetes de iracundos, los unos a dar círculos, otros avanzar desplegados y los otros a repasar por atrás, mientras yo buscaba las partes altas para reacomodar un paisaje que tan solo había visto desde abajo, casi siempre metido por el lecho de los ríos. Y me hubiesen colgado de los pulgares, de no ser que dimos en un lugar de grandes *guacaríes*, o ceibas, que era la primera señal instruida a todos, y cada quien se dio a escarbar bajo la sombra de alguna de ellas, la más alta o la más gruesa, o más derecha o más seca, sin importar que en nada se ajustaban las señas tan repetidas, «de tener tres brazas de grosor, de estar cerca de un arroyo y una barranca en que incrustamos dos lajas en cruz, marcando la dirección con su larguero mayor». Nunca dimos con marca alguna de machete en los árboles y podíamos estar una legua más allá o un par más acá, parados encima o dando vueltas y guiñadas de una parte a otra y de esa a otra, o a la primera. Y terminamos por creer que los demonios habían igualado o cambiado la selva, lo mismo daba, para retener el oro con que se les honraba.

Después de casi un mes de estar repasando por donde creía que podía estar el escondrijo, me entró angustia de haber perdido las señas y nunca después poder encontrarlo, a no ser que me ayudase con las piedrecillas de adivinación, o con los vuelos del *yagé*, del *yopo* o de la *hayaguaza*, nada de lo cual podía delante de cristianos que consideran estas y algotras pericias inmateriales como repulsivas artes del Demonio, razón de más para que fuese yo quien volviese solo y pronto, antes de que algún *saila* lo localizara en sueños, si es que no lo habían recogido ya y escondido de nuevo.

Al flaquear las provisiones, con el ayuno se hicieron dos bandos: uno pequeño quería creer que yo hacía el mejor esfuerzo, pero que andaba atolondrado; otro mayor sostenía que les había montado un sainete para irlos acabando por hambre, o perdidos, como había hecho con mis antiguos compañeros para quedarme con todo, que con los indios amistados ahora podría sacarlo hasta la costa a embarcarlo a España, a darme vida de visorrey, llevando la india y otras esclavas de mancebas; suposiciones que cortaban más que los puñales enseñados por algunos con amenaza de que «sería para todos o para nadie». Y por más que les juraba que ni estaba aturdido ni les estaba burlando, seguían empecinados, no les valían razones de haber desaparecido las señales, tragadas por la *manigua*. Mas creían que, de alargarse la busca, la *manigua* nos tragaría a todos. Y veía venir el tormento para, en el límite de los estrangulamientos, sacarme el sitio que se escurría y en seguida ahorcarme por traición, ya que para la mano y conciencia de los conquistadores parecía levantado el quinto precepto de la ley de Dios, ley que traíamos para catolizar este bárbaro mundo pagano.

Quiso la suerte que un terrible dolor de muelas y oídos le ayudase a reconocer al Venegas que yo había perdido el tino y, de no dar vuelta, sacaríamos la misma suerte de los de Gascuña. Y con moflete hinchado, ordenó:

—Volveremos mañana a *Coro* en busca de provisiones y mejor apero, para montar aquí una avanzada segura y abastecida para los meses que nos demande el rastreo. ¡Que el del clarín llame los dispersos!

—Dado el brazo a torcer, ¿quiénes habrán de volver? —preguntó mañoso Juan Pérez.

—Nosotros —le tranquilizó el capitán—, los mismos sesenta, que ya estamos algo enrumbados y harto cebados. Y, para más seguridad, el Francisco Martín irá y volverá encadenado.

Los caminos del Viejo Mundo se pelan con el peso de los pensamientos de quienes no necesitan cuidar de perderse. Si son largos se trajinan en silencio, aunque los bártulos se lían con algarabías, porque esta se apaga después de la salida y no regresa hasta el final. Si son cortos, cantan las mocillas y los gitanos o alguno que otro peregrino. Los caminos gastados son hilos para ensartar cavilaciones y quedan trazados con la sabiduría del caminante que los va acortando por instinto.

Los caminos de conquista son diferentes porque quien se descuida queda ensartado, quien tropieza rueda, si se retrasa se extravía, y desaparece si se aparta. Cuando se transitan en patrulla, nadie puede distraerse por creer que los demás van vigilantes, porque entonces nadie cuida de sí ni de los otros. Por los caminos de las Indias se avanza con todos los sentidos abiertos. Las piernas son para llevar los ojos y los oídos; las manos para tener listas las armas. Pocos pueden fugarse en una marcha: las escabullidas son en la noche, cuando el cansancio y el sueño arrodillan toda resistencia.

Y así lo hice por las ciénagas dentre las bocas de los ríos *Chama* y *Mucujepe*, en la punta de la culata del lago, asumiendo el riesgo de que, por ir con las manos aherrojadas por detrás, podría ahogarme cuando no lograra hacer pie. Hilvané que me darían por sumergido después de un día de búsqueda. Y casi pasó así la noche en que intenté cruzar

de espaldas el *Mucujepe* y la corriente, llana pero fuerte, me arrastró hasta un banco de juncos, donde a la media mañana la tropa me tropezó enredado, medio vivo, medio muerto.

—Como perro que vuelve a su vómito, así es el necio con su necedad —alcancé a oír a Venegas recitando su proverbio favorito.

Luego ordenó:

—Ponedle una *cabuya* al cuello y atad el cabo a la jaca, porque, así sea a rastras, lo llevaré a *Coro* a responder por sus tantos desatinos.

Esquivaron el paso por el *Moracaibo* de los *bobures* y no me quitaron los ferros hasta en *Coro*, donde me metieron en la cárcel, a *cazabe* y agua, e incomunicado, en la misma que tenían al teniente Santillana.

Fray Vicente, apiadado de mi condición, me pasó un legajo de papel y algo de tinta hecha de carbón y *achiotes*, con que pude hacer las anotaciones que después me valieron para redactar los acaecimientos más recientes. Como si estuviese en confesión, sin mucho poder hablarnos, pactamos su pedido de poder también servirse de esos apuntes, por lo cual me cuidé de escribir algunas cosas en clave, como lo hiciera siempre el almirante Colón para despistar todo sobre sí mismo.

Con ir garabateando se me aclaró la fracción y desavenencia de este gobierno, mezcla de agua y aceite, de alemanes prepotentes arriba y orgullosos castellanos debajo, revueltos y separados solo por ambición, ambición que hizo grieta enorme y dejó bocazas abiertas cuando se esclareció el tamaño asombroso de la riqueza enterrada.

Entonces jugué la última carta que me quedaba, un as de bastos, al todo por el todo. En un pedazo de papel escribí con letra muy menuda: «Yo, Francisco Martín, enrolado por gracia de los señores Welser como agregado y peón de la conquista de su gobernación, único sabedor de dónde quedó el

botín ganado a *sinúes* y *pacabuyes*, cuya custodia micer Ambrosio nos confió a mí y a otros compañeros todos fallecidos, estoy preso y en riesgo de muerte por juzgar que lo mayor de aquel inmenso recaudo corresponde a las gentes alemanas».

Hice bola con el escrito y, casi valido por meras señas, lo confié a la india que me llevaba la ración, con recomendación de ser muy secreto, de nadie poder verlo, de entregarlo a Gubert, un huraño minero acendrador de quilates con piedra de toque en la factoría, o de tragárselo en caso de que alguien la pudiere descubrir.

Tan solo pasaron dos días antes que la india volviese con otra pelotilla dentro de un bollo: «Arreglada fuga esta noche: Después de vísperas entretendremos perros con restos de venado. A una legua por salida sur, esta india os entregará provisiones. Alemanes sabremos encontrarlos. Romped y comeos esta nota».

A la dicha india, colaboradora de mi primera escapada, le encomendé recoger y guardar mis escritos para entregarlos a fray Vicente. En la noche, los cerrojos estuvieron francos y otra vez se fundió mi desnudez con la oscuridad. Quien no pudo huirse fue el teniente Santillana, detenido en el mismo cuartelillo, pero en celda aparte. Dos pellejos de *chicha* fuerte de *maíz* lo enajenaron de la movida. De meses atrás, el factor Vásquez de Acuña y el contador de Naveros le habían sujetado en su casa, con guardia día y noche. Y para mayor seguro, impusieron que ninguna nave podía zarpar de la Vela de *Coro*, hasta tanto no llegase el gobernador. Santillana insistía en que, por estar muy enfermo, debía viajar a Santo Domingo por su vida, pero el cabildo prefirió traer de la isla, con cargo al común, un cirujano y medicinas para atender a todos los aquejados. Cuando se supo de la muerte de D'alfinger, Santillana intentó huirse a la Española. Fue entonces cuando el alguacil lo recluyó en la cárcel, pues «así convenía al servicio de Vuestra Majestad y pacificación de la tierra». Y, acto seguido, el común

eligió al juez como regente interino «hasta tanto hubiere un gobernador legítimo, que no fuere extranjero».

Aunque tuve la precaución de pelarme las barbas, no hubo modo para los demás afeites y aderezos *pemones* del cuerpo y, por ello, el reencuentro con *Ceyune* tuvo alguna desazón al comienzo, mientras me despojaba de todo empaque que le recordare al invasor. Haciendo de indio, hube de esforzarme en los melindres de que se sirven los castellanos para llevar mocillas al camastro. Poco después, le volvió la dulzura de los buenos tiempos y se le dispusieron sus entrañas para que en ellas germinara de nuevo mi simiente.

Pronto vendrían a echarme mano. Y sin adivinar quién llegaría primero, si los agujoneados por el unto de Venegas o los del bando alemán, resolví construir un resguardo en lugar apartado y encubierto para evitar que me cayeran por sorpresa.

Esta vez no hubo *minga* y nadie se acercó a colaborar, ni siquiera a curiosear. Se escurrían para no cruzarme en el camino y de lejos, con el brazo extendido, me señalaban que me quedase apartado. No fueron agresivos, sino temerosos de que, habiéndome visto cargado con cadenas, los cristianos se encarnizaran con ellos. Ya no era su capitán, ni hacía sanaciones porque no venían a buscarme los dolidos. Me ocupé en conseguir hojas de palma y alistar maderos para una enramada, casi una madriguera. *Ceyune* siguió con los críos acomodada en el *bohío*; dejó sus saberes y se dedicó al labrantío, a la preparación de alimentos, la niña cargada en una manta, ora a las espaldas, ora pegada a la teta, y el otro sostenido de la mano por no tener aún soltura en caminar. Allí me les reunía después de caídas las noches, en la *hamaca* grande, con el viento tibio lamiendo el calor de nuestros cuerpos.

Tanto trabajo solitario, duro por falta de herramientas para valirme en la selva, me llevó al ensimismamiento de pensar por qué entre la templanza y exuberancia de las tierras, estos

hombres de especial ingenio y habilidades inigualables no habían encontrado mejor comodidad en su vivir. Cavilaba que, si algo pudiera hacer por aquellas gentes desaprovechadas, sería enseñarles lo básico y de utilidad, de lo tanto aprendido en la Ferrería.

Lo confié a *Ceyune* y le pedí que me ayudase a congregiar una reunión con principales de la provincia, para presentarles rudimentos que no cambiarían sus tradiciones ni creencias, sino para optimarían sus esfuerzos, así como, sin necesidad de nuevas armas, les había hecho mejores guerreros con ordenar sus combates.

Logró congregiar una veintena entre viejos *sailas* y jóvenes guerreros, alrededor de una lumbre. Pasadas las humadas de *tabaco* y las rociadas con vino de *maíz*, mientras *mambeaban jayo* les conversé de querer ser de servicio para quienes ya eran mi gente y familia, por haber encontrado entrellos una nueva vida atada con lazos de afecto y estima, que mi anhelo era quedarme a vivir entrellos, si me admitían como uno de los suyos sabiendo quién era, no como señor sino como a igual; que si los cristianos volvían a llevarme, yo volvería a fugarme porque mi decisión era asentarme en este Paraíso con *Ceyune* y nuestros hijos, que estaba amañado a ellos, a diferencia de otros cristianos que falsean las indias pasándolas a su cultura, ajena para ellas.

«Escuchamos», dijo una voz cascada y entonces ahondé como mejor puede, que en nuestras naciones no teníamos que sudar tanto, porque el esfuerzo mayor no lo ponían los brazos de las gentes, por tener varios ingenios como la rueda, con la cual era más fácil deslizar que alzar, como les demostré con una carretilla hecha de *bejuco*. Que una vela grande en una *canoa* hacía por cien remos. Que nos servíamos de bestias de carga, más en el trabajo que en la guerra, y mulas, bueyes y caballos los podríamos canjear con los de *Coro* y luego criarlos en sus solares. Que los machetes, hachas y cinceles de fierro, cuyo

filo conocían, se hacían en fundición similar a la del oro y del cobre, que era cuestión de tiempo encontrar los minerales de los cuales se obtiene. Y, lo más importante, podría enseñarles a pintar palabras con que pudiesen guardar todos sus conocimientos y tradiciones.

Sin dar muestra de asombro me dejaron hablar cuanto quise y, cuando acabé, el más viejo de mis anteriores maestros respondió:

—Hay buena intención en las palabras, pero les falta la luz de los ancestros que nos han venido transmitiendo los *sailas*, los iluminados guardianes de la sabiduría.

—¿Temores o escarmientos?

—Los padres remotos —continuó con los ojos cerrados como para ver mejor en los laberintos del tiempo— por estar recién creados y no tener el pulimento de las piedras rodadas por los ríos, se dieron a cosechar más de lo que podían consumir, a tener más de lo necesario, a ir más lejos del derecho de otras gentes, a dejar la fuerza de los más vigorosos para la guerra y la de los más débiles para el quehacer, a quebrar más vidas de las que podían generar. Lastimaron el espíritu de la Gran Madre y la tierra de *Guata* se secó y las plantas no crecieron y los animales huyeron y las gentes fueron muriendo porque se les deshizo el aliento. Porque con agotar el desahogo de una especie, como quitar el agua a los peces o la tierra al *maíz* o el sol a un fruto, es como azotar un hijo de la Madre, es interrumpir el ámbito de convivencia y entristecer a la Madre que, al llorar sus lágrimas amargas, más sangra la tierra.

—Pero lo dicho no es para asolar, sino para esforzarse menos, para alcanzar lo mismo con menos trabajo, para no agotar nuestro vigor ni el de la tierra.

—Lo que tomamos de la Gran Madre para vivir debemos retribuírselo en alguna forma y el sudor es pago más grato que los sacrificios de sangre. Los sobrevivientes de los ancestros

nos dejaron el precepto de primero pedir permiso y después agradecer con cantos y bailes de alabanza, sea que desviemos una toma de agua o cortemos un árbol o cacemos *capibaras*, o cuando colectamos una cosecha, o matamos un adversario. También nos señalaron que la Gran Madre nos va revelando lo que vamos necesitando y, para muestra, nos ha entregado muchos secretos de plantas medicinales.

—¿Se habrá valido de mí la Gran Madre para revelar lo que estoy aconsejando? —le acosé, mas no se dejó arrinconar:

—Con los *sailas* vecinos estudiaremos las propuestas: la conveniencia de la rueda donde no la traben selvas, dunas, pantanos ni montañas; lo de herramientas más recias y cortantes, sin que vuelvan armas para sobreponernos unas a otras naciones; lo de meter enormes animales donde no sabemos qué podrían comer sin agotar lo de los demás; lo de poner conocimientos y tradiciones en signos muertos, sin apagar la vivencia de transmitirlos con entonaciones de voz.

Lo dijo con tal aplomo, que caí en cuenta de que los indios muestran inocencia para no manejar la ironía, ya que con el mismo tono de plomo preguntó:

—¿Qué tan venturosas son las naciones de vuestro Rey poderoso?

—Mucho se afanan buscando prosperidad, con error de pensar que está solo en la riqueza. Y como en ello unos corren más que otros, aún tenemos muchas guerras en las que muere demasiada gente; y la holgura sigue en manos de unos pocos, mientras los que sudan nada tienen; hay considerable esplendor para mirar de lejos, pero no sabemos cómo atajar hambrunas y pestes; así, muchos sufren dolor y amargura por no tener lo que otros, sin que estos otros lo disfruten por no poner raya en su avaricia... —me salió decirlo con toda sinceridad. Y con la misma rematé— : Por ello quiero quedarme a vivir entre vosotros.

—Quedarse será bueno para aprender de nuestros *sailas* cómo ayudar a vuestras naciones, porque holgura sin igualdad a nadie trae felicidad —replicó con cariño, abrió los ojos y, con alzarse, levantó la sesión.

Poco tiempo tuve para asentarme entrellos a su llaneza de la vida simple, la misma que predicó Jesucristo cuando exclamó «Bienaventurados los pobres de espíritu» y pocos le entendieron entonces y menos ahora. Por pedido del teniente Venegas, poco después cayó sobre mí el capitán Diego Martínez, el primer pirata de agua dulce y Tierra Firme. Llegó por el lago con su escuadrón repartido en los dos bergantines y en la *canoa* grande que, de tiempo atrás, el mismo teniente le facilitara para sustentar el pueblo de *Maracaibo*; naves usadas también de habitación para, cual corsarios desalmados, bogar rancheando de labranza en labranza, costeano cada vez más remoto porque ya no les quedan sembradíos cercanos. Y en ellas volví a *Coro* requintado con cadenas tras un nuevo intento de escape.

Después de su expedición, Venegas había vuelto a *Maracaibo* porque su ranchería andaba en peor postura que la de *Coro*, lastimada de malarias y peleándose por hambre. Allí malgovernó la miseria hasta cuando Federmann, años después, volvió y le sacó la poca gente de utilidad que aún quedaba, dejándolo sin cómo armar partida alguna para ir por el oro enterrado. Antes de liar los bártulos para que el nuevo juez me asegurara, Venegas dejó redactado un expediente con una fila interminable de cargos, entre los que recuerdo «traición, encubrimiento de provechos de la Corona y del común, prófugo de la justicia, remiso de las filas, costumbres impías, prácticas de nigromancia y apostasía», cada uno de los cuales bastaba para que el indio Paco —como entonces me decían— nunca saliese de la cárcel a no ser para pender de un árbol.

Cuando volví a la cárcel aún seguía preso el Santillana, quien a manera de saludo me dijo:

—Al menos habéis podido holgar con vuestra manceba, porque lo que es a mí, desde la borrachera, no me dejan arrimar indiecilla alguna. Ellas eran el único señorío que me quedaba.

—Bien afinado tiene el ojo vuestra merced en cuanto a que esta conquista no ha sido más que de mujeres: de las indias de las Indias.

Pocos días habían pasado desde el arribo a *Coro* del obispo Rodrigo de Bastidas. Su traslado fue urgido por el Consejo de Indias con un tocino de trescientos mil maravedíes de salario anual, más alto que el del mismo del gobernador. De inmediato nombró por su teniente para causas criminales a Cristóbal Sana-bria, quien pregonó en bando que «todo aquel que tenga quejas por injusticias o agravios, por repartos de rescates o por fuerza de extorsiones, sea contra el gobernador fenecido o los oficiales por él nombrados, comparezca ante el alcalde Esteban Mateos».

Pero nadie se presentó a testimoniar las denuncias y críticas actuadas por el cabildo y los oficiales reales, para no quedar por fuera del reparto por debajo de la mesa ofrecido por Venegas, habida la certeza de ser mucho más el oro escondido que el anotado por el tesorero. No salieron más que tímidos clamores de «ser lástima ver los excesivos gastos y desgastes y cosas sin propósito de los caudillos de los Welser que en esta conquista han hecho, todo sin fruto hasta hoy, de lo que quedamos todos hambreados, sufridos y hastiados», dejando al obispo en desconcierto porque, por otro lado, el factor real Alonso Vásquez de Acuña persistía en que «a nos es imposible cumplir nuestra misión y conservar la amistad con los funcionarios y capitanes de los alemanes, celosos y enojados contra nos, por les pedir cuentas de la hacienda que aquí han sacado y vendido», aserto reforzado por el contador Pedro de Naveros con que «a ningún alemán le ha interesado

descubrir minas, sino rapiñar el oro, pues quieren impedir que otros que no sean los Welser se beneficien de aquellas. Porque fue cierto que micer Ambrosio enterró tanto cobre por donde los *pacabuyes*, sin certificarse cuánta mezcla contenía de oro, dizque para hacerlo servir después de lastre en sus navíos, como si se hubieren acabado las piedras».

El obispo insistía en obtener testimonios dentre la tropa y Vásquez aseguraba ser imposible por haberles hecho jurar silencio militar desde la primera expedición, la del ruedo del lago, cuando dio garrote vil a un hijodalgo e hizo azotar entre ochenta y un centenar de españoles «por demostración de ser señor absoluto, por hacerles obrar temido por sus crueldades sin que nadie osare denunciar haber cogido oro dentre los indios en ausencia del veedor de Su Majestad, de cuyos requerimientos hizo caso omiso en todo». Entonces, viendo que nada podía avanzar entre tanto apático o desentendido, el obispo anunció en cabildo abierto:

—Como aquí andan entre el mismo canasto reos, fiscales y defensores, mañana saldrán en la nave que me ha traído el teniente Santillana y el alcalde Gallegos a responder ante la Audiencia de Santo Domingo, y el remiso Francisco Martín proseguirá prisionero hasta el Consejo de Indias en Sevilla, donde ya debe estar radicada el acta de su confesión de las tantas brutalidades y desviaciones. Me quedaré un tiempo prudente, no más de unos meses, por si aportáis algo para hacer luz e impartir justicia. —Tomó un par de respiros y subiendo la voz, anunció—: Por mi teniente dego seleccionado al tesorero real, Alonso Vásquez de Acuña, mientras otra cosa disponga el nuevo gobernador, próximo a ponerse en camino.

—¿Acaso también germano? —preguntó Gómez de Anaya.

—Muy alemán y, por demás, cosido a los Welser —le respondió—, porque nuestro soberano siempre honra la palabra empeñada, así sea al mismo Diablo.

LIBRO CUARTO

La guerra viene de arrear apriscos de soldados
y la paz de pastorear tropeles de carneros.

LUIS GÓMEZ DE ANAYA, *Memorias de sus campañas*



S E X T A N O T I C I A

DE AMANUENSE DE FEDERMANN,

desde cuando volví en cadenas a Sevilla y él se las ingenió para liberarme y apostar por el tesoro perdido; de la nueva armada levantada a toda prisa en que me embarcó con nuevo nombre; y de cómo en adelante no me aflojó su cuerda durante las pesquerías de perlas y la busca de las riquezas



CAPÍTULO XVIII

DEL DESTIERRO A SEVILLA Y LA VUELTA A LAS INDIAS,

que tan solo duró lo de cruzar y descruzar la mar
Océana, porque con tantos ojos puestos en lo del
Catatumbo y tanta zancadilla metida en Castilla,
más se encajaron los Welser en carreras
de improvisar y poco cosechar

En los litorales *caribes*, nuestras ambiciones giraban cual veleta en *juracán*. Cada que nuevos oficiales tocan Tierra Firme, es puntual llegar cargados de cartas y cédulas lacradas, rodeados de jueces y fiscales aleccionados para reducir a sus antecesores en juicios de residencia, sin darles tiempo a esconder lo pellizcado en lo de la Hacienda Real ni a disponer cómo sobrellevar las miserias y adversidades que les sobrevendrán. Porque, con justicias amañadas de afán y testimonios para congraciar las esperanzas gastadas de pobladores sin ofender los bríos de los que entran, dejan limpio el campo para los nuevos regidores, hasta que, en tres o cuatro años, vengan otros a las mismas andanadas. Así, gobernantes, funcionarios y capitanes se acomodan de paso en los asentamientos, como gallinas en gallinero, donde las que duermen en las varas de arriba cagan a las de abajo, sin darse a pensar cuándo otras vendrán a subirse de primeras; mientras los soldados, artesanos y labradores siguen pasando de agache, tragando saliva en silencio y, en esa desapercibida subsistencia, resultan ser los verdaderos forjadores, los ignorados padres de las nuevas naciones.

Creyeron los funcionarios de *Coro* y *Maracaibo* poder ser la excepción, porque, a más del tropezón normal de las instancias y distancias, la intermediación de los alemanes fungía de filtro para ojos y oídos de la Corona. Factores y tenientes se acostumbraron a pasarse las ordenanzas por donde, con desdén, deshonraban las cosas que harto les hartaban. Por lo mismo, hondo les caló la desazón cuando llegó el anuncio de por fin cumplirse la llegada del obispo Rodrigo de Bastidas.

En la cárcel donde me enjaularon, unas fiebres me abrasaron los huesos forrados por el pellejo tostado, sin poder pasar por el gznate más que granos de *cazabe* mojados en zumos desabridos, dizque bendecidos contra la malaria por fray Vicente. Por intercesión suya, viéndome sin fuerzas para tomar camino y menos para templar un arco o menear la espada, me dieron reclusión en su choza, asegurado a un grillete de media arroba «por si se me tornaba a disparatar la desazón». Mientras volvía a este mundo, pasamos las vigiliass en repasar los relatos de todas mis jornadas, desde cuando bajé bisoño y afectado por el Guadalquivir, hasta verme ahora curtido, con el corazón reseco cual tasajo salado y «más aindiado que indiano».

—Mañana os sacarán para la Vela de *Coro* junto con los otros dos prisioneros —me anunció una tarde en que el calor parecía rajar las piedras—. He rescatado vuestras notas confiadas a la india, más otras que yacían revueltas entre legajos de los escribanos del cabildo; las tengo reunidas en un envío sellado y rubricado con destino a los hermanos de mi orden en Sevilla, con una esquila pidiendo las vuelvan a manos de su dueño; irán en la misma nave y de vos depende rescatarlas. Ahora os recibiré en confesión, para que vuestra ánima vaya preparada para tan azarosa travesía.

—Con verdadera contrición, vuelvo a pedir perdón a Dios por tanto dolor metido entre sus criaturas. Bastante he espiado mis miserias, efugios del instinto de conservación, sin

aún haber podido asentar la paz en mi corazón. De lo que nunca podré arrepentirme es de amar, así sea a una infiel. Rogad porque bien entienda los mandatos del Creador.

Besé su mano benefactora y le rogué de rodillas:

—No dejéis que vayan a torturar a *Ceyune*, mi mujer, por sacarle dónde está el oro. ¡Os lo pido por las llagas de Cristo! No lo sabe. Nunca se lo dije para no involucrarla en algo que no podría atinar por señas, menos por las mías confundidas y borradas. Nunca le mostré el camino, por ella no salir más allá de su comarca. Y nunca lo quiso saber, por repulsarle un oro apagado con tanta sangre.

Tuve suerte de que, a poco de llegar a la Hispañola, después de la purga con *paicos* que casi me despacha, zarpara una nave fletada por los Welser para cargar palo *brasil*, el de obtener el tinte bermejo máspreciado por dar la color de las brasas a paños y liencillos. Y junto a los maderos se amparaban zurroneos con añil, bálsamos y resinas, y otros de doble fondo para encubrir zurroneos repletos de perlas margaritas y los tostones de oro marcados con la W.

Del viaje al exilio no hay mucho por contar, salvo que esta vez supe a qué les olíamos los castellanos a los indios, porque si la tripulación apeataba a bacalao rancio los pasajeros hedíamos cual quesera manchega, puesto que, aún en zona tórrida, los cristianos en poco estimamos la limpieza de los moros disciplinados por las normas del Corán y poco notamos cuánto les atormenta nuestro «olor de santidad».

Por la orden precisa de «que debía llegar vivo», tuve mejor trato que la veintena de *taínos* que, bajo el tapujo de ser *naborías* al servicio de la nao, iban remesados como esclavos a las casas de Alemania. Me quitaron los grillos para evitar que un naufragio sumergiera por siempre las señas del tesoro y me asignaron en la bodega un espacio suficiente dónde pasar mis fiebres en medio de las pestilencias de la sentina. De vez en

tanto, cuando lo permitían mis pocas fuerzas y la descompostura, subía al reparto de comida caliente a la marinería. Por lo poco alcanzado a entender de una conversación en portugués entre el capitán y su piloto, supe que el regreso no lo hacíamos por misma derrota de venida, sino por la misma ruta hecha por Colón en su primer retorno, sin que nadie supiese cómo el almirante, sin conocerla, había escogido esa por las islas Azores, la de mejores corrientes de aguas y de vientos.

A mediados del año treinta y cuatro, la noticia de la muerte de D'alfinger sacó a Federmann de Augsburgo, sede de la compañía, donde se había refugiado por dos años a redactar su *Indianische Historia*, e hizo paso a Valladolid en espera del momento de saltar a ponerse en vía de ser gobernador y capitán general.

Durante su camino del destierro, sospechando de la suerte de D'alfinger, había tenido la cautela de gestionar ante la Real Audiencia de Santo Domingo una «probanza de servicios», con testimonio de regidores, capitanes y hasta del obispo. Comenzó expresando que «me fueron revocados mis títulos en la Venezuela, con siniestra y mentirosa relación de mis servicios, porque no de otra manera los vecinos, estantes y habitantes quieren y llaman al suscrito Nicolaus von Federmann por su gobernador, por el buen trato a las gentes que estuvieron conmigo en la expedición, las que volvieron más alegres y bien tratadas y sanas, mejor que si estuvieran residentes en *Coro*; porque durante la expedición daba a los enfermos aves mientras yo me contentaba con comer mazorcas de *maíz*, por lo que dicen y publican que no han de recibir a otro alemán por su gobernador sino a mí, el dicho» y enseguida ensartaba otras alabanzas a su misma condición. Y con la primera nave que partió de la isla remitió este escrito a Sebastián Rodríguez, abogado de los Welser, quien inició de inmediato el proceso

de revocación que culminó con la restitución de la investidura, mediante provisión real del Consejo de Sevilla del mes de julio, reposición de oídas mas nunca llegada a ver por el beneficiado, aunque sí tuvo a mano cartas de recomendación lacradas en el Consejo, tanto para la Casa de Contratación como para la Real Audiencia de la Hispañola.

Así que, con el júbilo estallándole por dentro, de Valladolid se dirigió a revisar en la factoría de Sevilla los despachos llegados de la Hispañola. Revolcó en el Consejo de Indias hasta dar con el acta de mi declaración, de la cual lo del botín enterrado ya había saltado como llama por canino de pólvora, para más avivar el estruendo levantado con las noticias de los tesoros de *Atagualpa*, en tanto que nuestras muertes y sufrimientos eran solo humo de abanicar para poder ver lo que en verdad le interesaba a los apoltronados en el Viejo Mundo.

Mucho agravio a varios caballeros y nobles castellanos este renombramiento de un alemán y, al tiempo que señalaban no estar cumplido el término del destierro ni estar explícita su condonación en la citada providencia, se dieron a ventilar declaraciones llegadas desde *Coro* y *Maracaibo*, «de no ser persona calificada para allí, por el ánimo bullicioso, soberbio e intolerable de sufrir; que por el pesado maltrato dado a los soldados menos podrá ser gobernador de castellanos, siendo como los otros alemanes conocidos y aborrecidos, que contra todos cursan serios reproches por mala conducta, de lo cual salió la resolución que le quitó de su oficio». También se endurecieron bastante los dos procuradores de *Coro*, Alonso de la Lana y Luis González de Leyva, ya vueltos a la Corte. No obstante que el apoderado de Federmann intrigó en los juzgados y ante el presidente del Real Consejo de Indias, el cardenal Sigüenza, después arzobispo de Sevilla, nada lograría mientras no se adelantara el juicio de residencia por su actuación como teniente gobernador, al que había sido convocado y no se había

presentado, porque a quien menos convenía era a los Welser, sabiendo que dentro de la maraña de expedientes podrían surgir los asientos contables distraídos en los tinteros de los factores, y entonces optaron por depositar una fianza de veinte mil ducados en garantía de que comparecería.

Como «el poder es para poder y los poderosos no dan brazo a torcer», urdieron poner a don Nicolás en eclipse detrás de Hohermuth von Spira, mentado como Jorge D'spira para los castellanos, quien, por carecer de antecedentes, sin tropezones logró el nombramiento con amplias facultades para ejecutar justicia en lo civil y en lo criminal, por sí mismo o por mano de sus encargados. No obstante la exigencia del Consejo de que «el lugarteniente fuese castellano de estos reinos de Castilla», hubo entendimiento secreto entrellos de nombrar teniente general ya sospecharéis quién, recurriendo al disimulo de nombrarlo primero capitán de la flota que estaban armando. Nadie dijo esta boca es mía, por tenerla todos ocupada en ponderar las cuantiosas contribuciones terciadas por los banqueros al Emperador, la primera por la socarronería de aparecerla como salidas de mano y aplicación del mismo Rey de Francia, testafarro de los Fugger, de los Welser y de sus amigos protestantes, sin dejar más rastros que en los confesionarios. Mas, como de aquello no hubo tajada para el diezmo de los clérigos francos, en sus sermones y oficios religiosos hicieron públicos reconocimientos a la generosidad de los banqueros con su Rey, y estos tuvieron que redoblar en un segundo demostrativo de fidelidad a su Majestad el Emperador, a más de los pastores franceses.

Aceptado y firmado este último compás de su concierto, vieron contados los días para alcanzar a echarse a la mar en los primeros días de octubre con los últimos vientos favorables, por cuanto pusieron toda prisa en fletar cinco navíos bien aderezados con junta de cuatrocientos hombres de Andalucía, Murcia y otras localidades diferentes a las de donde

los alemanes sacaron sus primeras armadas, por considerar no serles bueno tener tanto vecino junto, sino mejor revueltos.

Don Nicolás no quedó contento del todo con los acuerdos afinados con don Jorge y, para evitar disconformidades posteriores, exigió una adenda para dejar en claro que, por ser larga y ancha aquella tierra, ambos podrían adelantar jornadas de descubrimientos por diferentes derrotas, tanto para prosperar en sus aspiraciones como para más engrandecer la gobernación. De todas maneras, el nuevo contrato con los Welser resultó haciendo agua por el lado de Federmann: quedó comprometido, por un salario irrisorio, a servir siete años más a la compañía sin revelar jamás a terceros la índole de sus negocios ni el contenido de los contratos y convenios, renunciando en nombre suyo y de sus herederos al derecho de apelar por vías judiciales las lesiones que pudiesen derivarse de la aplicación del convenio; a abstenerse de embriagueces, juegos de azar y compañía de malas mujeres, por ser estas ocasiones de soltar la lengua. «Si esto ha capitulado —pensé cuando lo supe—, aun teniendo pendiente lo del resarcimiento a su familia por la zancadilla de competidores sin escrúpulos, debe ser por estar muy picado por la aventura de nuevos saberes y seguir obsesionado con los informes de los “viajes andaluces”, no tanto por plasmado en las cartas marinas y en los portulanos, como en la noticia de Alonso de Ojeda, de Juan de la Cosa y Vespucci, la misma de los Pinzones y de don Rodrigo de Bastidas —el padre del obispo gobernador de Venezuela por aquellos días—, todos ponderando a una las perlas, cuya tersura él mismo acarició en su breve registro por las costas de *Coriana*. Y por sobre todo ello, por imaginar como suyo el oro aquel, por el que resultamos enredados en un raro apretón de quedar guardándonos las espaldas el uno al otro».

Porque cuando Federmann supo que el único testigo pronto arribaría cargando grilletos y dolencias, sin estar seguro a cuál

atracadero llegaría, escurrió soplones por Palos de Moguer, por Sanlúcar, Cádiz y Cartagena, a ofrecer una bolsa tintineante a cambio de ahogar mi rastro con una cruz en la lista de los embarcados y pagar a quien tocara por mi rescate, porque comprándolo sería dueño de mi libertad. Y en la urdimbre de su fina telaraña tenía determinado que, a mi llegada, fuese él quien me acogiese, «por haber antes entrambos congeniado en el afán de novedades e intereses por el conocimiento», me dijo, cuando fui llevado en secreto a la Factoría de Sevilla, en paquete con los *taínos* que repartiría en el patio. Después de bañado y despiojado por cuatro manos esclavas y vestido con ropas decentes, sin perder un minuto, me requirió en su despacho.

—¡Cuánto pasmo! En el muelle no os hubiera advertido, por lo tan despintado que salisteis del cara a cara con la naturaleza. ¡Que me lleve el Diablo, si os reconoce vuestra madre! —me dijo alborozado de ver de nuevo a quien, por haber compartido tantos soles y cicatrices, le hacía puente con el destino que ya tenía bien trazado.

Y retomando de inmediato su función, continuó:

—Por salud de vuestro pellejo, dizque el cadáver de un tal Francisco Martín fue echado a la mar por haber sido atacado por un purulento morbo desconocido. ¿Cómo se llama vuestro padre?

—Alonso, señoría.

—En adelante ese será vuestro nombre. Y como aún no se os habrá pasado el gusto por las moras, será Moreno vuestro sobrenombre. Así nunca olvidaréis vuestra nueva identidad: Alonso Moreno.

—Al menos no se os ocurrió envainarme como Alonso Iscariote. ¿Cómo podrá un «Moreno» presumir limpieza de sangre, para poder embarcarse a volver por algo?, como supongo que es lo que...

—Que tan burro no soy: en mi primera armada quedó enlistado un Alonso Moreno que no apareció a la hora del embarque. De aquel es vuestra nueva identidad: como nacido en Granada, de la misma edad y bachiller, enrolado como mi amanuense... Aunque, ¡con esta facha que en nada difiere a un marroquí!... En fin, entre los reclutados por el gobernador Hohermuth von Spira tiene un soldado mañoso llamado Pedro Moreno, al que no debéis acercaros... no sea que el Diablo... En adelante siempre permaneceréis pegado a mí, como mi sombra, por salud de vuestro pellejo.

«¿Cómo pudo este jodido haber sabido el nombre de mi padre?», me preocupé, pero hice como si no hubiese entendido su mensaje.

—Concededme tan solo una consideración con mi familia, la de ahorrarle el dolor de creerme muerto. Junto con un correo firmado por los padres agustinos pidiendo merced al Consejo de Indias por haber servido sin salario todo el tiempo en *Coro* y estar muy necesitados, traigo otro encargo de fray Vicente: entregar en mano segura unos apuntes para una crónica, en los que algo colaboré, como vuestra excelencia tuvo conocimiento. Entrellos deslicé una apostilla, dirigida a mi madre, a quien por disimular llamo «Condesa», por ella decirme «Príncipe mío» cuando chiquillo. A cambio de varias de mis raciones, la encomienda quedó en manos de un grumete que habrá de dejarla en la Taberna de los Poetas, donde habrá de recogerla. Vuestra excelencia podrá leerla, si a bien lo tiene.

—Lo haría de contar con tiempo, pero en pocos días retornamos. Confío en vuestra palabra, «Alonsillo»: abreviadme lo puesto en esa nota.

—Con una u otra palabra barajada, he borroneado algo así como: «No dejéis relegar estas líneas, os lo ruego. Son mi vida en las Indias, donde campea el desconocimiento y se entronizan falsedades y acomodados. Seguiré apegado a mi

promesa de continuar registrando lo que me vaya acaeciendo, para que podáis compartir algo mío de lo negado por insalvables distancias. Mi corazón latirá más tranquilo si vos y toda mi familia queda en la seguridad de que moriré de viejo». Va sin firma de remitente.

—Con certeza, el epistolar no es vuestro campo. Pero, por saber cuánta vida y alma va en un escrito, os concedo la tarde para tal diligencia. Cuidad de no descubriros y de volver antes de anochecer, si queréis no sopesar de nuevo las cadenas.

Sin un solo maravedí en la bolsa, tuve que amenazar con desbaratar la cantina y la cabeza del tabernero a garrotazos para que me entregara el paquete confiado por el grumete: en nada sospeché haber sido yo su antes asiduo y me despidió gritando:

—Metéoslo por el culo, canario hideputa, que tan solo quería estar seguro de entregar bien el encargo.

A zancadas llegué a la portería del hospital de las Cinco Llagas, orgullo de Sevilla, donde por recomendación de fray Vicente debería atinar con su fundadora y benefactora, doña Catalina de Rivera, más conocida como la «Madre de los Pobres». Me atajó el bedel de la gran casona, «¡Que aquí la caridad es solo para mujeres!» —me dijo— y mucho me costó convencerle de no ir por medicina ni hospedaje, sino con gran urgencia de poner en manos de la gran dama, solo en las de ella, el paquete de escritos.

Por horas que no marchaban, desde la nona esperé en el zaguán de entrada a que doña Catalina terminase de repasar los bocetos y planos que le presentaba su hijo, don Fadrique Enríquez de Rivera, para proseguir su obra pía con una magnífica «casa de Dios», de vestíbulo de treinta yardas de largo y cinco de ancho, dominado por los escudos de las estirpes Enríquez y Rivera, con galerías de dos pisos alrededor de un gran patio de aljibe, rosaleda y palmeras, más palacete de reyes que hospital de pobres, aunque don Fadrique insistiera a sus proyectistas que

convendría ser llano, ni dorados ni pintados, pero sí con una iglesia en forma de cruz latina, que llegare a ser uno de los templos más famosos de la cristiandad, con el altar mayor de una sola piedra de alabastro e imágenes de mármol en tamaño natural y, para detrás del atril, la gran tela de san Gregorio entre un sínodo de cardenales pintada por Jerónimo Ramírez, discípulo de Roelas, y varias pinturas de Zurbarán, todo excelso, como para vencer la mortalidad de benefactores y artistas. Y para recoger todo el amparo y bendiciones que la dicha obra requería, primero entronizarían, guardado en joyero de jade, la reliquia más preciada en toda Castilla, un pomo de Murano con un pañico humedecido con leche de la Virgen María.

Con tanta mujer que entraba y salía, también vine a saber que este hospital era escondite de hijas ilegítimas, hospicio y manutención de ciegas, de impedidas por edad avanzada, de abandonadas y empobrecidas, sanatorio de virulentas o heridas, exceptuadas las viudas porque de aquellas se ocupaba el hospital de san Onofre, y las enfermas mentales acogidas en el de los Inocentes y las leprosas recluidas en el de san Lázaro. También entendí que, aunque la Madre de los Pobres sostenía la casa con su propia hacienda y con donaciones de nobles caritativos, a varias de las beneficiarias les expedían certificado de ser pobre y buena cristiana, para poder pedir dádivas en la calle, identificadas con tablilla o medalla forjada con la imagen de Nuestra Señora y el escudo de la ciudad, sin lo cual quedarían expuestas a los quince azotes con que el cabildo trataba de reprimir tanta mendicidad.

—¿Quién sois y de parte de quién venís? —preguntó con voz firme, a la altura de las vísperas, mientras se retiraba una cofia blanca.

—Un recién llegado del Nuevo Mundo, donde fray Vicente de Requexada me ha señalado vuestro gran corazón y notables conexiones.

—No recuerdo tal nombre.

Entonces, resuelto a evitar rodeos largos y explicaciones vagas, le enseñé la medalla del Círculo de la Ciencia Nueva.

—Tampoco doy razón de lo qué me señaláis —dijo con sinceridad. Mas como no desprendía mi mirada ansiosa de la suya, juzgó que tanta insolencia no podía tener un recadero, sino alguien muy necesitado. Y accedió:

—¿Qué puedo hacer por vos?

—Debo volver a las Indias en la armada de los alemanes. Para algunos ilustres castellanos es importante que este envoltorio llegue, sin destinatario ni remitente, al preste Gómez, maestro de Ferrería en el monasterio de santo Tomás, en Ávila, con mención de enviarlo a doña Leonor de Guzmán. Quienes reciban el beneficio de vuestra credibilidad y discreción, de seguro conocerán vuestra obra y estarán movidos a sumar un óbolo para su sostenimiento.

—Soy reservada y también prudente, ¿qué contiene?

—Son apuntes para una crónica pretenciosa de acercarse al equilibrio que exige el respeto por las gentes diferentes y más desvalidas —le confesé, sabiendo que aun en mujer virtuosa vence la curiosidad femenina, pero me sorprendió con no hacer más preguntas:

—Será como lo habéis pedido. María Purísima os proteja.

—Y también a la Madre de los Pobres y a sus protegidas —me despedí, rogando a la Madre de Dios que, después de tantos años, la cadena del Círculo de la Ciencia Nueva en ningún punto estuviere interrumpida.

Por zumbarle la cabeza a Federmann como panal de abejas con tanto por atender, no tuve que dar explicaciones por haber vuelto con horas de retraso, aunque nunca sabré si sus facilidades fueron por descuido o por andar más enterado de lo dado a suponer.

—Pasado mañana partiremos, si es que Hohermuth von Spira logra resolver lo de algunos extranjeros reclutados porque, tal parece, nuestros adversos le andan complicando —dijo sin levantar la vista de sus cuadernillos.

—Mañana habrá oficios religiosos de los franciscanos, en conmemoración del día de su fundador —le comenté para embolatar posibles preguntas sobre mi correría—, ¿asistiremos a pedir amparo celestial para tan peligrosa travesía?

—Hay más confituras que tiempo para mordiscos y ya están pagas las oraciones para la buena mar. Aproveñaos de papel y tinta con suficiencia, porque escribir será lo vuestro en adelante, y desde ya empezareis a consignar nuestro relato... ¿Qué os sorprende?

—Habéis dicho «nuestro», señoría.

—Sí. Será de ambos poner en ello todo nuestro empeño y que no sea solo desde un único punto de vista. Lo firmará quien sobreviva y, de subsistir ambos, bien sabéis que casi todas las batallas se recuerdan por el nombre del general, muy pocas por algún esforzado capitán, ninguna por soldado...

—Es lógico que así sea —le interrumpí—: el soldado revive la batalla con dolor, al evocar el nombre de cualquier compañero sacrificado. El general recuerda con orgullo tan solo el número de sus soldados muertos y, acaso, algún nombre de sus oficiales caídos. Un Rey redondea las cifras humanas a millares y la afectación solo la siente en sus arcas: con alegría si hay pillaje o con pena por el costo de la derrota. Así vuestra excelencia, siendo general, condensará su visión desde arriba del caballo. Yo, siendo peón, recogeré los pormenores a nivel del suelo y ¡buen complemento nos haremos!

—... Pero vaya firmado por el uno o por el otro —volvió a retomar el hilo—, mi cuñado Hans Kiefhaber vecindado en Ulm, anotad su nombre, desde ya tiene concertada la composición e impresión en Amberes, donde ahora vienen viendo la

luz tanto las letras alemanas como las españolas. El costo está cubierto con lo testado a mi hermana Elizabeth.

Así, cosido al teniente general, desde aquel día tuve cuatro ojos y cuatro oídos para atisbar, desde lo que se deslizaba entre la soldadesca hasta lo colado de las altas esferas. Un día bastó para enterarme que, si bien don Carlos siempre honró su palabra y compromisos con los señores Welser, la Emperatriz doña Isabel, la Portuguesa, persuadida por murmuraciones cortesanas y estrujones de ministros de la iglesia, ante varios oyentes aconsejó a su esposo «no creer mucho en la fidelidad de los alemanes, harto sospechosos de ser partidarios de reforma a la Fe Católica», acto que revalidó con dictar a su pasante un recado secreto para el obispo de *Coro*, su fisgón y confidente, Rodrigo de Bastidas, carta conocida por descuido poco después de la llegada del gobernador D'spira, que entre párrafos decía: «Soy informada que a esa provincia van muchas personas no naturales de estos reinos y si esto de nuevo se diese lugar sería gran estorbo para la población de esa tierra y conversión de los naturales de ella a nuestra Fe Católica con que Dios Nuestro Señor sería deservido y por ende yo vos prevengo, encargo e mando que de aquí en adelante no dejéis ni consintáis entrar en esa provincia persona alguna sea natural de Alemania sin licencia nuestra librada por los de nuestro Consejo de las Indias».

Los Welser tuvieron que ponerse guantes de seda para manejar la situación que comenzó a hinchárseles. Regentes y cortesanos los miraban con desagrado, por no hacer más que lamentarse de estar camino a la ruina en lo de los descubrimientos de Tierra Firme; por haber ido a donde don Carlos a estrechar abonos a sus acreencias, justo cuando el monarca andaba en nuevos efugios y angustias, por haber cedido el grueso de las riquezas recibidas de las Indias a sus prestamistas genoveses, venecianos y alemanes, quienes de

inmediato las pusieron a engordar en el agio y en el manejo mercantil, mientras los hispanos ahondaban su desangre en las guerras, y crecía el despilfarro de ornato y adornos de arzobispos y cardenales, de Sevilla a Toledo, y el Papa, por igual que su predecesor valenciano Borja o Borgia, había encontrado que atesorar en arte no tenía contradictores ni tan siquiera entre quienes soltaban los diezmos rezongando.

Calentaban los tímpanos avizores de Federmann y de D'spira, los sopletes salidos de todos los rincones: que los banqueros lloraban para tapar con lamentos la verdad de los quintos no pagados sobre las muchas perlas y oro disimulado, sobre aduanas y aranceles evadidos, sobre recuas de esclavos rematados; que moqueaban para seguir gozando de exenciones en el monopolio del comercio de la sal de varios países del imperio; que no de otra manera andarían insistiendo en poner a sus nacionales de gobernadores, cosa que habían vuelto a lograr aun después de destapada la crueldad del anterior, más feroz que la de diez sanguinarios capitanes españoles juntos; que en la Venezuela —aquel Edén para cosmógrafos y descubridores, bautizada por D'alfinger con nombre extranjero y por demás displicente— no han fundado una ciudad, ni levantado un fuerte, ni asentado una doctrina; mientras tienen las gentes españolas todas en desmadre, dolidas y endeudadas; porque por acá hasta el mismo Rey se siente engañado, así tenga cara más no cerebro de mulo. Y ahora, para lograr sus pretensiones, tampoco han ahorrado en cepillar al Papa, para sacarse de encima las motas de ser simpatizantes de los cismáticos de la reforma.

«Con tantos enredos y ñudos —pensé, descaminando la vista por las nubes que comenzaban a correr su telón para dejar entrar las luciérnagas del firmamento—, los Fugger tuvieron el tino de no meterse a lucir de gobernantes de tierras ajenas y, por cordura, quedaron fuera destas disputas: su afán principal no ha sido la regencia ni la guerra, sino el conocimiento,

explotación y lucro de lo nuevo, para lo cual solo necesitan la apertura de nuevos horizontes y de rutas, empeño por el cual han costeado algunas exploraciones y enquistado sus agentes en otras, tal como en esto les sigo comprometido, de correveidile, por quedar empeñada la palabra y gratitud de mi padre y mía, así ahora los vea más interesados en los rendimientos del comercio que sacarán de las Indias, asunto que a mí cada vez me importa menos, porque, al quedar atañido en dos mundos opuestos, me está aflorando con avidez el tal *appetitum intellectivum*, esa avidez por el conocimiento de lo inmaterial». Las ciencias nunca más serán dominio exclusivo de logias secretas, porque cada vez más dejará de ser magia lo que no es más que portento de fuerzas intangibles y sutiles de la naturaleza, y pasará al provecho de quienes los explotarán para llenar sus arcas, con las mismas argucias con que durante tanto tiempo los fingidos alquimistas embaucaron con el embuste de transmutar aleaciones de metales bajos en de oro o plata, dando apenas un recubrimiento con sus prácticas secretas de ácidos, sales y calor, o con amalgamas de azogue, ese metal líquido, vivo, tras el cual andan los Fugger, más que por oro y plata, desde *México* y hasta más al sur del *Pirú*, por donde quiera que les han dejado hacer sus correrías secretas. Porque ese es el verdadero Dorado para los capitalistas que entendieron que el quimérico, esa entelequia de los primeros seguidores de la al-quîmiya, se esconde tras un sofisma tan fundamental para metafísicos como insulso para quienes cuentan monedas, el de «solo ser dignos de hallar el secreto de la transmutación quienes no busquen sacar lucro del oro obtenido», como si existiere empeño alguno que no esté dirigido a conseguir un provecho.

Con lo tanto más por descubrir, ya vendrán los tiempos de hacerse universal el saber y de aprovechar insospechados beneficios, como ya empiezan a revelarse los alimentos de

las Indias, tan fructuosos como los más, con que se podrán a aplacar las hambrunas de nuestras naciones, de los cuales me basto con citar el *maíz*, las turmas de tierra, el *maní*, el *cacao*, y el delicioso *tomate*. Más que con el oro, ha ganado el Viejo Mundo con estas «simplicidades» sacadas de los territorios explorados. Y cuan poco se hubieren suplido las gentes de *Ceyune* de haberles yo enseñado el tornillo, la rueda dentada, el trinquete y la polea múltiple, siendo que su mundo es otro, sin hartazgos ni hambrunas. Más ganarán lusitanos, genoveses, venecianos y tudescos en su busca de comercio, que los españoles con su único empeño de conquistar y colonizar para ver crecer un imperio en tanto el abandono les consume la familia.

Por aquellos días casi ni existí, apocado en la penumbra de un mugriento desván de la Factoría, en espera de la devuelta. De lejos descifraba el tufo del Guadalquivir, la vocinglería del puerto y añoraba mi Sevilla de antes, escenario de risas y jaranas. En aquel cuchitril me aferraron las garras de la irrealidad de estar muerto el Francisco Martín y de estar habitando otro en su cuerpo, abandonado a destinos extraños y hasta con dos nombres ajenos, rotos los lazos por estirar tanto las distancias; ese Martín que en un lustro ni siquiera había tenido un rumor de los parientes de sangre, el mismo que como *Mati* ahora también estaba arrancado de mi clan de las Indias; y mis amigos todos desaparecidos o muertos; helado el corazón que me inició en los dulces divertimentos y en los padeceres de la melancolía; esfumado el acogimiento de la Ferrería, la Fraternidad y el Círculo, competidores de con quien tan solo me quedaba el hilo dudoso que parecía estar enredado micer Nicolás, cada día más interesado en las nuevas medicinas y esencias, tal vez para resarcir los viejos negocios de su familia con lo que esperaba recabar con sus arrastres de las perlas.

Acosado por tanta soledad, tomé la resolución de no dejar aplastar mi viejo yo, mi ascendiente invisible: modifiqué nuestro compromiso impuesto por quien tiene las riendas en la mano: «Quien sobreviva de los dos —me juré—, hará con el manuscrito lo que bien quisiere y mejor pudiere. De ser yo, no lo someteré a la censura y corrección de Amberes, y el Maestro del Círculo de las Ciencias Nuevas será quien primero ojee mis manuscritos cuando estén concluidos del todo, porque, como no escribiré en mesa dura ni sentado en silla blanda, lo que de mi pluma perdure no lo rifaré al albur de rodar en folios por entregas, a manos de recaderos imprecisos y por caminos caprichosos donde, antes de llegar a su destino, pueden ser descarnados por la mano prevenida de los mismos Fugger y la tijera de los canes del Señor. De salir vivos ambos, aunque el general me haya advertido (sin necesidad porque él sabe castellano y yo no entiendo palabra en alemán) que él tendría la sartén caliente cogida por mango, no me queda más que la zancadilla para que este peón sea quien, con tiento y disimulo, encuentre la forma de salvar esta crónica del peregrinar por *Guata*, las tierras de *Gua*, donde queda visto que más perdura el de abajo que el de arriba».

Con la misma ilación, me vino la certeza de tener que volver a redactar lo entregado a la Madre de los Pobres, aun sabiendo que no existe embarazo de más agrieras ni parto más atravesado que escribir mientras se conquista, porque me entró el palpito de haber dejado mis epítomes en manos pías, pero muy ajetreadas y olvidadizas, condenados a la suerte del fondo de un anaquel, ese discreto veneno de los escritos, tan letal como el fuego, como le cupo en desdicha al primer relato en Tierra Firme, *La Barbárica* del peón Cristóbal de la Tovilla, un testimonio de largo aliento sobre las masacres y brutalidades de don Alonso de Ojeda en su gobernación de la Nueva Andalucía, por *Calamarí*, *Turbaco* y San Sebastián

de *Urabá*, redactado en esta la segunda poblazón fundada en Tierra Firme que, por haberla cimentado con mortero de sangre, nada duró, como tampoco persistió la primera ciudad de la incipiente gobernación del apuesto don Alonso, un reducto en el puerto de la Santa Cruz en el ancón de *Cinto*, por *Coquibacoa*, levantado con el sostén de la condesa Francisca de Castañeda, viuda de don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli; fortín bautizado como de la Santa Cruz por devoción de la condesa, a quien mucho sirvió Ojeda con el nervio de su juventud, mas por la belicosidad de los *caribes* tan solo duró mientras fue nido de los holgorios de don Alonso con Isabel, su esclava y lengua sacada de la boca del *Moracaibo*, a quien, después de servirle en cueros para más reducir esclavos, engalanó en Castilla y la paseó ante su aficionada benefactora y protectora, ante los mismísimos Reyes Católicos y del obispo De Fonseca, el primer y más duro opositor de las conjeturas de Colón, la mano dura que, por los años en que se suponía ser isla los peladeros de la *Guajira* y ser Cipango los pantanos de la Florida, el obispo trazó las políticas de los descubrimientos y manipuló los pleitos con los Colón, mientras rociaba con los venenos del olvido tanto los dibujos de los genoveses, como las cartas lusitanas y uno que otro mapa de Juan de la Cosa; por lo cual, para conocer detalles de las costas continentales descubiertas, hubo que esperar a la cartografía de Amerigo Vespucci, con reseña de ser «Terra Seca» las costas de *Guajira* y *Coquibacoa*, golfos de «Vericida» y «Delinferno» los que ahora llamamos de Venezuela y de *Coriana*, río «Formoso» el *Orinoco* y, por no atinar con un genérico, vaya el Diabolo a saber por qué, vino a ser dizque «Terra de Amerigo» toda la franja costera de *Guata*, incluida la ya sabida por los portugueses. Y por esa pérdida mañosa de la caja con las cartas costeras de los primeros cabotajes, donde dizque que también estaba *La Barbárica*, relatora de novelorías y delatora de

barbaries, hubo que aguardar varios años, cuando casi todos sus protagonistas ya estaban muertos, cuando también aparecieron las primeras copias sueltas, casi secretas, de la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas, el fraile metido en los viajes del almirante y en algotras jornadas de los mejores marinos de Moguer. Sobra mencionar aquí por quién vine a saber de todos estos enredos y desenredos.

Con los Welser apreté mi vínculo: engordé la deuda con el costo de dos trajes de gala, de tizona y estilete toledanos con empuñaduras de plata, y de cuarenta resmas de papel y suficientes cuernos con polvillo para hacer tinta, además del matalotaje a la altura del tal Alonso Moreno, embarcado como pasajero de alguna calidad, como correspondía al amanuense del teniente general, con esclava etíope: una joven bien ladina, llamada Paba cuando salió del vientre de su madre en la galera portuguesa que las dejó en Palos, y acristianada en el muelle como Angélica, en bautizo de carrera por sacar del limbo a la negrita moribunda, ahora espigada y de increíbles pestañas largas; inscrita y puesta a mi lado como Angélica de la Mar por un alemán que partía a manejar los arqueos de la Factoría en la Hispañola, quien, por embarcarse con esposa celosa y dos sirvientas, no encontró mejor forma de subirla a bordo. No protesté la suma cargada por lo mío; tampoco por la esclava:

«Más saldrá de lo del *Catatumbo* —dije condescendiente a micer Nicolás, cuando acepté cambiar cadenas de eslabones por prisión de números».

No contestó. Su cabeza andaba en finiquitar los tratos de lo que estaba armado, en ordenar los títulos de empréstitos, en que nada faltase de lo solicitado por los factores en las Indias, minucias que los capitanes nunca consideran entre sus deberes, pero a las que alguien no podrá quitarles ojo para que después la tropa no se atasque por un pequeño olvido.

«Oficio de tinterillo, no de amanuense, parece que volverá a ser lo mío», cavilé con desconsuelo.

—Para evitar que los rapiñeros rapiñen a los rapiñadores...
—masculló, como si me hubiese leído el pensamiento.

Para cerrar cuadernos, negoció el pasaje y raciones de unos militares ociosos de las guerras de los nobles correr fronteras, quienes, con barajas marcadas y dados cargados, a última hora escamotearon la tripulación de la nao en que llegué y ajustaron los ocho ducados sonantes por la travesía, más un pagaré de doce por las raciones de cada cual. Despachó el grupo de aparecidos a última hora, que no fueron pocos, a la Casa de Contratación donde les esperaban testigos encebados para, por pares, jurar saber no ser personas prohibidas. Con ellos, a toda prisa, hizo encajar algunos extranjeros: varios flamencos, tres vascos y un albanés; y tres viejos: dos escoceses y un inglés que estuvieron con Giovanni Caboto en los descubrimientos del sudeste de Terranova y de las costas de la Florida, financiados por el Rey Enrique VII de Inglaterra; marinos vueltos no hace mucho de las exploración del hijo de Caboto, Juan Sebastián, al *Uruguay* y *Paraguay* por el Río de la Plata, fomentada por la Corona española para controlar los límites de las posesiones portuguesas, expediciones para las cuales los alemanes aflojaron la bolsa a fin de seguir completando su mapamundi, publicado pocos años más tarde por Caboto el Joven. Mucho se especula de la travesía de los tres viejos y hasta se dice que se embarcaron a que la mar que tanto amaron se los tragara en cuerpo y alma, porque después de una borrachera en la Hispañola, nunca nadie volvió a saber de aquellos. Mas no falta quien suponga, sin que haya prueba dello, que los mataron por sospecha de ser espías de los piratas de la Corona inglesa.

Con las diligencias de los procuradores prosperando en la Corte, lo mejor para don Nicolás sería abordar cuanto antes

y con toda discreción las barcazas de bajar por el Guadalquivir, a soltar amarras en Sanlúcar. Pero el bisoño gobernador y su teniente castellano tenían reservada una despedida como no se había visto sino entre reyes, dizque para sacudirse tanta basura como les habían amontonado de todos lados. Con una cabalgata de doscientos jinetes, de a cuatro en fondo, D'spira, portando su nuevo estandarte azul y blanco, encabezó un desfile desde la Factoría del puerto a la Casa de Contratación en el barrio de Triana, para recoger en el pendón rojo, blanco y azul de don Carlos, la insignia alba y grana de los Welser y la cruz borgoñesa por evocación del añejo reino germano de los burgundios. Allí esperaba el grueso de la gente enlistada con que se vino a mostrar un bulto magno camino a la catedral, llena a reventar con tanto fervor como sudor, para una misa diaconada y con orfeones polifónicos.

Después de tres sermones, todos con amonestación de no constreñir los indios, sino acogerles como hermanos en el ecumenismo de Cristo, comenzó el relumbrón de la parada por entre arcos de claveles y geranios. Adelante músicos con chirimías, gaitas y atambores, retozando irreverentes entre frailes mendicantes descalzos y ajustados con silicios, sin atreverse con los seis curas vistiendo aún sus ornamentos litúrgicos resguardando al arzobispo dado al reparto de bendiciones desde una mula cordera. Música e invocaciones encabezaron el desfile avivado con lluvia de pétalos y azahares desde los balcones, entre suspiros femeninos y aclamación de varones, con palmas para los peones de partiana en mano, pica al hombro y rodela por delante; con vítores coreados para la escuadra de arcabuceros exhibiendo el brillo de sus armas y horquillas, seguidos de carrillos llevando barricas simulando estar llenas con pólvora como las ya metidas en bodega; con estribillos gritados a Santiago y santa Bárbara para tensar los pechos de los ballesteros, tanto como mostraban estar sus armas al hombro con los

carcaj repletos de saetas; achicada la euforia por aspavientos al paso de las traíllas de mastines de orejas recortadas y lebreles de pelo lustroso; y el arrebató final del gentío al ver las cabriolas de corceles montados por jinetes forrados en aceros de pies a cabeza, rodeando a sus dos adalides, más engalanados para mazurcas cortesanas que para batirse entre *caribes*, lanzando cuartillos de plata desde sus caballos árabes emperifollados con trenzas de cintas por las crines.

Tanto pecho henchido dentro de guerreras de pieles de venado, tanto paso marcial acompasado con roces de pantalones de lino en estreno y taconear de cientos de borceguíes de suela dura, y tanta cabeza oronda coronada con cascos de cueros toscos encubiertos con plumería blanca; tanta cara risueña ignorando el semblante de las despedidas, me llevó justificar por qué la purga no fue ayer, sino para el fin del día. Yo también iba sonriendo por imaginarlos, dentro de poco, corriendo afanados a sacar el culo al viento por la tabla del jardín, doblados sobre las barandillas de cubierta, verdes las caras y haciendo bucheros de babas gruesas, ¡Dios me perdone!, pero destas ceremonias en la mar tampoco nadie escapa.

Llegado el cortejo al monasterio de los Descalzos, con el gentío detrás, se adelantó el gobernador, su teniente y el capitán general para que el arzobispo les tomase juramento de fidelidad a Nuestro Soberano. Federmann fue el único que habló:

—En nombre de toda esta armada, de capitanes a obradores siete-oficios, juro lealtad y sujeción en todo al más grande señor, el Rey Carlos I de España, a la vez que Kaiser Karl V de Alemania.

Lo dijo rodilla en tierra y voz en cuello, subrayando despacio su nación y el nombre del Emperador, por saber que el águila dobletesta tenía disposición secreta para que en todo su Nuevo Mundo, salvando lo de Cortés y de Pizarro, se hablase en germano y hubiere disciplina y progreso, lo cual se

lograría de entrar poderosos alemanes, en vez de las tozudas, ansiosas y conflictivas mesnadas españolas; que para ello bien valían las fortunas de Fuggeres y Welseres, como valieron para aplastar a los comuneros peninsulares cuando le quisieron sacar de sus reinos. Pero en esta cuenta vinieron a caer tarde los banqueros, cuando la tenaza estaba por asfixiarlos, sin que a los hispanos se les viera otro propósito explícito que la avaricia personal, porque en la jactancia de la Corte española se daba por sentado que nadie, ni aun tan grande soberano, podía contra la voluntad de Dios expresada con toda claridad en una bula del Papa Borja, disponiendo del mundo descubierto para los dos únicos reinos católicos capaces de iluminar su tanta oscuridad con la verdad indiscutible.

Cuántas vueltas dio en mi memoria esta soberbia partida, cuando, cuatro años después, desnudos y estragados atravesábamos los páramos que nos descargaron en el Nuevo Reino de Granada, tan solo Federmann con menos de un puñado destos ilusionados hispanos, porque a todos los demás no les alcanzó la vida que les rebozaba en el desfile.

Después de entregar una buena bolsa de limosna al prior, el desfile se disolvió: los eclesiásticos a refrescarse dentro del convento, los invitados especiales a guardar sus vestidos de gala, los curiosos a sus casas y nosotros al muelle, seguidos de parientes y amigos, a la fila por sobre los tablones de abordaje de las barcas, desde cuyos remates los alguaciles de la Casa de Contratación lanzaron al río a quienes no consiguieron acreditarse, como igual botaron tres putas ventiladas y al que las llevaba, que logró rescatar solo una, mientras a las otras las arrastró el río hasta donde nadie alcanzó ver quién las salvaba: los del monopolio de aquellas en las Indias, que desde allí extendían sus manos de controlar la competencia. También volaron cañas de aguardiente, dados y naipes desentrañados dentre las mangas del jubón o descocidos de corpiños y fustanes, porque

en la requisita de vituallas solo dejaban pasar una bota de vino y otra de agua colgadas del cinturón y un pañuelo anudado con queso y galletas en el sudadero.

Mientras los carabelones levaban áncoras, todo fierro con filo fue a dar al arcón y con los primeros bamboleos nos encajamos por fuerza, como se acomoda a sacudones una caja de manzanas, derrumbándose los bisoños mucho antes de poner las velas a que los vientos de octubre nos montaran sobre los grifos salados, empujándonos a la mar Océana, la que muy contados desta armada vieron de regreso.

Por el golfo de las Yeguas, donde las tormentas desajustan la mayor parte de las naves, los ventarrones contrarios nos frenaron y, con llegar otros más enfurecidos y trenzados, la flota tuvo que volver a resguardarse en Cádiz. Al fin del mes, cuando la ventolera por fin hizo un paréntesis, nos lanzamos de nuevo a jugar nos la vida en la furia de las olas y cuando ya teníamos a la vista las Canarias, otra borrasca nos trastocó la navegación. Por ir en delantera, las ráfagas no doblegaron la tozudez de Federmann y la Capitana, la encomendada a la Santa Trinidad, pudo aportar en Nuestra Señora de la Regla. Después de un par de días de espera por los demás navíos y de dos meses de contratiempos por la furia de los vendavales, sin más, arribamos al puerto de Santo Domingo. Dos meses en que me penetró un nuevo olor femenino muy diferente al de castellana, de gitana, o de india: el de negra cerrera.

Ya Federmann había tenido su iniciación en la travesía de la mar con la pedrada con que los árabes le abrieron la cabeza. Esta vez le correspondía a D'spira: por tres días las naves rezagadas fueron vapuleadas, arfando a merced de su fortuna, sin poder hacer más que alijar el matalotaje y los aderezos de las personas, tirando los cajones y hasta las armas, vaciando las barricas de agua, aceite y vino, y, en el desespero, también varios caballos. Cuando no les dieron más las fuerzas para

achicar el agua en las bodegas, decidieron tornar esa armada desarmada. Dos fueron a dar en Sanlúcar, y la de D'spira y otra a Cádiz. La mitad de los atemorizados se esfumaron para no volver a embarcarse, por más ruegos y ofrecimientos del novel gobernador, aunque no les volviesen lo pagado por el pasaje y las raciones, porque «de no atravesarse la desgracia, todos habríamos ganado, pero a todos ya nos ha perdido».

Mientras se reformaban en el puerto, una riña vino a sacar la raíz de la furia de la mar, la que más la encrespa según certeza de los viejos marinos: del mismo galeón del alemán bajó un sodomita que, por acostumbrar de su aberración en tierra igual debió de pecar en la mar; y estando en la posada con otros dos de su condición, tuvieron una disputa por celos de la que uno salió muerto a cuchilladas. Apresados, indagados, juzgados y confesados esa misma noche, en la mañana siguiente fueron ahorcados y después quemados con apego a las leyes de este reino, con lo que se aplacó la ira de la mar y pudieron embarcarse de nuevo los que aún seguían firmes en lo desta conquista. Entre los quedados en Cádiz, por el berrenchín de la esposa y lloriqueos de sus criadas, desapareció de primero el tenedor de libros alemán, dejándome la negra Angélica de la Mar en herencia forzada.

Arribaron las naves contrariadas en las Canarias unos días antes de la Natividad y allí pasaron la Pascua, mientras D'spira completó los cupos vacantes con hombres de aquellas islas, sin mirar en nada su condición de ser zafios y groseros, inciviles y chanflones, más labriegos que gente de armas, sin inquirir qué tan piadosos cristianos eran, ni de cuentas con la justicia, o si dejaban viuda a su mujer y menos testimoniar limpiezas de sangre, que ni apellidos usaban, por lo que después se avinieron estos bastos con los alias de «el Isleño», «el Canario», «Madero» o «de la Gomera».

Pasando las embarcaciones por delante del promontorio de San Germán, ya en la isla de Puerto Rico, un grumete voló a caer al agua. No sabía nadar, pero consiguió sustentarse durante el curso largo en que amainó el viento y se pudo echar un batel a la busca del muchacho. Por fin, después de mucho atisbar y gritar, lo tropezaron flotando de espaldas, como recostado en las sombras, desmadejado. Preguntado de si había usado una vejiga o un leño para no ahogarse, contestó que lo único que le salvó fue haber invocado el nombre de Nuestra Señora al tiempo que caía.

Arribaron a la Vela de *Coro* en los primeros de febrero del año treinta y cinco, y lo primero fue celebrar una misa de agradecimiento a la Madre Inmaculada por traer vivos a todos, en especial al bendito paje, tenido desde entonces por el más bienaventurado hasta cuando, varios años más tarde, bajo los efectos de una flecha enyerbada, confesó de viva voz para bien morir, no haber sido el viento el que lo sacó del galeón, sino la desesperación y arrepentimiento de ser cómplice de las felonías del compinche quemado en Cádiz, que lo llevaba en un martirio mayor al de ser azotado con un látigo «nueve colas de gato», y por gritos pidió que, así como María Santísima había mostrado su misericordia con ponerlo bajo su manto, necesitaba el perdón de sus compañeros expuestos a la bravura de la mar por su vicio nefando. Y por haber demostrado tanta contrición por sus aberraciones pasadas, y por haber tenido el favor de la Madre de Dios, es que su nombre no constará en mis escritos y, creo, en ningún otro.

El dueño de las naves, un flamenco vecinado en Sanlúcar y de mucho trato en las muchas correrías de los Welser, Pero Marqués, aquel mismo piloto de la armada de Lerma, las fondeó en el puerto de *Coriana* por cerca de un mes en espera del pago concertado, que no fue otro que una carga de esclavos sacados de la provincia de los *giraharas*, donde

bien se estrenaron los canarios diestros en acorrallar bereberes y cabras monteses.

Los de Federmann llegamos días después, entretenidos en la Hispañola en conseguir más de un ciento de caballos y todas las provisiones que cupieron en galeras alquiladas también en trueque por esclavos, hechos en la misma provincia bajo la permisión de andar alzados y dizque meter en su digestión a uno que otro de sus enemigos. Los de D'spira solo esperaban en *Coro* a completar las bestias de guerra y los avíos, para partir por su lado en expedición ya concertada con algunos de los capitanes, entre los cuales eligió al mejor para sus intereses, al lengua y baquiano Esteban Martín, conoedor como nadie de las rutas, a más de las nuevas por dónde alucinaba el relampaguear una ciudad dorada. El gobernador designó a micer Nicolás para lo del gobierno de la villa después de volver a la isla por más carruaje, bastimentos, armas y caballos. Pero apenas las tropas de D'spira se alejaron por el naciente, Federmann comenzó la preparación para meternos hacia el poniente.

—Francisco —me dijo olvidando el falso nombre, porque tan pronto puse pie en Tierra Firme volví a ser el anterior, porque tanto no se podía ocultar en tan poco tiempo—, iremos por las perlas de *Coquibacoa* y la *Guaajira*, que para nuestro otro Dorado ya llegará el momento.

CAPÍTULO XIX

DE LA PESQUERÍA DE PERLAS,

cuando empezó el asomo de El Dorado por acomodación de quimeras europeas en los embustes de los indios y D'spira se encaminó a su busca por el *Meta*, mientras los de Federmann raspábamos de aljófares la *Guajira* y hacíamos amago de fundar el fuerte de las Nieves en gobernación ajena, de donde nos echaron disminuidos y confundidos; y en vez de cumplir con fundar una ciudad, desguarnecemos *Maracaibo*

Dos siglos atrás, los ascendientes de los Fugger y los Welser fueron los primeros alemanes en armar caravanas de mercaderes que comenzaron a tentar travesías por Asia, siguiendo los pasos de los «Camsos Romanan Curiam Sequentes», esas vetustas peregrinaciones antecesoras de los Polo. Luego de que los portugueses y el almirante Colón señalaran ser posible la navegación por un océano extendido tras el Índico, Jacob Fugger von Gilgen, llamado el Fúcar, o sea el Potentado, y Bartolomeo Welser el Viejo, fueron quienes más codiciaron afianzarse a la cabeza de dicho corretaje, para adueñárselo de primeros al costo que fuere necesario, sin dudar siquiera en espolear a los reyes y papas que por entonces se repartían el mundo. Sin ocultar este interés, el crédito de los Fugger soportó en el solio a Julio II en lo de extirpar el dominio de César Borgia, su antecesor orientado por Maquiavelo, y en lo de restaurar la

fortaleza terrenal y el esplendor de la Sede Santa, desde armar la guardia suiza hasta continuar la construcción de la Basílica de San Pedro, ministerios de ostentación y ganancia terrenal para todos, porque tan solo a los dichos banqueros les rentó cien mil ducados entregados por mano del dicho Papa Julio con lo recogido en indulgencias, más todo el producido del Jubileo del año nono, adicionado con las rentas de las órdenes eclesiásticas de caballería española, que no sumaron poco durante tantos años en que, aunadas con lo de la bula de la Santa Cruzada, se las trasladó el Emperador, como gran maestro que era de las de Santiago, Calatrava y Alcántara. Y como con valerse de buenos hombros para hacer palanca se mueven más pesos que por solo fuerza propia, aquellos banqueros auparon a Maximiliano I, el abuelo de don Carlos, a unirse a Papa y aflojaron trescientos mil ducados para que su agente, Paul von Liechtenstein, comprara los votos de los cardenales, a quien exigió como única prenda «los cuatro mejores cofres de las joyas imperiales junto con los vuestros trajes de estado, que el rédito se obtendrá de las mejoras en las rentas de la Corona, cuando nuestro gran Maximiliano se reciba de sumo pontífice. Pero más pudo Lorenzo el Magnífico, que puso a su hijo Giovanni en el trono pontificio como León X, quien también fuere de gran apoyo posterior para don Carlos en sus guerras italianas, porque fue el Papa que más concedió indulgencias a los donantes para poder terminar la basílica, cincelar el sepulcro de los Médici, encargar a Rafael la decoración de las logias del Vaticano y a Miguel Ángel la fachada de San Lorenzo, todo lo cual vino a ser la mayor espuela que levantó la justa ira de Martín Lutero. Fue entonces cuando, para sacarse el clavo, Maximiliano impuso al inquisidor general y tutor del infante don Carlos, Adriano von Utrecht, como el Papa Adriano VI, así fuere contra su voluntad y por tan solo un año, porque luego se aferró en el reinado pontificio otro Médici, Giulio, el actual

Clemente VII, si es que no le han envenenado después de que el condestable de Borbón saqueara Roma en ese episodio que tanto avergüenza a España, el que bien grabado tengo en la memoria, porque lo asocio con el rebote de donde surgió la tramoya para que ande yo metido en estas Indias, como quedó narrado en las primeras hojas desta historia.

Los Fugger, no obstante traer enraizado el intelecto en las más remotas fuentes alquimistas, desde que pusieron su fortuna en el agio se engolosinaron con las mieles de la riqueza y torcieron todo su saber y entender hacia la busca de lo que regala la tierra. Como aperitivo saborearon la explotación de las fuentes de azogue de Almadén, las minas de plata de Guadalcanal y las de sal, rapadas de la mano del Emperador cada que la abría para tomarles un crédito. Ahora no se saciarán hasta engullir varias escudillas de lo mismo en las Indias y atiborrarse con el plato fuerte el oro de las quiméricas Cíbola, *Culúa* y *Metha*.

De las siete ciudades fabulosas, Caboto el Viejo, en su primera expedición hacia el extremo norte, creyó ver el resplandor de Anián y Quivira tras las nieblas gélidas. Luis de Torres, el judío polígloto embarcado por Colón, le aseguró al almirante que la ínsula de *Cuba* no podría ser otra que *Culúa*, así como Cíbola era la isla *Cibao*, la gran Antilia que ahora llamamos la Hispañola, en cuya pesquisa el Almirante de la mar Océana metió al inquieto Alonso de Ojeda a rebullir y trocar horrores por oro —puesto que aún no se sabía del aprecio *taíno* por los cascabeles y las cuentecillas de vidrio coloreado— desde la recién fundada Isabela, en la *Maguá* del *cacique Guarionex*; en *Marién*, señorío del *Guacanagarí*; en *Maguana* del Rey *Caonobó*; en *Higuez* de la Reina *Higuanamá*; y en *Xaragua* de la gran *Anacaona*, la Cleopatra *taína*: los cinco reinos de las islas de *Guata* que en menos de dos generaciones, quedaron devastados, más que avasallados, por los cristianos.

Federmann había impresionado a sus patrones con solo las cifras de la última expedición de D'alfinger, de lo recaudado y de lo enterrado, cuyo peso afianzó con los testimonios de quienes ayudaron a amontonar y machacar; y les endulzó el oído con los anuncios del oro de *Xérira*, en dominios de los mentados *guanés*, donde no conseguimos llegar y, por ello, tanto más relumbraba en las seseras de Europa como en la inactividad calenturienta de *Coro* donde, con la angurria de los españoles obtener su parte en las conquistas, comenzamos a oír de una *Metha* o *Meta* con ríos de arenas doradas, una provincia alejada por el sur y más acá de donde andaban buscándola al levante los de la gobernación vecina bajo la vara de Jerónimo de Ortal.

Conocidas ambas noticias en Augsburgo, quedaron encargados de salir en su busca por caminos diferentes, antes de que los toparen los de *Paria* y los de Santa Marta se subieren por el río *Yuma*. Concierto que, por orquestado en secreto, en su momento produjo desconcierto entre los hispanos que no entendían la razón de dividir las gentes, enfilando unos por un lado con el gobernador, mientras su teniente le ponía zancadilla yéndose por otro, dejando al garete lo del reparto de las tierras para la colonización, sin lo cual la conquista no es más que asalto, despojo, cautiverio y destrucción como en las Antillas. Ambos se comprometieron con sendas obligaciones, bajo capitulaciones privadas en las cuales metí pluma y tinta como notario, y por ello puedo decir que no fueron tan desventajosas para mícer Nicolás, que «no era tan burro» como predicaba de sí mismo, sino un lince que les encajó cláusulas de dejarle las manos libres para hurgar por las perlas o aljófares, más la rebanada que le correspondía al difunto D'alfinger de lo enterrado en el *Catatumbo*, si es que lo encontraba, razón de más para que me volviese el fulano más apreciado y merecedor de su protección, frecuente invitado

a su mesa, donde, para recelo de algunos capitanes sabedores de por dónde le entra agua al molino, ya no fui más el aindiado «Paco» sino «don Francisco»: porque ¡si el mundo en un día gira, en medio quedamos mirando para el otro lado!

Correspondí con ayudar a confrontar los mapas trazados por los viejos cosmógrafos desaparecidos en la Hispañola, con las copias de los dos Caboto, y les ajusté los trazos que antes había ayudado a levantar en los caminos, especulando el curso los grandes ríos en la tierra adentro y hacia cuál lado torcería su columna la cordillera de medianía y qué tan alta podría ser, para con estas suposiciones, más las prevenciones de los desórdenes de las lluvias y los impedimentos a esperar de los naturales, poder calcular las jornadas y estimar las necesidades de carruaje. En el papel salió ser más largo el rodeo que D'spira se fijó por los llanos y, por ello, partiría primero. Federmann aprovechó para, entonces, primero ir a lo de sus perlas y después enfilaría por donde los de D'alfinger dejamos en cenizas. Nos reuniríamos a unas doscientas leguas al sur y seguiríamos juntos hasta donde deberían sacar el oro los tales *guajibos* del *Meta*, o *Metha*, que parecía estar muy cerca, si no es que coincidía, de *Xérira*, donde ya dábamos por cierto estar los aluviones y veneros del Rey de los metales, que imaginábamos como las minas quiméricas de donde el Rey de reyes, Salomón, sacó el pavoneo externo acorde con el lucimiento del seso que, a la par, le hicieron inmortal; conjetura no tan descabellada si ya había sido encontrada una pequeña isla llamada *Saba* en las Antillas de Barlovento, aunque el relumbrón fue solo de nombre porque estaba barrida de todo brillo y alhaja «tal vez desde muchos siglos atrás», pensamos algunos.

El gobernador traía instrucciones de primero afirmar su jurisdicción recomponiendo los dos asentamientos, apuntalándolos como ciudades acomodadas, y luego fundar otra y levantar un fuerte hacia el poniente. Pero como apenas

puestos los pies sobre la arena, más le encandilara la ventura de meterse hacia donde sonaba lo del *Meta*, le delegó esas tareas a su teniente general, que también tenía encendidos sus propios encandilamientos y entonces conjugó las tareas con una lógica ajustada a sus prioridades: concentraría todos los enfermos, mujeres y niños en *Coro* por ser de mejores vientos; pondría sus rastrillos a sacar las margaritas de la *Guajira* y, al tiempo, establecería la nueva ciudad donde termina el golfo de *Coquibacoa*, cual mojón frente a los de Santa Marta, y si la ciudad no fuere posible a causa de la sequedad, entonces construiría allí un fuerte para dejar doce hombres con armas y vituallas, con posibilidad de ser abastecidos por mar.

Los alemanes sabían que pronto les vendrían unas nuevas leyes orgánicas con normativas para tutelar a los españoles residentes y, para poner los ánimos de su lado, en cabildo abierto D'spira les adelantó el anuncio de que serían levantadas dos restricciones: en adelante habría reparto de tierras y de indios, y libertad para rescatar lo de comer. Y, en medio del alborozo, les metió suave lo de retener la mitad de los botines para abonar las deudas del común con los Welser, y del resto, lo de fraccionar entre todos, aun entre los quedados para la defensa de los asentamientos, se guardaría la mitad como garantía de las deudas personales en los adeudos vueltos a asentar días antes después de haberlos hecho reconocer con testigos. Para lo uno y lo otro dejó a Federmann provisto de poderes, con recomendación de levantar un censo minucioso, con reseña de los méritos de cada quien, para ser tenida en cuenta a la hora de los repartos, tarea que me encajó mientras él andaba en lo de aperar su expedición.

Con su apuro de «chapetón», como les decían a los nuevos en alusión de llegar estrenando chapines, o abarcas, de corcho y cordobán muy adamados, porque aún no sabían cómo más defenderse de las *niguas*, D'spira decidió su derrota por donde

mejor tiraban las noticias de Esteban Martín, por las cabe-
ceras de un río que riega las naciones emparentadas de los
guajigua, del que dicen ir a dar en el *Orinoco* en la lejana
Guayana, río al que llaman *Meta*, que en su lengua significa
«dominio de otros», porque sus aguas las señorean los *gua-*
jibos, grandes navegantes de los ríos de las llanuras, quienes
por no tener oro en sus extensas tierras, lo comercian con
los que habitan en su nacimiento, donde lo recolectan, en la
cresta de la cordillera.

Divididas sus gentes en dos, don Jorge mandó adelante unos
doscientos peones con buenos baquianos, repartidos entre los
capitanes Juan de Cárdenas, Martín González y el tudesco
Andreas Guldenfinger, sin caballos porque en ellos debían ir
otros por las asperezas de *Carora* a pacificar los *giraharas*, le-
vantados por haberles cogido y herrado muchas gentes para
llenar de vuelta los navíos del Pero Marqués. Y como en aquel
asalto también salieron ensartados varios canarios, los jinetes
se previnieron yendo enfundados en sayos de armas que, no
obstante estar encebados, pesaron como plomo al ensoparlos
los aguaceros, diluvios que arruinaron la pólvora después de
ajarle las plumas al morrión de micer Andreas.

En dos semanas no vieron más que agua viniendo del
Cielo roto, a bautizar los novatos con la insistente cantinela
de «chaparrón / frunce el culo / al chapetón», chorreando día
y noche, a bajarles el tufillo y macerarles las carnes y meterles
fríos y toses en los bofes, a despistarlos entumecidos en medio
de la maraña de una *manigua* nunca imaginada estando en las
colinas calvas o las estepas yermas de las Españas, ni en la
selva Negra ni la de Bohemia, sin casi poder tenerse en pie
en los barrizales del *Tocuyo*, por entre hojarasca podrida, sin
haber visto un indio de cuantos los emboscaron y les dejaron
varios muertos entre el fango de las vegas de *Barquisimeto*,
donde la tropa fue acosada luego de tomar por descampadero

a unos ranchos despajados, porque los dueños se cuidaron de prenderles fuego antes de desaparecer.

Allí se recogieron en espera de D'spira, demorado en *Coro* enfilando a su teniente en lo acordado, a que primero volviese a Santo Domingo por más avíos y gentes para la jornada de la *Guajira*, para no dejar de nuevo la ciudad tan raspada.

A mediados de mayo, un día después de Pentecostés, sin saber que no regresaría hasta tres años más tarde, guiado por el capitán Esteban Martín, el mejor baquiano de toda Venezuela, salió pimpollo el gobernador con ochenta de a caballo y trescientos sesenta de a pie, deshaciendo la derrota costanera por donde volvimos los de la fracasada búsqueda de la mar del Sur, por aquel litoral que los primeros pilotos marcara en sus cartas como Terra Seca, que de haber sido triangulado por los moros hubiese quedado reseñado como La Mancha *Caribe*, pero con haber sido hollada por los de Ampués, en últimas quedó en los portulanos como la «Ronda de *Gualbacoa* a *Taguaquí*».

En el pelotón de avanzada iban los nuevos bajo la vara del también bisoño oficial Felipe von Hutten. Para su bautizo se conjugaron el salitre de la mar, el óleo agobiante de soles inclementes y el agua de chubascos tropicales. Los ríos desbordados inundaban las labranzas y sus dueños se apartaron a lugares más altos, dejando en los ranchos *guacamayas* domesticadas para que con sus alaridos denunciaran de lejos el arrimo sigiloso de los espías y entonces los atambores *yuruparí* corrían sus avisos por los vientos poniendo en alarma los vecinos. La hojarasca borró los caminos y el avance se entrababa entre melcochas de arcilla arriba de las canillas, por aguas a la cintura entre yerbajos y víboras, y con el miedo de salir a lo poco seco donde más se amontonan alimañas, o en los palmichales donde acechan *jaguares* de tanta fiereza y tamaño, como aquella sombra con garras que se desprendió de la noche y les destrozó un caballo y baldó a tres indios de carga.

Por fin, más por azar que por tino, se reunieron las tropas. Hubo abrazos de alegría, pero más fueron las preguntas de los chapetones de cómo matar el hambre. En algo distrajo los ánimos la noticia de un prisionero hecho días antes en una aldea de la que sacaron mantas de algodón y canastas de sal, al que nada habían podido entender los lenguas tomados en las sierras, pero el capitán Martín lo apretó y vino a descifrar, más por señas y otros indios ayudarle a unir fragmentos, o creyó entender que decía, que «siguiendo al sur por muchos días, darían con una nación donde los platos y escudillas son de oro amarillo y los vasos y tinajas de oro blanco —que debe ser la plata— y los principales se adornan con corales y piedras verdes, y tienen muchos templos y fortalezas de piedra, cultivan granos y raíces desconocidos, y mantienen corrales de animales lanudos y de patas largas». Esa noche se volvieron a escuchar canciones entre la soldada y, como si hubieren olvidado los padecimientos del vientre, algunos hasta tuvieron sueños plácidos, para en la mañana siguiente, lanzarse como empujados a la desastrada peregrinación de cruzar el *Apure*, el *Xarare* y el *Arauca*, a encumbrarse por el *Meta* en busca de lo que tanto les alucinaba. Muchos creen que el capitán Martín nada pudo entenderle al prisionero y que lo que les tradujo ya lo habían escuchado antes, solo que esta vez le agregó lo del oro blanco.

A mediados del año, en la misma nave en que Federmann trajo los caballos, armas y abastos facilitados por sus agentes de Santo Domingo, volvió a *Coro* el factor real Pedro de Sanmartín con la cédula del Consejo de Indias fijando las normativas para ordenamiento y gobierno de las accidentadas relaciones entre alemanes y españoles, acrecentando las prerrogativas a los oficiales de la Corona y a los miembros del cabildo, en la mediad en que recortaba las uñas a los Welser. Quien las trajo de Sevilla, don Alonso de la Llana,

no se atrevió a presentarlas, no obstante tener una carta expedida por el mismo Consejo en protección de su integridad. Don Pedro también se guardó de entregarlas hasta primero hacer la lectura de una cédula de la Real Audiencia ordenándole hacer la notificación. ¡Así estaban las cosas en *Coro*! Largo rato necesitó micer Nicolás para releer en un cabildo abierto, con voz fuerte y pausada, la ley que le dejó prohibido al gobernador y a sus tenientes usar su autoridad como de capitán general, excepto «en virtud de estado de guerra», para: quitar indios a cualquier vecino que no fuese privado de su encomienda por sentencia del Consejo de Indias; organizar entradas o expediciones sin la presencia de un oficial real; inspeccionar los despachos particulares y retener las cartas y provisiones reales; nombrar escribanos suyos en las poblaciones, sino por el cabildo; interferir mercaderes foráneos que arribaren a los puertos ni obligarlos a participar en expediciones conquistadoras; racionar por su mano los mantenimientos para la ciudad, sino por un repartidor elegido por el común; y montar derretimientos de oro al margen de la casa de la fundición, sin aviso previo a los oficiales reales. A su vez, se les ordenaba asentar en libros los salarios y condiciones, para ser pagados por mano del tesorero; hacer reparto de solares frente a oficiales y regidores del cabildo y enviar sus ordenanzas a la aprobación del Consejo de Indias. Los conminaron al pago del quinto real por los esclavos tomados en guerra; al pago de los derechos de almojarifazgo de todas las mercancías, armas y caballos que fueron traídos exentos por ser para su uso, pero que fueron vendidos; a sacar de la gobernación todas las personas llegadas sin licencia después de la muerte de D'alfinger, y hacer reparto equitativo de lo obtenido por vía de rescate y cabalgadas. Entre las disposiciones generales estaba incluida la licencia general a los colonos para tratar y contratar con indios que acudiesen al libre comercio;

se consagró el derecho del común de elegir al procurador y a la votación anual de alcaldes ordinarios; se concedió una moratoria de tres y cuatro años a los deudores de los Welser, en reparación por los altos precios y réditos que habían cobrado; se reivindicaron las honras de los afrentados por D'alfinger y se ordenó que al encarcelar sea tomada en cuenta la posición social. Por último, se advirtió que cualquier abuso de autoridad sería castigado con severidad, en especial las penas excesivas por delitos leves: ¡toda una constitución de Venezuela para los españoles!, si se sabía entender.

Federmann hizo su acostumbrado signo de acatamiento, besando y llevando las cédulas sobre su cabeza, aunque todos sabíamos que más quería pasárselas por detrás y más abajo, porque, con la mutilación a tantas prebendas, daba a pensar que a los Welser les ocurriría con don Carlos lo que a los Colón con los Reyes Católicos, cuando con el obispo Fonseca a la cabeza del patronato del Consejo de Indias taparon todas las rendijas jurídicas para recortar lo que tan amplio habían capitulado. «No es justo —me pidió Federmann que dejara consignado en los escritos— que señores de tanta posición arriesguen sus fortunas y peculios, corriendo riesgos de muerte en medio de *caribales* hostiles, padeciendo privaciones y sufrimientos sin fin, lejos de sus familias y de la civilización, sin más compensación que un sueldo que, en el mejor de los casos, irá de herencia para los deudos abandonados. Ningún gobernador castellano lo ha hecho ni lo hará de tal manera, sino a la suya, aprovechado de lleno las oportunidades de estar a muchas leguas de distancia, hasta cuando los delaten los envidiosos que no con menos llenaron y llenarán sus bolsas».

—Rapiñeros rapiñando rapiñadores —volvió a repetir—. Si leones y hienas pueden convivir, es porque los unos tienen la fuerza y las otras manejan la astucia.

—¿Qué les queda a los de abajo y cuánto a los vencidos?
—pregunté sabiendo la respuesta.

—El mismo honor de las piedras de la base del montón:
servir de soporte de los que se les paran encima.

—Pero vuestra señoría no debe amargarse, siendo que no ha venido por una dignidad bostezada, sino por cosas más trascendentes para sí y de vuestros patronos —dije, y él acusó mi ironía con fruncir el ceño.

Federmann quedó muy apesadumbrado porque le llegaron los frenos y barreras antes que su investidura de gobernador, en cuya espera se consumía. La había vuelto a reclamar una vez más desde Santo Domingo, a espaldas de D'spira, para poder hacerse a una tajada como la de micer Ambrosio sin pasar por la tesorería de los Welser. Necesitaba algo más de tiempo. Nombró capitán general a Pedro de Limpias, alias el Meado, por haberse hecho nombre del mejor batidor de indios en *Coriana* desde los tiempos de Ampués, y le encomendó ir a lo que mejor sabía, a recoger por todo el ruedo cuantos más indios cargueros pudiere, porque para lo del cabo de la Vela necesitaba hartos. Salió lejos porque los alrededores ya habían sido raleados con la saca para D'spira. Por ir de prisa no se paró en acorrallarlos y quemarles las casas, aperrearlos y tantos abusos más que, con haber sido tan recargados, movieron después los veedores a emplazarle y refregarle, siendo que la justicia por allí poco se había detenido antes a defender los naturales, como tampoco velaba por mestizos, por cuya razón se facilitó, en los años venideros, el uso de una vara más corta para medir a los «criollos», o hijos de españoles nacidos en estas tierras.

Terminado lo del censo, Federmann me pidió allegarme a la fragua para una labor más grata que la de hacer colleras: la forja de trescientos garfios tridentes con doble temple en grasa animal, así fuere de culebra, de un palmo de largo y con una oreja de donde asegurarlos a cada medio codo al final de

unas fuertes redes de hasta cinco brazas, ingenios a modo de arados, para rastrillar el fondo de los bancos de ostiones que podían ser botados desde *canoas* y recuperados por cuerdas de la orilla, arrastrando muchas de las conchas que los forzados nadadores dejaban en su sitio, por reventárseles los bofes y nublárseles los ojos, sin nunca entrarles recompensa. Era su vieja idea que ahora traía abocetada y afinada con medidas. También encargó un centenar de grandes calabazas dentro de mochilas tejidas por las indias, para servir de boyas de ayudar a que los tridentes se enredaran menos en el fondo.

No acababa Federmann de leer las normativas y parecía ya todos haberlas olvidado: para lo del rancheo del De Limpias nadie se apersonó de dar aviso previo a los oficiales reales y, a la vuelta, fue imposible hacer a sus espaldas el reparto y la marca de ochenta capturados, entrellos una veintena de los amistados del *Tomodore* sacados con engaño, que hubieren podido ser muchos más, si no fuere porque descubrieron la perfidia y se enmontaron como liebres.

Por ello, cuando su teniente Francisco Venegas, dado que micer Nicolás no quiso dar la cara, fue a solicitar un veedor para otra entrada de sacar más indios, el factor De Sanmartín le respondió con aspereza que «habiendo tanta necesidad de comida en el pueblo, no habréis de hacer estas jornadas entre amistados, sino salvar la tierra donde haya comida para socorrer nuestros vecinos con ella», palabras que eran reflejo del escozor de los asentados por sacarles los indios de las labranzas y acaparar para la tropa los pocos alimentos disponibles, a más de andar constriñendo a los colonos a enfilarse de peones.

Porque a todo y de todos echó mano Federmann, no tuvo inconveniente en incorporar en la soldadesca a un par de convictos que se habían refugiado en la iglesia, a pesar de haberle notificado la Real Audiencia el deber de prenderlos y remitirlos,

porque ya tenían condena por riña agravada con puñaladas. Tampoco quiso permitir que el barbero Lucas, estando muy enfermo, se marchase a Santo Domingo, y de nada nos suplimos, porque tuvimos que dejarle enterrado. Y así fue cerniendo una sombra helada sobre las pocas simpatías que aún despertaba en *Coro*, y comenzó a asfixiarse, a saborear el vinagre destilado en una absurda apelación que interpuso para el cumplimiento de las provisiones reales, reclamación no tanto para buscar dar pie atrás en las normativas, como para encajarlas en aplazamientos.

Pelaron más su cobre los capitanes Limpias, Venegas, Esteban Mateos y Gonzalo Segura cuando ajustaron más de seiscientos hombros de *guatiaos*, como les decíamos a los no *caribes* por ser pacíficos y cumplidores de tributos en *maíz*, *camote* y otros tubérculos, para acercarlos a nosotros los blancos *guati*, o encumbrados. Igual fueron collerados los tenidos por *naboría* en las casas de *Coro*, incluidos los cuarenta del servicio de Federmann, sin importarle lo que juzgara y dijera el recién nombrado provisor de la Iglesia, que también era teniente protector de indios. Tan solo quedó suelta la hija del *Guayarna*, que don Nicolás llevaba de concubina principal, y otras mujeres hermosas, esposas e hijas de principales, con las cuales era público y notorio que se echaban los capitanes frente a los parientes encadenados.

Tampoco tuvo reparo en enviar un pelotón a varias jornadas del asentamiento a capturar *caquetíos*, con excusa de tener que acondicionar unos indios borrachos que estaban celebrando una boda incestuosa entre hijo y madre, sabiendo que se trataba del casamiento de don Juan, hijo del *cacique* principal de *Coriana*, el extinto *Manaure*, quien para asumir su puesto y responsabilidad desposaba, solo en figura mas no en el lecho, a la primera viuda de su padre, su madrastra. Don Juan logró huir a las montañas con la chusma; no así la tribu

entera de la parentela de la viuda, la del *cacique* don Marcos. En el ruedo tan solo quedaron dos poblaciones, con más críos mestizos que indios, con las indias feas y viejas, porque las jóvenes y agraciadas las tomaron para sirvientas y barraganas de los chapetones que pronto llegarían de Santo Domingo. Fue así como *Coriana* comenzó a quedar despoblada de naturales; en menos de la mitad del tiempo que a los hispanoles, sin ayuda de alemanes, los llevó despoblar la Hispañola.

Desde el año anterior, desde cuando el capitán Alonso Martín de Quexada se pasó cargándose los indios de *Xuguara* a Santa Marta, acabó con el suministro de *maíz* y la Real Audiencia dio licencia para despoblar y trasladar el asentamiento de *Maracaibo*, porque las tres *canoas* que recorrían buscando granos y raíces nada encontraban de provecho por allí. Sus gentes se atendían con solo los pejes de agua medio salada y algo de caza en trampa; sin casi gallinas, mermadas por *guaches* y *faras* rabopelados desde que Adelfa abandonó sus corrales; sin cerdos ni reses por la gran cantidad de *jaguares* cebados, aún dentro del pueblo, a donde se metían a ganarse algún enfermo desde que dejaron uno a medio enterrar. Pero, más que nada, por ser de tan mala constelación, como lo son en estos trópicos las riberas de lagunas, buenas solo para los mosquitos.

Comenzando agosto, llevando el grueso de todos los cargueros e indias de servicio disponibles en *Coro*, el capitán Antonio Chávez fue enviado por delante a *Maracaibo* con doscientos peones veteranos y setenta de a caballo, a sacar de las inmediaciones más espaldas y brazos.

El punto de encuentro, en los primeros días de la época seca de enero, sería el cabo de la Vela. Allí se reunirían los de la vanguardia de Chávez más los últimos vecinos de *Maracaibo*, con la tropa de Federmann conformada con unos cien peones y veinte caballos salidos de *Coro* en noviembre, al

tiempo con tres navíos fletados por cuenta de «la República», o sea el común, no por los Welser ni por don Nicolás, que, luego de aprovisionados en Santo Domingo por Francisco de Ávila, llevarían directo.

Chávez, que también llevaba nombramiento de alcalde mayor de *Maracaibo*, por falta de comida y ante la tardanza de Federmann, determinó salirse del pueblo, dividiendo la tropa por tres por derrotas diferentes, para mejor poderse sustentar camino del cabo de la Vela.

Un piquete tiró costeano por la boca del lago. A la cabeza iba Francisco de Murcia, de stirpe y cuna connotada, esposo que fue de Leonor Valiente de Cadera —no por remoquete sino de nombre verdadero—, de quien se sintió viudo en estas tierras y hartó movió la suya con cuanta india pudo desde cuando entró de pacificador en la Hispañola, ni tampoco la tuvo quieta mientras anduvo de compañero de D'alfinger y Federmann, hasta cuando terminó de alcalde de Vélez en el Nuevo Reino de Granada, buscando aplacar las rebeliones de los *guanés*.

Andaban los de Murcia correteando indios cuando, de manos a boca, toparon con una avanzada de los de Santa Marta bajo órdenes del cabo Francisco Méndez Valenciano, que trajinaban en exploración, dispersos mas no en desorden, husmeando los avances de los alemanes, «para rondar que no haya pies ajenos metidos en nuestro lado de la frontera», según chisquetes filtrados en la mismísima Real Audiencia de la Hispañola. Con caballos y perros, los nuestros los acosaron como a conejos, primero a tres y luego uno a uno hasta juntar a todos veinte. Se hicieron guiar hasta el río *Macomite*, al real de su capitán Juan de Rivera, quien se afirmó en estar «suficientes leguas lejos al poniente del cabo de la Vela» y haber sido enviado por el doctor Rodrigo Infante, su gobernador interino por muerte de García de Lerma, «a que

en un barco con cincuenta infantes y algunos de a caballo, los llevara y metiere por la Ramada, en jurisdicción nuestra muy antepuesta a *Coquibacoa*, a rebuscar esclavos para vender, lo que hicimos una vez saltados allí y después los enviamos en la nave directo a la Hispañola. Por impedimento del crecimiento de los ríos no hemos podido volver a Santa Marta y quedados aquí, trajinamos como gente aventurera procurando hacer oro por fuerza o por agrado. A los veinte que traéis presos, los envié hacia la lagunilla en busca de comida, que no se encuentra en estos cardonales, donde viniéndose la estación de sequía, quedaremos a perecer por hambres».

Murcia le volvió los hombres, no obstante ser obvio que de esperar la vuelta de la nave habrían acampado por la costa, en la Ramada, no tan adentro, pero les concedió la excusa de haber sido «por el acoso de los parientes de los esclavizados». Se quedó con ellos mientras le llegaba la indicación de Chávez o Federmann de cómo proceder, e hicieron sociedad para rebuscar tanto lo de subsistir como por esclavos. Y por deambular bajo tanto calor en estas andanzas, a poco murió el cabo Méndez y luego otros de los nuestros, unos por puntas de flechas y otros por punzadas del hambre.

Federmann alargó cuanto pudo su permanencia en *Coro*, mas viendo que no venía su nombramiento, en octubre dejó a su teniente a Francisco Venegas con un puñado de hombres, los más dellos dolientes y abatidos, con encargo de mantenerlo al tanto de las noticias que le enviare Pedro Jácome Gazio, el factor en Santo Domingo, más la recomendación de tratar bien a los vecinos y a los indios, porque estos eran los pocos vivientes que subsistían de los unos y los otros.

—Don Francisco, amigo —me dijo con zalamería, mientras se recargaba mi cuenta con un monto como de tres esclavos—, por ser como mi diestra, desde ahora no serás peón sino que cabalgaréis como todo un hijodalgo siempre a mi lado.

Y agregó muy despacio:

—Que no se os ocurra usar el caballo para esfumaros, porque en el primer intento os dejaré cantando cual tenor; en el segundo quedaréis como un coco, sin orejas ni nariz, y de atreveros a un tercero... podréis jurar que no habría un cuarto.

Me asignó un rocín manso, aperado en el arritrancó con una manta acolchada «para que llevéis en ancas vuestra Angélica, si tanto afecto y consideración le profesáis», me sostuvo, aunque le murmuró a la tropa que «en el fondo, lo hacía porque le agradaba que yo siempre me cagara en las escrupulosidades castellananas», no porque le simpatizara la negra espigada, ya que nunca soportó a mujer más alta que él, y para apocarla sacaba chacota de su nombre católico, que «con semejante desatino, no solo se le vino a poner sexo a los ángeles sino a darles la color del Diablo», decía y soltaba risotadas cuando fray Vicente se persignaba por no estar seguro de tener alma las negras y entonces me acosaba con «mira, Francisco, que si la fornicación con indias es pecadillo, es cosa sucia eso de echarse con cerreras de Etiopía, porque esas agarenas son más lascivas que las cabras».

«Que no era burro, no era burro Federmann, ni después de que los berberiscos le abrieran la sesera con la pedrada y después los indios le atizaran por la cabeza a garrotazos», recapacité, «porque más corre caballo con un solo jinete que llevando esclava en la grupa». Y aunque hubiese debido, nunca me esforcé en zafarla, porque cosa dulce fue cabalgar al paso con dos duros pezones brunos cosquilleándome la espalda y ella diciéndome al oído «Ay, amito, que no es que le abraze, sino que o me agarro o me caigo»; harto dulce cuando el bruto se soltaba en trote y en medio de la meneada más se me agarraba y entrecortada me decía: «Conténgalo amito, que me está martirizando la cabalgada desta noche». Cosa dulce, pero también dura para mí esto de las galopadas por

todo un día, sin nunca antes haber montado pollino, acémila ni alazán, y me martirizaba la cabeza de la silla cada que el jamelgo saltaba una zanja dando una alzada hacia atrás para luego frenarla en las manos, o cuando llegaba la zaranda de las pendientes en bajada, o al pasar los lechos de quebradas secas o por sobre troncos caídos. Ni qué decir de cuando una serpiente asustaba el caballo, o había que meter carrera por cualquier aspaviento, porque uno u otra, o juntos, íbamos a restregar el suelo. Duro fue este aprendizaje entre cardonales, pero no di el brazo a torcer, porque ningún castellano se deja bajar del rango, menos si le ciñe una joven garbosa y de buen talle, orgullosa de ir tan acomodada, que ni las blancas, sino como esposa de alguien grande.

Si a Esopo, Plinio el Viejo o Isidoro de Sevilla les hubiese llegado de oídas la visión india de los dos sobre el rocín, hubiesen escrito ser «un trionocentauro con una cabeza enorme de Pegaso, otra de simio barbado —yo— y la de atrás de mantícora bruna, las tres poco racionales; con la parte inferior en extremo salvaje, de cuatro patas como de centícora y otros tantos brazos de leucrota, armados de uñas filosas con que ensarta y parte tanto a hombres como a fieras, que toma su fuerza descomunal de la mandrake, la flor de la mandrágula nacida entre ortigas rociadas con semen de grifos y dragones de la noche», porque desta guisa, suma de mitos y rimbombancias, fue como los antiguos doctos fueron acomodando en sus bestiarios cualquier criatura desconocida. Y por haber bebido de sus fuentes es que nuestros cronistas andan aseverando que igual los indios vieron con ojos aterrados a nuestros animales de guerra, los caballos fundidos con jinetes y los ahuchadores con sus traíllas de mastines cual espantosas medusas. No niego que grande era su primer espanto y que, después de una segunda mirada, quedaban más aturdidos por avaluarnos como demonios con poder de dominar tan siniestras fieras.

En *Maracaibo* tan solo demoramos lo que Federmann necesitó para revisar el censo de méritos y encomendar las tierras que ya estaban medidas y divididas, sin más tropiezos que la disputa entablada por don Juan Cuaresma de Melo, el antiguo patrón de Adelfa, quien aspiraba a más, pero allí quedó reducido por haberse trasladado con su esposa a *Coro*, de donde lo sacaron de mala gana a esta expedición. No hubo asignación de solares por ya estar acordado levantar la ciudad en otro paraje menos adverso. Tampoco reparto de indios, porque los habidos ya iban por delante. Y sin más por hacer, partimos a reunir fuerzas con el grueso de Chávez.

Con tan solo pasar los montes de *Oca*, dimos en el real de los colados de Santa Marta. Aquietado el resuello y terminados los saludos afables, Federmann, frente a todos, se dirigió al capitán Rivera con harta blandura:

—El doctor Infante, a quien tengo por señor de encumbradas calidades, recto y respetuoso, nunca permitiría a sus hombres transgredir nuestra frontera. Tampoco lo hubiereis hecho por vuestra voluntad, capitán Rivera, porque, de no haberseos trocado las coordenadas, sin nuestro permiso nunca hubieseis metido pie en mi gobernación, hecho del que no tomo agravio, por no ser más que un yerro.

—Sin que sea reclamo ni haya disgusto —respondió firme Rivera—, debo aclarar a vuestra excelencia que, según nuestras calculaciones, relevadas de toda pifia como podréis repasarlas con el rumbo de las estrellas, tenemos por muy cierto que estamos pisando en lo nuestro, algunas leguas al poniente del meridiano del cabo de la Vela, mojón de alindamiento. Conjeturamos que vuestro error es excusable por ser tan sutil la torcedura de los ríos como lo es también el espinazo de las serranías. De continuar vuestros pasos al norte, daríais en las salinas del *Manaure* en *Manacaire*, que está dentro de nuestra jurisdicción. Y como, según escuché, vais por las

perlas de los *guanebucanes*, en la cabeza de la península, debéis torcer vuestra dirección hacia el noreste.

—Se vislumbran mejor los límites mirando de la mar hacia adentro de la tierra que del continente hacia fuera —divagó conciliador, sabiendo que el capitán tenía la razón y que, aunque en ese momento podríamos echarlos por la fuerza, tal tropezón podría terminar en que los Welser perdieren Venezuela.

—¿Sería por ello que el gobernador D'alfinger se metió tan dentro de nuestra gobernación? Porque bien está sabido que repisó nuestros pasos por *Soturna* y el valle del *Upari*, y por donde los *pacabuy* hasta *Sompallón*, y después se encaramó por la cordillera de los *carata*, los *buchagua* y los de *Chitará*, con enorme recaudo de oro y dejando alzados los naturales de nuestra jurisdicción —replicó Rivera tomándose confianza—. Nosotros quisiéramos creer haber sido por torcedura de mediciones, no de ambiciones, por desconocimiento de los giros de las constelaciones en estas latitudes, mas no seré yo quien juzgue las razones, sino la Real Audiencia de Santo Domingo, cuando concluya sus averiguaciones.

—El Consejo de Indias tiene cartógrafos atareados en señalar las delimitaciones a lo ancho, mas no a lo largo, siendo ya claro para todos que cuanto pisamos no es un istmo, como se creyó al comienzo, sino un continente dilatado, que seguro no termina en el *Pirú*. Ya dirán las cordilleras y los grandes ríos que topemos cómo se dibujará hacia dentro la junta de nuestras dos gobernaciones. Pero esa será su tarea posterior, señor capitán, la nuestra de hoy es descansar para poder continuar nosotros hacia el cabo de la Vela y vosotros hacia la Ramada, donde ya habrá de estaros esperando vuestra nave.

Rivera había destapado su lenguaje militar y Federmann, con el suyo de negociador, lo comenzaba a llevar hacia donde él dominaba. En privado lo aduló con decirle que bien sabía de su valor y el de sus soldados, que había advertido que, si

tanto se habían acercado, era porque querían salirse de un gobierno de meros conflictos para pasarse al nuestro, de más respaldo y acomodo, sin disputas internas ni tanta ambición por tierras secas, por tener noticias ciertas del reino dorado, no los meros rumores de tantos desatinados; que si él y su compañía, por voluntad, decidían quedarse en su conquista, lo agradecería; mas si querían retornarse, irán con su regalo de avíos para el camino y sus respetos para el regente interino Rodrigo Infante, quien tal vez no estaba bien informado de que Santa Marta había renacido dentre las cenizas por los Welser haberle aportado a García de Lerma la mayor parte de los fondos necesarios para restablecer su dominio.

El capitán Rivera y su gente, en este tiempo, tuvieron por cosa fea no volver a dar cuenta a su gobernador, salvo tres soldados que dijeron haber sido ganados por las palabras de Federmann, a los cuales el capitán, en señal de indulgencia, les abrió la puerta para quedarse. Yo sospeché que los dejaba como espías, porque entre aquellos estaba uno que siempre se había mantenido apartado, a quien yo sentía vigilándome de lejos. Días después pareció reconocermé, e igual se me volvió familiar: ¡era Martín Tinajero!, seco, tostado, surcado de cicatrices, con barba ensortijada al pecho y muelco de dos dientes detrás del labio roto por una *macana tairona*.

—¡Señorito Francisco, Dios me lo bendiga! —me espetó en medio de un abrazo fuerte, como de náufrago a su salvador—. ¡Sí que habéis subido!, que ahora sois caballero y con esclava.

—Yago, ¡cuánta alegría me da encontrarte! —Se me soltó su nombre gitano, sin que nadie reparara en ello. Y vino otro abrazo. Luego lo interrogué—: ¿Os habéis reunido con Adelfa?

—En su busca he venido.

—Estuvo poblando en *Maracaibo*, al comienzo como criada de la esposa del Juan de Cuaresma, que viene de a caballo entre

nosotros. Después, cuando aquel se pasó a *Coro*, ella quedó sola y sostuvo una granja de gallinas. Hace más de un año salió en vuestra busca con un indio brujo por guía, buen amigo, sin que tenga otra noticia de ella.

—Entonces estamos cruzando caminos y no descansaré hasta encontrarla. ¿Cuento con vuestra ayuda?

—No necesitáis pedirme lo que por gustoso haré por ambos.

Las lluvias comenzaron a cederle paso al sol. Los de Santa Marta partieron a su bahía y nosotros al cabo de la Vela. Atravesamos el *Macomite* aun embravecido y nos adentramos en terrenos cada vez más áridos y desconocidos, por entre gentes belicosas, salteadoras y vagabundas, que pasan unos días bajo la cicatera sombra de algunos árboles ralos y luego se tornan a otros, desnudos hasta en sus partes de guardar, como nómades sin rebaños ni pertenencias, sin detenerse a formar poblaciones ni a cultivar la tierra, porque en lugares tan sedientos no se da fruto alguno, salvo la *pira*, un amaranto de semilla menuda como de mostaza, que se produce salvaje, de la que amasan puches, asan panes o *arepas* y cuecen mazamoras, que de todo ello comí en varias provincias y también de sus hojas, como bledos. Son dados a la caza de venados y pavas de que tienen alguna abundancia, y a la pesca de tortugas y en la mar. Andan divididos en familias escasas, mas, convocados con caracolas, se agrupan para guerrear, lo que hacen con igual brío tanto hombres como mujeres, con gran destreza para aparecer y desaparecer en el desierto, escabulléndose como fantasmas que ni con caballos y perros hay cómo darles caza, por lo que no hay forma de sujetarles.

Pocas veces logramos cercarlos y obligarlos a enfrentarnos, *guazábaras* de mucho sudar y poco conseguir de oro y riquezas, menos honra, porque nada llevan puesto y, en cambio, sí sacábamos daño porque allí nadie soportaba calzarse los

petos. En un parpadear, sus flechas enyerbadas nos dejaron muertos seis soldados y a su capitán Avellaneda de Guzmán, sin poder seguir sus huellas entre los cactus y los abrojos, sin duda los espinos vejatorios más enconosos, capaces de atravesar hasta el cuero duro de las botas.

De sus pertenencias lo único que tomé fue un tamboril de cuero de venado templado sobre un tronco hueco, que encontré abandonado, y se lo regalé a Paba para que, por los atardeceres, después de apaciguados los ardores de las jornadas, lo repicara cual gitana de las ramblas, acelerando mis latidos y desclavándole alguna lágrima de los ojos de *iguana* con que Yago oteaba el horizonte, buscando una aparición imposible entre la reverberación de las arenas.

Habiendo dado con un sitio de apariencia quieta, los capitanes acordaron enviar por la gente enferma dejada en *Macomite*. Señalaron a Alonso de Olalla, Alonso Martín de Quexada y Diego de Agudo, tres peones sueltos de piernas y muy atrevidos, para que con solo espada y rodela, y una sola mochila india con algo de avío, volviesen a las volandas a buscar y disponer los dolidos para cuando llegasen los caballos por ellos. Encontraron varios muertos en sus *hamacas* porque sus compañeros no tuvieron fuerzas para enterrarlos, ni siquiera para usar de aquellos en misericordia de aplacar sus hambres. En esas, como premio del Cielo, se les apareció un borrico de los de Santa Marta que, perdido, se volvió a donde estaban. Y con un par de bollos del avío de los soldados, hicieron convite de pollino a medio asar, bajado con bledos tiernos y sorbos de agua fresca.

Los de los caballos los hallaron con los ánimos a medio punto, aunque bastante punzados. Recogido y ahumado lo que sobró del burro, descaminaron a marcha lenta, pero tan solo llegaron dos o tres de los aquejados, porque los demás se fueron quedando a calcinarse sobre polvo bermejo, unos

con algo de vida, otros ya muertos, los salvados reconociendo haber sido el burro quien los sacaba de tanto padecimiento.

Cuando olfateamos la mar, comenzamos a tropezar osamentas resacas de europeos, regadas por los arenales, despedazadas por carroñeros, las armas sin desenvainar, sin trazas de combate ni de haber llegado hasta ellos indio alguno. Seguimos el descamino de los despojos, que bien podían pasar del ciento, hasta avistar una elevación en forma de pan de azúcar morena que se mete en la mar, justo en el cabo *Guanebucán*, al que los primeros castellanos llamaron de La Vela, por parecerles la colina como hinchada por el viento. En una pequeña rada a la derecha, la *Caquetía* según los *aborías*, o la Hoya Honda para nosotros, cabrioleaban golpeados por el furor de las olas los restos de cuatro navíos destrozados contra las rocas, que debieron ser de los muertos de hambre y sed, o por peste, sin que nunca supiésemos atinar qué gente fue aquella y, por conjeturas, se vino a creer ser piratas de los mismos del Mediterráneo que ya comenzaban a rebullir por doquier, más por donde se decía haber bancos de perlas.

A mucho riesgo salvamos lo que pudimos del maderamen con algo de fierro enclavado, perdiendo lo del fondo del revolcadero, que todo hubiese sido de utilidad para nuestro asiento en medio de lagartijas y nubes de mosquitos que salían a mañana y tarde, cuando sol y raya de la mar son una sola luz.

Comenzando febrero arribaron los dos navíos despachados desde Santo Domingo con ochenta nuevos soldados bien armados, más provisiones de ropa, varios caballos, aceite, quesos, cecinas, garbanzos, lentejas y un par de barricas de vino. Una tercera nave con cuarenta hombres y todas las medicinas, porque no hubo previsión de repartirlas, fue desviada por una tempestad a dar en Santa Marta, donde acababa de posesionarse el nuevo gobernador, don Pedro Fernández de Lugo, y por este azar quedó enterado de nuestra expedición y de la

de D'spira, por lo que no tomó respiro en apresurar la suya por el río Grande arriba, bajo el mando del justicia mayor de nuestra Majestad, licenciado Gonzalo Ximénez de Quesada, por él estar impedido por serias afecciones de salud y su hijo andar huido con un cuantioso botín.

En tanto que unos montaban el real en *Maguaiipoa*, una ranchería de pescadores *guanebucanes* que no era más que una explanada limpia de piedras y abrojos, con estacones para guindar *hamacas* bajo cobertizos hechos con varas del corazón correoso de unas palmas carnosas como alfileteros de espinas, a otros se nos fueron los días dentro del agua en discurrir, aprender y dominar los artificios ideados para la perlería, tratando desde *canoas* en hacer entrar las redes extendidas, con los garfios traseros tocando el lecho y la parte delantera a media agua, sostenida por calabazas cual boyas dominadas por una cuerda larga para halarlas por cada lado desde la costa y, en caso de que se trabaran, retrocederlas desde dos balsas ancladas detrás.

Para iniciar la busca harta falta nos hicieron los nadadores isleños, a quienes nadie igualaba en ubicar los bancos de berberechos desde la playa con solo ver el cambio de la color en las aguas, que igual lo deben saber los de por aquí, pero andan huidos como *iguanas*.

Le propuse a micer Nicolás que trabajo y diversión se podían juntar, y además combinarle apuestas; que nos diésemos él y yo —que después se nos arrimarían a emular los que bien sabían nadar— a zambullirnos donde las aguas tenían entre dos y cuatro brazas, donde el fondo se aquietaba sobre arena, pasados los primeros bajos de pedruscos y guijarros. Salimos juntos el primer día en una de las barcazas salvadas de las naves fantasmas. Estuvimos en faena hasta la media tarde, cuando Federmann sintió el pringue ardiente de una aguamala y nos volvimos en busca del mejor remedio sabido por todos los marinos, más efectivo que cataplasma de boñiga

fresca: orines calientes, ojalá de virgen, pero destas no quedaba ninguna entre las cautivas.

Tres días más estuvimos en esta lidia sin fruto alguno, cada uno en un esquite, él con sus indias desnudas y yo con mi Paba en cueros, para llevar el antídoto en su fuente. A la esclava le dio por seguirme en los buceos que, después de un par de inmersiones, los hacía con la gracia de un bufeo. Y quiso su buena estrella que, ya casi de retorno por falta de buena luz, subiera de última a la barca con un gran ostión en la mano. Abierto en presencia de Federmann, resplandeció una perla irregular, un aljófar enorme y muy blanco.

—¡Como las preferidas de nuestra soberana! —vitoreó el alemán.

—Pero que, con vuestra venia, será de quien la merece por habernos descubierto el vivero —le pedí.

—Sea —condescendió—. Veamos cómo luce en un cuello prieto.

Sin reparar en modales, delante de todos los curiosos, Paba estalló en alegría, me abrazó por el cuello y me estampó varios besos en la boca.

—Gracias amito —me dijo con júbilo y volviéndose con reverencia a Federmann, agregó—, gracias excelencia, porque ahora más me sentiré como una Reina.

—¿Reina? —se sorprendió.

—Reina negra, como las ha habido grandes, como la de Saba, como las de Arabia, Egipto y Etiopía, las primeras en avivar el brillo de las perlas.

Al día siguiente, la tenía aferrada por una canastilla de hilos indios sacados no sé de dónde y, muy ceñida al cuello para asentar que «Más bella luce la luz de luna sobre mi piel oscura», como cantaba mientras ostentó su gran tesoro delante de los entusiastas que ahora se sumaban a sumergirse por donde había sacado aquella que dio nombre de Paba

a todas la que en adelante se sacaron de ese tamaño y figura, y tal fue su fama que, hasta hoy, en todo el Nuevo Reino de Granada «paba» ha venido a significar la buena suerte.

Nunca vi más feliz a Federmann que en aquellos días de retozo en la mar, en los que olvidó sus ansias de ser gobernador, las agrieras de sus cuentas con los Welser, los afanes de la guerra, los piques con los de Santa Marta y la emulación con D'spira, y hasta los tesoros enterrados, porque se regalaba con la alucinación del paisaje marino y se le relegaba lo que buscaba, que tal vez ni siquiera eran las perlas. En uno de esos instantes de placidez y confianzas, me atreví a decirle que «ahora sabéis cómo es el sentir corriente de los indios, porque donde se pierde la ansiedad entra la felicidad» y él nada contestó para seguir paladeándola.

Por esos días le volvió el temperamento con que entró los primeros días en *Coro*, el de antes de haberse agriado con el olor de la sangre, de amargarse con el destierro y abatirse con el trato insidioso en España; antes de haberse envenenado con sus deseos de venganza y revancha, «lo mismo le debió pasar a D'alfinger» —pensé—, a quien cada día más se le estaba asemejando en crueldad y barbarie, porque no en vano sufre tanto un ánimo educado para lujos y delicadezas en familia, para seducciones y refinamientos gentiles, para artes y comidas exquisitas, alejado de todo sufrimiento y ascetismo, cuando de pronto entra en un mundo en que no hay más palacio que una choza de *babareque* y piso de tierra apisonada, ni mejor cortesana que una concubina india, ni otras sabrosuras que unos puñados de *maíz*, bollos y raíces con *ají*, ni más refrescos que *guarapos* y *chichas* fermentadas; sin saber a dónde van los sueños porque no se puede prever lo de encontrar unos pasos adelante y, entonces, en la plenitud de la edad se comienza a menguar por los recuerdos, frustraciones y nostalgias; y entre más confundido más se tapa con la color

de la muerte, entre más indefenso más se escuda en el dolor contrario y el uso del sexo como arma; más se envuelve su desgracia en cortinas de fuego y humo, y se aturde con los gritos de los torturados y más le embriaga y embrutece el poder, el de ejecutar barbaridades, todo para disimular la civilidad perdida, porque ¡tal es la desdicha de las ánimas sin nervio guerrero, metidas a conquistadores!

Aquellos días desahogados fueron un espejismo que duró hasta cuando metimos los arrastres. La faena se iba en desenredarlos de los arrecifes y en desgarrar corales con los garfios, sin sacar algo para tan siquiera echar en el puchero, salvo una que otra tortuga, que con ajos era sopa de cardenales. Es probable que los artificios hubieren servido mejor de haberlos probado antes, pues no todo estaba ganado con copiarlos a la carrera de los dibujos con que, ocho años atrás, Luis de Lampiñan quiso certificar su invento y capitular con el Rey la industria de perlas en Castilla del Oro, al sur, por el mismísimo archipiélago llamado De las Perlas, pero, por carecer de recursos, no pudo arar la mar con su ingenio. Malas lenguas hay en Sevilla, aunque yo creo que los Welser sí pagaron por tal diseño, mas no les alcanzó el tiempo para ensayos, que tampoco creo haberlos hecho el Lampiñan y entonces los sufríamos nosotros.

Encontramos ser mejor ir a más hondo, de tres a cuatro estados, sobre lechos arenosos limpios de corales. Y en busca de tales condiciones nos íbamos cada vez más hacia Santa Marta, por soledades donde no se entrometían ni siquiera un *tiburón*, o sea un marrajo. Comenzamos por meternos en la bahía mayor de *Guanebucán*, con recompensa de enorme cosecha, como no la habrían delirado siquiera los judíos. Las hubo de todas clases y tamaños: en unos bancos sacamos las llamadas margaritas, redondas, grandes y blancas. En otros, más a la izquierda, pescamos algunas rubias. Y con correr nos otro poco, dimos en la mata grande de las paba de brillo opalescente.

Metimos todos los rastrillos y forzamos a los indios a arrastrar el arado, que si antes lo empujaban por *maíz* igual ahora halarían por perlas. Cada día iban a dar en los cofres entre cinco y siete marcos, que son como tres o cuatro libras muy brillantes, de todos los tamaños, de media cadenilla a cadenilla completa, de rostrillo grueso, cabal o menudo, graduadas según el número de esferillas que cabían en una onza. Hubo varias de treinta y cuatro quilates y algunas hasta de treinta y ocho puestas sobre sedas en el fondo de los cofres triclave, que solo se abrían y cerraban en presencia del teniente gobernador y jefe de la caja, del contador y del tesorero real, quienes a una asentaban el inventario en libros especiales. Por encargo anticipado de la Emperatriz, se tuvo un arca exclusiva para sus aljófares, su debilidad, con las que esperaba dejar de quijada colgante a las damas de cualquier otra Corte. En poco, nuestra cosecha reemplazaría la producción de *Cubagua* y demás islas vecinas, decaída por haberlas sacado todas, grandes y pequeñas, en tanto antes los *caribes* lo hacían tan solo para ataviar los ajuares de sus muertos.

Por sobre además riquezas de las Indias, en Europa primero deslumbró el oro de *México*, del *Pirú* y del *Sinú*, después la plata de *Potosí*. Ahora las perlas de *Coquibacoa* eran la nueva riqueza, tanto como luego las esmeraldas de *Muzo* y *Somochoco* en el Nuevo Reino de Granada. Para nosotros era una cosecha de nueva opulencia que debíamos proteger de ratas y piratas, por lo que en el sitio donde se abrían las madreperlas todos debían andar desnudos y resignados a ser esculcados con palillos por el gaxnate y por el culo y entre la concha de las indias. Y a quien se entrase sin permiso en la pesca le tiraban a matar, porque aquí sí valían arcabuces, y culebrinas y lombardas emplazadas en promontorios listas a hundir cualquier nave, de *piragua* a galeón, que se acercase más de la cuenta; todo con apego a la cédula real salida por fuerza de

la consorte de don Carlos, echando bases para el control «destas riquezas que produce la mar y tierra de las Indias, nuestras para gozo desta monarquía por merced y liberalidad de Dios, que son de grande estimación la pesquería y abundancia de las perlas que en varias partes se han hallado y por tanto ordenamos y mandamos, que en descubriendo nuevos ostrales, se dé cuenta al gobernador de la tierra en cuyo distrito estuvieren, procurando que en sitio cercano haya agua potable y abundante leña, y en él se haga ranchería, trazándola como estén los españoles, indios y negros bien acomodados y no divididos a la larga distancia, porque en cualquier accidente se puedan socorrer y para abrigo de las embarcaciones elegirán el puerto que esté cerca del desembarcadero y que no se pague nada en perlas, que las perlas y las conchas se traigan vía recta a la casa destinada para abrirlas, que los que han de abrir las conchas en el aposento destinado para ello, entren desnudos y los oficiales reales estén presentes». Como ninguna prevención era exagerada para dar satisfacción a la vanidad de doña Isabel y a la hacienda de don Carlos, el factor Sanmartín hizo acomodar los indios con cepos por los pies para dormir, de donde sacaban llagas que les escocía la salazón, hasta sacarles los ánimos que tan solo revivía el látigo, y por ello se abandonaban en la mar a dejarse ahogar para tener por fin sosiego. Esta parafernalia amargó a Angélica e hizo que dejara de pavonearse con su paba y me pidió que «me la guardéis sin perderla, porque esta fue lograda en retozo, sin dolor ni sangre».

Los berberechos y los indios se extinguían con rapidez, y en busca de ambos relevos nos íbamos resbalando hacia el poniente, metiéndonos más en patio ajeno. La tierra que ostentaba perlas en el fondo de sus litorales era en extremo seca y estéril, que ni para moros servía. Y a los indios de por allí no había cómo echarles mano, por evasivos y nunca dar la cara; con aquellos no se pudo concertar la paz y, sin tener

labranzas, no había cómo recabarles tributo. Lo único era darles caza para atarlos del pescuezo y meterlos a bajar por las perlas. Y estando en esto por los carrizales de *Auyama*, salimos mal librados en un intento de redada: un capitán chaquetón volvió con una flecha por un ojo que, parece, le tocó los sesos porque quedó tieso del lado izquierdo. Y cuando fue en venganza y escarmiento, otro capitán de los nuevos, un tal San Martín, le mataron sus soldados y varios indios de los de poner por delante, y de él no se supo hasta que, dos días después, encontramos unos despojos carbonizados en hoguera, en los que algunos creyeron ver una pierna asada con todo y borceguí, más algotras sobras del festín, que conjeturaron ser del capitán y de otros dos puestos a las brasas, mas nunca bien se supo por haberles calcinado y desmenuzado las cabezas.

Como las perlas no son fruta de cosecha que se repite por estaciones, sino que abierto el ostión no hay cómo vuelva a producir, lo único por hacer es barrer los frontones antes de que otro lo haga, como limpiaron los de Ampués las riberas de *Coriana* que después fueron nuestras. Y entre el acoso de ir faenando mientras nos atacaban los *guajiros*, nos fuimos yendo más hacia Santa Marta, hasta dar en la boca de un gran río que, por oír nombrarle *Calancale* y suponer que era alguno que bajaba de la provincia de *Xeribacoa*, no atinamos a saber que era el mismo *Macomite* y le nombramos Del Hacha, por haber Federmann regalado una a un indio que nos señaló unos aljibes de agua fresca.

Más por levantar un palenque para defendernos de flechas y poder arrancar las perlas que por allí parecía haber hartas, nunca por «cumplir las instrucciones de D'spira de levantar el fuerte en lugar de buenos vientos», asumiendo el conflicto de ser considerada invasión de afrenta a los de Santa Marta, Federmann y sus capitanes determinaron fundar en el desierto una ranchería puesta bajo el amparo de la Señora

cuyo nombre se invocaba aquel cinco de agosto, del año de mil quinientos treinta y seis. Por andar en patio ajeno, no mediaron ceremonias formales, ni inscripción en acta de aquel nombre tan largo de «Ciudad de Nuestra Señora de las Nieves del Río de La Hacha», que fue lo único grande que tuvo durante poco más de un año, hasta cuando, idos nosotros, vinieron otros desde *Cubagua* con sus *canoas* repletas de indios buceadores a repelar las perlas, y ocuparon los ranchos abandonados desde donde creyeron ser brujería divisar el fulgor de las nieves perpetuas de las montañas de Santa Marta mientras el sol les derretía la humanidad, y dejaron los ranchos al amparo de la misma santa pero bajo la advocación de la de los Remedios, para más borrar el paso de los de Venezuela, como igual se borró el dellos y hoy nadie conoce este puerto de sal y fantasmas como *Calancale* ni *Macomite*, ni de Nuestra Señora de las Nieves ni de los Remedios, sino como el atracadero de Riohacha.

Los alemanes siempre tuvieron mala espalda en lo de la fundación de ciudades, tal vez por su poco empeño. El irrevocable compromiso de los Welser de levantar un pueblo permanente en la punta de la *Guajira*, quedó delegado en últimas en el capitán Diego Núñez, quien le buscó emplazamiento por la serranía de *Macuira*, pero fue echado con sus sesenta soldados por unos encabritados, «que nada tenían para un diente y de no salir rápido hubiésemos terminado en *barbacoa*», justificó ante Federmann y demás capitanes, que llegaron al consenso de «no considerar el reparto de encomiendas en tierras tan sufridas y con bárbaros tan indómitos, sino después de su acabamiento y extirpación, de manera que no quede en la tierra ninguno dellos, porque no habrá en tiempo alguno seguridad con ellos, así pasen los siglos». También sentaron para los Welser que «en toda la costa entre el cabo de la Vela y el río de la Hacha, no hay piedra del tamaño de un puño para levantar

casa o factoría duraderas, ni agua fija en parte alguna, lo cual fue motivo para que los más de la armada alemana penaran por sed y de hambre, sin poder cumplir las instrucciones, sin poder poner en coyundas los indios, ni en sujeción de tributos, por la causa es ser la tierra pobre de oro y cualesquiera otras riquezas», evadiendo mencionar las perlas, en razón de haberla ya dejado limpia de aquellas.

La suerte nos volvió en el ancón de los *amaracarotos*, en la boca del río de la Hacha, de donde sacamos tantos rostrillos, aljófares y margaritas como de las aguas de los *guanebucanes*, a más no poder, hasta dejar casi todos los indios reventados, desbaratados los rastrillos y desdentados los garfios. Suerte puesta del lado de quienes embaularon los millares de perlas, y asentaron ser pocas, avaluadas allí, en promedio, a treinta y ocho maravedíes, siendo que después en Europa las trataron de a fortuna por cada una. Buena ventura para todos, menos para quienes cargaron los pesados cofres, donde parecían espumas de un hervor en marmita sellada, como maravillosa alquimia de la mar.

Puesto que no habría reparto de aquella cosecha y del oro nada habíamos logrado, a cada uno de nosotros nos cruzaron una borona del botín, subvaluada, con la parte de los cargos del común, sobrevalorado a capricho sobre lo que hubiere valido en *Coro*. Nos quedó la suerte de salir con vida a quienes la salvamos y así los rasos resultamos tan pobres como cuando entramos, en todo caso mucho mejor que a varios capitanes que, luego de embolsar algunas pepillas, confiaron su envío en una nave mercante que pasó y después de hacer escala en la Hispañola, nunca se supo si se fueron a pique al fondo de la mar, o cayeron en manos de piratas y corsarios y ahora lucen en los corpiños de daifas animosas, o estarán de nuevo encofradas por las de consolatorias de los burdeles y mancebías porteñas, o hechas sertas por los judíos de los bazares de emperifollar cortesanías desbragadas.

Agotados los lances del arrastre de las perlas, Federmann me preguntó:

—Francisco, si en la busca con el capitán Venegas no pudisteis dar con el botín enterrado, acaso por caminar en sentido contrario, ¿creéis posible partir de donde micer Ambrosio lo entregó a Gascaña y seguir los pasos por donde se apartaron?... porque habrá siluetas del paisaje que no se os habrán borrado, quizá hasta señas de osamentas, de armas herrumbradas...

—Aunque algunos trayectos llanos fueron hechos por ciénagas muy similares, hasta cruzar la cordillera no tengo duda, excelencia, porque confundo más el perfil de las personas que el de las montañas. Pero en el descenso la selva siempre estuvo sobre nuestras cabezas, y nada gescolgó nuestros pasos que no fuera la demencia por el hambre y la fatiga, puesto que la orden fue no seguir por los caminos para despiste de quienes suponíamos venían pisándonos los talones a recuperar lo que les confiscamos.

—En los cerros, los ríos no cambian sus cañadas.

—Pero con tan solo equivocar un nacimiento, y son incontables los que allí saltan, perderíamos el sesgo y pereceríamos uno a uno como terminó la gente de Gascaña, siendo que ahora venimos más diezmados, menos aperados, sin indios de servicio e igual de malcomidos.

—Siempre os arropáis con razones —concluyó y se quedó pensativo.

Luego juntó los capitanes y los soldados que estuvieron en aquella jornada de los *pacabuyes* y continuaron hasta alcanzar a otear el cañón del *Chicamocha*, entre quienes estaba Pedro de Aranda, que para esto le había liberado de la cárcel de *Coro*, y Diego Mesa y Juan Ramírez; con palabras suaves les preguntó si admitían que por la misma derrota podrían colectar el oro de las provincias no escarbadadas en aquel entonces y si veían hacedero pasar adelante de donde se habían

detenido, para dar con *Xérira* y luego salirle al encuentro con D'spira, como tenía acordado. Aunque cansados de tantas durezas del viaje y aún teniendo presentes los compañeros descabezados cerca de las profundidades del *Chicamocha*, le respondieron que estaba en lo cierto, que por allí sentían resplandecer lo que no brilló en la *Guajira*, y que dello muy poco había sido pillado.

Después inquirió a los capitanes y estos se mostraron de acuerdo en meternos por el valle del *Upari*, lo más pegados posible al pie de la cordillera. Federmann se lo hizo repetir como petición de cada uno, porque no quería que luego dijeran que había obligado a los españoles a hollar por entre gobernación ajena.

Dejamos la mar a nuestras espaldas al meternos por los valles de *Xeribacoa* para dejar atrás los flecheros pendencieros, desatinando de una parte a otra, ora en busca de agua, ora de frutos y refresco para los enfermos llevados en *quando* por acosados desas fiebres y curseras que se ensañan siempre en los más chapetones. Apenas arrimamos por el río *Urina* dimos con una pequeña tropa desmirriada, igual de padecida y trastornada, que venía en nuestra busca: era el capitán Juan de Rivera con menos de cuarenta soldados, a quienes los *chimilas* les cortaron el paso y venían en busca del alemán, a pedirle que les fletara algún navío que tuviere por allí, para retornar por mar a Santa Marta. Mas como les dijera que los había vuelto a la Hispañola —y en caso de que los tuviere no podía confesar sus faenas en mar ajena— terminó convenciendo al capitán de que, así no tuviéremos más que hambre para compartir, se metiere bajo nuestra bandera con varios de sus soldados mal heridos y enfermos, por fuerza de las circunstancias y sin que hubiere imposición ni resistencia en ninguna de las partes, como lo hizo constar don Nicolás en acta, por presentir que, habidas las nuevas normativas, le

podría estar zumbando cerca otro juicio de residencia, con destierro incluido, «y a un perro no lo capan dos veces».

Algotros de aquellos soldados vieron con vergüenza que su comandante y otros, más por culiprontos que por aquejados en verdad, se pasaran al rival de su gobernador, justo al que deberían poner tras la raya. A media voz revelaron haber mediado promesas secretas, en las que Federmann era maestro, con lo cual comenzaron a mover los ánimos hasta el punto que varios nuestros, decepcionados por no ver visto perlas sino mover números en el reparto, pensaron fugarse con los enojados a Santa Marta. Descubiertos dos de los de pecho más inflado, Fernán López y García Cabezón, fueron colgados por mamó del alcalde Bartolomé Zarco, acatando la orden de Federmann, voceada en bando para que «a primero de julio, sean ahorcados de la garganta con una soga, tan alto del suelo que reciban muerte natural, por amotinadores del campo y querer alzarse con cierta gente que inducían a ello», castigo que hubiere parecido más justo y menos sucio si Federmann no confisca y se apropia de las nimias pertenencias de aquellos desdichados. También fueron condenados «a que por revoltosos durante un año corten los caminos y los abran», Diego de Aranda, Pedro de Angulo, Antonio de Palma, Alonso Martín de Quexada, Juan de Reyes Lozano, Alonso Abueros (o Abú-Heros), Pedro Vizcaíno, un tal Hortano y Diego Ortiz, mi gran camarada durante, años después, en la invasión a *Guanentá*, los dominios de los *guanés*, que aún hoy no hemos podido someter.

Temiendo una desertión, Antonio Chávez, de cuenta propia, por tener los hígados ensopados en hiel, le recetó azotes al soldado Oviedo y como este le espetase que «A un español se le mata, mas nunca se le ultraja delante de los suyos, ¡Hideputa!», le contestó que «Si vos queréis que no os afrente, debéismelo rogar con la pasión de la Chupetona, la mayor bagasa de

la mancebía de *Coro*», a lo cual, el De Oviedo le devolvió que «No lo haría, ni con los de los revolcones de vuestra puta madre con el cerdo que os engendró», descompostura que le valió para quedar su espalda en carnes vivas y alcanzó para otros tres, a quienes para sacarles lo del complot, les ató con cordeles de los compañeros y, después que los tuvieron hinchados y morados, redobló en ellos con dos varas delgadas. Tres meses después, dio muerte por garrote vil a Antonio de Olano por insistir en devolverse a Santa Marta, alegando estar avecindado allá desde hacía más de diez años y ser encomendero de un reparto de indios. Igual pasó a «mejor vida» —que es como algunos bardos tolondros llaman las «tinieblas del olvido»— al soldado caballerizo de Federmann, Alonso de Casimires, por pedir regresar a *Coro* por motivos similares. A tres que alcanzaron a huirse, Miranda, Angulo y Gaspar Ruiz, los cazó como a indios y los trajo hasta el campamento en cadenas, donde por tres días con sus noches los puso en calabozo dentro de un hoyo. Para todos tenía surtido de penas: a uno que olvidó en el camino una espada recuperada por el Chávez de alguno de los ejecutados, le hizo meter la mano debajo de su bota en el estribo y, poniendo espuelas y chicote al caballo, lo llevó a rastras por cascajales. Al Alonso de Maldonado le llenó de excoriaciones la espalda con pencas de tunas, por haber rescatado con los indios cuatro mochilillas de sal, una de las cuales hizo restregarle sobre las mataduras. Hizo darles varas por los pies a Pero Alonso, a un Porras y a otros dos por quejarse de ir sin alpargatas por sobre piso tan caliente.

«El Diablo se ha valido de hispanos sanguinarios y despiadados como este Chávez, o el Ponce de León y el Pedrarias, a quienes por demás les encabritó la arrechera con las indias y a estas la preñadera, para cruzar sangres amargas de entrañas biliosas y no dejar despoblar estas tierras de la maldad que cultivó durante siglos en la oscuridad», filosofaba desde

el púlpito doctrinero muchos años después un fray Vicente viejo y un tanto deschavetado, cuando las felonías andaban por cuenta de mestizos amargados. Yo creo que, asimismo, el Chávez trataba de mostrarme cuántos tormentos podría ahorrarme de si le señalaba dónde quedó sepultado aquel tesoro protervo.

Tanta barbarie contra la gente del Rivera y este sin poder soliviantarse, sin más decir que «los españoles no conocemos qué es misericordia: ni la pedimos ni la concedemos». Todo ante los ojos y oídos endurecidos del factor de su Majestad que solo reseñaba quiénes habrían de testimoniar en un futuro juicio de residencia. Tanto escarnio en la nariz de Ferdemann, y él como lelo sin ver ni oír, como cuando uno de los enfermos no pudiendo seguir el paso de la tropa, le rogó «¡Por amor a Dios!, no permitir que le dejaren allí botado», y él le contestó: «Esforzaos como podáis, porque no habré de cargaros»; por lo que, después de un día de ir arrastrándose detrás de nosotros, apeé a la negra y me devolví para traerlo en ancas al campo donde tomamos respiro, donde el gallego aguantó a morir hasta después de poder mirar con todo su odio al general, con tanto, que después no pudimos cerrarle los ojos y, por quedar así, nadie quiso enterrarlo porque no parecía muerto sino tieso de ira y así lo dejamos a merced un ejército de hormigas rojas que le blanquearon los huesos que aún siguen alumbrando las noches al pie de la cuchilla *Boronata*, en la provincia de los *bobures*.

No obstante tanta amonestación para los descontentos y vigilancia para que nadie se fuese a fugar, seis se escurrieron hacia el piedemonte de las montañas nevadas, tratando de perder su rastro por entre caños y ríos. Después de varios días de andar buscándolos el capitán Rivera con los mejores de a caballo, volvió a urgirnos a que siguiésemos, por creer que ya los prófugos estarían cerca de llegar a donde don Pedro Fernández

de Lugo, el recién posesionado gobernador de Santa Marta, y con ello, a Rivera y a varios de los suyos les peligraba el cuello, al capitán por hacha y a los demás por sogas o por cueros retorcidos, que era apenas lo justo por el grueso de su traición.

Hacía poco se había roto el marasmo en la bahía turquesa con el arribo de un ejército de mil doscientos soldados, recabados por el gobernador y adelantado Fernández de Lugo para, bajo el mando del licenciado Ximénez de Quesada, meter su conquista por el *Yuma* arriba en busca del *Pirú*. Don Pedro redactó una esquila comedida, aunque firme, conminando a Federmann «para que desocupase donde se había pasado e hiciese buena vecindad». La puso en manos de su hijo Alonso Luis de Lugo —el mismo que poco después habría de saquear a su padre todo el oro recién colectado— para que con el grueso del regimiento fresco saliese a cortarnos el paso, con orden de usar las armas si fuese necesario y tomar preso al alemán. Nos cercaron cuando íbamos penetrando en el valle del *Upari* y ante el argumento de tantas armas filosas en manos de gentes bien comidas y aperadas, no hubo alternativa para quienes marchábamos un tanto a lo loco por la provincia de los *guanaos*.

Sin correr una gota de sangre y sin siquiera levantar polvareda, Federmann sacó su habilidad negociadora y ganó tres dividendos: el primero, le salvó el cuero a Rivera y demás desertores, a quienes entonces hartos les dolió habérsenos pegado. El segundo, consiguió que don Alonso Luis no aceptase en sus filas el paso de varios venezolanos deslumbrados por tanta tropa tan bien dispuesta, la cual auguraba más reparto, menos deudas. Y el último, no menos ganancioso, haber quedado enterados de las intenciones de los Lugo y del licenciado Ximénez.

Federmann ordenó volver las caras en dirección de *Maracaibo*, porque no quería entrar en *Coro* sin sus prevenciones para la buena cuenta de sus perlas, ni antes saber si le habían llegado sus provisiones de gobernador y si ya le habían montado

un proceso de residencia, ahora con testigos fermentados por el desmadre de Chávez con la tropa, que por lo del repelo y vilipendio de los indios, aunque alguien protestara, a nadie se penaba.

Desandamos de vuelta hacia la laguna con la gente dividida por diferentes laderas para mejor podernos sustentar. Un grupo, por ir su caudillo muy dolido, se enfrascó en andar de un lado a otro sin encontrar lo de yantar y se fueron quedando algunos como cadáveres embalsamados y otros perdidos en busca de agua sana, de cogollos y raíces.

Al los del grueso que íbamos con micer Nicolás nos favoreció dar con unas sementeras de *maíz*, que brilló más que el oro para algunos, no para todos, porque el general tomó la mayor parte para sí y sus más allegados, para sus caballos, y otra buena porción la hizo moler en piedra por sus indias, para hacer bollos de avío para lo de por delante del camino, por lo que, dentre los que no alcanzaron a más de un puñado, salió bufidos de «mal rayo parta al que mal parte los repartos, cerdo carroñero, hijo de la arpia Valquiria y Belcebú», a lo cual no prestó oídos aunque bien oyó, dizque porque nunca reparaba en blasfemias ni maldiciones, pero sí recordó las voces en los siguientes repartos.

Mejor suerte les cupo a quienes iban con Pedro de Limpias por donde nombraron los «Brazos de *Xérira*», no obstante nunca haberle podido ver cara al anhelado reino del que solo sabíamos que relumbraba muy lejos hacia el sur, por haber encontrado en el camino bajo un palmo de tierra, una buena cantidad de granos de oro que tomaron como especie de anuncio de aquel Dorado, luego de fundidos en *Maracaibo*, con algunas más pulseras y brazaletes, y declararon pesar doscientos dieciocho pesos finos, los primeros marcados con la letra W «como moneda de la gobernación, para alentar a los soldados desta conquista», según dijo Federmann sin ordenar requisa de las bolsas para no recalentar su mal reparto de esferillas.

Y como los de Limpias hicieran pacto de silencio y acordaran despistes dando muchas vueltas y rodeos antes de salir a la laguna, por más que él mismo y otros capitanes volvieron luego a buscar las minas y nunca más las hallaron, tan solo quedó la fama del «Cruce de Brazos de *Xérira*».

Reunidas las diferentes escuadras en *Maracaibo*, la baja de cristianos sumó un ciento redondo, más que todo por agotamiento y enfermedades. En los cuadernos de los Welser, Federmann volvió los caídos cifras contables y, tras tapar las deudas de los desaparecidos con las reservas previstas antes de la partida, ajustó a su antojo las del común, que, por seguir endeudados, nadie quiso saber el peso de su carga. Yo hice otro balance: totalicé los muertos, sumando los nuestros con cerca de quinientos naturales obligados en nuestras filas, más el millar de cuantos nos hicieron frente, para con esta cifra de vidas dividir la cosecha y así hallar el costo de una vida en unidades perladas, cuenta que no quiero consignar aquí, para no hacer sentir el abrazo helado de la muerte en los cuellos ornados de majestades y princesas, de marquesas y condesas, de amantes fidelizadas con más de una vuelta collera perlada; avalúo macabro que también valdría hacerle a la joyería de esmeraldas arrancadas del Nuevo Reino de Granada, cuenta más lúgubre si las joyas se arropan con estolas de zorros, martas y armiños desollados.

Estando por la boca del lago, tratando de pescar lo que se enredase en las redes o en las flechas arponadas, ya que todo lo del agua era bendito para recomponer a tanto zancarrón, por entre la reverberación de los arenales se me aparecieron como flotando dos siluetas que parecían ser de frailes desgarnecidos y punzados, aunque con porte de cruzados por lo altivos y bien armados. Después de tomar reposo bajo sombra y beber una horchata de frutas de mi calabaza, inquirieron si estaban cerca de *Maracaibo* y me pidieron les presentase

ante el superior al mando. En el camino nada relataron de su odisea y, como también soy precavido, solo les solté estar micer Nicolás de general. «A él buscamos», dijeron a una.

Se entrevistaron en privado por un par de horas y después Federmann pidió mi presencia para anotar los pormenores interesantes para el propósito desta crónica. Él mismo los introdujo extendiendo hacia sus personas los brazos en señal de acogimiento:

—Estos esforzados castellanos, don Luis Lanhero y su camarada Juan de Castro, son experimentados militares llegados a nuestras filas gracias al amparo muy secreto de los franciscanos recoletos en el monasterio de *Cubagua*, en la vecina provincia hacia el naciente.

—Hace dos años largos —comenzó don Luis—, llegué a las Indias con más de ciento treinta hombres en la nave mejor aderezada, proveída y artillada, capitaneando la armada del gobernador de *Paria*, Jerónimo de Ortal, fortalecida con soldados experimentados, con cirujanos, médicos, boticarios y religiosos, dispuestos todos a la busca de la ciudad dorada del *Meta* por el *Orinoco* arriba, en bergantines y gabarras de remos, naves que seleccioné y contraté en la Hispañola, y aporté, haciendo escala por la isla de *Cubagua*, en el golfo de *Paria*.

—Se daba por sentado que don Luis sería el teniente del gobernador en la dichosa expedición —terció el de Castro—, pero mientras el capitán recogía y traía las naves, Ortal nombró como tal a un Alonso Herrera de manera inesperada para todos, en especial para quienes sabemos de la trayectoria y capacidades de mi amigo.

—Que no son pocas —interrumpió micer Nicolás—, porque bien ha servido a nuestra Majestad en Italia y en Hungría, y en Viena como capitán de la guardia de don Carlos V, y como tal se lució en lo del Saco de Roma con el general Borbón.

—¿En lo del Saco de Roma? —pregunté, estremecido en mi interior al recordar el hito que me evocaba el enredo que me puso a rodar en estas conquistas.

—El mismo —continuó Federmann—, donde ganó el favor de la Iglesia por haber guardado en la casa del piadoso Luis Beltrán las reliquias más preciadas por los cardenales. En agradecimiento le dieron el Cristo de oro que aún lleva en su escote para que, sabiendo estar bendito por el Papa, nadie se atreva a tocarlo sin riesgo de excomunión, como fue su más reciente gracia de sacarles por las puertas de la prisión y meterles por las del convento de *Cubagua*.

—Que de no ser por aquellos franciscanos estaríamos en galeras hacia España —volvió a intervenir don Juan—. Porque si bien don Luis y este servidor usamos barba larga, nunca se nos enredan pelos en la lengua, y al De Ortal le dejamos clara nuestra inconformidad por el desatino con Herrera y, por haberlo dicho a la luz del día, nos puso presos como a rebeldes y nos envió esposados a la isla. Mas, yendo en alta mar, nos quejamos de la incomodidad y nos quitaron los fierros, y don Luis les echó mano y los arrojó por la borda, que es por donde nos hubiesen arrojado a ambos, si no es por la mediación de Rodrigo de Niebla, quien para calmar los ánimos se responsabilizó de ponernos *cabuyas* fuertes y meternos en la cárcel de *Cubagua*, como lo hizo. Y allí estuviéremos pudriéndonos o camino del Viejo Mundo, si no es porque los frailes reconocieron en el Cristo milagroso el pasaporte con que la nuestra Madre Iglesia ampara en cualquier tiempo y lugar, y por ellos nos llegamos hasta esta vuestra gobernación de Venezuela.

En pocos días se repuso Lanchero, con quien varios años después me hallé hombro a hombro en la brega de los *guanés* y de los *muzos*, donde ganó fama, renombre y tierras. Federmann lo invitó a su mesa varias veces, para sonsacarle noticias

y cálculos de la derrota de Ordás por el *Orinoco*. Después de una desas cenas, estando apartados, me atreví a preguntarle:

—Dentre tantas reliquias de santos que habéis protegido, dentre tantos relicarios como debió de haber conteniendo cabellos, jironcillos de hábitos, dedos disecados, dientes y uñas, y hasta cofres con extremidades embalsamadas, todos objetos de veneración porque cada uno dellos posee el mérito de preservar o sanar algo en particular, ¿alguien guardó alguno en especial para encomendar a su familia y amigos?

—Por la misma devoción, quedaron todos donde antes estaban, acaso uno que otro en manos de quienes pagaron una fortuna a los comerciantes de la fe, mas yo no soy de aquellos.

—Disculpadme vuesa merced, que no quise hacer alusión personal alguna. Pero, si se reconoce aquella jornada como el Saco de Roma, es porque grande lo hubo en la ciudad sagrada, según dan razón algunos a cuyos palacios fueron a parar exquisitas obras de arte, joyerías y artilugios de labor diferente a la castellana, para sus esposas y queridas, o algunos ingenios exóticos, ajenos a nuestras usanzas.

—¿Conocéis alguno en particular, o tenéis alguna curiosidad embuchada?

—Tan solo sobre uno de esos tormentos llamados cinturones de castidad, que dio para que un conocido del pueblo me relatara florituras picantes.

—Conocido que además debe ser pariente, porque hay algo en vuestra catadura que me recuerda a un mozo de cierta Ferrería, que anduvo recomponiendo el cerrojo de uno que algún Conde celoso compró a uno de mis soldados para quitarle la herrumbre. Curioso es este mundo que, con ser redondo, uno puede avanzar en cualquier dirección y, si no se desvía en hacerle un quiebre, vuelve a dar al mismo punto.

—Cierto es, señor capitán, pero, con ser tan dilatado, los sucesos de atrás van quedando en la sombra de la espalda, con

más veras aquí, donde la vida va tan de prisa que no alcanza sino para entrever lo de un día por delante y los recuerdos del que acaba de pasar.

—Cierto es, señor escribano, que los recuerdos son para los viejos, para atarlos antes de morir y llevarse el atado debajo de la tierra, porque eso es morir: enterrar los recuerdos.

Por entonces vino lo de despoblar la ranchería del lago, mientras el Federmann esperaba noticias de su nombramiento. Para algo suplir a *Coro*, echó forzados por adelante a los indios *churana*, aquellos que antes fueran sostén de los colonos de *Maracaibo*. Después a cuanto nativo quedaba al rededor y por el camino. Dura tarea fue desenterrar el bergantín y las *canoas* que comandaba Diego Martínez, quemados por este al creer que de la perlería saldría rico para su patria. Pero en el reparto solo logró cuarenta pesos marcados y la oferta de un puñado de esclavos, con que tan solo sumarían lo de llevarlo de vuelta a su casa, arruinado después de un par de jolgorios y jugarretas esperando cupo en Santo Domingo, por lo cual rogó al teniente general le dejase seguir probando suerte en las Indias. A falta de carpinteros, buenos son herreros. Metí el brazo a remediar y aderezar, como mejor se pudo, las obras muertas salvadas de la quema por estar dentro del agua, hasta dejar flotando dos pontones de fuerza a solo remos, que bien sirvieron para pasarnos a todos al otro lado de la boca.

Y así dejamos abandonada la puerta del poniente en la gobernación alemana, territorio que tanto costó poder declararlo conquistado, mas tan solo habíamos arrasado y despoblado, como si hubiesen vuelto esas nubes de langostas, las *sutauigua-sugua* rememoradas por los sacerdotes *guanés*, las que azolaron los remotos imperios ancestrales de *Guata*, desde *Teotiguacán*, donde el sol vivifica a los *aztecas*, hasta *Tiguanaco*, donde la misma divinidad conforta los *aimaras*.

CAPÍTULO XX

DEL DESESPERO EN EL RUEDO DE *CORO*,

por seguir penando Federmann por su nombramiento y los demás por hambre, frustración y abulia nos metimos en tropelías y, por no dar cara a la justicia, nos apartamos de la villa y escurrimos el paso a las llanuras, donde faltos de provisiones y sin estima alguna, tan solo fuimos salvados por algunos portentos del Cielo

Pocas semanas en *Coro* le bastaron a micer Nicolás para advertirse de cuanto cocinaban los moradores en su contra. Francisco Venegas había sucumbido al desbarate de tripas en los comienzos del año y en su reemplazo ejercía el mando Pedro de Cuevas, uno de los más amargados contra los Welser por estar empeñado, o mejor, despeñado por las deudas, sin recibir abastos ni auxilios de la factoría ni de la Corona.

Aún cuatro años más tarde, cuando micer Nicolás retornó a España en compañía del capitán Sebastián Moyano de Belalcázar y del licenciado Ximénez de Quezada a dar relación y dirimir el pleito por la jurisdicción del Nuevo Reino de Granada, no cejó su cabildeo para regresar a la conquista con el título de gobernador, del que solo había tenido promesas y anuncios, sin que la investidura jamás llegare a sus manos, estorbada primero por sus patrones y después por los adversos en la Hispañola, como lo sustentó el mismo Federmann en extensos folios desplegados ante el Rey, tercería de por medio

de don Alonso de San Juan, buscando sacar doble tajada en la «Rendición de testimonio y cuenta de lo administrado en la Venezuela», acatando al pedimento de Bartolomé Welser, desde la cárcel de Gante donde estaba detenido por motivos que señalaré adelante para no enredar el hilo del relato. Federmann comenzó su alegato aseverando que «con los Welser no me concerté, porque usando ellos mal de la merced que de Vuestra Majestad tienen y dándole falso entendimiento, quíerrenme arrendar la gobernación y obligarme a cosas de interés suyo, en gran deservicio de Vuestra Majestad y grave daño en la hacienda de los pobladores y conquistadores de ella, lo cual, once años ha, ha redundado en notable usurpación y perjuicio de las rentas y haciendas reales, que montan más de doscientos mil ducados, como de ello daré a Vuestra Majestad amplia información. Y porque no quise en esta cautelosa forma concertar con ellos y dije que informaría de ello a Vuestra Majestad y a su Real Consejo, para que de lo pasado haya restitución y en lo por venir remedio, en la mañana siguiente, arrebatadamente y en la cama, me hicieron aprender ante juez desta villa de Gante, habiendo alcalde de Corte y siendo yo criado de Vuestra Majestad, y esto solo a cautela para prevenir su daño y la utilidad de la real hacienda y para atar que no venga noticia de Vuestra Majestad y ni se trate ante vuestro Real Consejo de Indias donde pende el remedio».

Y así no parezca ser cierto todo esto, algo debió serlo, porque tanto no se le miente a don Carlos. Cierto fue que Federmann firmó un convenio inicial con varios añadidos, tal como lo consignó hacia el final de su alegato: «Acuerdo nuestro que los Welser en el año treinta y tres presentaron ante dicho Consejo en alemán, cuya lengua nadie entendió y fue necesario trasladarlo al latín... y después en el año treinta y cuatro, por fallecimiento de Ambrosius Ehinger von Thalfinger, suplicaron los Welser a Vuestra Majestad fuese

servido ponerme en su lugar; lo cual Vuestra Majestad concedió. Entonces expiró el dicho contrato, porque no podía, habiendo jurado al servicio de Vuestra Majestad ejecución de su real justicia y conservación y perpetuación de la tierra y de los naturales de ella, obligarme y ser obligado a propio interés de los Welser, que es el derecho oposito y repugnante y contrario... Pero, por cuanto yo no había hecho residencia, habiendo sido en el año treinta teniente de gobernador por Ambrosius von Thalfingen, a cuya causa no podía ser proveído... el Consejo revocó las provisiones y proveyeron en mi defecto a Jorge von Spira y me fue mandado fuese a Santo Domingo a donde ante el licenciado Vadillo, hice probanza y di información de mis servicios a su Majestad en Venezuela en tiempo que fui teniente de gobernador por el dicho Thalfingen... y visto esto en vuestro Real Consejo, fui proveído por gobernador y Von Spira revocado... porque convendría al servicio de Vuestra Majestad que fuese a Venezuela a dar favor y ayuda a don Jorge, por ser nuevo en la tierra y sin experiencia en cosas de Indias... Los Welser, habiendo las provisiones por las cuales Vuestra Majestad me había tornado a proveer en la gobernación, no me las quisieron enviar, sin que primero me obligase particularmente con ellos y ratificado el primer contrato del año treinta y tres ya expirado. Y puesto caso que yo bien veía que no había lugar, ni yo lo podía hacer... les envié el contrato que pidieron».

Rubricó el dicho contrato con la ilusión de que, tras haber tenido que tragarse varias cláusulas adversas, le enviaran sus provisiones, las cuales ya deberían estar entrado en *Coro* si no es porque las retiene en Santo Domingo el nuevo factor de los Welser, el milanés Pietro Giacomo Gazio, más conocido como Pedro Jácome, por petición aunada entre oficiales reales y el cabildo de *Coro*, opuestos a su pregón «por ser hombre tan cruel y odioso para todos los que aquí estamos».

El cabildo había exigido que, antes de admitir en el oficio al alemán, primero le «ajustaran residencia y que luego esta fuese conocida en el Consejo de Indias». Federmann nunca se percató de que su nombramiento ya estaba en *Coro*, dentro de un cofre sellado con papeles secretos del factor, abierto a la luz después de la muerte de Jácome, cuando ya nos encontrábamos trastornando muy lejos por el sur. Y la desafortunada provisión volvió a la maraña de los Archivos de Indias, más intrincados y enrevesados que la maraña destas selvas.

La hostilidad de los vecinos de *Coro* era comprensible. Bastaba recordar cómo habían quedado desvalidos y desarraigados con la salida de las expediciones al *Meta* y la *Guajira*, que los extranjeros solo apuntaban a la busca de riquezas, con ostensible desgana por asentar la conquista. Más exasperados estaban ahora por compartir su ayuno con medio centenar de enfermos vueltos desnudos desde *Coatiba*, desmandados por no poder seguir marchando con D'spira, reaparecidos a engrosar desesperos con otros tantos vueltos en igual condición del cabo de la Vela, además de todos los exangües recogidos en *Mara-caibo*, convirtiendo a *Coro* en un coro de lamentos y maldiciones, un moridero de cincuenta *bohíos* pestilentes, donde el trabajo del barbero era solo sellar las heridas con fierro al rojo, después de sacar con pluma los gusanos y dejar la supuración por vía natural; donde de haber boticario nada podría sin acíbar, almácigas ni vermífugos para las barrigas infladas de parásitos, sin trementinas pulverizadas con iris para provocar la orina y aliviar las picaduras ponzoñosas, sin hongo agárico ni cañafístulas para los tuberculosos, ni jaborandi para las modorras pestilentes, ni romero ni laurel ni dátiles para las toses, sin nada para los males de piedra o de gota, menos almendras negras y digestivos para recuperar a los dolidos; sin indios amistados que les ayudaran con su ciencia, ni tan siquiera las manos de las indias para despiojarles y ensartar las *niguas* y los *nuches* con espinas.

Harto les mortificó no haber visto las perlas, sino los cofres sellados: uno con las apartadas para la Reina, otro con la quintada del Rey y cinco que el general y sus capitanes, en concierto, decían en voz alta a los vecinos «estar casi vacíos y ser del común para reponer la tropa», mientras en voz baja los mismos capitanes repetían a sus soldados «estar llenos», para que no se desbandaran con la azuzadera de los de Santa Marta, arrepentidos de dónde habían caído, diciendo con la desazón de sus caras lo que nunca se atrevieron con palabras. Y más se tensaban las cuerdas porque más les apretaban las clavijas, a todos, incluso al entonces regidor de la ciudad, don Juan Melo de Cuaresma, encadenado con su compinche Bartolomé Rodríguez cuando los descubrieron conspirando para desertar, por olerse lo que a todos nos cernía encima.

Como las tropas no digieren perlas ni engordan con disimulos, había que buscar lo de yantar y nadie mejor en ello que los hombres de Pedro de Limpias, el del apellido que algunos creían remoquete tomado de las tantas sisas y escamoteos hechos por *Paraguaná* y demás provincias vecinas. Y puestos en ello, no lograron recaudo de cosechas porque los indios habían resuelto a no volver a desbrozar y quemar terrenos para labranzas, sino que se sustentaban de lo que sembraban entre los montes sin beneficio de riegos, o de poca cosa hecha para madurar sino de recoger dentre espinos. Entonces, por sacarles lo escondido en sus trojes, se les excedió la mano sobre las gentes amistadas del *cacique Boniato* en *Miraca*, del *Avarma* en *Xantina* y del de *Cayarúa*, todos tres acristianados por Esteban Martín, el primero con su nombre, el otro con su apellido y el tercero con su nombre y apellido, lo cual no obstó para que los pusieran en cadenas a la brega de la carga. También hicieron limpias en la poblazón de *Hurihurebo* del tal don Alonso, luego en la comarca *Cumarebo* del don Jorge y después a *Berbo*, señor de *Gualbacoa*.

Robábamos lo de boca por estar en la inopia de lo necesario, no por codicia, ya que ellos sabrían conseguir lo de no dejarse secar por hambre. Y en esta rapacería nadie se quedó atrás. Los de la escuadra de Federmann, puesto él por delante, atrajimos con ardides y por fuerza redujimos luego al don Alexandro, *cacique* de *Todorequiba*, con todo su gentío y chusma, para después de robarles lo material, también asaltarles la honra, como les fue sangrada a todos los hijos de *Guata*, al marcarlos para la historia como inútiles y remolones, flojos y perezosos, difamación difícil de lavar porque fue echada de capote para tapar nuestra fobia a mover las manos.

Aunque el obispo Rodrigo de Bastidas, recién vuelto de la Hispañola con el encargo de protector de indios, apoyado en una provisión de la Real Audiencia, logró devolver a sus pueblos a unos destos *caciques* por estar bautizados, la mayoría de los naturales que salieron con vida de dicha cacería siguió presa, con lo cual quedó todo desolado en cincuenta leguas del ruedo, con no más de cuatrocientos nativos en ocho pueblos escondidos por las sierras, algunos de los cuales, sin saberse otra razón distinta a evitar que les quemaren las casas, se avinieron a *Coro* a regalarse de *naborías* o *yanaconas* como les dicen por el *Pirú*, de *guatiao*s en las casas de los españoles, donde comenzaron a contagiarse de sus morbos y enfermedades. Entonces el obispo De Bastidas clamó a la Audiencia de Santo Domingo por el envío de un juez de residencia contra Federmann y le requirió al De Limpias presentarse y rendir cuentas ante las autoridades de *Coro*, lo cual dio para que ambos se quedasen en ranchados en las afueras, escondidos, alejados de la ciudad.

Con permiso de Federmann, volví a *Coro* llevando a Angélica en busca de una partera *caquetía*, la de mejores sobijos para acomodarle el crío que sentía venirle atravesado. Llevaba mi caballo de cabestro, tirando una parihuela de varas

largas, sobre las que, acomodada sobre una manta, a cada sacudida desesperaba mi negra, mientras yo me irritaba por dudar entre darnos prisa o acomodar el paso a lo impuesto por la aspereza del camino.

Cuando refrescó la tarde, no volví a percibir sus quejas, las únicas que le escuché en más de un año de peregrinar juntos: estaba desfallecida y su único signo de vida se agitaba dentro de su regazo. La tendí cerca de un arroyo para refrescarle el cuerpo, pensé, pero estaba fría como si ya el ánimo se le hubiese huido sacándole el vigor. Entonces me tendí junto a ella y la abracé para pasarle mi calor y mis latidos, sobándole el vientre para ver si mi hijo, desde adentro, entendía el ruego de acomodarse como Dios manda para salir a este mundo, y acortar esa noche tan amarga y triste.

Por el alba creí que mi Paba ya me había dejado y puse mano al puñal para liberar la criatura de la cárcel en que seguía meneándose, pero ella con voz casi inaudible me dijo, o creí escucharle, «dejadlo ir conmigo, os lo ruego por lo tanto que me habéis jurado que nunca lo abandonaríais a ser esclavo». Y sorbiéndome las lágrimas —que dizque en las conquistas no se asoman en los ojos reseco de tanto mirar calvarios—, la seguí abrazando no se por cuántas horas, hasta que mi mulato se estuvo tan quieto como ella, hasta cuando sentí que una mano me apartaba, la de Diego Ortiz, venido con algunos compañeros por instrucción del teniente general, de «para que no se nos vaya a fugar el don Francisco, irán cien azotes al que de vosotros volváis sin él».

Diego, como pudo, con su pica y un machete cavó una sepultura llana, mientras yo la amortajaba con la manta y, con disimulo, le engalané el cuello con su perla de Reina de Saba. Los camaradas trajeron guijarros del arroyo y los fuimos acomodando encima, hasta una altura que no se hizo para ningún capitán, ni siquiera para D'alfinger. Cubrimos

su mausoleo con flores de todos los colores, de *cámbulos*, *achícalas* y *gualandayes*, y lo coroné con dos cruces de ramas secas.

—¿Dos? —preguntó el mismo que había entonado las salves y avemarías.

—Una para quien fue mi alegría —le respondí—. Otra para aquel que, aun sin nacer, me dio a entender que la muerte, en casos, puede ser mejor vida.

—¡Que no le hemos bautizado y sin acristianar le dejaremos vagando en el limbo! —señaló algún acomedido.

—Por no haber nacido, fue una sola carne y ánima con su madre, cristiana pero tan rumí que ya debe estar amamantando su negrito en el dilatado Cielo de los etíopes.

Semanas atrás, el grueso de nuestra tropa había comenzado a subir por las serranías de *Carora* hacia el valle de *Acarigua*, donde esperarían a los demás para continuar reunidos a los llanos en demanda del *Meta*. Iban bajo la vara del pirata de agua dulce natural de Valladolid, el Diego Martínez que en las batallas nunca se encomendaba a Santiago ni a Al-láh, sino «¡A por el oro!», por lo que se sospechaba ser de sangre descendiente de los adoradores de Baal. Comenzado el ascenso, le mandó al cabo Fernán Montero adelantar veinte hombres en busca de comida. Entrellos iba Martín Tinajero tronchado por fiebres y muy contrariado por ir en opuesto a la derrota de Adelfa, de lo que amaneció muerto, con una extraña paz, como libre de juramentos. Sus compañeros lo metieron en un hoyo seco, en una desas cárcavas que dejan los torrentes de las lluvias; lo cubrieron con tierra y por demás le pusieron un disimulo de hojarasca y ramas secas. Días después, cuando pasaron por allí cargando algunas calabazas y raíces de arracacha, los soldados quisieron recomponer la sepultura por parecerles que los indios podrían dar con él y profanar el cuerpo. Encontraron el sitio como barrido por un torbellino de verano, con algo del Tinajero en descubierto

y con el portento de esparcir a cincuenta varas a la redonda un olor suave y muy agradable, sin poder llegarse a él porque lo defendía un enjambre de abejas, desas bravas que crían miel. Y por ello no lo sepultaron mejor, sino doblaron rodilla cerca de los zumbidos, más que a rogar por su ánima, a pedirle protección en las próximas jornadas, por juzgarle bienaventurado al recordar su vida honesta y virtuosa, y declararle, como en adelante se le evocó en esta conquista, como «el beato de Écija, patrono de los peones», sin que tal fama llegase nunca a la caravana de donde salieron Yago y Adelfa a peregrinar por entre tantos prodigios y encantamientos. Ahora, por fin estaría reunido con su amada en un batir de muchas alas, porque, casi lo podría yo jurar, aquello fue un conjuro a través de los vientos y ella también estará cubierta por una nube de mariposas con la color amarilla de las adelfas del desierto.

Cuando conocí del suceso andaba cargando mi pena, vuelto al uso de las yerbas de los *sailas* para en algo digerir la desolación, igual a como tantos cristianos ahogan sus pesadumbres en aguardientes y vinos, o en ofrecerlas a Dios en trueque por pecados apretando la conciencia. Esa noche, después de una purga de *jayaguaza* humeé *tabaco*, tanto como a escondidas inhalan los viciosos del hachís y las yerbas morunas en las tabernas de los puertos del Viejo Mundo, hasta sentir darme vueltas el real y volar sobre los árboles, muy próximo a las nubes, hasta unas rocas alargadas y guarnecidas, cual momias, al pie de unas montañas nevadas que bien podían ser las de los *tairona* o las de los *cocuyos ugua* de *Chita* o *Güicán*, por entre las que jugaba la brisa en que cabalgan enlazados los espíritus. «Ha venido a mí la fragancia de Yago y estamos en sosiego por quedar reunidos», me susurró la voz de Adelfa. «No desfallezcáis» —me zumbó la de *Mecou*—, que os faltan los tiempos para dar en *Xérira*, la de las tibias tardes de golondrinas de cola larga tejiendo soplos, donde mamaréis la avenencia interior que nos pondrá en concierto».

—¿Sabéis de Paba? —les pregunté.

—Es feliz —me exhaló el viento—. Como cuando se sentía soberana sabiéndose esclava y, por ello, nunca os abandonará.

En adelante mi compañía fueron solo recuerdos, que en estas lejanías acompañan más, más cuando entran de la mano del silencio.

Los mismos peones de Martínez presenciaron otro milagro en la provincia de los *jiraharas*, cuando les rociaron de flechas la vanguardia, de las que no recibieron mayores estragos por soltar los mastines que en minutos detectaron y desgarraron los emboscados, y a los ladridos acudió la retaguardia que no andaba lejos. Revisados los heridos, hubo que cortar la punta a la flecha que le ensartaron por el lagrimal a García Calvete y le salió por el colodrillo, y arrancarla de lugar tan delicado sin más daño que el ya hecho de vaciarle el ojo ¡otro portento!, porque sin más remedio que taparse con un pañuelo, así tuerto, siguió el Calvete conquistando con la frente en alto, ladeada, por habersele recogido la nuca y músculo de la cerviz al cauterizar el desgarre. Y así, de parche para tapar la cavidad llorosa, se acercó en Vélez, la segunda ciudad fundada en el Nuevo Reino de Granada donde pagó misas por varios años mientras vivió, y hasta muchos después de muerto con lo que sufragó su hijo, Pedro Calvete, con los diezmos producidos por sus minas de oro en el valle del Sapo.

De haber tenido carromato la conquista, iría tirado por la codicia, con las ruedas girando siempre al desgaste, sin ser ensebadas más que por los milagros; siendo el mayor retener la vida hasta el día siguiente, aunque nadie apreciara el pasmo de volver a ver amanecer, los unos por jactancia y más por dolidos de sentir una nueva carga en cada aurora. Los prodigios renovaban día a día la devoción mas nunca movieron la compasión, ajena a los españoles, aun entre los mismos favorecidos, por ser blandura impropia en una empresa de vencer o morir.

Después de desbaratados y machacados los asaltantes *jiraharas*, sus vecinos se juntaron y enviaron varios cientos en paz fingida hasta donde los de Martínez. Se allegaron con manducatorias en sus mochilas y, escondidos en ellas, unos arcos y flechas pequeños dentro de manojos de pajas, de lo que tuvo el pálpito el Calvete en su cuenca vacía. Con cruces de abrazos y zalamerías a los principales, el capitán les prometió las mismas marrullas que traían aquellos: amistad en vez de rebato, finezas en vez resistencias, pasar de largo en vez de pillaje. Y en sacando las frutas, los bollos, las cecinas de caza y la pesca *muqueada*, más se iban notando las armas, y los soldados en achaque de llegarse a la comida, mano en pomo, les fueron rodeando y en lo de mediar el «¡A por el oro!» del capitán y el «¡Con Santiago, a por ellos!» de la soldada, ya tenían tajados a ochenta, mientras el resto se huyó sin alcanzar a desempajar sus dardos y flechillas, y los que no consiguieron romper el cerco fueron hechos prisioneros como conejos, más para tratar rescate que para las cargas.

Los despavoridos dieron grita de aviso a un sinnúmero emboscado y bien armado, que también sirvió de codazo para los cristianos echar por tierra a los presos y arrimarles los filos a los golletes, y ahuchar los perros a frenar a los que venían casi volando. Con rebanar algunas cabezas y volarlas por los aires, los alebrestados hicieron un montón con sus armas y dieron vuelta a sus espaldas. Horas más tarde llegaron los principales a tratar rescates por la libertad de los presos, con lo que la tropa cambió su posición desventajosa por comidas, un apreciado botín de oro y algunos viejos de rehenes como garantía de paso libre por sus tierras.

Como la tregua con unos era de respiro antes de seguir la guerra con los vecinos, más adelante una gran banda de gaudules frenteros fue empujando a los de la vanguardia contra una choza comunal, donde, por otro de tantos milagros, lograron

sostener la paz con muecas de avenencias, tan fingidas como con los de atrás. Cuando fueron llegando mansos los principales, aunque sin soltar arcos ni flechas, también llegó sin apretar el resto de los nuestros. Diego Martínez y los seis soldados más rápidos con la espada se metieron en el gran *bohío*, dejando una gruesa guardia en la única puerta y todos los demás puestos en cerco. Entrados los que venían a concertar en compañía de unos doscientos guerreros, que otros tantos no cupieron, los centinelas cerraron la puerta y a la seña de ¡A por el oro! comenzó la degollina de tres horas de saña hasta dejar muertos todos los encerrados, y ninguno de los nuestros, porque para en corto y apretado no llevaban forma de ofender ni defenderse. Y los de fuera, viendo que adentro, sin valía de perros ni caballos, cada uno de los nuestros despachaba a veinte dellos, rompieron a toda prisa el cerco, quedando muertos o heridos los primeros que se pusieron por delante.

El escarmiento se esparció por todo *Carora*, cobijó la retaguardia y duró para dos meses en que la tropa se dio descanso, porque de todas las poblaciones vecinas comenzó a llegar algo de oro y comida, ya que no eran tan pobres como querían mostrarse, ni tan brutos que no entendieran, por fuerza de la fuerza, ser más barato pagar rescate que asumir el costo del combate. Así, sin más refriegas ni alborotos, adelantaron los de Martínez por la fértil provincia del *Tocuyo* y dieron en un pueblo puesto en cenizas pocos días antes por los *coyones* bajados de las sierras a tomar mujeres. Y aunque aún pesaba la hedentina de lo declinado por los carroñeros, por estar intactas las labranzas, decretó Martínez esperar allí las gentes del teniente general, a quien envió indicaciones secretas de su posición con estafetas de confianza, por si rondaba por allí la mano armada del obispo.

Durante los diez meses que llevábamos rehuidos de *Coro*, de barlovento a sotavento, crecía la obsesión de Federmann por su gran expedición: la de El Dorado. Pretendía tener en

regla y a mano todos los títulos y calidades de gobernador, para en el encuentro con D'spira reunir fuerzas y entrambos procurar ponerse por delante de Ximénez de Quesada, que sabría el Diablo por dónde ya iría. Pero una cosa piensa el burro y otra quien lo está enjalmando.

Para apaciguar a los vecinos y meter con disimulo un par de espías en *Coro*, hizo algunos envíos del oro marcado con la W de sus patrones, en vez de la simple V con la que entonces debía distinguir lo de Venezuela. Si bien tenía en sus manos una cédula de fines de noviembre del año anterior, mediante la cual el Consejo de Indias le confirmaba el despacho de sus provisiones, los soplones le avisaron de la reciente elección de la Audiencia de Santo Domingo, nombrando al doctor Nicolás Navarro como ¡juez de residencia! en esa gobernación, con títulos de alcalde mayor y de teniente gobernador con jurisdicción y poderes como de gobernador en propiedad, con una paga de mil doscientos maravedíes diarios, mucho más de lo que ganaba D'spira, pagadero la mitad con el sueldo del dicho micer Jorge y el resto con las condenas que saldrían de los juicios a los alemanes y demás que habían ejercido el poder, lo cual prevenía hacia dónde se inclinaría la balanza. Y como este Navarro posaba de diligente, habiendo sido designado a comienzos de julio, antes de finalizado el mes ya tenía la vara de la justicia de manos del cabildo de *Coro* y se sentó a ejercer como gobernador en espera de que alguno de los alemanes mostrara la cara, haciendo reparto de encomiendas y permitiendo el comercio de esclavos hechos en «tribus alejadas», lo cual prendió de nuevo la ira del obispo De Bastidas, cuyos alegatos y quejas el doctor Navarro se pasó por donde su tocayo Federmann se pasaba las normativas, porque estaba en lo de contar y guardar los ciento sesenta y dos mil quinientos maravedíes que se apropió de los bienes de D'spira, a buena cuenta de sus salarios. Más que campanazo, esto sonaba como

pisadas de animal grande cargado con la lista de atropellos a los vecinos y, así fuese solo para agrandar el bulto, encimado con los abusos a los indios.

El nombramiento del doctor encendió una gran controversia tanto en la isla como en la Corte, cuando los Welser, por conducto de su apoderado Sebastián Rodríguez, negaron que la Audiencia de Santo Domingo tuviese facultades para establecer investiduras en contra de lo capitulado con el Emperador, ni a meter nariz en las cosas internas dellos; tampoco para el envío de jueces de residencia, cuya incumbencia era exclusiva del Consejo de Indias.

Aún no se avistaba cuánto fuego saldría de lo atizado, solo humaredas de hojarasca verde, por ahora; pero Federmann concedió que pasaría tiempo antes de recibir su nominación y que en *Coro* le andarían alzando un juicio bien caldeado, torcido como todos los que se acomodaron en las Indias. Mientras, ¡por el *Yuma* arriba, ya irían con harta delantera los de Santa Marta!

En octubre del año treinta y siete, después de dos años de no tener noticia de las gentes de D'spira, Federmann decidió aproximarnos hacia las goteras de *Coro*. Los capitanes más discretos entraron al poblado a pulsar la situación y, con algún sebo de oro, recabar soldados y pertrechos, para irnos por el *Tocuyo* a *Barquisimeto* a reunirnos con de los de Martínez. Pocas gentes le pudieron sonsacar al doctor Navarro, puesto que en la ciudad apenas mantenía para la defensa unos treinta de provecho. Tan solo un puñado para tomar el lugar de los que desaparecieron desgranados por deserción y nada para reponer el ciento quedado sin confesión ni sepultura, tanto en lo de la *Guajira* como en la espera inútil surtida de jaranas por *Carora*.

Estando rancheados cerca de la tumba de Paba, solicité la venia del teniente general para ir a ofrendarle el aroma de unas flores frescas.

—Ella las tiene a mares de cuantas brotan a su alrededor —contestó importunado.

—Siento tormento por dejarla abandonada en un mundo tan ajeno como ancho e inclemente —agregué para cambiar de justificación.

—En desapegos, el único remedio es interponer tiempo y distancia —replicó—; más en vuestro caso por tratarse de una esclava negra.

—¿Qué insinúa vuestra excelencia?

—Que así como os vais olvidando a la india, se os va quitando lo aindiado. Y con cicatrizar lo de la negra se os limpiará lo cimarrón, para que estas mudanzas no os pelen la hidalguía que estáis ganando en la conquista.

—¿Hidalguías yo? ¿Cómo podría alguien sacar nobleza de atropellos tan desiguales?

—Lleváis tiempo cabalgando y esforzándoos con las armas; entre los nuestros pasáis por letrado y os he sentado a mi mesa. ¿Si no fue por el roce con el lujo, la distinción y la nobleza lo que ansiabais probar, por qué colarse en habitaciones prohibidas con riesgo de vuestro pescuezo y de la reputación de una condesa?

—Micer Nicolás —le respondí despacio y apagado para dominar el desconcierto y la ira—, como capitán general, vuestra excelencia manda en mi voluntad, pero mis sentimientos son de mi exclusivo gobierno. No continuaré simulando ser caballero si encuentro mejor acomodo en avanzar con los pies sobre el camino, cual peón que he sido y seguiré siendo y, por ello, ahora mismo dono a la Iglesia la cabalgadura que parece elevarme a donde no alcanzo; la cedo para acomodo del confesor que nos acompañe en el último trance, en especial nos ayude a descargar las ánimas quienes de noche se oscurecen con la piel de las indias y de día se clarifican con el brillo de los aceros.

—No os pongáis delicado ni insolente. Sois presto y duro para encontrar máculas en todos, pero os reviene que os hallen una peca. Francisco, que si os aconsejo es como entre compadres.

—Si me exalto, no es para limpiar mi pasado, sino en guarda de honras ajenas, tal como lo exige la hidalguía. En cuanto a entendernos como camaradas, difícil nos resulta por mediar tan grandes diferencias de cuna, patria, lengua, pretensiones, rango y responsabilidades, siendo que con el mismo esfuerzo el uno cosecha riquezas y honores, en tanto el otro recoge cicatrices y miserias. En estas lides tan solo la ambición y las desventuras nos ligan a los de abajo con los de arriba. Y, acaso, alguna misión clandestina.

Frené la lengua cuando ya se me había ido tan lejos, aunque alcancé a atajar el juramento recóndito de que «el botín se quedará en su caleta hasta que decida recobrarlo, porque no lo compartiré con quien no lo haya sudado». Cesaron los forcejeos de palabras porque nos sentimos en tablas: él me necesitaba para lo sabido y yo a él para que me siguiese cuidando la vida.

—Acepto vuestro caballo para la Iglesia o para algún necesitado, porque para la guerra está ya mermado de bríos —dijo sin enfado y me dejó pensando si en realidad enfundaba algunas buenas intenciones, porque sucede con estos alemanes que, como parecen haberse amamantado con leche agria y criado con caldo de alacranes, la catadura poco les deja entrever sus verdaderos apegos.

La convivencia en la holgazanería era intolerable. Se nos iban los días y el vigor en nada más que maldecir, en darnos de coces y puñetes, en querer ensayar el filo de los puñales por solo tocarle las tetas a una india ajena, por perder a los dados la ración menos pequeña. La quietud hace reventar los ánimos templados para el arrebató y, por ello, aunque

bajos de matalotaje y aparejos de guerra, fue un gozo salir por las mismas trochas holladas en aquella primera jornada con Federmann, la de la busca de una mar, caminos casi borrados por dejarlos quietos los indios.

Partimos a final de año, a jugarnos la carta de El Dorado, el as de oros, después de haber perdido los ases de los demás palos en las rondas anteriores. No fue por decisión de Federmann ni de los capitanes castellanos, que ansiaban ir primero a desenterrar lo del *Catatumbo* «antes de que me volviere más loco o me muriere», decían. Fue por orden de los Welser, que le apostaban a la caza de aquella ilusión revolando por tantos rumbos y a todos deslumbraba, la del todo o nada, así aquel caso nos alejara a todos del tesoro.

Y a mí de *Ceyune*.

Y en adelante marché con el equipaje liviano de quien tiene sus amores convertidos en suspiros, asomados apenas los afectos por la abertura de la nostalgia, refundidos en el ir y venir del viento cargado con tanto olor a sangre.



S É P T I M A N O T I C I A

DE LA REBUSCA DE EL DORADO,

cuando apuntalados en los extravíos de los desertores de *Paria*, partimos los de Federmann tras lo más escondido, que también consumía a las gentes de D'spira, y avanzamos por piedemontes y llanuras, hasta donde por señalamiento de los indios nos encaramamos sobre el lomo de la cordillera



CAPÍTULO XXI

DE LAS ESCURRIDAS ENTRE CRISTIANOS,
cuando por aparejar nuestras conjeturas con las de
los rebelados contra Ortal, esquivamos socorrer a
los de D'spira aniquilados por los indios, el hambre
y las enfermedades; y del castigo del Cielo con
soltar la más cruel temporada de lluvias

Tanto por desaguar bríos y atrevimientos, como por alejarse de los grillettes dispuestos por el juez Navarro, los de Limpias tomaron la vanguardia. Chávez se puso de escoba al final, ostentando sobre el faldón de la montura la soga de la horca y el chicote raboecandela para disuadir a los picados por el *pito* de la deserción. En el grueso, junto a la escolta del teniente general, el capellán de la tropa, el bachiller Juan Verdejo, contaba y recontaba en cada recodo del camino la docena de gandules cargando unas ochenta gallinas de huevo diario y diez gallos cumplidores en montarlas agarrándolas por el co-pete, avechuchos acomodados como altos funcionarios por ir guarnecidos dentro de grandes canastas colgantes de varas de *guadua*, cubiertos de hojas y bien alimentados al inicio de cada jornada con *maíz* de su exclusiva reserva, cuidados con agua y pastada en todas las paradas. Plumíferos descendientes de los del corral de Adelfa que, tras su misteriosa desaparición, pasaron al común y fueron adquiridos por el bachiller cuando volvimos del cabo de la Vela, con los cuatro pesos

y dos tomines que mandó marcar en *Maracaibo* de lo que le cupo en el reparto, que solo le alcanzaron para cuanto pudo enmochilar de los nidales y las innumerables cargas de *maíz*, porque los cargueros fueron diezmo de los cazados por los capitanes en el ruedo del lago, que por pagarlo allí, en su vejez le sacaron mayor gusto a los cacareos esparcidos desde el Nuevo Reino de Granada hasta las gobernaciones del sur, alindadas con las del *Pirú*.

El vasco Verdejo aseguró su nombre en la historia parroquial del Nuevo Reino de Granada con haber sido el primer cura beneficiario de Santa Fe y de Vélez. Pero más se le evocará como valedor de la nueva nación criolla con tan solo hervir un huevo, o al renovar una parturienta con un platillo de pollo y cilantro, o saborear su enjundia en un cocido de *ibias*, *cubias*, *chuguas* y demás tubérculos sosos, o al sudar la siesta después de una olla levanta-muertos de asadurillas y pescuezo. Nunca terminaremos de agradecer al cura cuánto defendió sus gallinas, no de los indios que por alguna razón las creían venidas del lado oscuro del mundo, como las llamadas *allcu* que, por creerlas regalo de dioses desconocidos, su nombre entró de remate del apelativo tres veces sagrado del gran *inca*, *Ataguaallcu* o *Atagualpa*. Las escudó de boas, *faras*, zorros y *jaguares*, de águilas y gavilanes, de los ejércitos de hormigas carniceras que en una noche podían pelarles los huesos, y de nuestros insaciables mastines. Aunque logró del teniente general una normativa de cien azotes para amparar las aves de la gazuza de los funcionarios y factores, siempre durmió con un ojo abierto, un oído despierto y un sable desnudo en la diestra, que fue la mejor tutela para disuadir el diente de tanta raposa de dos patas, sin que faltara ocasión para enseñar el filo de avenir los estragados a ser mejor devorar sapos y sierpes, *cuescos* y cogollos, cueros y aperos, porque este hijo de Sansón Verdejo y María de Casanueva

defendió las plumíferas como a hijas vírgenes, tal como años más tarde salvó su rucio de quedar en morcillas, cuando en la expedición de Fernán Pérez de Quesada a la Casa del Sol, su cabalgadura tuerta resultó desjarretada de las cuatro patas. Cura bien bragado que defendió sus animales, hasta con amenaza de excomunión, más que a sus propios huesos, los que entregó dolidos de trópico a la soledad de la llanura poco después de haber testado a sus hermanos de Fuenterrabía «las gallinas del Nuevo Reino, varios lechoncitos descendientes de los que entraron con Sebastián Moyano —el antes porque-rizo de Belalcázar hoy gobernador de *Popayán*—, una mula, un esclavo negro, dos camisas, una sotana raída, un rosario y su abollado sable». El caballo lisiado lo donó a la india Magdalena, la más vieja de su servicio, la encargada de las gallinas y de darle punto a los huevos de la capiroxada de pascua y de entibiarle los cuatro que embuchaba a diario después de la misa del alba.

La avanzada de Martínez, acosada por cientos de naturales con catadura de cobrar cuentas por tanto daño y espanto inicial, había vuelto grupas a Pueblo Quemado. Allí fueron sorprendidos por la irrupción de un centenar de españoles que cruzaron y rastrearon las huellas de sus caballos: eran los capitanes Juan Fernández, Francisco Alderete y Martín Nieto con sus hombres, la facción rebelada contra Jerónimo Ortal, el nuevo gobernador de *Paria* por sucesión de Diego de Ordás, quien ya de mucho atrás, en busca de la ciudad dorada se había atrevido en bergantines y navíos de remos *Orinoco* arriba, hasta donde le entra el río *Meta* después de arrastrarse por un territorio vastísimo de su mismo nombre que, según lograron entender, en lengua de la tierra significa «dominio de otros» o «nación diferente», sin relación alguna con la evocación alegórica de la *Metha* de las fábulas de los años oscuros. En el empalme destos ríos, salió silbando de la

selva una flecha invisible, suficiente para arrancarle la ambición y la vida a don Diego. Ortal tomó el mando y, contra la opinión y deseo de los tres capitanes convencidos por nuevas noticias de estar los tesoros por las montañas del poniente, de donde recoge sus aguas el *Meta*, ordenó escudriñar por la otra margen del *Orinoco*, al naciente, en donde le junta su caudal el *Neverí*. Ortal y sus capitanes habían sido amigos de conveniencia durante las interminables luchas intestinas en que se sumieron los españoles de *Paria*, *Cubagua* y *Trinidad*. Ahora Ortal iba en destierro, mientras los amotinados trocaron por entre los ríos *Apure* y *Arauca* hacia el *Tocuyo* en gobernación ajena, por donde encontraron una herradura y aguzaron los caminos hasta dar con los nuestros.

El capitán Fernández con sus setenta hombres harto molidos permanecía en el real de nuestro Diego Martínez, mientras Nieto y Alderete, considerando que no convenía a su rango y méritos quedar bajo aquel zafio capitán, prefirieron seguir hasta donde micer Nicolás y nos tropezaron a escasas cinco leguas de *Coro*. Bien le vino a nuestra tropa el refuerzo de aquellos soldados endurecidos y bien aparejados, que sin ellos tal vez hoy estaríamos todos muertos. Mejor le encajaron a Federmann los dos mil seiscientos veintidós pesos confiscados a los dos militares, a más de todas sus pertenencias y, por protestar, los remitió presos con algunos alebrestados de su guardia, para que el juez Navarro se encargara de enjuiciarlos por rebelión contra su propio gobernador y por intrusos en gobernación ajena; bienes que, después de la quintada, la parte del general y el alquiler de unas yeguas, valieron «para comprar provisiones para las vuestras gentes que por voluntad propia se han quedado con nosotros, por hambreados y menesterosos», según les dijo, aunque a nadie se escapaba que más flacas andaban nuestras panzas.

De lo confiscado, lo de más gusto para Federmann fueron cuatro indias jóvenes, garbosas y bellas, muy adornadas con

joyuelas y *chagualas*, tomadas en un valle solitario de vientos agradables no muy lejos del *Tocuyo*, de un gran *bohío* lleno de mocillas de buen parecer, donde cada una tenía su aposento acomodado con *hamaca*, brasero para inciensos de *moques* y mastuerzos, y cestillos tejidos con cañas finas conteniendo ofrendas de ranas, lagartos y aguilillas de oro bajo. Por ir cegados tras el oro, y más cegarlos el verlas tan bellas y desnudas que deslumbraban, los soldados dedujeron que se ocupaban de vender amores por comida o algún oro que les llevaban sus galanes, que les serviría de dote para después casarse, como si estuviesen en España. No acataron que eran vírgenes dedicadas al culto, reservadas para concubinas de un algún gran señor, a quienes no podía acercarse hombre alguno sin pena de vida, incluida la de la doncella que consintiera dejar de serlo, que por lo mismo estaban tan mimadas y protegidas; que el tronar de caracolas levantado cuando entraron los invasores fue aviso al cual casi todas se fugaron, salvo aquellas cuatro desdichadas. Mala fama trastornó estos encierros de novicias, nunca prostíbulos de arrumacos, siendo que en las Indias no se pagan los afectos ni pasiones, porque aquí ni se vende ni se compra lo que las ánimas entregan con generosidad y soltura.

Poco después de nosotros alcanzar a los de Martínez y acomodarnos en Pueblo Quemado, los espías de *Coro* enviaron la novedad de haber llegado una nao de los Welser con algunos bastimentos. Federmann nos persuadió de entregar lo poco que marcamos en *Maracaibo*, y a los admitidos de *Paria* los obligó a que, de sus rancheos y extorsiones, desembolsaran lo necesario para que cada cual encargase a los castellanos que volvían al puerto cuanto les apeteciese comprar, porque íbamos para adentro y para largo, y tal vez era la última oportunidad en muchos años de tener algo cómodo y decente. Mi pedido fue un capote encerado para lluvias y dos pares de botas de suela doble para aguantar el invierno, unas resmas

de papel, unos pomos de tinta, algún libro de imprenta y, si algo sobraba, dejarlo de limosna para misas por el descanso de las ánimas de los amigos muertos y de las sin nombre que yo había despachado, que igual me pesan en la conciencia.

Marchamos hasta el valle de *Barquisimeto*, en donde esperamos por las provisiones y la manida credencial de Federmann, la que más le hinchaba la impaciencia mientras se alargaba el plantón. Y viendo que los relámpagos comenzaban a fracturar los nubarrones con que se venía la estación de lluvias, comenzó a rebotarse el enfado de las gentes por estar ociosas y no hubo más que soltar a los de Martínez por la provincia de los *guaros*, mientras nosotros rodeamos por el Valle de las Damas. Ya estaban apareciendo los derrumbes e inundaciones y a todos nos fue forzoso enfilarse a cobijarnos en las poblaciones de los *coyones*, sobre las faldas de la sierra, donde Federmann se dio a estrujar a los indios por noticias de los de D'spira, para no tropezar con ellos sin antes tener su validación de ser gobernador. ¡Cuánta diferencia le hacía un sello en un papel!

De la pesquisa afloró estar regresando del sur muchos cristianos enfermos, a cuya busca salió Pedro de Limpias con cincuenta hombres, por donde indicaron los indios «ser llano y despoblado, y que ahora está casi para navegar» y, de tanto dar vados y ruedos con mucho riesgo y trabajos, se les agotó lo de boca y no tuvieron más remedio que matar un galgo para en algo remediarse mientras daban vuelta a donde quedamos esperándolos.

Después de muchos días empapados, a escasa distancia de donde tuvimos un indicio de los indios haber avistado cristianos varias lunas atrás, comenzamos a ver las mejores señales con encontrar las poblaciones amedrentadas, desbaratadas y sin sustento, donde ni siquiera valía mostrar las armas para que la poca chusma desapareciera sin dar las caras. El general ordenó no demorarse a escamotear los *bohíos*, sino

darle alcance a los huidos para ponerles presos, o darles muerte si se resistían.

Mas, como de lo dicho al hecho hay largo trecho, algunos desoyeron la orden y se entretuvieron en pillar gran cantidad ovillos de hilos de algodones coloridos con que las indias tejen sus *bayoques*, o pequeñas pampanillas, y mientras tanto los varones y algunos viejos se escurrieron y escaparon. Micer Nicolás, muy airado, juntó a los indisciplinados para enrostrarles «ser de muy poca vergüenza» y ordenarles ir en alcance de los desbandados. No lograron hacer presa más que de las dueñas, no para volverles los hilos ni las *bayoques*, sino para apartarles las que llevaban puestas y forzarlas con amenaza de alimentar los galgos con sus críos, y obligarlas a señalar dónde tenían disimuladas las trojes, que en lo uno y lo otro hubo tanta holgura, que los abusos se prolongaron por varios días. En adelante, este pueblo se conoció con el nombre de «Poca Vergüenza», sarcasmo y chacota por la amonestación haber sido por el robo del de las pampanillas, mas no por la violación de lo que aquellos pañicos trataban de esconder.

La holganza en Poca Vergüenza fue interrumpida por la procesión menesterosa de un centenar de los de D'spira que volvía bajo la rienda del capitán Ortuño Velasco desde la esquina que hace la cordillera con el río *Zarare*, porque ya no podían más con los ayunos y reveses. Cargados a lomo de indio los más dolidos, los demás casi no podían mover las piernas, y los brazos de poco les valían para las armas. Unos se extraviaron en los caminos, otros resbalaron por laderas y varios no reaparecieron en el cruce de los ríos, y así se desgajaron tres docenas. Como larvas mendicantes, en un día asolaron nuestras canastas de granos y tubérculos, y al siguiente continuaron desandando hacia *Coro*, mientras nosotros enrumbamos en contravía esquivando el encuentro con el grueso de D'spira, cosa de bellacos porque, en tan penosa situación, hubiese sido

de cristianos haber ido en su auxilio. Pero don Jorge igual nos soslayaba por donde creía que andábamos, por imaginar que su teniente ya sería gobernador, según nos confesó Velasco sacudido por fiebres tercianas.

Por los comienzos de abril del año treinta y ocho, en el día del docto san Isidoro de Sevilla, según las calendas del bachiller Verdejo, después de cinco meses de andar desesperando por estos andurriales, de cruzar innumerables ríos y llanuras, los peones con el barro a la rodilla y los caballos atascados hasta la cincha, rebasamos el *Apure* por donde lo engordan las aguas del *Burgua* y del *Zarare*. Quedamos en la misma orilla y a un par de leguas de distancia de donde hacía poco había acampado Felipe von Hutten, o D'utre como le decíamos los castellanos, enviado por D'spira «a daros alcance e ilustraros ser mejor ir juntos más al poniente para atravesar la cordillera», según una carta de su puño encontrada años después en la Hispañola. El *Apure* no bajó en un mes y Felipe se regresó sin poder hacerle vado, según relataron a fines del año los sobrevivientes vueltos a *Coro*, aunque no faltó quien asegurase que todo fue patraña de D'spira para eludirnos, que bien sabían por dónde andábamos, porque vieron nuestras huellas por donde señaló una india pero, como ya habían tenido engaño de otra, creyeron no ser nuestras por no saber que habíamos engrosado a más de trescientos de a pie y ciento treinta de a caballo, más la *guacherna* de indios que nos juntaron los de *Paria*; disculpa pareja, aunque contraria, a la de Federmann, cuando Limpias encontró rastros de los de D'spira y aseguró ser de otros, por no considerarlos tan mermados.

Triste era la situación de los españoles en aquella Venezuela. Sin nada de peso en nuestras bolsas, nos amargaba saber los litorales ya sin una perla, repelados el oro en las provincias, metidos los más en una selva anegada por las lluvias, viciada de alimañas y con *caribes* alebrestados y escurridizos,

una jungla tan insufrible de soportar como la tarasca de la sequía por las costas. Una Venezuela desentendida por la Corona y cada vez más sombría para los alemanes, de donde ya huía el interés de los Welser por no haber acertado paso a la mar del Sur, ni dado con minerales, ni topado las especias. Una gobernación donde a duras penas se sostenía un villorrio agónico, desgarrado entre los de Ulm y castellanos, más hospital que asiento de haciendas, sin otro comercio que el de esclavos, desguarnecido de mujeres, sin soporte de amistados. Una Venezuela con los hombres divididos, la mitad extraviados por cordilleras ilímites y nosotros tratando de remendar la tropa con renegados de dos gobernaciones vecinas; todos dados a perseguir un Dorado tan remoto que parecía estar fuera de límites reales, por rutas empujadas por habladurías ininteligibles; sin siquiera la certeza de quién era gobernador entre dos paisanos que trataban con delirio de esquivarse y sacar ventaja en encontrar más brillo de lo que se afirmaba haber salido de la Nueva España, de Castilla del Oro, de *Potosí*, del *Simú* y del *Pirú*. Todo lo cual hizo alegar al doctor Navarro que «Estos tudescos se cagaron en lo que el almirante Colón creyó ser el Paraíso. Y ya sabéis: en la mierda alemana no nacen pajas ni se crían moscas».

Las gentes de D'spira, cual fantasmas mugrientos, desandaban los cientos de leguas insospechadas que conquistador alguno jamás había hollado, aciagas e inhóspitas. Por más que el bisoño don Jorge los espoleaba pintándoles ya estar cerca la riqueza de volver a su patria prósperos y enaltecidos, replicaban que no querían sino la vida, que para qué el oro si nos morimos aquí peleando hasta con el Cielo que parece roto, que les era necesario rehacer la salud y vestir sus desnudeces, porque ya andaban sin sayuelo ni alpargatas; que si después habrían de volver acá lo harían, pero con buenos abastos y aperos; que ya todo estaba consumido, hasta los caballos,

mueertos echando lombrices por la boca, a los que no les pudieron hacer el asco, porque era lo único de provecho para no morir de hambre; que no por otras cosa, los cuatro que ahora estaban penados a abrir los caminos, habían puesto dentro del puchero al indiecito aquel.

Harto habían avanzado por el piedemonte de la interminable cordillera a la diestra, atravesando ríos enormes de mucho brete y peligro, uno tras otro, primero el *Margua* que allí es el mismo *Aragua* o *Arauca*; en seguida el *Ele* y otro que baja negro y se mete por la provincia de *Casanare*; después el *Pauto*, el *Cravo*, el *Guarfal* y el *Guavio* que es el mismo *Upía* en lengua de los de las sabanas donde corre manso; luego el *Guacavía*, el *Pecuca*, el *Guatiquía* y el *Guayuriba* que son los que engordan el *Meta*; y el *Guape* que arrastra las arenas de la comarca del mismo nombre y las descarga en el *Ariari* antes de las llanadas que ahora se llaman De San Juan, por la coincidencia los conquistadores de entonces y posteriores haberle entrado siempre vestidos como el Bautista, con tan solo pieles. Continuaron hacia el naciente por donde se divisa una impresionante serranía aislada en medio de la llanura, de donde se descuelgan las aguas solo hacia el levante; pasaron el río *Papaneme*, al que le renombraron *Guayabero* por haber abundancia de aquella fruta amena, al que después de entrarle el *Ariari* le dicen *Guaviare*; y por último el *Tagua* y el *Caguán* en los términos de la provincia de *Neiva*, separada del reino de los *incas* tan solo por la provincia de los *pastu*, a los que les corrompimos el nombre en «pasto». Toda esta derrota por sobre faldas tajadas en una cordillera que parece alargarse hasta el estrecho de Magallanes, sin más promesa de paso a la otra mar que por donde el indio *Panquiaco* se lo mostró a Vasco Núñez de Balboa. Y en todas estas jornadas salpicaba como un eco la noticia de haber una nación grande y rica sobre las altiplanicies de la vertiente opuesta que terminaban por las cabeceras del *Ariari*, donde deberían ser más altos

los páramos por cuanto bajan gélidas sus aguas; noticias que de una u otra manera parecían sugerir estar acercándose al *Pirú*, aunque por allí nadie supiere ese nombre dado por los indios del *Darién* a Balboa y a Pizarro, porque como hasta muchos años después vinimos a saber, el dicho *Pirú* no era un reino ni provincia alguna, ni siquiera una ciudad principal, sino tan solo una muy discreta población asentada hacia el litoral de la mar Pacífica, aún muy lejos y con la enorme cordillera de por medio, a más de que muchos españoles lo pronunciaban como «Perú» y no pocos «Birú».

Cuando los de D'spira llegaron a las barrancas del *Upía*, casi ni las vieron por lo crecido de las inundaciones. Buscaron plaza avenida para asentar real en sitio seco, que con las lluvias son escasos y de mucho peligro por toda clase de alimañas y tigres hambreados que van quedando constreñidos a los rellanos. Se detuvieron por dos semanas a obrar una gran balsa de maderas livianas, sin más de comer que frutas de *hobos* y *moriche* recolectadas luego de bogar hasta un lugar apartado donde, estando en ello, un enorme *jaguar* de un zarpazo le partió la cabeza al portugués Manuel de Serpa, delante de los demás que, atontados por la osadía de la fiera, temblaban y a nada acataban en defensa del desdichado y solo vieron llevárselo como cuando un gato cobra su ratón.

Echada la balsa con cuantos españoles que le cupieron, la fuerza de la corriente la engolfó y luego la arrastró sin valer de nada las *cabuyas* con que la tiraban desde la orilla. Visto por los indios del otro lado, sin pensarlo, entraron en sus *canoas* dando duro con los remos, a ponerse en la cabeza del maderamen para desmantelarlo de enemigos. Mas un Francisco de Cáceres, ante cuya memoria sus compañeros siempre se descubren, se lanzó a nadar por delante a como le llevara el agua, saliendo a flote tantas veces cuantas le consumía la agitación de la corriente, distrayendo los indios que se ocuparon todos

en darle muerte, mientras los de la balsa lograron arrimarla a su orilla y saltar a tierra para ponerse en fuga, en tanto que los indios se contentaron con ganar el maderaje abandonado para encaramar el cadáver del Francisco erizado de lanzas y de flechas, porque cada enemigo quiso poner en él su sello, y así pasearlo en grandes giros por el río, en medio de la grito de alegrar su victoria, alargada hasta el anochecer.

Tanta calamidad no les dejó avanzar hasta bajar las aguas y en la espera revolvieron cuanto pudieron, sin lograr mayores noticias por desconocer tantas hablas como pueblos encontraban, salvo lo que captó un lengua a un indio viejo algo entendido en las parlas de los *chiscas*, *chitas* y *cocuyos* de las cumbres del poniente, el cual les declaró haber en lo alto de la cordillera, de donde traían sal y mantas, un gran reino con provincias de grandes señores y multitud de gentes vestidas, de muchas labranzas y hartas riquezas, en especial unas piedras verdes que tenían luz atrapada. D'spira le regaló un hacha, una camisa y un bonete con el fin de disponerlo a meterlos en aquel reino, pero el viejo les respondió que no eran suficientes los que allí iban, y de ir, todos sucumbirían, él primero. Para propiciarlo, no le pusieron en prisión de fierros, sino bajo una guardia disimulada, tan floja que una noche se les huyó por una barranca abajo, con la fatalidad de caer al río y ser comido por los peces, según juraban varios, porque dos días después un soldado atrapó un *pirarucú* muy crecido, al que en el buche le encontraron un bocado con la natura y los compañeros que debieron ser del viejo.

Las noticias del dicho reino alentaron a muchos, tanto que se pusieron a órdenes del capitán Juan de Villegas, gobernador que fue después de la provincia de Venezuela. Pero los caballos no pudieron con el fragor de la sierra, más para uñas de gatos o pezuñas de rebecos, y después de mucho bregar por donde se creyeron bien encaminados, por haber encontrado

mantas en las casas y panes de sal, tuvieron que someterse a la misma suerte de los de D'alfinger cuando, a espaldas desta misma cordillera, el cañón del *Chicamocha* contuvo la avanzada de Esteban Martín.

Aunque los aprietos les tronchaban las fuerzas y los cuerpos se les fueran rajando como ramas secas, no lograban quebrarles los ánimos y persistían en seguir adelante con su descubrimiento. Así que, cuando por otros farautes, o lenguas, tuvieron noticia de un pueblo grande y bien proveído y, aunque no acataran bien si era la misma noticia que le habían dado atrás, D'spira asentó campo en la parte alta y envió varios hombres hacia donde decían los informes, hasta en un cerro tupido de *arcabucos* dar con un raso en la cumbre, con la holgura para alojar un interminable cercado de troncos de palmas espinosas, gruesos y bien afianzados en defensa de un ciento de *bohíos* espaciosos. Además de lo áspero de la natura, reforzaba la protección un foso hondo rodeando todo el palenque, sembrado de estacas largas y filosas, cubiertas con varas delgadas para sostener encima hojas y sobre estas una delgada capa de tierra sembrada de pequeñas hierbas y musgos para mayor disimulo.

Llegados los nuestros y viendo que los troncos no eran tan altos, determinaron asaltarlo en tropel. A Miguel López, por ir delante, le cedió el piso falso y fue a dar dentro del hoyo, con la buena suerte de, por resbalar de lado, no quedar ensartado y los compañeros pudieron darse maña para rescatarlo con cuerdas y ramas largas, mientras desde la empalizada los indios los rociaban con tal cantidad de dardos, lanzas y flechas, ensartando algunos y poniendo a todos en retirada, en busca de tiempo y forma propicia para volver a ceñirlos. Mas como no hallaron el cuándo ni el cómo, acordaron conceder la victoria al pueblo al que llamaron Salsillas, en memoria de la infranqueable fortaleza de Salsas, en los extremos de Cataluña por la frontera con Francia. Y este, creo, ser el

primer caso, quizá único en la conquista de Indias, en que el invasor bautizó con nombre español a un pueblo invadido para honrar su valentía. ¡Lástima grande que después se lo tragó la selva!

Sin otro proveimiento ni botín que una india con su hija de unos ocho años, apresadas en las afueras del cercado, volvieron donde el gobernador. Por parecerle muy entendida, D'spira la interrogó por lo de comer que ahora valía cual Dorado y aquella señaló haber abundancia de *maíz* y otras cosas de boca a muchas jornadas de allí, por entre ciénagas y pantanos, por caminos muy ásperos, después por un río muy caudaloso. Por la apretura de la necesidad, dispuso de un caudillo y algunos soldados para ir a las labranzas con la india por guía, atada con una *cabuya* al pescuezo, de lo que se quejó la india haciéndose entender que otros españoles la habían tenido sin aquella tiranía, sino sirviéndoles libre y después le habían dejado tornar a su casa con algunos presentes que le dieron contento. Perplejo, el gobernador la hizo soltar para también soltarle la lengua, con lo cual se avino a decirles que «hombres de su misma guisa y trazas habían venido río arriba hasta donde ella los guio, que fue hasta aquel pueblo donde estaban, pero viendo lo fragoso de las singlas y las defensas del poblado, no se animaron a subir y se dieron vuelta a donde habían venido, que era a tantas jornadas por tierra, como dedos de las dos manos; que por temor de los de Salsillas, hicieron sus propios palenques donde vivían, algunos ya muy viejos, con muchos hijos grandes generados en las indias que les servían; que no tenían *guaviare*, o sea tapir o *tamoyo*, de mitad de altura de un caballo, pero mayor que un *aure* cuyo tamaño es como un perro; que se defendían con arcos y flechas como los indios, porque no tenían más que dos espadas». La noticia dio para que cada quién hiciese una ficción, pero don Jorge no dejó mover su ánimo, convencido de nunca haber pasado otros descubridores por allí

y ser todo una trama de la india para lograr su libertad, por lo que determinó seguir por donde traía trazado, en tanto otros rumiaban en quiénes podrían haberseles adelantado, como también para estas notas lo he rumiado yo, creyendo acaso ser de los perdidos en el descubrimiento del río *Marañón*, el que llamamos de Las Amazonas, o de los del hermano de Pizarro en busca del País de la Canela, porque para inventar tanto no alcanza la agudeza de una india que, para más tenía su hija: ¡era de ojos zarcos!

Determinados a seguir en su derrota, tampoco los pudo detener el encuentro con unos guerreros que se defendían tras escudos oblongos de piel de danta o *tamoyo* y acometían con unas lanzas de maderas tan largas y fuertes que con una de ellas pasaron rodela de un vigía, y con sus hondas boleaban unas piedras con que a los caballos que atinaban nunca más pudieron volver contra los indios. Fueron a dar a *Arama*, un pueblo grande y bien provisionado de lo que les daba la tierra, al que pusieron el nombre de Nuestra Señora por haber entrado un día de agosto, que hoy nadie bien recuerda si fue el de Nuestra Señora de los Ángeles, el de las Nieves, el de la Asunción de Nuestra Señora, o el del Reinado de María, y con aquello de ser regla el santoral para marcar los asentamientos del Nuevo Mundo, se fueron cambiando los ofrendados a *Gua* por las diferentes advocaciones de María, de tantos Juanes, de apóstoles y arcángeles, repitiendo tanto, sin nadie acordarse de los profetas iluminados como Elías, Isaías, Abdías, Zacarías y Malaquías, que desde las noches del Génesis vislumbraron estas tierras. Este asiento, el mismo por donde después torcimos los de Federmann al Nuevo Reino de Granada y le llamamos La Fragua, hoy es señalada como la villa de San Juan de los Llanos, poblada por el capitán Avellaneda con gentes españolas.

Allí D'spira hizo un gran convite con los bastimentos acopiados en un *bohío* de unos doscientos pasos a lo largo, con

puertas enormes en ambos frentes, del que después se vino a saber ser un templo al dios Sol, donde congregaban muchas doncellas a las cuales predicaba un sacerdote viejo sobre los preceptos y virtudes que debían guardar, sin nada más saberse deste culto porque los indios volvieron las caras hasta cuando los españoles salieron. Les vieron las caras tan solo después de tenerlas pintadas para la guerra, apareciendo y desapareciendo entre las pajas y arbustos, como fantasmas dando batalla con flechas verdaderas, hasta correr a los intrusos por más de dos leguas, no sin antes herirles los caballos a pedradas y lanzadas, hasta sacarlos a la ribera del *Ariari*, u *Oguape* en lengua *guapi*, por donde varios años después deambuló el hermano del licenciado Ximénez de Quesada, don Fernán Pérez, buscando El Dorado en la gran Casa del Sol, señalada bajo tormento y espanto por los indios moscas del Nuevo Reino. Y valgo esta acotación para advertir cómo los naturales de aquí señalaron hacia allá y los de allá indicaron hacia acá, o acaso ¿será que El Dorado aún se oculta a mitad de camino? O que, como el arco iris, ¿se muestra donde uno nunca está?

Acampando a la vera del río, vieron pasar por la otra orilla unos indios en sus *canoas* colmadas de comidas, los que por desconfianza de no recibir paga les decían por señas que, primero metieran en unas *canoas* vacías lo del trueque para matar el hambre y las soltaran en la corriente, lo que no hicieron pensando que fuese marrulla. En la noche, los indios pusieron grandes candelas y fuegos frente a los *bohíos* de su barranca, y los nuestros se aprevinieron pensando ser treta de contenerlos a que no los atacaran en oscuro. Pero, de pronto, vieron cómo los indios comenzaban a lanzar al Cielo antorchas y tizones encendidos, y palos y piedras, en medio de gran grita con señas de pernetas dirigidas a la luna, que en ese momento comenzaba a ser eclipsada. Con *macanas* golpeaban grandes troncos huecos, para enviar al firmamento

desde la selva su rechazo a la desgracia anunciada de caer el reino de las sombras sobre el mundo: la invasión que ya tenían al frente.

Apenas amaneció, hecho el vado del río, prosiguieron desbaratando y ahuyentando varios grupos dispersos por las faldas de la cordillera, hasta dar en una poblazón de unos belicosos llamados *guayupes*. Los guerreros, esperándoles en sus casas, ebrios con licor de *yuca* que es como acostumbra entrar en batalla, desnudos y ennegrecidos sus enormes cuerpos con *jagua*, y a la mano grandísimas *macanas* y lanzas de palma dura con punta afilada, hecha de canillas de enemigos, con las que acometieron con fiereza a los peones hasta que la tropelía de los caballos y los perros en un santiamén los corrió en desbandada. Luego del saqueo sacaron fuerzas para avanzar hasta el río *Papaneme*, o de la Plata según el faraute, de la que nunca se tuviera noticia de haber minas argentíferas por allí.

Al sentar real en la ribera, comenzaron a congregarse los indios con la curiosidad de ver gentes tan extrañas, hasta juntar un ciento de *canoas* de todos los tamaños. Por el recato con que se acercaron para mejor verlos y reconocerlos, se trató rescate de comida por los últimos cascabeles que colgaban de la pechera de los caballos. El gobernador con suavidad les fue sacando información de lo de por delante, a lo cual respondieron que sus mayores habían ido a asentar las fronteras con las gentes de más al sur y habían traído mucho oro y plata, chivatazo que más que alimento para las hambres de riquezas fue purga para hinchar y descoser este apetito, por lo que, en vez de pasar de largo, requintaron a los informantes para que les guiasen a donde les decían. Y fuere o no que les convenía para sacudirse los invasores, los encaminaron por la provincia *arcabucosa* de los *choques*, de muchas gentes diestras y animosas en pelear que, al menos la mitad dellas, eran mujeres de duras tetas —¿acaso las amazonas?— con enormes lanzas

de punta de canilla y rodelas de madera livianas en que llevan incrustada una caña filosa con que degüellan al enemigo o le pican la nuca al que va quedando herido, armas de las que no se deshacen ni cuando tienen en las manos los chirimbolos de labranza.

Habiendo acampado cerca de aquella tierra, les llegaron unas indias mozas de buen parecer, con vasijas de agua e hisopos de atochas y fibras de *bejucos*, con las cuales comenzaron a despejar a los cristianos, de la cara hasta los pies, sacándoles la mugre y los hedores de tantas jornadas; a espulgarlos de piojos y *niguas*, y masajearles con aceites y grasas, cosa que tomaron por salutación y agasajo, pero con verse casi todos tendidos y desnudos y desarmados, comenzaron a inquietarse y a sospechar ser treta y fisgoneo para sus hombres que debían estarse confederando contra la entrada de los extranjeros, por lo que alguien soltó la voz de «antes que nos corten las pelotas, follemos estas putas» y con la primera que le abrieron las piernas, las demás hicieron valer las suyas para desaparecer por donde vinieron, por donde mismo unos gandules hicieron su primera acometida, que no les salió como pensaban porque no supieron cómo contener a los perros ni aguantar los caballos, y fueron rebatidos, desbaratados y ahuyentados por los cristianos peleando como indios, con los cojones al viento, emulando sin querer a los épicos espartanos.

No desistieron los *choques*. Les llegaban en guerrillas sorprendidas, ora sobre el alojamiento, ora emboscando a los que iban por leña y comida, de donde salió más daño para las gentes de servicio que para los españoles. Desesperado, el gobernador ordenó a su maese de campo, Esteban Martín, pacificar los alrededores con cincuenta peones y quince jinetes, que de poco sirvieron porque los caballos se trabaron en los pantanos y tremadales, y tuvo que volverlos. Y como el gobernador le conminó a que regresara a lo ordenado, «a pie, que los salvajes

tampoco tienen caballos», el capitán le respondió «no ser cobardía, sino imprudencia, entrar con solo infantes por entre la gente más belicosa de cuanta nos ha tocado en esta larga conquista y, como vuestra excelencia así nos empuja, atañe solo a Dios que ojalá volvámos acá algunos de los que allá vamos», el gobernador no tuvo más para decir que «Idos. Yo seguiré adelante sin importar cuán escasos estemos de hombros para carga, ni que tan cerrada esté la tierra, o anegados los caminos por las lluvias, porque así hemos llegado hasta aquí y pronto abriremos las puertas del reino que buscamos, del Paraíso de Tierra Firme, que ya lo merecemos».

Luego de caminar por tres días sobre tierra muy quebrada, embarazados por venir cada quien cargado sus aparejos y amparos, muy cansados, dieron en un camino ancho y recto que los llevó a *Cumarebo*, un pueblo de treinta casas fundadas sobre los cerros alrededor de una plaza empalizada para servir de fortín. Mientras el cabo Nicolás Palencia esperaba por la gente rezagada, el capitán metió de madrugada la mayor parte del destacamento en el poblado por donde creyó ver un boquete. El bullicio atrajo a los moradores que lograron defenderse y, después de un largo rato, obligaron el retiro de los asaltantes hasta donde estaban los quedados, donde pudieron curar sus heridos, ya que los muertos los pusieron los indios cargueros colocados de escudo por adelante, como era ya de rutina. Reunidos, volvieron los cristianos al asalto por la misma brecha, por donde, después de mucho esfuerzo, lograron entrar a dejar la poblazón tinta en la sangre, mancha agrandada por el aguacero que no cejó en todo el día y que en el siguiente fue de gris y negra, por las cenizas y los carbones de todo a cuanto le pusieron fuego, dejando salvas tres casas grandes para su alojamiento.

Los indios, desarmados y derrotados, formaron a poca distancia un cinturón que los vencedores creyeron era para admirar la osadía de tan pocos que lograron hacerles tanto

daño. Pero pronto supieron que estaban allí para verlos morir, porque ya habían convocado a todos los que habían arruinado a su paso. Y aunque los cristianos, ahuchándoles los perros, trataron de correrlos, aquellos no se movieron y antes les mataron tres a lanzadas. Entonces acordaron retirarse cuando los indios estuviesen desapercibidos en el primer dobléz de la noche, como lo hicieron a toda prisa hasta dar en otro pueblo donde los moradores ya estaban avisados y avisados a salirles al paso y lograr dividirlos en tres fracciones para más debilitarlos. Esteban Martín sacó siete malas lanzadas, que trató de disimular con torniquetes de *cabuya* donde más pudo, para no desmoralizar a los suyos que le tenían por invencible. Los indios les tomaron los trastos y la ropa, haciendo todo trizas y ensartando los jirones en las puntas de las lanzas frente a donde estaban recogidos, esperando algún milagro para poder huirse.

Muy herido, el peón Valdespinosa logró volverse en la noche hasta donde estaba Nicolás de Palencia con los de la retaguardia y darle noticia de quedar el capitán en poder de los indios y tal vez ya muerto, con lo cual se les aflojaron los ánimos y les entró tal desamparo y desconuelo, que les hubiese perdido de no ser por las ásperas palabras —que en la guerra son las eficaces— con que el De Palencia increpó a sus compañeros a «ser lo suficiente hombres para vengar los compañeros y vender caras sus vidas, cada una tan valiosa como mil desos demonios», voces que fueron fuerza nueva para que, en esa noche de solo lluvia, se logran juntar y luego escapar guiados por uno de los *naborías* ladinos que en lo oscuro veía y oía como un gato, y los encaminara por tantas leguas de mal camino hacia el alojamiento del gobernador D'spira, los más rotos a lomo de los pocos indios ilesos, otros abrazados por los que medio se podían sostener, porque no hubo forma de hacer más que cuatro *guandos*, uno para el capitán Martín, otro para Valdespinosa y los otros para dos que sostenían sus tripas con las manos.

Y así se fueron deslizando por entre la niebla, dejando atado un perro para que, al verse abandonado, con sus aullidos les cubriese las espaldas.

Al día siguiente, frente de una pasadera de *bejuco*s tendida sobre un gran río, demasiado arriesgada aun para los que se mantenían en pie e imposible para los malheridos, Martín tomó la determinación de abandonar los más infectados y pasmados, los que no tenían posibilidades de vivir más de un día y ya eran peso muerto. Quiso quedarse con ellos, pero entre todos le animaron a llegarse hasta donde D'spira, porque querían verle a este la cara de vergüenza por no haber oído los consejos del baquiano, mas el capitán cedió diciendo entre lágrimas de todos que «como se nos van acercando las parcas, dentro de poco estaremos reunidos en el purgatorio, puesto que el Infierno ya lo estamos pagando aquí». También cargaron con Valdespinosa en reconocimiento a su bravura, homenaje que no duró más de media legua, cuando se dieron cuenta de llevarle muerto.

Pedro de la Torre, sintiendo que se había salvado por favor divino y que esa misma gracia aún le amparaba, pidió permiso para adelantarse de prisa hasta donde estaba acampado el gobernador, quien pronto les envió ayuda de indios y alivio de comida, porque llevaban varios días sustentándose con tan solo unos *cuescos* de *moriche* puestos en ascuas para luego sacarles el tuétano o almendra.

Esteban Martín aguantó los cinco días gastados en llegar a donde el gobernador y otros tantos luchando contra la muerte, sin más armas que una promesa oculta de volver a contar su historia a un amor desconocido. Y por no haber podido él cumplir su juramento, es que me he extendido en esta tragedia, con la esperanza de que quien esperaba recibir sus confidencias sepa, si no le mortifica, que puedo ampliar mucho de cuanto vivimos en las expediciones de los alemanes, y de las anteriores

suyas con lo mantenido en la memoria de unos pocos de sus viejos camaradas.

Hasta allí avanzó la expedición del gobernador, porque la tropa se sentó cuando se sintió huérfana. Y ni D'spira ni D'utre estaban para oponerse. Se volvieron sin pólvora ni ballestas, con los caballos y los perros reventando las barrigas de lombrices, sin comida de sustento porque ni pejes sacaban dentre las aguas embarradas por las crecidas; mayores los trabajos, suelta la disciplina, los enemigos en asecho, los sanos enfermando y los enfermos muriendo, porque la huesuda metía su guadaña sin distingo, segando a los capitanes Murga, Ceballos y Cárdenas, ni perdonar al distinguido Murcia de Rondón, quien fuera secretario privado de su Majestad Francisco I, Rey de Francia, mientras estuvo preso en Madrid luego de ser vencido por don Carlos en la batalla de Pavía, y así, en el silencio destas lejanías, quedar enterrados todos los secretos que el Rey franco le había confiado.

Por más que rondaran en su busca de raíces y tubérculos como *bore*, *chicol*, *boniata* y *mandioca*, nada dellos tropezaron, ni siquiera frutas como una mísera *guayaba*; en las aldeas abandonadas nada de *chichas*, de caza o pesca secas o ahumadas. Lo único que atinaron unos soldados, cuyos nombres callo bajo la complicidad militar por aún estar vivos, fue un crío de pocos años, gordito, abandonado en la carrera por su madre ir protegiendo otra niñita entre los brazos. Mataron la criatura y se comieron las asadurillas puestas sobre brasas. Después montaron un perol para cocer los miembros y la cabeza, cuadriles y costillar. En estas llegó una india bautizada y, viendo lo de la olla, dio tantos gritos que llegaron a oídos del gobernador, quien horrorizado con lo del guiso mandó quitarles la vida a los enloquecidos, pero por ruegos de los compañeros, aduciendo estar todos fuera de cabales, los penó con abrir los caminos de regreso a *Coro*.

Desde este caserío, que por ello lleva ahora el nombre de El Muchacho, D'spira envió un mensaje a Federmann aposentado en Poca Vergüenza. En él comenzaba por reconocerle su expedición ajustada a los pactos secretos de *Coro*, concertados cuando no estaban tan destapadas ambas ambiciones por la gobernación; y a renglón seguido le pedía auxilio para su gente que ya no podía sostener la espada. Mas, como ambos bandos mantenían indios espías informando los movimientos del otro, el teniente general no esperó al estafetero, sino que lo esquivó, de lo cual D'spira tuvo relación por boca de una india de servicio que llevaba Federmann y, por haber caído enferma de un embarazo demorado, la dejó en una ranchería de *caquetíos*. Don Jorge quedó perplejo pensando que su émulo le quería muerto y, aunque tuvo la intención de ir a tomarle la gente para con ella volver a sus descubrimientos, sopesó que, con lo escasa y esmirriada que venía la suya, sería como ponerse en manos de micer Nicolás, quien ahora sabía ser su enemigo, y entonces, con amargura y rabia, se empecinó en llegar a *Coro*, así fuese con sus últimos alientos.

Cuando ganaban las últimas serranías y se detuvieron unos días a recuperar el respiro, de los collados altos les caían de continuo tropillas de flecheros a tomar venganza rematándolos. D'spira estaba tan irritado que ordenó a los peones ir de noche a lo alto y tenderles una emboscada entre los *arcabucos*, en que mataron a muchos indios y tomaron unos treinta presos, de los cuales D'spira hizo empalar una docena en la cima del cerro, dejándolos de estandarte para aterrorizar aquella tierra tanto con los gritos a medida que las estacas les iban desgarrando las entrañas, como con la hedentina de las carroñas convocando los gallinazos en espirales negras a pelar los huesos que cayeron a ser repelados por ejércitos de hormigas; castigo bárbaro que fuera desconocido hasta entonces en las tierras de *Gua*, aunque en otras provincias ya hubiere sido usado y, por igual que el

aperreamiento de rasgar vientres y gargantas con mastines cebados con despojos, gozó de sordina entre cronistas, mas no en la conciencia de los verdugos cuando la sangre se les enfriaba y les ladraban los mordimientos vestidos de pesadillas.

Después de cuatro años de haber salido de *Coro* con cuatrocientos soldados bien aderezados y aprovisionados, volvió D'spira con cerca de noventa esqueletos andantes, forrados en sus pellejos cuarteados y llagados; sin riqueza alguna y enloquecidos por haber estado a pocas jornadas del País de la Canela y de las selvas defendidas por las Amazonas; y, sobre todo, a las puertas de El Dorado que prometía brillar en algún lugar de las altiplanicies de la cordillera, porque los testimonios fueron veletas enloquecidas por vientos encontrados, girando como recuerdos colectivos, imprecisos, remotos, como todos los mitos que se regocijan extraviando la verdad que acunan.

Lo que sí salió a verdad fue que, de haber habido entendimiento entre Hohermuth von Spira y Nicolaus von Federmann, uno dellos o ambos habrían marchado por donde apuntaban sus derrotas, y entonces los alemanes, en vez de los castellanos, habrían sido los descubridores del reino de los *muiscas*: ¡el País de las Esmeraldas!

D'spira volvió para recibir la noticia de haber sido reemplazado en su gobierno por un español vecino de Santo Domingo y saberse olvidado por sus patrones, aborrecido por sus soldados, odiado por los colonos, repugnante para la indiada. Regresó para enredarse más tratando de socavar al nuevo gobernador, al intentar sobornar el favor del obispo de Bastidas, el del pulso firme en negocios del gobierno e informante de la Emperatriz. Retornó para acarrear más costos y ojerizas, más imputaciones y desengaños que, sumados a los achaques traídos de la expedición, le minaron hasta llevarlo desdibujado a la muerte, tanto que ni siquiera se tiene certeza de haber ocurrido allí o en la Hispañola.

CAPÍTULO XXII

DE LA GATEADA POR LA CORDILLERA,
por paredes tajadas a plomo para subir casi
desnudos a los páramos yermos hasta salir
a la poblazón de *Fosca*, donde supimos de los
cristianos habernos ganado la delantera al reino de
los moscas, por donde está más reseñado El Dorado

A Felipe D'utre, comandante de la guardia personal de D'spira, señorito de pavoneo distinguido y pañuelo perfumado no hacía un lustro, el trópico lo apagó, lo tornó cerúleo y ajado; la brutalidad lo disfrazó de caballero de pluma gacha, taciturno, sobre un macilento rocín de mero hueso, llagas y lombrices. Durante un mes aguantó exasperado a que bajaran las aguas del *Apure* para pasar en embajada de avenir las tropas del teniente con las del gobernador. Cumplió con el acecho, es cierto, hasta no poder más con el estrago del hambre y abandono, estando tan maltrecho. Pero también fue cierto que no puso diligencia ni empeño en enviar un esquife con algún ladino hacia donde nos señalaran las noticias, toda vez que para el indio de la selva no hay meandro ni río que lo ataje. No lo hizo, dijo, por el pálpito de que Federmann no se avendría a darle la cara. Con todo, antes de volverse, para no cargar remordimientos, en el cruce del camino y señalado con varios mogotes de piedras, dejó colgado de una rama su recado, escrito en dos cueros de *guío* o boa arrebuados

dentro de un caparazón de *cachicamo*, o armadillo gigante de los llanos. En un rollo escribió apretada la recomendación de que «En llegando a las montañas que descabezan delante del *Meta* y antes del *Ariari*, trasponed la cordillera al poniente por las sierras que llaman *Boyacá*, porque allí apuntan las noticias de un reino que parece ser el mismo del que Esteban Martín trae relación de esconder El Dorado asentado en una meseta. No sigáis más al sur que por allí fuimos desbaratados y perdidos. Dios os guarde. Signo yo, Felipe von Hutten, en nombre del gobernador Hohermuth von Spira». En el otro cuero dibujó la derrota desde el *Apure* hasta Nuestra Señora, señalando el cruce de la cordillera, por donde desciende el río *Guayuriba* con una flecha y membrete de «a El Dorado».

El mensaje fue tropezado días después por un peón canario, guarda de la impedimenta, quien, por no saber leer, menos en alemán, y sin sospechar de quién venía, lo puso en mis manos para que le aconsejase si era cosa que le valdría aplauso de su capitán. Federmann le agració con un puñado de *maíz* por andar con los ojos abiertos y un trozo de queso para no hablar con nadie de ello. A mí me ordenó:

—Metamos los dichos ríos en nuestra sesera y tirad los cueros al agua, para no llevar más carga muerta: no hay noticia nueva porque coincide con nuestros averiguamientos. Y siendo nuestra derrota la misma, la gloria del hallazgo será de quienes allá lleguemos, no de los que retroceden. —Y así quedó ahogada esta información para el canario y todos los demás.

Después de un año de roñas y quites, aún seguíamos acuartelados en Poca Vergüenza moliendo los días, deplorando ver cómo nos consumía la *manigua* en el acecho a que se alejaran los últimos de D'spira, para no cruzar camino con el rezago de su retaguardia. De pronto nos sacudió un alboroto de los indios por venir cristianos y, con el sobresalto de darnos las caras, nos pusimos en alarma, por ser posible pasarnos a las manos.

Pero todo se cambió por regocijo, cuando supimos que se trataba del capitán Juan Gutiérrez de Aguillón, quien, habiendo ganado la confianza de Federmann durante la entrada a la *Gujira*, se había quedado de espía en *Coro* con la coartada de estar muy aquejado de gota. Nos sorprendió verle acompañado de unos quince soldados, aparejados por milagro. Se apartó a solas con Federmann para darle las nuevas del gobierno de la villa, ahora bajo capa española, de la vuelta de D'spira y de todas las desgracias de su gente, de lo cual micer Nicolás no enteró a la tropa, tal vez por no quedarle claro si aún era gobernador o estaba depuesto, o por suponer que, con mezclarse los recién llegados con la soldadesca, tendríamos todas las noticias y los relatos que los sobrevivientes les hicieron en la villa, cual naufragos que no paraban en desahogar penalidades y acaecimientos; noticias que fueron aviso de lo que nos saldría en el camino: de los fieros guerreros desnudos y *embijaos* con pesadas *manacas* de palma negra esgrimidas a dos manos, con que podían quebrar un hombre; de mujeres de enormes tetas apuntando sus grandes arcos y venablos a ensartar de parte a parte; de vagar por entre grandes carencias e incontables bestias desconocidas, que por ser tanto su apremios ninguno de los de D'spira quiso volver. Mas como ningún aspaviento de palabras le arruga el ánimo a un español, menos si está en grupo, ni hay temor y escrúpulo que no rebote en la tozudez de ir por El Dorado, a nadie le entró pasmo, ni le bajó la obcecación de estar gobernados hacia un destino de opulencia. Y corrieron las últimas *totumas* con licor de *yuca* y de *ananá*, y nos animamos con vítores y juramentos, para sugestionarnos que avanzar no era desatino sino dejar atrás aquel Infierno. Luego vino la orden de echarse a descansar para ganarle al sol en ponernos a la marcha.

Para mejor gobierno de gentes tan duras, sueltas e irritables, de tan espoleadas codicias, días atrás Federmann trató de revolver las facciones de la tropa, pero, así como toda cabra

tira para su peladero, cada quien quiso ponerse bajo mando conocido, con quienes ya tenían concertados promesas y entendimientos. Al final se avinieron tres pelotones que, para mejor barrida y sustento, avanzarían sueltos por caminos diferentes: los venidos de *Paria*, bajo el mando de Limpias; los agregados de Santa Marta, liderados por su capitán Rivera; y el grueso nuestro con Pinilla. Diego Martínez quedó responsable de la salvaguarda del teniente general, de los oficiales de la Corona y de un corrillo de extranjeros que andaban como rueda suelta por su poco acomodo con los españoles excluyentes: un Juan y un Nicolau, alemanes, el flamenco Antón Requence, Juan de Córcega, dos italianos, dos de los países bajos y un portugués de cuyos nombres no recuerdo siquiera dónde los anoté; personajes extraños que entraron de acompañamiento en diferentes tiempos, nunca de caudillos, porque se tenía por casi traidor al español que se ajustare al mando de quien no fuera natural de los reinos de España. Si teniendo tan reprimido el embarque se habían colado sin nadie saber a qué estaban apostando, no hay duda que su entrada en las Indias fue por cubrimiento de los Welser o de don Carlos. Salvo el flamenco y el corso, que siempre dieron pruebas de estar al lado nuestro, más que del alemán, a los demás no se les conoció habilidad ni oficio y siempre se cubrieron con no saber más que su lengua materna, siempre desdibujados en un claroscuro, como hijos bobos del general, que poco les exigía y mucho protegía. Otros sobre quienes cayó un manto gris, fueron varios capitanes lucidos en las guerras de Europa y duros baquianos en las Indias, al quedar de cabos de los tres comandantes de las tropas. Sus nombres no volvieron a escucharse hasta cuando se asentaron de encomenderos y tomaron riendas en las colonias. Dicen que los viejos cosmógrafos compañeros de Caboto, un día cualquiera en que Federmann estuvo ausente, se allegaron a *Coro* y se

arrimaron a las celdas de los frailes a nada más que hacer trazos en sus mapas, que devoró el olvido a medida que se fueron muriendo sin que nadie lo notara.

Para cura de las ánimas de nuestro piquete, Federmann aceptó a fray Vicente y en cada tropa puso otro agustino. El Verdejo tan solo se bastaba para ser capellán y guarda de sus gallinas.

Con solo el acopio aportado por la recua de indios bajo el capitán Gutiérrez, de algunos bultos de *cazabe* y otros de pescado *muqueado* y sellado con cenizas de palma y envuelto luego en hojas de *moriche*, partimos a la ventura que todos juramos ser la última: los animosos, por apalabrar volver pronto a sus hogares cargados de riquezas, y los desconsolados, resignados a luego darse a la dura paz de hacerse colonos en cualquier rincón, así fuese entre los riscos. Yo, por no habérseme descolorido lo aindiado de por dentro, porque lo que fui hace diez años se me quedó allá en Castilla y lo que ahora soy pertenece más a este trópico, a esta selva que me reclamaba a aquietarme con *Ceyune* para gozar de su amor, porque su apego se había vuelto a destapar y me asaltaba en cada quiebre del día y de la noche, con el anhelo de regalarme su sonrisa; y la intuía atisbándome sin disimulo cada que de repente volaba una bandada de mariposas, o se inquietaban las libélulas, o las golondrinas errantes repetían frente a mí sus lazos en el aire; y la adivinaba en los espejos cobrizos de la luna meciéndose en las aguas y en el trémulo de los árboles. Y no es que tanto hervor me estuviere volviendo loco, sino que todos estábamos locos, porque a todos nos rondaban los amores lejanos, fantasmas de terciopelo en las quietudes, que en el combate se tornan atronadores del coraje y hervidores de la sangre para no ser vencidos y algún día poder volver a ellos.

Nuestra marcha fue tal como la sufrieron los de D'spira, abriéndonos paso por entre salteadores con arcos mayores que su estatura, con los que despedían flechas con un pedernal

filoso, atado con tendones de venado que se aflojan al entrar en las carnes y se quedan acuñados dentro, con las que tanto nos ensartaron caballos y perros, cazándolos como a venados. La mejor defensa fue irles duro y dejar muertos los que más pudimos, con rédito de brazaletes, perneras, pecheras y las calabazuelas de oro de honestar sus vergüenzas, lo cual nos hizo demorar en sus poblazones en pillaje de joyuelas y *chagualas*, tanto como en la busca de los bastimentos que aquellos escondían entre mochilas bajo el agua, y mientras más días demorábamos en hallarlos, más necesidad teníamos y más los acosábamos por ello.

Al meternos en lo llano, dimos en unas ciénagas tapizadas con unos lotos buchones, entretejidos en una manta flotante que impedía la marcha y nos dejaba engolfados, con gran peligro de la plaga de *pirañas*, unos pececillos a los que dijimos *caribes* por ser tan sanguinarios, que en menos de una salve dejan un caballo o a un cristiano en solo huesos, mundos de sus carnes. El único amparo contra aquellos, aprendido de los indios que se meten a pescarlos en los caños, es ponerse unas calzas enteras de red de nudos gruesos, a más de la prevención de primero tirarles en sitio alejado una caza grande sangrando, como un *capibara*, un *saíno* o un *pecarí*, porque el olor de la sangre desos cerdos salvajes los desenfrena y todo el cardume nada a darse el banquete, y distraídos en ello permiten el paso de las gentes. Mas con ir más hambrientos que las dichas *pirañas*, pusimos las indias a la dicha industria de las calzas porque era mucho sacrificio ceder nuestras necesidades de caza a estos *caribes* insaciables.

Otro gran temor en aguas no muy profundas, turbias por lo general por la descomposición de tanto vegetal, eran unas raras sierpes gruesas y ciegas, como anguilas de cinco o más codos de largas, que, con tocar un caballo, sin herirlo, les hacen convulsionar tan fuerte con todo y jinete, que acalambrados

y sin fuerzas terminan ambos por ahogarse. Por ningún ladino saber su nombre de la tierra, ni haberlos en el Mundo Viejo, les dijimos «temblones».

Por todas estas aguas, y escondidas entre el barro de las riberas, hay infinidad de mantarrayas de agua dulce, hasta de tres palmos de diámetro y de una a dos arrobas, poseedoras de un dardo de muchos dientes en la cola, con que agujijonean traspasando alpargatas y meten gangrena en la herida, la de los peores dolores, que solo los indios curan por rezos.

Por igual que las riberas del *Yuma*, estas tierras están infestadas de cocodrilos medianos, a los que nombran según la región: *baba* entre los *tunebos* del *Casanare*, *cachirre* entre las tribus del *Meta* o *yacaré* en otros clanes, y son tan fieros como los *caimanes* negros de los *caribes* que tomaron gusto en cebarse con nuestros perros. Ya hemos hablado de las sierpes que nosotros llamamos boas y por aquí las diferencian entre enormes *güío* y *anaconda* las todavía más grandes, y por igual abundan por los caños y cenagales, y aunque hacer harto daño, solo traeré a colación una que, habiendo atrapado con su boca a un venado lo asfixio por el hocico, y de ambos, animal y bestia, sacamos provecho porque la cornamenta le impedía tragarlo, ya que, la natura siempre les dicta empezar a engullir su presa por la cabeza, para que se deslice más fácil su pelo. Sería interminable señalar tantas y diferentes especies de culebras, a cual más venenosas, que anidan en todas partes, en los árboles podridos, bajo las piedras, o entre la hojarasca, mas por lo general huyen de los humanos.

Por estos y otros miles de inconvenientes, determinamos salirnos de lo llano y pegarnos al piedemonte, y harto tuvimos para andar por ya haber perdido las sierras. A los caballos les comenzó una pedorrera horrible por comer limos y gusanos en los pantanos. De ello murieron dos, que fueron remedio para varios días de hambre, pero sin suplirnos de

mucho porque el regüeldo se nos pasó a los cristianos y lo comido se vació en pestilentes chorretes que nos dejaron en peor condición, por lo cual hubo que resignar otros caballos muertos para el diente de los perros y los indios.

Por fin salimos a unas colinas donde nos atajó un río no muy ancho, aunque hondo y tormentoso. A su lado encontramos runos anchos en ripios con algo aprovechable para reposar y reponernos. Los lenguas indagaron a los vecinos curiosos que se arrimaron y declararon que los habitantes habían dejado sus casas y se habían mudado debido al temor cogido de un animal enorme, con varias cabezas, que mataba a quienes de noche se acercaban al río, de lo cual mucho se mofó la tropa hasta la hora de las vísperas, cuando volvieron corriendo los que habían ido por agua, espantados por unos bramidos espeluznantes que salían como de varias jetas desde diversos sitios. Aseguraban ser del monstruo, sin querer oír a quienes bien sabían ser los rugidos de unos monos cotudos, imitadores de *jaguares* para ahuyentar a otros congéneres de sus abrevaderos. Los aterrados certificaban haber visto, en su espanto, una tarasca detrás de los *moriches* sacudiendo varias cabezas de dragón. Hubo que poner música de látigo para que los indios aguateros acarrearán agua fresca al campamento y reforzar la guardia camino al río. Pocos durmieron en la noche y aun los que conciliamos el sueño, en la hora prima volvimos a la conmoción por los mismos rugidos desde lejos.

Como volviera otra vez la estación de lluvias, el teniente general ordenó al capitán De Limpias adelantarse con su gente en busca de un lugar acomodado para invernar. Lo señalaron en la ribera del río *Pauto*, por ya haber avistado varios humos y labranzas con abundancia de sustento. Ocho de los de a caballo se desmandaron a saquear un caserío sin permiso del capitán, por saber que, de pedirlo al De Limpias, él mismo habría entrado con ellos. Federmann les confiscó el botín para meterlo

en sus arcas personales y agrandó la pena de cada uno con ceder por treinta días su cabalgadura a un enfermo.

Durante la escampada, salieron varios piquetes en diferentes direcciones a la busca de por dónde subir y atravesar la cordillera, pero todos volvían a los pocos días con noticia de que la aspereza de las faldas no dejaría avanzar los caballos. Estando en esto con una patrulla de varios camaradas, apenas pasó un chubasco de los que a diario nos calaban, desde una peña se lanzó un *jaguar* enorme sobre un soldado rezagado por una urgencia de sus tripas. Y ya lo llevaba desnucado, arrastrado por el cuello, cuando acudieron algunos indios cargueros a correrlo a palos, con lo cual la bestia se encabritó y se batió a manotazos desgarrando a tres de aquellos desdichados, y hubiesen sido más los muertos si no es porque me atreví a picarle el anca con la espada y, acosado por los gritos y amenazas de todos los demás, se apartó algo rengo, con la majestuosidad del Rey de los gatos. Dimos sepultura al soldado y también a los indios para evitar cebar la fiera, que vuelta por la noche y al no encontrar su fiambre, se nos metió en el alojamiento en busca de nuevas presas, pero lo único que ganó fueron dos saetas de ballesta cerca de donde relumbraron las teas en sus ojos.

Semanas después de andar por los llanos, topamos algunas manadas de *guahibos*, gentes nómadas que llevan consigo lonas de algodón y *hamacas* de fibras de palmas para recogerse en la noche. No tienen labranzas propias, ni lugar señalado de habitar, sino que viven de la caza, de la pesca y de lo que roban en los pueblos, que por ser tan ligeros en correr pocas veces los alcanzan. Por estas y otras señas, por sus escasos utensilios, parecen algo emparentados con los *giraharas*.

De las montañas bajan innumerables afluentes frescos a engrosar el *Meta*, que pronto se caldea con el ardor de los llanos y entonces, desde por donde estábamos, se puebla de unos

delfines rosados que llegan a solo retozar, semejantes a los bufeos o a esas enormes toninas grises que se crían en la mar; delfines que como perros acompañan con cabriolas y chillidos a los remeros de estos parajes y con sus bufidos les anuncian marabuntas y tormentas. Una india vieja contó que las toninas hembras, cual sirenas, con sus vocecillas y chapoteos seducen a los remeros solitarios y después de llevarlos en meneos por entre las aguas de los juncales, los extravían y abandonan delirantes, que por ello los varones ribereños usan las vulvas desecadas de las toninas como brazaletes ajustados, para que viéndolos sientan temor de lo que pueden salir perdiendo.

Estábamos justo por donde el dibujo del capitán D'utre señalaba la subida a la cordillera, mas como el grueso ya iba por delante y Federmann no quería develar el gesto de su compatriota —que de salir erróneo si lo señalaría—, nos fuimos varias jornadas más al sur, siempre arrimados a las montañas porque los tributarios, menos explayados, aunque más embravecidos, se podían ganar derribando árboles y trenzando lianas.

Una vez cruzado el *Ariari*, o *Guape* para los *guapis* desde donde comienzan las sierras de *Maruachare*, dimos en la poblazón de *Aracheta* y de allí en *Arama*, la que los de D'spira ofrendaron a Nuestra Señora y que para nosotros, por llevar a la cabeza un simpatizante luterano encubierto, le dijimos La Fragua, por yo haber montado un brasero y usado una piedra dura de yunque para poner a saltar porras y almádenas sobre fierros de los cerrojos de los indios que se habían ido quedando muertos. Allí, después unas cuatrocientas leguas, bien o mal calculadas, de penoso camino, teníamos acordado esperar a estar reunidas todas las facciones. Y en tanto nos agrupamos y recomponíamos, volví a sacar el canto a los martillos machacando los metales entre rojo y amarillo, para rectificar torceduras de hachas, estirar azadones, y asentar machetes, por igual que para forjar clavos de ajustar las herraduras

y disponer las bestias a los peñascales que trepan por de las sierras. Las armas sufren menos por ser mejor cuidadas, pero con el trajín que tuvieron, tuve que convertir en puñales las espadas rotas, aguzar picas y lanzas, y revivirles sus temples. Poco se pudo con los gatillos de las ballestas y arcabuces trabados por el orín, comidos del verdín, que seguirían como peso muerto para cuando se pudiesen remediar o, al menos, volverlos clavos para barcazas, porque por estas calendas muchas de las armas de orgullosa factura alemana ya estaban inservibles y reemplazadas por simples leños: *macanas*, lanzas, arcos y flechas ganadas a *guahibos* y *guayupes*.

Cuando se determinó el ascenso a la cordillera, saltó la carencia de ropas adecuadas. Salvo los capitanes y factores que tenían mudas de repuesto, los peones ya habíamos arruinado toda prenda en el año de vagabundear por tierras cálidas y caladas, y estábamos como indios, descalzos y a medio calzón, sin más uniforme que las barbas para en algo señalar ser cristianos. Los pellejos de los caballos muertos, guardados en buena hora por sus dueños, aunque malolientes y duros como zurrón, vinieron a simular caperuzas y zamarras para a uno que otro de a caballo y acaso polainas para las piernas de los desmontados. Los cueros de venado sirvieron en las parihuelas de arrastrar los moribundos. Los de cerdos de monte y demás caza, habían ido a parar a nuestras barrigas, al porcionar los asados sin desprenderlos de carnes ni tendones. Yo tenía media piel de *jaguar* curada con cenizas y aderezada con sebos, y con dobleces precisos para envolver y defender las resmas en blanco y los pocos folios emborronados, en reemplazo de los papelotes encerados en que vinieron de Castilla y se fueron moliendo y desgarrando en los caminos, no obstante la solicitud del indio manso que comprendió cuánto ayudaría su servicio a que, a la par de ir registrando nuestras hazañas igual a como los *sailas* y *curacas* canturrean las

suyas, acaso las generaciones venideras supiesen de la catástrofe que les estaba azolando. Federmann adivinó en varios la gana de echar este cuero sobre sus espaldas en vez de ir protegiendo papeles vanos, y dijo para los oídos de todos que «quien toque el cuero del tigre, arriesga el de sus pelotas. Mejor os irá si en los rancheos rebuscáis más por mantas que por oro». Pero en estas tierras cálidas, donde mejor se dan los algodones, poco o nada se usan los tejidos. Así, los peones del ejército del Emperador más fastuoso del orbe, quedamos atendidos a nuestros propios cueros.

Durante el aprovisionamiento de lo de yantar, sospechamos de los vecinos estar confederando sus naciones, porque encontrarlos dados a enyerbar sus dardos y flechas, afilando canillas a manera de puñales y ajustando sus astillas en la punta de varas de palma, armando los ingenios de los pederuales de hendirse como arpón sin cuerda, juntando sus *canoas* en los remansos de los ríos; y mujeres preparando brebajes de *yuca* brava, con los que salen achispados a la guerra, con más coraje y decisión; y los viejos dados a extraer zumos de *jagua* para pintarse los guerreros de negro, y de *bija* y *achiote* para sus dibujos colorados. Nos aterraron los avisos sobre los *curacas* del oriente, que apenas supieron de la entrada de los invasores, se dieron a enseñar a todos los herbolarios de las llanuras la maña de fabricar el *curare*, el más efectivo de los venenos, que con la velocidad del rayo cuaja la sangre del cuerpo, pues basta solo un rasguño con una espina emponzoñada, o con el filo de una caña, para caer tieso, muerto antes de terminar de santiguarse. Sacan esta ponzoña de una raíz parda del mismo nombre que se cría en los pantanos sin dar retoños ni hojas, y una vez trozada, machacada y mezclada con rebanadas del *bejuco maguacure*, ponen el mazacote en ollas a fuego manso que no lo pase de tibio, como en atadores de alquimistas; luego una de las viejas gana honor con morirse por inhalar

sus vapores mientras van rebullendo el caldo, porque por lo general cae muerta la vieja, por entrarle los vapores a su condición débil, toda vez que del *curare* se puede tragar un poco sin peligro alguno porque solo ataca por la sangre. Cuando este arrope toma la color clara, lo cuelan y luego le dan fuego fuerte para que con el hervor se reduzca a una tercera parte. Para probar su poder venéreo, con el filo de un hueso hieren la piel de un jovenzuelo y cuando va a manarle la sangre le acercan la punta de una vara impregnada del jarabe, sin tocarle porque muere; si la gota que va a salir retrocede, el *curare* está en punto, si no, hay que darle más fuego. Y dijeron los del soplete que ya venían mensajeros trayendo botecitos de barro con esta preparación nefasta, que por aquello habían pagado con todos sus tesoros, a fin de sacarnos de sus dominios desta vez por todas.

Aunque la mayoría habíamos enfrentado y vencido falsedades y exageraciones de las artimañas y astucias de los indios, nadie quiso esperar a cerciorarse cuánto del *curare* era verdad o mentira, como entre nosotros la mandrágora. Mejor nos iría en declaramos descansados y repuestos, y así, en los comienzos de febrero del año de mil quinientos treinta y ocho después de nacido nuestro Amo y Señor, después de diez de haber puesto mi pie en Tierra Firme, desmontamos la fragua y por tres días abrimos caminos hasta cruzar uno que nos llevó por las ondulaciones de las sierras a dar en un palenque de *operiguas*, parientes de los *omaguas*. Era este un cercado tan apretado como el llamado Salsillas por Esteban Martín, recogido y fortificado por igual con gruesos troncos de palmas, contra los cuales mellamos en vano el nuevo filo de hachas y machetes, sin lograrle hacer entrada. Los defensores, acomodados en lo alto, con sus flechas nos diezmaron las escuadras de indios puestos como escudos. Una de las saetas pasó de lado a lado un soldado, visto lo cual los de la vanguardia corrieron su

posición, con la fortuna de encontrar un portillo por donde fue posible la incursión del grueso de caballos y peones. Pensamos que tanta defensa era para guardar ofrendas y tesoros, mas adentro tan solo hallamos unas ramadas de un solo alero con caída de aguas hacia una plaza de ceremonias. Y en ellas unos enormes atambores de troncos como de dos brazas de grosor y dos estados a lo largo, ahuecados mediante ascuas que van avivando con soplidos por entre cañutos, como igual hacen para las *canoas* de navegar y de fermentar las *chichas*. En los zarzos tenían cantidad de máscaras, faldones de fibras, diademas de plumería multicolor, enormes flautas de cañas gordas, carrizos y sonajeros para sus fiestas. La ganancia estuvo en las trojes, con la que rompimos la dieta de meros *cuescos* asados, de los que ya estábamos ahítos.

Tomados algunos guerreros y apretarles por donde ningún varón aguanta, tuvieron informaciones de las que coligaron ser allí por donde, en vez de seguir hacia el sur, habría que trepar la cordillera y desandar por su lomo para dar en grandes naciones de gentes muy acomodadas, sin señalar más caminos que las aberturas de «por donde bajaban los ríos». Y por coincidir con lo que habían oliscado los de D'spira, Federmann determinó ser nuestra derrota por donde decían los del cercado, llevando varios cautivos por delante sin aflojarles los nudos con que fueron atados, desoyendo las opiniones encontradas de capitanes y soldados, y los de *Paria*, para más perturbación, insistiendo en que debíamos volvernos a perseguir su ilusión por el nacimiento del *Meta*, con su sonsonete de que «el agua baja el oro, nunca lo sube», y que «lo que baja es cuanto sobra de lo que arriba abunda».

Vueltos a donde dejamos el estorbo, encontramos que muchos de los indios de carga se habían zafado y huido sin dejar rastro, mientras los peones de la guarda andaban entretenidos correteando tras un gallo y varias gallinas liberadas de

una canasta por los huidos, que esta fue su treta. Federmann canceló el descanso y conminó a los tres comandantes a echar redadas para recoger cuantos indios y mantas se pudiese en tres días, al cabo de los cuales marcharíamos antes de que los huidos llegasen con los confederados del *curare*, o a indisponer a los de por delante.

Los de Pedro de Limpias no pudieron volver a tiempo, porque habiendo dado en el poblado de *Miregua*, donde los hombres habían salido a pescar, encolleraron con facilidad a casi todas las mujeres y a los muchachos más crecidos, y los encaminaron con solo los peones, ya que los caballos no cupieron por algunos pasos. Alertados los de la pesca, con los mismos arcos y arpones de faena emprendieron la defensa, haciendo soltar a los cautivos y acosando tanto a los jinetes que tuvieron que huir para no quedar todos como quedó atravesado por el cogote con una lanza un experimentado jinete, muy preciado desde su juventud haber partido muchos sarracenos. Y para cumplir la encomienda, tuvieron que ir a otra poblazón, más lejos, sin nada encontrar de mantas en población alguna.

El general echó los demás por delante y esperó el regreso del De Limpias, por la valía de ser tan esforzado y además gozar de la admiración de la tropa por la fama de haber puesto debajo más indias en una noche que cualquier otro en una semana. No podía demorar más la salida a causa de una esquinencia que había cogido a muchos y les ponía la piel del guar güero como un camarón, con rasquiña insufrible además de entrar en fiebre y después fallarles los bofes, de lo cual murieron algunos soldados y varios indios ladinos. Mientras unos apostaban ser por haber comido de los caballos hinchados, otros decían que infición del suelo, o una sarna trasmitida por tanto piojo como nos caminaba encima. No faltó el veredicto de fray Vicente, afirmando ser nigromancia de algún brujo vengativo para echarnos de su asiento, lo cual

nos pareció más cierto y todos pusimos prisa en la largada, sin importar cuán aquejados estaban los escaldados.

En pocas jornadas, los de Limpias se pusieron de nuevo en la vanguardia, en tanto el grueso seguía demorado con tanto enfermo. Dieron con los restos humeantes de una docena de casas y dentre los rescoldos sacaron unos panes de sal que fueron de mucho contento por ir en grave sosería, pero más por ser señal cierta de ir por donde comercian los de las llanuras con los del reino pregonado. Los nuevos ánimos nos metieron por el río *Guape* arriba, el mismo brazo grueso del *Ariari*, por entre abrojos muy tupidos para no perder su cauce, con esperanza de cruzar algún camino. En la noche, amolados por el esfuerzo, también cayeron dormidos los centinelas y nadie sintió la llegada de un *jaguar* que, debajo de la *hamaca* del amo, se llevó una india cogida por el gazzate. En la noche siguiente, otro de estos tigres moteados intentó hacerse con Magdalena, la ciada *caquetía* que traía empreñada Gonzalo de Gamboa, pero estando todos alertas con lo de la noche anterior, la india pudo parir a María durante la marcha y, años después en el Nuevo Reino, darle otras dos mestizas: Isabel y Catalina de Gamboa.

De alguien haber llevado anotación, a fecha de hoy el daño recibido de los nativos igualaría el cogido de animales como de tigres y alimañas; y multiplicando la suma de ambos por cien, tendríamos los muertos por enfermedades, hambres y accidentes en ciénagas, ríos y despeñaderos. Parejo les acaeció a los naturales pocos años después en las provincias por donde pasábamos porque, con ser que hicimos correr mucha sangre y atizamos harto fuego, la conquista se vino a saldar al quedar diezmadas sus naciones por inficiones de viruela, catarros, morbos y pestes desconocidas tanto para sus herbolarios como para los entes sanadores convocados con rezos y ritos de curación.

Veinte jornadas nos llevó subir por las vertientes. En las primeras todo fue impedimento: lomas tapizadas de hojarasca hirviendo de hormigas trozadoras, de escorpiones, tarántulas y ciempiés venenosos; pisos falsos encubriendo escurrimientos de limos llorosos sobre pendientes, o pútridos si estancos; suelos de piedras jabonosas y gredas blandas donde solo ancla la pata ancha y prensil de los indios; raíces poniendo zancadillas, rompiendo los tobillos, y las cañas y zarzas desgarrando arriba de la pantorrilla, puesto que hacia abajo teníamos la protección de una melcocha de arcillas, en especial contra el quemón de ortigas y pringamozas; enjambres de mosquitos y *jején* nos devoraban al atardecer y en la hora prima, sin respetar mollete por picar; sin un espacio para dormir que fuere trancándonos contra un árbol, cual feto, azorados con la gritería de la selva, y más aterrados cuando de repente quedaba la algarabía partida por el sablazo frío del silencio, para dejar espacio al presentimiento de pasos felinos o del reptar de alguna constrictora; desvelados con la rasquiña en la entrepierna devorada por unas diminutas ladillas rojas traídas de las sabanas, casi invisibles, a las que les dicen «mismís», no sé si en lengua de la tierra porque *miomi* es compañero, o por la chacota montada con el nombre una india vieja y arrugada que aliviaba a los aquejados con restregarles partes tan sensibles con un menjurje adormecedor de *tabaco* masticado en mezcla con sus meados.

Por estos desfiladeros y barrancos solo hay monte tupido, donde no se encuentra una fruta ya probada y menos labranza alguna. Todo lo más son unos agracejos silvestres, morados y dulzones, que caben en el hueco de una muela y quien más recolecta en el día no llega a un puñado, por el que hubo de pagar muchos desgarres por espinas de *chusque*. De vez en cuando salpican los *arcabucos* unas florcillas rojas, ácidas y carnosas parecidas a camarones escaldados, de las que comimos junto con los gorgojos alojados en su cáliz. Duro trabajaron los

macheteros resudando en medio de un calor húmedo que nos dejaba la piel como untada de miel, abriendo paso por entre *arcabucos* sellados, descuajando ramas, *bejuocos* y espinos, con que hacían su forraje los caballos, ya que con buena hambre no se desatiende el pasto malo. Duro tajaron los de los zapapicos y azadones apartando los atascos por derrumbes, porque a cada trecho se producen todo tipo de escurrimientos que desvían los torrentes bajados de todas partes, muchas veces sin que el agua alcance a tocar fondo, porque en el aire se fragmentan en rocíos.

En la semana siguiente, los caminos se hicieron más firmes y zigzagueantes por paredes imposibles de adivinar de lejos por tanta maleza que iban reduciendo, hasta en ocasiones quedar sostenidos en raíces de arbustos haciendo equilibrios de medir fuerzas con el viento. En algunos destos quiebres las cabalgaduras no podían girar y varias veces el paso se desapareció y hubo que tajarlo en las peñas. Y cuando ya los brazos no dieron para rocas tan fuertes, no quedó más que apelar a las cuerdas para izar los caballos, vendados para mermarles el espanto, maniatados para evitar coces al vacío, cinchados por la barriga a los aparejos improvisados por falta de poleas, asegurados con nudos corredizos y vueltas dobles sobre troncos, maromas que fueron más eficaces después haberles refrescado que se requiere menos fuerza con el ingenio de los contrapesos, cual balanza con el bruto en un platillo y rocas en el otro, como es de usanza entre los indios para izar sus palenques. Con agregar un andamio de varas, también valieron dichas cabrias para las cargas más preciadas y las más grandes, como las arcas con el oro machacado y los cajones con los ornamentos y efectos del culto religioso. Hasta que, con tanto ajetreo se aflojaron los amarres de una tarima y el baúl de las galas de Federmann, donde iban encaletadas algunas bolsas con perlas, voló con el indio que lo sujetaba,

chocaron contra las peñas y todo quedó esparcido sobre los árboles de tan abajo, que varios soldados gastaron dos días en volver con cuatro o cinco perlas y Federmann, pensando que las demás las traían en sus buches para ganarlas en secreto, les puso guarda a sus cagadas durante tres días, sin recuperar una más, tal vez porque con el susto de los azotes se les quedaron dentro. Tres indios obligados a punta de lanza a bajar las prendas de las ramas nunca volvieron. Se fugaron mientras los soldados revolcaban hojarascas en busca de las esferitas y acordaron decir que, por ir *encabuyados*, resbalaron y perecieron.

Buena estrella tuvimos durante estos embrollos, con no aparecer indio alguno a darnos *guazábaras*, porque, estando atascados nosotros y ellos corriendo sueltos, hubiésemos dado todos al fondo de las cañadas. Suerte grande que estas paredes eran tierra de nadie y aunque sobre las lajas planas vimos grabados muchos de sus símbolos en diseños pintados de bermejo, más parecía sitio de enterramiento de señores, para los que buscan abrigos rocosos con dominio sobre paisajes amplios, como para dejar en vuelo libre a sus ánimas, cosa que supimos tiempo después, que de haberlo sabido entonces allá estaríamos escarbando.

Nadie, salvo quienes le arrimaron el hombro, estuvo al corriente de cómo el cura vasco pudo subir sus gallinas. Con una sonrisa socarrona respondía que «por la gracia Divina, y cómo saber si el milagro me lo hace Dios por ser Verdejo, o más bien por tan pendejo». Porque, con los enredos de las canastas en las marañas de lianas y cañas, se iba quedando de último sin que nadie le extrañara por serle costumbre ir siempre como en rancho aparte, «colgado, pero no pegado», tanto por el estorbo de su bagaje, como por la cara relamida de tanto menesteroso imaginando esas gallinas desplumadas y puestas sobre ascuas. Tuvo la inspiración de quedarse tan cerca como para no perder las huellas y tan atrás como para que a ninguno le animare sus fuerzas a pensar en devolverse,

astucia que con modestia atribuyó a san Isidro, el madrileño que araba con los ángeles, ayudado por su esposa, santa María de la Cabeza, protectora de los gallineros. Aunque en verdad el milagro lo hicieron los indios que torcieron los *bejucos* de amarrarlas de las patas por parejas y se echaron de a dos sargas por cada hombro, así tuvieran que hacer dos y tres veces la travesía del mismo atajo.

En la medida que remontábamos, más nos calaba la cruda, tanto a los cristianos que veníamos poco protegidos como a los indios sacados en pelotas de sus tierras bajas. De noche éramos un concierto de castañuelas de dientes y en las madrugadas teníamos que golpearlos para destrabarnos los tendones. No se sabía que era peor, si el mordisco del hambre o el garrote del frío, si el reclamo de las tripas o los calambres de los músculos. Varios juraron que, «de salir con vida, tomarían los hábitos de cualquier orden religiosa», no tanto por fervor al Dios del que se sentían abandonados, sino por envidia de las túnicas de los agustinos que parecían gozar de protección divina, porque aun con los ruedos desflecados, a media pierna y desprendida alguna manga, eran los mejor acomodados para estos hielos y ventiscas; ese ropón valía por cobija y albornoz, que con haber recogido tantos sudores, no había chubasco que lo calara ni bicho que se le acercara.

Cada vez más los peñascos se hacían más verticales y desnudos, los estratos en diagonal y repisas voladas sobre abismos. Escaseaban los matorrales y aparecían pajas en manojos luchando por vivir encajados entre las piedras, buscando defensa del viento, entreverados con algunas flores lanudas y raquílicas, con *guatijas* que arrancábamos para calmar la sed con el zumo dulzón de sus bulbos. Si alguien encontraba abrigo del bufío en una grieta, al poco tiempo debía ceder el lugar a quien lo alcanzaba. En ocasiones duramos hasta un día en escalar un ciento de yardas, valiéndonos de pies y manos, como apretando un corsé.

Los críos nacidos en la travesía se fueron muriendo de una enfermedad desconocida que los ponía a tiritar, morados, tan desgonzados que ya ni lloraban, y las indias en secreto los iban metiendo en el fondo de los resquicios y los tapaban con lajas para evitar que fueran a dar a los pucheros, porque nadie había olvidado lo de El Muchacho y ahora las hambres eran mayores, tantas que a nadie le importaría estar basqueando después, como estuvieron los que comieron del gordito aquella vez, solo que ahora ni leña había para hacer fogones que de inmediato apagaría el viento.

Los de Limpias habían tomado ventaja buscando caminos más acomodados y, como «no hay mal que dure más que la vida ni español que no lo brinque», por fin, con llevarse el viento las neblinas de la cumbre, vieron que, con seguir por un camino estrecho sobre una loma harto empinada, en poco saldrían a una meseta de pajonales infinitos. La alegría de creer terminados los padecimientos de la trepada los hizo apresurarse a salir al destapado. De repente les llegó un fuerte olor a humo, detrás del cual se les venían grandes olas de fuego, amenazándolos con cercarlos y empujarlos al abismo con todo y perros asustados y caballos encabritados.

No obstante estar en sitio tan apretado y en situación desesperada, Limpias sacó serenidad para poner su caravana detrás del camino, sobre el filo de las repisas, y ordenar poner en llamas lo de por delante del sendero, ensanchado cuanto pudieron a manera de contrafuego. Con tal ingenio, cuando llegaron las llamas prendidas por manos invisibles, dieron en lo que ya estaba en cenizas y fueron apagadas por el mismo viento. Se salvaron cristianos, perros y caballos, sin poder evitar el daño en muchos indios que, por ir encollerados, se arrieron con sus cargas, y entrellos un cristiano enfermo que iba en *quando* y, dando de cabeza al suelo, no pudo desenredarse de la *hamaca* en llamas.

También murió el soldado Vivanco, por entrar en pánico cuando le acosó aquel Infierno y cegado por la humareda resbaló de la cornisa, para volar hasta donde se hizo pedazos. Algunos de sus camaradas que estaban en el mismo tropel, pero tuvieron ánimos para frenarse y soportar las oleadas, aún viven en el Nuevo Reino señalados con las marcas imborrables dejadas por el fuego.

Pasado este peligro, tal vez el más grave de cuantos se experimentaron durante el ascenso, los guías encontraron un camino apenas perceptible por entre espartos que hacían de crin en el lomo de la cordillera, perdido en las bastedades de un páramo yermo, de solo yerbajos salpicados por unos árboles pequeños de solo un tronco sin ramas del que se abren hojas motosas, formando una corona con penacho en el centro de capullos amarillos, escondites de uno que otro escarabajo, ya que por allí no se atreven las abejas. La silueta de estos arbustos se recorta en las brumas como la parte alta del ramo donde hilan los gusanos de seda, al que en Murcia le dicen frailecillo, por lo cual a estos les salió el nombre de frailejón, tras los cuales desaparecían deslizándose los indios incendiarios espiando a los intrusos. Todo era estepa rasa, tapizada de lagunillas que las noches cubren con un vidrio de hielo y blanquean las piedras con mantillas de escarcha.

En la altiplanicie el soplo se lleva los resuellos, el helero parte los labios, entumece manos y orejas, y pone a escurrir la nariz. Con un poco de actividad los rostros se ponen lívidos y se agita el corazón; y la luz es tan viva, que hace doler los ojos y dar vueltas la cabeza. «Es por venir tan traspasados y moribundos», dijo uno. «No, es por mal de altura», reviró alguien que dijo haber transitado por los Alpes, «atrapa a quienes desafían elevaciones mayores que las de los Pirineos, si bien que se cura fácil, con tan solo bajar». Pero los cristianos no

veían hacia dónde bajar, si no es que daban pie atrás, porque todo era una inconmensurable meseta ondulada.

Pasada la segunda noche, dentre el nudo de cuerpos apretados para cortar el viento, dos soldados amanecieron muertos y tampoco se levantaron varios indios amoratados. A hora sexta, un caballo dobló sus patas delanteras y se dejó caer de lado, luego se estiró y resopló varias veces, antes de aquietarse del todo y de que le cayeran, sin aún haberse enfriado del todo, a que esa vida que se escapaba diera para levantar las de la tropilla, así fuese sin asar y sin pizca de sal, en raciones de a puño, reparto en el que Lanchero metió a los indios, porque no veía reemplazo en los alrededores. La dicha alcanzó para los perros, con volver a tronar huesos y babear cueros.

Era insostenible sobrellevar más las penalidades destas soledades, por lo que Limpias dividió su gente y acordó irse adelante con los menos aquejados en busca de bajarse a una franja algo templada. Dejó atrás los más dolidos con la impedimenta, bajo la responsabilidad de Alonso Herrera de Olalla, un hijodalgo de Calatrava a quien el Cielo había devuelto de la muerte después de haber comido del borrico encontrado a medio corromper, cuando estuvo en lo de la *Guajira* con la escuadra de Chávez y, por ello, no había vuelto a probar caballo muerto hasta entonces, dizque por, quiso creer, haber sido por causa de un tropezón.

Limpias, descontrolaba sus pasos en la luz difuminada con la niebla, que en veces casi ni deja atinar por donde apunta el naciente ni el ocaso, y estuvo casi una semana haciendo círculos, tanteando desde dónde el silbido de una flecha le desmontaba un jinete u otro se le desaparecía entre las nubes, o se le quedaba doblado de hambre algún peón, aunque más dispuestos que nunca, a no dejarse morir con la angustia de saberse en las puertas de El Dorado. Los de Herrera de Olalla, empujados por la misma determinación, los alcanzaron sin estarlos

buscando, sino por seguirles las huellas sin saber que andaban perdidos, y al alcanzarlos contaron ocho menos entre los que habían partido más sanos, en tanto entre la retaguardia faltaban cuatro, dos de los chamuscados en el filo, a quienes las llagas no dejaron de llorarles purulencias, y dos quemados por un rayo que les estalló en los pies mientras abrían una cueva de liebres en busca de gazapos.

Siguieron aunados por donde les marcaba un camino, casi arrastrándose, soportando nuevas penalidades, entrelas el haber puesto a secar al sol los pocos trapos que les quedaban y haber venido los caballos y comérseles sus únicas pertenencias, para quedar todos aquellos cristianos como Juan el Bautista, de luengos pelos y barbas, tan solo cubiertos por pieles. Y los cautivos, sin la dicha de un cuero, gateaban medio muertos bajo los fardos, los unos tiritando en pelotas, las otras de tetas entumecidas por el aullido del viento.

Mediando la tercera semana de ambular por las crestas buscando mejor acomodo, con la penuria de parecerles estar los caminos retrocediendo hacia el naciente, sin querer dieron en un paso que, por estar siempre envuelto en brumas y calimas, le llamaron la loma de las *Foscas*, coincidiendo en estar a puertas de una aldea llamaba *Fosca* por sus moradores, o sea el Sitio de Dios, nombre que hemos respetado hasta hoy, por el Salvador haberles hecho el enorme milagro de conducirlos hasta allí cuando estaban a punto de rendirse a las inclemencias o devolverse a los llanos, cuando dentre la nada brotaron unas figuras de túnica y sandalias, así no fueren de ángeles sino de indios acercándose, sin alas, aunque provistos de artesas rebosantes de bollos de *maíz* y tubérculos sazonados con *ají*, con perdices asadas y, lo más importante, con muchas mantas de algodón multicolores, que no fueron visiones de moribundos, sino corpóreas y misericordiosas, como primero lo confirmaron sus estómagos, y una vez vueltos a la vida lo

reafirmaron al sentirse arrebuados entre gruesos camisones y capas de anudar sobre el hombro.

Días después, animado el cuerpo y sosegada el alma, fray Vicente de Requexada dilucidó estarse cumpliendo ya las profecías de los libros sagrados.

—Ahora comprendo que no fue enredo vuestro —me dijo en particular—, cuando se os iluminó que siendo Negua o Neguev el profético sitio hasta donde habrá de extenderse el reino de Jehová, y que estando en las antípodas, las cosas crípticas pueden nombrarse al revés y entonces el Ne-gua profetizado en Israel bien puede ser el *Gua-ne* que topemos por acá, el que sugeristeis ser el corazón de este continente que creéis llamarse *Guata*. Y por ello es que en esta conquista de extender la luz de Dios Nuestro Señor, Él nos viene apuntalando con un milagro, cada vez que todo nos parece estar por acabar.

—¡Oxte, fray Vicente! Que ahora me dejáis más aturdido que cuando me dieron de coscorrones en *Coro* por haber dejado salir en voz alta lo que se agitaba en mi caletre.

El capitán de Limpias era bien entendido en dialectos *caribes*, pero poco comprendía lo que los de *Fosca* querían anunciarles; mas mediando los lenguas recogidos de atrás hasta uno de La Fragua, además de cuanto aportaban las señas, logró vislumbrar que habían sido enviados por otros barbados que desde dos años habían entrado en los reinos del *zipa* y del *zaque* —que es como decir *caciques* entre los *caribes*—, que a uno habían puesto en servidumbre y con el otro ya tenían alianza; que tenían asentamiento principal en el cercado de *Muequetá*, de donde venían en camino unos jinetes a encontrarles y en poco estarían llegando a la poblazón de *Pasca*, a tres jornadas de allí, pasando las cimas y cayendo al poniente.

—¡Mierda! —exclamó el capitán—. Nos partimos el culo para tan solo venir a saber que algunos hideputas ya se alzaron El Dorado ¡en nuestra Gobernación! ¡Mal rayo parta mi suerte!

—Si es que lo encontraron —lo consoló De Olalla.

—¿Y qué si no lo han encontrado? Han tenido dos años para reponerse y hacer alianzas. Para hacerse fuerte y echarnos a las patadas, si es que no nos aplastan como a gusanos, porque serán esos malaleches de Santa Marta ¡metidos en nuestra jurisdicción! porque aún estamos dentro del meridiano del cabo de la Vela y del lado este de la cordillera. Que metan pie de paso en una orilla dentro de nuestra gobernación ¡pase!, pero que se hayan alzado con El Dorado... ¡me cago en sus putas madres!

—No es bueno adelantar acontecimientos, capitán, menos si son funestos. Esperemos a los del grueso y ayudemos a que nuestro general, siendo alemán, tome una decisión reposada y acertada.

CAPÍTULO XXIII

DE LA DESESPERANZA EN EL REINO DE LAS ESMERALDAS,

donde ya se hallaban asentados los de Santa Marta;
y por instigación de Belalcázar, que venía
del *Pirú* en busca de El Dorado fundando ciudades
para amojonar su gobernación, los tres adalides
se allanaron a erigir en ciudad la ranchería del real
de Ximénez de Quesada

Los de Santa Marta ajustaban ya dos años de haber alcanzado la meseta que nombraron Nuevo Reino de Granada por añoranzas del licenciado Gonzalo Ximénez de Quesada, un letrado jurista y algo militar, que les capitaneaba como justicia mayor de nuestra Majestad y teniente del gobernador Pedro Fernández de Lugo. ¡Dos años! no por culpa del destino, sino los mismos que Federmann nos mantuvo, primero por las vecindades de *Coro*, él impaciente y los demás amolados, haraganeando durante el plantón de espera por sus credenciales; y después, jugando al gato y al ratón con los de D'spira, en vez de entrambos haberle entrado al queso, porque de haber tenido más emboque D'spira y menos agallas D'alfinger, y ambos más entendimiento de las obligaciones con sus patrones, habríamos ganado para los alemanes este reino tan regalado de aguas y vientos en perpetua primavera, de tierras comparables solo con las mejores vegas de Europa, las que por además hubieren podido comprar los banqueros Welser

con la cosecha de esmeraldas halladas en este que, acaso, se hubiere llamado el Nuevo Reich de Ulm.

No por culpa de la fatalidad, sino por la pachorra y la ambición de dos alemanes más mercantes que guerreros, a quienes sobrándoles el capital no les alcanzó la astucia para entender cómo los del capitán De Ribera, sus vecinos contendientes, les entretenían por la *Guajira* y después se les juntaban para poder hocicar en sus propósitos, aparentando dejarse amarrar con secretas coimas alemanas, en tanto Ximénez de Quesada se lanzaba en busca de estirar los límites de su gobernación hacia el *Pirú*, para pisar de primeros por donde también tenían noticias de estar El Dorado, a lo que partió bien acomodado con un ejército de seiscientos hombres por las márgenes del *Yuma*, más doscientos metidos en varios bergantines a contracorriente y en paralelo por el mismo río. Avanzaron por donde los exploradores del anterior gobernador, García de Lugo, ya habían abierto y recogido el oro de los *taironas* y *arguacos*, de los orejones y bocinegros, de *chimitilas* y *sondaguas*, en adición a un increíble recaudo logrado por el *Sinú*. Repelaron por las ciénagas y riberas de donde los de D'alfinger también logramos la mayor parte del botín que después enterramos en el *Catatumbo*. Sobrepasaron la desembocadura del *Guane*, donde años antes había dado vuelta la avanzadilla de su capitán Antonio de Lebrija, río al que, por haberles vencido su creciente, honraron con el apellido del imparable capitán que, estando mermada su armada mas no sus ilusiones, tuvo que volverse para después servirles de guía, a más de tesorero. Después cruzaron las bocas, a cual más de bravías, del *Chicamocha*, *Carare* y *Opón*, y con topar mantas de primorosa elaboración y panes de sal de montaña, tuvieron la misma seña que nosotros encontramos al otro lado de la cordillera, e igual torcieron a subirse en busca desas gentes vestidas y afinadas, abandonando el rumbo al sur, no

dudaron en encaramarse hasta dar en una enorme altiplanicie de temple suave, fértil para toda clase de labranzas, así como de abundante caza; poblada de gentes quietas y aventajadas en tejidos y menajes de arcilla, ocupados en sembradíos con riego permanente, que en mucho se diferencian de los ásperos de las tierras bajas.

Su despojo fue importante, no tanto en oro, con ser que recogieron tanto como lo rapado a los *caribes* del litoral y por el *Yuma*, sino por las invaluable gemas verdes, las *guacata*, o piedra de *Gua*, arrancadas de los ornamentos de sacerdotes y señores, sacadas de las *guacas* o altares funerarios y, con seguir el rastro de los trueques, recogieron varias en uno de sus criaderos por la provincia de donde le bajan muchas aguas al *Meta*, llamada *Somonchoco*, que en lengua remota de sus vecinos significa «chorreo que descubre las piedras», porque escarbando y lavando aquellas lomas es como las sacan, dando toda la razón a quienes nos señalaron haber refulgencias en el nacimiento del *Meta*.

Y con recorrer la altiplanicie, les iban creciendo cada vez más las noticias de estar rodeados de tesoros, porque a más de varias minas de sal de montaña, supieron que en la provincia vecina de los *muzos* se acrecentaban otras minas de *guacatas*; y que en otra cordillera paralela por el poniente del *Yuma* el oro escurre por las quebradas, como igual escurre por donde los belicosos vecinos del sur; y sin ir tan lejos, les quemaban las noticias de estar por aquí El Dorado, en alguna lagunilla tras las colinas que amparan el cercado del señor de *Guatarvita*. Así que, aún sin ver ninguno destes fulgores, se olvidaron de buscar la mar Pacífica que debía estar muy lejos porque, con ser tan gordos los ríos que escurren por aquí, la Tierra Adentro debe dilatarse mucho más que por el *Panamá* de *Panquiaco* y Balboa.

Habiendo pisado de primeros, para Ximénez y sus capitanes les era primordial hollar, tantear y mantenerse en dominio en

estas naciones, lo cual les fue posible por coincidir su arribo cuando el reino estaba dividido y en guerra entre dos grandes señores, el *zipa* y el *zaque*, ya que, yendo tan mermados como iban, no de otra forma hubieren logrado ponerlas bajo la vara del elegante licenciado de barba azabache, quien con su ingenio y tino logró sujetar a quienes ya estaban acostumbradas a vivir confederados y tributando, por lo que se les alumbró desmembrar estas ricas y promisorias provincias tan alejadas de Santa Marta, tan diferentes de las cálidas tierras bajas encumbradas, para lo cual ya habían determinado que, cuanto antes, el licenciado debía dar vuelta a España a reclamar gobierno separado, antes de entrar de lleno a la pacificación y explotación de minas, ya que entre más manos rectoras hubiere de por medio, menos habrían de dividir lo que hallaren. Y puestos en esta resolución, lo consecuente después de haber puesto doble raya en las cuentas con los de Lugo, era proceder al reparto del botín, el segundo, de cuanto tenían en arcas, apartando primero el quinto para deslumbrar los ojos del Soberano y luego, bajo el aparato de total acato a la normatividad existente, proceder a la partición de sosegar cualquier ánimo intranquilo. Mas, en tocando la bolsa de esmeraldas, salió causa para el destierro de Lázaro Fonte, meritorio capitán y de muchas batidas de cazar negros frente a las Canarias con los de Lugo, experto en pericias como manear indios desde el caballo al galope, en tajar *ananás* en el aire antes de tocar el suelo y otras muchas destrezas apareadas con no pocas perversidades, entre las que descollaba la sevicia en aperrear, en dar tormento en nombre de la paz universal y, en especial, el desemboque en desflorar impúberes para compensar alguna perturbación oculta, que luego le descosía en llantos.

Con saberse ser las gemas verdes más apreciadas que los diamantes por los príncipes y mitrados, no hubo conformidad con cómo las clasificaban sobre la mesa, por lo difícil

de cualificarlas antes de sacarles a relucir las facetas, peor para aquellos que las veían por primera vez y sin la mínima idea de cuánto valdrían, que fueron mayoría. Saltaron sospechas de las muchas que cada quien logró esconder y a oídos de don Gonzalo llegó que Fonte había jurado denunciar las que aquel y su hermano llevaban de relleno en la casaca, esquil-madas de la quintada y del reparto; rajada que al De Quesada le rebino un resentimiento de esos que nunca cicatrizan, por antes al capitán Fonte habersele deslizado la lengua, teniéndola entrapada en harta *chicha*, manchándole las entretelas más delicadas e hiriéndole donde más le dolería, al sugerir no tener limpieza en su sangre ni en sus pasiones: en la sangre, por olerse a leguas su estirpe de converso, y en las apeten-cias, por no haber tenido mujer alguna, puesto que nadie le conoció cristiana ni mora, india ni judía, y que si decía pro-fesar votos de castidad era por esconder sus inconfesables aficiones, igual a como los marranos sefardíes se esfuerzan sacrificando cerdos los sábados. Chisguete que le tenía encen-dido como a mecha lenta de mosquete y vino a hacer explosión cuando un soldado, inconforme también por su escote en el reparto, denunció al dicho capitán por rescatar a escondidas una enorme esmeralda muy brillante, que al requisarle le fue hallada en su poder. A don Gonzalo le cayó esa oportunidad cual *papaya* madura, para cobrarse lo que no se atrevió con la espada, estando obligado a aplicar una anterior ordenanza suya de penar con la vida a quien sustrajere una de las gemas: ordenó degollarle sin necesidad de otro aporte de pruebas, ni tomar en consideración haber sido, tal vez, el hombre más esforzado en su conquista; ni valerle haber salvado las vidas de él y de su hermano en una salida a pacificar los fieros *panches*, porque todo esto y más había borrado con la lengua suelta con que le babeó el honor. Hubo un coro de ruegos de sus muchos amigos unidos por esa calda que generan las penalidades y

sufrimientos comunes. Tomó la vocería el muy válido caballero Gonzalo Suárez Rondón para defender al camarada y equilibrar la leguleyada acusatoria. Ximénez le dejó argüir para más legitimar el juicio, pero el discurso le volvió a destapar el nervio escaldado del licenciado, cuando el capitán Suárez aseveró que «si tan dura pena dictáis, es porque haber hecho derecho de vuestra pasión, actuando más como vengativo y como jurista, que como conquistador. Y nunca es objetivo el juez que también es parte dolida». Así que viéndose sin salida, el De Quesada conmutó la tajadura del hacha por destierro a tierra de los *panches* que, «dizque por ser gustosos de la carne de los enemigos, solo era cambiarle la forma de sacarle la vida a una más indigna», salió a murmuración. Intercedieron de nuevo los amigos diciendo que «para un valeroso capitán es más honroso separarle la cabeza que dejarlo a porcionar por los salvajes: ¡a esto todos nos oponemos!», postura por la cual aceptó trasladarle a *Pasca*, en los últimos linderos de los *muiscas*, o moscas —como les decían, dizque por ser tantos y tan zumbones—, «por donde ya han pasado dos veces nuestros soldados sin ofensa entre las partes», señaló sabiendo haber sido por haberse enmontado los indios en el páramo, no por haberse concertado en paz.

Veinticuatro de a caballo escoltaron a Lázaro por amistad hasta una choza del caserío abandonado antes de llegar el tropel, donde lo dejaron sin armas, en grilletes de cadena gruesa por los pies y bajo el apercibimiento de que «de saberse haberos quitádose los grillos, se os pasará por la pena capital». No le dejaron más amparo que una india principal del cercado de *Muequetá*, de muy buen parecer y rica vestimenta, que se le había venido detrás por estar aficionada a los retozos en la estera del capitán.

Cuando los *pascas* regresaron poco a poco después de haberse alejado los caballos, la moza les bajó la expectación y la

fiereza con decirles una razón puesta en su boca por el amante: «que había sido dejado así, abandonado entrellos, por negarse a ir contra los naturales y no permitir el saqueo a la casa del *zipa*. Empero, mientras viviese allí y fuese bien acogido, sus compañeros de a caballo no volverían a hacerles daño». La farsa le resultó para vivir quieto por un mes, entretenido con la moza y en tratar de limar las prisiones con guijarros, hasta cuando los indios se avisparon de nuevo por saber que, por *Fosca*, pasando las cumbres, venían otros barbudos.

Fonte nunca malició cuánto tropiezo agrio saldría de su zafada de lengua. Cuando los jinetes amigos regresaron al cercado de la sabana, encendieron los ánimos en el resto de la tropa y se plantaron por delante de quienes se alistaban con don Gonzalo para su vuelta a España, a no dejarles dar paso hasta tanto no hubiese satisfacción en el reparto y en resucitar a Lázaro. Se abrieron dos bandos, que no llegaron a las manos por haber ya gastado todos sus arrestos en la contienda de palabras, algunas tan gruesas que dejaban heridas más enconadas que de espadas. Así que, viendo la melcocha tan caliente para los mordiscos, Ximénez de Quesada aplazó la partida.

Cuando llegaron a *Pasca* los indicios de nuestra subida, el convicto creía ido al licenciado. Sustrajo de su lecho un cuero de venado para resumir la nueva con zumos de *bija* y de mastuerzos, dirigida a don Fernán Pérez de Quesada, hermano de don Gonzalo, quien quedaría frente a la conquista bajo juramento de aguantar las salidas a la laguna de *Guatarvita*, la escarbar donde los *muzos*, menos apartarse en la busca de la Casa del Sol, del País de la Canela y del sugestivo imperio de las amazonas, hasta el regreso del licenciado investido como visorrey, o al menos como adelantado, y muy seguro como gobernador del Nuevo Reino de Granada. Lázaro pidió a sus protectores despachar el rollo del pellejo, con promesa de si llegaba a los destinatarios en

poco tiempo, él y estos les ampararían de aquellos que subían. Los postas entregaron el mensaje en un día, y en dos más los relevos devolvieron la respuesta de «haberse ya dispuesto una escuadra, a salirles en encuentro».

Un día llevaban los de Limpias en *Fosca* cuando, por estar más despejado y no haber dado tantos giros en las cumbres, les alcanzamos los del grueso con toda la impedimenta. Por tres días descansamos apretados en unos ranchos circulares, echados sobre esteras de espartillos, o arrellanados en banquetas acolchadas con pieles de osos negros de ojeras blancas, de venados, perezosos y *ocelotes* jaspeados; reunidos alrededor de un fogón central con ollas de arcilla hirviendo bollos y cocidos de turmas de la tierra con sustancia de bagres y perdices, reconfortándonos con *chicha* de *maíz*. Y estando por partir, asomé el cura Verdejo con sus gallinas, casi completas.

Limpias había salido el día antes. Subió al poniente, rompió por entre brumas y marañas tupidas de *chusques* que hacían insufribles los senderos para los caballos, trepó el espinazo helado de las sierras y luego bajó por las gargantas, esquivando abruptas paredes rocosas, más difíciles de bajada que de escalar. En tres jornadas estuvo en *Pasca*, o Cercado del Padre, una tibia ladera abrigada de los vientos, de tierras feraces con árboles inmensos cubiertos de lanas verdes, nacidos entre enormes piedras rodadas de las cumbres, empenachados de orquídeas y parásitas airosas; descenso por entre muchas aguas descolgadas en quebradas tortuosas, cobijadas siempre por una sábana de nubes bajas. Tuvieron gran contento de abrazarse Limpias y Fonte, porque bien se conocían de cuando juntaron tercios en alguna de las lidias en Italia.

Cuando les alcanzamos los demás, y yo disponía mis martillos y cinceles para librar de los grilletes al desterrado, apareció la delegación del general Ximénez de Quesada: los capitanes Paredes, Calderón, Fernández de Valenzuela, Del

Junco y el comandante de la caballería, Suárez Rendón, quien llave en mano estiró los pasos para liberar al camarada. Mostraron gran sorpresa por vernos tan dolidos de salud y faltos de vestuario y de carruaje, diciendo que ellos nunca fueron tan golpeados con ser durísima y penosa su expedición. Se les desmontaron los rostros adustos que traían para enfrentar entrometidos, y se les volvieron afables, dolidos de tanta adversidad. Algunos dellos reconocieron a los de Santa Marta que se nos unieron en la *Guajira* y el capitán Ribera les aseveró haberse visto forzado a ponerse bajo nuestro estandarte por haberle constreñido Federmann, por haberlos encontrado dentro de sus límites, lo cual no era de negar ni asegurar, y para evitar sangrías entre cristianos así lo consintieron. Federmann no contradijo, ni los de Ximénez arguyeron, y en breve todos estuvimos revueltos como amigos, más que como contrincantes en la carrera por la olla al final del arco iris.

Federmann con sus capitanes hicieron rueda con los de Ximénez dentro de un gran *bohío* circular, que debía ser de ceremonias. Cruzaron nuevas gentilezas y saludos, mientras entraban viandas por cuenta del dueño del cercado. Al final de la tarde quedaron narrados los descubrimientos y las aventuras de cada lado, cuidando todos no soltar los verdaderos propósitos y desestimando lo recogido en arcas y bolsillas. Federmann, en nombre propio y de su gente, agradeció la acogida, casi salvación, en momento tan a punto. El malagueño Gonzalo Suárez Rendón, rara mezcla de guerrero resuelto con funcionario ilustrado y reposado, veterano de campañas en Pavía y Hungría, le correspondió con algunas palabras de cortesía antes de soltar una perorata que nos dejó perplejos:

—Otros tantos capitanes nuestros, ya que somos hartos los que ostentamos este rango por don Gonzalo ser de tanta anchura en conceder rangos a quienes dan a valer su casta, andan en las mismas por *Tibacuy*, una poblazón distante de

aquí a tan solo tres jornadas al poniente, dos bajando y otra subiendo hasta los inicios de la provincia de los *guacaná* que se extiende hasta el río *Guacayo*, como allí llaman al mismo *Yuma* o Grande de la Magdalena —dijo despacio para presumir su conocimiento de los detalles desta geografía—, porque allí viene entrando la caravana del general Sebastián Moyano de Belalcázar, el mismísimo que el almirante Colón embarcó en su tercer viaje por considerarlo de buen agüero, por trillizo a más de bien rollizo, y hoy, después de mucho conquistar y enriquecerse por *Guatemala*, *Nicaragua* y *Panamá*, es teniente de Pizarro y vienen desde *Quito*, la provincia más al norte del reino de los *incas*, luciendo sedas y perpiñanes, ajustado en armas, harto apertrechado y mejor servido, denotando a leguas una divergencia bien gorda con vuestra malandanza.

—Si así vienen, poco entiendo de qué los empuja hacia el norte, mientras vosotros y nosotros hemos caminado en dirección contraria —reflexionó en voz alta Federmann.

—Cabrían algunas conjeturas —intervino Juan del Junco Montañés—, simples supuestos a distancia: que el Moyano se ha reñido con Pizarro; que han sido echado los *incas*; o, mejor parece, por venir fundando ciudades en busca de apuntalar una nueva gobernación. Traen arreados muchos cerdos, ya que por haber sido porquerizo en su juventud dizque quiere ser Rey de los cochinos en las Indias... Ya se sabrá cuánto dello es verdad, después de que los nuestros conferencien con los piruleros.

—¿Piruleros? —preguntó una voz.

—Sí, hombre, piruleros o peruleros, que así se ha dado en señalar a los gananciosos del *Pirú*.

—Y vosotros, ¿seréis entonces «taironacas»? —bromeó Federmann—. ¡Ah!, y siendo que con nosotros viene un cura con muchas gallinas, ¿seré yo entonces el Rey de los capones?

—Por lo pronto os llamaremos *caquetíos*, por ser los nuevos señores de dicha nación —respondió sonriente el Del Junco, mientras yo pensaba que «mejor nos encajaría el sobrenombre de “caquexios” por venir todos en caquexia, ese estado de escualidez que nos dejó como esqueletos forrados en pergaminos».

A poco de idos aquellos capitanes con nuestras noticias, regresó el tal Diego Paredes Calderón. Puso en manos del alemán una carta de su general Ximénez, en que le hacía saber cómo desde dos años atrás estaban asentados en doce chozas que le hacían honor a los santos apóstoles —aunque Lázaro Fonte rezongara por lo bajo «yo creo que por miramiento a las tribus de Israel»—, ranchería que encumbraba a «la muy noble ciudad de la Nueva Granada, por nostalgias desta mi patria que me acuden en tan deleitoso entorno» y remataba con solicitud de que «me hiciese el placer de nos viésemos, e informados de la gente y manera en que nos hallamos, mejor tratar entre nos la manera de avenirnos en amistad».

Federmann, que de tanto andar entre castellanos se había vuelto cuál, más cauto y sagaz, oteó que no hay partida de ajedrez para tres contendientes sin que dos estén del mismo lado. Se excusó de no tener papel a mano, pero de palabra le devolvía los saludos de amistad; que por venir tan maltrechos esperaba a recomponer un tanto sus gentes, algunas de ellas moribundas, y tan pronto como les volviesen los alientos irían al punto que él les señalase, para saludarle de abrazo y tratar lo que fuere menester.

No había que ser astrólogo ni agorero para descubrir el resquicio en las huestes de don Gonzalo: bastaba reparar en cuánto trataba de encubrir el capitán Suárez su desazón causada por la aparición de los piruleros que, tan aperados y aventados, estaban a las puertas de su casa, reconcomio que no mostrara con nosotros los *caquetíos*, tal vez por vernos tan caquexios y venir con algunos antiguos compañeros suyos.

Los venezolanos nos crispábamos de saber tan asentados a los de Santa Marta en nuestra jurisdicción, justo donde, ¡por fin!, vislumbrábamos respiro para tanto esfuerzo atollado, justo cuando igual metían la nariz los piruleros, sin tener nosotros la menor posibilidad contra ningún bando y menos contra los dos, a no ser que juntásemos fuerzas con el de mejor encaje. Así que esperé el momento para, sin testigos, ofrecerle a micer Nicolás:

—Me ofrezco para, con cinco hombres de vuestra entera confianza, deslizarme a donde los piruleros, si es que vuestra excelencia tiene en ciernes saber algo del general De Belalcázar.

—No se os ha quitado lo de jugar a perseguir meditaciones —dijo y esperó a que se alejara un soldado que revoleteaba cual polilla en cirio encendido, y continuó—... Nunca he confiado en los renegados del capitán Rivera; menos de los de *Paria*; tampoco de muchos que se dicen partidarios de los alemanes, pero fáciles de torcer cuando encuentren un estandarte español encaminado hacia cualquier dorado; ni siquiera de Pedro de Limpias y ni qué decir de los frailes que me acechan como a hereje de la reforma. Pocos quedan que no los vea en corrillos, que no escupan maldiciones a mi espalda haciendo pesar sobre mi cabeza sus compañeros muertos. Debe haber más de un albrestado tramando ensartarme su puñal y pasarse a otro bando a ostentar su patriotismo.

—¿Confíais en mí? Podría ir solo con tres.

—Sí. Confío como amigo, pero como amigo os necesito a mi lado para ayudarme a pensar porque, aunque tenéis la cabeza tan llena de vanos saberes que en veces os enredan en confusiones, se os nota asiento cuando la realidad alucina a los demás. Enviaré a otros; os escucho por candidatos.

—Sacadlos dentre los extranjeros, que son más de vuestro bando, sin tapadas conexiones hechas o por hacer.

—¿Por qué creéis que se haya metido hasta aquí el Moyano de Belalcázar?

—¿Por qué sino?... porque también le habrán llegado indicios de estar por aquí El Dorado.

—Y de eso, ¿qué pensáis?

—Que esté o no esté cerca la dicha refulgencia, con tanto verdor intenso como se va viendo en arboledas y praderas, y sumado el destello glauco de las gemas que dicen encontrarse a mares, mejor nos vendría en pensar que este reino es el Verdejo, no el del cura de las gallinas, sino del ámbito vegetal, porque de este verde sacarán más beneficio nuestras gentes que del espejismo que todos venimos persiguiendo, si es que alguna vez alguien lo encuentra. ¿De qué nos han valido las perlas y el oro recogido a costo de tanta sangre y de pasar tantas hambres? Lo resplandeciente da la algazara que siempre termina en amarguras, mata las amistades con estocadas de envidia y al poseedor por falta de sueño. El verde desta tierra nos traerá prosperidad y sosiego. Verde en lengua desta tierra se dice *magua*, o sea, lo propio de *Gua*.

—Lo dicho: en veces sois sensato y en otras disparatas. Sois gato que a ratos caza alerta y en otros se queda jugando patas arriba —farfulló y se quedó como desenredando pensamientos, luego agregó—... No se os debió escapar el cambio de caras de los taironacas cuando nos encontraron; las traían dispuestas como para atajar piruleros y, cuando nos tasaron en necesidad de alianza, incapaces de trabar disputas, las pusieron risueñas y zalameras.

—Urgidos estarán de pactos, si es que los piruleros vienen con buena armada, mostrando bizarrías y riquezas, y millares de indios amistados. Habrá notado micer Nicolás que, bajo las casacas desflecadas y los zamarros roídos, encubrían prendas de indios, de las que nos regalaron en los ventisqueros. Vinieron sin pólvora y sus lanzas no son más que palos tostados, las ballestas

con flechas por saetas, sus caballos harto viejos y corcovados; y creo no serán más que nosotros en número y armas, y ¿cuántos dellos andarán entregados a la pacificación del reino mosca, si es tan extenso como dicen ser?

—¡Ahora el gato caza! —le salió con una leve sonrisa—. No despacharé mensajeros sino espías donde los piruleros y, para ello, el mejor pintado es el Flamenco. En tanto, enviaré un correo al general Ximénez concretando un encuentro a medio camino. Limpias querrá llevarlo para tratar sus codicias por delante, pero para retenerlo tengo el engatuse de sobarlo con ser él quien mejor puede reformar los soldados y las armas para lo que pueda venirse. Comisionaré de embajador a uno de sus cabos de escuadra, que también es de mi confianza, a Fernán Montero, el que encontró a Limpias cuando andaba perdido. Ahora, ¡a la péndola y papel! que os voy a dictar el recado.

Fernán Montero, Melchor Ramírez y dos alemanes que Federmann incluyó solo por marcar el acento de su gobierno, apenas emparejadas sus barbas y cabellos, se encaminaron remontando las cumbres del noreste. Melchor iba punteando la comitiva en su caballo Colorado y, al entrar a rodear una laguna, se metió en unos pantanales yermos donde se atoró el jamelgo que en *Coro* le había costado todo lo que tenía: quinientos pesos. Por más que trataran de sacarlo, más se enterraba el penco en el fondo fangoso, con riesgo de perderse alguno de los auxiliares. Después de mucho luchar por volverlo a la orilla, el irracional se fue más y más a lo hondo y no pudieron sino verlo morir ahogado, con enorme desespero de todos. El amo se desnudó y con una soga atada a la cintura se metió nadando sin reparar en que el agua estaba helada, y a golpes de hacha cortó un cuarto para llevar en salazón. Desde de la orilla lo recuperaron cuando ya tenía los dedos y labios morados, y le azotaron con ramas para volverle su calor, por

lo sabido que el ánima no se queda cuando se enfría el cuerpo que habita. Devolvieron un indio para que informara lo sucedido y guiara a los compañeros a la laguna del Colorado —tal como hasta hoy se conoce— a sacar los restos y suplirse de las carnes. Melchor y los demás siguieron a cumplir el mandado de poner en manos de don Gonzalo la carta condescendiendo «estar en estas montañas sin ánimo de meternos en tierras ajenas y aunque las hallamos dentro de los límites de Venezuela, es cosa de amigos aclarar con los cosmógrafos si las torceduras de la cordillera dieron fundamento a quien, sin mala intención, esté equivocado».

Muchos años después me ha zumbado en los oídos el rumor de que en esta laguna del Colorado, en el solsticio de verano, los de *Pasca*, dentro una canastilla flotante, dejan que el viento le entregue a sus aguas una figura de oro sembrando la balsa en que se meten al lago de *Guatavita* un *jeque* dorado y sus sacerdotes, con las ofrendas al sol; y que, por ser aquellos los únicos con la prerrogativa de encarnar la luz de la vida, estos hacen dichos calcos para devolverle sus lágrimas al astro endiosado y pedirle que por ratos les quite la sábana perenne de nubes.

Ximénez de Quesada, tanto por halagar a nuestro embajador como por dar muestras de estar holgado y ser persona generosa, a lo cual es muy dado, zafó de su cuello un collar de oro de más de cien castellanos y lo engarzó en el de Montero, invitándole a «en los primeros de abril encontrarnos, encaminando las vuestras gentes por las lomas de *Chiguachi* para de allí caer en la poblazón de *Bosa*, al sur de la inmensa planada donde os estaremos esperando con las nuestras». Les despidió cediéndoles unos indios cargueros con las más ropas de algodón que pudo reunir con algunas monteras y alpargatas, «para que os presentéis mejor lucidos en el encuentro y por si acaso se os cruzan los piruleros, que no nos vean en esa tosca facha de mendicantes que traéis».

Poco antes de los avisos de nuestra aparición, los de Santa Marta habían recibido noticias de venir aproximándose en ejército cristiano venido del sur por el río Grande. Don Gonzalo le pidió a su hermano Fernán salirle al encuentro con algunos capitanes y veinticinco soldados. A pocas leguas de las bocas de los ríos *Guarinó* y *Gualí* —habían asentado su real en una poblazón que después llamamos el Paso de Honda, por tener los naturales tendida una puente de perigallo trenzado sobre cuerdas como de cien yardas para cruzar sobre el río Grande, el *Guacayo*—, se toparon con el Moyano de Belalcázar que venía con el grueso de su tropa en devuelta de donde sus indios les dijeron haber visto las huellas de nuestros caballos tras las suyas y, después de intercambiar saludos y urbanidades, se juntaron a conferenciar en su campamento.

Uno que se mostraba muy animoso y contento en el encuentro fue un tal Cazallas, el más hábil comerciante hasta entonces entrado al nuevo continente, quien había atracado su nave atiborrada de mercancías en *Tumbes* y por la cauce del río *Guayllabamba* subió a hombros sus petacas con sedas de Oriente y camisas de Holanda y los bultos de chafarotes y herramientas de Toledo, y las barricas de vinos y de aceites de Portugal, las botijas de vinagres y de todo lo demás con que pensaba enriquecerse en el *Pirú*, comenzando sus ventas por *Quito*, mas como la mitad dello sirviera para aperar la expedición del Belalcázar, resolvió unírseles por haber sabido en la Hispañola que los de las gobernaciones de las costas *caribes* estaban carentes de toda mercancía aunque cargados a reventar de buen oro, y por ello ahora aupaba al general Belalcázar a entrar cuanto antes en el real de los de Santa Marta, diciéndole que él también podría sacar buena ganancia con las piasas de cerdos que traía, entre las muchas otras riquezas del *Pirú*, o Perú como ahora los chapetones le decían. Don Fernán los invitó a acercarse más a *Muequetá*, pero quedándose el grueso

de la caravana el del al otro lado oeste del río Grande que era el límite indiscutible entre los de *Calamari* o Cartagena y los de Santa Marta que, de allí hacia el naciente, ya tenían pacificado desde dos años atrás.

Entre los peruleros también venía Francisco de Quesada, el menor de los tres hermanos que se aventaron a las Indias. Fernán tuvo gran contento en abrazar a su pariente, quien en parla familiar le sopló que don Sebastián estaba resuelto a subirse por donde señalaban las noticias oídas en *Latacungua* a un indio extranjero, «de al norte estar *Cundirumarca* que, en la lengua *aimara* de los australes del Perú significa “lugar de donde salió el dios Cun” y, por ello, por todas las naciones se cree estar todo el sitio lujosamente engalanado con ofrendas preciosas, y aseguraba que, al menos una vez por año, un *zipa* desnudo se unta con resinas y sobre ellas esparce serrín de oro hasta cubrirse todo y así, subido en una balsa, se mete en una laguna acompañado de sacerdotes provistos con largueza de puñados de esmeraldas y de *tunjos*, que son idolillos de oro, donde el principal entrega su recubrimiento al sumergirse en las aguas, en tanto los otros lanzan las ofrendas al reflejo del sol, identificado como el portador de la vida dada por su Creador, que entra a diario por el levante navegando entre las sombras». También le contó que su general De Belalcázar averiguó en las provincias de los *quillacinga* y de los *pastu*, ser este dios el gran *Chibcha-Cun*, el dios de las fuerzas de la tierra, los terremotos y los diluvios, reconocido como poder supremo por los *muisca-chibcha*, o gentes del Dios Varón. Que todo esto también lo había sabido antes su capitán Díaz de Pineda y por dos años duró buscando El Dorado al naciente de los nevados *Tunguragua*, *Cayambe* y *Huila*, y lo mismo les dijeron a los capitanes Añasco y Ampudia cuando fueron enviados a escarbar por el dicho espejismo desde *Guallahamba* o *Guayllabamba* —no supo bien— hasta las montañas de *Pastu* y *Popayán*;

por lo cual el Moyano de Belalcázar tenía ya certeza de casi estar pisando aquel *Cundirumarca*, en el mismo reino de *Chibcha-Cun*, y que decía venir con licencia de Pizarro «para hacerse gobernación con las tierras que pudiere conquistar, o regresar». Que también decía tener cédulas firmadas por la Emperatriz, ya que su esposo a la fecha andaba por Alemania, «para hacer descubrimientos en lo que había entre las mares del Norte y del Sur y que fuese gobernador de tal parte», que comienza donde termina la provincia de *Quito* e incluye lo de *Cundirumarca*, que jura estar aquí y, para más apuntalarse en ello, ordenó a sus capitanes fundar varias ciudades donde dejó asentados algunos españoles: en San Juan de los *Pastus* sobre esta cordillera, en *Popayán* en la paralela por el poniente, en *Neiba* sobre las riberas del río Grande, en la Villa Ampudia — por arbitrio del capitán Juan de Ampudia— en los dominios del *cacique Jamundí*, y otra en el valle de *Lilie*, entre la cadena central y otra serranía junto a la mar Pacífica. ¡La mar Pacífica, sí! que la tenemos al poniente, ¡pero a muchas leguas!

Aquí me pide la pluma, con la venia del lector, salirse del relato para señalar la gran coincidencia, que no puede ser más que por juegos de la vida o por remotas memorias compartidas, entre el dios *Cun* de los devotos *muiscas*, con el *Cun* de los antiguos egipcios, también dios de la fuerza, como el Atlante griego de quien, según Platón, salió el nombre a la mar que los separa.

Don Gonzalo devolvió los jinetes que galoparon llevando adelante las nuevas de los peruleros, para pedirle a don Fernán les entretuviese la marcha mientras ganaba tiempo en enterarse mejor sobre los que venían por *Fosca* y sopesar con cuál de los dos les iría mejor apuntalarse, antes de que entrambos aparecidos se concertasen en su contra. Mas, cuando su hermano reencontró a Belalcázar, este ya había cruzado el río Grande y venía por *Tibacuy*, a menos de veinte leguas, en marcha ostentosa de no

solo los cristianos ir sudando sus mejores galas, sino también de las indias concubinas sacadas de la realeza *inca*, como Francisca Inga, sobrina del gran *Guaina-Capac* y mujer natural del hijodalgo Juan Muñoz de Collantes, con su pequeña hija mestiza, Mencía de Collantes, cargadas en andas por su propio servicio, sin dejarles pisar los caminos que iban engalanando con pétalos de flores, disimulándoles la fatiga con chirimías como de saltimbanquis; rimbombancias todas para alejar los fantasmas de las degollinas e incendios con que sus barbados maridos les marcaban el camino a seguirlos, habida la prudente distancia para que no fueren testigos de las demostraciones ordenadas por el antes porquerizo y ahora general enriquecido y distinguido, para más hacerse temer y respetar.

Belalcázar le respondió a Fernán Pérez que no fue por voluntad solo suya que se pasó el río, sino por la de todas sus gentes intrigadas por conocer tan fabuloso reino de las montañas. Y Pérez no tuvo palabras con qué pararlos por no acatar bien cuánto alcance tenía la carta de la Emperatriz, de la que no vio más que el sello, puesto que consideró descortesía pedir que le dejaren revisar el contenido y la firma que don Sebastián le advirtiera haber sido estampada por doña Isabel en persona, aunque ni alcanzó a distinguir que el escudo estaba desbaratado sobre el lacre que besó cual si fuera la augusta mano. Tampoco tuvo nervio para contenerlos, pues estaba en inferioridad de número y de fuerzas, pero su ingenio le dio para encaminarlos por el paso de *Pasca*, que era camino más largo, diciéndole que allí acampábamos los de Federmann, aunque calculando que ya nos habíamos ido, para dejarle creer que podrían reunirse y marchar aunados a la Nueva Granada.

Al tiempo que partieron los de la embajada del cabo Montero hacia el real de Ximénez de Quesada, igual lo hacían Antón Flamenco, Jácome Díaz y Gonzalo de la Vega a lo del figoneo a los piruleros, por un camino casi opuesto, directo

a *Tibacuy*. Encontraron el caserío despoblado de cristianos, por haber salido ya con toda su impedimenta, encaminados por donde les había indicado Fernán Pérez. A grandes trancos siguieron las huellas por el río *Chocho* y los alcanzaron a ver acampados en la meseta de *Fusaguasungá*, o Fusagasugá como nosotros le decimos, en el alto de *Fusungá*, a medio camino de *Pasca*, donde fueron descubiertos por *yanaconas* peruleros. Guiados ante Belalcázar, dijeron ser una avanzadilla en busca del camino que rodea sin trepar las cumbres y, luego de agasajos con delicias casi olvidadas, servidas en vajilla de plata, el general los despachó con una carta para Federmann, con petición de que juntasen las gentes, que también las suyas eran unos ciento setenta hombres y entrambos podrían hacer fuerza contra los de Santa Marta.

Cuando el Flamenco y sus acompañantes asomaron en la aldea, estábamos levantando salida hacia *Bosa*. El capitán Limpias se apresuró a recibirles y les rapó la carta con el mensaje, asegurándoles que él lo entregaría con discreción a micer Nicolás, como lo hizo después de husmear su contenido y poner presión en Federmann para que aceptase la alianza, como «única manera de asegurarnos de que el uno u el otro o entrambos no nos corran de nuestra propia jurisdicción, si es que en verdad estamos dentro della, como calculamos estarlo». Mas Federmann, sin dudar de que Limpias torcería su lealtad hacia donde más calentara el sol, le recusó:

—Ya estamos apalabrados con Ximénez, para bien o por desgracia. Él parece ser hombre de honor y estar tan necesitado como nosotros y así mejor nos avendremos a una negociación que con quienes vienen con ánimos subidos. Cumplamos con nuestro encuentro en *Bosa* y votemos a Dios porque los piruleros desarmen sus bravuras y los tres encontremos avenencia; porque una guerra entre cristianos no dejaría más ganadores que a los gusanos en nuestras tumbas.

—Habiendo pasado por cuanto dicen haber pasado en el *Pirú*, no creo que se arruguen con vernos unidos. Lo digo, excelencia, para estar despabilados, para no precipitar alianzas que puedan resultar equivocadas y nos cojan con los calzones en los tobillos, que es como se enredan los amantes afanados.

—Alianza habrá de hacerse con alguno de los dos, para no quedar en desventaja. Fernán Montero ha visto e informado lo que había de ver de los taironacas, al igual que Antón Flamenco de los piruleros. Con estas cartas sobre la mesa, la suerte está echada.

No hubo más insistencia. Pero algún tiempo después se regaron comadreos de que Limpias, de su propia cuenta, envió un indio con un correo secreto para Belalcázar, sugiriéndole «ser paciente y saber esperar», calco del saludo que en voz alta se le oyó después en *Bosa*: «Soy el capitán Pedro de Limpias, decidido en el ataque y paciente cuando es debido esperar».

Desde que Ximénez tuvo noticia de los piruleros y *caquetíos*, temió que entrellos formaran una tenaza y, para no dejarse apretar por ella, debía hinchar sus fuerzas, así fuese en apariencia, con las de los nativos del que ya consideraba su reino. Convocó por bando sus gentes y les ordenó salir por entre las poblaciones que ya tenía entre yugo y amistad, como si fuese el *zipa* principal, porque ya el gran *Tisquesuza*, señor de la mayor parte desas tierras, había sido atravesado por la ballesta de un soldado que no supo a quién apuntaba; y *Sacsazipa*, su sucesor, terminó muerto por tortura, descoyuntado por los hombros, con los pies quemados y rajados y untados de sal, sin revelarles dónde se encontraba el tesoro de su antecesor. El mensaje para los moscas era creíble y contundente: «Ellos no sabían si los barbados que entraban eran de los mismos o contrarios, si venían en paz o con el grito más terrorífico oído en ambos mundos “¡Con Santiago, cierra España!” —ya conocido por aquellos— por lo que los prevenía

de apercibirse en aderezar muchas de sus armas por si venían a lo peor; que él, como su protector y aliado, les formaría en batallones para la defensa de sus vidas ni dejar que les echasen de su tierra». Y les señaló la fecha en que deberían estar concentradas todas las gentes cobrizas en las llanadas de *Bosa*, donde comienza a extenderse hacia el norte la gran sabana. Igual hizo alistar allí sus peones y caballos para desfile o, de ser el caso, para refriega.

Entre tanto, los *caquetíos* caminábamos hacia el sitio del encuentro y cuando dimos en el lomo de la última colina, sentimos un pasmo en el corazón al contemplar la inmensidad de tantos verdes sin más límites que los confines difuminados por la lejanía. Sobrecogidos comenzamos la bajada, por donde nos fuimos apretando hasta quedar como una mancha chorreando por la loma, hasta alcanzar a distinguir una legión de indios esparcidos por entre los pastizales queriendo formar batallones, los unos en posición expectante mientras otros eran arreados por caballos al galope, cual rebaños de ovejas acosadas por los perros pastores. Al poner pie en la llanura, vimos la tierra cerrada por millares de guerreros, tantos que les hubiere bastado una leve seña para sepultarnos con nada más que abrir carrera sobre nosotros.

Federmann se puso al frente escoltado por los tres capitanes mayores. Luego jinetes de los treinta caballos sobrevivientes, de tres en fondo y harto separados para que parecieren ser más. Después los peones, en pares y distanciados dos pasos para también alargar la columna. De último toda la chusma con el carruaje de estorbo, atizada por cinco infantes con las traíllas de perros. Por entre aquellos pajonales obedientes a los vientos suaves, debimos parecer una procesión de penitentes bajo el peso de dos años de intemperie a las espaldas, a la buena de Dios, con las armas abajo y los puños crispados.

Ya frente a los indios, dentre ellos surgieron dos jinetes en carrera, abriendo un corredor como para seis caballos de frente. Al fondo, a unas cinco cuabras, oímos un toque de trompeta y por el callejón se vino de frente la gente tairo-naca en alarde militar, al paso de los caballos avispados por la espuela y contenidos con la rienda. Adelante el general, detrás su paje sosteniendo el estandarte de Granada, desteñido el es-carlata por tantos caminos. Luego una veintena de a caballo que incluía todos los capitanes, salvo los que deberían andar aperciéndose de los peruleros: venían a nuestro encuentro, en tanto nosotros seguíamos marchando por la mitad de los indios abiertos en dos bandos apretados por la curiosidad, una muchedumbre de guerreros vestida con zurras de algodón y engalanada con plumerías de *loros* y *guacamayas*, afieradas las caras bunas con líneas de *achiote*, amartillando dardos y tiraderas en una mano y en la otra una lanza o la *macana*, silenciosos y como listos para rompimiento de batalla. A un tañido de caracola, por donde íbamos pasando arrancó una grito aterradora alzada más con el atronador sonido de *fótutos* y de pitos, dando saltos y pateando el suelo con un compás sordo, y nosotros sintiéndonos como las gallinas entre las mochilas del Verdejo, con la piel fruncida y erizados los pelos. El mismo orgullo que nos apretó el culo para no cagarnos de espanto, nos almidonó el cuello para avanzar tiesos, con los pechos y cabezas en alto, hasta quedar a unos treinta pasos de los cristianos que venían en contrario. Comenzaron los redobles de un tambor y de nuevo sonaron dos cornetas abolladas. Ellos se detuvieron y nosotros hicimos lo mismo alistando las manos a tomar empuñaduras. El capitán Suárez de Rendón avanzó para señalar que, según mandaba el ceremonial, primero se adelantasen al encuentro los generales, desmontados de sus cabalgaduras. Se apeó Federmann, con un giro brioso y ágil de disimulo de las elegancias dejadas en los abismos.

Metió bajo el brazo su sombrero alguna vez empenachado y con la mano trató de alisar el cabello rebelde y las encrespadas barbas rojas. Ximénez desmontó con galanura, con ayuda de un paje que le recibió las riendas y el yelmo recién bruñido, caldeado por el sol nono que brilló durante todo el desfile. Ambos avanzaron muy serios, observándose las caras como tratando de adivinar los pensamientos detrás de los ojos glaucos y chispeantes del alemán, castaños y calmos los del granadino. Se pararon frente a frente sin mediar palabra, hasta que el anfitrión alargó los brazos para fundir en un apretón el cuerpo musculoso y algo bajo de micer Nicolás con el suyo, alto y desgarbado. Las ánimas nos volvieron a los cuerpos, se desagarrotaron las manos de las guarniciones de los fierros y las manzanas de Adán subieron y bajaron por los pescuezos. Los caballeros desmontaron y a la par con los peones, entrecruzamos abrazos y cortesías.

Hubo tentempiés para todos los cristianos y en la noche pasamos sueltos hasta el alba en canturreos, coplas y jaranas al rededor de las candelas, sin percatarnos que los moscas, estando armados y siendo tantos, hubiesen podido hacer desta hora la última de cuantos festejábamos sin prudencia. Si no nos cayeron fue por creer que los piruleros también eran amigos. Y de aquellos ya tenían noticia de cómo avanzaban azolando.

Con el canto de los gallos del Verdejo salimos hermanados con el norte puesto en la ranchería de la Nueva Granada, donde ya estaban hincadas las últimas varas de completar otra docena de amplias chozas circulares fuera del cercado, «porque adentro ya no había espacio para tanto recién entrado», fue la disculpa para no pecar por incautos. Mientras unos moscas cerraban las paredes con doble estera, otros venidos de *Guatavita*, acaballados sobre vigas y soleras, aseguraban entramados de caña que luego recubrían con atados de paja, y algotros apisonaban los suelos y los cubrían con

junquillos y espartos tejidos. Al final también dejaron montadas tres cocinas de fogones comunales y unos cobertizos para nuestros indios junto a la cuadra de los caballos, el corral de las gallinas y varias cloacas con acequias de aguas corrientes por debajo.

Por unos días, los cristianos nos distendimos en carreras de caballos, juegos de cañas, pulsos de fuerzas, concursos de jabalina, de lanzamiento de dardos, que son como tiraderas aventadas por correas para alargar el brazo. Hubo apuestas de dados y naipes, pero a las tapadas porque el De Quesada tenía el azar por malo, ya que ahí metía mano el Diablo haciendo salir dentre los dobladillos esmeraldas e idolillos machacados en forma de tostones, y detrás venían maldiciones, coces y puñetes, sin faltar alguna puñalada de *ñapa*, porque un español no acepta perder, ni siquiera por azar. También hubo destape de aquellas indias vestidas, más tímidas y menguadas que las encueradas de las tierras cálidas, más quietas en carnalidades, aunque igual de curiosas y coquetas, y apegadas a los arrumacos continuos.

Ambos generales se apartaron de las celebraciones y banalidades. Ximénez no podía dejar resbalar sus minutos, sintiendo a los peruleros asomados en el resquicio su puerta. El alemán andaba revisando cómputos y geometrías, para asegurarse de tener puestos los pies dentro de su jurisdicción, valido de sus incipientes conocimientos como estrellero, o cosmógrafo triangulador de brillos fijos y calculista de círculos y ángulos por la bóveda celeste, que es sapiencia antigua, harto diferente de los ensalmos de los otros también nombrados estrelleros que profetizan sobre planetas errabundos, a quienes mejor cabría decirles «astrománticos»; aunque tal vez uno de estos videntes era lo que mejor necesitaba Federmann, dado que su pericia no alcanzaba para afinar con un tosco sextante copiado de los usados en mar abierta, ni para corregir las vacilaciones

de los mapas hechos con estimación de distancias y declinaciones donde casi no se podía ver al Cielo, porque una cosa es levantar cartas costeras y otra preciar un azimut donde no hay visual más allá de la nariz. La Corona envía tesoreros, veedores y escribanos con cada conquista, lo mismo que frailes y curas para dilucidar dónde asentar parroquias, pero nada de agrimensores hasta entonces, toda vez que no tenía interés en amojonar demarcaciones por donde creía ser todo suyo. Y las fronteras las trazaban los soldados con el filo de su propio desespero, para que después las porfiare los de guante blanco con sobornos en los altos estrados del imperio, toda vez que «con la puja de las coimas conciertan los señoríos», como se escuchaba por el Consejo de Indias. Y a ningún monarca se le ocurrió visitar «nuestras posesiones» en este inmenso continente de *Guata*, porque *Guata* nunca existió para príncipe alguno, si ni tan siquiera a los nuevos dueños les importó que fuera nombrado «las Indias» por un misterioso descubridor extranjero, del mismo modo que, siglos atrás, el preste Juan y Marco Polo desatinaron por completo dividiendo en India Menor, Media y Mayor, lo que en realidad eran reinos del Oriente muy diferenciados y hasta rivales; como tampoco les importó a los castellanos que, sin nunca pisar este suelo, una desconocida cofradía de cosmógrafos extranjeros nombrara como «de Américo» a una tierra tan enorme que hacía ver como provincia el imperio de Alejandro y el de don Carlos, donde dizque nunca se oponía el sol. Todo porque a nuestras Majestades les bastara con enviar su sello dentro de un cofre con cojines de satén, al que se le rinden honores militares y se le baten inciensos.

—En el peor de los casos —se repetía extenuado micer Nicolás, como en duermevela—, las cimas de la cordillera marcarán la jurisdicción de nuestros gobiernos. Mas por acá, siendo todo llano, división nos dará para interminables disputas.

Bastaron un par de horas en conversas secretas entre los dos generales, sin que alguien más supiese qué tan lejos llegaban las pretensiones del licenciado ni cuántos argumentos esgrimió el hábil comerciante. El caso es que se avinieron a un acuerdo consignado en escritura pública, porque no en balde el licenciado había sido legisperito en Granada y le resultaba indispensable la legitimidad notarial de cada acto, y a Federmann, como a todo cauto negociante, le gustaba más el olor a tinta que el sonido de las palabras. Don Gonzalo tenía su escribano oficial y yo actué de amanuense para levantar la copia del alemán. Fue larga y prolija en saludos protocolarios, en considerandos sobre los servicios que debían a su Majestad Carlos I y V, tanto como quienes habían puesto en riesgo su hacienda para avalar ambas conquistas, y en elogios mutuos para resaltar la nobleza y desprendimiento de sí mismos. Cuidando de que en renglón alguno quedare señal del acoso de los piruleros, las resoluciones los comprometían en esencia a «partir por mitades las ganancias que se hiciesen desde aquel día en todo buen o mal suceso», de lo cual después salió fundamento y fuerza para asignar encomiendas a varios los nuestros que se quedaron en este reino, sin ser primeros descubridores ni conquistadores, sino por merecimientos en la pacificación y reducción de alzamientos posteriores. También quedó asentado el arreglo de «dar de comer de lo conquistado a treinta soldados de cada general», porque en el acuerdo ninguno mencionó a su gobernación de origen en la Tierra Firme, vacío muy a propósito para dejar caber una nueva en la Tierra Adentro.

Un bando convocó a todos, a «escuchar el contenido total desta capitulación, para que nadie después se llamase a sorpresas». Entre los de Santa Marta no faltó una lengua ácida que soltara «que después de habernos nutrido con sapos y culebras en toda la jornada, ahora nosotros, aventureros

rasos, llegamos a ser quienes daremos de comer al factor de los Belsares —queriendo decir los Welser—, siendo que estos banqueros son tan potentados como para haber puesto al Papa a lamer de su mano y a los nobles a limpiarles las botas; los mismos que en la feria de los electores, sobornaron conciencias para darle la Corona de nuestras Españas a un infante alemán, quien poco nos ha vuelto a mirar, a no ser para recontar los únicos quintos que le engordan». Nadie respondió la maledicencia que, de haber salido en un atrio o taberna del Viejo Mundo, aun siendo menor, habría hecho desenvainar sin necesidad de padrinos. Pero se apagaron las risas y las chanzas, y comenzó la división entre quienes de los nuestros querían quedarse y los que esgrimían cualquier razón para volver a Venezuela.

En *Pasca* los indios le narraron a Belalcázar cómo se juntaron las gentes subidas de los llanos con las que decían ser los nuevos amos de la altiplanicie, y ahora estaban reunidos, holgando en el cercado de *Muequetá*. Don Sebastián, sin perder la esperanza, aplazó la estrategia de unirse con uno de los bandos y la cambió por juntarse con ambos, si es que estaban convenidos, que luego sabría de dónde sacar ventaja. Y envió sendos mensajes, tan zalameros, como si fueren del Cazallas ponderando sus mercancías.

Mas el licenciado, aguijado con lo dicho por su hermano menor, redobló toda precaución. Comenzó de nuevo a convocar a las poblaciones de indios de la sabana a que estuvieren alertas, en tanto pidió a fray Domingo de las Casas ir a entrevistarse con fray Domingo de Granada, quien venía entre las filas de Belalcázar, por ver qué entendimientos saldrían en el terreno llano de la Iglesia. Al cuarto día volvió con el convencimiento de que el perulero esperaba dialogar «para dilucidar las distancias del derecho de cada uno». Y como eso de discutir derechos le hacía agua en la boca al leguleyo,

concertada una respuesta con el alemán, la despachó con el capitán Paredes y algunos peones *caquetíos*, entre los cuales fui metido por el mismo Federmann «para que seáis mis ojos y oídos», invitándole a que, siguiendo las colinas por donde entraron los de Venezuela, «los tres capitanes generales nos alleguemos a conferenciar viéndonos las caras».

Fue esta la primera ocasión para contemplar a la joven y muy bella Francisca Inga, esposa natural del capitán Muñoz de Collantes, que me dejara impresionado en lo hondo por la fuerza de su altivez natural engalanada a la usanza de la realeza *inca*, coronada con una *pamela* sobre sus cabellos negros y lustrosos, sueltos por debajo de los hombros, enmarcando el destello de sus ojos de miel, de mirada distante y con el envanecimiento de una noble de Castilla, cual gota de azogue que ni unta ni deja untar su brillo triste. Parecía la exaltación de su nueva raza, como salida de un lienzo de mi amigo Luis Vallejo de Vargas, experto en captar las vibraciones internas de las ánimas iluminadas, que a su vez podría pasar por un retrato de Albrecht Dürer, diestro en reflejar melancolías. Con parecer creación de artista, era para disfrutarla con la vista, no para que ella se fijare en alguien como yo, adocenado por los soles y caminos. Tanto me embelesé con su estampa, sin que siquiera se dignase regalarme una ojeada, que por andar con tal arrobo casi no reparo en su pequeña hija, la mestiza Mencía de Collantes, idéntica a su madre salvo con unos ojos glaucos, tan diáfanos e inquietos como los piélagos de la *Guajira*.

Regresamos los comisionados a la ranchería de la sabana acompañados por los peruleros Juan de Cabrera, Francisco de Céspedes y Diego de los Olivos, arrimados con pretexto de obsequiar a los dos generales algunas preciosas mantas del Perú, aunque más para observar el camino y el sitio de encuentro, el mismo de *Bosa*, porque el Belalcázar no era de los que se adormecen sobre palabras sedosas. Los taironacas andaban

en la tarea de convocar de nuevo los moscas, aunque por la prisa no llegaran a congregarse más que la mitad de los anteriores. Los *caquetíos*, ya reposados y algo repuestos de carnes, nos aplicamos en aderezar las armas y lo poco de lucimiento, y a dirigir la armazón de nuevas habitaciones en sitio opuesto al nuestro, por el poniente del cercado, el lado más abierto y desprotegido, donde se sintiesen halagados, pero sin preeminencias de llegar a disponer a su antojo.

Dos días después entraron en *Bosa* mediando la mañana, descendiendo por la colina por donde mismo lo hicimos nosotros, con diferencia de entrar ostentando todo tipo de galas, alhajas, faustos y bizarrías. Los naturales, con ser menos esta vez, pusieron más grita de espeluznar a los cristianos, mas no al séquito peruano, el de las *coyas* y *ñustas* hermosas y bien ataviadas, desfilando impávidas cual distinguidas damas ante la curiosidad de los guerreros, que poco a poco fueron bajando su barahúnda en admiración de aquellas de quienes habían oído ser del imperio de grandes ciudades de piedra, de muchos sabios y con una casta superior que les demandaba las luminosas *guacatas* verdes en canje por suavísimas pieles blandas, por aderezos de plata o por alguna *guasa*, o talismán de piedras pequeñas ovilladas entre hilos coloridos, a los que se apegan las deseosas de encontrar el mejor marido para tener sus hijos, por igual que a otras medicinas milagrosas de los *amautas*, o sabedores desas lejanías, para darles el vigor de dejarlas embarazadas.

Detrás desfiló la chillería de los cerdos, revueltos los enormes verracos con las marranas paridas y sus crías, todos escualidos y flacos como galgos, después de haber penado por tantas leguas de camino, tantas cuantas viajaron acomodadas en canastas las gallinas del Verdejo. Los indios moscas les abrieron bien ancho el callejón, por no saber si eran perros o *guabiares*, dantas o *tapires*; ni si eran para la guerra o para la olla.

Luego entró la fila de peruanos llevando al hombro la enorme impedimenta, los hombres con su *guara* de tela por entre las piernas y su *unco*, o ruana amplia, cayéndoles de los hombros hasta las rodillas, y las mujeres con sus *anacos* ceñidos a la pantorrilla bajo mantas coloridas. Algunas de ellas, las más jóvenes y bellas, que desfilaban libres y sin peso, habían sido tomadas de los encierros de las vírgenes que servían en los templos, que los cristianos creyeron ser harenes donde adiestran las unas para concubinas de los emperadores y otras para esposas de los principales, y por ello las tomaron por mancebas, en tanto a muchas otras prostituyeron en beneficio de sus captores, o de rufianes que las compraron para forzarlas al comercio carnal.

Los naturales de este reino vieron por primera vez *llamas*, *alpacas* y *guanacos*, y se postraban ante esos dóciles y vivaces cuadrúpedos, murmurando ser como aquel que, según la tradición, llegó acompañando al venerable maestro *Bochica* y al poco tiempo se le murió allí mismo, en *Bosa*, del que tienen entallada su figura sobre rocas y guardados los huesos, muy en secreto, como reliquia sagrada.

Quienes han hecho reseña destes sucesos no han dejado de mostrar su admiración por las significativas coincidencias entre las tres huestes que, diferenciadas tan solo por las vestimentas y su estandarte, parecían como reglados para un torneo entre competidores allegados desde distancias similares y en igual número, tras el mismo trofeo. Mas poco les dio a pensar el cara a cara entre las dos civilizaciones: la de los dominadores, aun estando en tan penosas condiciones, en revuelo de ceñirse al protocolo de los desfiles militares con un fausto de sainete, de solo facha, para mostrarse entrellos mismos la soberbia española; frente los dominados de solo atronar con una enorme grita, con la soltura natural de los hijos de *Chibcha-Cun*, aun teniendo sus armas en las manos.

Aposturas ambas que más marcaban una confrontación de culturas tan dispares en pensamientos y pasiones como distantes en invenciones y adelantos, que de lejos revelan ser tan diferentes los unos de los otros como para ser capaces de amalgamarse a edificar un mundo nuevo entrambos. Porque, si en las Españas no pudimos convivir los adoradores de un Dios único y nos despedazamos entre moros, judíos y cristianos, menos habrá cómo acoplar los hombres más pendencieros, ambiciosos y envidiosos con estos simples por natura. ¿Cómo fusionar la sangre caliente de valentones rapaces, orgullosos e individualistas, con gentes que obran más como especie, pusilánimes, maliciosos, contenidos y apáticos? ¿No resultará, acaso, un cruce semejante al desta piara de cerdos gruñones con el rebaño de los silenciosos camélidos del *Pirú*?

Cuando se adelantaron al encuentro los tres generales, el primero en hablar, al tiempo que forzaba una genuflexión, fue el perulero:

—Sebastián Moyano de Belalcázar, a vuestras órdenes, viejo conquistador desde *Nicaragua* hasta el Perú; fundador de varias ciudades por delegación de su excelencia don Francisco Pizarro; enaltecido y recomendado especial de nuestra Emperatriz, doña Isabel, según cédulas a vuestra disposición.

—Soy, Gonzalo Ximénez de Quesada, descubridor y pacificador del Nuevo Reino de Granada, justicia mayor de la Corona y teniente general del gobernador de Santa Marta, el adelantado don Pedro Fernández de Lugo, quien, a nombre de toda mi gente, os doy bienvenida a vuestra excelencia y a quienes os acompañan.

—Igual la extiendo yo, Nicolaus von Federmann, factor de los señores Welser, quienes por gracia directa de don Carlos V son beneficiarios de la gobernación de Venezuela, dentro de cuyos límites pisamos en este dichoso encuentro.

—Don Gonzalo, quizá no sea el momento adecuado —le soltó el añoso y mañoso Moyano de Belalcázar para medir el temperamento del granadino—, mas como las noticias viajan más rápidas por mar que por tierra, creo que debo enteraros de la muerte del imponderable don Pedro, acaecida hace más de dos años. ¡Qué lejos andáis de vuestro nuevo gobernador!, que, según conjeturan algunos, debe ser hoy su brioso hijo. —Y sin tomar respiro, se volteó hacia Federmann, algo molesto por el alfilerazo—: Y quizá tampoco sepa micer Nicolás que vuestra gobernación ha pasado a manos provisionales de la Real Audiencia de Santo Domingo y que se adelantan sendos juicios de residencia contra los alemanes, incluyendo a vuestra señoría y a varios de los capitanes que os acompañan.

«Más cerdo el porquerizo que sus propios marranos», estuvo por soltarle Federmann.

«Veo que jugáis con las cartas de la baraja sobre la mesa —le respondió el licenciado, asimilando la nueva como empujón a destiempo—. Sea entonces buena hora para ver la carta que mencionáis de nuestra Emperatriz».

El iletrado Moyano de Belalcázar, por andar cacareando orgulloso la posesión del dicho pergamino dirigido a su nombre precedido con el miramiento del «don», no tuvo otra opción que hacerlo traer de sus alforjas. Lo extendió al licenciado, quien lo leyó despacio y lo repasó de nuevo antes de responder:

—Veo cuánto aprecio profesa nuestra augusta doña Isabel por vuestros servicios en la conquista de las Indias —discurrió por fin don Gonzalo y, para asentarle con quien trataba, le agregó—: pero no hallo dónde se os conceda título real de posesión de lo que está al septentrión del *Pirú*, menos de pertenencia alguna, puesto que, como bien sabéis, la propiedad en todas las Indias siempre es de la Corona. —Y para no seguir en desconcierto delante de las gentes, le cambió de tercio— Mucha alegría he recibido al saber que mi hermano de sangre

viene con vuesa excelencia. Dejadme darle un abrazo y partamos todos a tomar reposo en nuestro real.

Mientras los recién entrados buscaban acomodo en los ranchos pendientes de acomodarles esteras en los pisos, los tres generales se reunieron dentro del cercado, en la gran casa del *zipa* ocupada por los del primer círculo de don Gonzalo. Después de varias discusiones, los argumentos giraban con la lógica de cada expositor sin pernear a los demás. Perdidas las finezas iniciales, comenzaron a soltar dardos cruzados, como uno hartado aguzado de don Sebastián, ya en voz alta, con «Si ni tan siquiera sabe vuestra misma persona, general Federmann, si sois gobernador, teniente o tan solo general, porque habiendo salido vuestro nombramiento de los Welser y ahora estarse deshaciendo el convenio que les fuera concedido, es bien probable que vuestro mando ya estará relegado...»; y el otro las soplar brasas, con la duda inexpresada mientras las diplomacias de «¿Y a mí quién me asegura que no seáis de los rebelados contra don Francisco Pizarro y andéis poniendo tierra de por medio?»; y de pronto salir al aire la mordacidad de «Si no habéis fundado ciudades no habrá sido por falta de ganas, licenciado, ya que algunos muerden por inmortalizar sus patrias chicas en las Indias, para volver a presumir en sus aldeas, por ser solo allí donde alguien les conoce. Si no lo habréis hecho es por considerar, como abogado, que no tenéis facultades para ello, porque la capitania general no es título otorgado por la Corona, sino delegación circunstancial. Tampoco tuvieron interés los alemanes, para no gastar pan en perro ajeno».

Don Gonzalo, viendo que, con irse pelando los argumentos, las discusiones pasaban de verde al castaño, sin ninguno condescender en las razones del otro sino en redundar en las suyas, lo que conlleva a defender las pretensiones con el filo de las armas, sin que con ellas pudiere sumar algo más que

defender cuanto tenía abonado a su favor con la pacificación de este reino. Entonces, como buen litigante, pidió «una pausa para refrescar los ánimos y que cada quien pueda aclararse con sus parciales». Así, hasta antes de caer la noche, los tres se volvieron a dar las caras, mansas, como si por igual sintiesen el olor de sus plumas chamuscadas, o recelaren de los oponentes estar en componenda. Cada uno llevó a su escribano para poner en acta lo que no tuvo tropezones, dejando los desacuerdos para, yendo juntos a España, someterlos a las más altas instancias y, mientras los tribunales idóneos no dijeren lo contrario, don Gonzalo, o quien él designare, sería reconocido por todos ellos como máxima autoridad en el Nuevo Reino de Granada. Por insistencia de Belalcázar, en las Cortes se marcarán los límites de las ciudades ya asentadas por sus capitanes, según testimonio juramentado de quienes estuvieron presentes en las dichas fundaciones.

Hubo acuerdo en que para afianzar reino, «antes de que nos caigan más conquistadores de *Panamá*, de *Calamarí*, de *Paria*, incluso portugueses o de otras partes» se fundarán como es debido cuatro ciudades. La primera, donde está levantada esta ranchería o en sus vecindades; otra por *Hunza*, la sede del *zaque* de muchos confederados hacia el norte; una tercera en la provincia de *Chipatá*, por donde entraron los del licenciado; y la última por la provincia de los *laches* o por la de los *panches*, por donde mejor convenga a la pacificación definitiva. Y para sustentar dichas ciudades «habremos de hacer reparto de los indios necesarios, según se repartan a poblarlas y resguardarlas los hombres que se quedarán de Santa Marta y de los de Venezuela, en igual número por ser los menos revoltosos, y de los peruleros no más de cuarenta, por ser tan briosos; todos bajo el mando del teniente general Fernán Pérez de Quesada, con cargo al común de la misma conquista porque para todos este reino alcanzará a dar de

comer». Se permitiría la venta de las mercancías del Cazallas, si es que alguien pudiese pagar precios tan exorbitantes como de misas a perpetuidad y no quisiere esperar la vuelta de los viajeros a España, ya que de allí vendrá de todo, desde lo necesario para garantizar la prosperidad de los cultivos y la cría de ganados, hasta las esposas abandonadas por los casados, a más de mujeres concertadas en maridajes para acabar las mancebías con las indias, y buenas gentes de oficios y de minerías para desentrañar el oro y las esmeraldas. También quedó concertado que podrían unirse a los viajeros, tanto los *caquetíos* con deseos u obligación de regresar a Venezuela como los peruleros anhelantes ir a gozar de sus fortunas en España. La salida a la costa se haría aprovechando la corriente del río Grande.

Y en llegando a este punto final, el fraile De las Casas se impuso para que en las tres actas el dicho río quedara asentado bajo el nombre de río Grande de la Magdalena, como los cristianos deberían llamarle en adelante, por estar seguro de haber sido la bienamada de Jesús quien los había salvado mil veces de perecer en sus tormentosas corrientes con solo invocar su santo nombre. Y como me atreviere a comentar sin ánimo de contradecir, sino por ese enojoso prurito de precisar que me asiste, que los descubridores de su desembocadura sobre el litoral *caribe*, don Rodrigo de Bastidas y don Juan de la Cosa, muy atinados en mapear pero algo despreocupados en lo del santoral, poco antes de abril de año de mil quinientos dos equivocaron la Anunciación del arcángel Gabriel a María de Nazaret, por la conmemoración de María de Magdala que viene cuatro meses después, pifia que para el caso poco importa, pero que al dicho religioso, bien entendido en varias lenguas de los naturales, le llegó como anillo al dedo para darme una flameante arremetida:

—Nada más con miraros la facha, no necesitáis abrir la boca para demostrar cuán aindiado os mantienen los demonios,

porque no podréis negar que por los piruleros hemos sabido que *yuma* en *quechua* significan semen, lo mismo que *qhari muhu* que es semilla de varón, lo que los *caribes* convierten en derrame ajeno, en tanto los de por acá le nombran como *Guacayo* o *Guacayon* que, como bien sabéis, significa «semen de *Gua*»; y del mismo jaez son los otros nombres que hemos sabido tenerle otras tribus... Así que ahora podréis decirme si los cristianos preferiremos navegar sobre las lágrimas arrependidas de la Magdalena o entre la polución del mayor de los demonios.

—Disculpádmeme, reverendo padre, el haber metido la cuchara sabiendo que, en los descubrimientos y conquistas de *Guata*, una equivocación de más nada quita ni pone a lo dicho por quienes tienen más espuma en la saliva —y con ello más torcí la discusión a las trivialidades, desviando los ánimos de tantas otras formalidades que cada bando deseaba incluir en el acuerdo.

Desde el día siguiente, las tres tropas quedaron repartidas en dos bandos: el de los que debían alistar su retorno y el de los que se quedarían en el Nuevo Reino, quienes deberían alistar lo de la fundación formal de la primera ciudad, a la que Ximénez resolvió entonces llamar Santa Fe, porque Granada luciría más grande si cobijaba toda la provincia. Don Sebastián insistía en que siendo él el único atribuido —aunque mejor sería decir «atrevido»— para hacerlo, deberían acoger su pedido de dejarle a la ciudad el nombre de *Bacatá*, o *Focotá* como también se oía pronuncia entre algunos naturales, que al menos eso deberían dejarle a sus antiguos dueños, si es que los queríamos de nuestro lado, tal como él había ordenado a sus capitanes respetar en los de *Quito*, *Pastu* o *Pasto*, *Popayán* y *Calí*, así las acristianasen con la adición del patronato de un santo. Consultada la tercería de Federmann, respondió cual Salomón:

—Que sea Santa Fe de *Bacatá* o de *Bogotá* y que presida la ceremonia quien primero pisó, sometió y rancheó, según ventaja de conquista que aquí vale más que las ordenanzas dadas en Córdoba, Granada o Baden-Württemberg.

Los generales tenían sus mentes en con quiénes volverse a los pleitos y a quiénes dejar ocupando plaza para que no les sacasen a capirotazos. Para lo de los pleitos, los tres se fiaban de sí mismos: Ximénez de Quesada en el don de su discurso y en el poder de los conversos que con su mano de marionetero mueven muchos hilos en los altos estamentos españoles. El Moyano de Belalcázar se sentía el mejor cobijado por haber acompañado a Colón en uno de sus viajes, por el desbroce hecho con el filo de su espada desde *Nicaragua* a *Panamá*, por cobijado con el brillo militar de los Pizarro y, para más, por sus empecinadas andanzas de abrirle por tierra un camino a *Quito* para conectarla desde la mar del Sur a la del Norte. Y Federmann, por no dudar del sesgo alemán de don Carlos, aunque no dejara de temer de los purpurados católicos que, según se sabía, eran quienes en verdad regían España. Sería un litigio donde todo les valdría a los tres que juraban tener los pies cerca de donde les guiaron los avisos, donde casi que veían los visos de El Dorado, por lo que no solo recelaban de los otros dos, sino hasta de su propia sombra.

Casi todos los capitanes pensaban como sus generales y les retenía la telaraña de la riqueza fácil, aunque hasta ahora nada había sido fácil, y buscaron encontrar disculpa para quedarse acomodados bajo la vara de Pérez, porque como españoles que les arruga la adversidad y las desgracias les sirven de banderillas para, cual toros de lidia, más empecinarles a escarbar por el tal *Cundirumarca*, en la laguna *Guatavita*, por *Xérira* y a los veneros donde los *laches*, a dar con la Casa del Sol, con el nacimiento del *Meta* en la poblazón de *Boyacá*, a las minas de esmeraldas topadas y por hallar, a los aluviones

de oro por tierras de los *panches* y, como haciendo al mundo en seis días, a los nuevos embelecados traídos por los peruleros: el País de la Canela y el Reino de las Amazonas... Porque, así le quedarán prohibidas a don Fernán Pérez estas salidas mientras regresara quien quedase nombrado gobernador, ido el gato harían fiesta los ratones.

Los de a pie soñaban tentados por lo mismo, más sabidos de que bajo cualquier estandarte su puñada del reparto sería la misma, porque a más sudor menos tajada, con dicha distensión, por no decir resignación, muy pronto trabaron a partir las peras con los rasos de las gobernaciones competidoras, las de compartir recuerdos y sueños, de agrandar hazañas y exagerar padecimientos, relajaciones en las que pronto aparecieron los juegos de azar y las blasfemias a mandíbula batiente cuando perdían una pepilla de oro, una perla o una esmeraldilla, tibias por tenerla escondida ya sabéis dónde y entonces no les quedaba más que deambular sueltos a conseguir indias para conjurar las soledades que calan los entresijos en estas lejanías.

Dentre los peruleros, con solo dar un paso adelante, fácil se acreditaron los que se acompañarían por la mar al Belalcázar. Hubo alguna pesadumbre entre los cuarenta señalados para quedarse en el Nuevo Reino de Granada bajo la vara de un general desconocido, áspero y receloso de meter espías en su corral. Los demás regresarían con el capitán De Cabrera a poblar la tierra que habían dejado atrás asolada a medio abrir.

Aun después de más de una década sin una noticia de su hogar, pocos capitanes de oficio titubearon en su decisión de quedarse a la ventura. Igual los de la soldada que hasta el embarque habían sido pacíficos labriegos y ahora, habiendo derramado muchas sangres para apenas tocar algo de valor, los menos por voluntad, los más por alucinación, no veían más allá de seguir cruzando los días jugándose la vida, en espera de un portento divino que les cambiara la existencia,

sin saber que la inconformidad que les apretaba era su incapacidad de ver y sentir tanta maravilla, desbordados por el mismo deslumbramiento.

Pocos tuvieron disyuntiva y se quedaron cercados por las deudas o por el temor de un juicio de residencia. Solo yo tenía dudas: Federmann no me dejaría por su recelo de que me acosaran unos, o me aliara con otros para ir a sacar lo que él ya contabilizaba como sus réditos futuros. No habré de negar que en veces acariciaba volver con mis nuevas bizarrías al seno de mi familia y a presumir tufillos en el pueblo, ya que harto me han costado; a corresponderle a la Hermandad y al Círculo de la Ciencia Nueva, a componer lo que en buena parte tenía anotado en tinta y lo demás fresco en la memoria; a cumplirle la cita a Mi Condesa, aunque ya estoy curado de atolondres y torpezas, mas no de la nostalgia. Mas dentro de mí, el *Mati* aindiado también reclamaba lo suyo, un lugar en este mundo alucinante, al lado de *Ceyune* y de mis hijos, en medio de las nuevas realidades, las apenas develadas y las aún por descubrir, por el conocimiento de tantos pensamientos diferentes, en cuyo escudriñe quisiera meterme en *Guanentá* para nutrirme de los mentados sabedores de *Xérira*, al igual que por donde predicaba el maestro *Bochica* y por las sierras nevadas donde ayunan y meditan los iluminados *cocuy*.

Federmann me ordenó:

—Estamos en mora de enlistarnos para decidir cómo habré de dividirnos. Levantadme cuanto antes un censo, señalando primero los deseos de retornar a sus hogares en España, para con algunos dellos componer mi guardia, por cuanto de haber más de dos *jaguares* en un mismo coto, solo queda vivo uno. Marcad a de quienes, por voluntad propia, no quieran soltar la oportunidad de quedarse en estas tierras. Signad por igual a cuantos ambicionan volver a Venezuela ahora que, según el Cazallas, ya tiene gobernador español. Separad por

último los nombres de quienes estarían gustosos de acompañarme y volver conmigo cuando tenga la investidura y las fuerzas suficientes para que en adelante en esta parte del Nuevo Mundo también se hable en lengua germana, aunque esos los tengo bien sabidos: solo habrá uno, el mío.

—Enlistada tengo ya toda nuestra gente para agregar la señal de los deseos de cada quién, que, por demás, con vuestra venia, deberían ser repasados con cada capitán. Como rara coincidencia, de los salidos de *Coro* y los agregados en el camino, hemos llegado con vida ciento setenta y seis, el mismo número con que llegó Ximénez e igual al que trajo Belalcázar. Las tres huestes, para mayor concierto, recorrimos una cantidad similar de leguas.

—Entonces id al grano.

—De cuanto aquí entramos, tan solo nueve somos de los embarcados en la armada de los Welser con García de Lerma a redescubrir *Coriana* y fundar a *Coro*: Luis Cano, que debiendo ir a Santa Marta cambió de navío con otro para servir a los alemanes y, estando por morir de hambre, D'alfinger lo hizo azotar por haber quitado unos bollos a un indio; el flamenco Antonio de Requence, inmejorable compañero, bien conocido de todos, enrolado de catorce años recién cumplidos, con caballo propio y arcabuz; Honorato Vicente Bernal, quien aportó tres de los ocho caballos con que llegamos a este reino de cuantos sacamos de *Coro*, pagando por ellos más de cuatro mil pesos de su propia bolsa, más lo gastado en armas y en ayudar a sustentar la villa, donde quedó la mujer blanca con quien contrajo estado matrimonial; Pedro de Aranda, sacado de la cárcel de *Coro* en buena hora por vuestra excelencia; Francisco Álvarez de Acuña, uno de los más despiertos lenguas de D'alfinger y desta expedición; Pedro de Molina, quien le destrabó de la garganta la flecha que dio muerte a micer Ambrosio, aunque algunos den asenso a que, por comedimiento

malicioso, más le restregara la ponzoña; Gonzalo de la Vega, vecino de Astorga, a quien casi no le dejan embarcar sus furibundos acreedores; Cristóbal de San Miguel, con tres esclavos negros de los cuatro metidos en las naves de Lerma, ya que uno se fugó en la selva; y por último yo, que no sé cómo nombrarme, si Francisco Martín, mi verdadera gracia, o Alonso Moreno, como quedé enlistado por vuestras trazas y primores.

—El primero está en el fondo de la mar, según los registros oficiales y al segundo nadie lo conoce. Así que tan falso es el uno como el otro, tanto para probanzas de servicios, como para reparto de tierras y de indios. Aunque, tal como os conozco, de esto nunca pediréis teniendo ya indios y Dorado particulares por donde dejasteis savia y tesoro, que de dientes para afuera los dais por perdidos y olvidados, aunque en el fuero íntimo seguís apegado y aindiado. ¿Acaso me equivoco, si digo que no solo el nombre se os ha borrado? Así que nombraos como os venga en gana. Y sabed que Martín también es nombre y apellido alemán, como igual lo es en otras lenguas.

—Entre *bobures* fui distinguido como *Mati* —le respondí, tal vez más para mí—, pero mientras siga entre cristianos, seguiré siendo llamado como fue la voluntad de mis padres, así sea cierto que poco o nada queda de aquel Francisco.

—Os veo inclinado a quedaros. Yo tenía pensado ordenaros regresar conmigo, para no dejaros acorralado por los diecisiete lobos: los de la expedición a los *pacabuyes* que han llegado hasta aquí y bien reseñados los tengo porque si os entran a dente-lladas, ¿cuánto de aquel oro quedará para mí? ¿Qué tanto para los Welser y cuál migaja para un aindiado aborrecido?

—La mar también tiene sus escollos y vaivenes.

—Cierto —se avino—. Además, hay algo que harto pesa a entrambos: seguir sin descoyuntés nuestra crónica, agrandada con lo de este reino y con lo que luego venga cuando

vuelva de gobernador de Venezuela y, ojalá, deste Nuevo Reino de Granada.

Se quedó escudriñándome y agregó, creo que con cariño:

—Os veo pensativo... Soltad lo que hiláis.

—Varias cosas me retienen. Una, la acierta vuestra excelencia y juro por mi honor que esperaré vuestro regreso, para con vuestra mediación y recursos conformar una escuadra e ir sobre seguro. A ningún otro revelaré mi ganga, como no la delaté al capitán Venegas, porque a cambio tengo una petición: después de sacar el tesoro, quiero volver a ser *Mati* y vivir entre *bobures*, con *Ceyune* y mis hijos; porque ya estoy hastiado de conquistas, de tanta escabechina y tropelía, siendo que vine a lo del conocimiento para los fraternos que no solo son de Castilla, como bien lo habéis sospechado y refrendado. Aún no alcanzo a vislumbrar cuánto, de tan inmenso piélagos de realidades diferentes, lograré aprehender y, menos, cuántas podré sacar a la luz de las tantas que se insinúan entre las neblinas de *Guata*, para que de ellas se sirvan tanto los doctos de la Ciencia Nueva como los llovidos del saber de varias naciones.

—Siendo que la Corona, las Cortes, el Vaticano, los Welser y los Fugger, a más de los potentados italianos andan cual cangrejos revueltos en la misma canasta, no puedo anticipar un cálculo de mi vuelta, aferrada a concluir lo comenzado, ¿cómo os cuidaréis hasta entonces?

—Metedme entre las gentes del capitán Martín Galeano que irán a fundar una ciudad por *Chipatá*, en las vecindades de *Guanentá* donde, más que el brillo áureo de sus ríos, me atrae escuchar a los sabedores de *Xérira* por lo tanto que esta obstinación me zumba en la cabeza.

—Si ello ha de enriquecer el saber y nuestra crónica, entonces no se hable más y quede así sellado el compromiso.

Y dejo también aquí sellado este relato porque, entre el mariscal Ximénez de Quesada, Mencía de Collantes y yo, con emborronar cada quien de lo suyo en los escritos que casamos llamar *Los tres ratos de Suesca*, hemos agotado todo papel y tinta del Nuevo Reino de Granada.

FINIS CORONAT OPUS
LAUS DEO

APÉNDICE



LA EXTRAORDINARIA EXPERIENCIA
DE FRANCISCO MARTÍN
(1531-1533)*

JUAN FRIEDE

El 9 de junio de 1531, Ambrosio de Alfinger, primer gobernador de Venezuela, emprendió su segunda jornada hacia el valle del río Magdalena, que habría de tener trágicas consecuencias. Lo acompañaban ciento cincuenta hombres a pie y treinta y seis jinetes.

El ejército se trasladó a Maracaibo y permaneció durante unas semanas en las orillas occidentales de esta laguna, con el fin de reconocer la región, pues Alfinger tenía intenciones de fundar allí un pueblo con el nombre de Ulma, en recuerdo de su ciudad natal en Alemania¹.

El primero de septiembre, el gobernador abandonó Maracaibo y a través de las sierras que bordean la laguna (posiblemente las montañas de Oca) se internó por el Valledupar. Desde allí, bajando por el valle del río César, alcanzó la provincia de Chiriguanes (laguna de Zapatoza) y la provincia de los Patabueyes (territorio próximo al actual Tamalameque).

Reproducimos el artículo publicado por el historiador colombiano Juan Friede, en donde se recoge la historia de Francisco Martín. Asimismo, el autor reproduce el documento resguardado en el Archivo General de Indias [secc. Justicia, legajo 1003], en Sevilla, que da fe de la existencia real del personaje que inspiró esta obra. [J. Friede (nota preliminar y selecc.), «La extraordinaria historia de Francisco Martín (1531-1533)», *Boletín histórico*, n.º 7, Fundación John Boulton, Caracas, pp. 33-46, enero-1963]. [N. de la ed.].

¹ Para los pormenores de esta expedición, véase: Juan Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, Edime, Madrid-Caracas, 1961.

Los indios de estas regiones eran poseedores de buena cantidad de oro, de manera que muy pronto los expedicionarios obtuvieron un crecido botín, cuyo valor sobrepasó los 30 000 pesos en oro.

En el pueblo Pauxoto (situado en alguna parte al sur de Tamalameque), Alfinger reunió un «cabildo abierto» y, de común acuerdo con sus compañeros, resolvió enviar a Coro una parte del botín recogido con el objeto de pedir auxilio de gentes y armas y poder proseguir así su jornada hacia el sur, Magdalena arriba.

De acuerdo con el acta levantada en aquella ocasión, el tesoro enviado a Coro consistía en:

- 1723 caracurís grandes y chiquitos
- 1100 orejeras de filigrana
- 2331 canutos
- 1453 manillas
- 33 pesos de brazales
- 17 águilas
- 4 cemíes
- 1 cabeza de águila
- 9 figuras de indios
- 1 figura grande de mujer de oro fino
- 18 orejeras de andanas
- 1 cabeza grande de cemí con una diadema
- 25 orejeras redondas, y otros artículos.

Como caudillo del pequeño destacamento de treinta hombres encargados de transportar el oro iba el capitán Íñigo de Bascuña (o Gascoña), viejo y experimentado soldado, gran conocedor de la comarca por haber realizado varios viajes desde Coro a Maracaibo por orden del propio Alfinger y haber militado antes en Santa Marta, bajo las órdenes del gobernador

Rodrigo de Bastidas. Con este tuvo Bascuña serias desavenencias, cuando después del atentado cometido contra Bastidas, este quiso despoblar Santa Marta. Los documentos atestiguan que Bascuña y otros conquistadores se negaron a abandonar el puerto, declarando «que querían morir aquí en servicio de Su Majestad, como otros buenos». Para castigar tamaña desobediencia, Bastidas, «le mandó prender y atar las manos atrás y echar grillos a los pies y daba voces diciendo que le diesen un garrote o le ahorcasen». La intervención de sus compañeros le salvó la vida². Posteriormente, Bascuña se trasladó a Santo Domingo y con Alfinger embarcó para Venezuela.

El 6 de enero de 1532, el pequeño destacamento al mando de Bascuña abandonó Pauxoto, acompañado de un grupo de jinetes al mando del capitán Casimiro de Núremberg, llegando hasta los límites de la provincia de Pacabueyes, al pie de la cordillera. Entre la soldadesca iba Francisco Martín, asimismo antiguo conquistador, quien anteriormente había estado en la gobernación de Santa Marta³.

Con el propósito de acortar viaje, Bascuña resolvió emprender camino por una ruta diferente de la que los cristianos habían tomado a la ida. Quería evitar el rodeo por el Valledupar y atravesar el territorio situado al sur de la laguna de Maracaibo, para dirigirse directamente a Coro; camino que hubiera sido, naturalmente, mucho más corto. Bascuña desconocía, sin embargo, los obstáculos que para el tránsito presentaban las selvas de Catatumbo, lo cual ocasionó el trágico fin de la expedición. El destacamento y el oro nunca llegaron a Coro, perdiéndose en la selva y muriendo todos los participantes, salvo el ya citado Francisco Martín, quien,

² Juan Friede (comp.), *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, Academia Colombiana de la Historia, tt. I-IX, n.º 73, Bogotá, 1955-1960.

³ *Ibid.*, n.º 58.

habiendo sido abandonado por sus compañeros debido a una llaga en un pie que no le permitía seguirlos, se echó río abajo asido de un tronco y fue recogido por indios, entre los cuales vivió algún tiempo en calidad de mohán y de yerno del cacique. Dieciocho meses después fue encontrado por el resto de la desbaratada tropa de Alfinger, la cual, después de la trágica muerte del gobernador, iba de vuelta a Coro.

Sobre la extraordinaria experiencia de Francisco Martín existe el relato que él mismo dio el 6 de julio de 1533, ante el escribano Juan de Villegas, cuando fue encontrado por los cristianos. Este relato pinta con vivos colores la trayectoria del viaje y no carece de interés por sus aspectos antropológicos, pues ofrece datos de primera mano sobre la vida de las tribus con quienes Martín entró en contacto. Además, ofrece aspectos de orden psicológico sobre estos primeros conquistadores americanos, cuando se encontraban en el trance que les deparó el destino.

Según esta información, el destacamento atravesó en cuatro días la cordillera habitada por indios topeyes (posiblemente la sierra de Ocaria) y, guiándose por un río (algún afluente del Catatumbo) bajó a los cenagosos llanos que bordean la laguna de Maracaibo (esteros de Catatumbo y Zulia). Debido a la atroz hambruna que muy pronto los acosó, se sucedieron varios casos de canibalismo, cuyas víctimas fueron los indios que acompañaban a los cristianos⁴.

⁴ Castellanos considera a Bascuña como el más carnívoro de los cristianos (Juan Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, vv. IX-XII, Bogotá, 1955, t. II, p. 102). Fr. Pedro Aguado anota que Francisco Martín, nuestro informante, había comido aun órganos genitales (Fr. Pedro Aguado, *Recopilación historial* [introd., notas y comentarios de J. Friede], Biblioteca de la Presidencia de Colombia, vv. XXXI-XXXIV, Bogotá, 1956, t. III, p. 64). Le sigue en esto José Oviedo y Baños (véase *Historia de la conquista y colonización de la Provincia de Venezuela*, Luis Navarro Editor, Madrid, 1885, t. I, p. 57).

Tras varios sucesos, descritos con sorprendente realismo, la extenuada tropa resolvió enterrar el oro con el fin de movilizarse con más facilidad. Los enfermos quedaron rezagados en la selva y abandonados por sus compañeros, de los cuales cada uno buscaba desesperadamente la salida de tan mortífera manigua. Tal suerte corrieron el caudillo Íñigo de Bascuña y el propio Francisco Martín. Ninguno, salvo este último, logró salir con vida de la aventura.

Martín, asido de un tronco, se dejó arrastrar por la corriente de un río⁵. Encontró pronto un poblado indígena, cuyos habitantes lo recogieron y curaron de sus heridas y entre los cuales permaneció tres meses. Deseando volver a Coro, Martín aprovechó la llegada de unos indios quiriquiries, procedentes de los pueblos lacustres del borde de la laguna, para unírseles. Entre estos permaneció un mes. Vendido luego a los indios pemeos, que rescataban sal con los quiriquires, habitó entre ellos por más de un año en la provincia de Xumara, situada en las vertientes de la montaña (La Culata o la sierra del Norte). Fue en esta región en donde fue hallado por los cristianos, siendo ya tan dado a los usos y costumbres de los indios, que difícilmente fue reconocido por sus antiguos compañeros.

Es cierto que Francisco Martín se declaró dispuesto a vivir en adelante como cristiano y a abandonar las costumbres adquiridas durante su permanencia entre los nativos. Sin embargo, si se da crédito a los datos aportados por el cronista más antiguo, fray Pedro Aguado⁶, Martín no cumplió su promesa. Por dos ocasiones consecutivas se fugó de Coro para volver a la tribu y unirse con su mujer india, de la cual tuvo descendencia. La primera vez lo llevaron a Coro por la fuerza. La segunda, fue capturado y enviado a España ante el Consejo de Indias.

⁵ J. de Oviedo y Baños, *idem*.

⁶ Véase Fr. P. Aguado, *ibid.*, p. 80.

Solo mucho tiempo después, ya viejo, se acercó en el Nuevo Reino de Granada, donde terminó sus días. Este es un ejemplo más de una aculturación «a la inversa».

El cronista Juan de Castellanos⁷, quien no pudo transigir con la idea de que un buen castellano tuviese tan perdurable simpatía por la vida llevada entre los indios, no consigna estas noticias, haciendo de Martín un buen cristiano, mártir de los bestiales indígenas.

Bogotá, agosto de 1964

⁷ Véase J. de Castellanos, *ibid.*, p. 120.

[DOCUMENTO]

En Tierra Firme, a veinte y ocho días del mes de julio de mil y quinientos y treinta y tres años, en presencia de mí, Juan de Villegas, escribano, llegamos con el señor Pedro de San Martín, Capitán General y Justicia Mayor de Campo que quedó de muy magnífico señor Ambrosio de Alfinger, Gobernador y Capitán General de esta Provincia por Sus Majestades, a un pueblo que se llama Maracaibo de Bugures, que es en la provincia de Xuruara, que es antes de llegar a las sierras de los comunery, y en el camino encontramos un cristiano que se llama Francisco Martín, que había venido con el capitán Gasconya de Pauxoto, el cual venía desnudo en carnes y con un arco y flechas y un dardo y las barbas peladas y el cabello cortado y un calabazo de cal que se dice coporo y su hayo y los dientes negros de la misma forma y manera que andan los indios. Al cual, por saber que se había hecho del dicho capitán Gasconya y gente que con él había venido y del oro y de todo lo demás que les haya sucedido, Esteban Martín, Maestre de Campo, tomó y recibió juramento del dicho Francisco Martín en forma, el cual juró de decir verdad en todo lo que le haya sucedido desde que partieron del gobernador, y lo que dijo es lo siguiente:

Dijo que después que el capitán Casymires los dejó, entraron aquel día en pueblos de los topeyes, que son muy pocos y tenían muy poca comida. Y pasadas las dichas sierras, que las pasaron todas sin caminos por un río abajo, [y] vinieron

a los llanos de hacia la laguna, y desde el primer día que los dejó el dicho Casamires [*sic*] repartieron el oro y lo traían en mochilas por falta de indios, y así prosiguieron el dicho río abajo por no hallar otro camino ni otra vía mejor, sin hallar cosa ninguna que comer, si no eran algunos palmitos amargosos, en los cuales quebraban y quebraron las espadas, por los cortar.

Andando por el dicho río abajo, hallaron el río hondo, y por falta de camino y por haber mucha maleza y los cristianos muy flacos y cojos y venir descalzos y cargados, acordaron de hacer dos balsas y en ellas se echaron el río abajo, y el oro en las dichas balsas, y caminaron más de una legua en ellas y dieron en bajo que no las pudieron allegar a tierra. Y con la resura de agua, dieron con ellas en los bajos adonde se desbarataron las balsas y se perdió la carga. Y así salieron el dicho Gasconya con toda la gente a irse por el río abajo, y Juan Floryan y Martín Alonso y Pedro de Utrera no quisieron desamparar su balsa, sino irse en ella el dicho río abajo, y en ella anduvieron hasta obra de legua y media, y allí se juntaron otra vez, y hallaron a Pedro de Utrera echado, que estaba junto a una punta de la sierra que barloveaba por el río. Y para ir adelante fueles forzado subir a la sierra para volver al dicho río y Juan Floryan y Martín Alonso, por la mala disposición de Pedro de Utrera, se metieron en la balsa para doblar el dicho pico de sierra, y el capitán y cristianos encumbraron la sierra y durmieron aquella noche en la cima.

Y otro día, bajando la sierra, toparon un indio que había ido en la balsa con los cristianos y venía llorando diciendo: «Volvámonos, que están allí muchos indios que han muerto los tres cristianos». Y desde que esto vio el capitán, se asentó en la ladera de la sierra hasta que llegó toda la gente que consigo llevaba. Y llegados platicaron sobre dónde irían, y acordaron de bajar al dicho río y ver lo que había sucedido. Y así fueron,

y llegados a la ribera del río [y] hallaron a Juan Floryan muerto con muchos flechazos, y buscando los otros dos cristianos, hallaron el sombrero de Martín Alonso lleno de sangre y no hallaron otra cosa ninguna. Y no se detuvieron allí cosa ninguna, sino por el rastro de los indios que iban por la vera del río, y mucha sangre, por sus pisadas anduvieron hasta que fue noche. Y durmieron en la dicha ribera y mataron un perro que era del licenciado De la Muela y lo comieron.

Y otro día por la mañana comenzaron a caminar y caminaron todo el día hasta la noche por el río abajo y durmieron a la vera del río. Y otro día por la mañana caminaron todavía por el río abajo, y siendo medio día [*sic*] y siendo fatigados y trabajados de hambre, de hacer camino con los pedazos que llevaban de las espadas, se sentaron todos a la redonda y tomaron el oro en medio y requirieron al dicho Gasconya que enterrase aquel oro, porque no lo podían llevar ni se osaban demandar y cortar un palmito para comer, por amor de oro, y que enterrado, seguirían su camino y que si hallasen gente de paz volverían por él, y si no, que si alguno se escapase dijese dónde quedaba. Y el dicho Gasconya dijo que lo llevasen los que pudiesen y que dejasen el río y atravesasen en demanda de Herina, que era la vía del norte. Y así lo hicieron y siguieron tras él con el dicho oro ocho días, y cada día le requerían que lo enterrasen. Y viendo ya que otra cosa no se podía hacer, enterraron el dicho oro al pie de un árbol, metido en cataures, en un hoyo, que lo señalaron de cortaduras en los árboles con los pedazos de las espadas. Y enterrado, durmieron allí aquella noche con el oro, comiendo palmitos, como hasta allí habían hecho.

Y otro día por la mañana, por un arroyo que allí estaba donde enterraron el oro, caminaron por él abajo tres jornadas y acabo de ellas no hallaron palmitos que comer y hallaron muchas ciénagas y dieron la vuelta atrás, y durmieron fuera de las ciénagas y no cenaron porque no había palmitos. Y platicaron lo

que había de hacer. Y el dicho capitán quería atravesar hacia una sierra que se parecía que decía era la de Herina. Y aquella mañana amaneció el dicho Gasconya cojo de un grano en la rodilla y no podía andar, y la gente dijo que no, sino que volviesen a donde estaba el oro y lo desenterrasen y se tornasen al río donde habían muerto los tres cristianos y que allí lo enterrasen, y desde allí determinarían lo que habían de hacer. Y a él le pareció bien. Y tornaron donde estaba el oro y tardaron cuatro días, porque llevaban el dicho Gasconya cojo, y llegados descansaron allí un día comiendo palmitos, esperando tres cristianos que se llamaban el uno Juan Ramos, y Cordero y Juan Justo y su hijo de Cordero, que se habían quedado escondidos para ir por otro cabo.

Y luego otro día, vino el dicho muchacho por el rastro y dijo que su padre y los otros dos habían muerto una india, que la llevaban y la habían comido y llevaban para el camino, y el dicho muchacho trajo un pedazo. Y en esto el capitán estaba muy malo de dicho grano y llamó al dicho Francisco de San Martín y a este testigo y a Antón Peligro y a Portillo y a Gámez que desenterrasen el dicho oro y ellos lo hicieron así, y de allí, a obra de un tiro de piedra, lo tornaron a enterrar al pie de un árbol más grueso que un hombre y medio y junto al arroyo juntero de una barranca bermeja, y en otros árboles junto con él dieron muchas cuchilladas y cortaron algunos árboles pequeños y en el dicho árbol no tocaron. Y enterrado, otro día por la mañana se partieron por el arroyo arriba que se iba a donde quedaba el gobernador, y siguiendo por el arroyo dos días, no pudiendo ya andar el dicho Gasconya del grano, se detuvo un rato de día allí y a la tarde tornó a caminar hasta que fue noche. Y allí cortaron palmitos y durmieron allí aquella noche.

Otro día por la mañana amaneció el dicho capitán muy malo del grano y Juan Montañés desmayado de hambre

y traspasado, y no pudiendo andar, se quedó allí. Donde aún poco, caminaron todo aquel día, y otro día siguiente se quedó Juanes Viscayno desmayado de hambre y de un flechazo que le habían dado a la venida en la sierra los Topeyes; y todavía siguió su camino la vuelta del gobernador. Otro día por la mañana amaneció Francisco de San Martín, veedor, muy mal dispuesto, hinchada la cara. Y caminaron todo aquel día con él y con el capitán muy mal dispuesto. Otro día de mañana amaneció el dicho Francisco de San Martín ciego e hinchado todo y le dijo el capitán que anduviera poco a poco, pues que él iba también cojo, y dijo que en ninguna manera podía pasar de allí. Y allí se asentó y quedó, y ellos anduvieron su camino adelante hasta que fue noche.

Y otro día comenzaron a caminar hasta mediodía, y a mediodía se asentó el dicho capitán a la vera de un arroyo y mandó a la gente [que] cortasen algunos palmitos para que comiesen ellos y él, y ellos así lo hicieron y los cortaron y comieron y le dieron a él. Y descansados un rato, le dijeron que anduviese hasta la noche y no perdiesen hora de andar, que no era razón. Y él, queriéndose levantar para caminar, no pudo y se asentó. Y ellos desde que lo vieron así, esforzaron, y pensando que se esforzara el dicho capitán aguardaron allí aquel día hasta la noche, cortando palmitos.

Y otro día de mañana, en amaneciendo, dijo el dicho capitán: «Ea, hermanos, andemos»; y todos empezaron a caminar quien más podía para alcanzar el palmito para comer, y el capitán se detuvo un poco en partir y se levantó de la hamaca y no pudo. Y no pudiendo, envió a llamar la gente y la gente volvió a donde él estaba el dicho Gasconya y junta toda. «¿Qué es esto, señor capitán, le dijeron, cómo no anda y se esfuerza a andar?». Y él dijo: «Hermanos, ya habéis visto mi voluntad y cómo no puedo. Por amor de Dios, que me aguardéis hasta mañana». Y ellos lo aguardaron hasta tres días, y al cabo de ellos, como

no había palmitos por allí alrededor, le requirieron todos muy reciamente que se esforzase y que anduviese, aunque no anduviese cada día sino un tiro de ballesta, para que hallasen palmitos. Y el dicho Gasconya dijo que no podía, como era ello la verdad. Para hacer caminar lo llevaban en brazos. Y viendo eso, todavía le aguardaron otro día, y viendo que no había qué comer, que se perdían, requirieron que anduviese, donde no, que lo dejarían, como él dejaba a el que no podía andar, y como dejaría a ellos, no pudiendo andar. Y así dijo que no podía, y que porque ya lo dejaban y se iban, nombró a Portillo como alguacil que era, que fuese por capitán dellos. Y así lo dejaron allí y con él se quedó Cristóbal Martín, escopetero, y Francisco Centrado [¿?] y Gaspar de Ojeda que quedaba muy al cabo, y ellos subieron su camino.

Y habiendo andado dos tiros de ballesta, vieron que no llevaban candela, y volvió Diego de Valdés y Antón Peligro donde estaba el capitán por la candela, y lo hallaron al dicho Gasconya echado en su hamaca y quejándose de su grano, y al dicho Cristóbal Martín, abriendo un muchacho pacabuey, que había muerto, para comer. Y los dichos Valdés y Peligro tomaron fuego y los dejaron y se vinieron a donde ellos estaban aguardando, y les contaron lo que habían visto. Y ellos caminaron tres días hasta que llegaron al dicho río donde habían muerto el dicho Juan Floryan y los otros dos, y llegando este testigo muy malo de dos granos en la planta del pie, que no se podía tener.

Y comenzaron a caminar hacia donde quedó el dicho Juan Floryan, y caminando aquel día, toparon el camino en el dicho río diez y ocho o diez y nueve canoas [con indios] armados con sus arcos y flechas emplumados. Y estando los cristianos cortando palmitos para comer, oyeron los indios y saltaron en tierra con sus armas y fuéronse a ellos y llegaron junto a los cristianos hablando de paz, y dieron a los cristianos todas las armas que traían y les dieron la comida que llevaban en las canoas,

y ellos la tomaron y comieron y les señalaron como pudieron que fuesen por más comida y ellos lo hicieron así. Y allí se quedaron con los cristianos siete de ellos.

Y estando aquellos siete muy seguros y contentos con los cristianos, les preguntaba Diego de Valdés, lengua, cada uno el que más sabía por Maracaibo y la laguna y los dichos indios decían que estaba muy cerca de allí la laguna donde los cristianos venían a rescatar maíz y que los llevarían allá en las canoas. Y luego aquella misma noche, estándolas esperando las canoas que habían de venir otro día con comida y los siete indios echados entre ellos velándolos, determinaron algunos cristianos mal sufridos, diciendo que las canoas vendrían con mucha gente para los matar, como habían muerto los otros tres cristianos; que era bien atar aquellos y llevarlos para comer por el camino. Y determinados se levantaron para los atar. Y los indios, como los sintieron a los cristianos, echaron mano de ellos, y ellos como tenían fuerza y los cristianos flacos, no tomaron más de uno y se fueron los seis.

Y con temor que no viniesen los otros, porque aquellos les darían mandato [¿?] comenzaron a caminar con el dicho indio atado por la dicha sierra y, yendo a una media ladera de la sierra que se divisaba el río por donde las canoas habían de venir, estuvieron allí bien cuatro horas mirando si venían, y como no venían, determinaron de quebrar los arcos y flechas y se fueron y tomaron el dicho indio atado. Y este testigo se quería quedar allí, porque no podía andar de pie, y ellos le esforzaron y le tomaron por los brazos y le llevaron medio en peso y le abajaron a un arroyo que corría, que entraba en el río, y allí hicieron candela y mataron al indio y se repartió entre todos y lo comieron, aun que las uñas y los huesos se comieron, y durmieron allí aquella noche y asaron de lo que quedó para el camino.

Y se partieron de allí los cristianos y dejaron allí a este testigo, porque no pudo andar ni le pudieron llevar en ninguna

manera. Y los cristianos se fueron y este testigo se quedó y de nalgas y rastrando se bajó al río y estuvo allí sin ver indio ni cristiano seis días, y no comió sino un palmito y una palma. Y acabo de los días, estando cortando otro palmito, oyó una voz de cristiano diciendo: «¡Ea!, cristianos». Y este testigo le respondió, y de barriga, arrastrándose, bajó a la orilla del agua y vió de la otra banda al capitán Gasconya y Cristóbal Martín, a los cuales les preguntó por Gaspar de Ojeda y por Francisco que habían quedado con ellos. Y ellos le dijeron que el dicho Ojeda luego se había muerto y que Francisco, su criado, allí estaba con calenturas. Y el dicho Gasconya le preguntó: «¿Qué es de los compañeros, como estáis solo?». Y este testigo respondió: «Idos son por el camino por donde venís en busca de gobernador, y yo, como no podía andar, me quedé y se me come de gusanos el pie». Y él le dijo: «Pues no podréis andar con otros, ¿qué determináis de hacer?». Y este testigo le dijo: «Yo, señor, en ninguna manera puedo andar si de barriga no». Y le dijo: «Quedaos, que si caso fuera que aportaréis a la laguna, contaréis lo que nos ha acontecido, que así haremos nosotros si allí aportáremos». Y así fueron y le dejaron.

Después de idos, este testigo se tuvo dos días a la vera aquel río. Y como se vio de todo perdido y que no podía ir a cortar palmitos, se encomendó a Nuestra Señora y tomó un palo y se echó por el río abajo. A mediodía en aquella tarde, a puesta de sol, llegó a unos ranchos viejos de indios, y desde allí vio humo y a gatas y de rodillas se fue hacia el dicho humo por una senda que halló en los dichos ranchos viejos hacia el humo de luego de dicho río. Y yendo por la senda le vieron los dichos indios y vinieron todos corriendo a él y le tomaron en brazos y le llevaron a donde estaban, que tenían dos ranchos nuevos a donde estaban con sus mujeres e hijos, y lo echaron en una hamaca y le dieron de comer de lo que tenían, y estuvo allí tres meses, poco más o menos, hasta que sanó del pie.

Y después de sano, fueron allí unas canoas de la laguna cargadas de sal a rescatar sal, y la vieron allí y conocieron ser de los de Maracaibo. Y él entendiéndolos, aunque era poco, diciendo ellos que era cristiano de Maracaibo, les dijo que quería ir con ellos hacia su tierra a la laguna. Y ellos dijeron que eran contentos de le traer. Y él, porque no le sintiesen los indios de los ranchos, a medianoche, estando los indios durmiendo, se echó a nado por el río abajo para aguardar allí las canoas. [Los] indios de los dichos ranchos, como le echaron [de] menos, le anduvieron a buscar, y como esto vieron los indios de las canoas que habían llevado la sal, se metieron en sus canoas y se fueron hasta que le alcanzaron y le tomaron dentro de las canoas y tardaron cuatro días hasta llegar a un pueblo de Quiriquiri que estaba armado sobre agua en el dicho río en unas ciénagas, que no sabe cómo se llama.

Allí le tuvieron un mes, poco más o menos, aquellos indios, y vinieron otros indios de la tierra adentro en canoas por un río abajo a vender mazato a trueco de sal. Y viendo allí a este testigo, le compraron y dieron por él un águila, y el indio que le compró lo trajo en una canoa hasta dos jornadas de allí a un pueblo que se dice Maracaibo, de una generación que se llama pemones. Y allí estuvo un año, poco más o menos, haciendo vida con los indios como ellos propios, haciendo las mismas ceremonias que ellos hacían, porque no osaba hacer otra cosa, que esto lo mandaron. Y asimismo le tuvieron cuatro meses en un bohío cerrado con dos indios físicos para avezarle a que fuese médico y él no quería. Y acabo de los cuatro meses los indios se salieron fuera del dicho bohío, viendo que no lo quería deprender y le quitaron la comida. Y él por no se morir de hambre y con temor de los dichos indios deprendió el dicho oficio, de manera que los indios le tenían por maestre mayor y ningún indio osaba curar sin se venir a examinar con él, y sus medicinas era bramar y soplos, echar el tabaco y la boca llena

de cal y de hierbas, echando humazos con los tabacos. Y así con el oficio vivía con ellos y era tenido en mucho.

Y durante este tiempo le ataron de pies y de manos por tres veces a un palo y algunos decían que lo matasen y otros que lo quemasen y las dos veces tenían allegada leña para lo quemar. Y una india de la misma generación, principal, que era con quien él se echaba, que era su mujer de la dicha tierra de entre ellos, y le escapaba cada vez de la muerte. Y le pelaron las barbas atado por muchas veces y le daban preguntas si era de los cristianos de Maracaibo y temiéndose, no lo osaba decir y decía que no, sino decía que era de los pacabueyes de la generación, [de] donde había dejado al gobernador. Y con decir esto le desataban y le dejaban.

Y así oyó decir cómo venían cristianos hacia el pueblo donde él estaba, por lo cual se ausentaron los indios del pueblo y le tornaron a cerrar de nuevo y preguntar si aquellas gentes que venían si eran de su generación, y él siempre negando, que no sino que eran enemigos. Y viendo que los cristianos venían, [cada] salió con sus arenas de indio, que eran arco y flechas y su dardo y su coporo, y hayo. Y en el camino [se] encontró con los cristianos, a los cuales se fue y se dio a conocer y dio gracias a Nuestra Señora por cuanto bien le haya hecho, y así vino con los cristianos al dicho pueblo donde él estaba preso, que los indios estaban alzados, y los hizo venir de paz adonde la gente estaba, y allí se vistió como cristiano y dejó el hábito que traía de indio. Y pidió a mí, el dicho escribano, se lo diese por testimonio.

Y luego el dicho Esteban Martín, Maestre de Campo, intérprete, en presencia de mí, el dicho Juan de Villegas, escribano, y ante los testigos suso escritos, dijo: que desde ahora en adelante mandaba y mandó al dicho Francisco Martín que no haga más de las ceremonias de los indios, sino que como buen cristiano se confesase, pues hay padre con quien

lo hiciese, y se trajese como cristiano, pues lo era, so pena de muerte. Testigos, Antonio Prieto y Pedro de Limpias.

Y luego el dicho Francisco Martín dijo que obedecía y obedeció al dicho mandado y que estaba presto de así lo cumplir y que lo que hasta allí haya hecho había sido por temor de los indios y no por ofender a Dios, sino para salvar su vida, y que en su corazón cada día se encomendaba a Nuestra Señora le dejase ver cristianos. Y todo lo pidió por testimonio. Testigos los sobredichos.

Y yo, el dicho Juan de Villegas, escribano sobredicho, que todo lo que dicho es en uno con los dichos testigos presente fui, y lo hice escribir según ante mí pasó, y por ende hice aquí este mi signo a tal. (*Signo*).

En testimonio de verdad,
Juan de Villegas.

En Dueñas, a diez y ocho días del mes de agosto de mil y quinientos y treinta y cuatro años, en el Consejo de las Indias de SS. MM. lo presentó Alonso de la Llama, en nombre de sus partes.



SUMMA

VEREDICTO	
IV PREMIO DE NOVELA CARLOS NOGUERA	7
EXORDIO	13

LIBRO PRIMO

NOTICIA PRIMA

DE LA TRAVESÍA DE LA MAR TENEBROSA, EN QUE SE NARRA CÓMO Y POR QUÉ FUI A DAR A SEVILLA; DE LA ARMADA ALEMANA QUE ME EMBARCÓ A LAS INDIAS; Y DEL CRUCE DE LA MAR OCÉANA HASTA LAS ISLAS ANTILIAS, DONDE APAREJAMOS EL CURSO HACIA LA TIERRA FIRME DE LOS *CARIBES*

CAPÍTULO I. DE LA FERRERÍA DE CASTILLA, donde fui aprendiz de metalurgias y de alquimias; y del encargo de un Conde, del que salió ocasión para enredar mi sosiego en los encantos de la Condesa, y dio razón a que me forzasen a una misión en un mundo ignoto	21
CAPÍTULO II. DE LA CASA DE CONTRATACIÓN EN SEVILLA, donde logré acomodo en la armada del De Lerma y los Welser, y trabé amistad con una gitanilla alucinada con ir a las Indias a dar sosiego a su espíritu errante	51
CAPÍTULO III. DE CUANDO SOLTAMOS LAS AMARRAS DEL MIEDO, después de enlistar señores y factores, soldados y avenidos, putas y todo tipo de indeseables con que se rellenan las naves; después de misas, purgas, confesiones y testamentos, de agotar lágrimas y adioses, para atravesar livianos la mar de los Atlantes	73

CAPÍTULO IV. DEL CRUCE DE LA MAR OCÉANA EN UNA CÁSCARA DE NUEZ, de la nao Capitana donde obré como alguacil del agua dulce, mientras todos devolvíamos las tripas en medio del hedor de las sentinas; y de la cicatriz ganada por solazarme con mujer ajena	97
---	----

SEGUNDA NOTICIA

DEL ARRIBO A LA TIERRA FIRME DE *CORIANA*, A TOMAR ASIENTO Y REPASAR LAS COSTAS ASOLADAS POR ARMADAS ESCLAVISTAS; DE CÓMO SALTARON CHISPAS DE SEDICIÓN DEL PEDERNAL DE LA ARROGANCIA ALEMANA A LA YESCA DEL VILIPENDIO CASTELLANO; Y DEL PRIMER TANTEO POR EL RUEDO DEL LAGO *MORACAIBO*

CAPÍTULO V. DEL PASO DE LA MAR DE LOS <i>JURACANES</i> ; de cómo en la Hispañola logré enfilarme entre alemanes y con ellos arrimé a <i>Coriana</i> , donde se alzó el desconcierto inaugural de perpetuas desavenencias	139
--	-----

CAPÍTULO VI. DE CÓMO SUCEDIMOS LAS ARMADAS ESCLAVISTAS y empujamos las gentes de Ampués a la isla Curazao; de cómo les cambiamos vasallaje castellano por apretón alemán a indios amistados, mientras casi se prende el primer rebato que no fue con los naturales; y de la fundación de Santa Ana de <i>Coro</i> , después de asentada una casa de amores	169
--	-----

CAPÍTULO VII. DE CHAPETONES POR EL <i>MORACAIBO</i> donde, encaminados por los baquianos, aparejamos una ranchería en la boca del lago y bojamos su contorno probando el filo de las espadas con buen logro para los alemanes y el recaudo de las arcas reales, aunque no tintineara un maravedí en las bolsas castellanas	203
--	-----

LIBRO SEGUNDO

TERCERA NOTICIA

DE LA BUSCA DEL PASO A LA MAR DEL SUR, CUANDO ARRIBÓ FEDERMANN CARGADO DE MAPAS QUE NOS ACERCABAN A LA MAR DE BALBOA; DE SU AMBICIÓN POR SUCEDER AL GOBERNADOR DADO POR MUERTO; Y DE CÓMO NOS ENFILÓ EN SU BUSCA, PARA DESPUÉS DE TANTO REBULLIR POR SELVAS Y LLANURAS, TAN SOLO LOGRAMOS VOLVER CON UNOS POCOS MORIBUNDOS

CAPÍTULO VIII. DE LA NOVÍSIMA CARTOGRAFÍA que trajo atesorada Federmann, con demostración de que pasando una cordillera se da en la mar del Sur, por donde se puede entrar a las riquezas del *Pirú*, por lo que puso prisa en armar una expedición cargada hacia el naciente para distanciarse de las huellas de D'alfinger 255

CAPÍTULO IX. DE LA MAR QUE FUE SOLO VERDE, porque nunca conseguimos salir de los llanos de *Acarigua*; y después de muchas hambres y sufrimientos entre no pocas tribus disparejas, dimos con una de enanos que no se supo bien si eran hombres o monos, y otra de demonios renegridos; y casi a punto de perecer por morbos desconocidos, solo seis logramos ver un espejismo de la mar tan perseguida 283

CAPÍTULO X. DE LA DERROTA DEL REGRESO, después de librarnos de los renegridos, con el tercio desbaratado por padecimientos desconocidos y Federmann herido y aporreado; poseídos por las noticias de una ciudad dorada y embelesados con la visión de tantas mujeres hermosas en un valle que por ellas nombramos De las Damas; y de la entrada en *Coro* a descargar cuentas con D'alfinger resucitado 345

LIBRO TERCERO

CUARTA NOTICIA

DE LA EXPEDICIÓN A LOS *PACABUYES*, EN QUE SE CUENTA CÓMO MICER AMBROSIO NOS METIÓ POR LOS TÉRMINOS DE SANTA MARTA Y ASOLANDO LA TIERRA LOGRAMOS GRAN ACOPIO DE ORO, TANTO QUE YA NO SE PUDO TRANSPORTAR, POR LO QUE DIVIDIÓ LA GENTE, PERDIMOS EL BOTÍN, Y PASAMOS TANTAS RUINAS QUE ALGUNOS NOS CONVERTIMOS EN CANÍBALES Y A OTROS LOS CAZÓ LA MUERTE

- CAPÍTULO XI. DEL *SINÚ* QUE OPACÓ AL *PIRÚ*, por el que olvidamos del trajín de la mar Austral y nos metimos en gobernación ajena a repelar sus resplandores 375
- CAPÍTULO XII. DEL ORO QUE NO SALIÓ DE LOS *BUIJOS*, sino de unas ciénagas, en tan grande cantidad que no podíamos cargarla y unos debimos volvernos con ella para que no nos aplastare en la selva 407
- CAPÍTULO XIII. DE CUANDO NOS CONVERTIMOS EN ANTROPÓFAGOS, enloquecidos por estar royéndose entre sí las paredes de las tripas, degradación por la que la Divina Providencia castigó a todos los de Gascaña con la muerte, dejándome a mí la vida para revelar lo que ningún otro se hubiere atrevido a confesar 423
- CAPÍTULO XIV. DE LA VIDA DESNUDA, cuando fui vendido como esclavo por unos y acogido por otros que me hicieron *chipuy* en medicaciones y capitán en acometimientos contra vecinos enemistados, y estuve casado con una hija del *cacique* 441

QUINTA NOTICIA

DE LA DESPEDIDA DEL PARAÍSO, CUANDO LOS DE LA COLILLA DE LA HUESTE DE D'ALFINGER, MUERTO POR PONZOÑA INDIA, ME TOPARON DE CAPITÁN DE LOS *PEMONES*, ME RECONCILIARON EN LA FE DEL SEÑOR Y ME LLEVARON A PADECER BURLAS Y DESCONFIANZAS EN *CORO*, DONDE, CONGOJADO POR EL APARTAMIENTO DE *CEYUNE*, URDÍ DEVOLVERME A LA INDIADA; DE CUÁNTO PRESIONARON EN VANO LOS ESPAÑOLES POR EL TESORO DE LOS ALEMANES Y, PUESTO QUE BURLÉ REVELARLO POR TENERLO EN MIRA PARA PROVECHO PROPIO, POR MEJOR ASEGURARME, ME CARGARON CON GRILLOS A SEVILLA

- CAPÍTULO XV. DE LA RUINA DE LOS DE D'ALFINGER, cuando empeñados en la busca de la *Xérira* refulgente de los *guanés*, los contuvo el cañón del *Chicamocha* y por falta de aliento giraron a mayor dureza por los páramos, donde le sacaron la vida al gobernador por la garganta 475
- CAPÍTULO XVI. ¿DE AL LADO DE QUIÉN ACOMETER?, porque estando desnudo y *embijado*, con bastón de capitán de la mesnada, hube de concertar no chocar con mis anteriores compañeros que volvían dolientes buscando *Coro* y por fuerza me llevaron con ellos 499
- CAPÍTULO XVII. DE LA DESOLACIÓN EN *CORO*, penando por *Ceyune* y los cristianos agrandando mi desazón y apretándome para sacarme lo del oro escondido; de las veces que logré escabullirme y de las mismas que me prendieron; de cómo los españoles me encaminaron a recuperar el tesoro y, por no atinarlo, los alemanes me pusieron la mar de por medio 513

LIBRO CUARTO

SEXTA NOTICIA

DE AMANUENSE DE FEDERMANN, DESDE CUANDO VOLVÍ EN CADENAS A SEVILLA Y ÉL SE LAS INGENIÓ PARA LIBERARME Y APOSTAR POR EL TESORO PERDIDO; DE LA NUEVA ARMADA LEVANTADA A TODA PRISA EN QUE ME EMBARCÓ CON NUEVO NOMBRE; Y DE CÓMO EN ADELANTE NO ME AFLOJÓ SU CUERDA DURANTE LAS PESQUERÍAS DE PERLAS Y LA BUSCA DE LAS RIQUEZAS

- CAPÍTULO XVIII. DEL DESTIERRO A SEVILLA Y DEVUELTA A LAS INDIAS, que tan solo duró lo de cruzar y descruzar la mar Océana, porque con tantos ojos puestos en lo del *Catatumbo* y tanta zancadilla metida en Castilla, más se encajaron a los Welser en carreras de improvisar y poco cosechar 547
- CAPÍTULO XIX. DE LA PESQUERÍA DE PERLAS; de cuando empezó el asomo de El Dorado por acomodación de quimeras europeas con los embustes de los indios y D'spira se encaminó a su busca por el *Meta*; mientras los de Federmann raspábamos de aljófares la *Guajira* y hacíamos amago de fundar el fuerte de las Nieves en gobernación ajena, de donde nos echaron disminuidos y confundidos; y en vez de cumplir con fundar una ciudad, desguarnecemos *Maracaibo* 575
- CAPÍTULO XX. DEL DESEPERO EN EL RUEDO DE *CORO*, por seguir penando Federmann por su nombramiento y los demás por hambre, frustración y abulia nos metimos en tropelías y, por no dar cara a la justicia, nos apartamos de la villa y escurrimos el paso a las llanuras, donde faltos de provisiones y sin estima alguna, tan solo fuimos salvados por algunos portentos del Cielo 621

SÉPTIMA NOTICIA

DE LA REBUSCA DE EL DORADO, CUANDO APUNTALADOS EN LOS EXTRAVÍOS DE LOS DESERTORES DE *PARIA* PARTIMOS LOS DE FEDERMANN TRAS LO MÁS ESCONDIDO, QUE TAMBIÉN CONSUMÍA A LAS GENTES DE D'SPIRA, Y AVANZAMOS POR PIEDEMONTES Y LLANURAS, HASTA DONDE POR SEÑALAMIENTO DE LOS INDIOS NOS ENCARAMAMOS SOBRE EL LOMO DE LA CORDILLERA

CAPÍTULO XXI. DE LAS ESCURRIDAS ENTRE CRISTIANOS, cuando por aparejar nuestras conjeturas con las de los rebelados contra Ortal, esquivamos socorrer a los de D'spira aniquilados por los indios, el hambre y las enfermedades; y del castigo del Cielo con soltar la más cruel temporada de lluvias 641

CAPÍTULO XXII. DE LA GATEADA POR LA CORDILLERA, por paredes tajadas a plomo para subir casi desnudos a los páramos yermos hasta salir a la poblazón de *Fosca*, donde supimos de los cristianos habernos ganado la delantera al reino de los moscas por donde está más reseñado El Dorado 665

CAPÍTULO XXIII. DE LA DESESPERANZA EN EL REINO DE LAS ESMERALDAS, donde ya se hallaban asentados los de Santa Marta; y por instigación de Belalcázar, que venía del *Pirú* en busca de El Dorado fundando ciudades para amojonar su gobernación, los tres adalides se allanaron a erigir en ciudad la ranchería del real de Ximénez de Quesada 691

APÉNDICE

LA EXTRAORDINARIA EXPERIENCIA DE FRANCISCO MARTÍN
(1531-1533). JUAN FRIEDE 737
[DOCUMENTO] 743



Francisco Martín, el canibal castellano en la conquista de Guata

Se imprimió en el mes de septiembre de 2021
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela
Son 2.000 ejemplares



• Colección CONTINENTES •

Francisco Martín —personaje real, protagonista y narrador de esta historia—, arriba a la recién fundada provincia de Venezuela en 1529, formando parte de la expedición de los Welser. A partir de documentos oficiales, el autor atisba la existencia de un relato vivo detrás de los hechos históricos: deslumbrados por un mundo que supera lo imaginado, nos ofrece un penetrante retrato de la realidad psicológica de esos hombres llegados de ultramar. Novela histórica y poética, en donde el lenguaje se recrea: la lengua castellana (áspera, pero vivamente expresiva) revitalizándose con la dulzura natural y agradecida de las lenguas primigenias de América. *Francisco Martín, el caníbal castellano en la conquista de Guata* es la obra ganadora de la IV edición del Premio Internacional de Novela Carlos Noguera.

CE GÓMEZ & GÓMEZ

(Floridablanca, Colombia, 1942). Es un investigador independiente, sumergido en la historia de las exploraciones y de la conquista de los espacios rotulados como «Terra Ignota» en los primeros mapas trazados por los cosmógrafos que navegaron tras las carabelas de Colón. Para la creación de sus crónicas noveladas, se ha valido del aliento narrativo y de las voces castizas preservadas en los pueblos perdidos entre los pliegues de nuestra geografía. Su obra rescata, con rigor histórico, los protagonistas olvidados o desdibujados de aquellas hazañas.

